

LAS
MIL Y UNA NOCHES,
CUENTOS ARABES.

LAS MIL Y UNA NOCHES, CUENTOS ÁRABES.

NEVA EDICION , ILUSTRADA CON **1600** DIBUJOS DE LOS MEJORES ARTISTAS:

TRADUCIDAS EN ALEMAN DEL TEXTO ARABE GENUINO

Por Gustavo Weil ,

CON ANOTACIONES DEL MISMO Y UNA INTRODUCCION

del baron Silvestre de Sacy,

Y VERTIDAS DEL ALEMAN AL CASTELLANO POR LOS MISMOS EDITORES.



BARCELONA.

POR D. JUAN OLIVERES , IMPRESOR DE S. M.

CALLE DE ESCUDILLERS , N.º 57.

1858.

Reg. Ed. 33459





NOCHE CCXXXV.

HISTORIA DEL PRÍNCIPE SEIF ALMULÚK Y DE LA HIJA DEL REY DE LOS
JENIOS.

Habia en otro tiempo en la capital de Egipto un rey que se llamaba Asem, hijo de Sawan; era justo, noble y jeneroso; poseia muchas tierras y castillos, y mandaba huestes aguerridas. Su visir se llamaba Fares, hijo de Salec; pero no conocian al Dios Todopoderoso, sino que adoraban á los astros. Este rey, que habia alcanzado la edad proyecta de ciento y ochenta años, era, como se deja suponer, muy enfermizo y caduco, y no tenia prole, ni hijo ni hija, cosa que le afligia en gran manera y lo traia desvelado dia y noche. Ahora pues, cuéntase que cuando estaba sentado en su solio, rodeado, como de costumbre, de los visires, los grandes del reino y Mamelucos, no bien entraba alguien seguido de sus hijos, se entristecia mas y mas pensando en que todos vivian complacidos y dichosos con sus hijos, al paso que él se veia privado de tan grata felicidad. «Cuando yo muera,» decia, «tendré que dejar á estraños mi reino, mi trono, mis caballos, mis esclavos y tesoros, y nadie se acordará de mí con cariño; aun mas, mi nombre pasará al olvido.» Estos tristes pensamientos se agolpaban en el ánimo del rey cuantas veces veia hombres acompañados de sus hijos. En tales ocasiones, no tenia bastante entereza para contener el llanto; así que bajaba del solio, se sentaba en el suelo y echaba á llorar amargamente. Cuando los visires y demás circunstantes veian tales estremos, no podian menos de aflijirse, temiendo que tanto dolor viniese á causarle la muerte. Entónces los grandes del reino y los Jan-

TOMO III.

1

ches (1) solían vocear á los circunstantes: «Marchaos todos á vuestras casas y descansad, hasta que el rey recobre su entereza.» A tales palabras, todos se retiraban, no quedándose al lado del rey mas que el visir.



Un dia que ocurrió este lance, cuando el rey empezaba á volver en sí, el visir se postró á sus plantas y dijo: «¡Ó rey del tiempo y de los mundos! ¿qué significan esas lágrimas y esos sollozos? Díme, ¿qué rey de la tierra te ha ofendido, qué grande ha faltado al respeto que se te debe? Díme, ¿quién ha desobedecido tus mandatos? para que nos alcemos todos y le arranquemos el corazon del pecho.» Pero el rey nada respondia, ni levantaba tampoco la cabeza. El visir se postró otra vez á sus piés y añadió: «Señor, yo vengo á ser tu hijo y esclavo; recuerda que estos brazos te han llevado cuando niño; si tú no te franqueas conmigo acerca de tu amargo dolor, ¿con quién podrás franquearte? ¿quién podrá reemplazarme junto á ti? Díme, ¿porqué lloras y estás tan aflijido?» Pero el rey nada respondia ni levantaba la cabeza, sino que seguia mas y mas lloroso y desconsolado. El visir lo contempló otro rato y luego prosiguió: «¡Ó rey! si tú no me cuentas lo que te ha sucedido, voy á sacar la espada y me la hundo en el pecho á trueque de no verte tan aflijido.» Entónces el rey levantó la cabeza, se enjugó el llanto y dijo: «¡Ó sabio y cuerdo visir! déjame entregado á mi dolor y amargura.» Pero el visir repuso: «Díme porqué estás ahí llorando; quizás esté en mi mano el remediarlo. «¡Ó visir!» respondió el rey, «no lloro por dinero, ni por nuevos dominios, ni por nada de este jaez. Pero cuando pienso que estoy tan entrado en años, como que mas de un siglo ha pasado por encima de mi

(1) Domésticos armados que tienen cierta autoridad sobre los extranjeros, y que no siguen mas que á su dueño.

cabeza, y que no tengo hijo ni hija, el dolor me embarga el corazon. Cuando yo muera, sepultaréis mi nombre conmigo, y desaparecerá toda memoria de lo que fui. En estraños recaerá mi trono, lo mismo que mi reino, y nadie se



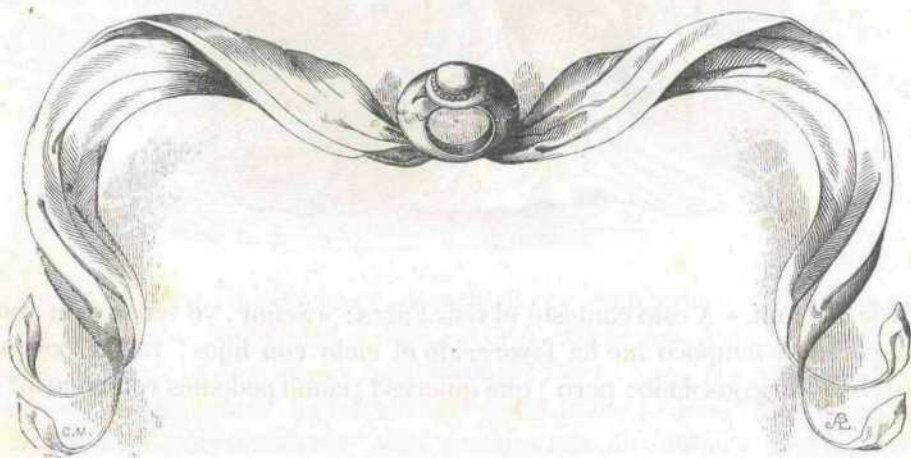
acordará de mí.» A esto contestó el visir Fares: «Señor, yo tengo cien años mas que tú, y tampoco me ha favorecido el cielo con hijos; razon porque vivo triste y desconsolado; pero ¿qué quieres? ¿cómo podemos remediarlo?»



Contestóle el rey: «¿No sabes tú algun medio por donde pudiésemos salir de tan triste situacion? — Sábete,» contestó el visir, «que he oido decir que en

la tierra de Sabá hay un rey llamado Salomon, hijo de David, de quien se cuenta que es un profeta; es un rey poderosísimo, señor del cielo, de los hombres, de los pájaros, de los cuadrúpedos, del aire y de los jeníos; entiende el lenguaje de las aves como el habla de las jentes; exhorta á todos los hombres á creer en su Señor. Enviémosle, ó rey, en tu nombre una embajada para pedirle lo que con tanto afán estás deseando. Si su creencia es la verdadera, será su Dios bastante poderoso para concedernos á ti y á mí un hijo ó una hija; y si así fuere, tú y yo abrazarémos su fe y adorarémos á su Dios; si esta prueba no nos saliere bien, tendremos que armarnos de paeiencia y pensar en otros arbitrios.»

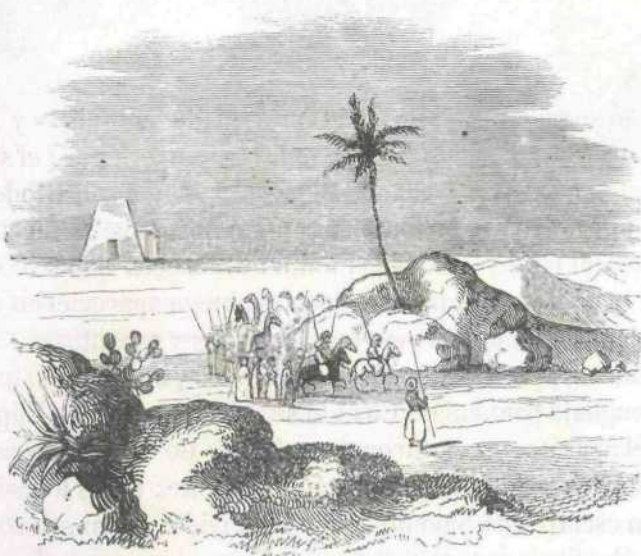
Al llegar aquí, advirtió Cheherazada que asomaba el día; así que calló, y á la noche siguiente continuó así:



NOCHE CCXXXVI.

El rey dijo: «Tu consejo es muy cuerdo y tus palabras consuelan mi corazón; pero ¿dónde hallarémos un mensajero adecuado para tan importante embajada? Pues se trata, no de un rey como quiera, sino de un gran potentado; mucho importa que el enviado sea como corresponde, y no quisiera que otro que no fueras tú se encargara de tanta misión, pues tú eres viejo y prudente. Así que deseara que tú mismo te tomaras ese trabajo, como que te va á ti lo mismo que á mí; con que anda á verle y pídele remedio, quizás nos venga por su medio.» Contestóle el visir: «Tu voluntad es para mí un mandato. Pero ten ánimo, sube á tu solio, y reúne en torno de ti á los príncipes, á la grandeza de tu reino, á las tropas y á tu pueblo; pues todos se han despedido con corazón afligido; y yo entretanto no quiero tardar en emprender la marcha en busca de aquel gran rey.» Oídas estas palabras, levantóse el rey, subió al solio, y el visir mandó al maestro de ceremonias que llamase á las jentes para que volviesen á visitar al rey. Luego llegaron todos, palacie-

gos y oficiales; cubriéronse las mesas, comieron y bebieron, y terminado el banquete, se despidieron del rey. El visir salió asimismo de palacio de vuelta á su casa, é hizo los preparativos necesarios para la marcha; y luego volvió al rey, quien le abrió las estancias donde tenia sus tesoros y le entregó lo mas precioso que en ellas habia, recomendándole que se presentase con señoría y gravedad ante Salomon, que lo saludase con respeto y que no hablase con demasía delante de él. «Dale cuenta de tu encargo,» añadió, «y tan luego como te conceda lo que apetecemos, vuélvete sin tardanza, pues te estaré esperando con impaciencia.» El visir besó otra vez la mano del rey, y se puso en camino con los regalos, sin parar día y noche, hasta que hubo llegado á la tierra de Sabá y se halló á catorce jornadas de la capital. En aquel punto anunció Dios á Salomon, hijo de David (¡la paz sea con él!), que el rey de Egipto le enviaba su visir con ricos presentes, y que se hallaba en tal lugar. «Envía á su encuentro,» díjole, «á tu visir Asaf, hijo de Baraquias, y cuando el enviado comparezca en tu presencia, preguntale: ¿No te ha enviado tu rey con tal y tal mensaje? Invítale entónces á abrazar la creencia verdadera.» Salomon (¡la paz sea con él!) mandó al punto á su visir Asaf,



hijo de Baraquias, que saliese al encuentro del visir de Egipto con su séquito competente y acémilas cargadas de comestibles. Asaf se puso en marcha inmediatamente, y al avistarse con el visir, lo saludó, mandó prepararle un rico banquete y le dijo: «Bien venidos son los huéspedes como tú; ten buen ánimo, y sábet que tus instancias serán bien acogidas.» Contestóle el visir Fares: «¿Quién te lo ha dicho?» Y respondióle Asaf: «Nuestro profeta Salomon (¡la paz sea con él!);» y repuso Fares: «¿Y quién se lo ha dicho á

Salomon? —El Señor del cielo y de la tierra,» respondió Asaf. —Siendo así,» contestó Fares, «debe de ser un Dios todopoderoso. »

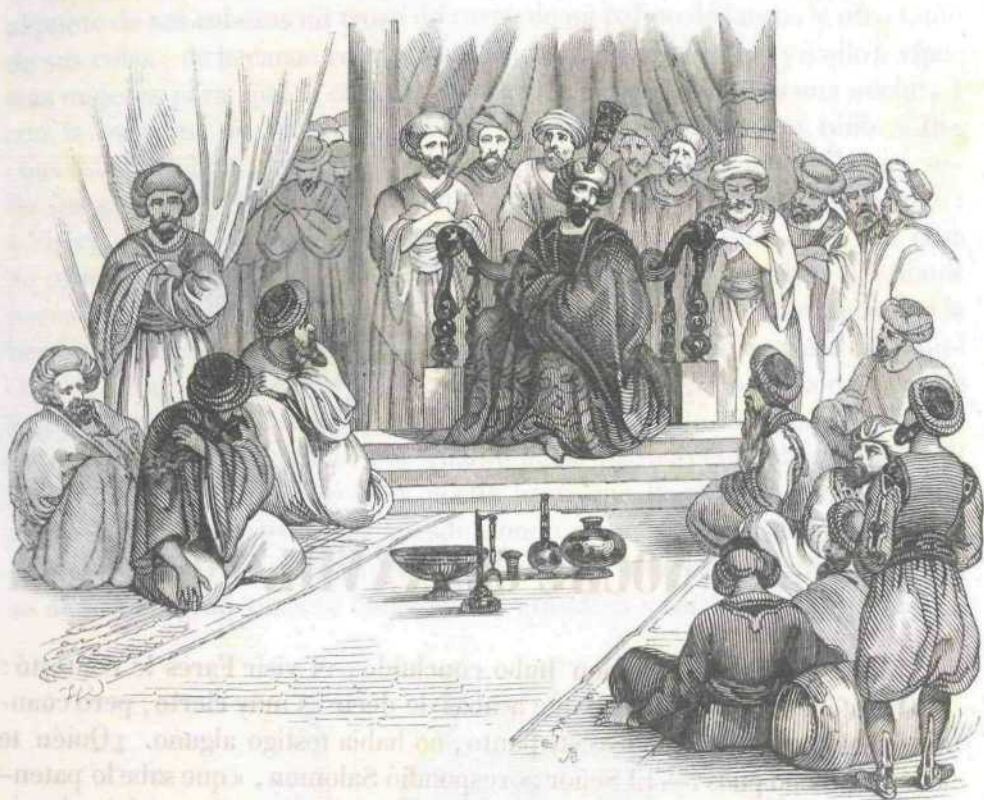
La sultana reparó en este punto que empezaba á rayar el dia; así que suspendió la narracion, la que continuó en estos términos en la noche siguiente:



NOCHE CCXXXVII.

Preguntó en seguida Asaf: «¿Qué Dios es el que adorais?» y respondiéndole el visir Fares: «Adoramos al sol sobre todos los astros; pero el sol no puede ser Dios, puesto que se pone, cuando Dios está velando sobre todo lo criado.» Dicho esto, siguieron pausadamente su camino hasta que llegaron al palacio. Salomon mandó al punto á todos los animales feroces que se colocasen ordenadamente por hileras segun sus especies; luego aparecieron muchísimas jerarquías de jenios, de las formas mas variadas y espantosas, colocándose asimismo en hileras; y tras estos llegaron las aves y los pájaros, que hablaban cada uno su lenguaje particular. Cuando se presentaron los Egiptios y vieron todo aquel aparato, empezaron á temblar y no osaron pasar adelante. Pero voceóles Asaf: «Nada temais, seguid adelante; todos los seres que estáis viendo son esclavos de Salomon, hijo de David, ¡la paz sea con él! Nadie os ofenderá.» Asaf con su comitiva los condujo entónces por la ciudad hasta que llegaron á la posada destinada para los extranjeros; por espacio de tres dias los agasajaron espléndidamente, obsequiándoles con banquetes y públicos regocijos. Pasados los tres dias, los presentó Asaf al rey Salomon; y al entrar los enviados en el salon, quisieron postrarse para besar el suelo, pero Salomon no lo consintió y dijo: «Solo ante el Dios omnipotente, Criador de Cielo y Tierra, está bien que el hombre se postre;» y luego prosiguió: «La tierra es de Dios, y todos nosotros somos esclavos suyos. El que quiera sentarse que se siente; el que quiera estar de pié de pié se quede.» El visir

Fares se sentó entónces con algunos de los suyos, y los sirvientes se mantuvieron de pié para servirles. Sentados que fueron, cubrieron la mesa de manjares y todos empezaron á comer. Al cabo de un rato, dirijiéndose Salomon



al visir de Egipto, le rogó que le refiriese el motivo porqué habia emprendido un viaje tan largo y penoso; «pero no lo digas,» prosiguió, «yo mismo te lo voy á decir. El rey Asem es muy viejo, y Dios no le ha concedido ningun hijo, cosa que lo desconsuela dia y noche. Un dia que estaba sentado en su solio, se llegaron á visitarle los visires, príncipes y grandes de su reino, cada uno con un hijo suyo ó mas á su lado. En esto dijo el aflijido rey entre sí: «¿Quién me sucederá tras mi muerte? Ciertamente que no puede menos de ser un extraño, y las jentes se olvidarán de mí cual si yo no hubiese existido. Mantúvose un rato embebido en tan tristes pensamientos hasta que le saltaron las lágrimas de los ojos; en este punto se tapó la cara con el pañuelo y echó á llorar amargamente, bajó del solio, se echó en el suelo y exhaló nuevos jemidos y sollozos; y solo el Dios omnipotente sabia lo que pasaba en lo íntimo de su pecho. Entónces sus servidores mandaron despejar el salon diciendo á los circunstantes: «Marchaos, que el sultan está malo.» Con esto se fueron todos, no quedando mas que tú al lado del rey; y tú te postrastes ante él, y le preguntastes porqué lloraba. Pero él nada respondió.» Y por

este estilo fué refiriendo nuestro señor Salomon (¡la paz sea con él!) todo lo que habia pasado entre el rey y el visir, y cuya repetición fuera ya ociosa.

Aquí reparó Cheherazada que amanecía, y suspendió su narración hasta la noche siguiente.



NOCHE CCXXXVIII.

Luego que el rey Salomon hubo concluido, el visir Fares le contestó: «¡O profeta de Dios! Todo lo que acabas de decir es muy cierto; pero cuando yo hablé con el rey sobre este punto, no habia testigo alguno. ¿Quién te lo habrá dicho pues?—El Señor,» respondió Salomon, «que sabe lo patente y lo oculto.—O profeta de Dios,» repuso el visir, «por fuerza debe de ser un señor muy poderoso;» y tras esto el visir y todo su acompañamiento abrazaron la fe musulmana (1). Luego dijo Salomon, hijo de David: «¿No has traído regalos?» Respondióle el visir: «Sí, poderosísimo señor.—Pues todos los acepto,» repuso Salomon, «y te los regalo;» y luego prosiguió: «Vete, visir; descansa bien esta noche, pues todavía te hallas cansado del viaje. Mañana, si Dios quiere, todo irá á las mil maravillas, y tu pretension será atendida segun la voluntad del Señor del Cielo y del que sacó la luz de las tinieblas.» El visir se encaminó en seguida á su posada, y estuvo pensando toda la noche en nuestro señor Salomon; pero no bien amaneció, se levantó del lecho, y fué á ver al gran profeta, quien le habló en estos términos: «Cuando te reunas con el rey Asem y entrambos esteis solos, tomad arco, saetas y espada, y encaminaos á un sitio que yo te indicaré; allí encontraréis

(1) No hay que confundir al Musulman con el Mahometano. Los Arabes creen que todos los primeros profetas fueron musulmanes, esto es, hombres dedicados á Dios por el islam.

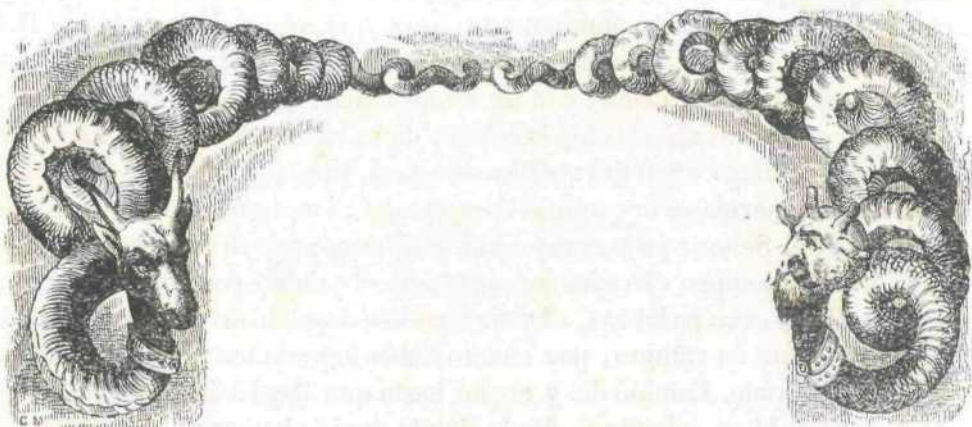
un árbol, subid á él, veréis luego reptar dos culebras al pié del árbol, la una tendrá una cabeza tamaño como una vaca, y la otra tendrá la cabeza de un jenio; entrambas llevarán cadenas de oro en el cuello; tan pronto como veáis aquellas culebras, asestadles las flechas y matadlas; cortad al punto de sus cabezas un trozo de carne de un palmo de largo, y otro tanto de sus colas; de la carne restante mandad disponer un asado y dadlo á vuestras mujeres para que la coman; en seguida dormid con ellas una noche, y con la voluntad de Dios omnipotente, cada una concebirá un niño.» Dichas estas palabras, el gran profeta Salomon mandó traer un anillo con sello, una espada y una cajita, con un vestido cuajado de oro, y prosiguió: «Visir, cuando los niños estén crecidos, dad á cada uno de ellos una cosa de estas;» y luego continuó: «Dios colmará vuestros anhelos; no tienes necesidad de permanecer por mas tiempo aquí; emprende la marcha con la bendicion del Señor; pues el rey Asem está esperando tu regreso día y noche, y tiene siempre clavados los ojos hácia el camino por donde tú has de llegar.» Oidas estas palabras, el visir Fares se despidió de Salomon y se puso alegremente en camino, por cuanto habia logrado tan colmadamente el objeto de su viaje. Caminó día y noche hasta que llegó á las inmediaciones de la capital de su soberano, desde donde envió algunos de sus sirvientes para noticiar al rey su feliz llegada. Cuando este recibió tan plausible nueva, se alegró en gran manera con toda su grandeza y salió con su comitiva al



encuentro del visir. Y cuando este vió venir al rey, se apeó de su caballo, besó la mano y el pié del rey, y le notició que sus deseos se verian colmados; en seguida le espuso la verdadera religion, en términos que el rey Asem con

toda su grandeza y los habitantes de su reino con cuantos extranjeros habia en aquella tierra abrazaron la religion musulmana. El rey Asem estaba contentísimo y dijo al visir: «Vete á casa, toma un baño, y descansa toda una semana; pasada la cual vendrás á verme para recibir mis mandatos.»

Al llegar aquí, reparando Cheherazada que amanecía, suspendió su narracion hasta la noche siguiente.



NOCHE CCXXXIX.

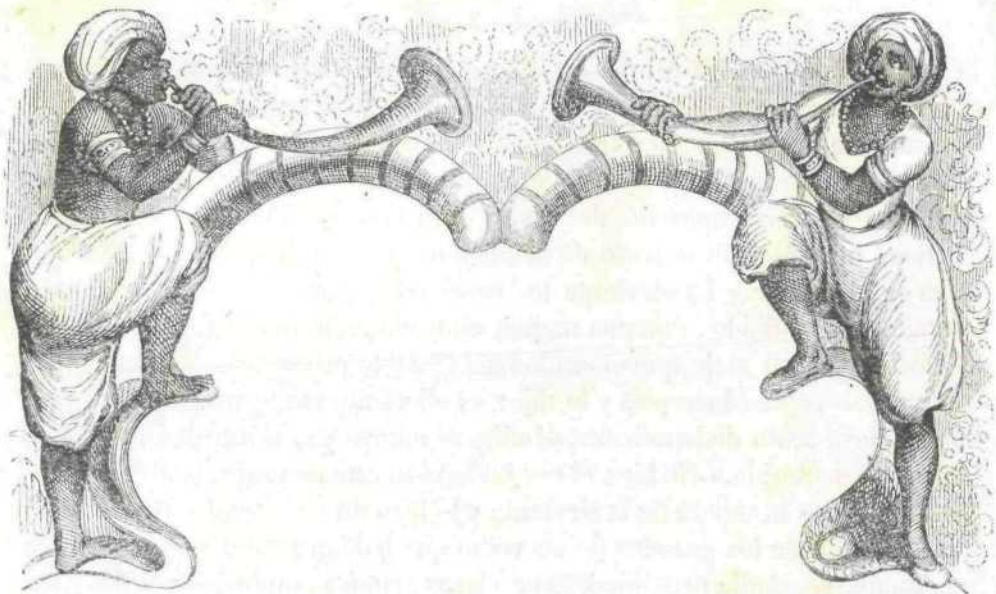
El visir se postró otra vez á sus plantas, se encaminó con sus sirvientes á su casa, y estuvo descansando toda una semana de las fatigas de su viaje. Pasado este plazo, volvió á encargarse de sus funciones acostumbradas, y refirió al rey cuanto habia mediado entre él y Salomon; diciendo en seguida á su señor: «Ven solo conmigo para cumplir lo mandado.» Tomaron arcos, flechas y subieron al árbol que Salomon habia indicado; allí permanecieron tranquilos hasta mediodía, á cuya hora vieron dos culebras que se arrastraban en torno del árbol. Luego que el rey las vió, se prendó de ellas y dijo: «O visir, esas culebras llevan cadenas de oro; cosa rarísima á fe mia. Cojámoslas vivas para encerrarlas y holgarnos con ellas.» Pero respondióle el visir: «Dios las crió para otro objeto: arroja tú una saeta á la una, que yo me encargo de la otra.» Dicho esto, bajaron del árbol y mataron las culebras, cortaron de las cabezas y de las colas un trozo de carne de un palmo, tomaron la carne restante, y se encaminaron al palacio del rey, donde, llegados que fueron, este mandó llamar á su cocinero y le dijo: «Asa inmediatamente esta carne; y sírvela en dos platos; marcha y no tardes.» El cocinero tomó la carne y la asó con grasa y yerbas y la presentó ante el rey en dos platos. El rey tomó uno y lo dió á su mujer para que comiera, y el visir tomó el otro y lo presentó á la suya. Entrambos cohabitaron con sus mujeres segun

la voluntad de Dios. El rey pasó tres meses en la mayor zozobra pensando entre sí: «Pronto se patentizará la verdad.» Pero su mujer, estando sentada tranquilamente, quedó sobrecojida al sentir moverse el fruto que llevaba en el vientre; así que, gozosa en extremo, llamó á una de sus sirvientas y le dijo: «Corre al aposento del rey, y dile, no importa donde se hallare: ¡Señor! mi señora lleva fruto de bendición, pues ya se mueve el niño que lleva en el vientre.» La sirvienta fué corriendo y gozosa al rey, que estaba sentado solo y aflijido, con una mejilla apoyada en la mano, y pensando en el efecto bueno ú malo que el asado habia podido producir en su mujer. La sirvienta se postró á sus piés y le dijo: «Felices nuevas te traigo, señor; mi señora lleva fruto de bendición, el niño se mueve ya, siente dolores y está pálida y descolorida.» No bien el rey hubo oído este mensaje, saltó de gozo, besó la mano y la cabeza de la sirvienta y le hizo un rico regalo. Hecho esto, encarándose con los grandes de su reino que habian acudido, les dijo: «Si me amais, regaladle oro, piedras preciosas, rubíes, mulos y caballos, ha-



ciendas y jardines.» Y los grandes anduvieron pujando unos y otros sobre quien mas regalaría á la dichosa sirvienta. En esto entró el visir y dijo: «O señor, yo estaba sentado en casa recapacitando sobre el efecto del asado que habia presentado á mi mujer, cuando vino un sirviente y me anunció que mi mujer le enviaba á decirme que estaba en cinta, y que ya se movía el niño en su vientre, como que sentia dolores y estaba descolorida. Fué tal el gozo que se apoderó de mí, que al punto me despojé del vestido que llevaba y se lo regalé, con mas de mil y un dinares y le nombré capataz de mis esclavos.»

Al llegar aquí, advirtiéndole Cheherazada que amanecía, enmudeció, y á la noche siguiente prosiguió de esta manera:



NOCHE CCXL,

El rey dijo entónces al visir: «Ya que el omnipotente Dios (¡alabado sea su nombre!) ha tenido con nosotros tamaña dignacion, quiero que todas las jentes se regocijen. — Manda cuanto gustes,» repuso el visir. — «Corre á las cárceles,» contestóle el rey, «y suelta á cuantos delincuentes haya en ellas, así como á los presos por deudas; pero al primero que en lo sucesivo delinquiere le mando cortar al punto la cabeza. Tambien hago á mis pueblos todos francos por tres años del tributo que me pagan. Es así mismo mi voluntad que mandes al punto construir grandes fogones en torno de la ciudad para cocer viandas para todo el vecindario y pueblos adyacentes, á fin de que todos coman y beban y se regocijen. Mando tambien que se enciendan faroles por todo el pueblo, y que las tiendas estén abiertas así de dia como de noche. Ea, visir, haz lo que te mando, pues de no hacerlo, te mando cortar la cabeza.» El visir fué corriendo á ejecutar las órdenes del rey. Todos los castillos y pueblos del reino hicieron soberbias iluminaciones; todos los vecinos salieron con sus mejores trajes, y comieron y bebieron alegremente. Cuando se acercó el dia del alumbramiento, llamó el rey Asem á todos los sabios y astrólogos, á los caudillos de los pueblos y notarios, y estuvieron esperando hasta que se hubo echado en un vaso una simiente de trigo, pues tal era la señal del alumbramiento convenido entre los astrólogos y los comadrones. Luego que se hubo verificado el alumbramiento, dieron la señal; el niño que salió á luz se parecia á la luna llena. Todos los sabios echaron al punto sus cálculos sobre el tiempo de la preñez y el nacimiento, y los anotaron en las crónicas. Hecho esto, se levantaron, y besándole al rey Asem la mano, di-

jeron: «El astro de ese niño es venturoso, y bendita la época de su nacimiento; pero en su mocedad le ha de suceder una cosa que no quisiéramos manifestar á su majestad.» Contestóles el rey: «Hablad y nada temais.—O señor,»



prosiguieron, «abandonará esta tierra y viajará por países extraños, padecerá naufragio, será encarcelado y tendrá que contrastar la necesidad y el peligro; pero al fin saldrá vencedor de tantos contratiempos y alcanzará el objeto de sus anhelos. Los días que le quedarán de vida serán plácen-teros y vencerá á sus enemigos y señoreará países y pueblos.» Cuando el rey oyó las palabras de los astrólogos, respondió: «No es tan malo lo que abí me vaticináis; pues que fuerza es que acontezca lo que el omnipotente Dios tiene dispuesto, y el hombre no puede torcer tales disposiciones. ¡Alabado sea el Todopoderoso! ya que nos dejará gozar de mil satisfacciones con mi hijo antes que llegue á la época de prueba que decis.» Tras esto, ya no pensó en lo que los astrólogos habian predicho, les hizo ricos presentes y los despidió. En esto llegó el visir Fares todo gozoso y dijo al rey, despues de haberse postrado á sus piés: «Señor, en este punto acaba mi mujer de dar á luz un niño hermoso como la luna llena.—O visir,» contestóle el rey, «trae aquí á tu mujer y á tu hijo para que se crie en palacio con el mio.»

Al llegar aquí, advirtiendo Cheherazada que empezaba á rayar el día, dejó su narracion para la noche siguiente.



NOCHE CCXLI.

El visir llevó á su mujer y á su hijo al palacio; las nodrizas llevaron entrambos niños por la ciudad por espacio de siete dias, luego los colocaron sobre una almohada, los trajeron á presencia del rey y le preguntaron qué nombre les queria poner. Pero él les contestó: «Dadles vosotras mismas el nombre. — Nadie sino el rey,» repusieron, «puede señalar el nombre con que los hemos de llamar. — Llamad á mi hijo,» repuso, «Seif Almuluk (Espada del Rey), como se llamaba mi abuelo, y al hijo del visir Said (el Venturoso).» Dicho esto, hizo ricos presentes á las nodrizas y les encargó que cuidasen esmeradamente de los niños. Las amas siguieron criándolos hasta la edad de cinco años, en cuyo tiempo fueron encargados á un imán que les instruyó en leer y escribir y en el Alcoran hasta que llegaron á la edad de diez años; entónces les enseñaron á montar, á disparar dardos y saetas, á blandir la espada y demás ejercicios correspondientes á su cuna, hasta la edad de quince años, en cuyo tiempo ya sobrepujaban en destreza y robustez á todos los muchachos de su edad. Cada uno de ellos podia por sí solo pelear con mil jinetes y resistirles. El rey Asem los solia estar mirando muy á menudo y se regocijaba al verlos, hasta que llegaron á la edad de veinte y cinco años. Entónces llamó el rey al visir Fares y le dijo: «¡O visir! me ha ocurrido una especie sobre la cual te quiero pedir consejo. — Haz lo que te impulse el corazon,» respondió Fares, «la bendicion sale de tu boca. — En atencion á que estoy cargado de años,» repuso el rey, «deseara deponer la carga del cetro que me abruma en manos de mi hijo Seif Almuluk, que es un mozo entendido y cabal en toda clase de instruccion y ejercicios. Luego es mi ánimo pasar los dias que de vida me queden en oracion para dar gracias al Omnipotente de las mercedes con que me ha colmado. ¿Qué te parece

mi pensamiento? —Lo que tú ahí estás hablando,» respondió el visir, «es acertado y digno de tu prudencia. Yo seguiré el ejemplo que me das, y entregaré mi cargo á mi hijo, que es asimismo un jóven inteligente y cuerdo; de este modo estarán juntos entrambos mozos, á quienes seguiremos dando nuestros consejos para que no se desvien de la senda de lo bueno, de lo justo y de lo benéfico.» Respondióle el rey: «Estiende las cartas, manda preparar mensajeros para todas las tierras, provincias, castillos y fortalezas que estén en nuestros dominios.» Al punto puso el visir manos á la obra, y escribió á todos los gobernadores y caudillos para que dentro del plazo de un mes se reuniesen todos con sus súbditos, grandes y pequeños, en la capital del reino.

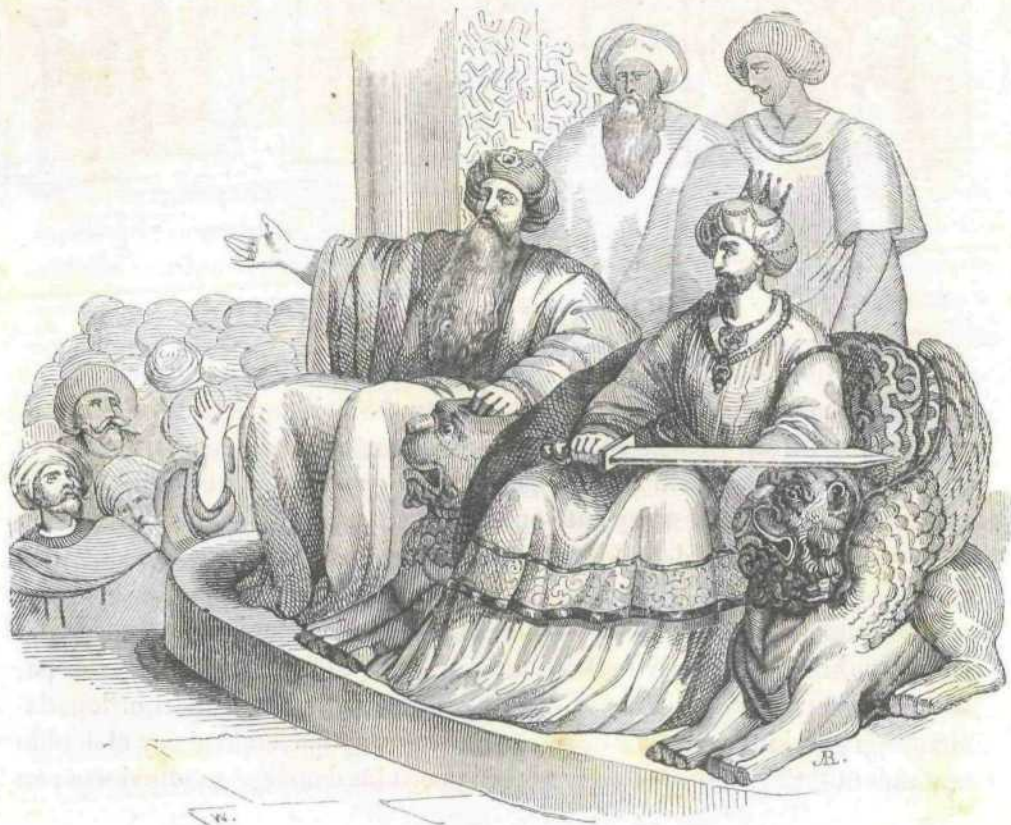
Aquí cerró Cheherazada su narracion por ver los primeros albores de la mañana, y á la noche siguiente dijo de esta manera:



NOCHE CCXLII.

El rey mandó entónces á sus camareros que cubriesen de ricas alfombras el grandioso salon, y colgasen las paredes con magníficas telas. Dispuso asimismo que colocasen allí el grandísimo trono que solo servia en ocasiones solemnes; todo lo cual se ejecutó en el acto. Al cabo de algunos dias fueron acudiendo los grandes de todos los puntos del reino, muy curiosos de saber el objeto para que el rey los habia convocado. Reunidos que estuvieron todos, aparecieron los guardias de la persona con séquito esplendoroso, voceando en alta voz: «En nombre de Dios, acercaos á la audiencia.» Al oír estas palabras, los príncipes, visires y demás grandes fueron entrando ordenadamente en el salon, cada cual segun su jerarquía, y haciendo al rey el debido acatamiento. El rey se sentó en su solio; pero los demás se mantuvieron en

pié hasta que hubieron llegado todos. En aquel punto mandó el rey cubrir las mesas, lo que se verificó sin demora. Tras esto empezaron á comer y beber, haciendo votos por la felicidad del soberano, quien mandó á sus sirvientes que no dejasen salir á nadie antes que todos los circunstantes estuviesen enterados del objeto de la reunion. Despues de una breve pausa, el rey tomó la palabra y dijo: «El que me ame, espere y me oiga con atencion.» Al oir esto, todos se sentaron y ensalzaron al rey. Este se levantó y dió licencia á todos los presentes para mantenerse sentados, y dijo: «¡Visires y grandes del reino, altos y humildes, presentes y ausentes: bien sabeis que yo heredé mi reino de mis padres y mayores!» Contestaron todos los circunstantes á una: «¡Gran rey! tuyo es el reino, bien nos consta.» Luego prosiguió el rey: «Todos nosotros adorábamos al sol y la luna hasta que Dios tuvo á bien regalarnos la creencia verdadera, sacándonos del error en que vivíamos y conduciéndonos al islamismo. Harto sabeis que soy viejo y enfermizo; por este motivo he resuelto deponer la corona, dedicar todo el tiempo á la oracion, y rogar á Dios me perdone mis yerros y deslices pasados. Ya conoceis á mi hijo Seif Almuluk, aquí presente, y sabeis que es un mozo bondadoso, instruido, elocuente, noble, jeneroso, entendido y virtuoso. Así que ahora mismo voy á entregarle mi corona para que sea sultan en lugar mio, y pediré al Señor que derrame sobre él sus bendiciones. ¿Qué os parece?» A estas palabras, to-



dos se postraron y dijeron : «Estamos prontos, ó gran rey, á obedecer tus mandatos. Aun cuando pusieras en tu lugar á uno de tus esclavos, le obedeceríamos gustosos; ¡y con cuánto mayor motivo no debemos hacerlo ahora que nos das por señor nuestro á tu hijo Seif Almuluk á quien amamos y respetamos como á las niñas de nuestros ojos!» Oida esta contestacion, el rey se levantó del trono, bajó al salon y dijo á los príncipes y demás allí convocados, mientras hacia sentar á su hijo en el trono : «¡Ahí teneis á vuestro rey!» En esto se quitó de la cabeza la corona de oro, la colocó sobre la de su hijo, y se sentó á su lado en un sillón de oro. Los príncipes, visires y demás circunstantes vocearon : «Gran rey, tú, mas que otro, mereces sentarte en el trono.» Despues de un rato de silencio, que empleó el rey en distribuir premios y regalos entre los presentes, se levantó el visir Fares.

Al llegar aquí, vió Cheherazada asomar el dia y suspendió la narracion, la que, en la noche siguiente, continuó de este modo :



NOCHE CCXLIII.

El visir Fares, encarándose con los príncipes y grandes del reino, dijo : «Ya sabeis cuantos estais aquí convocados que yo fui visir en un tiempo en que todavía no empuñaba el rey Asem las riendas del estado, y que lo soy aun en este momento en que se desprende de la corona para darla á su hijo. Tambien á mí me han venido deseos de descansar y he resuelto ceder el visirato á mi hijo Said para que venga á ser visir del rey Seif Almuluk, vista la amistad que se profesan.» Al concluir estas palabras, quitóse Fares de la cabeza

el turbante de visir y lo colocó sobre la de su hijo. Los Jauches exclamarón : « ¡ Bendito sea , pues lo merece ! » Entónces se levantaron el rey Asem y su visir , abrieron sus tesoros , é hicieron ricos regalos á los príncipes , visires y grandes del reino , y escribieron nuevos firmanes con las rúbricas del rey Seif Almuluk y de su visir Said. Todos los convocados permanecieron una semana juntos , y despues cada cual se encaminó de vuelta á su provincia. Sin embargo el rey Asem se fué á su habitacion con su hijo y el nuevo visir , y habiendo llamado al tesorero mayor , le mandó traer el anillo con el sello , la espada , la cajita y el arco , preciosísimas alhajas que el rey Salomon le habia enviado. Luego que las tuvo delante , dijo á Seif Almuluk y á Said : « Tome cada uno de vosotros dos lo que mas le agrade. » Seif Almuluk fué el primero que alargó la mano para tomar el anillo con sello : Said tomó la espada ; luego el primero tomó la cajita , y el segundo el arco. Hecho esto , besaron la mano al rey y se despidieron. Seif Almuluk colocó la caja , sin ver su contenido , sobre el trono , que era su lugar de descanso ; y Said se echó á su lado. A media noche despertóse Seif Almuluk , recordó la especie de la cajita , y curioso de ver su contenido , se levantó , tomó una de las velas que ardian allí cerca , y se entró en una sala contigua por no despertar á Said. ¡ Pero cuál fué su asombro , cuando , abierta ya la cajita , sacó un vestido hecho



de alas de mariposa ! Los jenios habian sido los artífices de aquel portento recamado de oro ; ningun vestido semejante habia envuelto jamás el cuerpo humano ; y aquella preciosidad exhalaba los aromas mas esquisitos de las Indias. En el mismo vestido se veia una imájen recamada de oro , que repre-

sentaba una doncella de beldad incomparable. Seif Almuluk estuvo contemplándola largo rato embebecido; nunca hasta entónces habia latido su corazon con tanta violencia; y desde aquel punto aprendió á conocer el amor intenso con toda su indecible bienaventuranza é inapeables tormentos.

Al llegar aquí Cheherazada, advirtió que era de dia, y suspendió su narracion para continuarla á la noche siguiente de este modo:



NOCHE CCXLIV.

Con aquella ocasion compuso Seif Almuluk unos versos que decian así: «A haber antes conocido yo el poderío del amor, hubiera sido menos imprudente. Antes de ver esa imájen, latian sosegados mi pulso y mi corazon. Pero desde este punto aquí yazgo embriagado de amor, y mi alma toda está rebosando júbilo.»

Pero Seif Almuluk estaba fuera de sí, ya de gozo, ya de dolor, al verse privado del orijinal de aquella pintura. Trascordó, en medio de su embeleso, el sitio donde se hallaba, y yendo de un aposento á otro, movió tanto ruido que despertó á Said. Cuando este no halló á su lado á Seif Almuluk, pensó entre sí: «¿A dónde habrá ido?» Con esta zozobra se levantó y fué recorriendo todo el palacio hasta que por fin dió con él. Pero pasmado de ver el trastorno que se leia en su semblante, le dijo con acento entrañable: «¿Qué te ha sucedido, hermano mio? Dímelo por vida tuya para que pueda asistirte. No me encubras nada, pues ya sabes cuanto te quiero.» Pero el príncipe no dió muestras de haberle oido, antes al contrario, no levantó siquiera la cabeza, y siguió llorando sin consuelo. Mas no por esto desistió Said de sus ruegos. «Señor,» decia, «¿no conoces ya á tu visir y amigo? Si tú no

te desembozas conmigo, ¿quién se interesará en tu suerte?» Con todo las instancias de Said quedaron tambien esta vez sin efecto; Seid Almuluk no daba tregua á su lloro, y enmudecia siempre. Al fin Said empuñó su espada, corrió á otro aposento, se puso la punta al pecho, é hizo ademán de traspasarse; pero antes, volviendo la cabeza hácia Seif Almuluk, «Amigo,» prorumpió, «si no me cuentas lo que te ha sucedido, al punto vas á verme cadáver; pues no puedo tolerar el dolor que me acosa de verte tan desdichado sin poderlo remediar.» Al oir estas palabras, Seif Almuluk levantó por fin la cabeza, y dijo: «Amigo mio, me avergüenzo de manifestarte la causa de mi desconsuelo. — Yo te ruego por el Dios, señor de todos los señores,» repuso Said, «por el Dios libertador de todos los oprimidos, remedio de nuestras aflicciones y fuente de todas las mercedes, que me digas la verdad; y no te corras; ¿no soy acaso tu esclavo, tu visir y tu consejero? — ¡Ven,» respondió Seif Almuluk, «y contempla esa imájen!» Luego que Said la vió, se que-



dó parado largo rato, y hubo de confesar que era la imájen de un portento de hermosura. Sobre la cabeza de aquella pintura leyó la siguiente inscripccion, trabajada con primor y realzada de perlas:

«Esta es la imájen de Badiald Yamal (Portento de Hermosura), hija de Nahal, hijo de Charuc, primer rey de los jenios creyentes, que moran en la isla Babel, en el jardin de Irem.»

Al llegar aquí, reparó Cheherazada que llegaba el dia; calló, y á la noche siguiente continuó de esta manera:

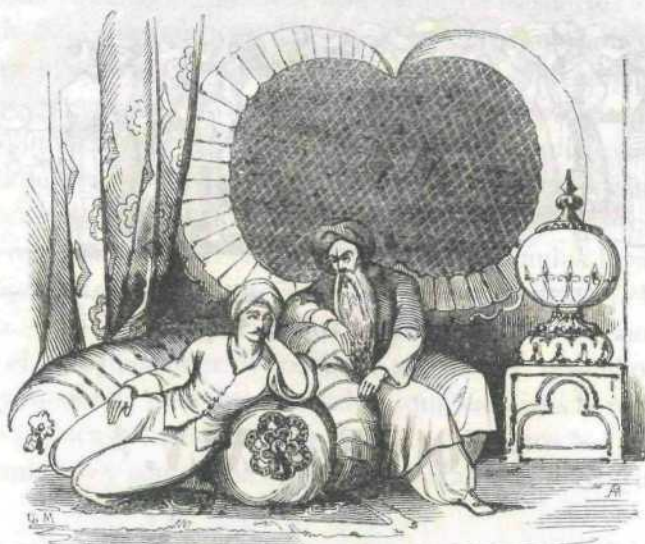


NOCHE CCXLV.

Luego que Said hubo leído esta inscripcion, dijo: «Rey y amigo, ¿sabes acaso á quién representa esa imájen? — Lo ignoro, amigo mio, » replicó Seif Almuluk. — «Ven acá, » dijo Said, «y lee con atencion.» Entónces leyó Seif Almuluk lo que se veía escrito sobre la corona de la imájen. Pero ¡ay! este descubrimiento le desgarró el pecho. «¡Ah, amigo mio!» prorumpió al fin, «si esa imájen celestial se puede hallar en alguna parte de la tierra, voy desde luego en su busca, y no cesaré que no la haya hallado. — Enjuga el llanto, » replicó Said, «sube á tu solio, convoca en torno de él á cuantos han recorrido tierras estrañas, y luego que amanezca, pregunta á todos ellos dónde está situada la isla de Babel con su jardin Irem; quizás se halle alguno, con la bendicion y ayuda de Dios, que pueda dar alguna reseña sobre lo que apetece».

Seif Almuluk, no bien asomó el dia, subió en su solio; pero su alma estaba desasosegada con la memoria del retrato. Luego se le acercaron los príncipes, visires y grandes del reino, y le hicieron, uno tras otro, su acatamiento acostumbrado. Tan pronto como hubieron llegado todos los palaciegos, dijo Almuluk al visir: «Diles que su rey está indispuerto y que pueden retirarse.» Pero cuando el rey Asem oyó estas palabras, se afligió en gran manera; maldijo su existencia; mandó llamar médicos y astrólogos, fué con ellos á su hijo, y les mandó recetar medicinas y ensalmos. Pero ni por estas mejoró nada la salud de Seif Almuluk, porque su dolencia era incurable; y ninguno de los médicos ni astrólogos podia adivinar lo que estaba pasando en lo íntimo de su pecho.

Cheherazada vió rayar el dia, y dejó la narracion para la noche siguiente.



NOCHE CCXLVI.

Ya hacia tres meses que duraba la dolencia de Seif Almulk sin haber adelantado nada, cuando el rey Asem, enojado con los médicos y astrólogos, prorumpió un día diciendo: «Perros, ya que no os hallais en estado de curar la enfermedad de mi hijo, voy á mandaros degollar.» — «Gran rey y señor,» replicó el principal de entre ellos; «no perdonamos fatigas ni desvelos para curar hasta á los estraños; ¿cómo cabe que no echemos el resto de nuestro afan para curar á tu hijo, nuestro rey? Pero la dolencia de tu hijo tiene su asiento en lo mas hondo del corazon, y su curacion está fuera de nuestro alcance. — «Pero ¿qué es lo que sabeis de la enfermedad de mi hijo?» repuso el rey. — «Tu hijo está perdido de amor. — ¿Pero cómo sabeis que está perdido de amor?» replicó el rey enojado, «y en tal caso, ¿dónde y cómo se enamoró? — Pregúntalo á su amigo,» replicó el primer médico, «al visir, que de cierto está enterado de su situacion.» El rey Asem se encaminó en seguida á su aposento, mandó llamar al visir Said y le dijo: «No me ocultes la verdad; ¿qué enfermedad ha sobrecojido á mi hijo? — No lo sé,» repuso Said. Volvióse el rey Asem al verdugo y le dijo: «Afianza á Said, véndale los ojos y hazle saltar la cabeza de los hombros.» En este punto Said, temeroso de perder la vida, voceó: «¡Ó rey! prométeme no atentar contra mi vida. — Concedido,» replicó Asem, «habla. — Tu hijo,» prosiguió Said, «ama á la hija del rey de los jenios. — ¿Pero dónde ha visto mi hijo á la hija del rey de los jenios?» preguntó Asem. — «En el vestido que nos regaló Salomon, hijo

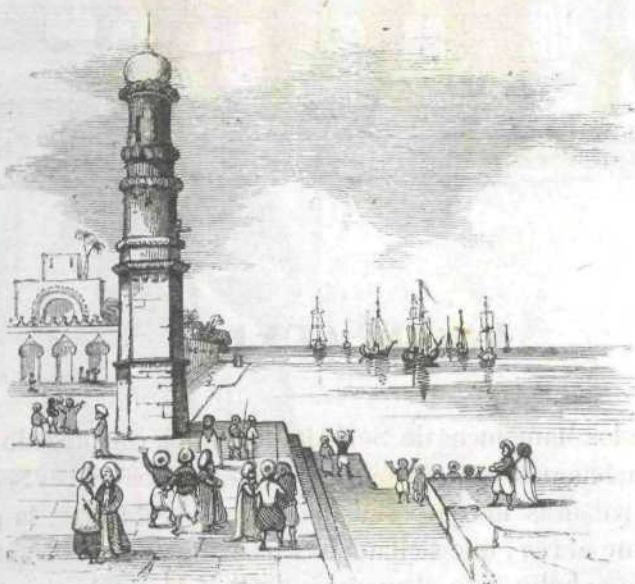


de David, » respondió Said. Al oír estas palabras, el rey se levantó, fué á su hijo, y le habló en estos términos: «¡Hijo mio! ¿qué es lo que te está doliendo? ¿y qué retrato es ese que tú amas? dímelo.—Yo me hubiera avergonzado, » repuso Seif Almuluk, «de decirte lo que está pasando en mi corazón; pero puesto que lo sabes, dime qué es lo que debo hacer.—¿Pero de qué medios podemos disponer, tratándose de la hija del rey de los jenios?» replicó Asem; «ni aun el mismo Salomon, hijo de David, pudiera sernos aquí de ningún provecho. Con todo, no desmayes; levántate, vete á la caza, corre á caballo, come y bebe, y así ahuyentarás la melancolía de tu pecho. En lugar de la hija del rey de los jenios, te proporcionaré cien princesas: ¿porqué te has de enamorar de la hija de un rey de los jenios, que no es ningún sér humano?—¡Ah, padre mio!» respondió el hijo, «no puedo menos de amarla; y no cabe que me enlace con otra mujer.—¿Pero cómo quieres que lo haga, hijo mio?—Manda venir á todos los mercaderes y viajeros, y de ellos nos informaremos acerca de la isla Babel y del jardín Irem.» El rey, por complacer á su hijo, mandó llamar á todos los mercaderes, capitanes de buque y viajeros, y les preguntó acerca de la isla Babel y el jardín Irem; pero ni uno siquiera habia estado en aquel país, ni pudo dar la menor noticia. Al fin dijo uno de ellos: «Señor, si quieres saber dónde están esa isla y ese jardín, vete á la China, que es tierra dilatada y segura, que contiene preciosidades de todo jaez, y está poblada de hombres de toda estirpe; solo por su medio podrás averiguar la situación de la isla y del jardín de que nos hablas.»

En esto asomaron los primeros albores de la mañana, y Cheherazada tuvo que dejar su narración para la noche siguiente.

anclas, dió la vela al viento y tomó el rumbo de la China, á donde llegó con toda felicidad

No bien los moradores de la China supieron que habian llegado cuarenta bajeles de guerra, creyeron que eran enemigos que venian á invadir su pais; y estando en tal creencia, cerraron las puertas de la ciudad y aprontaron sus máquinas de guerra. Sabedor Seif Almuluk de estas disposiciones hostiles,



llamó á algunos de sus Mamelucos de mayor confianza y les dijo : « Id al rey de la ciudad, llevadle mis saludos, y decidle que el rey Seif Almuluk, hijo del rey Asem de Egipto, viene á visitarle como huésped para viajar algun tiempo por su pais; añadid que es su ánimo volver á su pais, que no viene como enemigo ni para guerrear con él. Si le das entrada, vendrá á verte; de no, se volverá sin molestarte á ti ni á los tuyos. »

Al llegar aquí, reparando Cheherazada que asomaba el dia, suspendió su narracion para continuarla la noche siguiente.



NOCHE CCXLIX.

Luego que los Mamelucos de Seif Almuluk hubieron llegado á la ciudad, dijeron á sus habitantes: «Nosotros somos los enviados del rey Seif Almuluk.» Y al oír estas palabras los que estaban dentro, les abrieron la puerta y los condujeron ante el rey, que se llamaba Cha Jafur y conocido antiguo del rey Asem. Luego que hubo oído el mensaje de Seif Almuluk, hizo presentes á los enviados, mandó abrir todas las puertas, y salió con todos sus palaciegos al encuentro de su huésped, á quien abrazó afectuosamente, diciéndole: «Bien venido seas en mi reino; yo soy esclavo tuyo y también de tu padre. Tú eres dueño de cuanto poseo. «En seguida mandó preparar banquetes y regocijos, y condujo á Seif Almuluk y á su visir Said á su palacio, donde les cedió los aposentos mas hermosos. Los pregoneros publicaron la plausible nueva por la ciudad, y Seif Almuluk y los suyos disfrutaron por espacio de cuarenta dias el hospedaje mas espléndido y afectuoso. Pasado este tiempo, dijo Cha Jafur á Seif Almuluk: «¿Qué tal, hijo de mi amigo? ¿qué te parece de esta mi tierra? — Gracias te sean dadas, ó rey,» repuso Seif Almuluk; «me gusta sobremanera. — Pero tú no has venido aquí sin objeto,» dijo Cha Jafur. — «Mi historia es de las mas peregrinas,» contestó Seif Almuluk; «estoy prendado del retrato de Badiald Yamal.» Al proferir estas palabras, no pudo contener el llanto y echó á llorar amargamente. Tamaño dolor enterneció el pecho del rey de la China, quien dijo: «¿Qué puedo hacer por ti, Seif Almuluk? — Quisiera,» contestó este, «que mandases venir á tu presencia todos los viajeros y capitanes de buque para que yo pueda preguntarles si saben dónde existe el orijinal de este retrato; quizá alguno de ellos podrá

darme razon del lugar donde se halla. » Al punto mandó el rey pregonar por la ciudad que se le presentasen todos los capitanes de buque, peregrinos y viajeros, amenazando con graves penas al que desobedeciese la órden. Todos fueron acudiendo y eran en crecido número. Luego que los tuvo reunidos, Seif Almuluk les preguntó si habian oido hablar de la isla Babel y del jardin Irem; pero nadie supo darle razon, lo que apesadumbró mucho al príncipe. Al cabo de un rato uno de los capitanes de buque se levantó y dijo : « Poderoso señor, si deseas averiguar la existencia de esta isla, será preciso que te dirijas



á las tierras é islas cercanas á las Indias ; allí hallarás quien te informe sobre el particular. » Oidas estas palabras, Seif Almuluk mandó preparar las naves para hacerse á la mar, se despidió del rey y se embarcó con su amigo Said. Navegaron por espacio de cuatro meses con tiempo bonancible ; pero al cabo de este tiempo se levantó una tormenta horrorosa que les causó suma zozobra durante diez dias ; y al fin arreció tanto la tempestad que todos los buques fueron á pique. Solo pudo salvarse Seif Almuluk con algunos Mamelucos en un barquichuelo. Tras este desastre, sosegóse el mar, se despejó el cielo, y el sol volvió á resplandecer como antes. Seif Almuluk, al volver en sí, no vió ni un bajel siquiera de su hermosa escuadra ; pues todo lo habian tragado las olas.

Al llegar aquí, advirtiendo Cheherazada que amanecía, suspendió su narracion para continuarla en la noche siguiente.

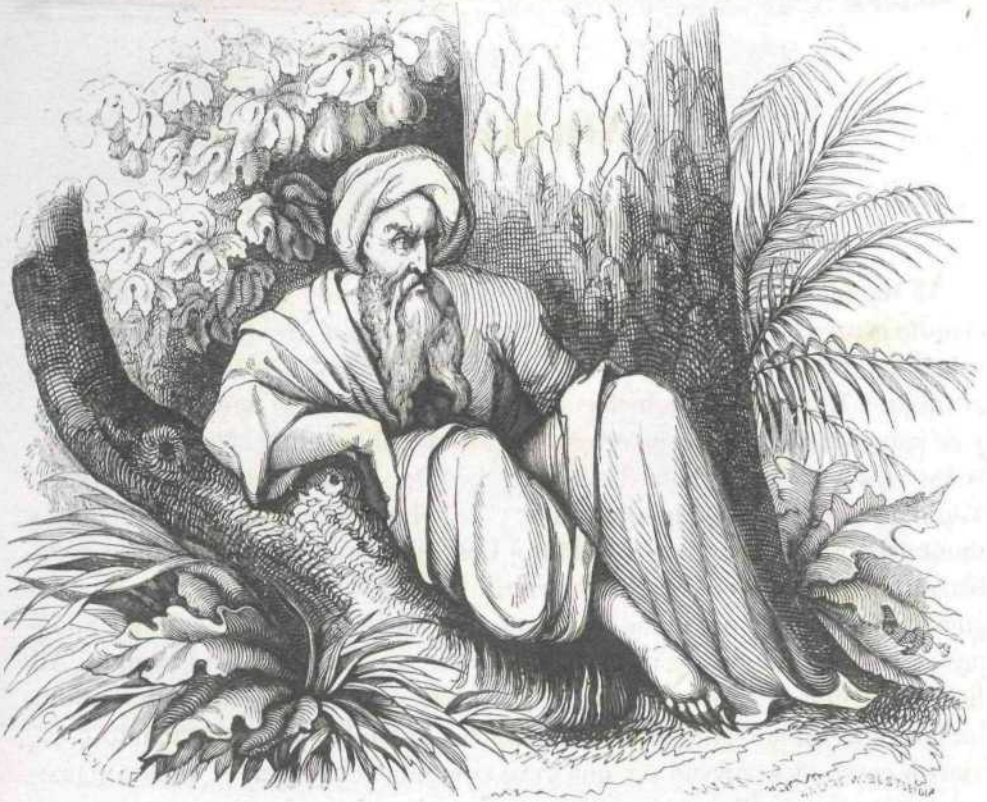


NOCHE CCL.

Seif Almuluk preguntó á los pocos que con él se habian salvado : « ¿ Dónde están mis bajeles ? ¿ dónde está mi amigo Said ? — ¡ O Señor ! » le contestaron , « este barquichuelo y nosotros es lo único que te queda de tus escuadras ; todo lo demás está sepultado en el mar , y es pasto de los peces. » Al oír estas palabras , Seif Almuluk echó á llorar amargamente , se mesó el cabello , y se disponia á arrojar al mar. Pero sus Mamelucos le contuvieron diciéndole : « Señor , ¿ qué vas á hacer ? Tú mismo te has atraído esta desgracia ; si hubieses obedecido á tu padre , no te sucediera este fracaso. Con todo esto estaba escrito en el libro del Destino ; pues cuando naciste , dijeron de ti los astrólogos que te hallarias en grandísimos peligros. Así que no te queda mas arbitrio que arrostrarlos con valor hasta que Dios disponga otra cosa. » A esto contestó Seif Almuluk (y esto no solamente honra á Dios , sino tambien al que lo dice) : « No hay amparo ni poder sino en Dios Omnipotente. Nadie puede oponerse á sus decretos. » Dicho esto , se arrepintió de su flaqueza , y pidió algo que comer. Entretanto el frágil barquichuelo , impelido por las olas , iba navegando sin rumbo fijo , y los náufragos ignoraban dónde se hallaban y á dónde se dirijian ; los abastos y el agua empezaban á escasearles , cuando , por disposicion de Dios , descubrieron una isla alta en la lejanía Aportaron en ella gozosísimos , y como estaban tan hambrientos ,

no dejaron mas que un hombre de guardia en el batel , y los demás empezaron á comer fruta que abundaba en la isla. Pero allí mismo estaba sentado un hombre de larguísimo rostro , blanco cuerpo y de traza singular. Este ente extraordinario llamó á uno de los Mamelucos por su nombre, y le dijo : « No comas de esa fruta tan mala ; ven acá y te mostraré fruta sazónada. »

Al llegar aquí, suspendió Cheherazada su narracion por ser ya de día , y á la noche siguiente continuó así :





NOCHE CCLI.

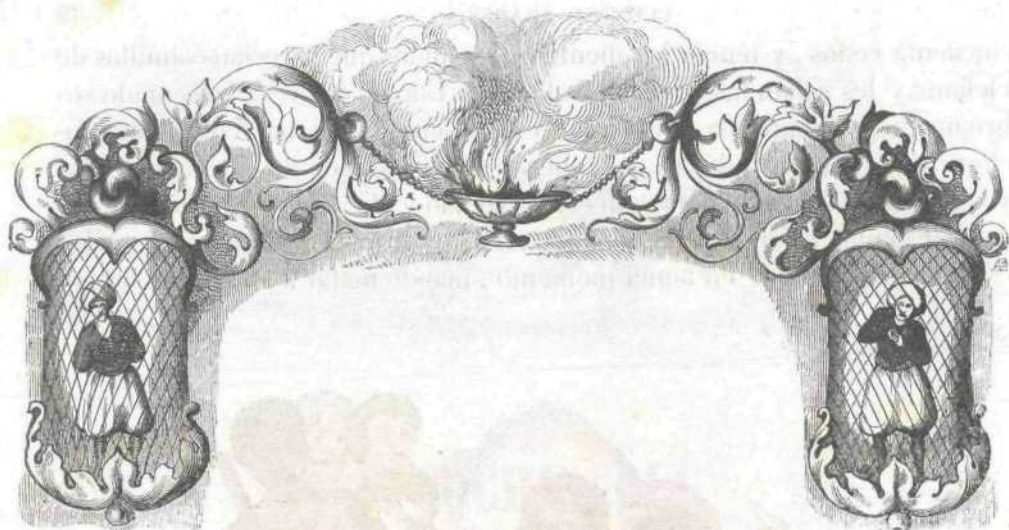
El Mameluco creyó que era uno de los náufragos y se fué para él ; pero cuando estuvo cerca , se abalanzó el maldito sobre él , se puso á horcajadas sobre sus espaldas, y le dijo: «Anda corriendo ; ya no te soltaré y tú serás mi acémila. » El pobre Mameluco echó á llorar despidiendo agudísimos gritos , y su señor con los demás se refugiaron en el barquichuelo. Pero el extranjero los siguió hasta la playa diciéndoles : « ¿ De dónde venis y á dónde vais ? Venid acá , que os daremos de comer y de beber , seréis nuestros jumentos y montaremos sobre vuestras espaldas.» Los fujitivos al oir tales palabras redoblaron su afán en los remos y se alejaron de la isla confiando siempre en Dios. Siguieron navegando otro mes hasta que descubrieron otra isla , donde aportaron, emboscándose por una selva , porque no habia senda ni camino. Allí hallaron frutas de que comieron ; y mientras estaban descansando, columbraron allá en la lejanía un bulto que les llamó la atencion. Cuando estuvieron cerca , les pareció ser una gran columna echada en el suelo ; y preguntando uno de ellos qué podria ser , la columna se despertó , se levantó, y he aquí que era un hombre orejudo y de ojos saltones ; la cara no se podia ver , porque cuando estaba durmiendo , tenia una oreja debajo de la cabeza, y la otra se la cubria toda. Aquel monstruo cojió á uno de los Mamelucos, y este desventurado gritó al rey : « ¡ Señor ! huye de esta isla , que está poblada de jigantes que comen á los hombres , como luego me va á suceder.» Luego que Seif Almuluk hubo oido estas palabras , fué corriendo con los suyos para la playa, donde se embarcaron todos en el barquichuelo sin pensar en recojer frutas. Tras este lance navegaron algunos dias hasta que descubrieron otra isla , donde aportaron , y hallaron una altísima montaña ; anduvieron cuesta arriba y llegaron á un bosque frondoso donde habia árboles cargados de riquísima fruta ; ya empezaban á comer , cuando vieron llegar unos hombres desnudos de estatura ajigantada , como que pasaba de

cincuenta codos , y tenían los dientes tan salidos que parecían colmillos de elefante y les salían buen trecho de la boca. Uno de ellos estaba sentado sobre una negra almohada tendida sobre una peña , y estaba rodeado de muchos negros esclavos , los cuales cogieron á Seif Almuluk y á sus Mamelucos, y los llevaron á su dueño que allí estaba sentado , diciéndole : « Señor , ¡ mirad qué lindos pajaritos hemos cogido en estos árboles ! » Como el rey tenía casualmente hambre en aquel momento , mandó matar á dos Mamelucos y



se los zampó con buen garbo. Al ver Seif Almuluk aquel horrendo sacrificio , tembló por su vida y echó á llorar con los demás compañeros ; y el rey gigante, que los oyó llorar , dijo : « ¡ Esos pajaritos tienen muy buena voz , haced una jaula para cada uno, metedlos dentro , y colgadlas sobre mi cabeza para que pueda yo oír sus gorjeos ! » Así lo hicieron sus esclavos , y de este modo Seif Almuluk y sus Mamelucos se vieron enjaulados ; diéronles de comer y de beber ; unas veces lloraban , otras cantaban ; de suerte que el rey gigante estaba prendadísimo de sus pájaros. Cuatro años pasaron aquellos desdichados en sus jaulas.

Aquí , advirtiendo Cheherazada que amanecía , suspendió su narración para continuarla en la noche siguiente de este modo :



NOCHE CCLII.

Aquel rey bárbaro tenía una hija casada en otra isla ; y cuando supo que su padre tenía pajaritos dotados de una voz tan peregrina , le envió mensajeros para pedirselos. Su padre, deseoso de complacerla , le envió á Seif Almuluk con tres de sus Mamelucos , cada uno en su jaula ; y luego que la princesa los vió , quedó tan satisfecha, que mandó colgarlos en su aposento sobre su propia cama. Seif Almuluk estaba siempre triste y sin consuelo, y lloraba casi sin cesar ; los tres Mamelucos lloraban con él , y la princesa creía que estaban cantando. Dios dispuso sin embargo que cuanto mas de cerca miraba á Seif Almuluk , mas se prendaba de su hermosura : por donde no es de extrañar que lo pusiese en libertad juntamente con los tres compañeros ; les mandó dar de comer y beber cuanto quisiesen , y les manifestó mucho cariño. Un día que estaban solos la princesa y Seif Almuluk , le ofreció la mano de esposa ; pero el príncipe se negó diciendo : « O señora , soy un jóven extranjero , y solo puedo ser feliz con el objeto de mi amor. » Porfió mas la princesa , pero él se mantuvo siempre firme en su entereza. Cuando ella vió la inutilidad de sus conatos , se enojó con él y los Mamelucos , y les obligó á servirla. En tal situacion pasaron otros cuatro años. A Seif Almuluk se le hacia intolerable aquel estado y rogó á la princesa que los dejara partir y que pusiera un término á tan amargo dolor. La princesa lo mandó comparecer y le dijo : « O Seif Almuluk , si te casas conmigo , te cedo mi reino para que dispongas de él y de mí como mejor te pareciere. » Pero Seif Almuluk no dió oídos á sus ruegos , y ella , mas y mas enconada , le dijo con despego : « Quítate de ahí ; me servirás hasta que cedas á mis deseos. » Los isleños conocian á Almuluk y á sus tres compañeros con el nombre de pájaros de la prince-

sa; y nadie los maltrataba, pues la princesa estaba cierta de que no podían escapársele.



Aquí paró Cheherazada para continuar, á la noche siguiente, de este modo :

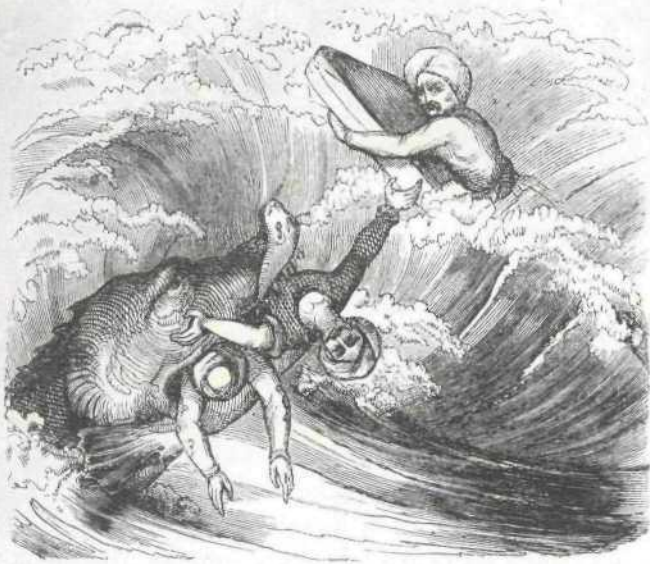


NOCHE CCLIII,

Seif Almuluk y sus Mamelucos iban por donde quiera sin guardias, y á veces pasaban noches enteras fuera de su mansion para recoger leña que llevaban á la cocina de la princesa. De este modo vivieron diez años. Un día que Seif Almuluk estaba sentado á la orilla del mar, no pudo contener las lágrimas al recordar sus desdichas y las de sus compañeros, la desesperacion de sus padres y familias, el desconsuelo de sus guerreros y amigos, la

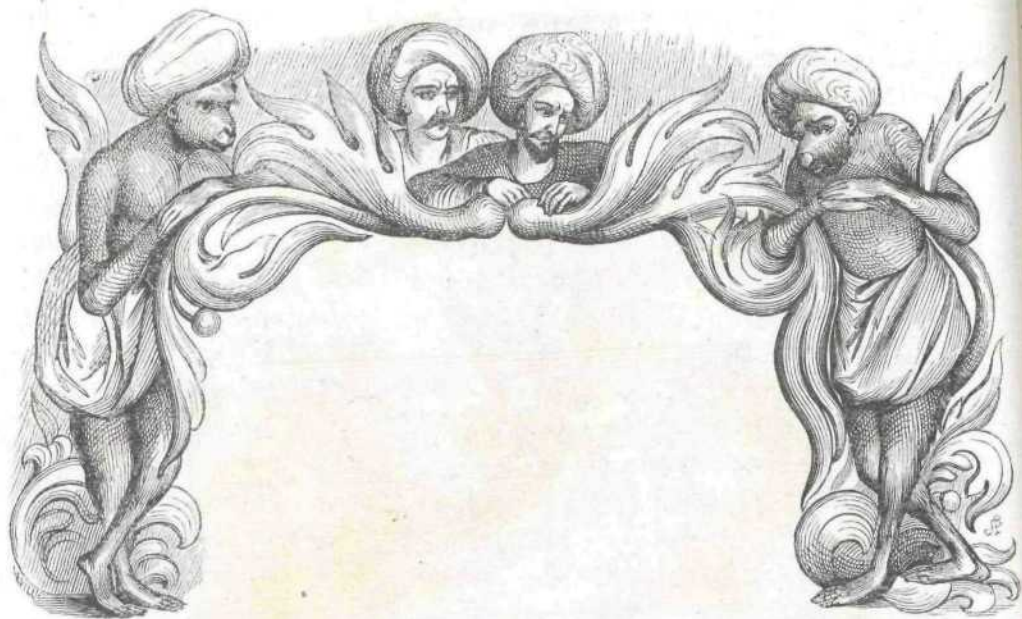
opulencia en que habia sido criado y la muerte desastrada de su querido Said. Pero sus Mamelucos le dijeron : «O señor, ¿á qué viene ese lloro? ¿Por ventura no está escrito todo en la frente de los hombres? ¿No sucede todo como allá lo tiene decretado la voluntad divina? ¿No escribe la pluma celestial los acuerdos de Dios? No nos queda ya mas arbitrio que la paciencia. Quizás Dios, que nos ha enviado tamañas desdichas, nos enviará socorro para salir de ellas.—¡Ah, hermanos míos!» contestó Seif Almuluk, «¿qué es lo que podemos hacer para salir de la infeliz situacion en que nos vemos? No nos queda mas salvacion que la que quiera enviarnos el mismo Dios. Sin embargo pudiéramos probar de escaparnos para salir de tan triste estado.—Por donde quiera podamos huir,» contestaron, «nos aguardan gigantes antropófagos; no cabe que nos libremos de ellos, y la princesa se enojará con nosotros.—Voy á probar un medio de salvacion,» replicó Seif Almuluk, «y confio que Dios todopoderoso nos ayudará en nuestra empresa.—¿Qué es lo que pretendes hacer?» le dijeron.—«Cortemos algunos árboles de los mas altos para construir una balsa, la arrojarémos al mar, la cargarémos de fruta, cortarémos remos adecuados, y destrozarémos nuestros grillos á hachazos. Dios nos ayudará sin duda, puesto que es todopoderoso: quizás nos arrojen los vientos á las costas de la China; y de este modo quedarémos libres de las asechanzas de esta reina despótica.» Los Mamelucos celebraron el pensamiento, y al punto pusieron manos á la obra con tanto afan que al cabo de un mes ya estaba la balsa pronta para botarla al agua. Hecha esta operacion con el mayor sijilo, cargaron la balsa de fruta, uno de ellos tomó el hacha y destrozó sus cadenas, se embarcaron en la balsa, y navegaron en ella cuatro meses sin saber qué rumbo seguian. Pero al cabo de tanto tiempo se les acabaron las frutas y les acosó el hambre cruel. He aquí que de repente empezó el mar á espumear y á agitarse las olas, y un horroroso cocodrilo subió de las profundidades del piélago, cojió á un Mameluco y lo tragó. Seif Almuluk y los dos Mamelucos restantes echaron el resto en remar para alejarse de aquel monstruo: y así siguieron remando, despavoridos todos, hasta que al otro dia descubrieron una altísima montaña de una isla; aquella vista los alentó, remaron con mayor ahinco, y cuanto mas se acercaban, mayor era el gozo que sentian; pero de repente, bullió otra vez la mar y subió de sus simas un descomunal cocodrilo que se tragó á entrambos Mamelucos. Solo llegó á la isla Seif Almuluk, se encaramó en el monte y estuvo esperando á que se manifestase algun viviente: la soledad le recordó otra vez su hogar, su familia y su patria, y echó á llorar sin consuelo. Al cabo de un rato se emboscó por el monte y comió alguna fruta: pero en esto llegaron veinte monos, tamaños como mulos, rodearon á Seif Almuluk, y lo llevaron consigo á un castillo situado en la cumbre, y todo lleno de preciosidades: estaba aquel castillo fabricado de oro y plata, y veíanse centellear por donde quiera una infinidad de piedras preciosas que producian un efecto indecible.

En este castillo no habia nadie mas que un jóven delgado. Seif Almuluk



se prendó de él al verle, y lo mismo le sucedió al desconocido, quien, apenas lo vió, encarándose con él, le preguntó: «Qué quieres? ¿cómo te llamas? ¿de dónde eres? ¿cómo has venido aquí? Cuéntame tu historia, no me encubras nada. — Por el Dios Todopoderoso,» replicó Seif Almuluk, «mi estancia aquí ha de ser breve; los hados me llevan mas lejos. — ¿Qué intento traes,» repuso el jóven, «quién y de dónde eres?—Soy de Egipto, mi nombre es Almuluk, mi padre es el rey Asem, hijo de Savan;» y aquí le refirió cuanto le habia acontecido, desde el principio hasta el fin, y que es ocioso repetir. El jóven se levantó, ofreció á Seif Almuluk cuanto podia y dijo: O rey, cuando yo me hallaba en Egipto, oí hablar de tu viaje á la China. —Te han dicho la verdad,» contestó Seif Almuluk; «con efecto, fuí á la China; desde allí, haciendo rumbo para las Indias, navegamos prósperamente por espacio de cuatro meses, hasta que nos sobrecojió una borrasca que destrozó toda mi escuadra; de cuantos íbamos en ella no nos salvamos mas que algunos Mamelucos y yo en un endeblé barquichuelo; pasamos en seguida por muchísimos peligros hasta que por fin he venido á quedar solo y he desembarcado en esta isla.—O príncipe,» dijo el jóven, «char-to has padecido en tierras estrañas; quédate aquí conmigo, y á mi muerte serás rey de esta isla, que es mas grande de lo que parece, pues se necesitan muchos dias para recorrerla. Los monos que has visto son diestrísimos, y aquí hallarás cuanto puedas apetecer.»

Al llegar aquí, advirtió Cheherazada que amanecía, y dejó su narracion para la noche siguiente.



NOCHE CCLIV.

Contestó Seif Almuluk: «Los hados me llevan mas lejos, y no puedo descansar que no estén cumplidos; quizás Dios me otorgue el objeto de mis anhelos; y de no, en cualquiera parte hallaré la muerte.» El jóven hizo una señal á los monos, quienes salieron del aposento, y al cabo de un rato volvieron á entrar con telas de seda, cubrieron la mesa y trajeron mas de cien platos y fuentes de oro y plata con manjares esquisitos, permaneciendo en pié, como es de costumbre en los palacios de los reyes. El jóven les hizo una seña, y al punto se sentaron todos, menos el que habia de servir la mesa, y así el jóven como Seif Almuluk y los principales monos empezaron á comer. Acabada la comida, levantaron la mesa y trajeron un jarro de oro y una palangana de lo mismo con agua de rosa con que se lavaron las manos. Para los postres trajeron vinos, frutas en almíbar y otros dulces, y bebieron y se divertieron desahogadamente; los monos empezaron á danzar y á jugar, en términos que Seif Almuluk quedó pasmado de cuanto estaba viendo y trascordó las desdichas que habia padecido. Cuando anocheció, encendieron velas de cera, colocadas en candelabros de oro realzados de piedras preciosas, y trajeron en seguida ricos pescados y frutas secas. Luego que se hizo tarde, Seif Almuluk fué conducido á un gran salon donde le habian preparado el lecho. Levantóse el jóven antes de amanecer, entró en el aposento de Seif Almuluk y le dijo: «Asoma la cabeza á la ventana; mira con atencion lo que está pasando fuera.» Así lo hizo Seif Almuluk, y vió toda la tierra cuajada de monos, en tan gran cantidad que solo el Dios del cielo podia contarlos. Preguntóle con este motivo Seif Almuluk: «¿Porqué

se reunen esos monos aquí?—Cada mártes acuden todos los monos de la isla, de dos y hasta tres jornadas de distancia, y se reunen en este sitio hasta que me despierto y me asomo á la ventana; no bien me ven, besan el suelo y me ofrecen sus servicios; y hecho esto, cada uno se vuelve á sus quehaceres.» Con efecto, luego que los monos vieron al jóven á la ventana, se postraron todos, se levantaron luego y se encaminaron á sus faenas. Seif Almuluk permaneció un mes entero al lado de este jóven, de quien se despidió al cabo de este tiempo para proseguir sus viajes; pero el jóven le dió una escolta de doscientos monos que lo acompañaron durante siete dias hasta la frontera de sus estados, donde se despidieron de él y regresaron á sus hogares. Seif Almuluk siguió caminando solo por montes y valles, colinas y llanuras, por desiertos y tierras cultivadas, durante cuatro meses, padeciendo hambre unas veces, y otras viviendo en la abundancia. Mas de una vez se arrepintió de no haber seguido los consejos del jóven, y ya trataba de volverse, cuando allá en la lejanía columbró un objeto negro. Aquello ha de ser una casa ó un árbol, dijo entre sí, vamos á ver lo que es; acercóse y descubrió un alto castillo; y era el mismo que Japet, hijo de Noé (la paz sea con él), habia levantado, y que se cita en el sagrado libro (Coran) con estas palabras: «Un fuerte castillo y un pozo desolado.» Sentóse delante de la puerta del castillo, pensando entre sí: «¡Si pertenecerá á los hombres ó á los jenios!» Despues de haber permanecido sentado largo rato sin ver entrar ni salir á nadie, se levantó, y rebotando confianza en Dios, se entró en el castillo; contó hasta siete galerías, pero no vió ningun viviente; al extremo de la séptima galería halló una puerta tapada por una cortina; la recorrió, y entró en un grandísimo salon ricamente alfombrado, y en medio del cual habia un trono de oro, y sentada en él una jóven hermosa como la luna llena; su traje era rejio y su tocado propio de una novia. Debajo



del trono habia una mesa con cuarenta platos y los manjares mas esquisitos. Luego que Seif Almuluk hubo visto á la jóven , se acercó á ella y la saludó; devolvióle esta el saludo y le preguntó : « ¿ Eres tú rey ó jenio ? — Soy hombre , hijo de rey , y rey tambien.—Toma algun bocado , » contestó la jóven , « y luego me contarás cómo has llegado aquí . »

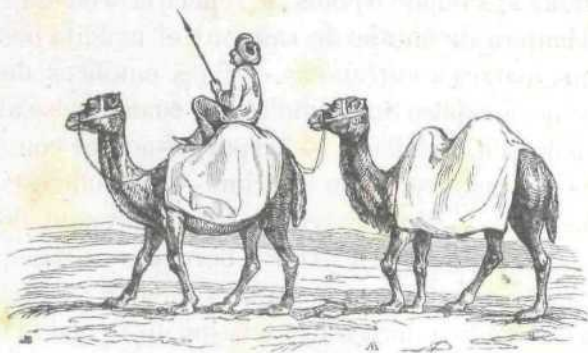
En esto, advirtiendo Chehërazada que ya rayaba el dia , suspendió su narracion para continuarla en la noche siguiente.



NOCHE CCLV.

Sentóse Seif Almuluk á comer, pues venia muy hambriento, luego se echó de beber , y cuando estuvo saciado , se sentó en el trono junto á la jóven , quien le dijo : « ¿ Quién eres y de dónde vienes ? — Mi historia es muy larga de contar , » replicó Seif Almuluk — « Dime solamente de dónde eres y qué quieres , » repuso ella . — « Pero dime tú tambien , » contestó el príncipe , « quién aquí te ha traido y porqué moras aquí tan sola ? — Mi nombre es Daullet Chatun , » contestó la jóven , « soy hija del rey de las Indias que reside en la ciudad de Serendib , y posee un hermoso y grandísimo jardin , como que no hay otro igual en toda la India , ni que tenga un estanque tan grande y poblado de peces ; un dia bajé al jardin con mis esclavas , nos desnudamos , y nos metimos en el estanque jugando placenteramente. Pero he aquí que de repente me ví envuelta en un vapor que me pareció una nube , me arrebató de en medio de mis esclavas , y me llevó entre cielo y tierra á un paraje donde me habló en estos términos : « Nada temas , ó Daullet Chatun , aquieta tu corazon . » En seguida echó á volar otra vez , y yo perdí el uso de mis sentidos hasta que me depositó en este castillo , y se trocó en un her-

mosísimo mancebo ricamente vestido. Díjome : « ¿ Me conoces ? — No te conozco, » le contesté. « Soy hijo, » repuso, « del rey azul de los Jenios ; mi padre reside en las riberas del mar rojo é impera sobre seiscientos mil jenios voladores que pueden zambullirse en las aguas ; casualmente al volar cerca del paraje donde te estabas bañando , te ví y me prendé de ti ; por esta razón bajé hasta el estanque , te robé en medio de tus esclavas y te traje á este castillo que es mi morada. Nadie viene jamás á este castillo , ni hombre ni jenio , y para pasar de aquí á las Indias hay que viajar por espacio de ciento y veinte años ; ya no volverás á ver en tu vida la tierra de tus padres ; así pues , quédate aquí conmigo y no te aflijas ; pues acudiré siempre que lo desearas. » Dichas estas palabras, me abrazó diciendo : « Siéntate y nada temas. » Luego me dejó sola un rato , y volvió con esta mesa y estas alfombras que estás viendo. Vuelve todos los miércoles , y se marcha los viérnes á mediodía ; comemos y bebemos juntos, me besa y me abraza ; y con todo esto soy tan vírjen como Dios me crió , pues el jenio no me ha hecho hasta ahora ningún desman. Mi padre es rey y se llama Tadj Almuluk (corona de los Reyes), é ignora mi suerte absolutamente : tal es mi historia ; cuéntame ahora la tuya. — Mi historia es muy larga, » replicó Seif Almuluk , « y temo que vuelva el jenio antes que la haya concluido — Hoy es viérnes, » dijo la princesa , « hace poco que salió de aquí , y no volverá hasta el miércoles ; siéntate pues , desecha todo temor , y cuéntame desde el principio hasta el fin cómo has llegado hasta aquí. » Seif Almuluk , ya mas sosegado, le refirió su historia , y al citar el nombre de Badiald Yamal , la princesa echó á llorar , y le interrumpió diciendo : « ¡ Así se llama mi hermana ! ¡ O hermana mia Badiald Yamal ! ¡ Ay de mí ! ¡ Si te acordarás de tu hermana ! ¿ No preguntas ya dónde está tu hermana Daulet Chatun ? » En esto estuvo llorando un rato desconsoladamente porque suponía que Badiald Yamal no se acordaba ya de ella. « ¡ O Daulet Chatun ! » prorumpió Seif Almuluk , « ¡ cómo es posible que sea tu hermana Badiald Yamal , siendo ella jenio , y tú un sér humano ? — Es mi hermana de leche, » contestó la princesa. « El día en que mi madre me dió á luz en el jardín, nació también allí cerca Badiald Yamal. Su madre envió una



sirvienta á la mia pidiéndole pañales y otras frioleras. Envióle lo que deseaba y la convidó con su hija para que fueran á su palacio, á donde pasaron con efecto, y con este motivo mi madre dió de mamar á Badiald Yamal. »

Al llegar aquí, advirtiendo Cheherazada que amanecía, dejó su narracion para la noche siguiente.

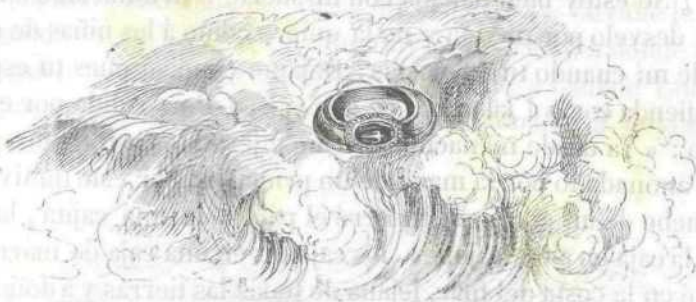


NOCHE CCLVI.

La madre de Badiald Yamal permaneció dos meses en nuestro jardin; volvióse luego á su casa, pero antes de marcharse dió algo á mi madre diciéndole: « Cuando tengas necesidad de mí, acudiré en tu auxilio, presentándome en medio de este jardin. » Badiald Yamal venia todos los años con su madre, estaban entrambas una temporada con nosotras, y despues se volvian. Si yo estuviese con mi madre, ó Seif Almuluk, y si te hubiese conocido en mi pais, hubiera hallado algun medio para cumplir tus anhelos. Mas ahora, ¡ay de mí! estoy lejos de mi patria y sin esperanza de volverla á ver; aunque si lo supieras, quizás podrias salvarme de esta situacion; bien que mas vale dejarlo todo en las manos de Dios.—Espílicate, muchacha, » dijo en este punto Seif Almuluk. « ¿A dónde irémos? » replicó la princesa? « Aun cuando tuviéramos la delantera de un año de camino, el maldito nos alcanzaria en un momento y nos matara á entrambos. — Pues entónces me ocultaré por aquí en algun paraje, » repuso Seif Almuluk, « y cuando pase al alcance de mi brazo, lo mataré de una cuchillada. — No puedes acabar con él, » prosiguió Daulet Chatun, « que no aniquiles su espíritu. — Y dónde está su espíritu? » preguntó Seif Almuluk. — « Muchas veces se lo he preguntado, » contestó la princesa, « y nunca queria responderme á derechas, hasta que apurándole un dia para que me lo manifestara, se enojó y me dijo: « ¿Porqué me andas ahí preguntando con tanto abinco sobre mi espíritu? ¿qué te importa á ti? » Pero yo le contesté: « ¿Acaso tengo yo en el mundo otro que se interese por

mi sino tú? ¿No estoy bien hallada con mi suerte? Mi alma ama á la tuya, y si yo no me desvelo por tu vida y no la quiero como á las niñas de mis ojos, ¿qué será de mí cuando tú no existas? Déjame conocer pues tu espíritu para que lo defienda como á las niñas de mis ojos.» Persuadido por estas razones, me dijo: «Ya desde mi nacimiento me dijeron los astrólogos que mi espíritu sería anonadado por la mano de un príncipe; por este motivo lo coloqué en el buche de un gorrión, encerré el pájaro en una cajita, la cajita en siete cajas, la caja en siete cajones, los cajones en una caja de mármol, y esta la enterré en la costa del mar, lejana de todas las tierras y á donde no puede aportar hombre alguno. Pero te lo repito; cuidado no lo digas á nadie, quede esto entre los dos. — ¿A quién pudiera yo decirlo,» le contesté, «cuando tú eres el único sér que veo?» Y luego añadí: «Seguro es el paraje donde tienes depositado tu espíritu, ya que nadie puede llegar á él sino tú; y luego ¿cómo cabe que el príncipe ni nadie lleguen á descubrirlo jamás?» Pero á esto replicó: «El príncipe ha de llevar en un dedo el anillo de Salomón (¡la paz sea con él!); y el tal colocará el anillo sobre el agua, y estendiendo la mano, voceará: «Por este nombre sal, alma del genio.» La caja de mármol se levantará por sí sola del fondo del mar, como me han declarado los astrólogos, y cajas, cajones y cajitas, todo se hará pedazos; por donde saldrá á luz el gorrión, el que será degollado, y entónces he de morir sin remedio.»

Al llegar aquí, advirtiendo Cheherazada que ya amanecía, dejó la narración para la noche siguiente.



NOCHE CCLVII.

« Yo soy Seif Almuluk, » dijo este, « soy el mismo príncipe de quien habló el jenio, y aquí en el dedo traigo el anillo de Salomon; sígueme pues á la orilla del mar, y luego se verá si el jenio dijo la verdad. » Con esto se levantaron entrambos; Daulet Chatun se quedó en la orilla, y Seif Almuluk, colocando el anillo sobre el agua, dijo: « Por los nombres grabados en este anillo, ven acá, espíritu del hijo del rey azul. » Al punto se agitaron las olas, y la caja de mármol salió á la playa; Seif Almuluk la hirió con una piedra, la quebrantó, rompió las cajas, cojió el gorrion de la cajita y lo degolló, pero no tanto que quedase muerto en el acto; hecho esto, volvió al castillo con la princesa, y se sentó á su lado en el trono. Mientras estaban comiendo y hablando placenteramente, levantóse en la lejanía una gran polvareda, y apareció un espectro descomunal que habló en estos términos: « O príncipe, déjame vivir y concédeme la libertad; prometo ayudarte en el logro de tus anhelos. » Pero Daulet Chatun, volviéndose á Seif Almuluk, le dijo: « Porqué estás ahí tan parado? mata al gorrion, pues de no, va á volver el maldito, te lo arrebatara y nos matará á entrambos. » Oidas estas palabras, el príncipe remató al gorrion; y el espectro, postrándose á la puerta del castillo, quedó convertido en un monton de negras cenizas. Daulet Chatun dijo entonces á Seif Almuluk: « Ya estamos salvos del poder de aquel maldito; pero ¿qué haremos ahora? — Tengamos confianza en Dios, » contestó el príncipe: « el mismo que hasta ahora nos ha amparado nos conducirá á salvamento. » Dicho esto, levantóse Seif Almuluk, arrancó la puerta del castillo, que era de aloés y madera de sándalo, sacó los clavos de oro y plata; quitó los cordones de los cortinajes, que eran de buen cáñamo; afianzó con ellos las puertas, y con la ayuda de Daulet Chatun hizo una balsa, luego entre los dos la arrastraron hasta el mar y la sujetaron con estacas. Hecha esta operacion, volvieron al castillo, llevaron á la balsa la vajilla de oro y plata con las joyas y piedras

preciosas que en él había; dos trozos de madera les sirvieron de remos; soltaron el cable y se abandonaron á la merced de las olas sin saber á dónde los encaminaban. El viento fué impeliendo el frágil leño por espacio de cua-



tro meses hasta que dieron fin á sus abastos. Cuando Daulet Chatun estaba durmiendo, Seif Almuluk estaba sentado á su espalda, y lo propio hacia la princesa cuando Seif Almuluk descansaba, y había una espada entre los dos (1). Una noche, mientras Seif Almuluk estaba durmiendo, y Daulet Chatun velaba, esta reparó que la balsa se iba acercando á la tierra, y entraba en un puerto donde había fondeadas muchas embarcaciones; mientras las estaba mirando, oyó á un hombre (era el capitán de los buques) que estaba ha-

(1) Espresion arábiga para denotar que no llegaron á tocarse.

NOTA DEL TRADUCTOR.

blando desde la playa con algunos marineros; de donde infirió que se hallaban en tierra habitada y en una ciudad. Alegróse mucho con tan fausto acontecimiento, y despertó á Seif Almuluk voceándole: « Levántate y pregunta al comandante de esos buques cómo se llama ese país y qué puerto es ese. » Levantóse Seif Almuluk muy gozoso con esta noticia, y voceando al comandante, le preguntó: « ¡ Ola, amigo! ¿ Cómo se llama esa ciudad y ese puerto? » Contestóle el comandante: « Joven inesperto, ¿ cómo has venido aquí, no conociendo esta ciudad ni su puerto? — Soy un extranjero, » contestó Seif Almuluk, « que navegando con otros compañeros padecimos un naufragio de cuyas resultas perecieron todos menos yo, salvándome en una balsa; por esto te hize la pregunta que tanto estrañas, pues el preguntar no es errar. — Esta ciudad, » respondió el comandante, « se llama la Habitada, y este puerto Entre dos mares. »

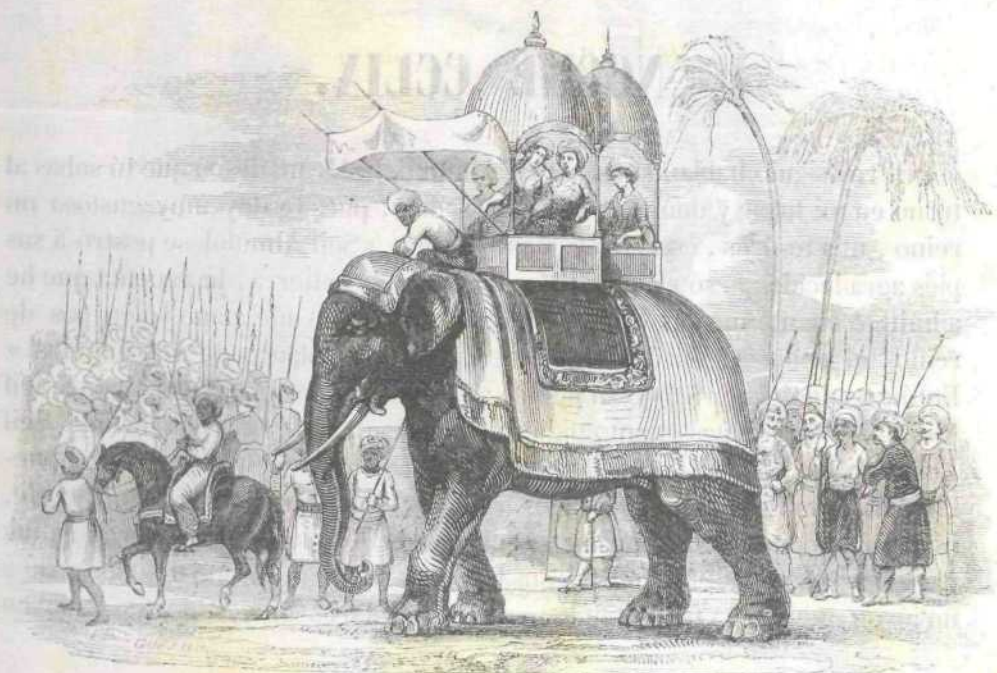
Al llegar aquí, viendo Cheherazada que ya rayaba el día, dejó su narración para la noche siguiente.



NOCHE CCLVIII.

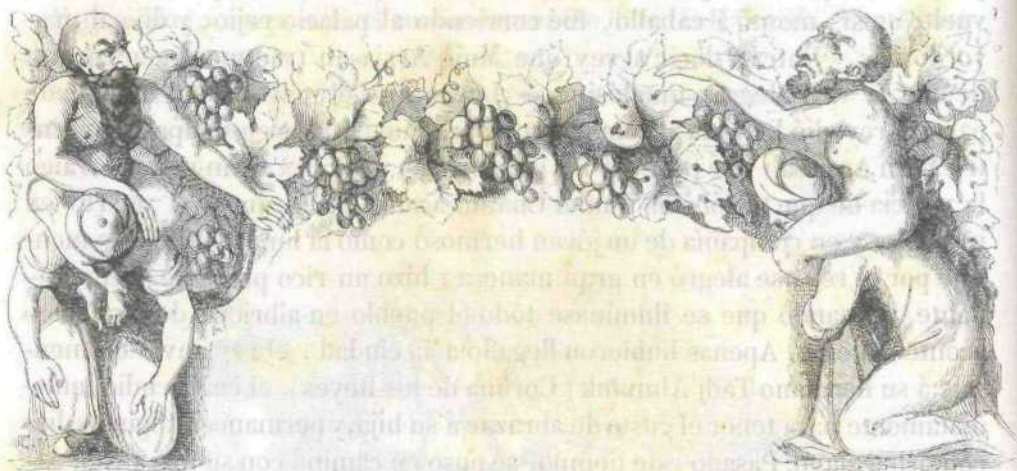
Cuando Daulet Chatun oyó estas palabras, se alegró en gran manera, y dijo á Seif Almuluk: « O príncipe, ten buen ánimo y regocíjate conmigo; el auxilio está cerca, el rey de esa ciudad es mi tío; se llama Alí Almuluk (altísimo Rey); pero preguntale si es así. » Preguntó Seif Almuluk al comandante: « ¿ No se llama Alí Almuluk el rey de esa ciudad? — ¡ Estraña pregunta! » contestó el comandante; « ¡ ahora mismo dijistes que nunca habias estado aquí, y sales ahora con que el rey se llama Alí Almuluk! » Al oír estas palabras, Daulet Chatun conoció entónces al comandante, que se llamaba Muin Arriasah (Ayudante del Señor), y dijo á Seif Almuluk: « Dile que su señora

quiere hablarle.» Seif Almuluk lo llamó entónces por su nombre, lo que oído por el comandante, se encolerizó, prorumpiendo en estas palabras : « ¡Perro maldito , ladrón ! seguramente serás un espía ; pues ¿ por dónde puedes conocerme ? » Y llamando á un marinero, le dijo : « Dame un buen garrote, pues quiero apalear á aquel ladrón. » Alargáronle el garrote , y enarbolándolo con ademan airado, se encaminó á la balsa, cuando inopinadamente tropezó con una jóven hermosísima ; paróse sobrecojido al ver á una niña resplandeciente como el sol ; pero luego, volviendo en sí, se encaró con Seif Almuluk y le dijo : « ¿ Qué muchacha es esa que traes contigo ? — Lámase Daulet Chatun , » le contestó Seif Almuluk. No bien oyó el comandante estas palabras, cayó desmayado al reconocer á la sobrina de su rey. Cuando hubo vuelto en sí, montó á caballo, fué corriendo al palacio rejio, y dijo al mayordomo : « Entra á decir al rey que Muin Arriasah trae una buena nueva de que se va á alegrar muchísimo. » Luego que el mayordomo hubo dado parte al rey, dió licencia al comandante para que entrase en su aposento. Entró Muin Arriasah , se postró á los piés del rey y dijo : « Gran rey , te traigo la noticia de que tu sobrina Daulet Chatun acaba de entrar en el puerto en una balsa y en compañía de un jóven hermoso como la luna. » Oído este mensaje por el rey , se alegró en gran manera , hizo un rico presente al comandante , y mandó que se iluminase todo el pueblo en albricias de tan fausto acontecimiento. Apenas hubieron llegado á la ciudad , el rey envió un mensaje á su hermano Tadj Almuluk (Corona de los Reyes), el cual acudió inmediatamente para tener el gusto de abrazar á su hija, y permaneció algunos dias con su hermano. Pasado este tiempo, se puso en camino con su hija y Seif Al-



muluk de vuelta á Serendib, que era su tierra nativa. Daulet Chatun volvió á abrazar á su querida madre, y con tan venturoso hallazgo echaron todos al olvido los quebrantos, y no pensaron mas que en divertirse. El rey agasajó espléndidamente á Seif Almuluk, y le dijo: «Son tantas las finezas que te estamos debiendo mi hija y yo, que por mucho que las encarezca, no acierto á expresarlas ni á premiarte como es debido; así que, tan solo el señor de los mundos puede cumplir con mis anhelos.»

Al llegar aquí, reparando Cheherazada que ya rayaba el día, dejó su narracion para la noche siguiente.



NOCHE CCLIX.

El rey siguió hablando así á Seif Almuluk: «Es mi deseo que tú subas al trono en mi lugar y domines sobre las Indias; pues te doy muy gustoso mi reino, mis tesoros, esclavos y cuanto poseo. «Seif Almuluk se postró á sus piés agradecido, besó el suelo y dijo: «O rey de la tierra, haz cuenta que he admitido cuanto me das y que te lo he devuelto; no me afano yo en pos de reinos ni poderío; mi único objeto es llegar al blanco de mis anhelos.» Entónces dijo el rey á todo su pueblo: «Todos mis tesoros pertenecen á Seif Almuluk; dadle pues cuanto pidiere sin consultarme á mí para nada.» Seif Almuluk dijo en este punto al rey: «De buena gana me paseara por el pueblo para ver sus plazas y mercados.» El rey, que solo deseaba complacerle, mandó inmediatamente ensillar su mejor caballo y lo regaló á Seif Almuluk para que recorriese la ciudad y sus bazares. Estando en uno de ellos, vió á un jóven que estaba pregonando por quince dinares un vestido que tenia en

la mano. Se parecía muchísimo aquel jóven á su hermano Said, como que era el mismo; pero Seif Almuluk no pudo reconocerle, por cuanto sus facciones estaban mudadas por sus padecimientos y tras tan larga separacion. No obstante llamó á sus Mamelucos y les dijo: «Afianzad á aquel jóven, llevadlo al palacio y guardadlo hasta que yo vuelva de paseo.» Pero creídos los Mamelucos de que les mandaba conducirlo á la cárcel, lo prendieron sin miramiento alguno y lo llevaron á la prision, lo aherrojaron y se fueron. Cuando Seif Almuluk hubo vuelto de su paseo, ya no se acordó mas de Said ni de los Mamelucos que lo habian preso, de suerte que el pobre Said quedó en la cárcel hasta que salió un dia con los demás presos á los trabajos públicos. Said estaba recapacitando sin cesar acerca de la causa de este desman, al paso que Seif Almuluk, mas y mas distraido con los festejos y agasajos del rey, no se acordaba mas de él, hasta que un dia trayendo á la memoria dicha especie, preguntó á los Mamelucos dónde estaba el sujeto que por su orden se habian llevado del bazar. «¿No nos has mandado que lo llevásemos á la cárcel?» contestaron. — «No por cierto,» repuso Seif Almuluk, «os dije que lo condujeseis á palacio.» Al oir estas palabras, fueron corriendo los Mamelucos á la cárcel, de donde sacaron á Said, y lo llevaron, aherrojado como estaba, ante Seif Almuluk, quien le dijo: «¿De qué pais eres? — Soy de Egipto,» contestó, «y me llamo Said, hijo del visir Fares.» Al oir estas palabras, Seif Almuluk se le echó al cuello y se puso á llorar de alborozo. «¡Ó hermano mio!» exclamó, «¡ó Said querido! ¡con que vives todavía y yo te



estoy viendo! ¡Yo soy Seif Almuluk tu hermano, hijo del rey Asem!» Así permanecieron ambos largo rato estrechados y llorando de gozo, en presencia

de los Mamelucos que los estaban mirando con asombro. En seguida Seif Almuluk mandó conducir al baño á Said y prepararle ricos vestidos; y luego que así se hubo verificado, lo llevaron al divan donde estaba sentado su hermano, quien le mandó sentar á su lado, y Said se alegró muchísimo del encuentro. Empezaron á hablar de sus aventuras; Seif Almuluk le refirió cuanto le habia sucedido desde el principio hasta el fin, y luego Said, tomando la palabra, habló de esta manera: «Ó hermano mio, no bien el bajeel hubo ido á pique, subí con algunos Mamelucos en una balsa con la cual navegamos un mes entero, hasta que otra tormenta, por voluntad del Altísimo, nos arrojó á una isla. Desembarcamos atropelladamente, pues el hambre nos acosaba, corrimos á unos árboles y empezamos á comer fruta. En esto nos vimos rodeados de una multitud de hombres que parecían demonios, quienes nos subieron sobre los hombros y nos dijeron: «Corred ahora, que sois nuestros jumentos.» Preguntéle al que se habia encaramado sobre mis hombros: «¿Quién eres tú y porqué te has subido sobre mí?» Pero él me apretó el pecho con un pié en términos que caí desvanecido de dolor, con el rostro contra el suelo, pues el hambre y el cansancio habian acabado con todas mis fuerzas. Cuando él advirtió que el hambre me habia postrado, me tomó por la mano, y conduciéndome á un árbol cargado de fruta, me dijo que comiese de aquella fruta. Así lo hice hasta que estuve saciado, y me desvié; pero apenas hube andado tres pasos, cuando se encaramó otra vez sobre mis hombros, y me forzó á andar y correr segun su antojo. Pero el maldito se reía de mi pesadumbre y decia: «Nunca en mi vida he tenido tan buen jumento.» En este estado permanecimos algunos años con ellos. Un dia que vimos muchas vides cargadas de uvas, cojimós algunas, las pusimos en un tonel y las pisamos para esprimir el licor que al dia siguiente fué vino; y bebimos en tan gran cantidad que nos hizo vacilar, moviéndonos á cantar y á bailar con muchísima algazara. «¿Qué teneis,» nos preguntaron, «que estais tan acalorados y bulliciosos? — ¿Porqué nos lo preguntais, y qué os importa?» les contestamos. «De todos modos lo queremos saber,» dijeron. — «El vino es quien nos ha puesto en este estado,» les respondimos. «Pues vamos á verlo,» dijeron; «dejádnoslo catar. — Se acabaron las uvas,» dijimos. «No hay cuidado,» respondieron; «venid con nosotros.» Y dicho esto, nos condujeron á un valle tan sumamente largo y ancho que no vimos donde empezaba ni donde acababa, y lleno todo él de vides cargadas de racimos, que el que menos pesaba un quintal. Dijéronnos que cojiésemos cuanta uva quisiésemos, como en efecto lo hicimos, llenando un tonel tamaño como un estanque; las pisamos luego, y dejamos fermentar el licor por espacio de un mes hasta que se convirtióó en vino.»

Calló aquí Cheherazada para proseguir en la noche siguiente.



NOCHE CCLX.

Said siguió refiriendo su historia en estos términos: «Luego que el vino estuvo en sazón, les dijimos que ya estaba en su punto, y les preguntamos con qué querían beberlo. «Hace algún tiempo que teníamos asnos como vosotros, los que murieron de vejez; para aprovecharlos comimos su carne, pero conservamos sus cráneos; con que dadnos de beber en ellos.» Dicho esto, nos arrearón á una cueva, cuajada toda de huesos humanos; recogimos algunos cráneos y les dimos de beber en ellos, pensando entre nosotros: «¡No basta que nos monten como jumentos, que nos han de comer todavía despues de muertos!» Luego íbamos diciéndonos unos á otros: «No hay amparo ni poder sino en Dios todopoderoso.» Fuimos llenando de vino los cráneos, que alargábamos á los monstruos, quienes, despues de haberlo probado, decían: «Amargo está. — Cuidado con lo que decís,» repuse, «pues el que esto dice, y no bebe diez tragos seguidos á lo menos, muere forzosamente el mismo día.» Con esto, temerosos todos de la muerte, fueron bebiendo mas y mas, no ya con repugnancia, sino con afán, hasta que por fin se embriagaron en términos de no poderse ya casi sostener sobre nuestros hombros. Luego que los vimos en aquel estado, echamos á correr hasta que les entró sueño y quisieron echarse. Pero nosotros no quisimos, y empezamos á correr con mas ahínco que antes hasta que, durmiéndose sobre nuestros hombros, y no apretándonos ya el cuello, los arrojamos al suelo, los juntamos todos, amontonamos sobre ellos y por los lados cargas enteras de sarmientos, luego les pegamos fuego, y nos desviamos un poco para ver las resultas. En un instante se levantó la llama voraz, y todos ellos, sin que se escapase uno solo, quedaron reducidos á cenizas. Alegres sobremanera, tributamos rendidas gracias á Dios que tan portentosamente nos habia salvado,

nos encaminamos á la playa y allí nos separamos. Yo me quedé con dos Mamelucos, con quienes entré en un bosque para comer fruta. Mientras estábamos comiendo, se llegó á nosotros un gigante con larguísima barba, orejas descomunales y ojos encendidos, el cual llevaba ante sí un rebaño de carneros que estaban paciendo. Luego que nos vió, nos dió la bienvenida, manifestó mucho gozo de vernos y nos dijo: «Venid conmigo, que quiero asaros uno de estos carneros. — ¿Dónde vives?» le preguntamos. — «En una cueva,» contestó el gigante, «cuya entrada hallaréis luego que hayais dado la vuelta de este monte. Id pues, y allí hallaréis otros convidados que se os parecen.» Confiados nosotros en que nos decia la verdad, nos pusimos en camino en busca de la cueva.

Cuando por fin llegamos á la habitacion del gigante, encontramos muchos hombres que se nos parecian, solo que eran todos ciegos; y luego que nos hubimos incorporado con ellos, oímos que uno decia: «¡Estoy malo!» que otro exclamaba: «¡Estoy tan débil!» Pasmados de aquellas exclamaciones, les preguntamos qué tenían. «¡Tambien venis vosotros á participar de nuestra suerte!» nos contestaron. «¡Cómo habeis caido en poder de aquel maldito! ¡No hay amparo ni poder sino en Dios todopoderoso! El gigante que nos tiene es un maldito que come carne humana. — ¿Cómo os ha cegado á todos?» les preguntamos. — «Luego os cegará á vosotros tambien con un vaso de leche,» respondió uno de ellos; «ya veréis como cuando llegue os dirá que bebais leche mientras os prepara el asado prometido; y tan pronto como la bebais, se apagará la luz de vuestros ojos.» Cuando hube oido tan triste explicacion, dije para mí: «Solo la astucia puede salvarme.» Metíme en un rincón, y al cabo de un rato llegó el gigante con tres vasos de leche, y me alargó uno, lo mismo que á mis dos compañeros, diciéndonos: «Sin duda tendréis hambre y sed despues de lo mucho que habeis andado; con que tomad esta leche, mientras os preparo el asado.» Tomé el vaso, lo llevé á los labios y lo derramé con disimulo, y luego, aplicándome las manos á los ojos, exclamé: «¡Ó Dios! ¡he perdido la vista!» y eché á llorar; pero el maldito gigante, con voz burlona, me dijo: «Ó Said, hete ahí reducido al mismo estado de tus compañeros;» pues pensaba el malvado que yo estaba tan ciego como mis dos compañeros. Dicho esto, se levantó, cerró la puerta de la cueva, y empezó á palparme las piernas; pero como me halló muy flaco y desmeдрado, se dirigió á otro, mas gordo que yo, lo degolló, juntamente con tres carneros, trajo un asador, donde los clavó, los arrimó al fuego, y cuando los tuvo cocidos, se los comió; en seguida empinó un gran jarro de vino, lo vació de un sorbo, se tendió boca abajo, y empezó á roncar con grandísimo estruendo. Luego que lo ví dormido, empecé á recapacitar entre mí sobre el mejor modo de matarle, cuando eché la vista en dos asadores de hierro que habia sobre el fuego y que ya estaban rojos como una ascua. Al punto y sin titubear me abalanzo á ellos, los agarro y los hundo entrambos á un tiempo

y con todo mi ahinco en los ojos del gigante. El dolor acerbo que le causó la herida le hizo dar un bote tremendo en busca del que le había malparado; pero yo burlé sus rabiosos esfuerzos; con todo, como me iba acosando, ya no sabía cómo evitarle, pues me hallaba cerca de la puerta de la caverna, que estaba cerrada, cuando uno de los ciegos, á quien pregunté lo que debía hacer, me dijo: «Salta á la ventana, allí hallarás una espada, empuñala al instante, dale una cuchillada de recio á la mitad del cuerpo, y verás como se muere luego.» Apenas hube oído estas palabras, con la ayuda de Dios me

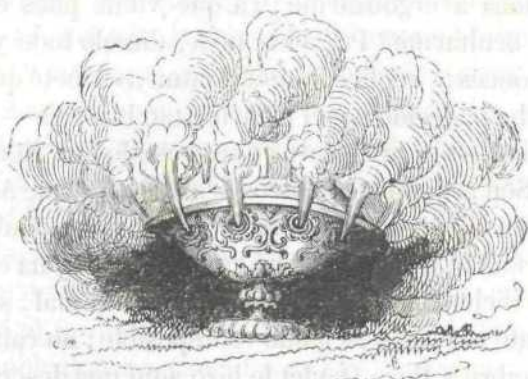


encaramé de un bote á la ventana, cojí la espada, salté al suelo, y fuí para él con el brazo en alto. La rabia con que me había perseguido, juntamente con el dolor de las heridas, habían agotado sus fuerzas; así que me fué muy obvio asestarle un sablazo que lo partió en dos, viniendo al suelo con horroroso estruendo. En aquella situación, empezó á gritar desaforadamente: «¡Remátame! ¡dame otro golpe!» Y ya tenía yo enarbolado el brazo para descargarle otro golpe en la cabeza, cuando el mismo hombre que me había dado tan saludable consejo, me detuvo diciendo: «¡Guárdate de segundar el golpe! Con otro que le des recobrará la vida y nos matará á todos. «Así que seguí el consejo de aquel buen hombre; y el maldito murió á los pocos instantes. Entónces el mismo ciego de antes me dijo: «Abre la puerta de la caverna; quizás Dios nos hará la merced de libertarnos. —Ya estamos salvos,» le contesté, «no tengais miedo; los carneros que aquí tenemos nos sustentarán por mucho tiempo y podremos beber el vino de esos toneles.» Con efecto, pasamos otros dos meses en aquel sitio, comiendo buena carne de carnero, bebiendo vino y regalándonos con las ricas frutas de los árboles,

hasta que un día, estando en la orilla del mar, ví á lo lejos un gran bajel. Al punto le hicimos señas y gritamos pidiendo socorro. Pero como los navegantes tenían noticia del maldito gigante que moraba en la isla, no hacían caso de nuestras voces. Persuadido de esto, esforcé mas la voz, clamando: «El malvado ha muerto, venid sin temor, que cuanto tenía será vuestro.» Por fin acercóse á nosotros una lancha con algunos marineros, los que tomaron tierra. Luego los condujimos á la caverna, donde lo vieron muerto, y se apoderaron de cuanto poseía, así en oro como en alhajas y ganado. Despues de haber cojido cuanta fruta pudimos, subimos á bordo del buque, y con él llegamos á esta ciudad bien gobernada y poblada de buena jente: y en ella hace ya siete años que vivo como corredor de barcos, y alabando á Dios que nos ha conducido á tan venturoso término. Mi único pesar era no saber de ti, y rogaba á Dios sin cesar que me concediese vida hasta que te volviese á hallar; figúrate pues cuál será ahora mi gozo de volverte á abrazar.»

Seif Almuluk se levantó, entró en el haren y dijo á Daulet Chatun: «¿Te acuerdas, señora, de la promesa que me hicistes en el castillo del jenio? ¿No me prometistes que tan pronto como te hubieses reunido con los tuyos, te afanarias por ver cumplidos mis deseos?—Así lo prometí,» contestó la princesa, «y lo cumpliré.» Dichas estas palabras, se levantó, se fué al aposento de su madre y le dijo: «Vamos á ataviarnos, madre mia, y quememos incienso para que vengan luego Badiald Yamal con su madre y se alegre de verme.—Pues vamos allá, hija mia,» contestó la madre.

Al llegar aquí, calló Cheherazada por ser ya de día, y á la noche siguiente continuó de esta manera:



NOCHE CCLXI.

La madre de Daulet Chatun bajó al jardín, quemó incienso, y al cabo de un rato compareció Badiald Yamal con su madre, á quienes Daulet Chatun refirió sus aventuras, y entrambas se alegraron de su venturoso regreso; Badiald Yamal sobre todo, que no se cansaba de acariciar á su amiga. Luego vinieron las esclavas para poner la mesa, que cubrieron de manjares esquisitos. Daulet Chatun se sentó al lado de Badiald Yamal, y despues de haber comido y bebido, le dijo: «O querida hermana, ¡cuán fiera es la separacion y cuán grato el volverse á ver! ¡Cuán acertado anduvo el poeta que dijo: «El dia de la separacion me sajó el pecho; si allá en tiempos pasados hubiésemos creido posible el separarnos, no hubiéramos trocado la muerte contra la separacion!»

Y en seguida continuó: «Años enteros estuve encerrada en una fortaleza y lloraba dia y noche; todos mis pensamientos se encaminaban á ti, á mis padres y á todos los mios; mas ahora, ¡alabado sea Dios! me hallo en medio de vosotros.—Pero ¿cómo te libraste,» dijo Badiald Yamal, «del mal vado, del hijo del rey azul?» A esto contestó Daulet Chatun refiriéndole cuanto le habia sucedido con Seif Almuluk desde su encuentro hasta su llegada, los espantosos peligros de que él se habia librado antes de llegar al castillo del jenio, como habia muerto al hijo del rey azul, como habia arrancado la puerta del castillo para construir una balsa, y todo lo demás hasta que llegaron á salvamento. Badiald Yamal admiró las hazañas de Seif Almuluk y dijo: «Por cierto, que ha de ser hombre de valía; pero ¿porqué dejó á sus padres y se espuso á tan grandes riesgos?—Ten un poquillo de paciencia, que voy á contártelo todo,» repuso Daulet Chatun, «porque me lo estorba el rubor.—Querida hermana,» dijo entónces Badiald Yamal; «ya sabes que no hay secreto que para las dos lo sea; y tú nunca me has dicho

nada de que yo deba avergonzarme ; ¿á qué viene pues ese reparo tuyo ? ¿Qué tienes que ocultarme ? Por vida tuya , dímelo todo y no me encubras nada.—Pues entónces,» replicó Daulet Chatun , «sábeta que tú eres la causa de lo mucho que ha padecido aquel príncipe tan bizarro.—¿Pero cómo cabe esto, hermana mia ?—Vió tu retrato en un vestido que Salomon envió al rey Asem , padre de Seif Almuluk , con otros presentes , y que Asem dió á su hijo. Apenas este, desenvolviendo el vestido , hubo contemplado tu retrato , se prendó de ti con tantas veras que salió en busca tuya y ha estado padeciendo todo lo que llevo dicho.» A esto contestó Badiald Yamal , sonrosada toda de rubor : «Lo que ahí me estás diciendo es imposible ; no cabe que un jenio se enlace con un hombre.» Pero Daulet le hizo aquí una descripcion de su hermosura , de su amabilidad y valor , y luego añadió : «Te ruego por amor mio que te prestes á que te lo enseñe ; sígueme.—Por Dios, hermana mia,» repuso Badiald Yamal , «no me causes esa pesadumbre ; no es posible que yo le vea.» Mas Daulet Chatun , sin darse por vencida , le describió otra vez , con mas abinco que antes , la hermosura de Seif Almuluk , encareciéndole sobre todos los hombres , besó con ademan suplicante los piés de Badiald Yamal , y dijo : «Por la leche que á entrambas nos crió ; por el sello de Salomon (¡ la paz sea con él !) , es fuerza que me des oídos , pues así se lo prometí y juré cuando me hallaha presa en la fortaleza. Ahora pues , te ruego , por el Dios omnipotente , que me dejes cumplir mi juramento , que me permitas que yo te lo enseñe y que él te vea.» Al fin tanto instó y lloró Daulet Chatun , que Badiald Yamal tuvo que consentir , y le dijo : «Solo por amor tuyo le permitiré



que me vea el rostro por un instante.» Daulet Chatun quedó con esto tan contenta, que le besó las manos y la boca, y se encaminó luego al palacio, donde mandó á los sirvientes que preparasen inmediatamente el pabellon del jardin. Al punto colocaron en él un trono magnífico de oro y pusieron sobre una mesa vasos llenos de vinos esquisitos. Daulet Chatun fué corriendo al encuentro de Seif Almuluk y Said, y dijo al primero: «Tus anhelos están cumplidos; pasa al jardin con tu hermano, y escondeos en el pabellon, cuidando de que nadie os vea hasta que llegue Badiald Yamal.» Seif Almuluk, en agradecimiento de tan feliz mensaje, le besó la frente á Daulet Chatun, y luego se encaminó al jardin con su amigo Said, donde hallaron el trono ya dispuesto, con almohadones recamados de oro. Sentáronse entrambos y empezaron á comer; pero Seif tenia el corazon tan oprimido que no podia tragar un bocado, pues estaba pensando en su querida, y su pecho rebosaba amor y cariño. En medio de su arrobamiento salió del pabellon, y dijo á Said: «Quédate aquí, no me sigas.» Apenas hubo proferido estas palabras, se fué al jardin enajenado de pasion y cantó unos versos, que, traducidos literalmente, decian así:

«¡O Badiald Yamal! estoy todo lleno de tu imájen; compadécete del que de amor está ardiendo por ti; tú eres el objeto constante de mis anhelos y de mis gozos; mi corazon rechaza todo amor que no sea el tuyo. Estoy desvelado toda la noche y mis ojos derraman lágrimas de pasion. ¡Si supiera al menos que tú no lo ignoras! En medio de mi desvelo estoy ansiando que el sueño me cierre los ojos, confiado en que te he de ver en mis sueños. ¡Dios aumente tus gozos y tu lozanía, aunque se hubieran de comprar á costa del mundo entero! El premio de los amantes finos lo tengo yo tan merecido como tú el de la hermosura.»

Al llegar aquí, echó á llorar Seif Almuluk, y luego prosiguió así:

«¡O Badiald Yamal! ¡tú eres mi vida, y el secreto que está guardando mi corazon! Cuando abro la boca solo hablo de ti, y cuando enmudezco, tú eres mi único pensamiento. Del mundo todo no anhelo mas que tu inmediatecion y tu consentimiento: te juro ante Dios que no pasan mas allá mis deseos. En mi corazon está ardiendo un fuego cuya llama va á mas por cada dia; yo procuro ocultar mi estado, y mi dolor va siempre en aumento. Me estoy abrasando por ti, y aun no te he visto el rostro; estoy deseando nuestro enlace, y tú no me conoces. ¿No te compadecerás del desventurado cuyo cuerpo está consumido de amor y desfigurado de tanto padecer? ¡Oh! sé tierna, apacible y jenerosa. Nada puede reemplazarte para conmigo.»

«¡O mi dueña! ¡O Badiald Yamal! ¡O tú, beldad peregrina! ¡compadécete de tu esclavo que tanto ha llorado ya por ti; que dejó á sus padres, que está desvelado por tu amor; ten compasion del que pasa las noches en vela y los dias en el desconsuelo!» Luego dijo los versos siguientes con voz sofocada por sus sollozos:

«Por Dios te juro que para mí ni sale ni se pone el sol; pues mi corazón y mis sentidos están embargados todos por Badiald Yamal. Tú eres el eco de todos mis pensamientos y palabras. Cuando para apagar la sed bebo agua, siempre veo tu imagen en la copa.»

Al acabar estos últimos versos, Seif Almuluk anduvo recorriendo el jardín todo fuera de sí, hasta que rendido de cansancio, se dejó caer junto á una caída de agua debajo de un árbol, donde se durmió. Pero Badiald Yamal, acompañada de su amiga Daulet Chatun, lo habia visto y admirado su hermosura, su buena traza y hermoso talle; y no bien lo oyó empezó á amarle, bien así como dice el poeta:

«Muy á menudo ama el oído antes que el ojo.»

Al llegar aquí, viendo Cheherazada que amanecía, suspendió su narración para continuarla á la noche siguiente.



NOCHE CCLXII.

Badiald Yamal estaba sentada en su tienda con sus esclavas y sirvientes, mirando apasionadamente á Seif Almuluk, toda embriagada de amor. «¡Por Dios!» dijo, «estoy resuelta, en cuanto anochezca y salga la clara luna, á ir á ver de cerca á Seif Almuluk para enterarme de si es tan hermoso como me lo ha ponderado Daulet Chatun; y si lo hallo tal como me lo ha pintado, con

él me quedo para vivir contenta y feliz con mi suerte; y si no fuere como me lo ha descrito, lo arrojo al olvido.» Al decir estas palabras, se levantó y dijo á sus esclavas que nadie la siguiera, y que allí la esperasen hasta su vuelta. Entró en el jardín y llegó á la caída de agua, donde vió á Seif Almuluk echado en el suelo, empapado todo en amor. Al punto lo reconoció, se sentó junto á su cabeza, le miró el rostro, y su amor iba creciendo por instantes; echó á llorar de ternura, y entre jemidos y sollozos, recitó los siguientes versos:

«¡Ó tú que pasas las noches desvelado! Sábete que el sueño está vedado á los amantes; quien quiera amar debe huir del sueño.»

Pero Seif Almuluk seguía siempre durmiendo, y Badiald Yamal se deshacía en llanto y desconsuelo, cuando una de sus lágrimas vino á caer sobre la mejilla de Seif Almuluk, quien despertó, y al ver á Badiald Yamal tan junto á sí, prorumpió apasionadamente en los siguientes versos:

«Sirvan mis lágrimas de disculpa para contigo, y dígame el secreto de mi corazón. El gozo está rebosando tanto en mi pecho que forzosamente he de venir á llorar tanta ventura. Vi pasar una luna por encima de la rama de un *ban* (1), y de tanto amor perdí el valor y el sufrimiento. Mi corazón latió, huyó el sueño de mis ojos. Sus ojos son negros, perfumada su boca, y los juanetes de sus mejillas son dos anémonas. Enajenado de amor, exclamé: ¡Solo á ella quiero yo; nada puede arrancármela del corazón! ¡Ante Dios te juro, ó tú, para mí sin igual, tú, espíritu y gozo mío! por la lozanía de tus mejillas blancas y rosadas; por el hechizo y embeleso de tus ojos; por las flexibles ramas de tu talle, no suspires tras el profano á quien acaba la dolencia de amor, y de cuyo cuerpo perecedero no ha quedado mas que un pequeño residuo.»

En seguida recitó estos otros versos:

«¡La paz sea contigo y te guie por donde quiera! El noble propende siempre á lo noble; ¡la paz sea contigo! ¡ojalá te sepa yo siempre dichosa! Tú ocupas en mi corazón el mejor y mas alto puesto; á mí me están consumiendo los celos y el pensar en ti; todo amante padece por su amada. No ceses de ser afable con tu amigo, pues se está muriendo de pasión.»

Cuando Seif Almuluk hubo recitado estos versos, echó á llorar amargamente, y Badiald Yamal le dijo: «Ó príncipe, mucho me temo que si me rindo enteramente á tu cariño, no hallaré en ti una correspondencia verdadera, pues los hombres por maravilla son fieles, y hay mucha alevosía y maldad entre ellos. Hasta nuestro señor Salomón se casó con Balkis por amor, y luego la dejó por otra. — ¡Corazón mío, luz de mis ojos!» respondió el príncipe, «el Dios omnipotente no crió á todos los hombres iguales; mas yo, así Dios me ayude, te seré siempre fiel y moriré á tus plantas. Dios, que me está oyendo, será testigo de mis palabras. — Levántate,» dijo

(1) Arbol con el que los poetas árabes suelen comparar el talle agraciado.

Badiald Yamal, « y júrame fidelidad por tu creencia en el Dios que castiga la alevosía. » Dicho esto, se estrecharon las manos y juraron no amar á ningun otro hombre, ni mujer, ni jenio. Luego se abrazaron, besándose enajenadamente, y Seif Almuluk prorumpió en los siguientes versos:

« La dolencia amorosa y una pasion inesplicable me estaban consumiendo el pecho hasta que te ví cara á cara; de hoy mas quedan cumplidos todos mis anhelos, y mi corazon está rebotando dicha y bienaventuranza. El quebranto y el dolor han huido ahora de mí, despues de haberse albergado en mi pecho por tanto tiempo. »

Dicho esto, se fué Seif Almuluk, y Badiald Yamal lo estuvo esperando con una esclava, que trajo algunos manjares y vinos esquisitos. Luego que volvió Seif Almuluk, levantóse Badiald Yamal, lo saludó, se abrazaron tiernamente, y se sentaron á comer y beber un rato. « Ó príncipe, » dijo Badiald Yamal, « si entras en el jardin de Irem, verás un gran pabellon de damasco encarnado y puntas de oro; no vaciles en entrar; allí verás una anciana sentada en un trono de oro, y al pié un escabel de oro tambien; salúdala con señorío y majestad, le tomarás las chinelas, las besarás, las pondrás sobre tu cabeza, y luego debajo del hombro derecho, y permanece de pié en su presencia con la cabeza inclinada. Cuando ella te pregunte de dónde vienes, quién eres y cómo has llegado allí, quién te ha traído, y porqué has hecho lo dicho con las chinelas, á todo eso tú estarás callado, y esa esclava te dirá lo que has de decir. Procura únicamente granjear su afecto con tus palabras; quizás la mueva Dios á acceder á tus deseos. »

Aquí calló Cheherazada porque ya rayaba el dia, y á la noche siguiente continuó de este modo:





NOCHE CCLXIII.

Llamó entonces á una de sus esclavas que se llamaba Murjana , y le dijo : «Te ruego por amor mio que despaches luego un negocio que traigo aquí en el pecho ; y cumplido que lo hayas , quedarás libre para siempre ante la faz de Dios ; entonces serás honrada y tendrás mi aprecio. Solo á ti confiaré mis íntimos secretos. — ¡ Ó señora , luz de mis ojos , » repuso Murjana , « dime qué es lo que quieres de mí , para que lo cuide como á las niñas de mis ojos. — Lleva ese hombre en brazos hasta el jardín de Irem , » contestó Badiald Yamal , « en la tienda de mi madre , y salúdala de mi parte. Cuando ese hombre coja las chinelas para congraciarse con ella , y pregunte la misma : « ¿ De dónde eres ? ¿ quién te ha traído aquí ? ¿ porqué has cojido las chinelas ? ¿ y qué pretendes de mí ? » entra tú entonces sin tardar , salúdala y dile : « Ó señora ; yo he traído aquí este jóven , que es hijo del rey de Egipto , y que encerrado en la fortaleza del hijo del rey azul , lo mató , libertó á Daulet Chatun y la devolvió ilesa á su padre ; te lo han enviado para que lo veas , oigas de sus labios tan faustas nuevas y le dispenses mercedes ; y por Dios , señora mia , ¿ no os parece un mozo hermosísimo ? » Si ella contesta entonces que sí , dile : « Posee cuantas prendas apreciables pueden caber en un hombre , es valiente , dueño y rey de Egipto , y atesora todas las hermosas virtudes. » Si luego pregunta : « ¿ Qué quiere ? » contéstale : « Mi dueña te saluda y me ha mandado que te diga cuánto tiempo quieres que siga viviendo tu hija soltera y sin esposo ? ¿ Cuánto tiempo ha de vivir todavía triste y solitaria ? ¿ porqué

no la casas tú mientras vives, como hacen otras madres con sus hijas?» A esto contestará: «¿Qué puedo hacer? tan pronto como conozca y ame á alguien, desde ahora declaro que no me opondré á su voluntad.» Entónces tú le dirás: «Ó señora, tú quisiste casar á tu hija con el rey Salomon (¡la paz sea con él!); pero no le agradó, así es que envió el retrato al rey de Egipto, quien lo regaló á su hijo. Apenas este lo vió, se enamoró de ella en tal estremo que abandonó á sus padres, su reino y el mundo entero para ir vagando por toda la tierra en busca suya; ya habia sobrellevado las mayores fatigas y peligros cuando llegó al castillo donde mató al hijo del rey azul, salvando á la hermana de mi dueña, la que te lo ha mandado para que veas cuán hermoso es y amable; el corazon de tu hija está prendado de él; así que, si te place, dáselo por esposo, no echés en olvido que es buen mozo y rey de Egipto, y que tu hija no puede hallar mejor partido. Si tú no quieres darla á este jóven, se matará desesperada, y ya no se casará con hombre ni jenio alguno.» Aquí te habrás de esforzar, querida Murjana mia, para recabar su consentimiento, y tan luego como nos dé su beneplácito, quedarás libre ante la faz de Dios; háblale con persuasiva, y si alcanzas lo que anhelo, nadie me será mas querida que tú.» Respondióle Murjana: «Ó mi dueña, te juro por mi cabeza y por mis ojos que te serviré con abinco y eficacia.» Dichas estas palabras, cojió en brazos á Seif Almuluk, y le dijo: «¡Príncipe, cierra los ojos!» Así lo hizo Seif Almuluk, y al cabo de un rato le dijo: «¡Abre ya los ojos!» Abriólos Seif Almuluk, y vió delante el jardin Irem. La esclava le dijo entónces: «Entra en aquella tienda y nada temas.» Seif Almuluk entró en la tienda invocando el nombre de Dios, levantó los ojos y vió delante á la anciana sentada en el trono y rodeada de esclavas; saludóla con señorío, tomó las chinelas, las besó, se las puso sobre la cabeza y luego debajo del brazo derecho, y hecho esto, reclinó la cabeza sin chistar. Díjole la anciana: «¿Quién eres y de qué tierra? ¿quién te ha traído acá? ¿porqué te me presentas tan rendido? ¿en qué puedo complacerte?» Al acabar estas palabras, entró Murjana, la saludó rendidamente y dijo: «¡Ó señora mia! he traído aquí este mozo, que es el mismo que, habiendo llegado al castillo, mató al hijo del rey azul, libertó á la princesa Daulet Chatun, y la devolvió vírgen á sus padres; es un rey honradísimo, hijo del rey de Egipto, valiente, virtuoso y amabilísimo; aquí te lo envían para que lo veas. ¡Por Dios, señora mia! ¿no te parece buen mozo, de finos modales y agraciado talle?—Sí, tienes razon,» respondió la madre. Entónces empezó Murjana á hablar como se lo habia encargado Badiald Yamal; pero cuando la vieja oyó el mensaje, se airó en gran manera y dijo: «¿Cuándo se ha visto casarse un jenio con un hombre?» Y Seif Almuluk, que oyó estas espresiones, la interrumpió diciendo: «Yo quiero casarme con tu hija, es verdad; pero prometo ser tu esclavo, moriré á la puerta de tu vivienda y le seré fiel hasta la muerte; confío en Dios que te persuadirás de la verdad de mis palabras y de mi amor.» La vieja estuvo recapacitando un buen rato con la cabeza reclinada, pero por fin la

alzó, y encarándose con Seif Almuluk, le dijo: «¡Ó jóven! ¿serás fiel á tu promesa? — Sí seré,» contestó, «lo juro ante el que estendió la tierra y levantó los cielos; seré fiel á mi promesa. — Siendo así,» repuso la madre, «te otorgo tu deseo, y ¡ojalá sea para vuestro bien! Márchate ya, descansa, recorre el jardín y come de sus frutas que no tienen igual en el mundo. Voy á enviar por mi hijo Chaban y le hablaré; no creo que me desobedezca y se oponga á mi voluntad; y por vida de mi marido, si logras su consentimiento, juro ante Dios que Badiald Yamal será tu esposa y tú su consorte.»

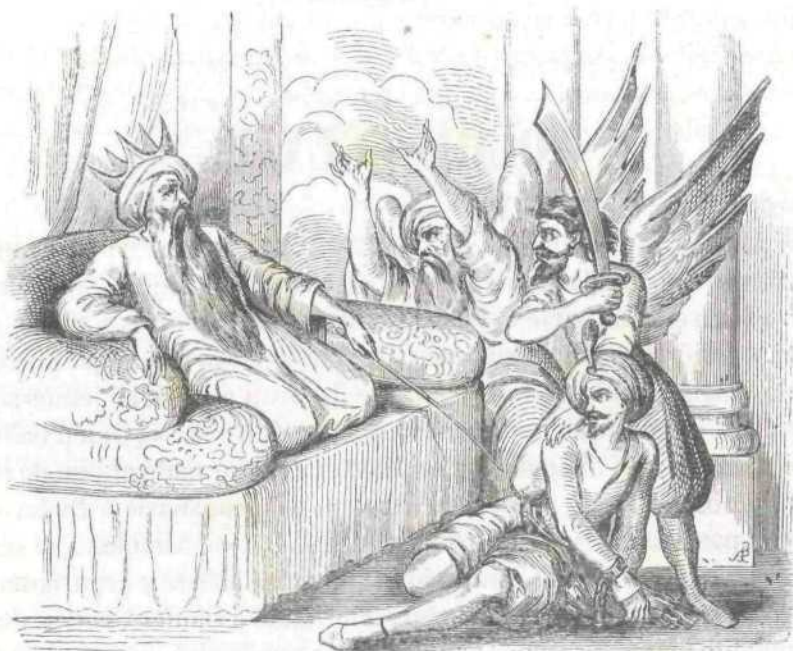
Aquí se paró Cheherazada porque ya asomaba el día, y á la noche siguiente prosiguió de esta manera:



NOCHE CCLXIV.

Seif Almuluk se levantó, besó la mano á la vieja en señal de gratitud, y salió á pasearse por el jardín. La vieja, no obstante, dirigiéndose á Murjana, le dijo: «Mira en qué parte del mundo está mi hijo Chaban, y tráelo aquí al instante.» Salió Murjana en su busca, y lo trajo luego á la vieja. Entretanto, hallándose Seif Almuluk en el jardín, se llegaron á él cinco jeníos súbditos del rey azul, y luego que lo vieron, se dijeron entre sí: «¿Quién habrá traído este hombre aquí? Seguramente este será el que mató al hijo de nuestro dueño; vamos á verle de mas cerca y tratemos de engañarle.» Dicho esto, se acercaron pausadamente al sitio donde se hallaba Seif Almuluk, se sentaron junto á él y le dijeron: «Hermoso jóven, mucho hiciste y gran fama granjeaste con matar al hijo del rey azul, libertando á Daulet Chatun de aquel perro maldito; pues de seguro aquella pobre muchacha, con ser hija del rey de Ceilan, estaría presa todavía en aquel castillo. Pero ¿cómo te gobiernas para matarle?» Seif Almuluk, que los tenia por moradores del jardín, les contestó: «Lo maté con el sello del anillo que llevo en el dedo.» Ciertos

ya los jeníos de lo mismo que habían sospechado, lo agarraron, dos por los piés, dos por la cabeza, y otro le tapó la boca para que no alborotase pidiendo auxilio, y de esta suerte lo llevaron ante el rey azul, á quien dijeron: «O rey del tiempo, hemos hallado por fin al matador de tu hijo. — ¿Dónde está?» preguntó.—«Aquí lo tienes,» contestaron. Preguntóle entónces el rey azul: «¿Porqué mataste á mi hijo?—Porque era injusto y malvado,» contestó Seif Almuluk; «pues robaba princesas, las encerraba en un castillo, las separaba de sus familias, y ofendía su pudor; por esto lo maté con el sello del anillo que traigo en el dedo. ¡Ojalá tenga Dios encerrado su espíritu en las profundidades del infierno y le haya destinado el peor sitio de aquella morada maldita!» Cuando el rey azul estuvo cierto de que aquel era el matador de su hijo, convocó á todos sus visires y grandes del reino y les dijo: «Aquí está el matador de mi hijo, ¿de qué modo lo he de matar? decidme, ¿qué pena se le impondrá?—Córtale un miembro cada día,» contestó el gran visir.—«Mándale dar buenos azotes cada día,» dijo otro.—«Córtale todos los dedos,» dijo otro, «y échalos al fuego —Pártelo en dos mitades,» dijo otro.—«Córtale la cabeza,» exclamó otro. Y así fueron diciendo todos su dictámen: Pero el rey azul tenía un emir muy viejo y entendido, que asistía á todos los consejos del rey y cuyo parecer era de mucho peso; este buen anciano pues se postró ante el rey y le dijo: «¡O rey del tiempo! ¿quieres oír mis pala-



bras, y me prometes no darte por ofendido si te digo mi dictámen? —Habla sin temor,» le contestó el rey.—«Ó rey, si sigues mi consejo,» prosiguió,

«no matarás á ese hombre; bien es verdad que está en tu poder, y que de ti depende el darle muerte. Pero ten presente que fué preso en el jardín Irem, que allí saben de él, que el rey Chaban te lo reclamará á instancias de su hermana, y que te acometerá con sus tropas, á las que no te es dable resistir.»

Pero volviendo ahora á la madre de Badiald Yamal, importa decir que tan luego como hubo llegado su hijo Chaban, habia mandado una esclava al jardín en busca de Seif Almuluk; y cuando la mujer, tras haberle buscado en balde por todo el jardín, supo por uno á quien preguntó que lo habian arrebatado cinco Mamelucos súbditos del rey azul, se fué corriendo á prevenir á su señora de aquella novedad.

Al llegar aquí, calló Cheherazada por ser ya de dia, y á la noche siguiente continuó de este modo:



NOCHE CCLXV.

No bien hubo oido la vieja el relato de la esclava, encarándose toda airada con su hijo, le dijo: «Tú eres rey, é igual mio en vida; y ¡con todo vienen á nuestro jardín los Mamelucos del rey azul y se llevan impunemente nuestro huésped!—¡ O madre mia, ten presente que se trata aquí de un hombre que mató al hijo del rey azul; ahora Dios lo ha puesto en sus manos; él es jenio y yo tambien: ¿será justo pues que por un hombre se encienda la guerra entre dos jenos?—¡ Por Dios!» repuso la vieja, «has de guerrear con él y reclamarle nuestro hijo y huésped. Si aun vive, te lo ha de entregar, y lo traerás aquí; si ya lo mató, prende al rey azul y á sus hijos, y tráelos á

todos aquí para que yo lo degüelle con mis propias manos y devaste su morada; si no lo hicieres como yo te lo pido, vendrás á ser indigno de la leche que te crió y de la educacion que te he dado.» Chaban, por respeto á su madre y porque estaba escrito desde la eternidad, mandó formar sus tropas, y salió con ánimo de dar sangrienta batalla á las tropas del rey azul. Alcanzólas con efecto, las desbarató, mató á los mas, hizo prisionero al rey azul con sus grandes, y cargados de grillos los mandó comparecer en su presencia. Díjole Chaban al rey: «¿Dónde está el hombre mi huésped?—O Chaban,» contestó el rey azul, «tú eres jenio lo mismo que yo, ¿cómo me maltratas de ese modo por un hombre que mató á mi hijo, lo mas querido de mi corazon, mi espíritu? ¡Por un hombre me tienes tanta enemiga y derramas la sangre de tantos jenos!—¿No sabes tú,» le contestó Chaban, «que á los ojos de Dios vale mas un hombre que mil jenos? Pero dejemos esas hablas. Si vive, tráelo acá, y te dejo ir libre á ti y á los tuyos; pero si lo has muerto, te mataré de cierto y desolaré tu casa.—Reflexiona, ó Chaban,» respondió el rey azul, «el mal que me ha hecho y que me ha muerto mi hijo.—Tu hijo era un tirano,» repuso Chaban, «que robaba princesas y atentaba contra su pudor.—¡Ajustemos pues las paces!» dijo entónces el rey azul. Así se verificó, y el rey vencido hizo ricos presentes á Chaban y estendió un escrito por el cual indultaba á Seif Almuluk, y durante tres dias hubo festejos y regocijos para celebrar la paz. En seguida Chaban llevó consigo á Seif Almu-



luk á su madre, la que se alegró mucho de verle. Chaban se prendó tambien de él cuando la vieja le hubo referido toda su historia, y dijo: «Me gusta el mozo; con que llévalo contigo á Ceilan, y celebra allí las bodas de entrambos; pues si mi hermana es hermosa, eslo él tambien, ¡y luego ha padecido

tanto por amor suyo!» Al punto se marcharon todos á Ceilan, donde fueron á parar en el jardín de la madre de Daulet Chatun. Reuniéronse todos con Badiald Yamal en la tienda, donde la madre refirió, con asombro jeneral, cuanto habia ocurrido, y cómo Seif Almuluk se habia hallado en vísperas de ser degollado por el rey azul, con todo lo demás que ya llevamos explicado. En seguida el padre de Daulet Chatun convocó á todos los grandes del reino, y en su presencia se firmó el contrato matrimonial entre Badiald Yamal y Seif Almuluk, en medio de las aclamaciones de los Jauches, que voceaban: «¡Sea la enhorabuena! ¡bien merecido lo tiene!» Luego hicieron ricos presentes á Seif Almuluk, el cual, postrándose á los piés del rey, le dijo: «O rey del tiempo, solo un deseo tengo aun, no me lo niegues.—Te juro,» contestó el rey, «que aun cuando pidieras mi reino y mi vida, no te lo negaría. —Desea,» repuso Seif Almuluk, «que casases á Daulet Chatun con mi hermano Said; de este modo serémos todos tus agradecidos esclavos. —Te otorgo lo que me pides,» dijo el rey, y al punto mandó venir la grandeza del reino, en cuya presencia se firmó el contrato entre Said y su hija, mandando iluminar la capital en albricias de tan venturoso enlace. Ya llevaban Badiald Yamal y Seif Almuluk cuarenta dias de casados, cuando le dijo Tadj Almuluk: «¿Abriga todavía ese corazon algun deseo?— He logrado cuanto anhelaba,» contestó Seif Almuluk, «y ya no me queda otro deseo que el de volver á ver á mis padres en Egipto y de saber si están buenos.» Al punto le dió el rey una escolta para que lo acompañara, con Badiald Yamal, Said y su consorte, á Egipto, donde llegaron felizmente, y permanecieron con sus padres por espacio de tres años, al cabo de los cuales se despidieron y regresaron á Ceilan. Seif Almuluk y Said vivieron felicísimos con sus consortes, hasta que la destructora de todos los gozos y deleites vino á visitarlos; murieron entónces como musulmanes. ¡Alabado sea Dios, Señor de los mundos!

Aquí concluyó Cheherazada su narracion, y á la noche siguiente empezó otra en estos términos:



NOCHE CCLXVI.

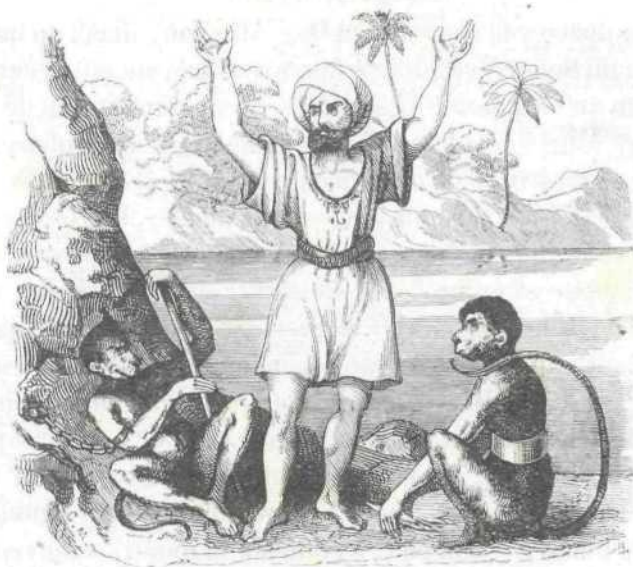
EL CUITADO PESCADOR Y EL CAUDILLO DE *LOS CREYENTES.

Cuentan, ó rey de los tiempos, que allá en lo antiguo vivia en Bagdad un pescador llamado Califa, harto azaroso y malhadado, y un día sentado al umbral de su puerta todo caviloso, prorumpió: «No cabe arrimo ni alcance fuera del Dios Altísimo; pero ¿en qué puedo yo haber ofendido al señor de toda mi alma, para dejarme aquí en tan sumo desamparo? y sin embargo me las apuesto en maestría con cuantos pescadores hay en todo Bagdad.» Moraba el hombre allá en un paraje llamado khan, esto es, albergue, en un aposento sin puerta; solia ir á pescar con su red al hombro sin cesto ni alforjas, y al decirle las jentes: «Califa, ¿cómo es que no llevas cesto donde meter los peces que vas á cojer?» contestaba: «Me lo volveria vacío, si lo llevase, puesto que nada he de cojer.» Un día se levanta al amanecer, se tercia su red al hombro, se encara con el cielo y esclama entrañablemente: «O Dios, tú que por Moisés, hijo de Aaron, hechizaste el mar, franquéame lo necesario para mi vida, ya que eres el sumo proveedor.» Tiende su red, la arroja, deja que se hunda, y al recojerla, se encuentra en ella con un perro muerto. Lo saca, lo tira y prorumpe: «¡Malhaya tal mañana, con ese perro cuyo peso me habia dado semejante alegría!» Tiende nuevamente la red, ya destrozada, diciendo: «Al cebo del perro han de haber acudido muchísimos peces;» vuelve á recojer su red y se encuentra con la osamenta de un camello y la red ya inservible. Al ver aquel destrozo, llora Califa, y prorumpe:

«No hay mas amparo y arrimo que el Dios Altísimo, mas ¿en qué puedo haber ofendido á mi Señor, para lograr menos dicha y menos recursos para mi mantenimiento que los demás pescadores? Y ningun pez puedo cojer, ni un animalillo para asarlo en el rescoldo y comerlo; y sin embargo repito que no hay otro mas diestro que yo.» Vocea con esto: «En nombre de Dios,» y arroja otra vez la red, y saca un mono contrahecho, leproso, yerto y medio ciego con una caña en la mano. «¡Preciosísima presa! ¿eres un mono?» Quiso Dios que hablase el mono, y le contesta: «¿Acaso no me conoces? — Vive Dios que no;» le responde Califa. — «Soy tu mono,» le dice. — «¿Qué tengo yo que ver, monote, contigo?» repone Califa. — «Te estoy trayendo por la madrugada lo que Dios te depara siempre para tu mantenimiento. — Ya que tú hasta aquí has hecho de las tuyas, yo haré de las mias quitándote el ojo sano, y tronchándote esa pierna combada; mal hayas mil veces; vas á quedar inhábil para siempre... pero á ver, ¿qué viene á significar esa caña que traes en la mano? — Con ella,» contesta el mono, «ahuyento á cuantos peces pudieran á acudir tu red. — «Vas á tener,» le replica luego Califa, «el escarmiento que te corresponde, pues te voy á arrancar la carne de los huesos, bestia malvada;» y diciendo y haciendo, saca una cuerda que tenia consigo, ata el mono á un árbol inmediato y dice: «Mira, perro mono, voy á tender otra vez la red; si saco algo de provecho, corrientes; si no, echo el resto en martirizarte, y así me desahogo contigo, maldito enjendro.»

Cheherazada columbró aquí el alba, y continuó en la noche siguiente.





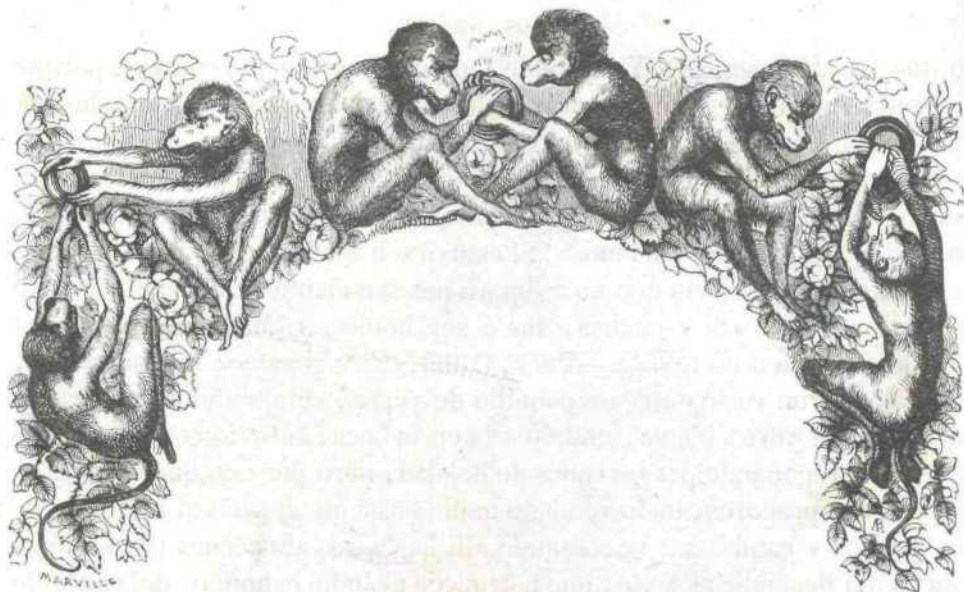
NOCHE CCLXVII.

Toma su red, la arroja de nuevo, y saca otro mono... «¡Válgame Dios!» esclama Califa, «yo creí que en el río Tigris no habia mas que peces, y hete aquí otro mono.» Se vuelve á él, y le parece galano, pues tiene el rostro redondo, trae pendientes de oro en las orejas, y un ceñidor azul en la cintura que resplandece como una luminaria. Pregúntale Califa: «¿Quién eres tú, mono?—Soy, ó Califa,» responde, «el mono del Judío banquero del califa, padre de la dicha, á quien todas las mañanas voy á tributar mis diez piezas de oro.—A la verdad,» contesta Califa, «eres un lindo mono, en nada semejante á ese monote asqueroso;» y diciendo y haciendo, otra vez empuña un garrote y descarga con tanto garbo sobre el cuitado tuerto, que lo descostilla y lo ahuyenta todo lloroso. Prorumpie entónces el mono pulido: «¿De qué te sirve, Califa, el andar así apaleando de muerte á ese desastrado?—¿Qué arbitrio me queda?» le responde, «¿con que iré á dejarlo para que vuelva el malvado á su maña de ahuyentarme los peces donde quiera que me pongo á pescar, defraudándome así del único mantenimiento que el Señor me franquea? Nada, voy ahora mismo á darle pasaporte perpetuo, y en su lugar te hago á ti mi mono, para que todos los dias me aprontes mis diez piezas de oro.» A lo cual responde el monito lindo: «Voy á darte otro consejo mas certero, y si lo sigues, quedarás corriente, pues me avengo entónces á ser tu mono en lugar suyo.—Vamos á ver,» dice Califa. «¿cuál es ese consejo?» y le responde: «Pues tira allá esa red con brio, porque vas á pescar otro pez de mayor cuenta, y cual nunca lo has visto, y voy á decirte

lo que has de practicar.» Y responde Califa: «Pues cuenta contigo, porque si asoma otro tercer mono por acá, os descuartizo á los tres en seis pedazos.» Y contesta el mono: «Corriente, Califa, cargo con todo ese empeño.» Arroja de nuevo Califa su red al raudal, y luego saca un gran pez con la cabeza redonda. Al verle Califa, enloquece de gozo, y esclama: «¡Alabado sea Dios! ¡ay qué traza tan hermosa! Si estuviesen todavía estos monos ahí en la corriente, por cierto que no asomara pez semejante.» A lo cual contesta el mono pulido: «Si escuchas, vas á ser hombre.—Malhaya,» replica el pescador, «quien no te oiga.—Pues, Califa,» dice el mono; «toma ese pez, colócalo en un cesto entre un poquillo de yerba, compra á los herbolarios una mata de yerba buena, embútesela en la boca, cúbrelo con una tohalla y ándalo pregonando por las calles de Bagdad, pero por mas que se te agolpen los compradores, no lo vendas á nadie hasta que llegues al mercado de los joyeros y cambistas; ve contando allí hasta seis almacenes por la derecha, y en llegando al sexto, que pertenece al Judío banquero del padre de la Dicha, si te preguntan cuanto quieres, diles: «Soy pescador, he logrado la felicidad de arrojar mi red y sacar este precioso pez, y os lo traigo de regalo; si te ofrecen dinero, no lo tomes, ni poco ni mucho, porque entónces malogramos el lance. Le dirás tan solo: Lo único que apetezco de vos es una palabrita, á saber: «Trueco mi mono por el tuyo, y mi Dicha igualmente por la tuya.» En diciendo esto, entrégale tu pez, y soy entónces tu mono, y ese tuerto, cojo y achacoso viene á ser el suyo.» Contesta Califa: «Tienes razon, mono;» y recapacitando mas y mas el encargo del mono, llega á la tienda del banquero judío.

Enmudece trás estas palabras Cheherazada, dejando su relacion para la noche siguiente.





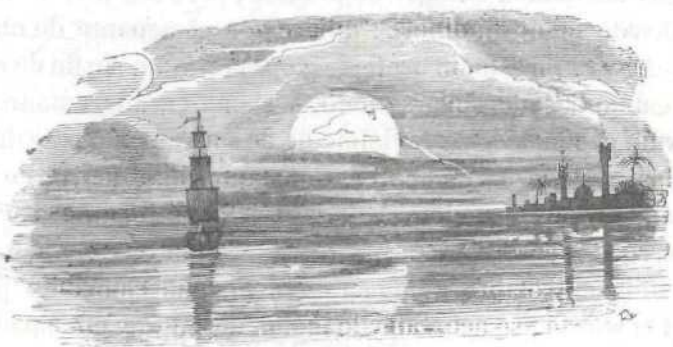
NOCHE CCLXVIII.

Mira al Judío muy sentado en medio de sus sirvientes, y está mandando, reprendiendo, dando y tomando. El pescador le pone á los piés el cesto y le dice: «Ó sultan de los Judíos, soy pescador, he ido hoy al Tigris, y he arrojado la red en tu nombre; he sacado este pez hermosísimo, y os lo traigo de regalo.» Al decir esto Califa, ladea la yerba para ponerlo de manifiesto. Al verlo el Judío, esclama: «Alabado sea el Criador;» y alarga una moneda al pescador, pero él la rehusa; le ofrece dos, lo mismo; llega hasta diez, pero el pescador siempre se desentiende, hasta que prorumpie el Judío: «En verdad, pescador, que eres harto codicioso, pero en resumidas cuentas, ¿cuánto quieres?—Una sola palabrita es mi demanda.» El Judío se inmuta y prorumpie: «Tú sin duda intentas retraerme de mi creencia, anda á tu camino.» Y le contesta Califa: «A fe de Dios, Judío, que nada me importa el qué tú seas musulman ó cristiano.—Pues á ver,» le replicó el Judío, «cuál es esa palabrita.—Dí esto,» le contesta Califa: «trueco mi mono por el tuyo, y mi dicha igualmente por la tuya.» El sandio Judío se sonrie y dice: «Trocamos de monos y de dichas;» y añade chanceándose: «Séanme todos testigos, y tú, desdichado, nada tocarás por tu pez.»—Califa entónces se adelanta y dice: «No cabe mas amparo ni potestad que la de Dios altísimo; pero es lástima que yo me quede sin dinero. «Se vuelve hácia el Tigris y se encuentra sin sus monos, y despues de culparse mil veces á sí mismo y repetir sin cesar: «¡lástima de dinero!» se golpea el rostro, se restrega toda la cabeza con ceniza; clama y llora mas y mas como hambriento y desahogado, repitiendo: «Si no me engañara el segundo mono, ¡ay de mí! no se me escapa para el primero; carga con su red y prorumpie: «Allá la tiendo, con la ben-

dicion del Señor quizá sacaré algun pececillo para asarlo y comérmelo al punto.» Tira su red, la deja hundir, y la saca luego cuajada de peces; alé-



grase en extremo, vacia la red y deja sus peces en tierra. Asoma entretanto una mujer y le vocea: «Mucho escasea el pescado en la ciudad.» Y al ver á Califa, le pregunta atentamente: «Maestro, ¿vendeis ese pescado?» Y le contesta Califa: «Lo venderé por junto.» Le da una gran moneda y llena su cesto de peces. Apenas se marcha, llega un sirviente y pide pescado por otra moneda igual. En medio del coloquio llega un tercero, y van siguiendo así hasta el medio dia, en que tiene ya recojidas hasta diez monedas de oro. Estando ya muy hambriento, se coloca la red al hombro, se marcha al mer-



cado, se compra un manto de lana, camisa y turbante, y quédale aun de la primera moneda para comprar tambien queso, pan y miel con su plato en casa de un aceitero; come, se sacia y fortalece; se marcha á casa ostentando su ropaje y el turbante en la cabeza, ufánísimo y dichoso cual nunca se habia visto. Quiere dormirse, mas no puede con el azoramiento de sus nueve monedas, jugando con aquel oro hasta media noche.

Cerró aquí Cheherazada su narrativa hasta la noche siguiente.



NOCHE CCLXIX.

Está cavilando: «El califa, caudillo de los creyentes, por de contado sabrá que tengo todo este oro y le estará diciendo á Jiafar: «Anda á casa del pescador Califa y pídele un doblon.» Si se lo doy, me dolerá en el alma; si no se lo entrego, me manda castigar de lo lindo; pero sea así, lo he de aguantar todo antes de soltar mi dinero; quiero ver el aguante de mi piel contra los azotes. «Agarra en esto un azote de galeras con un sin fin de cordeles y se está descargando hasta desollarse todo, y clama ensangrentado: «Ó Musulmanes, soy un desdichado, ¿de dónde he de sacar semejante dinero? id en su busca á las casas de los pudientes. Con tantos alaridos, cree la vecindad que son ladrones los azotadores, para esprimirle el dinero, y que está pidiendo socorro. Júntase la jente, y se descuelga del terrado con armas en la mano. Termina entretanto Califa su tarea y sigue clamando por socorro; quebrantan la puerta, se acercan y lo hallan desnudo y empapado en sangre.

Le preguntan: «¿Qué viene á ser esto? ¿has perdido el seso esta noche?» Contesta: «Nada de eso, sino que tengo algun dinero, y me temia que el califa me lo enviase á pedir, y como no se lo habia de dar voluntariamente y me habia de atormentar para conseguirlo, he querido ver si mi piel estaba ó no á prueba de azotes.» Al oirlo la vecindad, prorumpe: «¡Así Dios acabe con tu cuerpo, loco de remate! Esta noche has perdido el seso; acuéstate; Dios te habrá maldecido; no eres hombre de miles de doblones para que el califa se acuerde allá de pedírtelos.» Contesta Califa: «Nueve monedas son, á fe de Dios, las que tengo.» Y le replican todos: «¡Vive Dios! que tendrá mucho dinero;» y lo dejan en seguida, atónitos con su muchísima necesidad. Califa entónces coje su dinero, lo mete en un trapito, y se pone á cavilar: «¿Dónde podré meter este dinero? por mas que lo entierre, me lo podrán quitar; si lo deposito en manos de alguien, luego me lo podrá negar; si cargo con él en mi cabeza, me lo robarán; si me lo ato al brazo, me lo van á desprender.» Echa por fin la vista al cuello de su camisa y esclama: «Por Dios santo, este es un sitio escelente; debajo cabalmente de mi garganta y junto á la boca; si aquí alguien le echa mano, lo asgo con la boca y lo oculto contra el cuello.» Coloca pues allí su dinero, mas no pega los ojos en toda la noche de afan, zozobra y azoramiento. El dia siguiente vuelve á su pesca; llega al rio y se mete en el agua hasta la rodilla, y arroja la red con tanto empuje que se le cae la bolsa en la corriente. Se desnuda, se quita el turbante y se zambulle en busca de su bolsa; mas no da con ella, y al fin prorumpe: «No hay poderío ni arrimo fuera de Dios Altísimo.» Y permanece así hasta la llamada para la plegaria del medio dia.

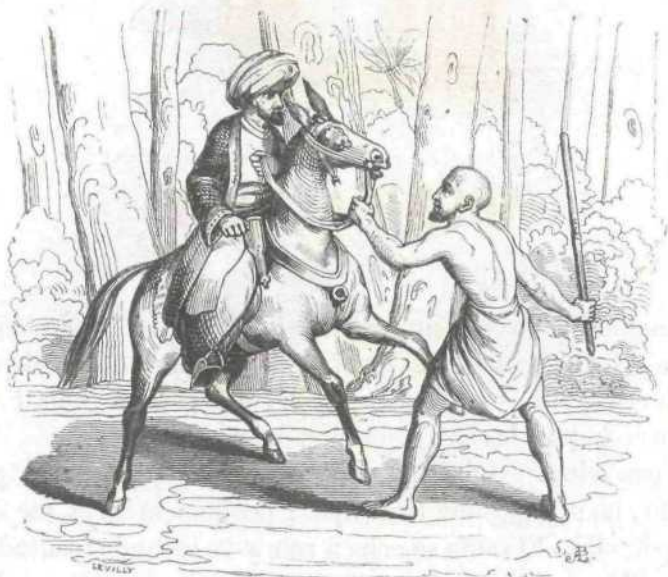
Nada mas refirió Cheberazada hasta la noche siguiente.



NOCHE CCLXX.

Desde lejos estuvo uno mirando al pescador, mientras iba dejando su ropa al sol, y cuando vió que el pescador se zambullia, cargó con sus prendas y echó á correr. Sale Califa, y echando menos su ropa, se desconsuela en extremo. Se sube á una loma y otea en busca de alguien para preguntarle, mas nadie asoma. En aquel punto llega de frente el caudillo de los creyentes que vuelve de caza, en lo mas intenso del calor, y descubre á un hombre desnudo sobre aquella altura. Dice á Jiafar: «¿Ves tú lo que yo estoy viendo? pues allá descubro un hombre desnudo encaramado sobre aquella altura; ¿qué podrá ser?» y contesta Jiafar: «Probablemente algun espía. — Y quizás un hombre honrado,» dice el califa. «Voy á él yo solo, y verémos; quédate tú aquí.» Marcha allá el califa, le saluda y pregunta: «Quién eres?—¿Que no me conoces?» responde, «soy el pescador Califa.» El califa insiste: «¿Tendría un pescador su manto de lana y turbante?» Al oír el pescador que el califa le habla de su ropa, conceptúa que por chanza le quitó sus prendas; y así se encamina de la loma abajo y dice al califa: «Estoy viendo que seguramente estás empeñado en chancearme, pues he presenciado como me quitabas la ropa.» Suelta el califa la carcajada y dice: «¿Qué ropa es esa que has perdido? nada sé sobre el particular.» Califa le contesta: «Pues por Dios Altísimo, si no me devuelves la ropa, te voy á moler á palos con este garrote;» porque siempre llevaba un palo consigo. El califa le protesta por todo un Dios que no ha visto tal ropa, y Califa le replica: «Te sigo para ver la casa donde entras, y acudir con la queja al comandante de policía, y así no te chancearás mas conmigo. ¡Vive Dios! que nadie sino tú me ha quitado la ropa y el turbante, y si no me lo devuelves todo al punto, te tiro abajo de tu cabalgadura y te quiebro á garrotazos la cabeza, dejándote además tendido en el sitio.» Coje de la rienda la caballería

que se empina toda. Reflexiona el califa en qué mal paso se ha metido con aquel frenético, se quita el albornoz de valor de cien doblones y le dice: «Toma ese manto en vez del tuyo.» Califa lo toma y se lo pone; pero como le



viene largo, lo recorta hasta la rodilla, y se forma un turbante con el recorte. Tras esta operacion, pregunta al califa: «Quién eres tú? por la traza serás algun clarinero.» Y le contesta el califa: «¿Por dónde sacas tú que yo tenga semejante traza de clarinero?» Y replica el pescador: «Por ese narigon y esa boquilla tan menuda. «Razon tienes,» dice el califa; luego el pescador se pone en ademan y le dice: «Sígueme, y te enseñaré el oficio de pescador, que es mejor y mas decoroso que el de trompeta.» Replícale el califa: «Enséñame lo y me haré cargo de si puedo ú no aprenderlo.»

Asoma el dia, é interrumpe la narracion para la noche siguiente.



NOCHE CCLXXI,

Dice el pescador : « Ven conmigo ; » y el califa le va siguiendo hasta que el pescador le grita : « Vamos acá (en el agua) tú, clarinero. » Obedece Raschid, toma la red , y el pescador le enseña como la ha de lanzar. Arroja el caudillo de los creyentes la red y siente mucho peso.

Dícele el pescador : « Quizás ha tropezado la red con alguna piedra ; tírala con tiento , no sea que me la rompas , porque entónces me quedo con tu jumento por ella. » El califa se echa á reir y va sacando pausadamente la red hasta la orilla ; y ¡ó pasmo ! asoma cuajada de peces. Al ver el pescador aquel logro , brinca de gozo y esclama : « ¡ Ay , trompeta , cuán afortunado eres en la pesca ! ya no te apartas de mi lado. Mas ahora te voy á enviar á la pescadería , pregunta por la tienda del pescador Chamid , y en dando con él , le dices así : « Maestro , el pescador Califa te saluda y te ruega que le envíes un par de quesos y pan , pues te remitirá aun mas pescado que ayer ; vamos , despacha y vuelve corriendo. » El califa contesta todo risueño : « Corriente , y con mil amores , maestro. » Cabalga su jumento y se incorpora al punto con Jiafar , quien le dice : « Contadme cuanto os ha pasado con el pescador. » Réfiérole el califa todo lo sucedido : « Allí queda , esperando mi regreso con el cesto ; y me ha de enseñar el arte de abrir y limpiar el pescado. — Irémos allá para aprender á raspar y mondar la pesca , » dice Jiafar. En esto prurumpe el califa : « Jiafar , di á los Mamelucos que al que me traiga algun pez de mano de aquel pescador le doy una moneda , y luego apetezco yo comer de mi pesca. » Así lo dispuso Jiafar , enseñándoles el paraje donde se hallaba el pescador. Van allá y traen los peces , y el vendedor , al ver criaturas tan lindas , cree que son beldades del mismo paraiso. Le quedan todavía dos peces , corre á meterse en el agua , y esclama : « ¡ Ay Dios , sigue favoreciéndome mas y mas con tus bendiciones ! » Estando aun en el agua , llega el mayordomo del califa , pidiendo mas pescado ; mas no lo halla , y solo ve como el pescador se zambulle , y sale luego con dos peces : entónces le grita : « Califa , ¿ qué es lo que tienes ? » Y contesta : « Dos peces. — Vengan , » le replica , « y ahí tienes cien monedas. » Sale el pescador del agua , y al eco de tanta

moneda, dice: «Vengan esas cien piezas.» Contesta el mayordomo: «Ven conmigo á la morada del califa, y se te contarán al golpe las cien monedas.» Al oír esto, el pescador coje sus peces y se encamina á la mansion del califa,



tomando al salir del agua el ropaje que le habia dado el caudillo de los creyentes, y como apenas le llega á la rodilla, se lo ciñe con una cuerda, colocándose el trozo del recorte por turbante; y así se marcha á la ciudad. Las jentes se pasman, rien y le preguntan: «¿De dónde has sacado esa ropa?» Pero él se desentiende y sigue preguntando: «¿En dónde está la morada de Raschad?» Le contestan: «Di la morada de Raschid;» y él replica: «Lo mismo tiene,» y marcha mas y mas, llegando por fin al palacio, donde tropieza en la puerta con el sastre que habia cosido aquel ropaje.

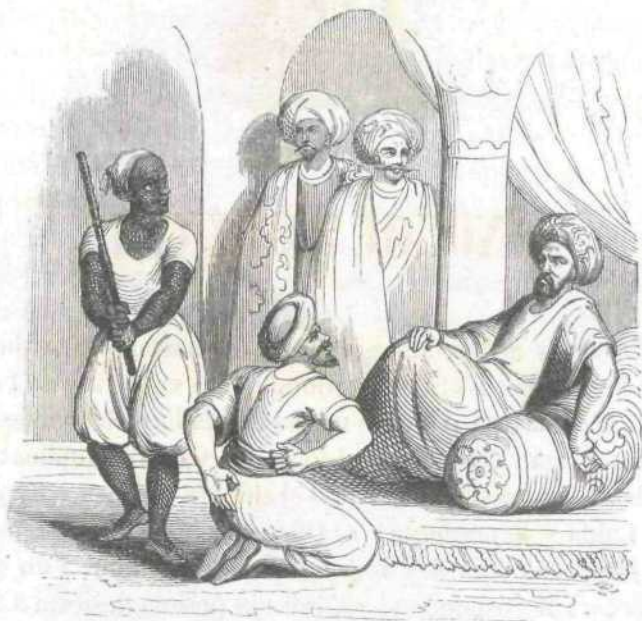
Amanece y queda interrumpida la narracion, hasta la noche siguiente, en que continuó de este modo:



NOCHE CCLXXII.

Al ver el ropaje del califa, le pregunta: «¿Qué edad tienes?» y le contesta Califa: «¿Porqué me haces esa pregunta, por ser aun muy pequeño?» Insiste el sastre: «¿De dónde sacaste ese vestido que traes abí tan mal parado?» y le contesta Califa: «De mi clarinerillo.» Se adelanta hasta la puerta, y ve al mayordomo todo empachado con sus dos peces. Dícele Califa: «Vengan las cien monedas, tio.» Y le contesta: «Te doy mi palabra, Califa, de que vas á tenerlas.» Sale Jiafar, y se entera de la conversacion. Se retira Jiafar en demanda del califa, y le dice: «Caudillo de los creyentes, tu maestro el pescador viene en busca del mayordomo por las cien monedas;» y contesta el califa: «Tráetelo por acá. — Voy allá,» contesta Jiafar, y luego vuelve en busca del pescador diciéndole: «Tu muchacho el clarinero es juez, Califa;» y este sigue á Jiafar, que lo introduce en palacio. Ve allí al califa que está escribiendo sobre tres papeles, se encara con él y le pregunta: «¿Por ventura dejaste el oficio de clarinero para tomar el de astrólogo?» Contesta el califa: «Toma una hoja.» Habia escrito el califa espresamente sobre una hoja que le correspondia una moneda, en otra que le tocaban ciento, y en la tercera cien palos; y diciéndole el califa que tomase una hoja, quiso el destino que cojiese la de los cien palos que tenia en frente, y cuando el monarca toma una resolucion, se cumple puntualísimamente. Tiéndenlo en el suelo y le descargan los cien palos; grita y clama por socorro, pero nadie acude: está repitiendo: «¡Válgame Dios! ¡lindo pago! tras de haberte sacado de trompeta y hacerte pescador, ¡te vuelves astrólogo y ahora me proporcionas una suerte preciosa! ¡malhayas tú, y jamás logres dicha alguna!» Al oir el califa estas palabras, casi se enajena de risa, y prorrumpo: «No temas, pescador;» y en seguida manda á su tesorero que le entregue las cien monedas; y márchase el pescador á comprar una arca. El pregonero grita una arca cerrada en noventa y nueve monedas, y contesta

mas recio : « Yo doy ciento. » El vendedor cierra el trato , carga con las cien monedas , y nada le queda al comprador ; compiten los alhameles para llevarla , y todos vocean : « Tan solo Sarik , ¡ vive Dios ! puede con ella y aun



alcanza á mas. » Marcha Sarik en pos de Califa , y puestos ya en camino , recapacita Califa que nada tiene para pagar al portador , ni sabe cómo salir del paso , y le ocurre el ir dando vueltas de calle en calle y de plaza en plaza hasta que se le rindan las fuerzas , y entónces tomarla y llevársela á casa.

Acabó con estas palabras Cheherazada ; pero continuó la otra noche del modo siguiente :



NOCHE CCLXXIII.

Anda Califa acá y acullá desde el medio dia hasta muy tarde con el alhamel; suspira este y dice: «Señor, ¿dónde está vuestra casa?» Y contesta Califa: «Ayer lo sabia, pero hoy se me ha olvidado.» Responde el alhamel: «Pues venga mi paga y cargad con el arca.» Y Califa le replica: «Sarik, anda despacio hasta que vaya recordando el sitio de mi casa.» En esto llega un conocido de Califa y le pregunta: «¿Qué estás haciendo aquí?» Y entónces se atraviesa el portador Sarik y le pregunta: «Decidme, ¿en dónde está la casa de Califa?» Y le responden: «Allá en la posada desierta á los dos picachos.» Entónces Sarik se encara con Califa y le dice: «¡Así nunca nacieras ni existieras!» Sigue andando Califa y Sarik detrás, hasta que llegan al sitio. El alhamel se descarga de su arcon y dice: «O tú, á quien Dios por sus iras y previsiones tiene en vida, mas de veinte veces hemos estado pasando por aquí delante, y si me dijeras que morabas aquí, me ahorraras todo este cansancio. Dame mi paga y me marchó á mi camino.» Dícele Califa: «¿Quieres oro ú plata? Espera que luego te lo traigo.» En seguida se va á su aposento, agarra una maza armada de ochenta clavos, y tan descomunal que de un golpe dejara tendido á un camello, corre al portador, la enarbola en ademan de ir á descargársela sobre la cabeza. Clama Sarik: «¡Alto! que nada me debes,» y se marcha. Al ver los vecinos que Califa se encamina con el arcon á su aposento, se le agolpan y le dicen: «O Califa, ¿de dónde sacastes el arca y el vestido?» Y les dice: «De mi jóven Raschid.» Dice la jente: «El hombre delira; si llega á oídos del caudillo de los creyentes, lo manda al golpe ahorcar á la puerta de su morada, junto á otros que por allí se aparecen, pues la chanza es algo pesada.» Le ayudan sin embargo á colocar el arcon en su aposento y casi lo cuaja todo; y Califa se tiende á dormir sobre su tapa. Prescindiendo ahora de nuestro Califa, por lo que toca á la historia del arcon, tenia el caudillo de los creyentes una esclava turca llamada Kut Alkulub (Vida de los corazones). Como el califa la amaba entrañablemente, sábelo su esposa Zobeida y se enzela y se arrebató en ímpetus de venganza contra ella. Estando el príncipe de los creyentes en una cacería, convida Zo-

beida á la esclava, le da de comer y de beber, mezcla adormideras en el vino, y apenas se adormece, envía por un antiguo sirviente, hace meter la esclava en un arcon, la encierra y la entrega al sirviente diciéndole: «Carga con esa arca, llévala al mar y sepúltala en el agua.» Coloca el arcon sobre un mulo y lo arrea para el mar. Pesa muchísimo el arca, y al pasar por el mercado de la carpintería, lo ve el pregonero mayor y le pregunta: «¿Vendes ese arcon?—Sí, vendo,» le contesta, «pero solamente así cerrado. —Pues venga así como está,» le replica. Descarga luego el arca, y grita: «¿Quién compra una arca por cien monedas?» En aquel trance llega el pescador Califa, y revolviendo el arcon á derecha é izquierda, lo compra, como se ha dicho, por cien monedas, y se lo entrega al forzado alhamel. Estando el pescador tendido sobre el arca, despierta Kut Alkulub, advierte que está encerrada en una arca y prorrumpe en alaridos lamentables. Al oirlos Califa, salta



del arcon, y vocea desde la ventana: «¡Auxilio, auxilio, Musulmanes, que tengo al diablo dentro del arca!» Se conmueve la vecindad y le dice: «¿Qué tienes ahora, loco de atar?» y contesta: «El arca está rebosando de diablos. —Duerme, y déjanos en paz, pues harto atormentados nos tienes. ¡Así Dios te acabe! arroja esos desvaríos de tu cabeza,» le replican; pero él insiste: «No me es posible dormir;» pero se mofan de él, y tiene que recojerse en su aposento. A poco rato vuelve Kut Alkulub al intento, y clama y pregunta: «¿En dónde estoy?» Huye Califa del cuarto y grita: «¡Aquí, aquí, vecinos!» Y le responden: «¿Qué te falta? siempre nos has de estar molestando.» Y contesta: «Vamos, señores, que el diablo está hablando dentro del arca;» pero le responden: «Mientes; y si no, á ver qué es lo que dice.—Me ha estado diciendo,» contesta, «¿en dónde me hallo?—Tú eres el que estás en el infierno,» le contestan, «siempre atormentando y sin dejar dormir la vecindad; duérmete de una vez; ¡así nunca nacieras ni existieras!» Vuélvese Califa todo trémulo á su aposento, y no teniendo mas lecho que el arca,

no bien se tiende cuando resuena en sus oídos la voz de Kut Alkulub: «Tengo hambre.» Huye de nuevo Califa de su aposento y clama: «¡O vecinos! ¡ó moradores del barrio, venid acá!» Dícenle los vecinos: «¿Qué te ha vuelto á suceder?» Y responde: «Dice el diablo encerrado que tiene hambre.» Entónces se dice la jente entre sí: «Califa será el hambriento. Quizás de miedo no puede dormir en toda la noche, vamos á llevarle lo que nos ha podido quedar de anoche,» y le recojen y llenan un cesto de pan, carne, legumbres y rábanos, diciéndole: «Come hasta que te hartes; luego duermes y no vuelvas á incomodarnos; pues si prorumpes en otra palabra mas, te moleremos á palos.» Toma Califa el cesto con la comida y se vuelve á su aposento, y se pone á comer á dos manos al claro de la luna que le entra por la ventana. Entónces prorumpe Kut Alkulub: «¡Sacadme de aquí, Musulmanes, tened compasion de mí!»

Ve Cheherazada que por entónces tiene que callar, y deja lo demás para la noche siguiente.





NOCHE CCLXXIV.

Levántase Califa, coje una gran piedra que tenia en casa y destroza el arcon... y asoma dentro una muchacha tan hermosa como el sol en su gloria, de tersa frente y rostro redondo, mejillas encendidas y voz halagüeña. Traia un vestido del valor de mil monedas y aun mas. Al mirarla Califa, se enajena de gozo y prorrumpe: «¡Vive Dios que eres la misma beldad!» Pregunta ella: «¿Quién eres tú?» y contesta: «Señora de toda mi alma, yo soy el pescador Califa.» Pregunta la dama: «¿Cómo es que me han traído aquí?» Respóndele: «Te he comprado, y ahora eres mi esclava.» Advierte la muchacha el vestido del califa, que tiene puesto el pescador, y desea saber por dónde le ha cabido. Entónces le va contando todo lo sucedido hasta la compra del arcon. Esprésale la esclava la alevosía de Zobeida, y estuvieron conversando hasta la madrugada, en que dijo: «Califa, proporcióname recado de escribir;» y se lo trae de la vecindad. Escribe una carta, la cierra y dice á Califa: «Toma esta esquela, llévala al mercado de los joyeros, pregunta por el joyero Abul Hasan, y en hallándolo, entrégasela. —Señora, es para mí enrevesado ese nombre y no acertaré á recordarlo.» Y le replica: «Pregunta pues por la tienda de Ibu Alukab;» y le repone: «Hermosa nia, ¿qué viene á ser ese Ukab?» Respóndele: «Es una ave, á quien tapan la vista con un manto, y la llevan en la mano;» y entónces dice: «Quedo enterado, señora»

Marcha allá repitiendo sin cesar el nombre para que no se le olvide; pero al asomar al mercado, ya no lo recuerda. Se llega á un mercader y le pre-

gunta: «¿Vive por aquí uno que tiene el nombre de una ave?» Y le contesta: «Con efecto, aquí vive Ibu Alukab.» Y dice Califa: «Corriente; en su busca vengo.»

Llega y le entrega la carta. La toma Abul Hasan, la lee y toma el contenido por su cuenta; pues efectivamente era ajente de Kut Alkulub y administrador de todos sus bienes, pues decia en el sobre: «De la señora Kut Alkulub al caballero Abul Hasan el joyero. Leida la carta, dispondrás un aposento muy alfombrado y alhajado con cuanto corresponde á una gran vivienda, y acompañado de esclavos y esclavas. Llama al portador de la presente, condúcele al baño y proporcióname la ropa mas fina, y luego procederás así y así con él.»

Prorumpo: «Su albedrío es para mí un mandato.» Llama á Califa, cierra su tienda, se encamina al baño, lleva consigo un sirviente ducho en acudir á todo; y se esmera en cumplir puntualmente el encargo de Kut Alkulub. El sandio pescador Califa cree que el baño es alguna cárcel y va diciendo á los compañeros: «¿En qué he podido yo delinquir para encerrarme?» Los bañeros se le rien y lo sientan á la orilla de la tina, agarrándole luego los piés para restregárselos (1). Cree Califa que lo van á tender en el suelo para luego apalearlo; y así se levanta y afianza á uno de ellos por los piés, lo alza y lo derriba con tal violencia que á poco mas lo descostilla. Lo ven los compañeros, acuden y lo desprenden al fin de sus manos. Vuelve en sí pronto y todos se hacen cargo de que no procede así por malicia. Siguen sirviéndole hasta que llega Abul Hasan con un vestido riquísimo y se lo pone; trae además un mulo ensillado, lo coje de la mano, lo saca del baño y le dice: «Monta en esta caballería.» Contesta Califa: «No acierto á cabalgar y temo que me tire y me estrelle las costillas.» Sube con trabajo, y se encaminan juntos al sitio que les tiene prevenido Ibu Alukab.

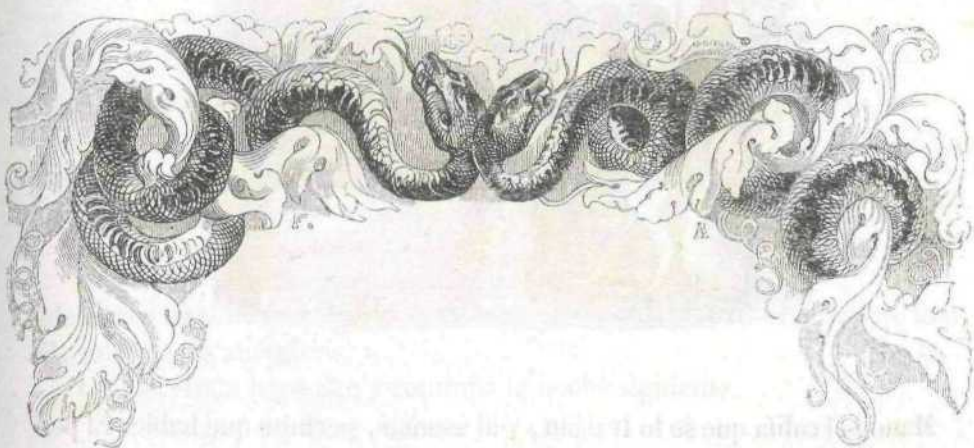
Llega Califa y ve á Kut Alkulub sentada en medio de gran comitiva y de criados. Asoma en el umbral un portero con su baston en la mano. Al ver á Califa, se levanta, le besa la mano y lo conduce al interior del salon. Allí está viendo Califa tantísimas beldades, que casi pierde la vista y el sentido.



(1) Ahora mismo se está observando el estilo de restregarse los carcaños con una piedra tosca.

La comitiva y sirvientes le besan la mano y prorumpen : « ¡ Bien venido del baño ! » Al acercarse á Kut Alkulub , esta se levanta , le ase de la mano y se lo lleva á un salon alto , y allí le traen su vasija con agua azucarada revuelta con la de rosa , y se la bebe toda ; y aun alarga el dedo y va chupando lo que recoje. La dama se le arrima y le dice : « Eso está feo. » Pero él contesta : « Calla , que es mejor que miel. » Se echa ella á reir , dispone que le traigan una mesita y le sirvan comida , que va engullendo hasta quedar satisfecho.

Interrúmpese Cheherazada y continúa la noche siguiente.



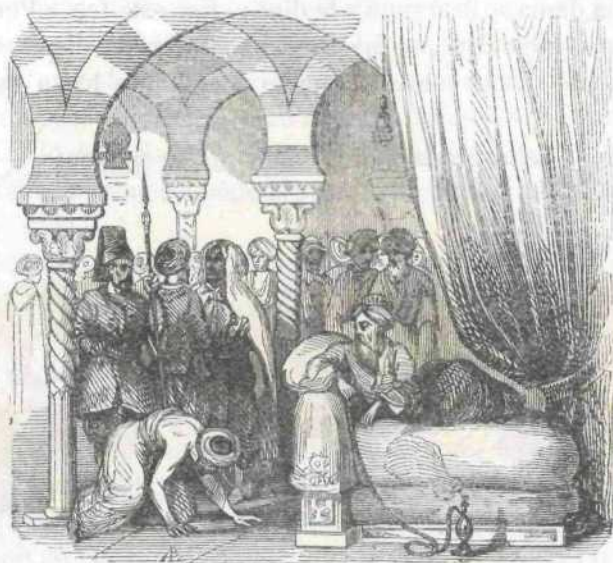
NOCHE CCLXXV.

Tráenle una jarra y palangana de oro , se lava las manos y se muestra ufánísimo. Vamos ahora al príncipe de los creyentes.

Al regreso de su cacería echa menos á Kut Alkulub , pide noticias y le contesta su esposa Zobeida : « Ha muerto , pero vive tú , príncipe de los creyentes. » Habia esta dispuesto un sepulcro en medio del alcázar , con su cúpula encima , pues constábele que el califa la amaba entrañablemente , y así le dice : « La he mandado enterrar aquí en medio del alcázar , » y para estremar el engaño , vistió luto y aparentó sumo desconsuelo.

Entretanto Kut Alkulub , sabedora del regreso del monarca , dice á Califa : « Vete al baño y luego vuelve. » Hácelo así ; con lo cual le entrega un vestido del valor de mil monedas , y le dice : « Vete al príncipe de los creyentes , y dile : « O príncipe de los creyentes , deseara que fueses mi huésped en esta noche. » Califa monta en su mulo y cabalga con una comitiva lozana de sirvientes hácia el alcázar del califa , y todos se pasan al verle tan repentinamente galano y aseñorado. Al verle el anciano mayordomo que le

habia dado cien monedas y sido su engrandecedor, se va al califa y le dice : «O príncipe de los creyentes, el pescador Califa está trocado en rey, pues trae un ropaje del valor de mil monedas.»



Manda el califa que se lo traigan, y al asomar, permite que hable. El pescador prorrumpe : «La paz sea contigo, ó príncipe de los creyentes, vicario del Señor del universo, amparador de nuestra creencia. El Dios Altísimo conceda dilatada duracion á tus dias, condecóre tus disposiciones y encumbre tu jerarquía hasta lo sumo :» El califa lo mira, se asombra de aquel trueque tan repentino, y esclama : «Dime, Califa, ¿de dónde te ha cabido ese ropaje que traes?» Y responde : «De mi casa, ó príncipe de los creyentes.» Pregunta el califa : «¿Con que, tienes casa?» Contesta : «Sí cierto, y venid á ser hoy mi huésped, príncipe de los creyentes.» Insiste el califa : «¿Yo solo, ú con los míos?» Responde : «Tú y quien tú quisieres de los tuyos.» Con esto se le arrima Jiafar y le dice : «Esta noche serémos tus huéspedes.» Califa besa de nuevo la tierra, monta en su mulo, y lleva de comitiva una porcion de Mamelucos. Pásmase el califa y dice : «Mira, Jiafar, á Califa en su mulo, con tanto boato de comitiva y Mamelucos, el mismo que ayer tan solo era un objeto de compasion.» Mostrábanse todos atónitos con tamaña novedad.

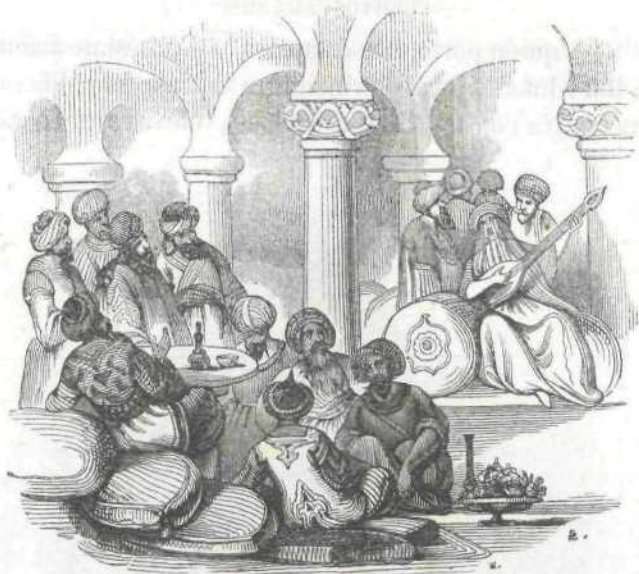
Al acercarse Califa á su casa, se apea, toma un lio de manos de un Mameluco, lo abre, saca una alfombra de algodón, la tiende para los piés del príncipe de los creyentes; y luego va sacando sucesivamente damascos, tisúes, rasos y un sin fin de telas para el adorno de su casa. Califa le sale al encuentro y dice : «En nombre de Dios, ó príncipe de los creyentes.» Este

dice á Jiafar : «¿ A quién pertenece esta casa ? » Contéstale Jiafar : « A un vecino llamado Ibu Alukab , joyero principal. » Apéase el califa , entra con los suyos y se encuentra con un salon espacioso , elevado y colgado todo ; se



adelanta á su solio que se le tiene prevenido sobre cuatro columnas de marfil , sobre siete alfombras.

Cheherazada hace alto y continúa la noche siguiente.



NOCHE CCLXXVI.

Muéstrase el caudillo de los creyentes muy complacido ; adelántase Califa muy rodeado de sirvientes y Mamelucos , cargados con todo jénero de bebidas mezcladas con azúcar , limon , agua de rosa y almizcle. Bebe Califa ; luego presenta la copa al califa , y menudean los brindis entre los demás. Vienen luego los manjares de gansos , pollos y otras aves , y dice Califa : «En nombre del Señor ;» y todos comen hasta saciarse.

Acabado el banquete , manda Califa retirar las mesas , besa tres veces la tierra y pide permiso para traer vino y luces , y así se lo concede el califa. Así que se marcha , se encara con Jiafar y le dice : « ¡Vive Dios , que tanto la casa como todo es de Califa , pues manda y dispone como dueño ! Me pasma el que de repente se haya podido encumbrar á tanta dicha y señorío ; pero nada es todo esto para la potestad de Dios , el cual diciendo sea , ya es. Lo que mas me asombra es su despejo , que se ha sabido granjear al par de su grandeza y señorío. En queriendo el Señor ensalzar á un sujeto , engrandece su entendimiento antes que sus bienes mundanos.»

Mientras están así hablando , vuelve Califa con los escancianos , cuyos ceñidores de oro resplandecen como la luna. Traen ropajes de escarlata y presentan vajilla de China , frascos , jarras de cristal , odres y jofainas de todos matices. Los van llenando de vino rancio y trasparente que huele á esquisito almizcle , segun la descripcion del poeta :

Vamos , amigos , bebiendo
De la vid el parto lindo

Que el jarro dorado abriga
A manera de vestido ;
Ricas perlas lo engalanan ,
Y así el nombre esclarecido
De novio con mil razones
A la jente ha merecido.

Cercan las preciosas vasijas un sin fin de dulces á cual mas peregrino ,
fragante y delicioso. Al presenciar el califa tantísimo primor , llama para sí
al agasajador , y ensalza su desempeño , y Califa le desea dilatada y acla-
mada vida , y añade : «Permitidme, ó príncipe de los creyentes, que os trai-
ga una cantarina que al son del laud entona cual nunca se ha oído.» Y le
contesta el caudillo de los creyentes : «Haz lo que te plazca.» Besa Califa la
tierra ante el príncipe de los creyentes , y pasando luego á un aposento, trae
consigo á Kut Alkulub , se acerca esta muy engalanada con su gran velo y
adora la tierra ante el caudillo de los creyentes. Se sienta luego , temple el
laud , y canta con tal hechizo que enajena á todos los circunstantes , despi-
diéndose con los siguientes versos :

Vuelva , vuelva aquella vida
Que con entrañable anhelo
Estás junto á tu querida
Para siempre echando menos.
¿Cómo volaron los días
De cariño tan estrecho !
Al gozar de tanta gloria ,
Dormia el hado siniestro ;
Dispertóse , y padecemos
Este desvio funesto.
Venganza , venganza pido ,
A ti de mi alma dueño.
Ya estamos , querido , juntos ,
Pues nos hallamos de nuevo :
Y si no logro esta dicha ,
En el sepulcro me cuento.

Ya no puede contenerse el califa , se rasga el vestido y cae al suelo des-
mayado. Recojen los sirvientes la ropa , y se la visten de nuevo. Kut Alku-
lub hace seña á Califa y le apunta : «Ve á aquella arca y trae lo que hay den-
tro.» Tenía dispuesto para aquel trance uno de los vestidos del califa ; lo trae
Califa y se lo pone al príncipe de los creyentes. Al volver en sí y hacerse car-
go de que era aquella Kut Alkulub , prorumpe. «Este es el día de la resurrec-
cion, en que Dios saca á los difuntos de su sepulcro. ¿O estoy durmiendo y
todo esto es un sueño ?» Kut Alkulub le dice. «No estamos sino muy despiert-
tos y sin asomo de sueño , y estoy viviendo ajena de apurar el cáliz de la
muerte.» Y entónces le refiere por puntos cuanto ha estado padeciendo hasta
aquel instante.

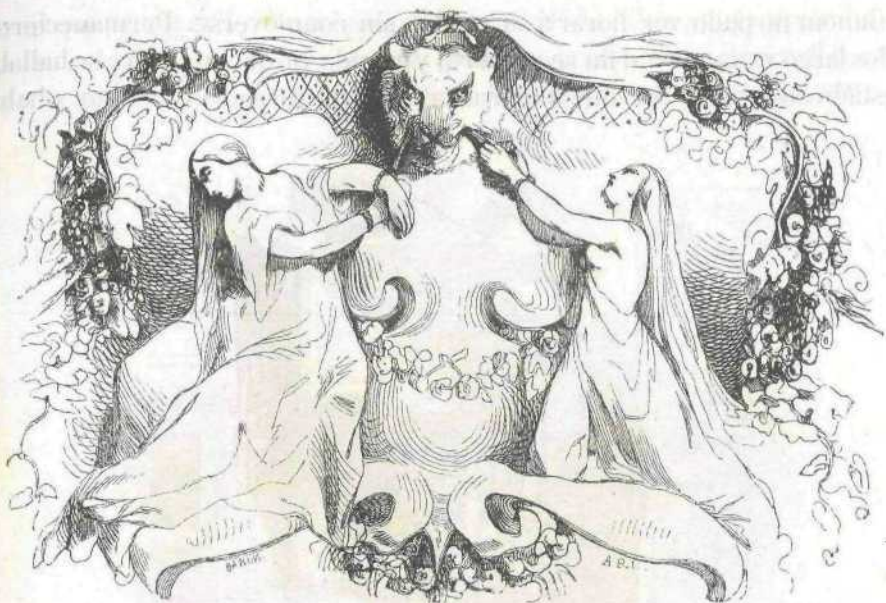
Cierra aquí Cheherazada su narracion hasta la noche siguiente.



NOCHE CCLXXVII.

No habia tenido el califa el menor gozo ni sosiego desde el trance de aquella separacion; unas veces cavilando, y otras llorando fuera de sí. Se levanta, la besa y la abraza; luego la ase de la mano, encaminándose á su alcázar. Prorumpie entónces Califa: «¡ Vaya, que está muy lindo! desde luego me atropellaste, y ahora me redoblas el agravio. » Contéstale el monarca: «Ó Califa, te tengo ya señalado tu galardón.» Manda luego al visir Jiafar que le entregue cuanto pueda henchirle sus medidas; y con efecto, le da una finca que le rinde diez mil monedas al año. Kut Alkulub le regala además un palacio, alhajado todo con alfombras, colgaduras, y luego sirvientes y esclavas de todas edades. Disfrutó Califa aquel señorío, casándose y viviendo con desahogo, felicidad y boato.

Solia el califa ir á visitarle con sus comensales, y así estuvo gozando una vida apacible y regalada hasta el punto de su muerte. El Señor le favorezca con su misericordia. Pero esta linda historia no se aventaja á la del mercader con sus hijos. Pregunta el rey de las Indias á qué se reduce; y entónces dice Cheherazada:



HISTORIA DE GANEM, HIJO DE ABU AYUB, APELLIDADO EL ESCLAVO DE AMOR.

Vivia, hace siglos, en Damasco un mercader muy decorosamente con el cuantioso caudal que su industria y sus afanes le habian ido granjeando. Llamábase Abu Ayub y tenia un hijo y una hija. El primero recibió el nombre de Ganem, y despues fué apellidado el *Esclavo de amor*. Era de gallarda presencia, y su ingenio, naturalmente despejado, se habia realizado con los excelentes maestros que su padre se habia esmerado en proporcionarle. La segunda fué llamada *Potestad de los corazones*, porque estaba dotada de tan cabal hermosura, que cuantos la veian no podian menos de amarla.

Falleció Abu Ayub dejando inmensas riquezas, de las que constituian una escasa parte cien cargas de brocado y de otras telas de seda que se hallaban en su almacen. Las cargas estaban ya dispuestas y cada fardo estaba marcado : Para Bagdad.

En aquel tiempo reinaba en la ciudad de Damasco, capital de la Siria; Mohamet, hijo de Soliman, apellidado Zinebi. Su pariente Harun Alraschid, que residia en Bagdad, le habia dado aquel reino á título de tributario.

A poco tiempo de la muerte de Abu Ayub, conversando Ganem con su madre acerca de los negocios de la casa y de los fardos de mercancías que se hallaban en el almacen, preguntó qué significaba el rótulo puesto sobre cada fardo. «Hijo mio,» le respondió su madre, «tu padre viajaba ya á una provincia, ya á otra, y antes de ponerse en camino, solia rotular cada fardo con el nombre de la ciudad á donde se encaminaba. Tenia corrientes todos sus negocios, y á su propartida para Bagdad, la muerte.....» No pudo proseguir, no permitiéndoselo un recuerdo intenso de la pérdida de su marido, que le hizo derramar copiosas lágrimas.

Ganem no pudo ver llorar á su madre sin conmoverse. Permanecieron mudos largo rato; pero al fin se recobró, y cuando vió que su madre se hallaba en estado de escucharle, tomó la palabra. «Ya que mi padre,» le dijo, «habia



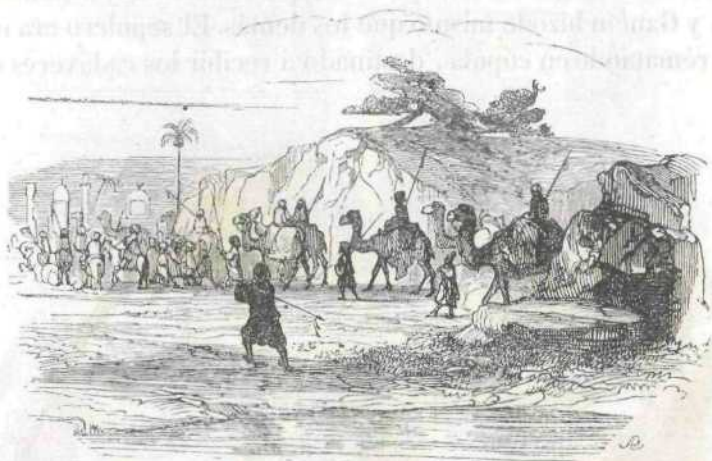
destinado estas mercancías para Bagdad, y que ya no puede llevar á cabo su intento, voy á disponerme para emprender este viaje. Creo que es del caso que active mi marcha, por temor que estas mercancías se vayan averiando, ó que malogremos la coyuntura de venderlas aventajadamente.

Esta determinacion sobresaltó en gran manera á la viuda de Abu Ayub, que amaba entrañablemente á su hijo, y así le contestó: «No puedo menos de alabar, hijo mío, el afán con que quieres imitar á tu padre; pero reflexiona que eres muy mozo y bisoño en el mundo, y que no estás acostumbrado á las fatigas de los viajes. Además, ¿quieres desampararme y añadir nuevo quebranto al que me está ya traspasando? ¿No es preferible vender estas mercancías á los tratantes de Damasco, y contentarnos con un beneficio razonable, sin que tú te espongas á fenecer?»

Pero por mas que se oponia con tan buenas razones al intento de Ganem, no tenian cabida en su pecho, pues le estaba estimulando el anhelo de viajar y engrandecer sus potencias con un conocimiento cabal del mundo; y así fueron infructuosos los reparos, ruegos y aun lágrimas de su madre. Fué al mercado de los esclavos; compró algunos muy robustos, alquiló cien camellos, y habiéndose provisto de todo lo necesario, se puso en camino con cinco ú seis mercaderes de Damasco que iban tambien á traficar á Bagdad.

Aquellos mercaderes, seguidos de todos sus esclavos y acompañados de otros muchos viajeros, componian una caravana tan crecida, que nada tu-

vieron que temer de los Beduinos, esto es, de los Arabes, cuya profesion es recorrer el pais, embestir y robar las caravanas, cuando no llevan el competente resguardo para rechazarlos. No tuvieron pues mas que aguantar las



fatigas comunes de una larga marcha, que fácilmente olvidaron á vista de la ciudad de Bagdad, á donde llegaron felizmente.

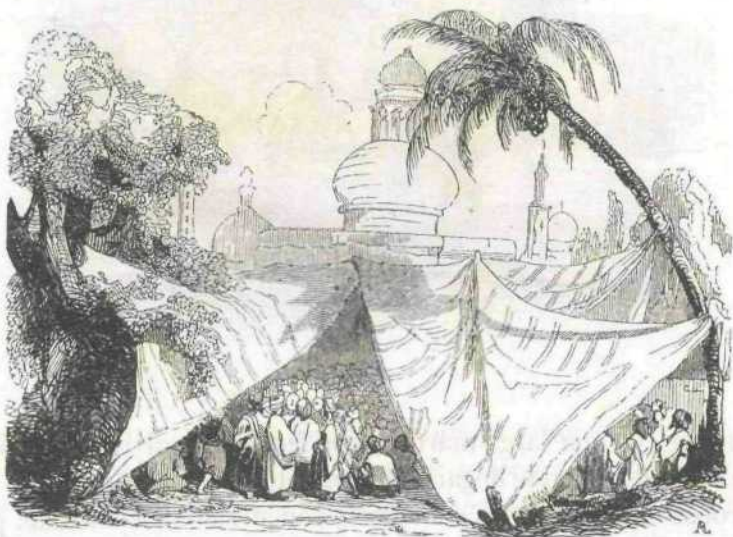
Apeáronse en el khan mas suntuoso y concurrido de la ciudad; pero Ganem, apeteciendo hospedarse con señorío, puso allí sus mercancías á buen recaudo en un almacén, y alquiló en la vecindad una hermosísima casa ostentosamente alhajada, en la que habia un jardín muy ameno, con varios surtidores y frondosos bosquecillos.

A pocos dias de hallarse alojado en aquella casa y ya recobrado de las fatigas del viaje, se vistió con mucho aseo y acudió á un paraje público adonde iban los mercaderes para sus negocios. Acompañábale un esclavo que llevaba un paquete de varias piezas de tisú y de telas finas.

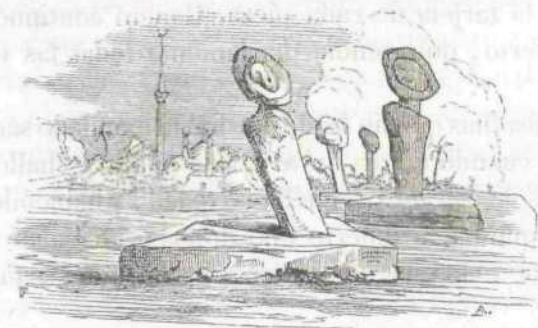
Los mercaderes recibieron á Ganem con suma cortesanía, y su principal ó síndico, á quien se encaminó, ferió desde luego todo el paquete á los precios señalados en la tarjeta de cada pieza. Ganem continuó con el negocio con tantísimo acierto, que vendia diariamente todas las mercancías que mandaba llevar.

Ya no le quedaba mas que un fardo que habia mandado sacar del almacén y llevar á su casa, cuando un dia fué al paraje público y halló todas las tiendas cerradas. Causóle estrañeza aquella novedad, y habiendo preguntado el motivo, dijéronle que habia muerto uno de los principales mercaderes, á quien conocia, y que todos sus compañeros habian ido, segun costumbre, á su entierro.

Informóse Ganem en qué mezquita debían decirse las plegarias y á qué sitio se había de trasladar el cadáver, y cuando le hubieron espresado uno y otro, despidió á su esclavo con el paquete de mercancías y se encaminó á la mezquita. Llegó cuando estaban diciendo la plegaria en una sala colgada de raso negro, y cuando se llevaron el cuerpo, todos los parientes y mercaderes lo acompañaron al lugar de la sepultura, que estaba muy distante, fuera de la ciudad, y Ganem hizo lo mismo que los demás. El sepulcro era un edificio de piedra rematando en cúpula, destinado á recibir los cadáveres de toda la



familia del difunto; y como era reducido, habían levantado tiendas para que los asistentes pudiesen estar con toda comodidad durante la ceremonia. Abrieron el sepulcro, y habiendo colocado dentro el cuerpo, lo volvieron á cerrar. Hecho esto, el imán y los otros ministros de la mezquita se sentaron en círculo sobre una alfombra, bajo la tienda principal, y acabaron de rezar sus oraciones, concluyendo con la lectura de los capítulos del Alcorán, prescritos para los entierros. Los parientes y mercaderes, á imitación de los ministros, se sentaron detrás de ellos.





NOCHE CCLXXVIII.

Era ya casi de noche cuando se acabó el ceremonial. Ganem, que no conceptuaba que fuese tan largo, se iba ya desazonando, sobre todo cuando vió que servían una comida en memoria del difunto, según costumbre de Bagdad. Dijéronle que habían levantado las tiendas, no solo contra el ardor del sol, sino también contra el relente, porque no volverían á la ciudad hasta el otro día. Esta noticia causó gran sobresalto á Ganem. «Soy forastero,» recapacitó interiormente, «y me tienen por un rico mercader; los salteadores pueden aprovecharse de mi ausencia y saquearme la casa; hasta mis esclavos pueden tener alguna tentación de fugarse con todo el oro que recibí por las mercancías. Si tal me sucediera, ¿á dónde iría á buscarlos?» Preocupado todo con tales aprensiones, comió arrebatadamente, y cuando pudo, se marchó sin decir palabra.

Apresuró el paso para llegar pronto; pero como suele suceder que cuanto mas priesa se da uno, menos adelanta, tomó un camino por otro y se extravió á oscuras, de modo que eran cerca de las doce de la noche cuando llegó á la puerta de la ciudad. Para completar su infortunio, hallóla cerrada, y en aquel conflicto, tuvo que andar en busca de algun albergue para el resto de la noche y aguardar á que abrieran la puerta. Entró en un cementerio que se extendía desde la ciudad hasta el lugar de donde venía. Adelantóse hasta unas paredes bastante elevadas que rodeaban un campo que servía de cementerio particular á alguna familia y en el que había una palmera. Otros muchos cementerios particulares se veían con las puertas patentes, y así Ganem, hallando abierta la del campo en que estaba la pal-

mera, entró en él y cerró luego la puerta. Acostóse sobre la yerba é hizo cuanto pudo para dormirse; pero se lo estorbó la zozobra que traía, por hallarse fuera de casa. Levantóse, y despues de haberse paseado pasando varias veces por delante de la puerta, la abrió sin saber porqué. Al punto divisó una luz que parecia encaminarse hácia él, y todo despavorido, volvió la puerta que se cerraba con un pestillo y trepó velozmente á la copa de la palmera, pareciéndole el asilo mas seguro en medio de su sobresalto.



Apenas hubo salido, cuando vió, á favor de la luz que le traía tan azorado, que entraban en el cementerio tres hombres, cuyo traje le dió á conocer que eran esclavos. Uno caminaba delante con una hacha de viento y los otros dos le seguian llevando en hombros un cofre de cinco á seis piés de largo. Pusiéronlo en el suelo, y entónces uno de los tres esclavos dijo á sus compañeros: «Hermanos, si quereis creerme, dejemos aquí este cofre y tomemos otra vez el camino de la ciudad. — No, no,» respondió otro, «no es ese el modo de cumplir las órdenes que nos dió nuestra ama; acaso tendríamos que arrepentirnos de no haberlas ejecutado. Enterremos el cofre, ya que así nos lo han mandado.» Los otros dos esclavos se conformaron con su parecer; empezaron á cavar la tierra con los instrumentos que al intento habian traído, y cuando hubieron abierto una huesa profunda, descolgaron el cofre y lo cubrieron con la tierra que habian sacado. Tras esto, salieron del cementerio y se alejaron.

Ganem, que habia estado oyendo cuanto decian los esclavos, no sabia qué pensar de aquel suceso. Se figuró que el cofre contendria alguna preciosidad, y que su dueño tendria motivos para ocultarlo en aquel cementerio,

y así determinó cerciorarse de todo inmediatamente. Bajó de la palmera, habiéndose desvanecido su zozobra con la ida de los esclavos, y empezó á



cavar con las manos con tanto ahinco, que pronto quedó el cofre descubierta. Hallólo cerrado con un candado fuertísimo, lo cual le apesadumbró no poco, pues le atajaba el satisfacer su curiosidad. Sin embargo, no se desalentó, y empezando á rayar el día, descubrió en el cementerio algunos gruesos guijarros. Escojió uno, y con su ayuda pudo fácilmente abrir el candado, y entonces arrebatado de impaciencia, abrió el cofre. Pero en vez de hallar dinero, como se lo había imaginado, con indecible asombro vió Ganem que contenia una dama de sin igual belleza. Por su semblante fresco y sonrosado, y aun mas por una respiracion suave, conoció que estaba viva; pero no podia comprender, ya que aparecia dormida, como no se habia despertado con el estruendo que habia hecho al descerrajar el candado. Vestia un traje magnífico y llevaba brazaletes y pendientes de diamantes y un collar de perlas finas de tan crecido tamaño, que no dudó un punto que fuese una dama principal de la corte. A vista de tan hermoso objeto, no solo la compasion y natural inclinacion de socorrer á las personas que se hallan en peligro, sino tambien allá un impulso mas recio que Ganem no acertaba á desentrañar á la sazón, le movieron á tributar desaladamente á tamaña beldad cuantos auxilios le eran dables.

Ante todo, cerró la puerta del cementerio, que los esclavos habian dejado abierta, y luego volvió en pos de la dama, y sacándola fuera del cofre, la tendió en el suelo. Apenas estuvo en aquella situacion, puesta al descampado, cuando estornudó, y volviendo la cabeza con algun conato, arrojó un licor con que al parecer tenia empachado el estómago. Despues empezó á restregarse los ojos, esclamando, con una voz encantadora que embelesó á Ganem, á quien no veia: «*Flor del jardín, Rama de coral, Caña de azúcar, Luz del día, Estrella de la mañana, Delicias del tiempo*, hablad, ¿en dónde estais?» Estos eran sin duda los nombres de otras tantas esclavas que solian

servirla. Las llamaba y se pasmaba de que nadie le respondiese. Por fin abrió los ojos, y al verse en un cementerio, se sobrecojió de susto. «¡Cómo!»



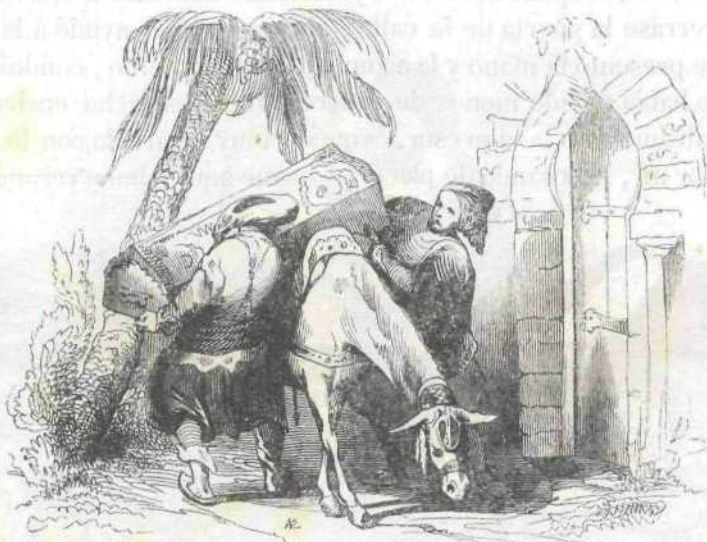
esclamó en voz mas alta que antes, «¿resucitan acaso los muertos? ¿Estamos ya en el dia del juicio final? ¿Qué estraña novedad acontece de la noche á la mañana!»

No quiso Ganem que la dama permaneciera por mas tiempo en aquella incertidumbre, y así se le presentó con rendido acatamiento y le dijo: «Señora, muy escasamente acertaré á manifestaros el gozo que me cabe en haberme hallado aquí para tributaros el beneficio que estais viendo, y brindaros con los auxilios que podais necesitar en vuestra amarga situacion.»

Para merecer á la dama confianza, díjole antetodo quién era y por qué casualidad se hallaba en aquel cementerio. Luego le fué refiriendo la llegada de los tres esclavos y de que modo habian enterrado el cofre. La dama, que se habia cubierto el rostro con su velo desde el momento en que Ganem se le habia presentado, se le mostró agradecidísima á tamaña fineza. «Doy gracias á Dios,» le dijo, «de que me haya favorecido con un sujeto honrado para librarme de la muerte; pero ya que habeis empezado una obra tan caritativa, os ruego que no la dejéis imperfecta. Id, por favor, á la ciudad en busca de un arriero, para que venga á buscarme y me lleve en su macho en este mismo cofre á vuestra casa; porque si fuese allá á pié, como mi traje es tan diverso del de los ciudadanos, alguien pararia la atencion en semejante novedad, y me seguiria, lo cual me interesa en extremo evitar. Cuando esté en vuestra casa, sabréis quien soy por la narracion que os haga de mi historia; entretanto tened entendido que no habeis servido á una ingrata.»

Desde luego el jóven mercader sacó el cofre de la sepultura, la llenó de

tierra y colocó á la dama en el cofre , de modo que no se echaba de ver que el candado estuviese roto. Mas por temor de que se ahogara , no cer-



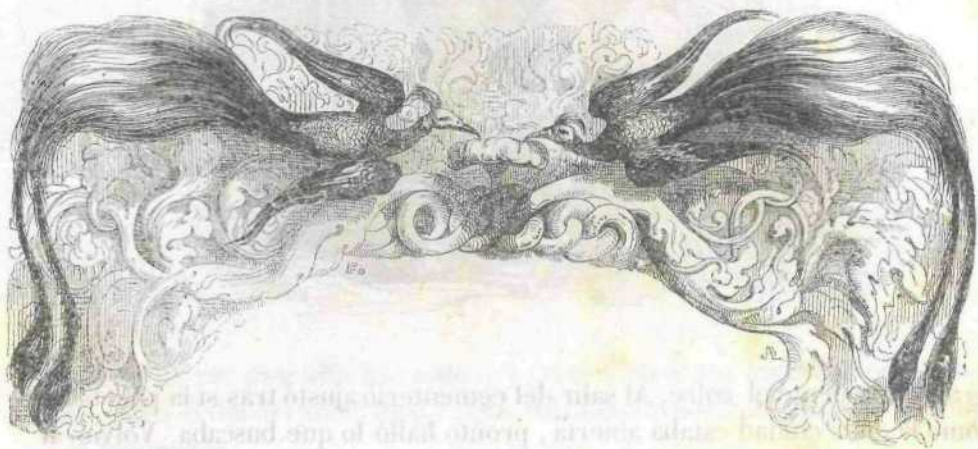
ró absolutamente el cofre. Al salir del cementerio ajustó tras sí la puerta , y como la de la ciudad estaba abierta , pronto halló lo que buscaba. Volvió al cementerio y ayudó al arriero á cargar el cofre sobre el mulo , y para atajar



toda sospecha , le dijo que habia llegado la noche anterior con otro arriero , que teniendo prisa de volverse , habia descargado el cofre en aquel cementerio.

Ganem , que desde su llegada á Bagdad solo se habia dedicado á sus intereses , aun no habia sentido los flechazos del amor , y vino entónces á percibirlos. No habia podido ver á la dama sin quedar enajenado , y la zozobra

que le traía azorado al seguir al arriero, y el temor de que le sucediera en el camino algun desman, le dieron á conocer sus impulsos entrañables. Sumo fué su alborozo, cuando, habiendo llegado sin tropiezo á su casa, vió descargar el cofre. Despidió al arriero, y habiendo mandado á uno de sus esclavos que cerrase la puerta de la calle, abrió el cofre, ayudó á la dama á salir de él, le presentó la mano y la acompañó á su aposento, condoliéndose de cuanto no habia podido menos de padecer en tan estrecho encierro. «Si he tenido malísimo rato,» dijo esta, «quedo muy resarcida con lo que habeis hecho por mí, rebosando de placer al verme aquí á buen recaudo.»



NOCHE CCLXXIX.

El aposento de Ganem, aunque ricamente alhajado, llamó menos la atencion de la dama que la presencia agraciada de su libertador, cuyos finísimos y persuasivos modales la inflamaron. Sentóse en un sofá, y con el afán de que el mercader alcanzara cuanto le agradaban sus esmeros, se quitó el velo.

Por su parte, Ganem apreció debidamente la fineza suma de dama tan peregrina, y sintió que estaba ya abrigando una pasión violenta para con ella. Por mucho que le debiera, se conceptuó muy recompensado con demostracion tan estremada.

Enteróse la dama de los impulsos de Ganem; mas no se sobresaltó, porque seguia siempre muy comedido. Juzgando él que necesitaria comer, y no queriendo confiar á otro el cuidado de obsequiar á tan linda huésped, salió acompañado de un esclavo y fué á casa de un fondista para que dispusiera una comida. Desde allí pasó á casa de un frutero y escogió las frutas mas hermosas y bien sazonadas. Tambien hizo provision de excelente vino y del mismo pan que comian en el palacio del califa.

De vuelta á su casa, levantó por su mano una pirámide de todas las frutas que habia comprado, y sirviéndolas él mismo á la dama en una fuente de



porcelana finísima, «Señora,» le dijo, «entretanto traen comida mas sustanciosa y digna de vos, escojed, por favor especial, las frutas que apeteriereis.» Quería mantenerse en pié; pero la dama le dijo que nada tocaria hasta que se hubiese sentado y puesto á comer con ella. Obedeció, y luego que hubieron comido alguna fruta, observando Ganem que el velo de la dama que tenia junto á sí sobre el sofá estaba bordado con un letrero de oro, le suplicó que le permitiera verlo. La dama cojió al punto el velo y se lo presentó preguntándole si sabia leer. «Señora,» respondió el mercader con semblante modesto, «muy mal haria yo mis negocios, si no supiese á lo menos leer y escribir.—Pues bien,» repuso la dama, «leed lo que está escrito en este velo; con cuyo motivo os referiré tambien mi historia.»

Ganem tomó el velo y leyó estas palabras: «Soy vuestra y vos sois mio, ó descendiente del tio del profeta.» Aquel descendiente era el califa Harun Alraschid, que estaba reinando á la sazón, y descendia de Abas, tio de Mahoma.

Cuando Ganem se hubo enterado del concepto de estas palabras, «¡Ah! señora,» exclamó desconsoladamente, «acabo de daros la vida, y este letrero me da la muerte. No comprendo todo el misterio que encierra; pero demasiado me da á conocer que soy el mas desventurado de todos los mortales. Perdonad, señora, la libertad que me tomo de decíroslo. No he podido veros sin entregaros mi corazon. No ignorais que no estuvo en mi mano el retraéroslo, y así queda disculpada mi temeridad. Era todo mi ánimo ve-

nir á merecer el vuestro con mis desvelos , afanes , obsequios , sumisiones y constancia , y apenas he ideado tan halagüeño intento , se aguaron y des-



vanecieron todas mis esperanzas. No respondo que pueda sobrellevar mecho tiempo tan estremado fracaso , pero como quiera que sea , tendré el consuelo de morir tributándoos adoraciones. Acabad , señora , os ruego , acabad de imponerme por entero en mi desastrada suerte.»

No pudo pronunciar estas palabras sin derramar algunas lágrimas. Enterneciósese la dama , y lejos de quejarse de la declaración que acababa de escuchar , se bañó interiormente de suma complacencia , por cuanto su corazón empezaba á dejarse cautivar. Aparentó no obstante desentenderse de cuanto habia espresado Ganem , y le contestó : « Me hubiera guardado muy bien de enseñaros mi velo , si hubiese previsto que debiera causaros tanta desazon , y no alcanzo cómo cuanto voy á deciros deba acarrearos una suerte tan lamentable como os lo imagináis.

« Habéis de saber , » prosiguió para contarle su historia , « que me llamo *Tormento* , nombre que me dieron al nacer , porque conceptuaron que mi vista habia de ocasionar algun dia sumos quebrantos. No debe seros desconocido , pues todos saben en Bagdad que el califa Harun Alraschid , mi soberano señor y el vuestro , tiene una predilecta que se llama así.

« Lleváronme á su palacio desde mi tierna niñez y me criaron con los

desvelos acostumbrados para las personas de mi sexo destinadas á vivir en él. Adelanté bastante en todo cuanto me iban enseñando, y esto, junto con mi tal cual parecer, me granjeó la intimidad del califa, quien me dió un aposento privado, cerca del suyo. No paró en esto la fineza del monarca; nombró veinte mujeres para que me sirvieran, con otros tantos eunucos, y desde entónces me ha hecho presentes de tanta consideracion, que me ví mas rica que ninguna reina del mundo. Ya os figurais que Zobeida, esposa y parienta del califa, no pudo ver mi dicha sin envidia, y aunque Harun guarde con ella cuantos miramientos son imaginables, se ha desvivido por acabar conmigo.

«Hasta ahora habia yo logrado evitar sus asechanzas; pero al fin me echó al través con el postrer conato de sus celos, y á no ser por vos, estaria ahora mismo batallando con una muerte inevitable. No dudo que habrá cohechado á una de mis esclavas, que me presentó ayer noche, en una limonada, cierta droga que causa tan sumo letargo, que es fácil disponer de los que la han tomado, siendo tan eficaz la postracion, que nada puede ya desvanecerla durante siete ú ocho horas. Tengo tanto mas motivo para formar este juicio, por cuanto me cupo naturalmente un sueño muy lijero, y me despierto al rumor mas leve.

«Zobeida ha sabido utilizar, para conseguir su malvado intento, la ausencia del califa, que hace pocos dias ha marchado con sus tropas á castigar la avilantez de algunos reyes vecinos, coligados para hacerle guerra. A no ser por aquel desman, mi competidora no se arrojava, en medio de todas sus furias, á intentar maldad alguna contra mi vida. No sé lo que hará para imposibilitar que el califa sepa tamaña bastardía; pero ya veis que estoy muy interesada en que me guardéis el secreto, como que en él se cifra mi existencia. No estaré segura en vuestra casa, mientras el califa se halle fuera de Bagdad, y vos estais interesado en guardar el secreto acerca de esta aventura, porque si Zobeida llegara á saber el servicio que os debo, os castigaria por haberme salvado.

«Cuando el califa esté de vuelta, no tendré que guardar tanta reserva. Hallaré medio de informarle de cuanto ha ocurrido, y estoy convencida de que se mostrará mas solícito que yo en agradecer un servicio que me restituye á su cariño. »

Luego que la hermosa predilecta de Harun Alraschid hubo cesado de hablar, Ganem tomó la palabra y le contestó: «Señora, os agradezco infinito que me hayais dado la esplicacion que me tomé la libertad de pedir, y os ruego creais como estais aquí en plena seguridad. Los impulsos de este pecho enamorado os afianzan mi reserva. Por lo que toca á la de mis esclavos, confieso que me es forzoso mirarla con recelo. Pudieran faltar á la fidelidad que me deben, si supieran por qué acaso y en qué lugar tuve la dicha de encontraros; pero esto es imposible que lo adivinen, y aun me atreveria á aseguraros que no tendrán el menor afan por enterarse del suceso. Es tan na-

tural que los jóvenes busquen hermosas esclavas, que no estrañarán el veros aquí, creidos que lo sois y que os he comprado. Creerán además que he tenido motivos para traeros á casa del modo que han visto. Esplayaos pues y estad segura de que se os servirá con todo el acatamiento debido á la predilecta de un monarca tan grande como el nuestro. Pero cualquiera que sea la grandeza que le encumbra, permitidme que os manifieste, señora, que nada ha de alcanzar á revocar el don que os hize de mi alma toda. Sé muy bien, y nunca lo olvidaré, que cuanto pertenece al amo está prohibido al esclavo; pero os amaba antes que me hubieseis dicho que vuestra fe estaba empeñada con el califa; y no está en mi mano contrastar una pasión que, si bien asomante, tiene toda la pujanza de un cariño robustecido con una correspondencia cabal. Deseo que vuestro angusto y sobrado feliz amante os venga de la maldad de Zobeida, llamándoos á su lado, y cuando os veiais restituida á sus anhelos, que os acordeis del mal aventurado Ganem á quien habeis avasallado como al califa. Por poderoso que sea ese príncipe, si tan solo sois accesible á la ternura, me lisonjeo de que no me borrará de vuestra memoria. No puede amaros con mas veras que yo, y no cesaré de adoraros do quiera vaya á fallecer tras de haberos perdido.»

Advirtió *Tormento* que Ganem se hallaba traspasado de intensísimo dolor. Enternecióse; pero viendo el trance en que se iba engolfando con dilatar mas la conversacion, que podia comprometerla en una manifestacion del cariño que le estaba ya profesando, «Harto veo,» dijo, «que este asunto es para vos muy azaroso; dejémoslo y hablemos del beneficio imponderable que os estoy debiendo. No puedo espresaros mi complacencia cuando recapito que, á no ser por vuestro auxilio, estaria privada de la luz del dia.»

Muy para dicha de entrambos llamaron á la puerta en aquel punto. Ganem se levantó para ver lo que era, y halló á uno de sus esclavos que venia á avisarle la llegada del fondista. Ganem, que para mayor cautela no queria que sus esclavos entrasen en el aposento en que se hallaba *Tormento*, fué á tomar lo que el fondista habia dispuesto, y lo sirvió él mismo á su hermosa huésped, quien en su interior rebosaba de gozo por el afán con que se esmeraba en agasajarla.

Despues de la comida, Ganem levantó la mesa, y cuando hubo entregado el ajuar á los esclavos que estaban á la puerta del aposento, «Señora,» le dijo á *Tormento*, «acaso deseareis descansar ahora. Os dejo, y cuando hayais disfrutado algun reposo, me tendréis pronto para recibir vuestros mandatos.»

Al terminar estas palabras, salió para hacer la compra de dos esclavas. Tambien ajenció ropa fina y cuanto podia conducir al atavío de la predilecta del califa. Llevó á casa á las dos esclavas, y presentándoselas á *Tormento*, «Señora,» le dijo, «una persona como vos necesita á lo menos dos mujeres para que la sirvan; permitidme que os ofrezca estas.»

Admiróse *Tormento* del obsequio de Ganem. «Señor,» le dijo, «ya veo

que no sois hombre que hagais los agasajos á medias ; realzais con vuestros procederel el sumo favor que os estoy debiendo ; pero confio en que no mo-



riré ingrata y que el cielo me pondrá pronto en estado de agradecer todos vuestros rasgos jenerosos.»

Cuando las esclavas se hubieron retirado á un aposento inmediato al que las envió el despejado mercader , este se sentó en el sofá donde estaba *Tormento* ; pero á cierta distancia de ella , para manifestarle mayor acatamiento. Volvió á hablar de su pasion y se espresó con suma ternura acerca de los obstáculos invencibles que le quitaban toda esperanza. «Ni siquiera me atrevo á esperar ,» decia , «que mi cariño promueva el mas mínimo movimiento de sensibilidad en un corazon como el vuestro , destinado al mas poderoso príncipe del mundo. ¡ Ay de mí ! Fuera un consuelo en mi desventura , si pudiese lisonjearme de que no habeis podido ver con indiferencia el extremo de mi pasion.—Señor ,» le respondió *Tormento*... «—Ah señora ,» interrumpió Ganem al dictado de señor ; «la presencia de las esclavas me impidió deciros la primera vez lo que pensaba ; en nombre de Dios , señora , no me deis ese título honorífico que no me corresponde. Tratadme , por via de fineza , como á esclavo vuestro. Lo soy y nunca dejaré de serlo.

— «No , no ,» interrumpió luego *Tormento* , «me guardaré muy bien de tratar así á un hombre á quien debo la vida. Fuera una ingrata , si dijera ó hiciera demostracion alguna que no os cuadrase. Dejadme pues que siga los impulsos de mi reconocimiento , sin exigir que en recompensa de vuestros beneficios obre con vos descortesmente. Eso nunca lo haré. Vuestra atenísimas conducta me ha conmovido muy entrañablemente para que abuse de

ella, y os confieso que no veo con indiferencia ese cúmulo de atenciones que me dispensais. Nada mas puedo deciros; ya sabeis los motivos que me sentencian á guardar silencio.»

Esta declaracion esplayó hasta lo sumo el corazon de Ganem; lágrimas de contento corrieron por sus mejillas, y no pudiendo hallar espresiones bastante enérgicas para dar gracias á *Tormento*, se contentó con decirle que si ella sabia lo que debia al califa, él no ignoraba por su parte estarle prohibido al esclavo lo que pertenecia al amo.

Advirtiéndole que empezaba á anochecer, se levantó para buscar luz, y á poco rato la trajo, como tambien con que hacer colacion, segun costumbre en la ciudad de Bagdad, donde, despues de haber disfrutado de una buena comida á las doce, se pasa la noche comiendo frutas y bebiendo vino, hasta la hora de acostarse.

Sentáronse entrambos á la mesa, y al principio se agasajaron con mil cumplimientos acerca de las frutas que uno á otro se andaban presentando. Insensiblemente la fragancia del vino los indujo á beber, y apenas lo hubieron hecho, cuando se impusieron la ley de no beber sin entonar antes alguna cantinela. Ganem cantaba versos que componia de repente, y que espresaban el estremo de su pasion; y *Tormento*, enardecida con su ejemplo, tam-



bien componia y cantaba coplas que tenian relacion con sus aventuras y en las que habia siempre alguna especie que Ganem podia explicar favorablemente para sí. Fuera de esto, se guardó puntualísimamente la fidelidad debida al califa. La colacion duró largo rato, y la noche estaba muy adelantada, que aun no pensaban en separarse. Empero Ganem se retiró á otro aposento y dejó á la dama en el que se hallaba; entrando á servirla luego las esclavas que le habia comprado.

Así vivieron juntos durante muchos dias. El jóven mercader solo salia para asuntos de suma entidad, y aun para esto aprovechaba los ratos en que su adorada del alma estaba descansando, porque no le cabia malograr ni un solo punto de cuantos podia pasar á su lado. No cavilaba sino con su querida *Tormento*, y esta por su parte, llevada de su inclinacion, le confesó que le estaba correspondiendo con todas veras. Sin embargo, por muy enamorados que estuviesen uno de otro, la consideracion de lo que debian al califa pudo contenerlos en los límites imprescindibles, lo cual estaba inflamando mas y mas aquella pasion recíproca y vehemente.

Mientras que *Tormento*, arrebatada en cierto modo de las garras de la muerte, pasaba tan complacidamente el tiempo en casa de Ganem, vivia Zobeida muy zozobrosa en el palacio de Harun Alraschid.

Apenas los tres esclavos, ejecutores de su venganza, se hubieron llevado el cofre, sin cuidarse de su contenido, ni aun manifestar la menor curiosidad de saberlo, como jentes acostumbradas á ejecutar ciegamente sus órdenes, cuando la sobresaltó una desazon mortal. Asaltaron su ánimo mil cavilaciones y no le cupo ni un instante disfrutar los halagos del sueño, pasando la noche en discurrir el mejor medio de encubrir su maldad. «Mi esposo,» se decia, «ama á *Tormento* mas que á ninguna de todas sus queridas. ¿Qué puedo responderle cuando á su vuelta me pregunte por ella? Varios ardides se iban ofreciendo á su fantasía; pero ninguno la satisfacía. Tropezaba siempre con nuevas dificultades y no sabia á qué atenerse. Tenia entre su servidumbre á una dama anciana que la habia educado desde su niñez, y así que rayó el dia, la mandó llamar y le confió su secreto. «Mi buena madre,» le dijo, «siempre me habeis ayudado con vuestros consejos cuando los he necesitado; ahora que mi ánimo está batallando con agonías mortales, espero de vos que vengais á idear medios de satisfacer al califa.

— «Mi querida ama,» respondió la anciana, «mejor hubiera sido que no os hubieseis engolfado en tamaño conflicto; pero ahora ya está ejecutada la demasía, y únicamente debemos cavilar sobre algun arbitrio para engañar al caudillo de los creyentes, y soy de parecer que mandeis labrar, con la prontitud posible, un tronco en forma de cadáver. Lo envolverémos en una tela usada, y despues de encerrarlo en un ataúd, lo mandarémos enterrar en un paraje del palacio; hecho esto, sin pérdida de tiempo, mandaréis construir un sepulcro de mármol en el mismo sitio de la sepultura y levantar un túmulo cubierto con paño negro y alumbrado con gruesos cirios.

Además hay otra especie, que será del caso no echeis en olvido: debeis vestiros de luto y hacer que lo lleven vuestras mujeres, las de *Tormento*, vuestros eunucos y todos los demás palaciegos. A su vuelta, el califa no dejará de preguntar cuál es la causa de este aparato fúnebre. Entónces os granjearéis mayor aprecio para con él, diciéndole que por consideracion á su persona, habeis querido tributar los últimos honores á *Tormento*, á quien ha arrebatado una muerte repentina. Que habeis hecho construir un sepulcro, y en fin honrado la memoria de su predilecta, como pudiera haberlo hecho él mismo, á hallarse presente. Como su pasion á ella ha sido estre-mada, irá sin duda á derramar algunas lágrimas sobre su tumba. Y quizás,» añadió la anciana, «no se persuadirá que haya muerto efectivamente. Puede maliciarse que la habeis echado de palacio por zelos y mirar todo este aparato como un artificio para engañarle y retraerle de que practique diligencias para saber su paradero. Es creible que haga desenterrar y abrir el ataúd; pero se persuadirá que es efectiva su muerte, cuando vea en él un cadáver. Entónces tendréis motivo de alegraros de lo que habeis hecho, y él os manifestará su gratitud. Yo me encargo de hacer labrar la madera por un ebanista de la ciudad, que no sabrá con qué objeto se le emplea. Ahora, señora, mandad á la mujer que presentó ayer la limonada á *Tormento*, que diga á sus compañeras que acaba de encontrar á su ama muerta en la cama,



y á fin de que únicamente la lloren sin querer entrar en su aposento, que añada, como habiéndolo puesto en vuestro conocimiento, habeis dado ya á Mesrur órdenes para que la amortajen y entierren.»

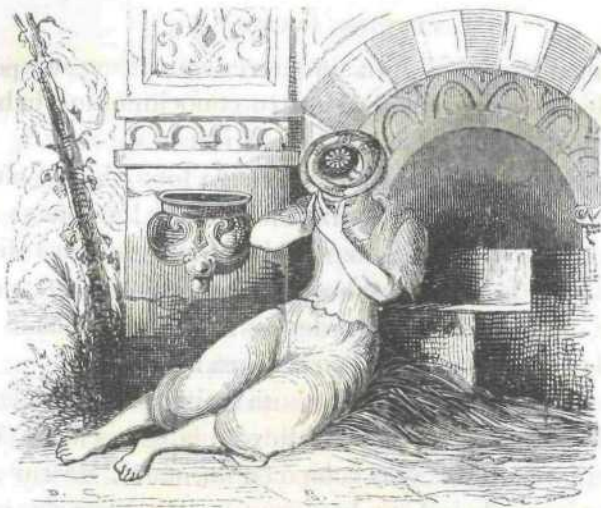
Así que acabó de hablar la anciana, Zobeida tomó de un cofrecito un rico diamante y se lo pasó al dedo abrazándola. «¡Ah! mi buena madre!» le dijo con ímpetus de gozo, «¡cuánto os debo! nunca hubiera discurrido un arbitrio tan ingenioso. Ya estoy desahogada, pues conozco que no puede menos de lograrse á medida de nuestro deseo. A vuestro cuidado dejo lo del tronco, y voy á dar las órdenes necesarias para lo demás.»

Quedó corriente el simulacro con cuanta actividad podia apetecer Zobeida, y en seguida la misma anciana lo llevó á la estancia de *Tormento*, lo amortajó como á un cadáver y lo colocó en un ataúd. Mesrur, engañado, mandó llevar la caja con la imájen de *Tormento*, y enterrarla, con las ceremonias acostumbradas, en el sitio ideado por Zobeida, acompañado con lágrimas por las mujeres de la supuesta difunta, á quienes la que habia presentado la limonada enardecia con sus alaridos y sus estremos.

Aquel mismo dia mandó Zobeida llamar al arquitecto de palacio, y, segun su voluntad, en poco tiempo estuvo concluido el sepulcro. Princesas tan poderosas como la consorte de un príncipe que gobernaba de levante á poniente al punto ven cumplidos sus menores deseos. Vistióse de luto, y tambien todos los dependientes de palacio, con cuyo motivo cundió por la ciudad la nueva de la muerte de *Tormento*.

Ganem fué de los últimos que lo supieron, pues, como ya dije, apenas salia de casa. «Señora,» le dijo á la íntima del califa, «en Bagdad os creen difunta, y no dudo que la misma Zobeida lo tenga así entendido. Bendigo al cielo por haber sido tan dichoso en salvaros la vida y poderlo atestiguar presencialmente. ¡Pluguiese á Dios que, utilizando esta patraña, quisieseis unir vuestra suerte con la mia é ir lejos de aquí á reinar en mi corazon! ¿Pero á dónde me conduce esta ilusion tan halagüeña? Ya no me acuerdo de que habeis nacido para completar la felicidad del príncipe mas poderoso de la tierra, y que solo Harun Alraschid es digno de vos. Aun cuando fueseis capaz de anteponerme á todo, y os hallaseis pronta á seguirme, ¿deberia yo consentirlo? No; he de tener muy presente que las preciosidades pertenecientes al amo están prohibidas al esclavo.»

La sin par *Tormento*, aunque agradecida á los impulsos entrañables que Ganem le estuvo manifestando, le contestó: «Señor, no podemos contraestimar el triunfo de Zobeida. No estraño tampoco el artificio de que se vale para encubrir su vileza; me lisonjeo de que su triunfo será de corta duracion, por lo tanto dejémosla empaparse en él por ahora. Cuando vuelva el califa, ya encontraremos medios de informarle reservadamente de cuanto ha sucedido. Entretanto, acudamos á todas las precauciones posibles para que Zobeida no llegue á saber que existo: ya os dije cuales podian ser las consecuencias.»



NOCHE CCLXXX.

Al cabo de tres meses, volvió el califa á Bagdad triunfante de todos sus enemigos. Entró en su palacio, ansiosísimo de ver á *Tormento*, y ofrecer á sus plantas los nuevos laureles que acababa de adquirir. Atónito quedó al ver cubiertos de luto á los oficiales que no le habian acompañado. Tembló, sin saber porqué, y se aumentó su conmocion al entrar en el aposento de Zobeida, cuando la vió, al par de sus damas, adelantarse toda enlutada. Preguntóle con suma vehemencia la causa de aquel fúnebre aparato. «Caudillo de los creyentes,» respondió Zobeida, «es por *Tormento*, vuestra esclava, á quien arrebató una muerte repentina, sin dar tiempo para contrarestar su dolencia.» Iba á proseguir; mas el califa no le dió cabida. Sobrecojióle tantísimo aquella nueva, que, dando un agudo alarido, cayó desmayado en los brazos de su visir Jiafar que le acompañaba. Vuelto en sí de aquel trastorno, preguntó, con voz lastimera que estaba retratando su intensísimo quebranto, en dónde habian enterrado á su querida *Tormento*. «Señor,» le dijo Zobeida, «yo misma he cuidado de sus funerales, echando el resto para que fuesen magníficos. He mandado construir un sepulcro de mármol en el sitio de su sepultura; si quereis, os acompañaré á él.»

El califa no quiso que Zobeida se molestase, y dijo á Mesrur que le acompañase, y marchó al sepulcro sin quitarse el traje guerrero. Cuando vió el túmulo cubierto de paño negro y los cirios encendidos en derredor de aquel suntuoso mausoleo, quedó pasmado de la pompa con que Zobeida habia tributado los últimos honores á su competidora; pero como era naturalmente desconfiado, malició la esplendorosa alevosía de su mujer, y supuso que

quizá su querida no habia muerto ; que aprovechándose Zobeida de su larga ausencia , podia haberla arrojado de palacio , disponiendo que la llevasen á un pais tan lejano que nunca mas se oyese hablar de ella. No se le ofreció



otra sospecha , pues no conceptuaba tan perversa á Zobeida que hubiese armado asechanzas contra la vida de su predilecta.

Para su cabal desengaño mandó el príncipe quitar el túmulo , desenterrar el ataúd y abrirlo en su presencia ; pero así que vió el paño en que estaba envuelto el simulacro , no se atrevió á pasar mas adelante. Aquel religioso califa temió ofender la religion permitiendo que se tocase al cadáver de la difunta , y aquel escrupuloso temor se sobrepuso á su pasion y curiosidad. Ya no dudó de la muerte de *Tormento*. Volvieron á cerrar el ataúd , lo enteraron y colocaron otra vez el túmulo en la idéntica forma que tenia antes.

Creviendo el califa de su obligacion el honrar la memoria de su predilecta , mandó llamar á los ministros de la religion , á los de palacio y á los lectores del Alcoran , y en tanto que se juntaban , permaneció en el mausoleo , regando con sus lágrimas la tierra que cubria la imájen de su querida. Llegados que fueron los ministros que habia mandado llamar , se colocó en la testera del túmulo rodeándole los demás , y recitaron larguísimas oraciones ; y luego los lectores del Alcoran fueron entonando varios de sus capítulos.

Durante un mes se practicó diariamente mañana y tarde esta misma ceremonia, en presencia del califa, el gran visir Jiafar y los principales palaciegos, todos en traje de duelo, así como el califa, quien, durante todo este



tiempo, no cesó de estar derramando lágrimas en memoria de *Tormento* y no quiso oír hablar de negocios.

El último día del mes, las oraciones y la lectura del Alcoran duraron desde la madrugada hasta el amanecer del día siguiente, y entónces cada cual se retiró á su casa. Fatigado Harun Alraschid de una velada tan larga, entró en su aposento y se recostó en un sofá entre dos palaciegas que estaban sentadas, la una á su cabecera y la otra á los piés de su lecho, entreteniéndose en bordar durante su reposo, y guardando un gran silencio.

Llamábase *Aurora del día* la que estaba á su cabecera, quien viendo dormido al califa, dijo muy quedo á la otra dama: «*Estrella de la mañana* (porque así se llamaba), hay grandes novedades. El caudillo de los creyentes, nuestro señor y amo, se ha de holgar sobremanera al despertarse, cuando le haya dicho lo que sé. *Tormento* no ha muerto y goza de cabal salud. — ¡O cielos!» exclamó *Estrella de la mañana*, arrebatada de júbilo, «¿será posible que la hermosa, la hechicera, la sin par *Tormento* respire todavía?» Pronunció *Estrella de la mañana* estas palabras con tanta vehemencia y en acento tan alto, que se despertó el califa, y preguntó porqué habian interrumpido su sueño «¡Ah! señor,» repuso *Estrella de la mañana*, «perdonadme esta indiscrecion, no he podido oír sosegadamente que aun existia *Tormento*: he percibido tanto gozó, que no he sido dueña de mí misma. — ¿Y

qué se ha hecho, » dijo el califa, « si es positivo que no ha muerto? — Cuidillo de los creyentes, » respondió *Aurora del día*, « esta noche he recibido de un desconocido un billete sin firma; pero escrito de puño de *Tormento*, en que me refiere su pavorosa aventura, y me manda la ponga en conocimiento de vuestra majestad. Esperaba que hubieseis tomado algun descanso, para cumplir mi encargo, suponiendo que lo necesitabais tras tanta fatiga, y.... — Dadme, dadme ese billete, » dijo el califa interrumpiéndola arrebatadamente: « muy mal habeis hecho en no entregármelo antes. »



Presentóle el billete *Aurora del día*; y lo abrió con ímpetu. *Tormento* refería todo lo que le habia sucedido; pero recalcaaba demasiado el esmero sumo con que la estaba tratando Ganem. El califa, naturalmente zeloso, en vez de airarse con la inhumanidad de Zobeida, no vió mas que la infidelidad de *Tormento* con que la creia culpada. « Muy bien, » dijo despues de haber leído el billete, « hace cuatro meses que está esa malvada viviendo con un jóven comerciante; y ¡aun tiene el descoco de ponderarme los obsequios que le tributa! Treinta dias hace que estoy de vuelta en Bagdad, y ahora se acuerda de darme á conocer su paradero. Ingrata, en tanto que yo paso los dias llorándola, ella me traiciona. Vamos, es menester que me venga de una infiel y de un jóven insolente que me ha ultrajado. » Al acabar estas palabras, se levantó y entró en el salon en que solia dar audiencia á los grandes de su corte. Abrióse la primera puerta, y al instante entraron los cortesanos que estaban esperando. Llegó el gran visir Jiafar y se postró delante del trono donde estaba sentado el califa; despues se levantó y quedó en pié delante de su amo, quien le dijo con desentono y en ademan de espedir un mandato ejecutivo: « Jiafar, es necesaria tu presencia para el cumplimiento de la ór-

den que te voy á dar. Toma cuatrocientos hombres de mi guardia, é infórmate primero en donde vive el comerciante de Damasco llamado Ganem, hijo de Abu Ayub; cuando lo sepas, vete á su casa y hazla demoler hasta los cimientos; pero apodérate antes de Ganem, y tráemelo aquí con *Tormento*, mi esclava, que vive con él hace cuatro meses. Quiero castigarla y hacer purgar su yerro al temerario que ha tenido la osadía de cometer conmigo un desacato. »

Cuando el gran visir se hubo enterado de esta órden tan terminante, hizo una profunda reverencia, y poniéndose la mano sobre la cabeza para indicar que antes la perdería que dejar de obedecerla, salió para darle cumplimiento. Lo primero que hizo fué enviar á preguntar al síndico de los mercaderes de jéneros extranjeros y telas finas noticias sobre Ganem, con la órden sobre todo de que le informasen de la calle y casa en que vivía. El oficial encargado de esta comision volvió pronto, diciendo que ya hacia algunos meses que no se le veía, y que ignoraban el motivo porqué no salía de casa, si era cierto que aun viviese en ella. Supo tambien Jiafar, por el oficial, el sitio en donde vivía, y hasta el nombre de la viuda que le había alquilado la casa.

Con estas noticias, para él ciertísimas, aquel ministro, acompañado de los soldados que el califa le había mandado llevar consigo, se encaminó á la casa del juez de policía, quien le siguió con gran número de albañiles y carpinteros, pertrechados con sus herramientas adecuadas para demoler una casa; y llegaron ante la de Ganem; y como estaba aislada, colocó los soldados en derredor para atajar la salida á su dueño.

Tormento y Ganem acababan entónces de comer, y aquella se había sentado cerca de una ventana que daba á la calle; oyó estruendo, miró por la celosía, y viendo al gran visir que se acercaba con su comitiva, no dudó de que venían en busca de entrambos. Conoció que el billete había llegado á su destino; pero no esperaba semejante contestacion y había supuesto que el califa tomaría el asunto por sesgo muy diverso. No sabía cuanto tiempo hacia que el príncipe había vuelto, y aunque conocía su jenialidad zelosa, nada absolutamente maliciaba sobre este particular. No obstante, se estremeció á la vista del gran visir y de los soldados, no por sí misma, en verdad, sino por Ganem. No dudaba sincerarse ante el califa, siempre que este no le negase audiencia. Pero en cuanto á Ganem, á quien quería menos por reconocimiento que por inclinacion, preveía que su competidor airado querría verle y le condenaría por su juventud y gallardía. Embargada tras este concepto, vuelta hácia el jóven mercader, « ¡ Ah! Ganem, » le dijo, « estamos perdidos: á vos y á mí es á quienes buscan. » Miró este por la celosía y quedó despavorido al ver los guardias del califa, sable en mano, y á su frente el gran visir y el juez de policía. Permaneció inmóvil, y el sobresalto no le dejó prorumpir ni en una sola palabra. « Ganem, » insistió la dama, « no hay que perder tiempo. Si me amais, tomad el vestido de uno de vuestros esclavos »

vos, frotaos la cara y brazos con hollin; en seguida poneos sobre la cabeza algunos de estos platos, os tendrán por un mozo del fondista y os dejarán pasar. Si os preguntan por el amo de la casa, responded sin titubear que está en su habitacion.—¡Ah! señora,» dijo luego Ganem, mas temeroso del peligro que corría *Tormento* que del suyo propio, «¡no pensais mas que en mí! ¡Ay! ¿qué será de vos?—No os dé eso cuidado,» repuso la dama, «yo ya me arreglaré; en cuanto á lo que dejais en esta casa, ya cuidaré yo de todo, y estoy esperanzada de que algun dia os será todo devuelto religiosamente, cuando se haya mitigado la ira del califa; pero evitad sus ímpetus: las órdenes que da en sus primeros arrebatos son siempre tremendas.» Era tal el quebranto del jóven mercader, que no sabia qué hacerse, y se hubiera dejado sorprender por los soldados del califa, si *Tormento* no le hubiese instado á que se disfrazase. Cedió al fin á sus ruegos; tomó el vestido de un esclavo, se embadurnó con hollin, y apenas habia acabado, llamaron á la puerta, y lo único que pudieron hacer fué abrazarse entrañablemente. Tan traspasados los tenia el dolor, que no pudieron decirse ni una sola palabra. A esto se redujo su despedida. Salió Ganem con algunos platos sobre la cabeza, y lo tuvieron por un mozo de fonda, de modo que no lo pararon; muy al contrario, el gran visir, que era el que encontró primero, se separó para dejarlo pasar, bien lejos de imaginarse que aquel era á quien buscaba, y los demás hicieron otro tanto, favoreciendo así su fuga. Se dirigió hácia una de las puertas de la ciudad y logró salvarse.

En tanto que se libraba de las pesquisas del gran visir Jiafar, entró este en el cuarto donde estaba *Tormento*, sentada en un sofá, y en donde habia varios cofres llenos de ropa de Ganem y del dinero que habia recojido de la venta de sus mercaderías.



Así que *Tormento* vió entrar al gran visir, se postró con el rostro contra el suelo y permaneció en esta postura como dispuesta á recibir la muerte. «Señor,» dijo, «estoy pronta á sufrir el castigo que me haya impuesto el caudillo de los creyentes. No teneis mas que notificármelo.—Señora,» respondió Jiafar postrándose hasta que ella se hubo levantado, «no permita Dios que ninguna mano profana se atreva á tocaros. No traigo intencion de haceros el menor daño. La única orden que tengo es suplicaros que vengais conmigo á palacio, y acompañaros con el jóven mercader que vive en esta casa.—Señor,» replicó la predilecta levantándose, «marchemos, estoy pronta á seguiros. En cuanto al jóven mercader á quien debo la vida, no se halla aquí. Hace ya cerca de un mes que partió para Damasco á donde le llamaban sus negocios y ha dejado estos cofres á mi cargo hasta su vuelta. Os suplico que los mandeis llevar á palacio y deis orden para que los coloquen allí en paraje seguro, á fin de que cumpla la palabra que le di de tener de ellos todo el cuidado posible.

—«Seréis obedecida, señora,» dijo Jiafar. Y al instante mandó venir unos mandaderos para que llevasen los cofres y los entregasen á Mesrur.

Así que marcharon estos, habló al oido al juez de policía y le encargó derribase la casa y antes buscase á Ganem, á quien creía escondido, á pesar de lo que le habia dicho *Tormento*. Despues de haber dado estas disposiciones, salió acompañado de la dama y de las dos esclavas que la servian. Con respecto á los esclavos de Ganem, como nadie les dijo una palabra, se resolvieron con la muchedumbre y se ignora su paradero.

Apenas Jiafar hubo salido de la casa, cuando los carpinteros y albañiles empezaron á derribarla, y trabajaron con tanto abinco que en menos de una hora no quedó piedra sobre piedra. No habiendo el juez de policía podido encontrar á Ganem, á pesar de sus pesquisas, hizo avisar al gran visir antes que llegase á palacio. «¡Y bien!» le dijo Harun Alraschid viéndole entrar en su gabinete, «¿has ejecutado mis órdenes?—Sí señor,» respondió Jiafar, «la casa donde vivia Ganem está ya arrasada y os traigo á *Tormento*, vuestra predilecta. Está esperando á la puerta de vuestro gabinete. La haré entrar si quereis. En cuanto al jóven mercader, no ha sido posible hallarle, á pesar de haberle buscado por todas partes. *Tormento* asegura que hace un mes que partió para Damasco.»

Disparóse la ira del califa al saber que Ganem se le habia escapado. Preocupado contra la querida, conceptuándola infiel, no quiso verla ni oirla. «Mesrur,» dijo al eunuco mayor, «acompaña á la ingrata, á la pérfida *Tormento*, y enciérrala en la torre oscura.» Estaba aquella torre en el recinto del palacio, y comunmente servia de cárcel para las íntimas de quienes el califa tenia algun motivo de queja.

Acostumbrado Mesrur á ejecutar sin réplica las órdenes de su amo, por violentas que fuesen, obedeció á esta con repugnancia. Manifestóle á *Tormento* su sentimiento, quien se contristó tanto mas, cuanto habia supuesto

que no rehusaria el califa verla y hablarla. Forzoso le fué ceder á su infausta suerte y seguir á Mesrur, que la acompañó á la torre oscura, en donde la dejó sin consuelo.

Entre tanto el califa, mas y mas airado, despidió á su gran visir, y soltando la rienda á su enojo, escribió de su propio puño la carta que sigue al rey de Siria, su primo y tributario, que vivía en Damasco :

CARTA DEL CALIFA HARUN ALRASCHID Á MOHAMED ZINEBI, REY DE SIRIA.

«Mi primo, esta carta tiene por objeto el haceros saber como un mercader de Damasco, llamado Ganem, hijo de Abu Ayub, sedujo la mas primorosa de mis esclavas, llamada *Tormento*, y se ha fugado. Mi deseo es que tan pronto como hayais leído la presente, hagais buscar y prender á Ganem. Cuando esté en vuestro poder, mandaréis que le aherrojen y que durante tres dias consecutivos le den cincuenta latigazos. Despues le haréis pasear por todos los barrios de la ciudad con un pregonero delante que diga : «Ved aquí el menor castigo que impone el caudillo de los creyentes á aquel que ofende á su señor y seduce á una de sus esclavas.» Hecho esto, me lo enviaréis con buena custodia. Quiero además que se saquee su casa, y despues de haberla hecho demoler, que los escombros los lleven fuera de la ciudad, en medio del campo. Si á mas tiene padre, madre, hermanos, mujeres, hijos y parientes, que los pongais desnudos á la vergüenza durante tres dias, prohibiendo, bajo pena de la vida, que se les dé asilo. Espero que sin demora alguna daréis cumplimiento á lo que os pido

«HARUN ALRASCHID.»

El califa, despues de haber escrito esta carta, se la dió á un correo que partió en posta, llevándose consigo palomas, para poder informarle con mas prontitud de lo que hubiese practicado Mohamed Zinebi.

Las palomas de Bagdad tienen esta propiedad, que por muy lejos que las lleven, en soltándolas, toman el rumbo de Bagdad, particularmente cuando están en cria, se les ata debajo del ala un billete arrollado, y por este medio se reciben noticias de los puntos que se apeteecen.

Caminó dia y noche el correo para satisfacer la impaciencia de su amo, y al llegar á Damasco, se fué en derechura al palacio del rey Zinebi, quien se sentó en su trono para recibir la carta del califa. Tomó Mohamed la carta que le presentó el correo, y reconociendo la letra, se levantó con respeto, la besó y puso sobre su cabeza, para denotar que estaba pronto á ejecutar con sumision las órdenes que podia contener. Abrióla, y apenas la hubo leído, bajó del trono y sin pérdida de tiempo montó á caballo con los principales palaciegos. Mandó avisar al juez de policía, quien se presentó al momento, y seguido de su guardia, se encaminó á la casa de Ganem.

Desde la partida de aquel joven mercader de Damasco, su madre no había recibido carta suya. Los demás mercaderes que le habían acompañado en



su viaje á Bagdad estaban ya de vuelta, y todos la dijeron que habían dejado á su hijo en completa salud; pero como no volvía, ni se cuidaba de dar razón de sí, no necesitó mas aquella tierna madre para conceptuar que había muerto. Se lo llegó á persuadir en términos, que se vistió de luto, y lloró á Ganem como si lo hubiese visto morir y ella misma le hubiese cerrado los ojos. Nunca madre padeció dolor mas intenso, y lejos de ir en busca de consuelos, se complacía en dar pábulo á su quebranto. Mandó construir, en medio del patio de su casa, un sepulcro, sobre el cual colocó una estatua que representaba á su hijo, cubriéndola con paño negro. Pasaba dias y noches llorando sobre el sepulcro, como si estuviese allí depositado el cadáver de su hijo, y la hermosa *Potestad de los corazones*, su hija, le hacia compañía y mezclaba sus lágrimas con las suyas.

Tiempo habia que estaban vinculadas en su quebranto, y que los vecinos, que estaban oyendo sus lloros y lamentos, se condolían de parientes tan cariñosos, cuando llamó á la puerta el rey Mohamed Zinebi; y habiéndosela abierto una esclava de la casa, entró arrebatadamente preguntando por Ganem, hijo de Abu Ayub.

Aunque la esclava nunca había visto al rey Zinebi, á pesar de esto, juzgó por su séquito que debia de ser uno de los principales empleados de Damasco. «Señor,» le respondió, «ese Ganem á quien buscaís ha muerto. Mi ama, su madre, que está en el sepulcro que allá veis, llora actualmente su pérdi-

da.» El rey, sin hacer caso de lo que le decía la esclava, mandó á sus guardias que registrasen escrupulosamente todos los rincones de la casa en busca de Ganem. Luego se adelantó hácia el sepulcro, en donde encontró á madre é hija sentadas sobre una estera, al lado de la estatua que representaba á Ganem, y el rostro bañado en lágrimas. Estas pobres mujeres, al ver un hombre á la puerta del sepulcro, se cubrieron con sus velos; pero la madre, que conoció al rey de Damasco, se levantó y corrió á postrarse á sus piés. «Mi buena dama,» le dijo este príncipe, «busco á vuestro hijo; ¿está aquí? — ¡Ah! señor,» exclamó, «tiempo hace que no existe. ¡Pluguiera á Dios que al menos lo hubiese podido enterrar por mis propias manos, y que tuviese el consuelo de poseer sus huesos en esa tumba! ¡Ah, mi hijo! ¡mi querido hijo!...» Quiso continuar; pero el agudo dolor que la aquejaba le atajó el habla.

Conmovióse Zinebi, pues era un príncipe de carácter muy apacible y compasivo. «Si Ganem es el único culpado,» recapacitaba interiormente, «¿á qué castigar á la madre y hermana, si son inocentes? ¡Ah! cruel Hárún Alraschid, ¡qué pesadumbre me das haciendo que sea el agente de tu venganza y obligándome á perseguir á unas jentes que no te han ofendido!»

Los guardias del rey, encargados de registrar la casa para buscar á Ganem, vinieron á decirle que no le habian hallado. Quedó persuadido de todo, pues no le cabia duda en vista de las lágrimas de entrambas mujeres. Estaba desesperado de verse en la precision de ejecutar las órdenes del califa; pero á pesar de su compasion entrañable, no se atrevia á engañar al soberano sobre este punto. «Mi buena señora,» dijo á la madre de Ganem, «salid de este sepulcro vos y vuestra hija; no estariais aquí seguras.» Salieron, y para resguardarlas de todo desacato, se quitó el manto, que era muy ancho, y las cubrió á entrambas, encargándoles que no se desviasen de su lado. En seguida mandó que dejasen entrar al saqueo al populacho, que se abalanzó con tal afán, y dando tales clamores, que la madre y hermana de Ganem se asustaron tanto más cuanto ignoraban el motivo de tamaña tropelia. Se llevaron los muebles mas preciosos, cofres atestados de riquezas, tapices de Persia y de la India, almohadones con adornos de oro y plata, porcelana; en fin todo lo arrebataron, no dejando mas que las paredes de la casa; espectáculo en estremo horroroso para aquellas desventuradas que estuvieron presenciando el despojo de todos sus bienes sin tener el menor antecedente sobre que fundar crueldad tan inaudita.

Despues de saqueada la casa, Mohamed dió orden al juez de policía para que la demoliesen, incluso el sepulcro, y en tanto que lo ejecutaban, condujo á su palacio á *Potestad de los corazones* y á su madre. Allí se estremó su desdicha, cuando les declaró la voluntad del califa. «Quiere,» les dijo, «que desnudas, esteis puestas á la vergüenza durante tres dias. Muy á pesar mio daré cumplimiento á esta orden cruel é ignominiosa.» Pronunció el rey estas palabras con acento que estaba manifestando á las claras la repugnancia

con que las ponía en ejecución. A pesar de que el temor de ser depuesto le atajaba los impulsos de su corazón, no dejó por eso de mitigar en lo posible las órdenes de Harun Alraschid, mandando hacer para la madre y hermana de Ganem unas camisas sin mangas, de tela basta de crin de caballo.

Al día siguiente las dos víctimas del ímpetu del califa se despojaron de sus vestidos, sustituyéndolos con las camisas de crin. Quitáronse los adornos de la cabeza, de modo que los cabellos sueltos les cubrían las espaldas. *Potestad de los corazones* los tenía mas rubios que el oro, y tan largos que le llegaban al suelo. De esta manera las espusieron en público. El juez de policía con todos sus satélites las acompañó en su paseo por toda la ciudad. Precedíalas un pregonero, que de cuando en cuando decia en alta voz: «Este es el castigo que padecen cuantos se acarrean el enojo del caudillo de los creyentes.»



Mientras que iban así por las calles de Damasco, descalzas y con los brazos desnudos, vestidas por lo demás tan estrañamente, procurando ocultar su vergüenza cubriéndose el rostro con sus cabellos, el pueblo estaba derramando infinitas lágrimas. Sobre todo las damas, mirándolas como inocentes por los claros de sus celosías, y enternecidas particularmente con la mocedad y hermosura de *Potestad de los corazones*, prorumpían en agudos alaridos cuando pasaban bajo sus ventanas. Hasta los niños, despavoridos con la gritería y el espectáculo de la ejecución, mezclaban sus lágrimas con los demás y aumentaban el desconsuelo jeneral. En fin, aun cuando los enemigos del estado llegaron á entrar en Damasco y talaran la campiña á fuego y sangre, no hubiera reinado mayor consternacion.

Era ya casi de noche cuando finó tan melancólico espectáculo. Condujeron á madre é hija al palacio del rey Mohamed, y como no estaban acostumbradas á caminar con los piés descalzos, se hallaron tan llagadas y rendidas al llegar, que permanecieron largo rato fuera de sí. La reina de Damasco, condolida de tamaña desventura, á pesar de la prohibicion del califa de aprontarles auxilio alguno, les envió algunas de sus mujeres para consolarlas, con toda clase de refrescos y vino para que pudiesen recobrar sus fuerzas.

Las mujeres de la reina las hallaron aun desmayadas y casi en estado de que su asistencia les fuese ya inservible. Pero á fuerza de esmero volvieron en sí, y la madre de Ganem les dió gracias por su agasajo. «Mi buena señora,» le dijo una de las mujeres de la reina, «sentimos en el alma vuestros padecimientos, y la reina de Siria, nuestra ama, nos ha complacido encargándonos de cuidaros. Podemos aseguraros que el rey y la reina os están compadeciendo infinito.» La madre de Ganem rogó á las mujeres de la reina que diesen á su princesa las gracias en su nombre y el de su hija; y encarándose con la que le habia hablado, «Señora,» le dijo, «el rey no me ha informado porqué el caudillo de los creyentes nos castiga con tantísimo rigor. Decidme, por via de fineza, ¿qué demasías son las nuestras?—Mi buena señora,» repuso la esclava de la reina, «el oríjen de vuestra desgracia procede allá de vuestro hijo Ganem. No ha muerto, como os lo imagináis, y se le acusa de haber robado la hermosa *Tormento*, la querida y predilecta del califa; y como ha evitado, con su prontísima fuga, el resentimiento de aquel príncipe, el castigo ha recaído sobre vos. Todos tachan de injusto el enojo del califa; pero todos le temen; y ya veis que el mismo rey Zinebi no se atreve á contravenir á sus mandatos, por no desmerecer su amistad; así que lo único que podemos hacer por vos es compadeceros y exhortaros á llevarlo con paciencia.

—Conozco á mi hijo,» repuso la madre de Ganem, «lo he educado con esmero y con el debido respeto al caudillo de los creyentes. No ha cometido el crimen de que se le acusa, y salgo desde luego fiadora de su inocencia. Ceso pues de quejarme y murmurar, pues padezco por él, y sobre todo porque no ha muerto. ¡Ah, Ganem!» añadió á impulsos de su cariño y complacencia; «¡mi querido hijo Ganem! ¿es posible que vivas aun? Ya no me es sensible la pérdida de todos mis bienes, ni aun el excesivo rigor de las órdenes del califa; le perdono cuanto nos hace padecer, mientras el cielo me haya conservado á mi hijo. Ahora únicamente me traspasa la desventura de esta mi hija.»

A estas palabras, *Potestad de los corazones*, que hasta entónces aparecía como insensible para cuanto estaba presenciando, se volvió hácia su madre, y echándole los brazos al cuello, «Sí, mi querida madre,» le dijo, «seguiré vuestro ejemplo, por mucho que os arrebate ese cariño para con mi adorado hermano.»

Madre é hija permanecieron largo rato abrazadas estrechamente, rompiendo en mutuos lloros y suspiros. Pero las mujeres de la reina, á quienes aquel conflicto enternecía sobremanera, echaron el resto para obligarlas á que tomasen algun refrijerio, lo que hicieron solamente para complacerlas.

Como la órden del califa decia que los parientes de Ganem debian ser espuertos á la vergüenza durante tres dias consecutivos, *Potestad de los corazones* y su madre al dia siguiente pasearon por segunda vez la ciudad, desde la mañana hasta la noche; pero aquel dia y el siguiente de bien diferente modo, pues las calles, que estaban llenas de jente, quedaron enteramente desiertas; porque indignados los mercaderes del mal trato que se daba á la viuda é hija de Abu Ayub, cerraron sus tiendas y permanecieron en sus casas; las damas, en vez de mirar por las celosías, se retiraron al interior de sus casas. Ni un viviente habia en las plazas públicas por las que hicieron pasar á entrambas desventuradas. Parecia como si el vecindario hubiera desertado de Damasco.

Al cuarto dia, el rey Mohamed Zinebi, para dar cabal cumplimiento á las órdenes del califa, aunque no merecian su aprobacion, mandó que los pregoneros publicasen, por todos los barrios de la ciudad, una órden prohibiendo que cualquier ciudadano de Damasco ó extranjero, bajo pena de la vida y despues de muerto ser presa de los perros, concediese asilo á la madre y hermana de Ganem, les suministrase un pedazo de pan ó una gota de agua, en una palabra, que les prestase el menor auxilio ó tuviese comunicacion con ellas.

Despues que los pregoneros hubieron ejecutado las órdenes del rey, aquel príncipe mandó que hiciesen salir de palacio á madre é hija y que las dejasen en libertad de ir á donde quisiesen. Pero apenas las vió la jente, cuando se apartaron de ellas; tal era la impresion que habia producido en sus ánimos la órden publicada. Conocieron que todo el mundo huia de ellas; pero como ignoraban el motivo, se quedaron atónitas, y su pasmo subió de punto, cuando al entrar en una calle en que habia varios de sus mejores amigos, vieron que desaparecian con el mismo atropellamiento que los demás. «¡Y qué!» dijo entónces la madre de Ganem, «¿estamos apestadas? ¿El trato injusto y bárbaro que hemos padecido nos hace odiosas á nuestros conciudadanos? Vamos, hija mia,» añadió, «salgamos cuanto antes de Damasco, no permanezcamos ni un momento en una ciudad donde estamos horrorizando á nuestro mismos amigos.»

Al pronunciar estas palabras, aquellas dos desventuradas llegaron á uno de los extremos de la ciudad y se recojieron en una mala casucha, donde algunos musulmanes, á impulsos de su caridad compasiva, vinieron á verlas al anochecer. Trajéronles abastos; pero no se atrevieron á permanecer con ellas para consolarlas, por temor de ser descubiertos y castigados como infractores de las órdenes del califa.



Entretanto el rey Zinebi habia soltado el palomo para enterar á Harun Alraschid de su obediencia. Referiale cuanto habia pasado, y le preguntaba qué apetecía que hiciese de madre é hija. Pronto recibió por el mismo



conducto la respuesta del califa, en que le decia que las desterraba para siempre de Damasco. Envió el rey de Siria algunos soldados á la casucha, con órden de conducir á madre é hija á tres jornadas de Damasco, y dejarlas allí, prohibiéndoles que volviesen á la ciudad.

Los soldados de Zinebi cumplieron su comision; pero menos esmerados que su amo en ejecutar punto por punto las órdenes de Harun Alraschid, regalaron, por compasion, á *Potestad de los corazones* y á su madre algunas monedas para que pudiesen proporcionarse con que vivir, y á cada una un saquillo para llevar sus comestibles.

En tan deplorable situacion, llegaron á la primera aldea. Agolpáronse en torno suyo las aldeanas, y como á pesar de su disfraz, se conocia que eran jente acomodada, les preguntaron qué era lo que les obligaba á viajar con aquel traje, que veian no era el que sin duda les correspondia. Pero en vez de responder á esta pregunta, se pusieron á llorar, lo que aumentó la curiosidad é infundió compasion á aquellas honradas jentes. La madre de Gannem les refirió lo que ella y su hija habian padecido, y las aldeanas enternecidas se esmeraron en consolarlas. Les regalaron tanto como les permitia su pobreza, obligándolas á quitarse las camisas de crin de caballo que les molestaban infinito, y sustituirlas con otras que les dieron, así como tambien zapatos, y con que cubrirse la cabeza para conservar el cabello.

Despues de haber dado gracias á las caritativas aldeanas, *Potestad de los corazones* y su madre salieron de aquella aldea y tomaron el camino de Alepo, haciendo jornadas muy cortas. De noche se retiraban al abrigo de



alguna mezquita, ó dentro de ella, en donde se acostaban sobre la estera, cuando la habia, y cuando no, sobre el mismo suelo, ó á veces se albergaban en las casas públicas destinadas á servir de asilo á los viandantes. En cuanto al alimento, no les faltaba; pues á menudo encontraban puestos en que se distribuye á los viajeros necesitados pan, arroz cocido y otros comestibles.

Llegaron por fin á Alepo; pero no quisieron detenerse y continuaron su viaje hácia el Eufrates, pasaron aquel rio y entraron en la Mesopotamia, que atravesaron hasta Musul. De allí, á pesar de los muchos trabajos que habian pasado, se encaminaron á Bagdad. Este era el punto donde pensaban detenerse, con la esperanza de encontrar á Ganem, aunque no debian lisonjearse de que estuviese en una ciudad donde residia el califa; pero lo creian así, por cuanto lo estaban deseando: su cariño para con él, en lugar de menoscabarse, iba en aumento, á pesar de sus afanes. Su conversacion recaia siempre sobre él, y á cuantos encontraban solian preguntarles por el mismo. Mas dejemos á *Potestad de los corazones* y á su madre para volver á Tormento.

Continuaba esta encerrada estrechamente en la torre oscura desde aquel día tan fatal para ella y para Ganem. No obstante, por desagradable que le fuese su prision, la acosaba menos su situacion que la desgracia de Ganem,

cuya suerte incierta la tenia muy desasosegada. Ni un momento dejaba de cavilar con él para compadecerlo.

Una noche el califa se paseaba solo en el interior de su alcázar, lo que sucedia bastante á menudo, porque era el príncipe mas curioso de este mundo, y muchas veces en estos paseos nocturnos, sabia interioridades que sucedian en palacio, que de otro modo siempre hubiera ignorado; una noche pues de aquellas muchas, pasó cerca de la torre oscura, y como le pareció que hablaban, se paró, y acercándose á la puerta para escuchar mejor, oyó distintamente estas palabras, que *Tormento*, siempre preocupada con el recuerdo de Ganem, pronunció en voz bastante alta: «¡Ó Ganem! desgraciado Ganem, ¿en dónde te hallas? ¿A dónde te ha conducido tu deplorable suerte? ¡Ay de mí! yo soy la que te ha acarreado tu desgracia. ¿Porqué no me dejabas morir en vez de franquearme un auxilio tan jeneroso? Triste es el fruto que has recojido con tus afanes y respetos. El caudillo de los creyentes, que deberia recompensarte, te persigue; y en premio de haberme mirado siempre como á una persona destinada á su lecho, pierdes todos tus bienes y te ves precisado á huir para conservar tu existencia. ¡Ah! califa, ¡califa bárbaro! ¿qué diréis en vuestra defensa cuando os encontréis con Ganem ante el tribunal del juez soberano, y cuando los ánjeles en vuestra presencia den testimonio de la verdad? Cuanta potestad estáis ahora ejerciendo y bajo la cual se estremece casi toda la tierra, no servirá de óbice para que seais condenado y castigado por vuestra injusta violencia.» *Tormento* á estas palabras cesó de hablar, porque las lágrimas y suspiros le anudaron la lengua.

Esto fué bastante para que el califa recapacitase sobre lo que habia hecho. Conoció que si era cierto lo que la predilecta acababa de articular, esta era inocente, y que se habia arrebatado al espedir las órdenes contra Ganem y su familia. Para aclarar un punto en que estaba tan interesada la equidad de que se preciaba, volvió á su aposento, y así que llegó, envió á Mesrur á la torre oscura para que le trajera á *Tormento*.

El eunuco mayor conoció por esta orden, y aun mas por el acento con que se la dió, que el califa trataba de indultar á su querida del alma. Alegróse infinito, pues amaba á *Tormento* y habia sentido en extremo su desgracia, y así fué volando á la torre. «Señora,» dijo á la dama con tono que estaba manifestando su júbilo, «hacedme el favor de seguirme. Espero que no volveréis mas á esta torre tenebrosa. El caudillo de los creyentes quiere hablaros, y esto es para mí de felicísimo agüero.»

Tormento siguió á Mesrur, que la condujo al gabinete del califa. Al llegar se postró ante él y permaneció así con el rostro bañado en lágrimas. «*Tormento,*» le dijo el califa sin mandarla que se levantara, «parece que me acusas de injusto. ¿Quién es el que, á pesar de las consideraciones y miramientos que ha tenido conmigo, yace en una situacion lastimosa? Habla, ya conoces mi natural bondadoso y al mismo tiempo justiciero.»

Conoció la predilecta por estas palabras que el califa la habia oido hablar, y avalorando coyuntura tan propicia para sincerar á su querido Ganem, «Caudillo de los creyentes,» respondió, «si alguna palabra he pronunciado que no



sea del agrado de vuestra majestad, le suplico humildemente que me lo perdone. Pero la persona de quien quereis conocer la inocencia y desventura es Ganem, el pobre hijo de Abu Ayub, mercader de Damasco. A él es á quien debo la vida y quien me ha dado asilo en su casa. Os confesaré francamente que desde que me vió, quizá ideó el intento de ser mio con la esperanza de empenarme á recibir sus obsequios; deduzco esto del afan que mostró en proporcionarme cuanto me era necesario en la situacion en que me encontraba; pero desde el momento que supo que lograba el honor de ser vuestra, «¡Ah! señora,» me dijo, «lo que pertenece al amo está prohibido al esclavo.» Desde aquel momento, debo hacer justicia á su virtud; su conducta no desmintió sus palabras. No obstante, ya sabeis, caudillo de los creyentes, con qué rigor lo habeis tratado, y de todo daréis cuenta ante el tribunal de Dios.»

No se enojó el califa de la libertad que se tomaba *Tormento*. «Pero,» replicó, «¿puedo fiarme de las seguridades que me das de la conducta de Ganem?—Sí,» repuso, «podeis estar seguro de todo. Por todo lo que hay en el mundo no dejaria de deciros la verdad. Y para probaros mi sinceridad, voy á declararos un secreto que quizá no os agrade; pero pido perdon anticipadamente á vuestra majestad. —Habla, hija mia,» dijo entónces Harun Alraschid. «Todo te lo perdono, mientras no me ocultes la verdad. —Pues bien,» dijo *Tormento*, «sabad que los atentos respetos de Ganem, juntos

con el imponderable servicio que me habia tributado, hicieron que le estimase: aun fui mas allá: ya conoceis el tiránico poder del amor: pues sentí nacer en mi corazon tiernísimos impulsos. Conociólo él; pero lejos de valerse de mi debilidad, y á pesar del fuego en que se estaba abrasando, se contuvo, y todos los ímpetus de su pasion se reducian á estas palabras que ya referí á vuestra majestad: Lo que pertenece al amo queda vedado al esclavo.»

Esta injenua declaracion hubiera enojado á cualquier otro que no fuese el califa; pero fué lo que acabó al contrario de desenojarle. Mandóla que se levantase, y haciéndola sentar á su lado, «Cuéntame,» le dijo, «tu historia desde el principio hasta el fin.» Entónces ella lo desempeñó con mucha maestría. Pasó á la lijera lo tocante á Zobeida, y se estendió mucho sobre lo que debia á Ganem, el gasto que le habia ocasionado, y sobre todo, ponderó estremadamente su comedimiento, queriendo por este medio dar á conocer al califa que se habia visto en la precision de permanecer oculta en casa de Ganem, para que no llegase á conocimiento de Zobeida, y acabó con la fuga del jóven mercader, á la que, dijo al califa francamente, ella le habia obligado para que evitase el ímpetu de sus iras.

Cuando acabó de hablar, contestóle el príncipe: «Creo cuanto me has referido; pero ¿porqué has tardado tanto en darme á conocer tu paradero? ¿Debias dejar pasar un mes desde mi regreso para hacérmelo saber?—Caudillo de los creyentes,» respondió *Tormento*, «Ganem salia muy rara vez de casa; así que no es extraño que no háyamos sabido al instante vuestra llegada. Además de esto, Ganem, que se habia encargado de entregar el billete que dirijí á *Aurora del dia*, tardó algunos dias en hallar ocasion para dárselo en propia mano.

—«Basta, *Tormento*,» repuso el califa, «conozco mi yerro, y quisiera desagraviar con miles de beneficios á ese jóven mercader de Damasco. ¿Ve qué puedo hacer por él? Pídeme lo que quieras, y dalo por concedido.» A estas palabras, la predilecta se arrojó á los piés del califa con el rostro en el suelo, y luego levantándose, «Caudillo de los creyentes,» le dijo, «despues de dar gracias á vuestra majestad en nombre de Ganem, le suplico que mande publicar en sus estados el indulto del hijo de Abu Ayub, y que se os presente.—Aun haré mas,» repuso el califa, «por haberte conservado la vida, agradecerle las consideraciones que tuvo por mí, é indemnizarle de la pérdida de sus bienes, y en fin reponerle el daño que hice á su familia, te lo doy por esposo.» *Tormento* no halló palabras bastante espresivas para dar gracias al califa por su jenerosidad. Luego se retiró al aposento que ocupaba antes de su infausta aventura. Todo permanecia del idéntico modo, sin asomo de menoscabo. Pero lo que le causó mayor alborozo fué el ver allí los cofres y fardos de Ganem, que Mesrur habia hecho depositar con el mayor esmero.

Al dia siguiente, Harun Alraschid dió órden á su gran visir para que mandase publicar en todas las ciudades de sus estados el indulto de Ganem, hijo de Abu Ayub. Pero aquella publicacion fué infructuosa, porque medió

larga temporada sin que se oyese hablar de aquel mancebo traficante. *Tormento* conceptuaba que no habria podido sobrevivir á la congoja de haberla perdido : embargó su pecho amarguísima zozobra ; pero como lo último que desampara á los amantes es la esperanza , suplicó al califa que la permitiese buscar por sí misma á Ganem ; lo que habiéndole sido concedido , sacó de un cofrecito una bolsa con mil monedas de oro , y salió una mañana del palacio montada en una mula de las caballerizas del califa , ricamente enjaezada , y acompañada de dos eunucos , uno á cada lado , que llevaban la mano sobre la grupa de la mula.



Fué de mezquita en mezquita dando limosnas á los devotos de la religion musulmana , é implorando ayuda con sus oraciones para el cumplimiento de un negocio importante , del que dependia , les decia , el bienestar de dos personas. Empleó todo el dia y sus mil monedas de oro , y á la noche se volvió á palacio.

A la mañana siguiente tomó otra bolsa de igual cantidad , y ataviada del propio modo que la vispera , se encaminó á la joyería. Paróse delante de la

puerta, y sin echar pié á tierra, mandó á uno de los eunucos que avisase al síndico. Este, que era un hombre muy caritativo y que empleaba dos tercios de sus granjerías en socorrer á los extranjeros pobres, ya se hallasen enfermos ó ya faltos de recursos, no hizo aguardar mucho á *Tormento*, á quien reconoció en su traje por una dama de palacio. «Vengo acá,» le dijo poniendo la bolsa en sus manos, «como á un hombre á quien todos en la ciudad alaban por su religiosidad. Os ruego que distribuyais estas mil monedas de oro entre los extranjeros pobres á quienes socorreis, porque no ignoro que mirais como obligacion precisa el aliviar á aquellos que acuden á vos. Tambien sé que os anticipais á sus necesidades y que nada es mas satisfactorio para vos que el tener ocasion de minorar su desventura.—Señora,» le respondió el síndico, «ejecutaré con suma complacencia lo que me mandais, pero si deseais ejercer por vos misma vuestra caridad, y tomaros la molestia de venir hasta mi casa, veréis á dos mujeres dignas de vuestra compasion. Las encontré ayer cuando llegaban á la ciudad. Venian en el estado mas lastimoso que cabe en la imaginacion, y me causaron mayor compasion, porque me parecieron jentes acomodadas. A pesar de los andrajos que las cubrian, y en medio de sus atezados rostros, descubrí una traza aseñorada que comunmente no acompaña á los pobres que suelo socorrer. Las conduje á entrambas á mi casa y las puse al cargo de mi mujer, quien formó el mismo juicio que yo. Mandó á sus esclavas que les dispusiesen buenas camas, y entretanto ella misma les lavó el rostro y les dió vestidos aseados. Aun no sabemos quiénes son, porque ansiamos que descansen antes de molestarlas con preguntas.»

Al llegar aquí Cheherazada, suspendió la narracion por asomar ya el dia, y á la noche siguiente continuó de esta manera:



NOCHE CCLXXXI.

Tormento, sin saber porqué, quiso verlas, y el síndico se disponía á acompañarla; pero ella no quiso que se incomodase, contentándose con que un esclavo le enseñase el camino. Cuando llegó á la puerta, se apeó y siguió al esclavo del síndico, que se había adelantado para avisar á su ama, que estaba en el aposento de *Potestad de los corazones* y de su madre, por ser las mismas de quienes el síndico acababa de hablar á *Tormento*.

Informada la mujer del síndico por su esclavo que una dama de palacio se hallaba en su casa, quiso salir del aposento en que estaba para ir á recibirla; pero *Tormento*, que había seguido de cerca al esclavo, no le dió lugar. Postróse la síndica ante ella, para dar á conocer el respeto que le merecía cuanto pertenecía al califa. *Tormento* la hizo levantar y le dijo: «Mi buena señora, os ruego que me dejéis hablar con entrambas forasteras que llegaron ayer noche á Bagdad.—Señora,» respondió la síndica, «están acostadas en aquellos dos lechos que están juntos.» Encaminóse la hermosa al de la madre, y mirándola con atencion, «Mi buena mujer,» le dijo, «vengo á ofreceros mi asistencia; estoy gozando de cierto crédito en la ciudad y podré seros de algun provecho á vos y á vuestra compañera.—Señora,» contestó la madre de Ganem, «por los ofrecimientos jenerosos que nos haceis, veo que el cielo no ha venido á desampararnos. Teníamos motivos para creerlo en vista de los quebrantos que hemos padecido.» Al acabar estas palabras, se le soltaron las lágrimas, y *Tormento* y la síndica tampoco pudieron contener las suyas.

La predilecta del califa, despues de haberse enjugado los ojos, dijo á la madre de Ganem : «Decidnos, por vida vuestra, esas desventuras, y referidnos vuestra historia ; á nadie podriais hacerlo que estuviese mas dispues-



to que nosotras para proporcionaros algun consuelo.—Señora, » respondió la viuda de Abu Ayub, «una íntima del caudillo de los creyentes, una dama llamada *Tormento*, es la causa de todas nuestras desgracias.» A estas palabras, la predilecta se sintió como traspasada de una centella ; pero disimulando su turbacion, dejó á la madre de Ganem que continuase de este modo : «Soy viuda de Abu Ayub, mercader de Damasco. Tenia un hijo llamado Ganem, que vino á traficar á Bagdad, y se le acusó de haber robado á esa *Tormento*. El califa mandó que se le buscase por donde quiera para darle muerte, y no habiendo logrado prenderle, escribió al rey de Damaseo que hiciese saquear y demoler nuestra casa, y que á mi hija y á mi nos pusiesen desnudas á la vergüenza durante tres dias consecutivos, y luego que nos arrojasen de Siria para siempre. Pero por indignamente que nos hayan tratado, me consolaria si mi hijo viviese aun y pudiese encontrarlo. ¡Qué gozo para su hermana y para mí el volverlo á ver ! Al abrazarle, olvidariamos la pérdida de todos nuestros bienes y los afanes que hemos estado padeciendo por él. ¡Ay de mí ! estoy persuadida de que no ha ofendido al califa, lo mismo que su hermana y yo.—No, seguramente, » dijo entónces *Tormento*, «no es mas culpado que vos. Puedo aseguraros que es inocente, pues que esa misma *Tormento* de quien tan quejosa estais, soy yo, que por la fatalidad de los astros, he causado todas vuestras desventuras. A mí es á quien debeis achacar el malogro de vuestro hijo, si ya no existe ; pero si he sido causa de

vuestra desgracia , tambien puedo hacérosla mas llevadera. He sincerado á Ganem ante el califa , y ha mandado publicar en todos sus estados el indulto del hijo de Abu Ayub , y no dudeis que procurará haceros tanto bien como mal os ha hecho. Ya no sois sus enemigos. Espera á que Ganem se presente para recompensarle el servicio que me hizo , enlazando para siempre nuestra suerte. Le concede mi mano como esposa. Así , miradme desde ahora como hija vuestra , y permitidme que os profese una intimidad eterna.» Al terminar estas espresiones , abrazó á la madre de Ganem , que no pudo responder palabra , tal fué la estrañeza que le causó aquella manifestacion. Permaneció *Tormento* algun tiempo en esta postura , y cuando la dejó , fué para ir á echarse en brazos de *Potestad de los corazones* , quien , incorporada en el lecho , la recibió en los suyos.

Despues que la hermosa *Tormento* hubo dado á madre é hija cuantas demostraciones de cariño cabia esperar de la mujer de Ganem , les dijo : « Dejad de acongojaros. Las riquezas que Ganem poseia en esta ciudad no se han perdido , pues las conservo en mi aposento y en el palacio del califa. Bien sé que todos los haberes del mundo no os consolarian de la pérdida de Ganem. Este es el concepto que formo de su madre y hermana , si debo juzgarlas por mí misma. No tiene menos poderío la sangre que el amor en los grandes corazones. ¿Pero á qué viene el desesperanzar de su hallazgo ? Lo hallaremos ; la dicha de haberos encontrado me infunde confianza. Quizás hoy es el último dia de vuestras angustias y el principio de una felicidad mayor que la dicha vuestra , allá en Damasco , cuando estaba en vuestra compañía.»

Tormento iba á proseguir , cuando entró el síndico de los joyeros. « Señora , » le dijo , « acabo de ver un objeto muy digno de compasion. Es un jóven á quien un camellero conducia al hospital de Bagdad. Venia afianzado con



cuerdas sobre el camello, por no tener ya fuerzas para sostenerse. Lo habían ya desatado y lo llevaban al hospital, cuando casualmente pasaba yo por allí. Acerquéme al jóven, y mirándole con atencion, me pareció que su fisonomía no me era desconocida. Le hice preguntas acerca de su familia y pais; pero lágrimas y suspiros fueron su única contestacion. Condolíme, y conociendo, por la costumbre de ver enfermos, que se hallaba en situacion apurada, no quise que lo llevasen al hospital, porque demasiado sé el desamparo de los enfermos y la incapacidad de los facultativos. Hice que mis esclavos lo trajesen á casa y pusiesen en un cuarto separado, donde le mudan de ropa y le sirven como á mí mismo.»

Estremecióse *Tormento* al oir la relacion del joyero, y sintió una conmocion que no acertaba á descifrar claramente. «Guiadme,» le dijo al síndico, «al cuarto de ese enfermo. Deseo verle.» Obedeció el síndico, y cuando hubieron salido del aposento, la madre de Ganem dijo á *Potestad de los corazones*: «¡ Ah! hija mia, por desgraciado que sea ese extranjero enfermo, tu hermano, si aun vive, quizá no se halla en mejor situacion.»

Entró la predilecta en el aposento donde estaba el enfermo, se acercó al lecho donde los esclavos del síndico le habían acostado, y vió á un jóven que tenia los ojos cerrados, el rostro macilento, desfigurado y bañado en lágrimas. Lo está mirando con ahinco, su corazon palpita; cree reconocer á Ga-



nem; pero al mismo tiempo desconfía de lo que está viendo. Si en el objeto que contempla encuentra alguna semejanza con Ganem, por otra parte le halla tan diverso, que no se atreve á creer que sea el mismo. Pero no pudiendo permanecer por mas tiempo en esta incertidumbre, «Ganem,» le dice con voz trémula, «¿sois vos el que veo?» A estas palabras, se paró para dar tiempo al jóven á que respondiese; pero viendo que permanecía en el mismo estado, «¡Ah! Ganem,» replicó, «no es á ti á quien hablo. Mi fantasía, embargada con tu imájen, me ha venido á ofrecer en ese cuitado extranjero una semejanza que no hay. El hijo de Abu Ayub, por enfermo que se hallase, oiria la voz de *Tormento*. Al nombre de *Tormento*, Ganem (pues efectivamente era él) abrió los ojos y volvió la cabeza hácia la persona que le hablaba, y conociendo á su adorada, dijo: «¡Ah! señora, ¿sois vos? ¿Por qué milagro?...» No pudo proseguir, pues el sumo júbilo le causó un desmayo. *Tormento* y el síndico le asistieron; pero cuando este vió que ya volvía en sí, rogó á la dama que se retirase, por temor de que su presencia empeorase el mal estado de Ganem.

Vuelto en sí el jóven, miró á todas partes, y no viendo lo que buscaba, «Hermosa *Tormento*,» exclamó, «¿en dónde estais? ¿os habeis efectivamente presentado á mi vista, ó no ha sido mas que una ilusion? —No, señor,» le dijo el síndico, «no es una ilusion: yo he suplicado á esa dama que se marchase; pero la volveréis á ver tan luego como vuestro estado lo permita. Ahora necesitais descanso, y nada debe estorbároslo. Vuestros asuntos han mudado de aspecto, pues á lo que veo, sois ese Ganem á quien el caudillo de los creyentes ha indultado ya absolutamente por su edicto publicado en Bagdad. Básteos saber esto por ahora, pues la dama que acaba de hablaros os enterará mas por estenso. No penseis mas que en restableceros. Por mi parte contribuiré al intento en cuanto me sea posible.» Al acabar estas palabras, dejó á Ganem para que descansara, y fué á mandarle disponer los específicos que conceptuó adecuados para que recobrase las fuerzas perdidas por el hambre y el cansancio.

Tormento entretanto estaba en el aposento de *Potestad de los corazones* y de su madre, en el que se repitió la misma escena, pues cuando la madre de Ganem supo que el extranjero enfermo que el síndico acababa de albergar era su mismo hijo, fué tal su regocijo que cayó desmayada. Cuando volvió en sí con los auxilios que le fueron administrando su hija, *Tormento* y la síndica, quiso levantarse para ir á ver á su hijo; pero el síndico, que llegó en aquel momento, lo estorbó, diciéndole que Ganem se hallaba tan débil, que quizá no podria resistir la conmocion que no podria menos de causarle el inesperado encuentro de su madre y hermana. No fué necesario que añadiese nuevas razones para disuadirla de su intento, pues así que supo que el avistamiento podia redundar en daño de su hijo, orilló aquel intento. Entónces *Tormento* les dijo: «Bendigamos al cielo por habernos juntado en un mis-

mo sitio. Voy á palacio á informar al califa de tantísimas novedades, y por la madrugada vendré otra vez á veros.» Al pronunciar estas palabras, abrazó á madre é hija y marchóse. Llegado que hubo á palacio, pidió al califa,



por medio de Mesrur, una audiencia particular. Al momento le fué concedida, y la hicieron entrar en el gabinete del monarca, que se hallaba solo. Se echó á sus piés con el rostro contra el suelo, segun costumbre. La mandó que se levantara y tomara asiento, preguntándole si habia adquirido noticias de Ganem. «Caudillo de los creyentes,» le dijo, «las he logrado tan á mi satisfaccion, que lo he venido á encontrar con su madre y hermana.» El califa quiso saber cómo habia conseguido aquel hallazgo en tan corto tiempo. Satisfizo *Tormento* su curiosidad, y se esplayó tanto en favor de la madre de Ganem y de *Potestad de los corazones*, que mostró sumo afan por verlos á todos.

Si Harun Alraschid era á veces desaforado, y en sus arrebatos cometia crueldades, en cambio era el príncipe mas justiciero y jeneroso del mundo cuando su cólera se habia aplacado y le daban á conocer su sinrazon. Así, no dudando de que habia perseguido injustamente á Ganem y á su familia y que los habia afrentado públicamente, determinó darles una pública satisfaccion. «Me alegro infinito,» le dijo á *Tormento*, «del buen éxito de tus pesquisas, mucho mas por mí mismo que por ti. Cumpliré mi palabra empeñada. Serás la esposa de Ganem, y desde ahora te declaro que ya no eres mi esclava, que eres libre. Ve á ver á ese jóven mercader, y tan pronto como se halle restablecido, preséntamelo con su madre y hermana.»

A la madrugada siguiente, no dejó *Tormento* de ir á casa del síndico de los joyeros, con el afan de saber cómo se hallaba Ganem é informar á madre é hija de las plausibles noticias que sabia. La primera persona que encontró fué el síndico, quien le dijo que Ganem habia pasado muy apacible noche: que siendo la melancolía la causa única de su dolencia y que habiendo esta

desaparecido, no podía menos de restablecerse muy en breve.

Con efecto, el hijo de Abu Ayub se encontró muy mejorado. El descanso y los remedios que le habían suministrado, y aun mas que todo, la nueva



situación de su espíritu, había surtido efectos tan favorables, que el síndico juzgó que sin peligro podía ver á su madre, su hermana y su querida, siempre que se le preparase de antemano para recibir las, porque era de temer que, no sabiendo que su madre y hermana se hallasen en Bagdad, su presencia le causase extrañeza y júbilo excesivo. Resolvieron que *Tormento* entrase sola, y que cuando fuese oportuno, haría seña á las otras damas para que se presentasen.

Dispuesto así todo, el síndico participó al enfermo la visita de *Tormento*, y sintió tal conmoción al verla, que poco faltó para que se desmayase de nuevo. «¡Y pues, Ganem,» le dijo acercándose á su lecho, «vuelves á ver á tu *Tormento*, la misma que creías perdida para siempre!—¡Ah! señora,» le dijo interrumpiéndola arrebatadamente, «¿por qué milagro te vuelven á ver mis ojos? Te creía en el palacio del califa. ¿Sin duda aquel príncipe te ha oído? ¿Has desvanecido sus recelos y te ha devuelto su cariño?—Sí, mi querido Ganem,» respondió *Tormento*, «he logrado sincerarme ante el caudillo de los creyentes, quien te concede, en desagravio de cuanto pudo darte, esta mano.» Aquellas últimas palabras causaron á Ganem tal júbilo, que solo pudo espresarle con aquel silencio tan sabido de los amantes. Pero al fin prorumpió: «¡Ah! hermosísima *Tormento*, ¿me cabe dar crédito á tus palabras? ¿Será posible que el califa te ceda al hijo de Abu Ayub?—Nada es mas cierto,» repuso la dama. «Este príncipe, que antes te hacía pesquisar para darte muerte, y que en los arrebatos de su ira ha tratado tan indignamente á tu madre y hermana, en la actualidad desea verte para recom-

pensarte los miramientos que has guardado con él, y no dudo que colmará de finezas á toda tu familia.»



Preguntó Ganem de qué modo había el califa tratado á su madre y hermana, y *Tormento* se lo refirió. No pudo oír el jóven aquella relacion sin verter lágrimas, á pesar del regocijo en que estaba todavía rebotando con la nueva del casamiento con su querida. Pero cuando *Tormento* le dijo que á la sazón se hallaban en Bagdad y en la misma casa en que estaba, se mostró tan ansioso de verlas, que la predilecta no perdió momento en complacerle. Llamólas, y como estaban á la puerta esperando, entraron al punto, y una tras otra le abrazaron y besaron repetidas veces. ¡Cuántas lágrimas se derramaron en aquel momento! Los cuatro tenían el rostro enteramente bañado. El síndico y su mujer, enternecidos con aquel espectáculo, tampoco pudieron contener las suyas, y no se cansaban de admirar los medios de que se vale la Providencia, juntando en su casa cuatro personas á quienes la suerte había mutua y cruelmente desviado.

Cuando todos hubieron enjugado sus lágrimas, las derramaron de nuevo al oír el relato que hizo Ganem de los quebrantos que había estado padeciendo desde el punto en que se había separado de *Tormento* hasta aquel en que el síndico lo hizo conducir á su casa. Díjoles que habiéndose refugiado en una aldea, había caído enfermo; que algunos caritativos aldeanos le habían asistido; pero viendo que no sanaba, que un camellero se había encar-

gado de traerlo al hospital de Bagdad. *Tormento* refirió también cuanto había padecido en la torre; cómo el califa la había oído hablar á solas y mandádola ir á su gabinete, y por qué medios se había sincerado. En fin, cuando todos hubieron referido sus desdichas, *Tormento* dijo: «Bendigamos al cielo que nos ha reunido á todos, y no pensemos mas que en nuestra felicidad venidera. Así que Ganem se halle restablecido, debe presentarse al califa con su madre y hermana; pero como sus trajes no son propios para el intento, voy á disponer lo que nos haga al caso. Os ruego que me disimuleis por un momento.»

Al acabar estas palabras, marchó á palacio, y á poco rato volvió con otra bolsa de mil monedas de oro, que entregó al síndico, encargándole que comprase trajes para *Potestad de los corazones* y para su madre. El síndico, que era hombre de gusto, escogió unos muy hermosos y los mandó hacer con premura. Al cabo de tres dias ya estaban listos, y sintiéndose Ganem en disposición de salir, se vistió para el intento; pero en el momento de estar saliendo para ir á saludar al califa, llegó á casa del síndico el gran visir Jiafar.

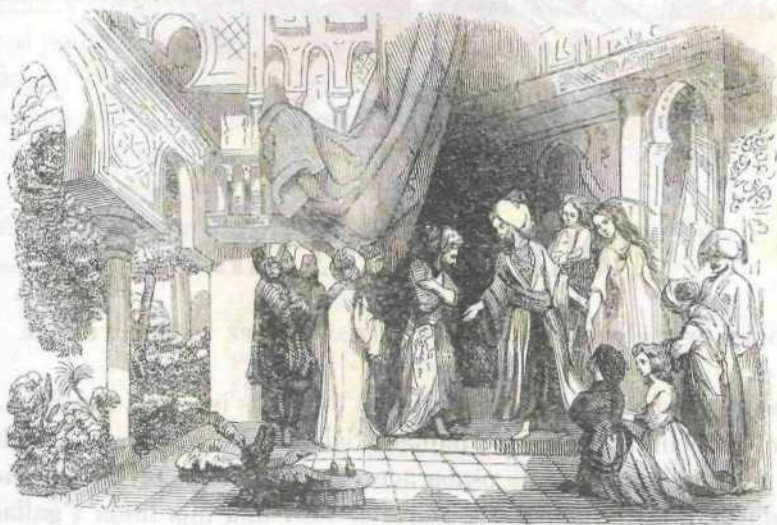
Aquel ministro venia á caballo con gran comitiva de oficiales. «Señor,» le dijo á Ganem al entrar, «vengo de parte del caudillo de los creyentes, mi amo y el vuestro; pero la orden que traigo es muy diferente de aquella cuyo recuerdo no quiero renovaros. Debo acompañaros y presentaros al califa, que está deseando veros.» Ganem respondió al cumplimiento del gran visir con una profunda inclinación de cabeza y montó en un caballo de las caballerizas del califa, que le presentaron y que manejó con mucha jentileza. Montaron madre é hija en unas mulas de palacio, lo mismo que *Tormento*,



quien las llevó á palacio por un camino poco frecuentado, en tanto que Jiafar acompañaba á Ganem por otro y lo introducía en la sala de audiencia. El califa estaba sentado en su trono y rodeado de emires, visires, jeques, ujieres y otros cortesanos árabes, persas, egiptios, africanos y sirios, todos de sus dominios, sin contar los extranjeros.

Cuando el gran visir presentó á Ganem al pie del trono, el mercader galledo hizo su acatamiento, y echándose con el rostro contra el suelo, se volvió á levantar y prorumpió en un precioso cumplimiento al califa en verso, que, si bien repentino, mereció sin embargo la aprobación de los circunstantes. Luego el califa le mandó que se acercara y le dijo: «Me alegro infinito de verte y de saber de ti mismo en dónde hallaste á mi predilecta, y todo lo que has hecho por ella.» Obedeció Ganem y habló con tan sencillo despejo, que el califa quedó convencido de la verdad. Mandó que le diesen un rico traje, según la costumbre observada con aquellos á quienes se concedía audiencia. Luego le dijo: «Ganem, quiero que permanezcas en mi corte.—Caudillo de los creyentes,» respondió el joven mercader, «el esclavo no tiene mas voluntad que la de su amo, de quien dependen su vida y bienestar.» Satisfecho el califa con la respuesta de Ganem, le señaló una crecida pensión. Bajó el príncipe del trono, y mandando á Ganem y al gran visir que le siguiesen, entró en su aposento.

Como suponía que la viuda é hija de Abu Ayub estarían con *Tormento*, mandó que las hiciesen venir. Postráronse ante él; las hizo levantar, y le pareció tan hermosa *Potestad de los corazones*, que, después de haberla considerado con atención, le dijo: «Siento tanto el haber empañado vuestro embeleso, que quiero darle una satisfacción mayor que la ofensa. Me caso



con vos , y de este modo castigaré á Zobeida , que será la primera causa de vuestra dicha , como lo fué de vuestras pasadas desventuras. Hay mas ,» añadió volviéndose hácia la madre de Ganem : «Señora , aun sois jóven , y creo que no desecharéis la union con mi gran visir. Os entrego á Jiafar , y vos , Tormento , á Ganem. Que manden venir á un cadí y los testigos necesarios y que se estiendan , acto continuo , los tres contratos matrimoniales que deben quedar firmados. Quiso Ganem representar al califa que su hermana se tendria por muy dichosa en contarse solamente en el número de sus íntimas ; pero el príncipe quiso casarse con *Potestad de los corazones*.

Conceptuó el caudillo de los creyentes tan peregrina esta historia , que mandó á un historiador afamado la estendiese y rasguease con todos sus requisitos. Luego se depositó en su tesoro , de cuyo oriĝinal se han sacado varias copias que la han dado á conocer por donde quiera.

Al llegar aquí , cerró Cheherazada esta historia , y á la noche siguiente empezó otra en estos términos :



NOCHE CCLXXXII.

HISTORIA DE LA HIJA DEL VISIR Y DEL PRÍNCIPE UNS ALWUDJUD.

Cuentan..... pero Dios es quien penetra todas las interioridades..... que hubo allá en lo primitivo un rey , llamado Schamech , respetado y poderosísimo , y tan temido que nadie osaba acercársele. Tenia un hijo apellidado Uns Alwudjud (Rosa en capullo). Tenia el visir una hija linda y gallarda ,

con el nombre de Ward fil Akman (Primor de la existencia), por ser muy aficionada á la poesía y á todo jénero de instruccion. Amábala el padre en extremo por su despejo, afluencia y maestría en todas las artes. Como era tan airosa y agraciada, era capaz con su habla de sanar á un enfermo. Eran tantísimas sus prendas, así naturales, como adquiridas con su esmerada educacion, que enamoraba á cuantos tenia al frente, matándolos en volviéndoles la espalda, pues era, segun la espresion del poeta.

«Asoma como la luna
De luceros coronada,
Cuando con vivos destellos
Las densas nubes realza:
Su despejo en mi cariño
Festivos rasgos derrama,
Cual niño que el jilguerillo
Asido en su mano halaga.»

Solia el rey todos los años juntar la grandeza de sus estados, y celebrar con algun motivo varias especies de juegos. En una de aquellas funciones, mandó á Uns Alwudjud que arrojase la bola, teniendo junto á sí, en su asiento del alcázar, á la hija del visir, que estaba mirando los juegos. En aquel punto reparó Ward fil Akman en un mancebo tan lindo que no tenia semejante, y clavándole repetidamente la vista, dijo á su nodriza: «¿Cómo se llama aquel mozo tan sobresaliente que gallardea y descuella, cabalgando en medio de la concurrencia?—Todos son aventajados,» le contestó, «muéstrame el que quieres decir.—Espera,» contestóle la hermosa, «á que pase por delante, y te lo enseñaré entónces.» Tomó luego una manzana, y estuvo aguardando á que pasase por debajo de su balcon para tirársela; llegado el caso, alzó el mancebo la cabeza para enterarse de quien le habia tirado la manzana, y vió á la hija del visir, semejante á la luna centelleando por la esfera; y al punto se le abrasó el pecho en agradecimiento y cariño. Terminados los juegos, se desvió con el rey, pero llevando clavada aquella imájen allá en su corazon. «Aya,» dijo la doncella á su nodriza, «¿cómo se llama el mancebo que te mostré?» y le contesta: «Llámase Uns Alwudjud.» Menea entónces plenteramente la cabeza, y se derrite en su cariño. Anochece, se acuesta, mas su afan amoroso la desvela, y entónces prorrumpe en aquellos versos:

«Quien te dió rosa en capullo
Por nombre, ¡ay mi Dios! lo acierta,
Pues en ti solo se cifra,
Flor del alma, mi existencia.
Clara luna, cuyo rostro
De luz baña cielo y tierra,
Hermosea ese pimpollo,
Ese dios de la belleza.

¡ Ay qué lindo es tu semblante ,
Y mas tus pupilas negras ;
Lozano todo tu cuerpo
Como la tierna palmera !
Encendiste en mis entrañas ,
Y en mis ojos centellea ,
Sin que ya pueda encubirla ,

Esta abrasadora hoguera ;
Vives , imájen preciosa ,
Mas y mas en mi presencia ;
Al mirar tu jentileza ,
La envidia vil se avergüenza ,
Y mas al ver ese brazo
Que saluda y señorea . »

Concluidos estos versos , los estendió en un papel y los puso debajo de su almohada. Estúvolo viendo , por detrás de la cortina , una esclava suya en extremo astuta y despejada , que entabló conversacion con su ama , le sacó el papel por debajo de la cabeza , y habiéndolo leído , se enteró de su estrechez con Uns Alwudjud.



Advirtió Cheherazada el dia , y continuó en la noche siguiente.



NOCHE CCLXXXIII.

Repuso el papel en su lugar, esperó á que su dueña se despertase, y le dijo : «Señora, quisiera darte un consejo , por cuanto esa pasion es vehemente ; la ocultas, pero estás adoleciendo de gravedad.» Preguntó la dueña : «¿ Y cuál es ese arbitrio ? — El enlace. — ¿ Y cómo se consigue ? — Con mañana , correspondencia reservada, requiebros y escasas reconvenciones. Si te merezco la debida confianza , te guardaré esmeradamente el secreto, seré la portadora de tus billetes y estaré absolutamente en todo.» Al oir esto la dama, vino á enloquecer de gozo, pero volvió sobre sí al instante, y se puso á cavilar acerca de las resultas. Prorumpió en seguida : « Con nadie me he franqueado : ¿por dónde sabes pues que estoy enamorada ? » Y le contesta : «Alguien me ha estado diciendo en sueños : Tu dueña y el caballero Uns Alwudjud se aman ; ayúdales, lleva y trae sus billetes, desempeña sus encargos y reserva el secreto. El Todopoderoso , amparador de los amantes , te premiará tu esmero. Te he referido cuanto he visto en sueños : ¿ no es así ? » Ward le dice : « Vamos á cuentas ; ¿ me reservarás positivamente el secreto ? — Sí por cierto.» Entónces Ward saca su poesía de debajo de la cabecera y le dice : « Anda y lleva este billete á Uns Alwudjud y trae la respuesta. — Con mil amores , » le dice ; toma el papel , se lo lleva á Uns y le besa la mano ; lo lee y en seguida escribe :

«¡Ay que el afan amoroso
Se apodera de mi pecho,
Y por desdicha encubrirlo
Con mortal quebranto debo!
Al correr mi lloro amargo,
Lastima mis ojos tiernos,
Y que el portador lo advierta
Con dolor lo estoy temiendo.

 Mi corazon, siempre libre,
El amor desconociendo,
Compasion, como bisoño,
Te pide con triste ruego.
Ya ves mis tristes ansias,
Ya ves mi fatal tormento;
Y este billete empapado

En mi llanto tan injenuo,
Sin leerlo, por tu causa
Te dirá cómo me encuentro.
 Guarde y zele Dios un rostro
Que el hechizo trae por velo,
Y que tiene por sirvientes
Sol y luna y mil luceros.
A beldad tan peregrina
No cabe el menor remedo,
Pues ni los pimpollos mecen
Su faz con tanto gracejo.

 Yo te envio el alma toda;
Acójela allá en tu seno:
Soy tuyo, y por el Dios sumo,
Lástima ten de este siervo.»

Escritos estos versos, plegó el papel, lo besó y se lo entregó á la esclava, quien se marchó y lo entregó á su dueña. Esta lo besó igualmente, se lo apretó sobre las cejas y se enteró de su contenido: tomó recado de escribir y puso:

«Oh tú, cuyo amor colgado
Se muestra de mi atractivo,
No pierdas, no la esperanza
De que amanezca propicio
Para entrambos algun día.
El concepto esclarecido
Que te merezco, y las penas

Que te causa mi cariño
Mas y mas enciende el fuego
En que toda me derrieto.
 ¡Ay que me zelan y estorban
Mi anhelada union contigo,
Y así desvelada tengo
Que sufrir este martirio!»

Calló Cheherazada tras estas palabras, y siguió la noche inmediata.





NOCHE CCLXXXIV.

Escritos los versos, plegó el papel y se lo entregó á la esclava, quien tomándolo se encaminó al príncipe; pero se encontró en el camino con el visir. Este le preguntó á dónde iba; y ella contestó que al baño; pero inmutóse toda, y se le cayó el papel de la mano sin advertirlo. Al separarse, echó menos el papel, y volviéndose á casa, manifestó á su dueña la novedad del encuentro. Entretanto se llega un sirviente al visir, que está sentado en su escaño, y entregándole el billete, le dice: «Señor, acabo de hallar este papel delante de la puerta.» El visir lo abre, lee los versos, y conoce la letra de su hija. Marcha lloroso á la madre, quien le dice: «¿Porqué es ese lloro, señor?» Contéstale: «Tomad ese billete, y leed su contenido.» Lo toma, lee y ve que es un billete amoroso de su hija para el príncipe; llora igual y amargamente y dice al visir: «¿Qué será de nosotros con tamaña novedad?» Y le responde el visir: «Estoy temiendo ya dos desmanes para mi hija, pues ya sabes cuánto zela el sultan á su hijo, y así el asunto podrá tener amargas resultas para nosotros. A ver, ¿qué es lo que tú conceptúas sobre el particular?» Y le contesta: «En esta misma noche voy á disponer la plegaria del acierto, pidiendo algun arbitrio de salvamento.» Acuerdan por fin construir en el monte de Thakla, en sitio competente, inaccesible y resguardado, que está en una isla y en medio del mar Cano, un alcázar fuertísimo para su hija, proporcionándole cuanto pudiera necesitar, y hasta una compañera. Envía el visir sus arquitectos y operarios al dicho monte, y les encarga que edifiquen una fortaleza alta y grandiosa, como lo verifican. Emplean un año en aquella construcción y pertenencias; la abastecen con abundancia, y entónces el visir se apersona de noche con su hija, la cual le sale al encuentro y le besa las

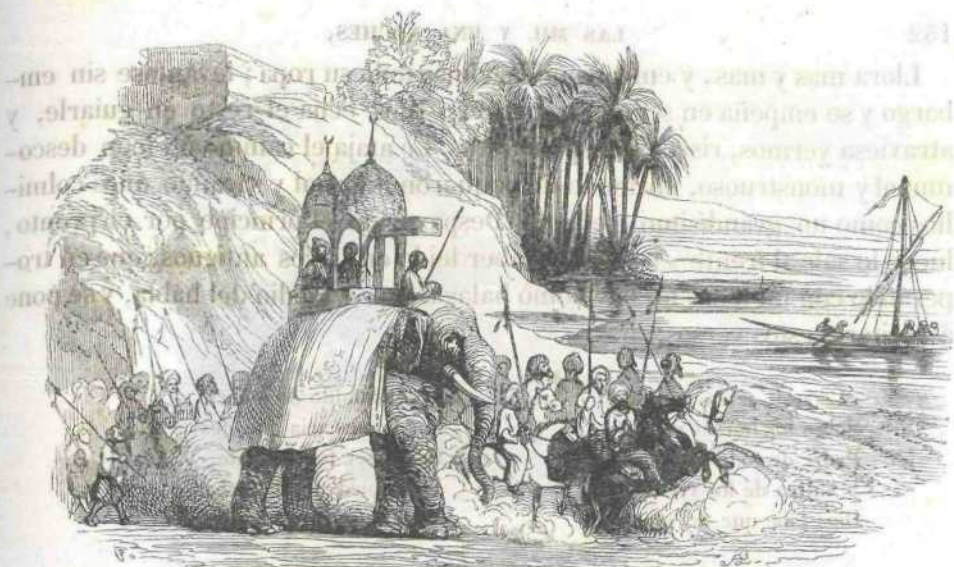
manos. Siéntase el padre, y prorumpe: «Hija mia, avíate para un viaje. — ¿Y adónde?» pregunta ella, y le contesta: «Para un viajecillo de recreo, por disposición del señor.» Quiere marcharse en la misma noche, mas el padre la precisa á redondearse de todo lo necesario. Sale la hija de su aposento, y está viendo el aparato de su marcha, que le traspasa el corazón por el desvío de su amante; y estiende casi en el umbral los siguientes versos, participándole aquella desventura:



«¡Ay mi Dios! ¡ó despedida!
Ve y lleva á mi dulce dueño
Este saludo entrañable
Que exhala mi fino pecho.
Ignoro mi atroz destino,
Pues de noche y al momento
Me arrebatan, cuando el ave
Descansa en el árbol denso,
O con mil suspiros blandos

A su querida echa menos.
Ya este cáliz de amargura
Como rebosa estoy viendo,
Y ya el hado vil me fuerza
A beberlo por entero;
Yo te vierto tal cual gota
Del zumo del sufrimiento,
Mas no me cabe el brindarte
Allá con algun consuelo.

Hizo aquí alto Cheherazada, para continuar la noche siguiente.



NOCHE CCLXXXV.

Escritos los versos, tuvo que ir andando sin saber para donde. Seguía peregrinando por despoblados á diestro y siniestro, hasta llegar á las playas del mar Cano. Alzáronse allí las tiendas, pero asomó luego una grandiosa y engalanada nave, donde embarcaron á Ward con sus sirvientes, esclavas y abastos. Habia encargado el visir que en desembarcando, barrenasen la nave para que no quedase rastro de aquella ida. Así lo practicaron, cumpliendo en todo las disposiciones del visir. Entretanto el príncipe salió con el sultan de paseo, y luego dió vuelta por casa del visir en busca de alguien; pero nadie asomó; se acercó á la puerta y halló en el umbral los sobredichos versos, los lee, enloquece y se le abrasa el corazon calenturiento; se vuelve á casa, y ajeno de sosiego y de sufrimiento, se asemeja á una paloma que están degollando. Al anochecer recrece su destemple; se desnuda, y viste una ropa de mendigo, sale sin saber para donde, y sigue andando toda la noche. Amanece, luego le abrasa el sol, y estando en extremo sediento, se le aparece un arroyo que el Señor le proporciona... alabado sea aquel quien á todo dice sea, y es... Se arroja á beber y se está retratando en el agua. Se ve macilento y despeado; llora y prorumpe en los siguientes versos:

«Viva, viva mi quebranto,
Pues cuanto mas se encrudezca,
Mas arderá mi cariño.
Infierno y muerte es la ausencia:
Mas mi llama abrasadora
Con el desvio se aumenta.

Este amor tan entrañable,
Que en mi cuerpo y alma reina.
Se derrama en tierno llanto,
Y acá y acullá me lleva.
Nada, nada curar puede
Ni aliviar tan cruda pena.»

Llora mas y mas, y empapa en lágrimas toda su ropa; levántase sin embargo y se empeña en seguir su marcha; Dios echa el resto en guiarle, y atraviesa yermos, riscos y despeñaderos. Le ataja el camino un leon descomunal y monstruoso, abriendo un boqueron infernal y sacando unos colmillos como un grandísimo elefante. Despavorido el príncipe por el pronto, luego le sale al frente y recuerda haber leído en libros antiguos, que en tropezando con un leon, no hay como halagarle por medio del habla, y se pone á recitarle estos versos:

«Leon de selvas y prados,
Sobre los héroes valiente,
Padre de todo guerrero
Y sultan de los vivientes,
Dios sabe que soy amante

Y consumido de muerte
Por la ausencia que desvia
De mi ser todo deleite,
Y sin piedad me arrebató
Mis consuelos y mis bienes.»

Al llegar aquí, viendo Cheherazada que asomaba el día, suspendió su narracion para continuarla en la noche siguiente.





NOCHE CCLXXXVI.

Al oír el león estas palabras, ceja, se arrodilla, alarga luego sus piernas delanteras, y se pone á escuchar al príncipe, que continúa en estos términos:

«O león de los desiertos,
No, por Dios, no te me lleves,
Hasta dar con mi querida
Que muerto de amor me tiene.
No soy cazador, y solo
Busco á la beldad celeste
Por quien, ¡ay Dios! traspasado
Mi pecho está para siempre.
¡Oh qué pesar tan amargo!
Mi ser todo desfallece.
Ya no soy mas que una sombra
Y allá un remedo aparente
De mí mismo... No permitas,

León jeneroso y fuerte,
No des á mis enemigos
Con mi mal funcion alegre;
Ya ves como de mi llanto
El redoblado torrente
Me anega, y mi desventura,
Tan atroz como perene,
Me postra con el desvío
De mi estrella reluciente.
Padeceré noche y día,
Hasta que por fin encuentre
Aquella prenda del alma
Que mas y mas lloro ausente.»

Acabados estos versos, se le acerca el león todo lloroso, le lame con la lengua, se le pone delante y le hace seña para que le siga. Lo lleva á un cerro, y luego á un llano, donde se notan huellas de viandantes, que serian, en su concepto, los conductores de Ward. El león le echa por despedida una mirada. Sigue el príncipe aquel rastro hasta la playa, y allí las huellas se desvanecen, y conceptuando que allí la embarcaron, vuelan todas sus esperanzas. Jime y llora, y en su desconsuelo, prorrumpe en los siguientes versos:

«Llego al puerto del sepulcro,
Y desahuciado me paro,
Pues no me cabe alcanzarla
Por un mar tan encrespado.
Pero ¿cómo permanezco
Aquí con martirio tanto
Que el interior me desgarrar
Sin dormir un breve rato?
Desde el punto en que la patria
Dejó allá mi dueño amado,
Mas y mas por cada instante
En vivo fuego me abraso.
A rios vierten mis ojos
Este amarguísimo llanto,
Cual tras aguacero inmenso
El Nilo se trueca en lago,
Y con mil fuentes y arroyos
Sus orillas va inundando.
Con tanto llorar mis ojos,
Adolecen lastimados,
Y mi corazón en ascuas
Arde con dolor amargo.
Mi ser todo amaina y riunde
Al embate redoblado
De mis ansiosos anhelos
Aquel mi tesón gallardo
Que jamás volvió la espalda

Al mas horroroso amago.
Me rehice allá fingiendo,
En medio de mi quebranto,
Otro amor mas asequible
Y ajeno de tal estrago...
Mas el dueño de mi vida
Es el solo que idolatro.
Quíteme antes Dios los ojos
Que vieron prodigio tanto,
Que en resplandor sobrepuja
A los mas hermosos astros.
Aquellos ojos preciosos
Todo mi amor embargaron,
Y sus flechas penetrantes
Mi corazón traspasando,
Mientras, cual pimpollo tierno
Al ambiente regalado
Del alba se mece y brilla,
Me hechizaba con sus pasos.
Bienhaya el ansiado punto
En que por fin nos unamos,
Y malhayan tantas penas
Como me están aquejando;
Y con su odioso tormento
Día y noche traspasado,
No encuentro mas que desdicha,
No veo sino quebrantos.»

Cheherazada se paró aquí, para proseguir la noche inmediata.



NOCHE CCLXXXVII.

Lloró tanto el príncipe que vino á enajenarse; pero vuelto en sí, temeroso de las fieras, trepó á un cerro, vió allí una cueva y se encaminó á ella. Oye una voz humana, que era un ermitaño que moraba solitario y lejano del bullicio del mundo, dedicado únicamente al servicio de Dios. Llama á la puerta, pero nadie responde; se sienta en el umbral y permanece así tres dias, sin que asome el ermitaño; y entónces recita los versos siguientes:

«Con tantísimos afanes
Podré conseguir mi intento?
Desventuras y zozobras
Postran ya mi firme pecho,
Y el amor y los quebrantos
Anublan mi entendimiento.
Dirán que el Dios poderoso
Sobre mi ser echó el resto
De cuanto en un desdichado
Cabe de atroces tormentos.
Nadie apoya mi cariño,
Y nadie vierte en mi seno
Con esmero compasivo
El bálsamo del consuelo.
¿Quién acude al desamparo
De un amante que bebiendo
Está el cáliz de amargura
Que le da enemigo el cielo?
Intensísima es la llama
Que abrasa todo mi pecho.
¡Cuán pavoroso fué el día
Para mí cuando los versos

Dejó escritos á su puerta
Sobre este desvio fiero!
Lloré y empapé doliente
Con mis lágrimas el suelo,
Y encubrí mi triste suerte
De jocosos y de necios.
¡Así vieran asombrados
Cuan rendido y cuan atento
Un leon vino á mis plantas,
Y á mi seña en movimiento,
Loco de gozo se puso
Al oir mis tiernos ecos,
Trocando el sañudo amago
Con agasajo halagüeño;
Como escuchó de un amante
Los entrañables lamentos!
Tal vez por haberlo sido
Tambien lo amansé al momento...
¡Ay! Si al fin de mi viaje
Alcanzo mi ansiado objeto,
Tantas penas y fatigas
Ufano doy á los vientos.»

Al acabarse estos versos, suena allá una voz: «¡Qué compasion!» El ermitaño saluda al príncipe, quien le corresponde, y preguntado su nombre, contesta: «Me llamo Uns Alwudjud;» y luego le satisface el deseo, añadiendo



individualmente la historia de su venida, que mueve á llanto al ermitaño, quien prorumpe luego: «Oh príncipe, soy morador de casi veinte años en esta cueva, sin ver á nadie, hasta que hace unos seis dias, oí grande alborozo y estruendo y vi mucho jentío y tiendas alzadas en aquella playa. A poco rato, parte de la jente, se embarcó en un bajel, y la otra porcion volvió para atrás separándose de la nave, y así entiendo que cuantos estás tú buscando se marcharon tras de aquella cumbre.»

Cheherazada cerró por aquel dia su narracion, y la continuó la noche siguiente.



NOCHE CCLXXXVIII.

Abrazó el príncipe al ermitaño, y apenas se enjugaron mutuamente sus lágrimas, se apalabraron para vivir como hermanos en el Señor. Entónces prorumpe el ermitaño: «O príncipe, voy esta noche á consultar con Dios lo que conviene practicar para que logres tus deseos.»

Mientras mediaba todo esto entre el príncipe y el ermitaño, conducian á Ward hácia su alcázar de la montaña. Parecióle muy hermoso, pero todos sus primores se aguaban con la ausencia de su querido del alma. Asomóse á un balcon y vió un sin fin de avecillas á cual mas donosa, por lo cual mandó á sus dependientes que dispusieran redes para cojer algunas y encerrarlas en jaulas de oro. Púsose luego á cavilar sobre cuanto le estaba pasando, y se le apoderó mortal desconsuelo, como lo manifestó recitando estos versos:



«¿A quién, ¡ay de mí! clamo
 En mi dolor intenso?
 Tan lejos de mi prenda
 En este triste encierro,
 De noche estoy luchando
 Con mi mortal desvelo,
 Y siempre, siempre ansiosa
 En mi llanto me anego.
 Al asomar el alba,
 Me visto y desfallezco,
 Pues el fatal desvio
 Redobra mi tormento.

Al salir y al ponerse
 El sol, le estoy diciendo
 Que mas y mas saludes
 Lleve á mi dulce dueño;
 A aquel dueño del alma

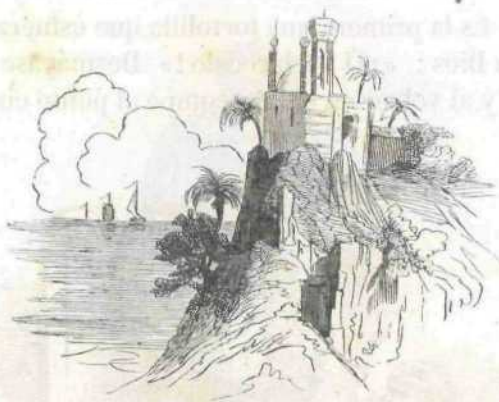
Que sol, luna y luceros
 Anubla y anonada
 Con su rostro hechicero.
 Ni el matiz de la rosa
 A comparar me atrevo
 Con su tez peregrina,
 Antes bien con desprecio
 Al punto la desvio
 De tan osado intento.
 Con sus palabras mana
 De sus labios, ¡ay cielos!
 Un mundo de primores
 Que mi doliente pecho
 Al punto sanarian
 De todos mis tormentos,
 Pues mi sabio divino
 Es mi adorado dueño.»

Al acabar los versos, se engolfó en una cavilacion profunda que le acar-
 reó congojas estremadas. Anocheció, y hallándose en sitio desviado, pro-
 rumpió, en alas de sus ansias, en los versos siguientes:

« Venid, venid, tinieblas,
 Con recuerdos amargos
 Que colmen mis entrañas
 De angustias y quebrantos;
 ¡Ay que mi afán ardiente
 Está en ellas clavado,
 Clavado para siempre,
 Como mi tierno llanto
 Con violentos redobles
 Lo está sin fin mostrando!

Desde el punto horroroso
 De aquel desvio aciago,
 ¡O poderío fiero!
 ¡O bárbaro mandato!
 Ya no existo, y mi vida
 Es un morir pausado;
 Sin amistad, y antetodo
 Sin tu amor... ¡ay que exhausto
 Mi aliento, se mantiene
 Solo de ti colgado!

Cerró aquí Cheherazada su relacion para seguir la otra noche.



NOCHE CCLXXXIX.

Mientras se halla Ward en aquel estado, dice el ermitaño al príncipe : «Id á ese valle y traedme hojarasca de palmera.» Lo hace el príncipe, y se pone el ermitaño á torcer soguilla, y luego fabrica una red como las que sirven para conducir paja; y en seguida dice al príncipe : «Vuelve al valle, trae unos arbolillos para afianzarlos, arrojarlos al mar y cabalgarlos; quizás lograrás tu intento, y si el peligro te horroriza, recuerda que quien no se embarca no pasa los mares.» Se despide pues del ermitaño, ora por él y se embarca en la red. Le sobreviene un vientecillo en popa, lo aparta de la tierra, y á los tres días aporta por la falda del monte Thakla. Desembarca, pero con el hambre, la sed y su quebranto, yace como una ave moribunda. Halla sin embargo por el pendiente arroyuelos, y tambien pajarillos que están cantando por los frutales; bebe de aquella agua y come algunas plantas y mucha fruta: — ¡Alabado sea el Dios único y todopoderoso! — Sigue trepando y descubre una blancura resplandeciente..... ¿qué viene á ser? — Un alcázar grandioso y fuertísimo. Se llega á la puerta, la encuentra cerrada, y permanece tres días sentado. Al cuarto se abre la puerta, y asoma un hombre que, al ver al príncipe, se sobresalta todo. Pregúntale : «¿Quién eres tú, y á qué vienes?» Contéstale el príncipe : «¿Vengo de Ispahan, donde traigo mis negocios, y habiéndome embarcado, naufragué con mi nave y me salvé en una tabla, aportando en esta falda.» Al oír esto el hombre, que era uno de los sirvientes del alcázar, llora, le abraza y esclama : «Yo tambien soy de Ispahan, y así Dios te salude, amigo del alma, donde tengo una tia á quien amé en extremo desde mi niñez. Sobrevinieron guerreros estraños y nos apresaron, vendiéndome luego al visir, y así cuéntame por tu amigo de corazón.» Con esto lo introduce en el alcázar, y al asomarse al patio, ve árboles grandísimos, de cuyo ramaje cuelgan jaulas de oro y plata, donde están

cantando las aves. Es la primera una tortolilla que esfuerza la voz, y esclama, hablando con Dios: «¡Ó esclarecido!» Desmáysese el príncipe al oír esta exclamacion, y al volver en sí, prorrumpe al punto en estos versos:



«Tortolilla, tortolilla,
Sigue, sigue suspirando;
Ruega á Dios y esclarecido
Le aclama con tierno canto.
Dime si solo placeres,
O bien pesares amargos
Los que mueven ese acento;

O bien te estás lamentando
De alguna ausencia funesta
De tu dueño idolatrado;
O ya, ¡ay triste! lo perdiste
Allá con malogro aciago,
¡Dios rescate á un fiel amigo
Que muere desesperado!»

Desmáysese de nuevo al acabar estos versos, y luego pasó á otra jaula que encerraba un torcaz. Al verle, se levanta el ave del suelo, y alza la voz, como si quisiera decirle: «Ó tú, siempre agradecido.» Entónces el príncipe se pone á recitarle los siguientes versos:

«Dice el ave suspirando:
Dios á quien tanto agradezco
El favor, en todo trance
Tal vez me das este premio
Por mi afán en darte gracias,
Y quizá un amante tierno
Vendrá á mirar este albergue
Y juntarse con su dueño.
Mientras el llanto mi rostro
Baña, y arde mi fiel pecho,
Prorumpo: á todo viviente

El pesar cupo; el consuelo
Para mí jamás asoma.
¡Mas cuántos, cuántos acentos
De loor darán mis labios
Gozosos al Dios supremo,
Al volverme mi querida;
Y gozar cuanto poseo
Con mi amor, las aves todas
A sus anchuras poniendo,
Y trocando en mil delicias
El quebranto de su encierro!»



Iba á proseguir Cheherazada, pero se lo estorbó el alba, y lo dejó para la noche siguiente.



NOCHE CCXC.

Llegó á la jaula tercera, donde habia un ruisenor; y prorumpió el príncipe en estos versos:

«¡Cuánto, cuánto me enamora,
En medio de su tristeza,
Esa voz y esas piadas
De mis ayes compañeras!
Piedad para todo amante,
Pues siempre sus ansias tiernas

Con mas bárbaro martirio
Por la noche le atormentan.
Ni le da la noche sueño,
Ni la aurora le alborca,
Cuando me retrata al vivo
Aquella anhelada prenda,

Mas y mas me encarnan luego
 Los afanes y las penas,
 Sin que lágrimas y estremos
 Alivien mi suerte fiera;
 Pues todo mi bien se cifra

En su celeste presencia...
 Mas yo voy á desnudarme,
 Todos mis vestidos fuera,
 Para que el ídolo mio
 Cuan demudado estoy vea.»

Tras estas palabras, sigue andando y ve una jaula lindísima, y en ella un tortolillo con su collar de perlas sobre el buche, y siendo el sultan de los amantes entre las aves, al ver al príncipe, se levanta y suspira; y entónces el príncipe le recita la copla siguiente:

«Mil saludos, tortolillo:
 ¡Ay de los tristes amantes!
 Yo gusto de una gacela
 Cuyo amor flecha á raudales
 Con la vista agudos dardos.
 Su desvio tanto achaque
 Causa acá en mi cuerpo todo,
 Que soy un centro de males,

Ajeno de todo alivio.
 Con mi desvelo incesante,
 Voló ya todo consuelo
 Y voló ya todo aguante,
 Quedaron amor y penas
 Con redoblados embates;
 Y en ausencia de mi dueño
 Gozar la vida no cabe.»

Suspira y arrulla la tórtola, y está al parecer espresando:

«Ese amor me acuerda el tiempo
 En que mi pecho rendido
 Quedó á mi dueño del alma,
 Y en mi desamparo indigno
 Cesó la voz halagüeña
 Que en su primoroso pico,
 Cual dulce laud sonaba
 Con requiebros esquisitos.
 Con su red un pajarero
 Me apresa, mas yo le digo:
 Me prendistes, ¡ay Dios! te ruego

Que de mi afán condolido,
 Me devuelvas á mi amante
 Revolando á mi albedrío.
 Mas él con rústica mano
 Y con pecho empedernido
 Me separó de mi amante
 En este encierro maldito.
 Mal-haya tan crudo pecho,
 Y bien-haya el compasivo
 Que gozoso se conduce
 De amor tan constante y fino.»

Vuelto luego el príncipe hácia el amigo de Ispahan, le pregunta: «¿A quién pertenece este alcázar, quién lo edificó y quién lo habita?» Y le contesta: «El visir del rey Schamech lo construyó para su hija, por zozobra de alguna fatalidad, mandando á sus sirvientes que tan solo una vez al año se abra la puerta para reponer los abastos.» El príncipe recapacita: «Ya está logrado el intento tras tantos afanes.»

Entretanto Ward, á quien se hacia por instantes mas amarga la vida, no hallaba desahogo ni sosiego; sus cuitas la acosaban de continuo; anduvo escudriñando salida por entre las columnas del alcázar, mas no pudo hallarla, y batallando con su despecho, prorumpió en estos versos:

« Un tirano aquí , tan lejos
De mi dueño , me encarcela ,
Y mi corazon se abrasa
En intensísima hoguera.
Encerrada en este alcázar
De planta grandiosa y nueva
Sobre un empinado risco ,
A cuyo pié el mar estrella
Las olas , do las miradas
De mi bien jamás me llegan ,
Están allá imaginando

Que se han de aliviar mis penas ,
Cuando al contrario creciendo
Mas y mas van con la ausencia
Viva aquel cuya mirada
Me dió toda mi existencia.
Dia y noche su memoria
Me desvela y me atormenta.
Jiran mañanas y tardes ,
Y clavado aquí en mi idea ,
Y tal vez al fin la suerte
Nos dispense sus finezas. »

Advierte Cheherazada los albores del nuevo dia , y así suspende su narracion hasta la noche siguiente.



NOCHE CCXCI.

Al acabar los versos , yace postrada á su mortal quebranto ; saca luego sus vestidos mas lujosos y su pedrería , va despues atando ropa con ropa , la afianza á lo alto del alcázar y se descuelga hasta el suelo con felicidad ; internase despues por la isla hasta que llega á la playa , y se encuentra con un pescador en su barquilla , conducido allí por la suerte y el viento. Al verla , huye despavorido , pero le llama y le dice los siguientes versos :

« Pescador , ven sin zozobra ,
 Pues cual tú de carne humana
 Soy ; acude , y fiel consejo
 Te pido desesperada ;
 Por Dios ven y te conduela
 De mis penas estremadas.
 ¿ No viste acaso la luna
 Cuando está mas llena y clara ?
 Al ver ella á mi querido ,
 Con mortal dolor esclama :
 « Reconozco ante el Dios sumo
 Que en su presencia soy nada. »
 La hermosura en sus mejillas

Escribió con escarlata :
 Quien este lucero sigue
 Por seguro rumbo marcha ,
 Y cuantos de él se desvian
 Con torpe estravío vagan.
 Quépate el debido premio ,
 Si de mi mal te apiadas ,
 Y allá mil penas padezcas ,
 Si las mias acibaras...
 A las perlas mas brillantes
 Mi fino amor lo compara ,
 Y quizás su noble pecho
 En ansioso afan me iguala. »

Llora el pescador al oir estos versos , recordando allá la temporada de su mocedad , en que suspiró tambien enamorado y congojoso ; y atónito con aquella aparicion , prorrumpe en la siguiente cantinela :

« Acentos de amante
 Muy presto se entienden.
 Con rostro lloroso
 Y cuerpo doliente ,
 Allá esperanzadas
 Mis ansias vementes ,
 Velaban y ardian ,
 Ya tristes , ya alegres ,
 De achaques de amores.
 Con pena ó deleite ,
 Padedí algun dia ,
 Como tú padeces.

En amar tan solo
 La vida se emplea ,
 Y no hay mas consejo
 Que el corresponderse
 Y por fin juntarse
 Con el dueño ausente ,
 Y amarse , y amarse
 Siempre , siempre , siempre.
 La fe del amante
 Encarga y requiere
 Que la vida toda
 Se emplee en quererse. »



Tras estas palabras, le dice: «Ven acá, y te llevaré embarcada á donde apetezcas.» Sube á la barquilla y navegan todo un día, hasta que aportan en una ciudad donde está reinando un soberano que por su formidable poderío se apellida Derbas (leon); se estaba espaciando por el terrado de su alcázar, cuando descubre el esquife con el pescador y la dama parecida á una gazela estraviada; manda que se la traigan, y se cumple. Le sale el rey al encuentro, y al verla, desde luego la conceptúa alguna infanta por aquel atavío tan lujoso, la trae á su alcázar, la acompaña y se muestra complacido con ella, preguntándole su nombre, sus padres y su patria, como tambien el motivo de su viaje. Contéstale: «Tened entendido, gran monarca, que soy hija de Ibrahim, el visir del rey Schamech.» Le refiere luego toda su historia por puntos, sin encubrirle la menor particularidad, pidiéndole su amparo y arimo con los siguientes versos:



«Estas lágrimas perenes
En mi rostro son efecto
De amarguísimos pesares
Que me causa el dulce dueño,
El ídolo de mis ansias,
Por quien de amor desfallezco.
Su gallarda jentileza
Es de todos embeleso,
Persas y Arabes con su habla
En quilates mil venciendo.
Sol y luna al par ensalzan
Su resplandor hechicero,
Y se le muestran rendidos
Con injenuo acatamiento.
En sus ojos retratado

Está el májico gracejo,
Y los arcos de sus cejas
Disparan tiros certeros.
O tú, rey, á cuyas plantas
Acato el poder escelso,
Compadece el desamparo
De una víctima del tierno
Y fatal amor que cifra
En tú solo su consuelo,
Oyeme, y estos amantes
Une al fin en lazo eterno.

Recibe esta advenediza,
De amor náufraga, en tu puerto,
Pues en tu grata acojida
Se cifra mi salvamento.»

Conduélese el rey al oír los versos, y le dice: «Nada temas, pues en breve has alcanzado tu intento.» Y tambien le recita estos versos:

« Linda , airosa y noble dama ,
Regálate con la nueva
De estar cumplido tu anhelo.
Sale hoy mismo en diligencia
Un jinete para el padre ,
Y le lleva ricas sedas
Con preciosísimo almizcle ,
Y con alhajas selectas

De oro y plata , acompañadas
De carta espresiva y tierna ,
En halagüeñas instancias
Pidiéndote para nuera ,
Y echando gozoso el resto
En curarte esa dolencia ,
Cuyo cáliz de amargura
Bebí en mi pasión primera . »

Ward se esmera en darle gracias por el interés que toma en la suerte de una niña desventurada , y añade luego estos versos :

« Gracias , gracias , gran monarca ,
Amparador de infelices
Y enjugador de los lloros
De todo semblante triste.

Galardon esclarecido
Por corazon tan sublime
Te espera ; yo te lo anuncio
Con profecía infalible . »

El rey se compadeció en extremo de Ward y le franqueó mujeres que se esmerasen á porfía en cuidarla y proporcionarle consuelos. Alivióse á Ward el quebranto al arrimo del rey que tantísimo se desalaba por complacerla.

Llama el rey á su visir y lo carga de regalos , mandándole que se encamine al rey Schamech y se traiga al príncipe Uns Alwudjud : « Dile que quiero casarlo con mi hija , » le dijo , « y si te vienes solo , quedas depuesto de tu destino . » El visir se prepara con cuanto el rey le entrega , atraviesa el ancho desierto , hasta que llega al territorio del rey Schamech. Oye el rey su llegada , lo está hospedando tres dias , y al cuarto lo llama. Entrégale el visir su credencial , con los presentes del rey Derbas ; lee la carta , encuentra el nombre de Uns Alwudjud , llora amargamente y dice al visir : « ¿ Dónde para Uns Alwudjud ? tráemelo y toma cuanto quieras ; » y entona los versos siguientes :

« Venga , venga el alma mia ,
Y vaya fuera el dinero.
Él era el astro , el hechizo ,
De mi claro firmamento ,
Y no hay envío ni alhaja
Que remede su embeleso.
Su mirar en zaga deja

Al del venado mas tierno ;
Gallardea cual la rama
De un árbol erguido y bello ;
Yo lo cultivé , y de niño
Fué ya el blanco de mi afecto ,
Y ¡ ay de mí ! que yazgo ahora
Por su ausencia sin consuelo . »

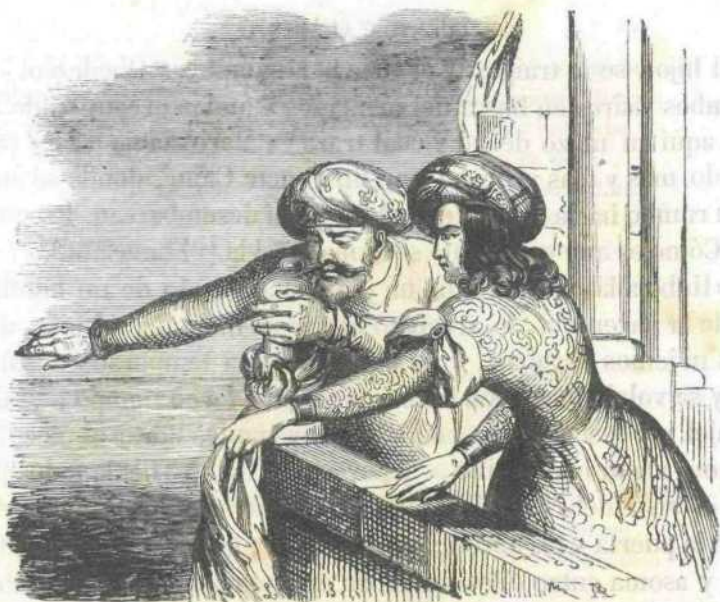
El rey , concluidos los versos , se vuelve á su visir Ibrahim y le pregunta : « ¿ Dónde está mi hijo ? » Y le contesta : « Gran señor , no lo sé . » Vuelto luego al visir del rey Derbas , le dice : « Ausente está mi hijo hace tiempo , y nada sabemos de su paradero . » Y en seguida manda á su visir que vaya en

busca del hijo y se lo traiga, y el visir le responde : « Obedezco. » Marchan juntos ambos visires en busca del príncipe ; y andan preguntando : « Ha pasado por aquí un mozo de tal y cual traza ? » Pero nadie les da razon. Van marchando mas y mas y llegan por fin al mar Cano, donde se embarcan y siguen su rumbo hácia el monte Thakla, y allí desembarcan. Pregunta allí el visir : « ¿Cómo es que ese monte se llama Thakla (el huerfanillo) ? » Y le contestan : « Hubo allá en lo antiguo un jenio enamorado de un hombre, y temeroso de la parentela, lo arrebató hasta esa montaña remota, á donde ni personas ni jenos llegaban, y así habitó abí una temporada á solas con su querido y se volvió luego con los suyos ; medió largo tiempo, y al transitar algun bajel por estas aguas, oían los navegantes llorar al mozo y decian : « Aquí mora algun huerfanillo, » y por eso se llamó Thakla todo el monte. » Estrañó el visir del rey Derbas aquella relacion. Llegan hasta el alcázar, golpean á la puerta y les abren ; entran luego, les salen al encuentro los sirvientes, y asoma entre ellos un mozo en situacion desastrada. Pregunta el visir : « ¿ De dónde ha salido ese desventurado ? » Y le contestan : « Naufragó y se salvó en una tabla ; es un infeliz. » El visir se desvia, lo anda todo y pregunta por su hija, mas no puede recabar noticia alguna de los sirvientes y esclavas, quienes le dicen : « Habitó poquísimo entre nosotros ; desapareció no sabemos cómo, ni tampoco su paradero. » Al oír esto, se trastorna todo y enloquece. Trepa al terrado del alcázar y ve todavía las ropas con que la hija se habia descolgado, y oye el graznido de un cuervo y de un buho ; llora amargamente y prorrumpe : « ¡ No hay amparo ni poderío sino en Dios el Altísimo ! ni tienen cabida los ardides ni la prevision contra el destino ; » añadiendo luego los siguientes versos :

« ¡ Ay que llego á la morada
De aquella hija idolatrada,
La llama apagar creyendo
Que en mi pecho estaba ardiendo !
Nada encuentro, y la abutarda
Y el leon me van diciendo :
Aguarda, infeliz, aguarda,

Que si indigno fué tu mando
Los amantes separando,
Sin que nadie oiga tu ruego,
Clamarás con vil delirio,
Y abrasado en vivo fuego,
Morirás en tu martirio. »

Apuntó el dia, y calla Cheherazada para continuar la noche siguiente.



NOCHE CCXCH.

Baja el visir lloroso del alcázar, y encarga á los sirvientes que salgan y trepen de cumbre en cumbre, siempre en busca de su señora; lo hacen así, mas no descubren ni el mas mínimo rastro de sus huellas. Entretanto el príncipe, hecho cargo de que Ward se había huido, prorumpe en alaridos y se desmaya. Quiso el visir ya retirarse con cuantos había en la fortaleza, pero el visir del rey Derbas se despide y dice: «Quiero llevarme conmigo á este derviche (el príncipe) y enviarlo á Ispahan, cuya ciudad no dista sobremañera de nuestro país, y esperanzo en Dios congraciarme con el rey, en virtud de sus plegarias.» Contestóle el visir Ibrahim: «Obrad á vuestro albedrío.» Se despiden, y el visir del rey Derbas cabalga tres jornadas con el príncipe, sin que este volviera en sí. El visir lo fué llevando por varios sitios, y administrándole bebidas, sin que tuviese noticia de lo que le pasaba. A los tres días, al acercarse al territorio del rey Derbas, vuelve por fin en sí, teniéndose derecho y brioso. Avisan al rey la llegada de su visir, y el rey le envia este mensaje: «Si no me traes al príncipe Uns Alwudjud, quedas depuesto y para nada te necesito.» Al oír esto el visir, se acongoja en gran manera, pues ignoraba que Ward esté con el rey, y no alcanza para qué intento está anhelando así al príncipe. Al mirar este al visir tan abatido, le pregunta: «¿Qué es lo que teneis?» Y le contesta: «El rey me envia un encargo que no acierto á desempeñar, diciendo que si no lo cumplo, quedo depuesto.» El príncipe pregunta á qué se reduce; y entónces le individualiza

el asunto. Replica el príncipe : «Llévame al rey , verás cómo te ajencio lo que estás buscando.» El visir , gozosísimo , le pregunta : «¿ Me estás diciéndo la verdad ? » y le contesta : « Sí cierto . » El visir se encamina al rey , quien



le pregunta : « ¿ Dónde está el príncipe ? » y el visir responde : « Este derviche lo sabe . » Se encara el rey con él y le dice : « ¿ Con que lo sabes tú ? » Y responde : « Lo tienes muy cerca ; ¿ y para qué lo quieres ? con que me digas eso , al punto te lo traigo . » Al oír esto el rey , se desvía con él , y le manifiesta su intento . Le dice entónces el príncipe : « Tráeme un vestido de gala . » Se lo dan , se va con él al baño , se asea y se perfuma , se engalana luego , y dice al rey : « Señor , yo soy Uns Alwudjud , » y añade los siguientes versos :

« La imájen de mi querida
Fué en mi soledad consuelo ,
Y aun me acompaña de noche ;
Ningun otro auxilio tengo ;
Mas mi llanto redoblado
Me alivia este enorme peso .

Cual ningun otro en el mundo
Arde en anhelos mi pecho ,
Y el intenso poderío
De mi amor es un portento .
Mi corazon yace exhausto
Y en mi faz reina el desvelo .
Abrasado en vivas ascuas
Mi desfallecido cuerpo ,
Para tan largo martirio
No le queda sufrimicuto .

Tan doliente y descarnado ,
Con mi llanto sempiterno
Lastimados ya mis ojos ,
A su afan vuelven de nuevo .
Se postró mi antiguo brio ;
Ni latir mi pecho siento ,
Ni los redobles ansiosos
De este incendio aguantar puedo .
Aferrada el alma mia
En sufrir tantos extremos
Hasta presenciar el trance
Postrimero de mi dueño...
¡ Nunca , mi Dios , lo consienta !...
Harto fué con vil destierro
Desviarnos del consorcio ,
De mis ansias blanco eterno ;

Baste ya , baste de ausencias ,
De anhelos y de tormentos.
Por tu vista suspirada
Tras tanto mortal despecho ,

Idolo mio , me afano ;
Y ¿ quién , adorado dueño ,
En placer tan inefable
Trocará el quebranto nuestro ? »

Acabados los versos , se le encara el rey. « ¡ Vive Dios ! » le dice , « que eres varon entendido y amante fino , y luego tu historia es en extremo peregrina. » En seguida le refiere las ocurrencias con Ward. Pregúntale el príncipe : « ¿ Y en dónde para ? » A lo cual contesta el rey : « Acá conmigo. » Al oír esto el príncipe , prorumpe en lágrimas de gozo y cae desmayado. Hace el rey al momento llamar al cadí con los testigos , y manda estender los capítulos matrimoniales entre el príncipe y Ward. Concluido todo , lo participa al punto el rey Derbas al rey Schámech , quien , gozoso en extremo , envía á Derbas muchísimo dinero y alhajas , manifestándole que los elogios corresponden á Derbas , pero que Schamech es quien debe preparar y costear pomposamente la boda. Llegada la contestacion con los regalos , el príncipe y Ward se marchan y regresan á su patria. Al oír el rey con el visir que se acercan á su corte , les salen al encuentro con todos los palaciegos y señores , y en alas de su regocijo vuelan juntos á la ciudad , donde aquel día fué uno de los mas venturosos. Habitaban ya juntos los novios , y por espacio de ocho dias todo fué banquetes y brándis en su obsequio ; pero allá á sus solas se abrazaron mil veces refiriéndose mutuamente sus aventuras ; y en uno de sus extremos , entonó Ward los siguientes versos :

« Viva , viva el regocijo ;
Muera , muera el desconsuelo ,
Pues ya juntos nos miramos
De todo émulo á despecho.
De esta union el puro ambiente
Es hechizo de alma y cuerpo ,
Y la gloria que nos baña
Centellea en tierra y cielo.

Ya no lloro mis quebrantos ,
Y estas lágrimas que vierto ,
En vez de penosas nuestras ,
Son derrames de contento.
En la flor de estas delicias
Con ufana planta huella
Los peligros y pesares ,
Que nuestra vida aflijieron. »

Tras aquel arranque se abrazan y lloran de nuevo , prorumpiendo el príncipe en este otro :

« Ya palpamos este gozo ,
Y los quebrantos amargos ,
Con sus lóbregos horrores ,
A Dios gracias ya volaron.
Ya apunta el sereno día ,
Y en júbilos redoblados ,
Hasta la noche estaremos

Con algazara y regalo
Este cáliz de la dicha
A porfia paladeando.
¡ Ay , qué dulce y halagüeña
Es la vida así colmando
El amor y la delicia
Con mil mutuos agasajos ! »

Se recuestan luego á solas , se complacen , menudean versos y brándis , y se empapan en las dichas de su enlace. Pasan así ocho dias sin advertirlo. Entónces acude el jentío entonando parabienes ; se levantan y recita Ward esta cantinela :

«Mal-haya la envidia,
Ya estoy con mi amado
Unida por siempre
En gozo colmado,
Y en vez de las noches
De atroz desventura,
Velamos, velamos
En feliz dulzura,
En sofá relleno
De mullida pluma.

Con rostro sereno
Amigos, venid
Todos y aplaudid
Diciendo ¡dichosos!
Así bondadosos
Los cielos siempre
Enramen de rosas
Frescas deliciosas
Ese lecho blando
Que estáis disfrutando.»

Apenas hubo callado, le contestó el príncipe del siguiente modo :

«Tras tantas amarguras,
Rayó, rayó el gran día,
(¡Bien-haya su llegada!)
Del gozo y de la dicha.
Allá entre mil dolores,
Guardó fe mi querida,
Y logro ya en su enlace
A rios las delicias.
Son tantos los deleites
Con que su amor me brinda,

Que está en un paraíso
Absorta el alma mía.
¡Así, finos amantes,
Disfruteis á porfía
Y en union entrañable
Las venturas cumplidas
Que estoy gozando, y todos
Con plácida armonía
Entoneis á mi ejemplo
Las glorias de esta vida.»

Advirtió Cheherazada que rayaba el día, y siguió en la noche inmediata.



NOCHE CCXCIII.

Se levantan y van repartiendo limosnas, pero luego dice Ward al príncipe : « Amado mio , vámonos al baño . » El príncipe la complace , pero dispone la dama que perfumen esquisitamente el baño , y en seguida prorrumpe en estos versos :

« O tú , siempre , siempre dueño
De mi corazon amante ;
O tú , cuyo arrimo grato
Ahuyenta al punto los males ;
O tú , luz de mis pupilas ,
Mi galan incomparable ;
Vamos , vamos á ese baño ,
Pues ya las antorchas arden

En narciso y rosa y ámbar ,
Y en esencias mil fragantes ,
Ya de antemano empapadas .
Allí con gozo inefable
Este corazon ufano
Y embelesado al mirarte
Esclamará : dueño amado ,
Báñate en dicha inefable . »

Del baño se vuelven á palacio , y se gozan mas y mas en alegría y regalo , hasta que el trastornador de toda complacencia y el alejador de todo logro dió al través con entrambos , y esto viene á ser cuanto corresponde á la historia presente , que se asemeja á la de

ABUL HASAN.

Cuentan individualmente que Harun Alraschid , ¡ así Dios se le apiade ! pasó allá una noche en extremo trabajosa , y llamando á Mesrur , al presentarle este el alfanje de sus venganzas , le dice el califa : « Tráeme al Barmecida Jiafar . » Venido este , le dice el califa : « Estoy toda la noche con un

destemple horroroso, y sin poder dormir, no sé porqué; ¿cómo podré alejar esta fatiga y desasosiego? — O príncipe de los creyentes, » le contesta Jiafar, « dicen allá los sabios, el visitar mujeres, ir al baño y oír cantores arroja los pesares y desvelos. » Y le replica el califa: « Probado tengo ya todo eso y sin fruto; y así juro por mi padre y por mis esclarecidos mayores, que si no ahuyentas mi desazon, te corto de rondon la cabeza. » Le dice Jiafar: « Seguid pues mi consejo, señor; embarquémonos en un barquichuelo, y naveguemos hácia un sitio llamado Kirn Aserat; tal vez hallaremos allí ú oiremos alguna novedad, pues dicen que hay tres arbitrios para desterrar una pesadumbre, y son ver, oír ó palpar algun objeto impensado. Quizás por este medio, ¡así Dios lo verifique! ahuyentaréis ese fatal quebranto. Por ambos puertos hay balcones y galerías, y quizás desde allí se oirán estranezas que esparcirán el ánimo. » Agradó al califa la propuesta de Jiafar, y así se marcharon juntos con Fadhil, Ishak, Mesrur y Abu Navas, se embarcaron en una falúa dorada, y los marineros fueron bogando por el rumbo del paraje que apetecían, y al paso lograron oír voces femeniles y embelesantes, que al son de su laud cantaron los versos siguientes:



« Alto, amigos, que este vino
Es trasparente y divino.
El ruiñeñor emboscado
Gorjea su lindo trino.
Con el sueño y la tardanza
Desfallece la esperanza,
Es la vida un bien prestado,

Y en la mocedad diviso
Para un pecho enamorado
Las glorias de un paraíso,
Cuando la tez encarnada
Brilla con risueño viso
Cual cereza sonrosada. »

Pero la sultana Cheherazada advirtió que amanecía, y suspendió su narración hasta la noche siguiente:



NOCHE CCXCIV.

Al oír esto el califa, esclama estático: «¿Que dices tú, Ishak, de esa cantinela?» Era Ishak camarada del califa, y á la sazón cabalmente el tañedor de laúd mas sobresaliente que se conocia; y contesta: «O príncipe de los creyentes, nunca saludó mis oídos cántico tan peregrino, y si á lo lejos percibimos tan solo la mitad de sus primores, ¿qué no sucederá al escucharlos de cerca y por entero?» El califa, de suyo apasionadísimo del sexo femenino, dice: «Ea, vamos á mostrarnos como huéspedes al dueño de la casa; quizás lograremos así ver á las cantarinas.»

Nos apeamos.... (así cabalmente lo refiere el Barmecida Jiafar).... de la navecilla, golpeamos á la puerta del edificio de donde salía el cántico, y pedimos por favor que nos franqueen la entrada. Asoma luego un mozo galán y despejado, y nos dice: «Bien venidos, señores; pasad adelante sin reparo.» Los interna por la casa, que estaba aislada; era la techumbre de los aposentos dorada toda, las paredes eran de piedra azulada, y nos condujeron á un salón con su sofá de ébano y marfil cubierto de colchoncillos y almohadones, en el cual habia hasta cinco señoritas sentadas, y hermosas como la misma luna. Las llama el mancebo y se levantan; se encara luego con Jiafar y le dice: «Caballero, no me cabe distinguir al principal entre vosotros, y el que lo sea puede colocarse el primero, y así los demás por su orden. Siéntase luego el califa, complacido con las finas espresiones de aquel mozo. Se van todos sentando, escepto Mesrur, que permanece en pié, y en ademán de sirviente; y entónces dice el mancebo: «Si lo teneis á bien, huéspedes míos, tomaréis algun sustento,» y en seguida dispone que traigan una mesa de chalandj (1).

(1) Arbol que se cria en la provincia de Yemen.

Asoman al punto cuatro esclavas galanas, con vasijas de cristal y de China doradas, en la mano, donde hay mantequillas regaladas, francolines y palominos; y en derredor de la mesa se leen estos versos:



« Porcelana linda,
De alegres juguetes,
En finos matices
Rie, halaga y brinda
Con roscas, molletes,
Merengues y bollos,
Pichones y pollos
Y ricas perdices,
Que el vivo apetito
Con gusto esquisito
Masca y paladea.
¿Quién no se recrea
Con los grande peces
Que alternan sus veces;

Legumbres y asados
En salza empapados;
Liebre en escabeche,
O bañada en leche;
O envuelta en harina
La tierna gallina,
Y algun rabanillo
De sabor vivillo....?
¡Oh vida preciosa
De boda gozosa,
En que blandamente
Con nuevo aliciente
Un dichoso día
Al otro nos guía!»

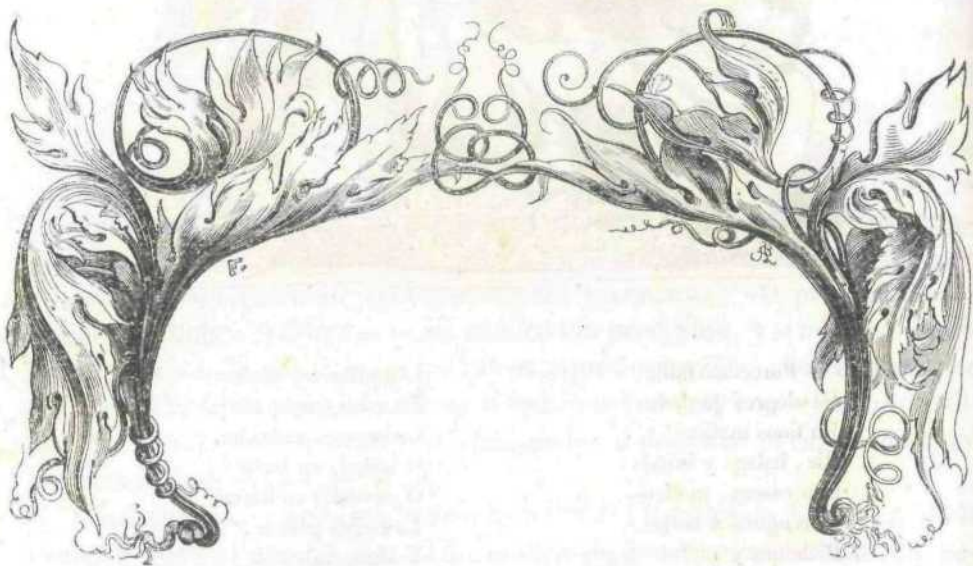
Comimos hasta saciarnos, y luego nos lavamos las manos con agua de rosa en jofainas de plata; y entónces nos dice el mancebo: «Os habeis portado como amigos, y ahora, si apeteceis algo, no teneis mas que manifestarlo y quedaréis servidos. Pregúntanle: «¿Va de veras ese ofrecimiento?» Y contesta: «Muchísimo.» Responden: «Nos ha traído á esta casa el embeleso de ese canto que hemos estado oyendo desde fuera, y así os suplicamos que nos proporcioneis el oírlo de cerca, y entónces, con el permiso de Dios, seguiremos nuestro camino. — Corriente, » responde, llama á una esclava y la encarga que vaya en busca de su dueña. Marcha, y á breve rato trae un ta-

burete chinesco cubierto con damasco griego ; siguióla una ninfa, como la luna en todo su esplendor , de hermosura nunca vista , la cual saluda y se sienta. Otra muchacha le alarga una funda de seda encarnada , de donde saca un laud , con realces de oro y perlas , y como dice el poeta :

« Al ajustarlo en su falda ,
Le infunde su propia vida ;
El laud todo es primores ;

Mas la cadencia esquisita
Que le da de sus sentidos
A cualquier oyente priva. »

Amanece , y Cheherazada calla hasta la noche siguiente.



NOCHE CCXCV.

Continúa el mismo relator : Toma el laud , se lo coloca en la falda , se inclina hácia él como una madre con su niño ; puntea las cuerdas y les saca un sonido como el de un rapazuelo que está llamando á su madre , entonando luego los versos siguientes :

« Objeto de mi cariño ,
Por fin vuelves á tu seno.
¡Ay prenda de mis entrañas!
Con razon te reconvengo.
Pero estás ya en mi presencia ,
Con este licor brindemos ,
Que pesares desaloja
Y los trueca en embeleso ;
Ven , que te ofrezco esta copa ,
Ven , zefirillo halagüeño...

Mas la luna llena asoma
Coronada de luceros.
¡Ay cuántas y cuántas noches
Brindé á la luna en su lleno ,
Al ir tras el ancho Tigris
A trasponer sus destellos.
Al yacer allá en su ocaso ,
Las aguas iba cubriendo
En grandiosa y ronca pompa ,
Con mil dorados reflejos. »

Al acabar su canto, prorumpe en tan amargo lloro que nos conmueve en extremo, teniéndonos enajenados con su hermosísima voz y presencia. El califa se encara inclinadamente con Ishak y le pregunta: «¿Qué es lo que has presenciado, Ishak?—O príncipe de los creyentes,» contesta, «su maestría es incomparable.» Luego el califa se puso á considerar al jóven, estrañando su jentileza tan linda, pero acompañada de amarillez tan suma como si estuviese moribundo; y le dice: «Mancebo,» y le contesta: «Mandad, príncipe de los creyentes...» (lo cual ocurrió ya durante el canto de la ninfa)... Insiste el califa: «Me alegrara de saber si esa amarillez es ya de nacimiento, ó bien de resultas de una enfermedad.—Príncipe de los creyentes,» contesta: «posteriormente me sobrevino.—¿Y cómo es eso? cuéntamelo, y quizás te proporcionaré algun alivio.—Oídme pues,» replica el mozo, «que voy á referiroslo. Sabed, ó príncipe de los creyentes, como soy un traficante de la ciudad de Aman; éralo tambien mi padre, muy acaudalado con su gran comercio marítimo, siendo de suyo sujeto fino, y me impuso en escribir y en cuanto debe saber principalmente el hombre.

«Hallábame sosegado en mi casa con varios negociantes, cuando llega mi criado y me dice: «Señor, hay un hombre á la puerta que os pide permiso para pasar adelante.» Le digo que no hay el menor inconveniente, y tras este recado, asoma el portador de un cesto cubierto sobre la cabeza y lo deja á mis piés en el suelo. Lo destapo y hallo en él varias frutas, le doy las gracias, y además de pagarle el importe, gratifico al portador. Voy repartiendo las frutas entre los circunstantes y pregunto al vendedor su procedencia. Me dicen que vienen de Basora, me espresan la ciudad y añaden que no hay otro Bagdad para amenidad halagüeña y vecindario culto. Con esto ya no tengo sosiego, ni puedo contener mi afán por visitar aquella ciudad; me pertrecho ante todo con bajel y jéneros por cien mil monedas, con esclavos y esclavas, ascendiendo mi caudal hasta un millon de dinares, además de la pedrería y joyería. Me embarco luego con todos mis haberes para Balsora, donde permanezco algun tiempo; vendo por fin el primer barco, tomo en seguida otro, y agolpo allá todas mis facultades para encaminarme á Bagdad. Al apearme allí, me informo del paradero de los negociantes, y me dicen que está en un barrio llamado Kork; voy allá, alquilo casa ostentosa, á donde traslado todas mis pertenencias, y vivo muy á mi placer. Un día viérnes acudo á la mezquita para orar, y luego salgo con mis jentes para un sitio llamado Kirn Aserat, donde veo una casa antigua, con su estanque dentro y una verja dorada. Se encaminan todos á la verja, y siguiendo yo el jentío, veo delante sentado un anciano gallardo y galanamente vestido, y entre mil perfumes, le baja sobre el pecho una barba blanquísima en dos ramas como plateadas; cuatro esclavas y cinco esclavos le rodean en ademan de servidumbre. Pregunto á los circunstantes: «¿Qué sujeto es ese?» y me contestan: «Es Zaher, hijo de Alas, que está dando de

beber á todo sediento en Bagdad; y cuantos se albergan en su recinto son dueños de comer, beber y visitar muchachas lindas.» Esclamo entónces: «¡Vive Dios, que esta misma es la casa que estoy buscando hace tiempo!»



Me acerco al anciano, le saludo y le digo: «Señor, traigo ante vos una súplica.» Y contesta: «Venga.» Se levanta, entro con él y le digo: «Caballero, quisiera ser vuestro huésped por esta noche.» Y me contesta: «Con mil amores; ve mirando, pues tengo muchas y lindísimas muchachas en casa, y escoje la mas sobresaliente para criada.» A lo cual respondo: «Vengo, señor mio, á morar con vos, y esto es lo que apetezco en vuestra casa.» Y en seguida le cuento hasta trescientas monedas por un mes cabal. Me conduce al baño, y luego á un aposento donde habia una dama, á quien dice el sirviente: «Aquí te traigo este huésped.» Acude la ninfa, me hace sentar á su lado, y manda á las esclavas que la rodean que me traigan de comer y de beber. Traen con efecto una mesa cubierta de esquisitos manjares, con un letrero en verso del tenor siguiente:

«Dí si gustas de un gran trozo
De tiernísimo carnero
Empapado en rosa, en ambar

Y en almizcle... si discreto
Fueres, come, come, come,
Y si no, serás un necio.»

«Traen vino, y entretanto la linda toma el laud y se pone á cantar; en esto la dejo, voy-á otra, y así voy siguiendo hasta que llego á la mas primorosa, que era el portento de los portentos en beldad y atractivo. Una tarde oigo grandísimo bullicio, pregunto la causa y me dicen que el vecindario todo está yendo á holgarse por las márgenes del rio. Entónces prorumpo el anciano: «Hijo mio, si te acomoda, desde aquí mismo puedes verlo todo.» Subo con él al terrado, y desde allí estoy viendo el torrente del jentío con antorchas y bachas de cera; me adelanto al extremo del terrado y descubro la hermosísima fachada de un edificio grandioso; habia en medio del salon un sofá de madera de ciprés con realces de oro, y sus correspondientes colchoncillos y almohadones, y sentada en medio una beldad cual



jamás habia llegado á verla. Tenia á su lado un mancebo con el brazo enroscado á su cuello y besándola repetidamente. Al presenciar aquel objeto, ó príncipe de los creyentes, ya no fuí dueño de mí mismo ni supe donde me hallaba, tan incomparable era aquella diosa. Bajo del terrado, me informo de mi muchacha y le pregunto: «Quién será una niña tan linda que me tiene desvanecida la cabeza?» Se echa á reir la preguntada y contesta: «¿Tendrías tambien impulsos de tenderle el brazo al cuello y estarla besando?» Y replico: «Sí por cierto, aun cuando fuese á costa de mi vida.» A lo cual me

dice : « Esa es la hija de Zaher y nuestra dueña , pues todas nosotras somos sus esclavas ; ¿ sabes acaso lo que cuestan sus besos y demás ? pues hasta quinientas monedas , y estas le salen del alma á todo tratante . » Entónces recapacité : « Vive Dios , que voy á echar el resto con ella . » Jamás acababa de amanecer , y entónces paso al baño , me engalano con un vestido lujosísimo cuajado de oro y pedrería y me encamino al anciano . Me da la bienvenida y me pregunta qué se me ofrece . Dígole : « ¿ Pudiera yo disfrutar por sirvienta á la niña ? » Y contesta : « Desde luego ; ¿ pero aventurarás la cantidad ? » le respondo que sí , trayéndole en seguida quince mil monedas por un mes entero . Manda luego á un sirviente : « Anda y llévale al señor tu dueña Zahra . » Aquel me lleva á una vivienda que no tiene igual en el orbe , y al llegar y ver sentada allí mi beldad , me postro ante el Altísimo , dándole gracias por aquella criatura tan encantadora , pues en verdad que estaba tan lozana y peregrina como dice allá el poeta :



« Cuando con el sol quisiera
Competir en clara lumbré,
Al nuevo ídolo comiera
Con afán la muchedumbre ;
Si en el golfo se espejara ,
Toda su ingrata salumbre

En dulzura se trocara ,
Y si al ocaso un viandante
Encaminada la hallara ,
Enajenado al instante
Su rumbo oriental dejara »

« En suma , príncipe de los creyentes , » continuó el mancebo , « no cabe ponderación para su hermosura . Al saludarla , se levanta , dándome repetidamente la bienvenida ; la veo andar , y su garbo está brotando gracejos y primores , y bien-haya mil veces quien los trajo al mundo . Me siento á su lado , y manda á sus esclavas que apronten un banquete . Asoman cuatro muchachas con una mesa cuajada de manjares , cuales tan solo campean en aparato rejio , y nos la colocan delante . Empiezo á comer tan regaladamente que vengo á quedar luego absolutamente fuera de mí , cuando por fin saciados entrambos , nos lavamos las manos . Traen luego vino , y una esclava le alargaba un laud , que en seguida coloca y templea en su falda . Es el eco del laud tan afectuoso como la voz de un niño que está clamando por su madre , según aquello del poeta :

«Allá en la lóbrega noche
Vino esquisito bebemos,
Cuando el salteador acecha
Al incauto pasajero.
Al cantar, el laud estrecha
Contra el blanquísimo pecho,
Colgándole con donaire,

Y en vistoso bamboleo
Haciendo lindos juguetes
Los lazos de brazo y cuello;
Con ademán cariñoso
Halagando el instrumento,
Como madre que acaricia
En su falda al tierno hijuelo.»

«Fuí viviendo así, ó príncipe de los creyentes, de mes en mes, hasta dejar todo mi caudal apurado. Un día, estando en su compañía, me puse á cavilar sobre el modo de ponerme en franquía apartándome de su lado, y prorumpí en lágrimas. «¿Qué estás ahí llorando?» me dice, y le contesto: «Estoy aquí recapacitando, divina luz de mis ojos, acerca de nuestra separación;» y entónces me replica: «¿Y á qué viene eso de separarnos?» y le respondo: «¡Vive Dios que desde el punto en que nos juntamos, me está cobrando tu padre diariamente hasta quinientas monedas, y por fin volaron ya cuantas tenía! Dicen allá las jentes: «La pobreza hace á uno forastero en su patria, y el caudal vecino en la ajena.» Me contesta entónces: «Ten entendido que mi padre á todo tratante que consumió aquí sus haberes, suele regalarle hasta tres días, y luego lo despide; pero tú nada temas, pues yo lo dispondré todo de manera que no tengamos que separarnos. Sabe tambien que es mi padre tan rico cuanto solo Dios lo sabe; mientras descansa y me da á guardar su dinero, en mi mauo está el darte quinientas monedas diarias, las mismas que tú le aprontas; y así, como me las entrega, te las devuelvo puntualmente, y así eres árbitro de permanecer conmigo mientras Dios quiera.» Al oír esto, príncipe de los creyentes, me levanto y le beso la mano, y seguimos así viviendo por un año entero, hasta que por fin dispuso Dios nuestro desvío, pues la hermosa atropelló enfurecidamente á una esclava, y esta le dijo: «Me has lastimado con tus golpes, y vive el Dios Altísimo, que voy á desagraviarme apesadumbrándote de muerte;» y en seguida se encamina al padre, y le relata su historia desde el principio hasta el fin. Al oírla el padre, se dispara contra mí prorumpiendo: «O Aman, es costumbre entre nosotros, cuando alguien empobrece, regalarle hasta tres días mas, ¡y tú has estado disfrutando esta conveniencia por un año entero!» Manda luego á un sirviente: «Anda, arroja su ropa fuera de casa.» Hízolo así, dándome una ropa, en vez de la mia, tan ruin y andrajosa, que no valia nada, y me despedí con diez monedas. Me dice entónces el anciano: «Ni te apalearé, ni te haré el menor daño, sigue allá tu camino, márchate de este país, y jamás te acuerdes ya mas de nosotros, so pena de apearte la cabeza del cuello.» Así tuve que irme, sin saber á dónde.

«Con tamaña pesadumbre, el orbe entero se me vino encima, recapacitando el caudal que habia traído, pues habia salido de mi casa con un millon de monedas, consumidas todas en el albergue de aquel anciano malvado,

y de donde tenia que marcharme exhausto y desesperado. No cabe arrimo ni arbitrio, fuera del Señor, siempre altísimo. Estremado fué por tres dias mi quebranto en Bagdad, sin comer ni beber lo mas mínimo. Al cuarto dia, veo



un bajel que da la vela para Basora, y me embarco dando mis diez monedas por el pasaje. Llegado á Basora, voy al mercado, me encamino á un hortelano que me conocia anteriormente, se levanta, me abraza y pregunta cómo me va, pues me ve tan pobrísimamente vestido. Le cuento mi historia y me dice: «Señor, no hay extravío para un hombre de entendimiento,» y me sigue preguntando cuál era mi intento, á lo cual le contesto: «Vive Dios que no lo sé. — Encárgate de mis cuentas,» me responde, «y te doy, además del mantenimiento, un par de monedillas al dia,» y le replico: «Pues corrientemente, cúmplase la voluntad del Dios Altísimo.» Permanezco allí con él hasta que recojo hasta cien monedas, y entónces alquilo una chocilla, sobre el embarcadero del rio, esperando algun barco que haga vela para Bagdad.

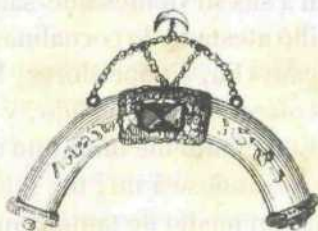


NOCHE CCXCVI.

Llega por fin un bajel cargado de mercancías, acude á comprar todo el señorío del pais, y me barajo con la concurrencia. Asoman dos pasajeros de la nave, les ofrecen asientos, y los admiten. Se les adelantan compradores, los saludan y luego encargan á sus sirvientes que saquen y extiendan alfombras; y luego traen un saquillo atestado de cornalinas, granates y todo jénero de esquisita pedrería, y vocean: «Ea, compradores, hoy no se vende mas que esto.» Van los compradores ofreciendo y pujando, y emplearon hasta cuatrocientas monedas mayores. Entretanto me mira uno de los compradores, que me conoce de antemano, y llegándose á mí, me saluda. En seguida me pregunta: «¿Cómo tú no chistas en medio de tanto comprador?» Y le contesto: «Todos los fracasos del mundo se me abalanzaron y me imposibilitan de todo punto, y así solo me hallo con cien monedillas porque así lo quiere mi estrella.» Avergonzéme con esto en tanto grado, que prorumpí en llanto, y al verme en aquel desamparo, se condolió y lloró conmigo. Vuelto en seguida á sus compañeros, exclamó: «Sedme testigos de que vendo á este Aman esa alfombra con todo lo que contiene por cien monedas, aunque me consta que vale el doble, pero se la cedo de buena voluntad; le deseo mil felicidades,» y los compradores todos le celebran aquella jenerosidad. Tomo la hermosa alfombra con la pedrería, me encamino al mercado de las joyas, y sigo comerciando por un año. Es el caso que habia entre las perlas un amatorio de coral, en el cual habia escrito un ensalmo, que yo no entiendo, con rasgos tan sutiles como allá las patitas de una abeja. Tomo el amatorio, se lo entrego á un corredor, y despues de algun tiempo, me lo devuelve y dice: «¿Lo das por diez monedas?—No por cierto;» le respondo, «no haré tal.» Y me lo devuelve. Se marcha, lo llamo otro dia, y me viene diciendo si se lo doy por cinco. Se lo arrebató y lo tiro, y estando allí otro dia, se llega un viajan-

te, nos saludamos, y me dice : «Permite que me entere cabalmente de cuanto tienes.—Corriente,» le respondo, «ahí lo tienes.» Me desazono al ver que todo lo pasa de largo, parándose muy complacidamente tan solo en el amatorio, mirándolo con ahinco y besándose sus propias manos. Me pregunta : «¿Cuánto?» Le contesto : «¿Cuánto traes encima?» y me dice : «Hasta veinte monedas,» y le replico : «Déjalo estar, y sigue tu camino.» Prorrumpe entónces : «¿Me lo das por quince monedas mayores?» Con esto conceptúo que me está escarneciendo y le digo : «Déjame en paz y no te andes mofando, pues no tienen aquí cabida las chanzas;» á lo cual me contesta : «¿Lo vendes por ciento?... por doscientas, trescientas, quinientas?... ¿por mil?» y habla así riendo, y por tanto me persuado de que chancea. Puja todavía á las mil, y es tal mi enojo que ni siquiera le contesto. Prorrumpe al fin : «¿Me lo das por veinte mil?» Entónces suelto la carcajada y me estoy mofando á costa suya. Acude el jentío del mercado y clama : «Véndeselo, y si no te lo paga, nos alborotamos todos contra él y lo echamos de la ciudad.»

El albor interrumpe la narrativa, y se continúa la noche inmediata en los términos siguientes :



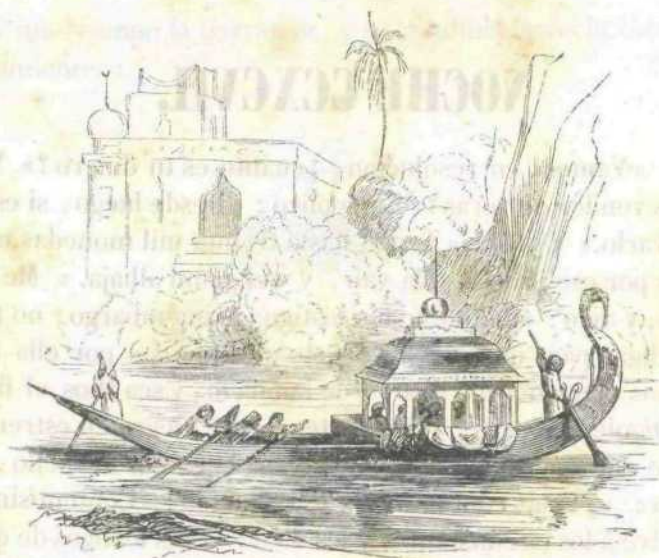


NOCHE CCXCVII.

«Díjele : «Vamos , en resolucíon , ¿cuánto es tu dinero?» Y contesta : «¿Lo quieres vender de veras?» Le replicó : «Desde luego , si estás en ánimo de comprarlo.» Y dice : «Tengo hasta treinta mil monedas mayores ; si me lo vendes por ese precio , allá van , y venga mi alhaja . » Me encaro con los presentes , y digo : «Sedme todos testigos ; sin embargo , no te la vendo sin que me digas para qué sirve , puesto que me das por ella tanto dinero.—Cerremos el trato ,» me dice , «de buena fe , y sea Dios el fiador de tu honradez.» Dígole entónces : «Corriente...» Se alegra en extremo , saca su dinero , me lo entrega , toma su amatorio , se lo cuelga al cuello , y me pregunta todavía : «¿Estás contento?» y le respondo : «Contentísimo.» Y entónces se vuelve á los circunstantes y les dice : «Sois testigos de que está satisfecho y tomó el importe ;» y luego se encara conmigo y prorrumpe : «Por el Dios Altísimo , que si me pides mas , te doy hasta cien mil , y aun doscientas ó trescientas mil monedas.» Al oír esto , como si despertase de un sueño , se me arrebató la sangre , me fluye por ojos y por boca , y desde entónces , así lo dispuso Dios , que alabado sea , he venido á quedar tan macilento. Le pregunto en seguida á qué conduce ; y me contesta : «Hijo mio , oye mi historia.»

«Se agolpan luego sobre nosotros mas de mil personas , y dice : «Sabed como Casimiro , el gran rey de Yemen , poseedor de un tercio del orbe , es padre de la hija mas hermosa que hay en todo el ámbito del globo ; y esta linda muchacha cayó gravemente enferma. Manda el rey venir á los astrólogos

para curarla. Dícele uno de los circunstantes : «Señor, conozco á un hombre llamado Abd Alá, de Babilonia, consumado en sabiduría para restablecer á todo desahuciado, y si os place, enviadme en su busca.» El rey le da una gran cornalina y cien monedas, marcha allá y le entrega su regalo. Lo recibe y está siete meses cabales astrologueando, hasta que por fin halla la hora propicia para entallar con toda su maestría este ensalmo del amatorio. Lo toma el enviado y se lo trae al rey, quien se lo cuelga á la hija. Estaba engarzado en cuatro cadenas; todas las noches se quedaba un hombre junto á ella en vela y lo mataban á la mañana siguiente. Desde aquel punto, por la voluntad del Altísimo, sanó la niña sin asomo de mas achaque. Gozosísimo el rey, fué agasajando á sus palaciegos, y todos sus vasallos le enviaron miles de parabienes. En esto la princesa quiere salir un dia por la orilla del rio á holgarse con sus esclavas, y una de ellas jugueteando le alarga la mano y le tira al agua el dije. Desmáyase la princesa y recae enferma como antes. Sá-



belo el rey, me carga de dinero y me envia en pos del anciano tras nuevo ensalmo, y cuando llego allá, muere á muy poco. ¡Así Dios se le apiade! El rey nos envia hasta diez mensajeros acá y acullá con mucho caudal en su busca, hasta que mi dicha me trae aquí para tropezar contigo.» Tras estas palabras carga con su alhaja y desaparece. Con que así, príncipe de los creyentes, quedas ya enterado del motivo de mi palidez. Regreso á Bagdad con mi dinero, y recobro mi antigua casa. A la madrugada me encamino á la casa de Zaher, hijo de Alas, esperanzado de ver á mi querida. Llego y veo cerradas las ventanas. Permanezco un rato cavilando sobre mi situacion y

el poderío de la suerte, y se aparece un sirviente. Le pregunto en qué ha parado el dueño de aquella casa, y me responde: «¿Mi tio? ¿Se marchó al regazo del Altísimo.» Insisto: «¿Y qué es lo que ha dispuesto por vía de arrepentimiento?» y me contesta: «Hace algunos años que tuvimos á un hombre llamado Abul Hasan de Aman, que estaba enamorado de su hija, la cual, con el malogro de su amante, enfermó en términos que estuvo para fallecer de pesadumbre.»

Advierte aquí Cheherazada el asomo del día, y deja la narracion para la noche siguiente:



NOCHE CCXCVIII.

«Continúa el sirviente: «La niña se franqueó con el padre, quien al punto envió mensajeros por donde quiera en su busca, ofreciendo hasta cien mil monedas por el hallazgo; pero nadie daba razón, ni asomó la menor huella de sus pasos. Con esto se agravaba mas y mas la niña, y vino luego á quedar asomada al sepulcro. Comprara el padre gustoso el recobro de su hija con el importe de mil beldades, y acudió al Dios Altísimo.» En esto digo al sirviente: «Qué te parecerá, si hay quien te manifieste al mismo Abul Hasan?» Y contesta: «Te lo suplico por el mismo Dios, ayúdame y acompáñame con tus plegarias en tan suma desdicha.» Le contesto: «Vuelve adentro, y participa como Abul Hasan de Aman se halla á la puerta, y le envía saludes.» Pero él esclama: «¿Qué estás ahí hablando? dime por Dios la verdad.—Vete adentro y cumple mi encargo,» le digo; y entónces se marcha á carrera, cual un potro desuncido; y á poco rato asoma con el anciano. No bien me ve, cuando me saluda, me abraza y me dice: «¡Alabado sea el Señor que así te conserva!» Entro con él en la casa, entrega al mozo las mil monedas y acude á mí, me abraza una y mil veces y prorrumpe: «¡Alabado sea el Señor que te me ha conservado! ¿y dónde has estado, hijo mio?

Tu desvio ha sido muerte para mi hija ; ven conmigo. » Y me lleva á su vivienda. Me manda sentar , se encara con su hija y le dice : «Hija mia , el Señor te salva de esa dolencia ; » y le contesta : «¡ Ay padre mio ! no hay sa-



nidad para mí ciertamente mientras no se reaparezca el querido de mis entrañas ; ¡ ay , si lograra echar todavía una mirada sobre su rostro ! » Y le replica : « Queda á mi cargo el juntarte con tu adorado ; por ahora vete al baño y come algo. » Al oir estas palabras , clama toda trémula de zozobra : « ¿ Me decis la verdad ? » Y en seguida manda el anciano al criado ande por el caballero recién llegado , quien viene en busca mia y entra conmigo. Me adelanto , me ve la hermosa y se desmaya , y apenas vuelve en sí , ó príncipe de los creyentes , suspira entrañablemente y prorrumpe en estos versos :

« ¡ Ay de mí ! que al verle en vida ,
Toda el alma se estremece ,
Y de júbilo enmudece. »

« Se incorpora y esclama : « ¡ Ay dueño mio ! ¡ Así Dios me salve ! estaba creyendo que te veía en sueños. » Me abraza y llora desaladamente. En seguida dice al padre : « Andad y hacedme traer alguna comida. » El padre , en extremo complacido , le apronta comida y bebida , y tomamos de uno y de otro. Le clavo la vista un rato , y su hermosura y atractivo reviven de repente. Entónces llamando al cadí con los testigos , nos junta en desposorio , y es ahora , ó príncipe de los creyentes , mi consorte , teniendo ya de ella un niño. » Lo hace venir al momento , y es tan hermoso como la misma luna en el oriente , el cual besando la tierra ante el califa , lo alza este , y alaba á Dios por su lindeza.

Advierte Cheherazada el asomo del alba y calla.



NOCHE CCIC.

El califa, muy complacido con la referida historia, se levanta, y dice á Jiafar : « ¡ Vive Dios que es el caso portentoso ! » Se marchan luego al palacio del califa, y la madrugada siguiente, sentado este en el solio, llama á Mesrur, y le encarga aprontar el dinero para tres envios, uno de Bagdad, otro de Arsan, y el tercero de Basora, hacinando así tal suma que solo Dios pudiera contarla; y entónces manda á Jiafar que llame al mancebo. Anda allá, golpea en la puerta, y al salir él mismo á recibirlo, le dice : « El príncipe de los creyentes me envia á llamarte. » Al presentársele con Jiafar, besa la tierra y se le acerca todo trémulo con los brazos caidos, temeroso de haber ofendido en algo al califa, cuyo reinado perpetúe el Señor y siga derramándole sus bendiciones. Mándale el califa que levante el paño ú cubierta que tapa el dinero y se lo lleve. Hácelo el mozo, y se estremece al ver tanto caudal y calla. Dícele el califa : « Te regalo ese dinero en compensacion de la pérdida del amatorio. » Contéstale el mancebo : « Príncipe de los creyentes, eso es mas que el doble de todo aquello. » Pero el califa se encara con los circunstantes y prorrumpe : « Sedme testigos de como regalo ese caudal á este mozo ; » el cual se adelanta y vuelve á besar la tierra y calla ; llora luego de empacho, bañando mas y mas sus mejillas ; y entónces, por permiso del Altísimo, le vuelve la sangre al rostro, que se le ensancha como la luna llena. Al verlo el príncipe de los creyentes, le dice. « No hay mas Dios que Dios ; bendito sea el Sempiterno é Inmutable ; no hay mas que mirarse en ese espejo. » Al verse con su rostro renovado, se postra ante el Señor, y tributa luego gracias al señor nuestro Harun Alraschid, príncipe de los creyentes. Dice entónces el califa : « Por la potestad del Señor y su esencia bienhechora, no tomo la menor moneda de ese caudal. Todo te lo franqueo, y no cabe retraer un regalo. » Traslada el dinero á su casa, lo emplea con sus menes-

teres, y vive con regocijo, desahogo y satisfaccion, hasta que el supremo Hacedor dispuso de su existencia.

Pero ¿de qué sirve todo eso en parangon de la

HISTORIA DE HAYAT ALNUFA CON ARDCHIR.

Refieren individualmente... pero Dios es quien sabe todas las interioridades de lo pasado, presente y venidero de la historia de los pueblos... que hubo en siglos remotos un sultan poderosísimo en tropas y esclavos; tenia un hijo único, llamado Ardechir, tan galan y despejado, con tantas perfecciones cuales nadie habia visto. Era aficionadísimo á la caza, y un dia estando en ella, tropieza con una caravana cuyo caudillo era arrogante mozo, del cual prendándose el príncipe, dice á uno de sus dependientes: «Anda y tráeme á ese hombre.» Corre con su embajada y le dice: «El príncipe me envia para que vengas.» Contesta el caudillo: «Obedezco.» En esto se engalana y se habilita, toma preciosos regalos y acompaña al sirviente del príncipe. Llega, besa la tierra, le desea dilatada vida, y le alarga sus regalos. Lo agradece el príncipe, lo hace sentar consigo y le trata familiarmente. Pregúntale luego: «¿De qué pais vienes, y con qué motivo?» Contéstale: «Vengo, señor, de la India, en busca de consuelo y de esparcimiento.» Replica el príncipe: «¿Y por qué causa necesitas uno y otro? — Señor,» le replica, «es muy portentosa la historia mia y de ella procede mi desventura.»

Tras estas palabras saca de su maleta un trozo de tela de seda; míralo el príncipe y se encuentra con el retrato de una muchacha lindísima. Tenia los dedos de la mano izquierda sobre el cuello, y la derecha descolgada contra el muslo, centellando su rostro como la misma luna. Estaba como hablando y haciendo señas á quien la miraba. Al mirarla el príncipe Ardechir, queda



abrasado en su interior, y pregunta: «¡Ay amigo, ¿de dónde conoces á esta niña?» y responde: «Señor, os ruego ante Dios que no atizeis el fuego de mi corazón, ni aviveis los dolores que me traspasan; pero en suma, si lo apeteceis, ahí está, tomadla.» Esclama el príncipe: «¡Vive Dios que he de hacerme con el orijinal de este retrato, de ningún otro hago caso, y voy á peregrinar tras él por todo el orbe!» Y pregunta luego al extranjero: «Cómo se llama esa niña?» y contesta: «Sobre la cabeza del retrato está el nombre.» Lo mira el príncipe y halla: «Hayat Alnufa, hija del rey Kader, señor de la ciudad blanca.» Leído el letrado, se enajena é inflama todo. El padre, que lo ve tan calenturiento por aquel retrato, le dice: «Sosiégate, hijo mío, pues voy á enviar una embajada á su padre; y si la niega, marchó allá con una hueste tan crecida que llegando ya la vanguardia, esté todavía aquí la retaguardia.» Llama tras esto el rey á su visir (pues el príncipe le manifiesta que, sin esta diligencia, fenece irremisiblemente), y le dice: «Te voy á enviar ahora mismo al rey Kader, por cuanto eres discreto y despejado, á pedirle su hija para mi muchacho.» El visir se prepara, se pone en marcha, y el rey lo avia con tantísimo regalo que no hay lengua para describirlo; y viajando día y noche por yermos y bosques, hasta que llega al mismo rey Kader, no para un instante. Se adelantan los guías y luego vuelven y lo presentan al rey con los regalos que trae. El rey lo está obsequiando espléndidamente por tres días, y al cuarto lo manda llamar; y tras un breve coloquio, le dice el visir: «O rey, vengo en nombre del poderosísimo soberano de la tierra en ancho y largo, y por su hijo Ardchir, resplandeciente como la luna, en demanda de tu hija.» Al oír el rey esta arenga, se queda un rato perplejo, doblega un tanto la cabeza, y luego prorumpe encarándose con un palaciego: «Kafur, anda á mi hija Hayat Alnufa, salúdala cariñosamente de mi parte y dile: «Tu padre me envía á ti para manifestarte cómo uno de los mayores potentados de la tierra se te brinda por esposo; ¿qué dices á esto?» Entérate bien de su contestación, y tráemela al punto.» Va allá Kafur y le dice: «No cabe amparo ni poderío fuera del Altísimo y Todopoderoso. ¡Vive Dios que no me quedan sino dos dientes para comer!» Aborrecía tantísimo la princesa á los hombres que cuantas veces se aparecía Kafur, en nombre de su padre, á fin de explorar su albedrío acerca de algún desposorio, se le abalanzaba y le destruía dos dientes, y eran ya estos los únicos que le quedaban. Al asomar á su aposento, se paró á recapacitar sobre si pasaría ó no adelante. Se acababa de levantar la princesa, y estaba pidiendo á las sirvientas que le trajeran sus chinelas doradas con reales de perlas. Ve acercarse al mensajero y huye clamando: «Alto ahí, pues si te acercas, me arrojó á tu cara y te quedas sin tus dos dientes restantes.» Y en seguida manda á sus criadas que lo afianzen, pero él acude al rey todo fuera de sí. Pregúntale el rey: «¿Qué te sucede?» y le contesta: «Señor, á muchísima dicha salvé mis dos dientes restantes.» Entónces se vuelve el rey al visir y le dice:

«Ya tú lo has presenciado todo, y así discúlpalos con tu señor, diciéndole que mi hija no gusta absolutamente de hombres, y que no quiere casarse, y cuando yo tratase de precisarla, se quitaría la vida.» Regresa con esto el visir á su país con el malogro de su intento; y este fué el resultado. Entretanto el príncipe Ardchir, tras la salida del visir, se habia encerrado en su vivienda, y desde la primera noche le arde el interior, se le enciende mas y mas con sus anhelos, se tiende en su lecho sin que pueda comer ni beber, y al yacer allí postrado de quebranto, sus lágrimas, á manera de lluvia, le bañan el rostro. En medio de su desconsuelo prorumpe en estos versos:

«Corazon desesperado,
Siempre, siempre te anochece
Con horror;
Y en vaiven tan estremado,
Siempre, siempre se encrucece
Tu dolor.
Pregunta á la noche oscura,
En medio de lloro tanto
Que me anega,
Cuál será mi desventura
Y este bárbaro quebranto
Que me ciega;

Y en el triste desamparo
Que ya mas y mas me acosa,
El firmamento,
Antes para mí tan claro,
Sin arrimo y sin esposa,
Me da tormento;
Pues las estrellas,
Siempre tan bellas,
Ya en mi delirio
Tanto me oculta
Que me sepulta
En la atroz lobreguez de mi martirio.»

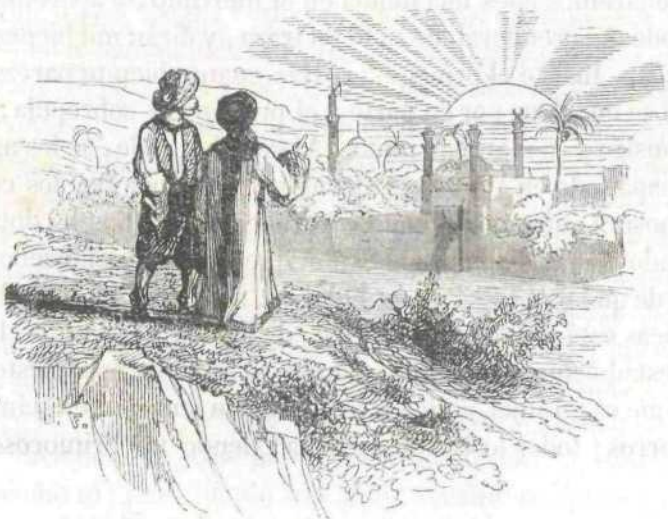
Dichos estos versos, se pone á suspirar sin consuelo, y luego se desmaya; vuelto en sí, se encara ahincadamente con el lucero de la mañana, se levanta luego y se viste. Advierte el criado que el príncipe irgue la cabeza, y patentiza su quebranto mortal en el semblante, y de lástima le ofrece juntarlo con su querida. Viaja entretanto el visir día y noche hasta que llega á su patria y pasa al punto á presentarse al rey; besa el suelo, y le da cuenta de todo desde el principio hasta el fin. Enterado el rey, se sienta, luego se levanta y prorumpe: «¡Qué un hombre como yo envíe un mensajero por algun objeto y haya de quedar chasqueado!» Llama al aposentador y le dice: «Saca las tiendas de los almacenes y convoca al punto los guerreros para salir á campaña. Voy á arrasar su vivienda borrando hasta sus huellas, saquear sus preciosidades, rendir sus tropas y cautivar su familia.» Oye el príncipe Ardchir, que se halla junto al padre, estas palabras, y constándole que es un sultan poderosísimo, infiere que con efecto ha de ir con sus tropas y esclavos á rendir y asolar el país, y borrando hasta sus huellas, aprisionar su familia; pero le asalta la zozobra de que por aquel medio ha de airar á la princesa, que se quite la vida y frustre así su anhelado intento. Se acerca al padre, besa la tierra, y dice: «O gran rey, no salgas á campaña con tus valientes, ni malogres infructuosamente vidas y haberes, pues trato de galantear por otro rumbo á la niña.—¿Qué harémos pues?» le dice el rey; y le responde: «Iré de mercader y veré de llegar por este medio á su presencia.»

El rey le replica : «Puesto que así lo quieres , carga con cuantas preciosidades apetezcas , y lleva al visir contigo para que te ayude al logro del intento.» Dale el rey trescientas mil monedas , pasa á su joyería y le da por igual valor de preciosidades. Va á despedirse de la madre y le da hasta cien mil monedas , con igual importe de galas y perlas. Dice á Dios á los padres , y el rey manda aprontar camellos para el avio , y dispone que los sirvientes tambien se vistan de tratantes ; y luego el príncipe y el visir viajan dia y noche por yermos y selvas. Su pasion va recreciendo con el dilatado viaje , y prorrumpe en estos versos :

« Ya que en el amor se cifran
Mi zozobra y mi tormento ,
Y que nadie me franquea
A mi suerte contraresto ,
Clavo mi vista anhelante
En los preciosos luceros ,
Y el alba me encuentra siempre
Abrasado en devaneos.
Pero juro , vida mia ,
Que no cesaré un momento ,

En medio de mi martirio ,
De adorarte con extremo ,
Aunque mis párpados nunca
Se rindan al blando sueño ,
Y que se enconen mis penas
Y amaine mi sufrimiento.
Veagan , vengan pues quebrantos
Hasta que el Númen supremo
Nos enlace , y de enemigos
Y de envidiosos triunfemos.»

Concluidos los versos , llora mas y mas de pasion amorosa ; lo advierte el visir , se le acerca y le ofrece el cumplimiento de sus anhelos ; lo va sosteniendo y consolando por todo el camino , hasta que al fin una madrugada asoma el sol y centellea en la ciudad , que es el paradero del viaje ; regocíjase el príncipe en extremo , y se esplaya con los versos siguientes :



« ¡Ay amigo! voy pensando
En pos de mi dulce dueño,
Con mil suspiros y lloros
Al par de un huérfano tierno,
Y de noche me acompañan
Pichoncillos sin consuelo.
Me estás viendo día y noche

Un mar de lágrimas hecho;
Vaya en paz que ya llegamos
Al ansiado paradero;
¡ Así el zefirillo blando
Nos traiga, en soplo halagüeño,
De la tórtola el arrullo
Con amorosos acentos. »



No cabia un instante de espera al príncipe para llegar á la ciudad que estaba tan cerca. Llegan, preguntan por la posada de los mercaderes; les dan razon, y se apean allí con sus jéneros para descansar. El visir, afanado por el interés del príncipe, determina hospedarlo en el bazar, y le dice: « Ten entendido, hijo mío, que cuanto menos paremos aquí, nos hará mas al caso, y se me ofrece una ocurrencia, que, con la voluntad del Señor, nos ha de tener mucha cuenta. » Y el príncipe le contesta: « Así será, visir; haz lo que te parezca mas acertado, que Dios estará contigo. » Replicale el visir: « Alquilarémos pues una tienda en el mercado, y aparentaré que eres hijo mío; todos se prenderán de tu linda traza, y dirán mil bienes de ti por la ciudad entera. » Insiste el príncipe: « Haz cuanto bien te parezca. » El visir se esmera y se engalana por su parte; el príncipe le sobrepuja, toman mil monedas consigo y se marchan juntos. Al salir á la calle, se les agolpa el jentío y se empapa todo en almizcle y alcanfor. Se embelesan los compradores con la hermosura, afluencia y rejio señorío con que Dios ha dotado al príncipe, diciendo: « ¡ Alabado sea el Señor que crió este mancebo! ¿ de quién será hijo? ¿ de qué pais? Ese no es hombre, sino un ángel verdadero. » En todas las bocas está sonando el príncipe, diciendo: « Vaya que el portero del paraíso ha estado muy soñoliento cuando se le ha escapado este individuo. — «Vamos que es un ángel, » dice otro. — « Es un jenio. » Le están de continuo haciendo corros; todos le clavan la vista, siendo tan primoroso como dice el poeta:

«O tú que en amor enciendes
 Con esa beldad que endiosa
 La humanidad, y avergüenza
 Al vulgo con tanta gloria;
 De barro y agua es el hombre,
 Pero á ti solo te forman
 Ráfagas de pura lumbre.
 Si hablas, se aumenta mi anhelo,

Y si callas, mi zozobra
 De que enmudezca tu lengua
 El arcánjel, que en custodia
 El Eterno Paraíso
 Tiene, estaria en modorra,
 Cuando de allá te robaron
 Con reserva misteriosa.»

Llegan al bazar, y saliéndoles al encuentro un anciano respetable, les dice: «Señores míos, ¿quién es este mancebo?» Pregúntale el visir: «¿Quién sois vos?» y le contesta: «Soy el inspector de este mercado.» Y entónces le dice el visir: «Este mozo es hijo mio, con el cual estoy viajando por todos los países, y en cada ciudad populosa me detengo un año, para que se entere del comercio y de las costumbres de cada vecindario. — Muy bien, » replica, y manda disponerles una tienda en el sitio mas aparente. Encarga el visir á sus sirvientes que la asean y traigan un gran colchon del valor de diez mil monedas, cubriéndolo luego con una alfombra salpicada de oro, con respaldo de tafílete y adornado con plumajes de avestruz. Estaba el visir delante del príncipe, rodeándolo otros muchachos como gacelas. Sobresalia el príncipe como la luna entre luceros y cual pimpollo sobre la rama, y la hermosura le daba realce por donde quiera. Encárgale el visir que guarde el secreto hasta recabar el logro de su intento, dejándolo solo en la tienda, y se marcha á casa. Apenas asomó al bazar, acudieron todos al hermoso príncipe, y al momento cundió por toda la ciudad su nombradía y se agolparon mas y mas á presenciar aquella belleza, atractivo, gallardía y agrado que crió el Señor; y tantísimo fué luego el jentío, no de compradores y vendedores, en aquel mercado, sino de mirones en busca del príncipe, que se puso absolutamente intransitable. Estaba tambien el príncipe mirando acá y acullá por si lograba adquirir alguna noticia de su querida, pero en vano, con lo cual le encarnó tanto el pesar amoroso, que jamás gozaba de los halagos del sueño, sin atreverse al mismo tiempo á informarse de su dueño del alma.

Hallándose un dia acongojado y pensativo en su tienda, con la zozobra de que fuesen infructuosos sus conatos, y sin saber cómo entablar el primer paso, asoma una anciana con dos esclavos detrás, se para en la tienda, lo mira, se pasma de su hermosura y esclama: «¡Bien haya quien crió ese mozo dotándolo de tanto atractivo!» Tras estas palabras, se le arrima y lo saluda, y contestándole luego, le pregunta: «¿Eres de aquí mismo, amiguitito?» le responde: «No por cierto, madre mía; esta es la primera vez que visito la ciudad;» y le replica: «Va á quedar muy favorecida con tu presencia;» luego sigue diciendo: «¿Qué mercancías nos traes? y ensénamelas tan primorosas como tú, pues siendo tan lindo, cuanto traigas será lindísimo.» Pregúntale el príncipe: «¿Qué es lo que apeteceis?» Y le contesta: «Un vestido para una princesita, que es la reina de la hermosura.»

Al oír el príncipe el nombre de la princesa, palpita todo y enmudece; acude no obstante á los fardos y saca un vestido del valor de mil monedas de oro. Es muy del gusto de la anciana y pregunta: «¿Cuánto, primoroso?»



y responde: «Nada.» Le da las gracias la anciana, pero insiste con su pregunta, mas le contesta: «¡Vive Dios que nada os tomaré! pues os lo regalo, y alabado sea el Señor que te me ha dado á conocer; y luego si yo os necesitase, contaré con vos.» Se pasma la vieja con tan sumo desinterés, y le pregunta: «¿Cómo te llamas?» Respóndele: «Ardechir,» y replica: «Así suelen llamar los reyes á sus hijos, y ¿vienes tú aquí de tratante?» Replícale: «Mi padre por su cariño me llamó así, cuanto mas que el nombre nada supone.»

Vase con el vestido la anciana, atónita en el alma con la belleza, amabilidad, traza primorosa y desinterés del príncipe, llega á la princesa, besa el suelo y prorrumpe: «¡Ay soberana mia! aquí os traigo una preciosidad cual nunca la habeis visto.» Y le contesta: «Vamos á ver.» Saca el vestido y prosigue la anciana: «Desplegado y haceos cargo.» Así lo hace la princesa, y queda muy satisfecha, y luego esclama: «¡Ay, abuela mia! Lindísimo es el traje, y no lo he visto semejante.» Y contesta la anciana: «¡Ay soberana del alma! ¡si hubieseis visto al dueño de esta ropa! Así Dios me salve como es un galan cual nunca lo crió la tierra, con aquel rostro ovalado, aquellos ojos de ascuas, y tanto, tantísimo señorío, gallardo como un pimpollo florido que se mece con el ambiente, con un semblante de lucero... ¡Alabado sea Dios, criador altísimo, que lo sacó á luz de semilla exquisita!»

Al oír la princesa los piropos de la anciana, monta en ira y prorrumpe: «¡Ola caduca! ¿estás fuera de ti, ó careces de entendimiento? ¿acaso te

pregunto por esos primores y escelencias que vienes aquí á retratarme?» La anciana, temerosa del enojo de la princesa, contesta: «¡Por Dios santo! soberana mía, que yo tan solo quise deciros, que al preguntarle el precio del vestido, juró que nada absolutamente recibiría, que os lo enviaba de regalo, y por mas encarecidas que fueron mis instancias, no admitió moneda alguna.»

Pásmase la princesa al oír esto, y esclama: «Portentoso es el caso, pues los tratantes andan por el orbe tan solo en busca de dinero; y en suma, no corresponde el que nos sobrepuje en desinterés; con que marcha y llévale el importe de la ropa, y mira si tiene todavía alguna otra preciosidad mas peregrina.—Tu albedrío,» le dice la vieja, «es para mí un mandato;» y sin esperar mas razones se pone en movimiento. Asoma de nuevo por la tienda, y el príncipe, que no la esperaba ni aun para el día siguiente, se complace sobremanera en verla. Se levanta apenas se aparece la anciana, y le da la bienvenida. Dice ella entónces: «La princesa os envía el importe del vestido; con que tomadlo y ved si teneis otro primor mas esquisito.» Contesta el príncipe: «Corriente, pues tengo aquí otra preciosidad de mas quilates; y entretanto cargad vos con el valor del vestido, pues yo tengo jurado no tomar por él ni la menor moneda. Además, si la princesa no tiene á bien quedarse con la ropa, en todo caso guardad para vos el dinero.» En esto saca otro fardo, lo abre y manifiesta otro vestido, cuajado de perlas y de rubíes y záfiro, encarnados, azules y amarillos, del valor de un imperio; y al irlos descubriendo, queda todo el bazar iluminado con tanto diamante y pedrería. Embelesada queda la anciana con vestido tan esquisito, y esclama: «¡Vive Dios que esto es portentoso! ¿cuánto viene á costar este tesoro de perfecciones?» Y le responde: «Nada cuesta, cargad con él.» Dejémonos de razones,» replica, «y decidme cuál es su importe.» Insiste el príncipe: «Solo Dios lo sabe, mas por el Todopoderoso, que nada he de tomar por él, sino que lo envío de regalo á la princesa en agradecimiento del agasajo que disfruto en este país; esta gala le corresponde.» Al oír la anciana esta proposición, le dice: «¡Ay, amigo del alma! sabe que el pundonor es una prenda esclarecida, y cuanto tu dices y haces tendrá allá su móvil encubierto; con que franquéate conmigo sin reparo y desentráñame confiadamente ese misterio; quizá podré servirte de algun arrimo en tu situación.» El príncipe le ase entónces la mano, le refiere toda su historia, le confía su pasión á la princesa, mas no le manifiesta su estado de príncipe. Mueve la cabeza acá y acullá la anciana y prorrumpe: «Eso por de contado es la verdad; pero, hijo mio, eres un mercader todavía muy mozo, y estás ya poseyendo tantísimas preciosidades... vamos, no hay que ocultarme lo mas mínimo sobre lo que eres, pues te ostentas ó eres un mercader, á lo cual te recuerdo que, en subiendo un tratante el menor grado sobre su jerarquía, luego se estrella; y así, hijo del alma, enlázate con la hija de algun cadí, ó de un oficial, ó de un tratante de tu misma clase. Pero, hijo mio, ¿por dónde te cabe alzar la vista nada

menos que hasta la hija de todo un rey de estos tiempos, la perla del siglo; hasta una niña que ninguna noticia tiene de lo que es el mundo, que nada ha visto en su vida mas que el palacio y su aposento, en donde habita y es la ciudadela de su padre? Y aun cuando ella por arrogancia sea muy recatada, en medio de su despejo y lozanía juvenil, descuella en hermosura y sensatez, tanto que su padre, monarca poderosísimo, la antepone á los demás hijos, y al despertar todas las madrugadas, va desalado y en su busca y le besa el sonrosado rostro, y se atiene para todo á su dictámen; por lo mismo los palaciegos la temen sobremanera; por lo tanto tambien me guardaré muy bien de apuntarle la menor especie sobre el asunto; con que no me cabe, hijo mio, el servirte para con ella, por mas que en cuerpo y alma me esté condoliendo de tus quebrantos. Si en mi mano estuviese el enlazaros, por cierto que lo haria, aun con peligro de mi propia vida; y tambien si quisieras, te proporcionaria la señorita mas sobresaliente de la ciudad.» Contéstale el príncipe: «¿Dónde está su equivalente? y sabe Dios como se desvive mi corazon por ella. Esta pasion me acaba, estoy desesperanzado, y enloquezco de cariño. Por Dios, madre mia, compadeceos de un extranjero, y apiadaos de mis lamentos, pues colmado será mi agradecimiento.» Replicale la anciana: «Por Dios santo, hijo mio, que mi corazon se desgarrá por tu causa, pero nada alcanzo para complacerte.» Insiste el príncipe: «Madre mia, no requiero que habéis por mí, sino que lleveis un billete de mi parte.» Y contesta: «Escribe entónces lo que tuvieres por conveniente, que yo se lo llevaré.» A estas palabras, se regocija el príncipe, pide recado y escribe los versos siguientes:

«Princesa del alma mia,
Escuchad la canturia
De un amante que se ufana
Al miraros tan cercana.
Gozo y holganza
Era mi andanza,
Mas en el día
Solo agonía
Mi pecho siente;
Y sin embargo
No se arrepiente

Del trago amargo...
La noche toda
Paso en desvelo
Con el anhelo
De alegre boda,
Que mas y mas se desvia
Y encrudece el ansia mia.
Venga, venga ese consuelo
Que embalsame mi quebranto,
Y desgarre el denso velo
Que en mis ojos tiende el llanto.»

Cerró aquí Cheherazada su narracion para continuarla en la noche venidera.





NOCHE CCC.

Escritos los versos, pliega el billete, y se lo alarga á la anciana con una bolsa que contiene quinientas monedas, y estas palabras : «Allá va eso por la contestacion.» Al cerrarla le dice : «Cuidado con rehusarla.» Por fin la toma, y se encamina á la princesa y le lleva el vestido, y al desplegarlo, resplandece todo el alcázar con aquellos primores y las infinitas perlas, y cuantos lo miran se quedan atónitos. Encarece la misma princesa el vestido y opina que no tiene precio, diciendo á la anciana : «Abuela, ¿este vestido es de la propia mano que el otro ya comprado, ú de alguna otra? — De la misma.—¿Y ese mercader es de la ciudad ó forastero?—Soberana mía, es forastero y reciénvenido.» Prorrumpe la princesa : «Es muy reparable que entrambos vestidos, por los cuales ningun dinero admite, vengan de mano de un mercader ; ¡ riquísimo ha de ser por cierto ! no he visto mayor hermosura en mi vida. ¿Y cuánto pide por este?» Contesta la anciana : «Me lo entregó con estas palabras : «Es un regalo que hago á la princesa, á quien únicamente corresponde. Me devolvió además el importe del primer vestido, jurando que no lo tomaria, y si no lo admitia la princesa, me quedase yo con él.» Esclama entónces la princesa : «Mucha riqueza y liberalidad es esa, y malicio que media algun misterio en el asunto. ¿Le preguntaste si traia algun intento en que pudieras tú auxiliarle?—Se lo pregunté con efecto y me contestó : «Traígolo á la verdad ;» mas no me lo quiso confiar, y solo me entregó este billete.» La princesa lo toma, lo abre y lo lee ; y en seguida se inmuta toda, y dice á la anciana : «Malhayas tú, malvada abuela, ¿qué se figura ese vil perro advenedizo que tiene la avilantez de escribirme ? ¡ Vive

Dios y la fuente de Sanson con las sagradas paredes del templo de la Meca! si no mediase el temor de Dios, enviaba por el infame, lo aherrojaba, y desorejado y desnarigado al par de todos sus vecinos, lo colgaba delante de



su tienda.» Macilenta, trémula y muda queda la anciana, pero al fin prorrumpe : «¿Cuál será el contenido de ese billete que tantísimo te aira? me figuro que se está lamentando de alguna sinrazon que le aqueja;» y contesta : «No por todo un Dios, pues se reduce á versos y espresiones de ternura; el autor está demente, beodo ú aburrido de vivir, pues me envia tales versos para trastornarme el juicio.» Replica la anciana : «Vive Dios, que teneis razon, soberana mia; ¿cómo os atosigais con esas espresiones aquí en este alcázar empinado, inaccesible para las aves como para las jentes? Amenazadle con la muerte y escribidle : «Perro ínfimo entre los mercaderes que vinculan toda su existencia en la granjería : Por Dios, que si no despiertas de ese letargo, y no te rehaces de tu beodez, te mando ahorcar con todos tus vecinos delante de tu misma tienda.» Pero contesta la princesa : «Me recelo, abuela, que si le escribo, lo he de esperar mas y mas.» Insiste la anciana : «¿Cómo cabe eso, escribiéndole únicamente que nada quereis oir de su persona? y así todo él se volverá zozobra y desconsuelo.» Tanto dijo é instó á la princesa, que al fin pidió recado de escribir y le envió los versos siguientes :

«Tú que de noche sin sueño,
Por amor, ansia y quebranto
Conversar conmigo osaste;
Loco y ciego, ¿cuándo, cuándo
Alcanzarás de la luna
El rumbo escelso y reglado?
¿Quién el logro de su anhelo
Pidió jamás á los astros?
Oye y cumple este consejo;
Al ver delante el fracaso
Que te amaga, de repente
Huye, vuela y ponte en salvo.
Si tú vuelves al intento
De tu ruego temerario,

Atroz será el escarmiento
Que te espera de mi mano.
Se mirado, serio y cuerdo,
Y escucha un consejo sano;
Si no, juro desde ahora
Por aquel Dios soberano
Criador del universo
Y antetodo de esos astros
Que realzan cielo y tierra,
Que si nuevamente osado
Insistes en ese empeño,
Sobre el pimpollo mas alto
De algun árbol corpulento
Al punto estarás colgando.»



Escrito el billete, lo pliega en seguida y lo entrega á la anciana, quien corre al príncipe, le pone el billete en la mano y le dice: «Lee esa contestacion y ten acá entendido que leyó tu esquela y se enteró de su contenido; que se airó sobremanera, pero la fuí amansando con mis razones suaves, hasta que escribió esa respuesta. «El príncipe le da las gracias, lee el billete, se hace cargo de su contesto y llora amargamente. Pregúntale la anciana: «¿A qué estás ahí llorando tantísimo? ¡Así Dios no bañe tus ojos en llanto, ni desconsuele tu corazon! y en suma, ¿qué es lo que te contesta para afligirte hasta ese punto?» Le responde: «A ver, ¿qué partido me queda? Me amaga con la muerte y me veda el volverle á escribir; pero, vive Dios, madre mia, que antepongo la muerte á semejante vida; y así tendréis que encargarnos de segundo billete mio; esta es la única fineza que os pido.» Contéstale la anciana: «En suma, escribe, que luego tendrás aquí la contestacion; pues por Dios santo que estoy pronta á esponer mi vida por cumplir tu deseo.» Le da el príncipe las gracias y escribe estos versos:

« Por mi amor á cruda muerte
 Desde luego me sentencias ;
 Venga esa muerte , ¡ Dios mío !
 Vendrá el sosiego con ella .
 Todo amante muerte pronta
 Antepone á vida inmensa ,
 Cuando tiene que arrostrarla
 Allá lejos de su prenda .
 Apíadate , adorada ,
 De un triste que llora y pena
 En amargo desamparo
 Y en desventura perpetua .
 Tus palabras me amenazan
 Y al par á tu esclava llegan ,
 ¡ A esta esclava tan rendida !

¡ Ay sin ti ! ¿ quién me consuela ?
 ¿ Tiene igual el orbe todo ?..
 No , no ; y tú con tu sentencia
 Mi corazon palpitante
 De parte á parte atraviesas .
 En este mortal quebranto
 La luna es mi compañera ,
 Y los violentos vaivenes
 De todo mi ser presencia .
 Un beodo es soñoliento ;
 ¡ Ay mi bien , mi sol , mi reina ,
 Conduélete de un esclavo
 Que en su amorosa dolencia
 Fenece !.. y nunca el prendarse
 De un pecho digno fué mengua .»



En seguida pliega el papel , y se lo entrega á la anciana con una bolsa de cuatrocientas monedas , y le dice : « Por la respuesta : » Rehúsalos la portadora , diciendo : « Hijo mío , por Dios santo que eso es abrumarme con agasajos ; pero buen ánimo y ojos enjutos , que yo daré cuenta de cuantos tropiezos contraresten tus anhelos .» Toma el billete , marcha y lo entrega á la princesa . Esta se inmuta y prorumpe : « Vaya , abuela , reconoce tu desvario en querer engolfarme en tales correspondencias con un advenedizo . » Pero le contesta : « Soberana mia , dadme una respuesta , no mas á vuestro albedrío . »



La princesa toma el billete, lo lee, da una palmada y por fin esclama : « Nos hemos metido, sin saber cómo, en un berenjenal, y quizá si nos descubren, quedo yo disfamada. » Pregúntale la anciana : « ¿Cómo cabe eso, dueña del alma mia? ¿quién ha de calar este misterio? ¿y quién se ha de atrever á mentarlo? » Y le replica la princesa : « Todo se vuelve recelo y zozobra en estos casos. » Insiste la anciana : « Escribidle con toda acedia, diciéndole, si te atreves á escribirme mas, te mando cortar la cabeza. » Pero le contesta la princesa : « ¡Ay abuela, estoy temblando de que el extranjero no ha de venir á desengañarse; » y por tanto le responde con estos versos :

« Tú que allá te desentiendes
De todo fatal fracaso,
Y cuyo pecho el enlace
Mas y mas está anhelando,
¿Llegar al cielo, y la luna
Asir esperas acaso?
¡O embriaguez, ó desenfreno
De un intento malhadado!
Sobrepujará el desprecio

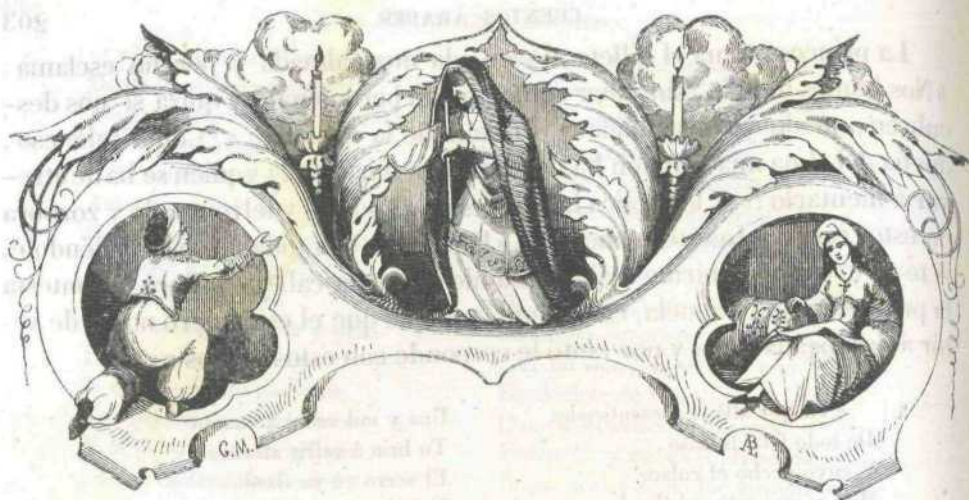
Una y mil veces á cuanto
Tu brio á sufrir alcanza.
El acero ve ya alzado,
Y llama viva te abrasa,
Y el dolor te vuelve cano.
Abraza pues mi consejo
Y despide ese amor fatuo,
Pues con el allá feneces
En tristísimo naufragio »

Tira colérica el billete á la anciana, quien lo pliega y se lo lleva al príncipe. Apenas lo lee, doblega la cabeza sobre la tierra, y desesperado escribe mudamente con el dedo algunas palabras. Dícele la anciana : « ¿Y porqué enmudeces, hijo mio? » y contesta : « ¿Qué me cabe decirle, pues me amenaza con la muerte y se encrucece mas y mas conmigo? — Escribe sin embargo, otra vez, » dice la anciana, « pues yo me encargo de traerte contestacion; y buen ánimo, que no he de parar hasta enlazaros pronto. » Le da las gracias el príncipe y estiende los versos siguientes :

« ¡Ay mi Dios! ¿con que tu pecho
Mas y mas empedernido
Se muestra con un amante
Tan leal y tan sumiso?
Derramando están mis ojos
Lágrimas de fuego vivo.
Duélete, ingrata del alma,
De este amor enfurecido
Que es de noche mi desvelo
Y de dia mi martirio,
Pues no tiene contraresto

Tu sobrehumano atractivo.
No dejes, no, desahuciado
Este corazon rendido
Que respira, late y pena
Tan solo por tu cariño.
Por Dios santo, no desprecies
A quien con los rayos vivos
De tus ojos se alimenta,
Y á su halago peregrino
Estar gozando imagina
De la gloria del empireo. »

Al llegar aquí, viendo Cheherazada que asomaba el día, suspendió su narracion para continuarla en la noche siguiente.

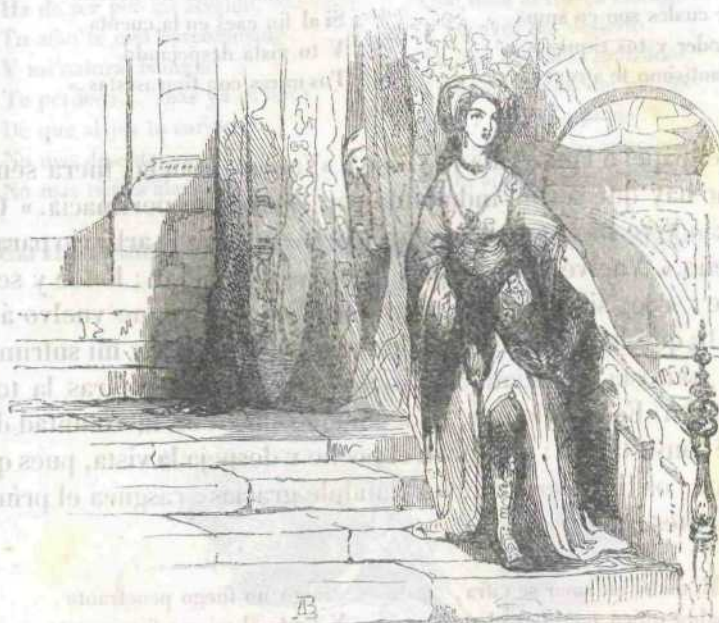


NOCHE CCCL.

El príncipe dobla el billete, y se lo da á la anciana con una bolsa de trescientas monedas, diciéndole: «Toma esto para lavarte la ropa. «Contéstale: «Por Dios santo, dejadme en paz con vuestro dinero, pues hartas finezas os estoy ya debiendo.» Replicale: «Sin embargo lo has de tomar.» Lo toma y le besa la mano.

Llegada ante la princesa, adora el billete y se lo alarga. Dícele la dueña: «¿En qué piensas, abuela? ¿á qué viene el esponernos á tamaño peligro, con esas llevadas y traídas de correspondencia? Creo verdaderamente que careces de razon, amparando á ese maniático, á quien voy á administrar el cáliz de la muerte.» Lee no obstante el billete y lo arroja; los trasudores de la ira le empañan los ojos, y nadie osa ya hablarle. Se encamina á la vivienda del padre y pregunta por él, pero le contestan que se ha ido á caza. Se vuelve trémula de saña y está con la cabeza torcida, sin decir á nadie una palabra. Median tres horas y amaina su furia, recobrando en el rostro su expresion cariñosa. Adviértelo la anciana, se le arrima, besa el suelo á sus piés, y prorrumpe: «¿Adónde encaminasteis esos garbosos pasos?» y contesta: «A la vivienda del padre.—¿Y no teneis quien os practique las diligencias, para tomaros semejante afan?—De nadie cabia valerse para ir á referirle la historia del mercader, que está aposentado en el bazar para asesarme sus tiros, por lo cual merece el escarmiento de ahorcarlo ante su tienda.—¿Y ha sido ese el motivo para encaminarse al padre?—Sí cierto. —¿Y cuál ha sido su disposicion?—Se fué á caza, y tengo que esperar á que vuelva.» Sobre lo cual advierte la anciana que, «si halla al padre en casa para enterarle de lo ocurrido, por lo visto, las jentes, al presenciar el juicio del merca-

der con los suyos, preguntarian en qué habia delinquido. Les dirian que habia intentado seducir á la princesa; otros afirmarian que ya estaba en ese caso, sin dejar su palacio, pues andaba con los tratantes.... En suma, cada



cual prorumpiría en su hablilla, y estas suelen creerse todas, pues el honor es como la leche. Para nada os conduciría su muerte, el resultado único sería para vos el quedar tiznada. Con que, puesto que sois una señora tan ajuiciada, orillad esas aprensiones, y agradeced á Dios que el padre estuviese ausente, y que antes hayais oído mi dictámen. En suma, es negocio vuestro.»

Al oír y recapacitar la princesa estas palabras, se desengañó por fin y dijo: «Por Dios santo, abuela mia, que tienes razon; la ira me habia ofuscado el entendimiento y descaminado mi corazon; alabado sea el Señor de no haber hallado al padre.» A lo cual contesta la anciana: «Dios Altísimo se complace en esa resolución, y conceptúo que no saldremos de ese malvado mercader hasta que le escribais: «Tratante perro, vive Dios que si hallo en casa al rey, estuvieras ya colgado con toda la vecindad á la puerta de la tienda; pero en suma, se cumplirá todo esto seguramente, pues juro que si no te desengañas, no ha de quedar ni rastro de tu existencia por toda la redondez de la tierra.» Venga pues la carta, que yo se la leeré para que tiemble todo como azogado y despierte al fin de su letargo.» Pregunta la princesa: «¿Y temblará positivamente con estas palabras?—¿Pues cómo dejaría de temblar y de retraerse de su intento?.» Escribe luego la princesa los versos que siguen:

«Empapado en esperanzas
Con mi amor, mi mano sueñas.
El ufano desvarío
Al hombre al abismo vuelca,
Y allí con tormento fiero
Se enfurece y desespera.
A ver cuales son en suma
Tu poder y tus riquezas,
Y á tantísimo te atreves

Y de tu intento no cejas.
Si un sultan allá encumbrado
Caminase por tus huellas,
Arredrado del peligro,
No arrostraría una guerra.
Perdonado estás no obstante,
Si al fin caes en la cuenta,
Y tu vista despejando
Tus miras con fino asestas.»

Arroja el papel á la anciana y le dice : «Vamos, abuela, fuera semejantes hablas, y no hay que serme indulgente con semejante pertinacia.» Contesta la anciana : «Vive Dios que yo lo ataré corto sin dejarle arbitrio para insistir en su empeño.» Vuelve al príncipe y le entrega el billete ; lo lee y se entera y prorrumpe : «Soy siempre de la grey del Señor y así me vuelvo á él. ¡Ay madre mia ! ¿qué he de hacer ? mi corazon se desgarrá y mi sufrimiento se apura.» Le contesta la anciana : «No hay que desmayar, tras la tormenta raya la bonanza. Escribe lo que te acomode, pues con la voluntad de Dios, yo te traeré contestacion ; ensancha el pecho y despeja la vista, pues queriéndolo el Señor, os he de enlazar.» Y dándole gracias, rasguea el príncipe los versos siguientes :

«Mi dicha en amar se cifra,
¿Y habrá quien me la arrebaté ?
Con el amor todo es brio
Y arrostrar la muerte hace.
¿Y porqué no he de aspirar
Hasta esa anjelica imájen ?
Noche y dia acá en mis venas

raigo un fuego penetrante,
Y hasta al mismo firmamento
Encumbro al Dios inefable
Mi plegaria, con instancia
Pidiéndole que te ablande,
Y así se avivan las ansias
De mi cariño entrañable.»

Entrega á la anciana el billete y una bolsa con cien monedas diciéndole : «Tomad ese dinero y callemos.» Toma uno y otro, y luego alarga el billete á su señora, la cual, lejos de admitirlo, le clava la vista y prorrumpe : «¿A qué viene el insistir con mas billetes ?» Y contesta la anciana : «Es la respuesta al vuestro.» Toma el billete, lo lee, y en seguida se encara con la anciana y le dice : «¿En qué han venido á parar tus instancias ?» Y contesta : «Se empeña en eso con el afán de disculparse.» Replica la princesa : «¡Vive Dios que es lindo jénero de disculpa !» Dice la anciana : «En suma, contestad, y luego voy á manifestaros lo que tengo entablado con él.» Replica la princesa : «¿Con que le he de estar escribiendo sin término ?» Pero insiste la anciana : «Desahuciadlo de una vez, y que se vaya enhoramala.» En resolucion, la anciana se sale con su intento, y la princesa acude al escritorio y rasguea estos versos :

«¡Cómo dura, y sin provecho,
Este cándido desvío!
Ven, amargo desengaño,
Y retrae de su ahinco
Al tenaz que nunca, nunca
Ha de ser por mí acojido.
Tu afán te está carcomiendo,
Y mi natural benigno
Te perdona... mas ya es hora
De que alejes tu cariño;
No mas desentouos, ea,
No mas tristes alaridos,

Pues si de nuevo te escedes,
Este pecho compasivo
Desde ahora te condena
Al mas ejemplar castigo.
Ya se fragua la tormenta
Que dará al través contigo,
Y las aves del desierto
Te dan bárbaros graznidos.
Toma el rumbo del sosiego,
Vive, vive con juicio,
Porque, si no te arrepientes,
Se te acerca el estermínio.»

El día interrumpe la narrativa, que sigue en la noche siguiente.



NOCHE CCCII.

Arroja allá el papel con airado ímpetu; lo recoge la anciana y vuela con él al príncipe, quien lo toma, lo abre y lo lee; y luego hecho cargo de que siempre se está mostrando sañuda con él, atajándole todo camino de acercarse á su persona y esperar el logro de sus anhelos, determina despedirla en su contestacion, y así le envia unos versos del tenor siguiente:

«Libértame, Ser supremo,
De esta amorosa cadena.
La viva llama estás viendo
Que abrasa toda mi esencia,
Tras el objeto inhumano
Que mas y mas me desecha.
¿Cómo he de sufrir, ¡oh cielos!

La pasión que me atormenta,
Y siempre con nueva furia,
Siempre con mayor violencia?
¿Cómo cabe que yo siga
Exhalando amargas quejas
Por la silenciosa noche,
A solas y con reserva?

Ando errante por la orilla
De una sima que se interna
Por las lóbregas entrañas
De la tierra allá entreabierta
Y no asoma un compasivo
Para alargarme su diestra.
¿Hasta cuándo he de ir ansioso
En pos de alivio y paciencia
Contra achaque tan violento?

Ave esquivá que en las selvas
Te retraes, ¿dime, acaso
Segura de contingencias
Estarás en tu morada
Con tu querida pareja?
Sí, sí, mientras yo penando
Estoy en extraña tierra,
Sin arrimo y sin consuelo
En agonía perpetua.»

Pliega el billete, y se lo entrega á la anciana con el agasajo de cien monedas. Corre allá, y la princesa lee el papel por entero, lo arroja y prorrumpe: «Vieja de maldición, de ti procede todo el daño, pues ahí nos estás empujando de carta en carta; voy á ponerte á raya, y á ver si me haces todavía escribir para que con tan dilatada correspondencia des por fin al través con mi decoro.» Manda en seguida á sus doncellas que carguen con la anciana y la tundan con brio. Así lo hacen con tal denuedo que está sangrando por narices y por todo el cuerpo, hasta que cae desmayada; y luego manda la princesa que la arrastren por los piés hasta fuera de palacio, que permanezcan á su lado, y que cuando vuelva en sí, le digan: «La princesa ha jurado acabar contigo, si asomas otra vez por esta morada.»



La arrastran, esperan que vuelva en sí, participándole luego la sentencia de la princesa; y contesta la anciana: «¡Así me guarde el Señor del enemi-

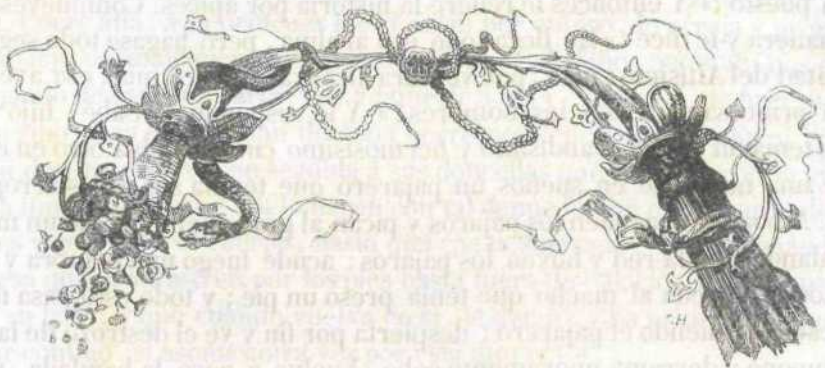
¡qué malo! ¿Estaria yo tan loca? Aun cuando la princesa no pronunciara ese mandato, antes querría morir que volver á su palacio; mas para poderme marchar os suplico tengais á bien proporcionarme un jumento que me lleve á mi casa.»

Las esclavas le traen el asno, y lo cabalga hasta la tienda del príncipe, el cual le dice al verla: «¿Cómo, madre mia, tan mal parada? ¿me asustais de muerte!» Y le contesta enseñándole el cuerpo llagado y la ropa hecha jiras: «Todo esto acabo de padecer por causa vuestra.» Al presenciar aquella novedad, el príncipe se arrebató y prorumpió: «¡Ay madre mia! ¿quién tal os ha puesto?» Y entónces le refiere la historia por ápices. Conmuévase sobremanera y le dice: «Me llega todo eso al alma, pero hágase todo segun la voluntad del Altísimo; mas ¿por ventura alcanzas, madre mia, esa aversion de la princesa para con los hombres?» Y le responde: «Sabe, hijo mio, como tenia un jardin grandísimo y hermosísimo cual no habia otro en el orbe; y una noche ve en sueños un pajarero que tendia sus redes arrojando trigo. A poco rato acuden los pájaros y pican al grano; en esto cae un macho de calandria en la red y huyen los pájaros; acude luego una hembra y á picotazos desenreda al macho que tenia preso un pié; y todo esto pasa mientras está durmiendo el pajarero; despierta por fin y ve el destrozo de la red; la compone y derrama nuevamente cebo. Vuelve á poco la bandada, y una calandria cae en la red y aletea, estremécense los demás pájaros y huyen con el macho que no vuelve. A poco rato vuelve la hembra, la cojen, la afianzan y la matan. Despiértase entónces la princesa sobresaltada y prorumpió: «¿Así se comporta el sexo masculino con el femenino! La hembra con peligro de su vida ha libertado al macho, y consintiendo allá Dios que cojieran á la hembra, el macho la ha dejado matar sin acudir á libertarla. ¡Mal haya quien quiera que se entregue á los hombres!» Y desde entónces está aborreciendo de muerte á todo vuestro sexo.»

Este fué su relato; y entónces le pregunta el príncipe: «¿Me podrás llevar á ese jardin? Vive Dios que si me puedo acercar y merecerle una mirada, venga en seguida la muerte.» Contéstale la anciana: «Tan solo asoma por el jardin una vez al año.—¿Y por cuándo se verifica esa visita?—Al sazonar la fruta, y luego pasa la vida en su palacio; y aun entónces baja al jardin por una puerta escusada, porque está muy cerca; pues nada mas ha visto en su vida fuera del jardin y del palacio del padre; pero tengo que darte un consejo: dentro de un mes sazona la fruta, y sabes, hijo mio, que el amor todo lo puede; te vas hoy mismo hácia al jardin que yo te enseñaré, procura entablar con su portero un trato íntimo por medio de repetidos agasajos; luego le suplicas que te franquee la entrada para verlo y pasearte diariamente por él de dia, antes que la princesa trate de hacer su visita y lo sepa el ujier, continuando así hasta que llegue el caso de poderte quedar de noche para hallarte allí al bajar la princesa. Al verla, le sales al encuentro; quizás

al verte se va á destemplantar, y entónces queda el trance al cargo del amor; cuanto mas, que siendo tú, hijo mio, tan lindo, por fuerza ha de quedar embelesada.» Le da las gracias el príncipe con un trozo de tela de seda con realces de oro y luego otros tejidos, y añade: «Madre mia, tomad eso por el vestido rasgado, y además cien monedas,» que tomó sin reparo. Por fin le enseña la anciana su propia vivienda. En seguida el príncipe refiere al visir por puntos cuanto pasa, y manda á los sirvientes que cierran la tienda.

Cheherazada termina aquí su narracion, y la continúa la noche siguiente.



NOCHE CCCIII.

El visir al oir esto le dice: «Hijo mio, si logras entrar en el jardin y la princesa te ve, y luego lo lleva á mal, ¿qué es lo que tratas de hacer?—¡Ay visir! no me queda mas arbitrio que aventurar mi vida, arrebatando á la dama de manos de los suyos, colocarla en grupa y huir con ella al desierto; si me salvo, conseguí mi intento, y cuando no, me descargo de tan desventurada vida.»

Contéstale el visir: «Hijo mio, infausto será el paradero de tamaño arrojado; estamos aquí solos, estamos en pais extraño y remoto del nuestro: ¿cómo cabe emprender tú á derechas lo mas mínimo contra un rey poderosísimo que está mandando á cien mil jinetes? y aun cuando te salvases de sus tropas, habías de tropezar por el camino con el paisabaje; por tanto, ateniéndote á tu acostumbrada racionalidad, orillarás desde luego ese intento.» Contéstale el príncipe: «¿Qué harémos pues, visir mio, en este conflicto? Mi estrella me está arrebatando por ese rumbo.» Dícele el visir: «Mañana madrugamos, amanecemos sobre el jardin y nos hacemos cargo de todo, y á ver si entablamos alguna relacion íntima con el guarda.» Por la noche ruman el intento, y á la madrugada, favoreciéndoles Dios con un tiempo des-

pejado y bonancible, se encaminan entrambos al jardín, pertrechándose antes el príncipe con mil monedas en el bolsillo.

Llegan, descubren altísima cerca, muchas arboledas con susurrantes arroyos, flores vistosas y fragantes, pajarillos gorjeando y frutas esquisitas y abundantes como allá en los verjeles del paraíso. Asoma á la puerta un anciano, quien al verlos se levanta, va para ellos, los saluda y le corresponden. Les dice: «¿Se os ofrece algo con que me honre en serviros?» Contesta el visir: «Sabed, anciano, que somos forasteros, el sol va flechando sus rayos, y como tenemos lejana y á la parte opuesta de la ciudad nuestra morada, tened á bien tomar esta espresion y proporcionarnos algun desayuno, y con esto abrírnos el jardín y conducirnos á cualquiera paraje sombrío donde nos refresquemos y comamos con todo desahogo; y en habiendo descansado, seguiremos nuestro viaje.»



Conceptúa el visir muy oportuno en aquella sazón el dinero, y así echa mano al bolsillo, saca una moneda mayor de oro equivalente á cinco menores, se la pone al anciano en su derecha, y le dice: «Comprad con esto por ahí alguna cosilla para vuestros niños.» No habia el setenton visto en sus manos otra amarillez que la de cáscaras de limones, y al mirar aquel oro, se abalanzaron á él sus potencias. En seguida se pone en movimiento, les franquea la entrada y los conduce por el jardín á un sitio bajo un árbol grandísimo y sombrío junto á una corriente. Les dice luego: «Señores míos, no hay que internarse por el jardín hasta la puerta del haren que conduce al palacio

de la princesa.» Y le contestan : « De ningún modo tratamos de movernos de aquí hasta que tú vuelvas. » Con esto el guardian se marcha, y vuelve á breve rato con todo género de manjares; comen y beben los huéspedes hasta quedar satisfechos, y luego el visir anda escudriñando el jardín por donde quiera. Está viendo un castillo antiguo con almenas elevadas, que sin embargo están cuarteadas sin otro resguardo de ninguna especie. Pregunta el visir al anciano: «A quién pertenece toda esta posesion? ¿y es propiedad ó arrendamiento?—Señor mío, yo no soy mas que zelador.—¿Y cuánto teneis de salario al mes?—Una moneda.—Es una sinrazón esa mezquindad, y mas si teneis hijos que alimentar.—¡Ay señor! tengo hasta ocho niños con su madre.» Y le contesta el visir: «No hay arrimo ni poderío fuera el de Dios Altísimo; por mi parte, os acompaño en vuestro afanes, pobre anciano; ¿y qué decis vos á cuantos acuden á socorrer vuestra familia?» Contesta el anciano: «En pago de vuestras finezas, así Dios se muestre propicio con vos y os favorezca hasta lo sumo.» Dícele el visir: «Mirad, anciano, hay en este jardín tan hermoso un castillo antiguo y mal parado, que desdice de lo demás, quisiera mejorarlo, blanquearlo y hermosearlo en todo para dejar mi nombre estampado á la puerta.» Pregúntale el anciano: «¿Y cuál es vuestra mira en ese particular?—Para que,» contesta el visir, «al verlo, vos y vuestros niños rogueis por mí, y al venir el dueño y os pregunte quién ha dispuesto la obra, le contesteis: yo soy el autor de todo, señor, con el afán de proporcionaros la blancura de esa perspectiva, en pago de vuestros beneficios; y entónces ciertamente os reintegrará el desembolso, y vendrá todo á redundar en ventaja vuestra.» Saca luego un bolson de quinientas monedas y le dice: «Tomad esta bolsa, agasajad á vuestra mujer é hijos, y decidles que nos deseen mil bienes en todas sus plegarias.»

Al ver el anciano tantísimo dinero, se arroja á los piés de entrambos, se los besa, y les desea, como fuera de sí, millares de felicidades. Contéstale el visir: «Tu ausencia nos ha de ser muy dolorosa (1).» Pregunta el anciano: «¿Y á dónde vais?—A casa,» le dice el visir, y el anciano esclama dolorosamente: «¿Con que me quereis privar de tan esclarecida presencia? No me cabe resistir esta separacion, y estaba esperanzado de ver este sitio ya mas realzado en adelante.» Y el visir le responde: «Con la voluntad del Señor volveremos mañana para permanecer de asiento, dia y noche.» Y se marcha. Pregunta entónces el príncipe: «Cuál es vuestra mira, visir mío, con el restablecimiento de ese castillo?» Y le contesta: «Traigo acá en el ánimo cierto intento que palparéis, con la voluntad de Dios, á su tiempo, con el cual afianzarémos nuestro bienestar.»

A la madrugada va el visir en busca de los alarifes y blanqueadores, y encargándoles que echen el resto, dice al arquitecto: «Hermoseadme esa casa, blanqueándomela luego con esmero.» Y en seguida les paga y los despide.

(1) Fórmula de despedida.

Envia luego por un pintor y le dice : « Os necesito en este punto , y así oid mi disposicion. Sabed , artistas , que un dia vine á quedarme dormido en este



jardin , y ví en sueños á un cazador tendiendo su red y derramando trigo ; habia allí una calandria con su macho ; cae este á poco rato en la red y huye la bandada ; vuelve luego la hembra y empieza á picotear la red con tanto ahinco donde estaba agarrado el pié del pobre preso , que lo liberta y se marchan juntos. Está durmiendo el pajarero , despierta , ve la red rota , la arregla y vuelve á desparramar trigo. Acude otra vez la bandada y va pican-do el grano , hasta que la hembra cae en el lazo. Al ver esto la bandada , hu-ye con el macho , y entretanto el cazador , ya despierto , coje la hembra y la mata. Queriendo acudir el macho , sobreviene una águila , lo destroza y le chupa le sangre. Quiero pues que me retrateis en la pared al vivo todas las figuras , con el asunto de mi sueño , con el águila que llega al fin y acaba con el macho. Cumplid todo mi deseo , y sin ajuste alguno quedaréis colmadamen-te pagados. » Le contestan : « Señor , vos veréis nuestro trabajo. » Cargan pues con todos sus utensilios y colores , pintan todo el palacio por dentro y por fuera , y retratan en el centro cuanto el visir les habia ido particularizan-do ; queda este satisfecho con tan acertado desempeño , da las gracias y paga riquisimamente á los artistas.

Llega despues el príncipe para ir viendo cuanto habia ideado y dispuesto el visir , retratando al vivo el sueño de la princesa con la red , el pajarero y las aves , con el macho cojido y rescatado luego por la hembra ; y luego como cayó la hembra , y acudiendo con afan el macho , lo afianza y destro-za una águila con sus garras , le chupa la sangre y le devora las carnes , se queda estático y fuera de sí de asombro.

Calló Cheherazada tras estas palabras , y siguió la noche inmediata.



NOCHE CCCIV.

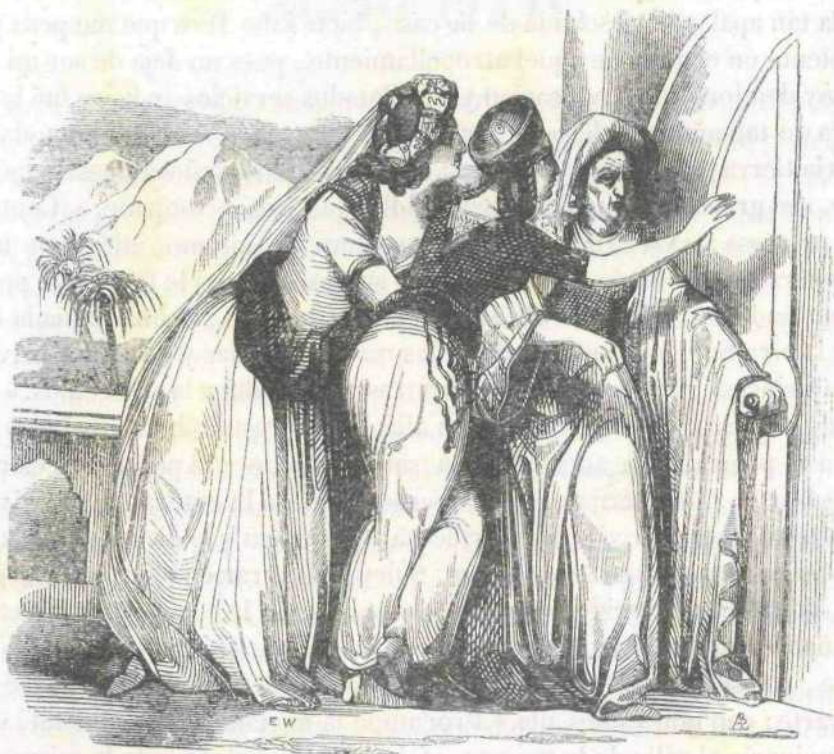
Corre el príncipe todo enajenado al visir y le dice : « O visir, acabo de ver un asombro , y si se pusiese de bulto á la vista , serviria de leccion para quien quiera. » Pregúntale el visir : « ¿ Y cuál es, señor ? » Contéstale : « Te referí el sueño de la princesa , causa del aborrecimiento que profesa á los hombres todos; y ahora lo he presenciado en vivísima pintura, como un traslado de la realidad , con algun aditamento que no presencié la princesa , pues si lo viera , ya seria nuestra la victoria. » Pregunta el visir : « Y ¿ cuál es ? » Contéstale : « El regreso del macho en busca y salvamento de la hembra , y en aquel mismo trance se le abalanza una águila , lo destroza , se empapa en su sangre y lo devora. ¡ Así la princesa hubiese visto el sueño por entero , y se desengañara de que el cuitado machito volvió en demanda de su hembra , pero siendo presa del águila , no pudo ya llegar á salvarla. » Replica el visir : « ¡ Vive Dios que todo es muy maravilloso ! » Mas el príncipe continuó en pasmar-se y condolerse de que no lo viera todo la princesa. Recapacita luego en su interior : « ¿ No estoy yo tambien soñando ? » Dícele el visir : « Me habeis preguntado cuál era mi intento con las mejoras de este castillo , y os he contestado : Luego lo vais á ver , con la voluntad del Señor. Pues yo mismo he sido el ordenador de esa pintura , encargando á los maestros que retratasen al pájaro en las garras del águila , para que la princesa llegue á verlo , disculpe al macho , y deje ya de aborrecer á los hombres. » Al oír esto el príncipe , se complace sobremanera y agradece al visir su fineza , y le dice : « Un sujeto como tú merece ser visir del rey. ¡ Por Dios santo , que si logro mi intento y vuelvo al regazo de mi padre , te he de condecorar con nuevos honores , encumbrándote á mayor jerarquía. » El visir le besa la mano , deseándole miles de felicidades. Vase luego en busca del anciano y le dice : « Ved ahora cuanto se ha hermoseedo este sitio. » Y le contesta el anciano : « Todo es obra de vuestra grandeza. » Insiste el visir : « Cuando los amigos vengan á preguntar cómo se ha verificado esto , no hay mas que contestarles que habeis queri-

do hacer ese gasto , para que os redunde en mayor beneficio. » Y le replica el anciano : « Corriente , así mismo se practicará. »

Desde aquel día no desampara ya el príncipe aquel sitio , regalando colmadamente al zelador y estando con él á toda hora. Entretanto la princesa , desde la cesacion de aquella correspondencia , habia conceptualado que el galán se habria ido de la ciudad , y satisfecha sobre el particular , vivia desahogada y placenteramente , hasta que un día el padre le envía un canastillo tapado ; lo abre y lo encuentra lleno de fruta , por lo cual pregunta á la esclava : « ¿ Estará ya sazónada la fruta enteramente ? » Y le contesta : « Sí por cierto , y así nos mandases disponer el paseo al jardín ; ¿ te acomoda ? » y le replica : « Corriente , como que todos los años doy ese paseo al matizarse y revestirse la naturaleza para holgarnos con todo desahogo. Pero echarémos menos á la abuela tan apaleada y escluida de la casa ; bien sabe Dios que me pesa y me arrepiento en el alma de aquel atropellamiento , pues no deja de ser mi aya , y le soy deudora de mi educacion y de dilatados servicios , y la ira fué la causadora de tamaña tropelía. » Al oír esto las doncellas , se levantan todas , le besan la tierra por delante y le dicen : « Por Dios santo , señora nuestra , perdónadle , sed graciable con ella y permitidle que nos acompañe. » Contéstales la princesa : « Vive Dios que ese mismo era mi intento , antes que me lo propusierais. ¿ Quién de vosotros va en su busca , pues le tendré ya prevenido un lindísimo vestido ? » Se adelantan dos esclavas , la una llamada Balida , y la otra Suwad Alina , que eran las mas agraciadas y de mayor privanza con la princesa , y prorumpen : « Nosotras iremos allá y la traerémos. »

La princesa se conforma , corren allá con un vestido hermosísimo y golpean á la puerta de la anciana ; esta sale , las conoce al punto , las estrecha en sus brazos , las agasaja cariñosamente , y luego la enteran de la privanza que está gozando todavía con la princesa. Se sientan y le dicen : « Ó abuela , ya estás perdonada por la princesa , quien al contrario se arrepiente en el alma de todo lo ocurrido , acordándose mucho de la educacion y del cariño entrañable que te debe. Por tanto nos manda que te tratemos honoríficamente , y desde luego te regala un vestido primoroso con el cual quiere condecorarte ; con que vamos allá. » Prorumpe la anciana : « No cabe tal , y antes empinaria el cáliz de la muerte. ¿ Cómo puedo volver ante la misma que me atropelló tan desafortadamente á presencia de amigos y enemigos , que me bañé toda en sangre y casi vine á fenecer , arrastrándome por los pies como un perrillo hasta fuera del palacio ? Vive Dios que no volviera á servir-la , aunque me hundiese la plata y el oro por los ojos. » Dícenle las esclavas : « ¡ Ay abuela nuestra ! eso te hace poquísimo favor , pues venimos con este empeño ; ¿ qué fué del miramiento á que te somos tan acreedoras ? hazte cargo de quien viene en tu busca ; ¿ por ventura hay quien merezca mayor privanza que nosotras con la princesa ? » A lo cual contesta : « ¡ Así el sapientísimo Dios me guarde por siempre del malvado Satanás ! Me consta por cierto que

si la princesa no intentase honrarme hasta lo sumo, no enviara por mensajeros semejantes personas; pero desairadísimo papel tendria yo que representar entre los sirvientes y las esclavas, puesto que siendo antes la primera en distinciones, ahora estuve espirando de congoja sin hacer mas que prorrumpir en alaridos.» Pero una de las esclavas replica: «Oye mi consejo, y sabe lo que dice allá el refran: «besa la mano que no te cabe morder.» Re-capacita que la princesa es jóven y acalorada, y si la desairas, enviará otro mensaje para llevarte á viva fuerza y aun acabar contigo; como que está en su mano, y en volviendo allá con el recado de que te niegas á seguirmos, ha de tí, que no te arriendo la ganancia. Con que vamos allá desde ahora y sin mas dilaciones.»



La anciana se hace cargo de estas razones y prorrumpie: «Por Dios santo, que á no venir vosotras que estáis en tan alta jerarquía, jamás volviera por allá, aun cuando hubiese de acabar conmigo.» Le dan gracias y se marchan juntas. Al presentarse á la princesa, se queda la anciana rezagada mirando á su dueña, y luego prorrumpie: «En verdad, señora mia, que no soy acreedora á tanta honra, pues mia es toda la culpa, y no hay mas que jenerosidad por vuestra parte.» Pero le contesta la princesa: «Por todo un Dios, aya mia, tú eres mucho para nosotros, pues te debo mi educacion y no ignoras como

Dios repartió al hombre tres particularidades ; la índole, las urjencias de la vida y luego la muerte, y no queda á la humanidad otro arbitrio ; y así no acerté á dominarme y enfrenar mis ímpetus ; pero por Dios, aya mía, estoy arrepentidísima de cuanto hice.» La anciana se adelanta, besa el suelo, y la princesa manda traer el hermoso vestido, se lo alarga á su aya, y todos los sirvientes y esclavas manifiestan suma complacencia.

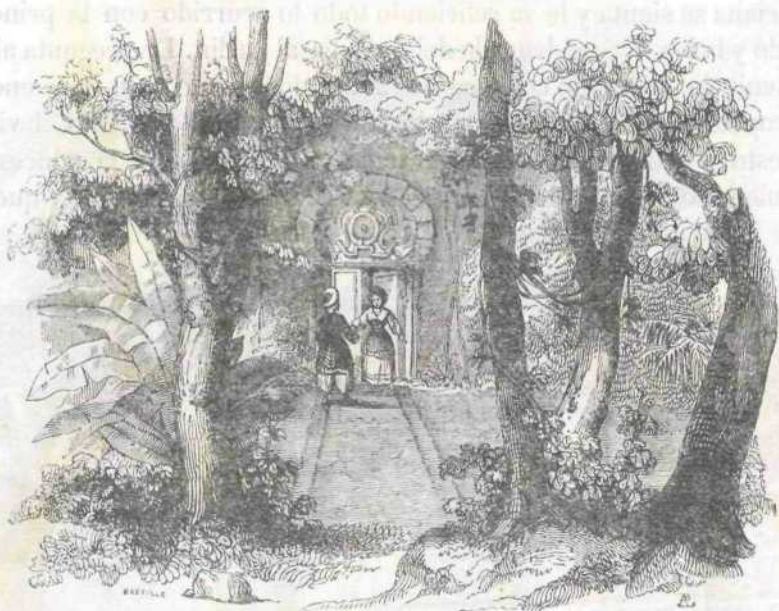
Terminado este coloquio, dice la princesa : «¿A cuántos estamos de fruta? supongo que ya estará en sazón la del jardín.» Y contesta la anciana : «Señora, esta es cabalmente la temporada en que solemos visitar todos los años el jardín ; voy á enterarme hoy mismo y á traerlos razón de todo.» Tras esto se encamina al príncipe, quien le sale gozosísimo al encuentro y la abraza. Centellean sus ojos de júbilo, pues la estaba esperando con ansia. La anciana se sienta y le va refiriendo todo lo ocurrido con la princesa, su despido y la ida á la madrugada del otro día al jardín. Le pregunta al príncipe si tenía ya granjeado con agasajos al zelador, como se lo tenía encargado, y le contesta : «Es mi amigo,» y le refiere igualmente cuanto el visir tiene dispuesto, y como había hecho retratar al vivo el sueño de la princesa.

Quiere continuar Cheherazada, pero se le atraviesa el día, y queda pendiente la narración hasta la otra noche.



Enterada la anciana de toda aquella combinacion, se regocija en extremo, prorumpiendo : «Santo Dios, admite á estos amigos en lo íntimo de tu regazo ; enséñales el sendero del acierto que se cifra en un acuerdo atinado, y como obra de príncipe, es acreedora de un reino. Por tu parte, hijo mio, esmérate y echa el resto, anda al baño, engalánate vistosamente ; pues no cabe ya otro arbitrio ; anda al zelador y recaba de su fineza que te deje en el jardín ; y luego amánate paraque te anochezca en él ; pues en sabiendo el

hombre que la princesa está dentro, ni aun cuando mediase el mundo entero, te franquearia la entrada, por temor de que mandase quitarle la vida, y nadie le tildaría esta disposición. Afánate antetodo porque te anochezca en el jardín, aun cuando lo recabases con cuanto tienes; y en logrando este intento, procura emboscarte por un sitio desde donde oigas este mi llamamiento: «O tú, el de tantísimo primor encubierto, ya no hay que temer, adelántate luego, sale á luz con toda tu hermosura;» pues quizás al verte, su corazón se prenderá de tu persona, y entónces logras tu intento y cesó tu martirio.» El príncipe se aviene á cumplirlo todo, y en prenda de su palabra, le entrega una bolsa con quinientas monedas, y le dice: «Allana tus negocios con esto:» Se desentiende absolutamente del agasajo, pero el príncipe se

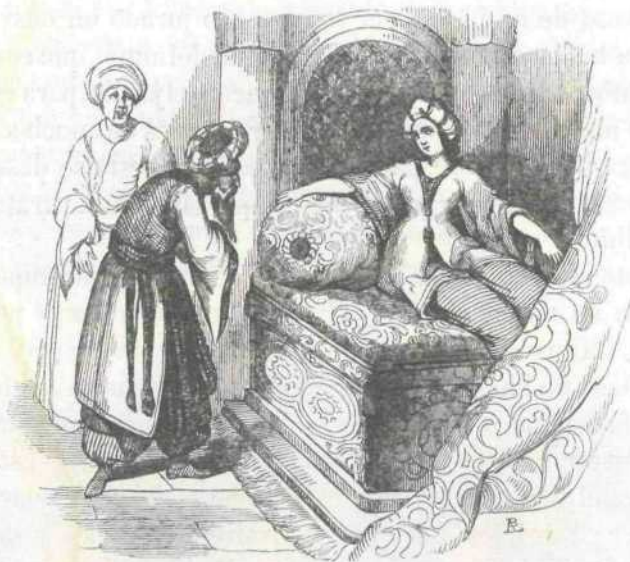


empeña y tiene que tomarlas; tómalas pues y vuelve en busca de su princesa. Márchase el príncipe al baño y luego echa el resto y se engalana rejia-mente. Arden sus mejillas en vivo fuego, sus ojos flechan cariño y sus labios derraman requiebros; va luego inclinando acá y acullá su gallarda estampa, espaciándose por el pensil. Al verle el zelador, se regocija en el alma, se levanta, se encamina para él, y saludándole afectuosamente, le da con rendido embeleso la bien venida. El príncipe se le manifiesta muy airado; preguntale el anciano el motivo de aquella novedad; y el príncipe le contesta: «¡Ay jeque, era yo antes hasta hoy mismo querido y honrado de mi padre, mas en este dia nos engolfamos en un altercado, me escarnece y me tilda, me atropella y me arroja de su casa. Como ya no me queda ni deudo ni amigo á cuyo arrimo pueda yo acojerme, pues soy aquí un extranjero lejano de

mi familia, trataba de alejarme mas todavía; pero si me acojo á los extraños, mas se ha de enojar tambien mi padre, redundando todo para mí en resultas mas y mas fatales, por ser en extremo suspicaz, y se recelaria algun desman alevoso de mi parte; por tanto tengo jurado un desvío absoluto de toda criatura humana; y vengo á vos, ó mi tío del alma, que conceptuais á mi padre un hombre bondadoso, que me franqueeis el jardin, para espaciarme por él hasta que anochezca, y aun permanecer despues de anochecido, hasta que Dios disponga un ajuste de paz con mi padre, y este se desengañe de que con nadie tengo entabladas relaciones, y que tan solo he tratado de dormir en este jardin.»

Al oir esto el anciano, se acongoja en el alma y prorumpe: «Mi señor, voy en busca de vuestro padre, á fin de ponerlos en paz;» pero el príncipe le contesta: «Mi padre es la suma vehemencia, y si te le presentas en medio de sus ímpetus, no ha de dar oídos á ninguna persuasiva, ni tuya ni de cualquiera que fuere; pero en mediando un par de días, amainará su furia y escuchará cuanto le digas; pues harto conocido lo tengo.—Estamos corrientes,» replica el anciano, «y por esta noche podeis hospedaros en mi casa con mi mujer y mis hijos, pues vuestro padre me conoce y sabe que soy un anciano con familia.» Dícele el príncipe: «No he de dormir sino aquí mismo en el jardin.» Y contesta el anciano: «¡Ay mi señor! que me llega al alma el dejaros aquí á la inclemencia, mientras yo me abrigo en casa con mi familia.» Insiste el príncipe: «Lo practico así muy de intento para desengañar á mi padre, quien así caerá en la cuenta, y recobraré su cariño.—Siendo así,» contesta el anciano, «voy á traeros cama en donde dormir.» Y entónces le dice el príncipe: «Nunca estará demás.» El anciano abre la puerta, lo introduce en el jardin y le trae una camita con su cubierta, no sabiendo que habia de venir la princesa. De aquí procedió su chasco, pues entretanto la anciana se fué con su mensaje á la princesa de que estaba ya la fruta en sazón, y le contesta: «Corriente, vámonos á pasear, segun costumbre, por el jardin á la madrugada con la voluntad de Dios, para lo cual hay que avisar al zelador.» La anciana envia por él, se presenta y le dice la princesa: «Tenemos que ir al jardin, prevenlo así á todos los sirvientes; cuidado de que nadie asome por él, y esté todo muy aseado.» Contéstale el zelador: «Vuestro albedrío es para mí un mandato.» Acude al príncipe y le dice: «Hijo del alma, la princesa me ha llamado para decirme que nadie asome por el jardin, porque ha de venir á visitarlo con sus esclavas; con que es fuerza orillar vuestro intento, señor mio.» Contéstale el príncipe: «¿Por ventura ha mediado entre nosotros algun desabrimiento?—No por cierto, señor, nada mas que agasajos y finezas.—Así pues, en lo venidero te cabrán siempre beneficios. Voy á ocultarme en el jardin en términos que ni hombre ni espíritu alguno alcance á verme hasta que la princesa se retire.—Pues con tan solo ver vuestra persona ó su sombra, me ha de cercenar la cabeza.—Me ocultaré de tal

modo que nadie absolutamente ha de alcanzar á descubrirme; no hay cuidado.» Tras estas palabras le alargó cien monedas y le dice: «Esto es para bien



y regalo de tu familia, y allá te las avengas, pues todo ha de redundar en ventaja tuya.» Al ver el anciano sus monedas, no tuvo dificultad en cobrar aliento, y se marchó reencargando al príncipe que se encubriese con el mayor esmero.

Desde muy de madrugada, acuden sirvientes y esclavas á la princesa, quien les manda abrir la puerta que conduce del castillo al jardín, se atavía con rejias galas de ropajes de seda cuajados de oro y realzados con perlas, como diamantes, rubíes, etc., desdorando con su hermosura al sol y á todos los astros. Lleva sobre su sien una corona de aloés fresco, salpicado tambien de joyas y pedrería; apoya una mano sobre el hombro de la anciana, para encaminarse á la puerta escusada del jardín. Al ver la anciana aquel jentío de esclavas, doncellas y sirvientes, prorumpe: «¡Ay soberana mia! ¿esto es verjel ó feria? Pregúntale la princesa: «¿Y á qué viene esa espresion, abuela mia?» Y le contesta: «Está el jardín tan atestado de sirvientes y esclavas, que serán hasta quinientas de unos y de otras, que andan comiendo fruta, enturbiando las corrientes y estorbando nuestro paseo y desahogo; ¿para qué necesitas ese jentío? si salieses del castillo por las calles, entónces este acompañamiento fuera un requisito decoroso, y por lo mismo sales, como apetece, por la puerta escusada, sin que persona humana se aparezca por tu tránsito.» Contesta la princesa: «Por Dios santo, aya mia, que tienes mil razones, pero ¿qué harémos?» Replica la anciana: «Voy á despedirlas á todas;» y diciendo y haciendo las aparta, quedándose tan solo con dos esclavas íntimas.



Al ver la anciana sitio y hora tan favorable, prorumpe: «Vamos, ahora sí que podremos pasear lindamente y á nuestras anchuras, princesa mia.» Con efecto, esta se adelanta con su mano sobre el hombro del aya, yendo delante y palmoteando las dos esclavas, mientras la princesa rie y se menea con airoso garbo. La anciana la lleva y trae de acá para allá, chancea con ella, ya le enseña este árbol, ya le alcanza fruta de otro, le advierte los gorjeos de las aves, hasta llegar al castillo antiguo. Al presenciarlo la princesa tan galanamente renovado, esclama: «¡Ay abuela mia! estoy viendo ese castillo recién-obrao y con sus paredes cuajadas de vistosas pinturas.» Contéstale la anciana: «En verdad, mi señora, que me recordais lo que tenía ya olvidado. Tengo cabalmente oído á un mercader que el zelador con sus jéneros al fiado habia podido gananciar algun dinerillo con el cual habia costeado los reparos y adornos de este castillo. Presenció la demanda del mercader contra el zelador, y oí que este le decia: «En viniendo la princesa al jardin, te los pagaré.» Preguntéle: «¿Porqué has reparado el castillo?» y me respondió: «Vaya, ¿pues no estaban desmoronadas las paredes y todo tan mal parado?» Pregunta la princesa: «¿No te informaste de la mira que llevaba con su obra?» Responde la anciana: «Se lo pregunté con efecto y me dijo que su ánimo fué hermostear el sitio esperando su compensacion de vos, princesa: y el buen varon repitió que no le movia otro impulso que el de su esperanza en vuestra largueza y beneficencia.» Dice entónces la princesa: «Por Dios santo que es una obra escelente, con la cual queda realzado todo este sitio, pues, ¿cómo sobresalen ahora las paredes, y cuánto realce ha cabido á todo el conjunto! puede contar desde ahora con mi fina recompensa.» En seguida manda á una de las esclavas que le apronte cien monedas, y envia á la anciana en busca del zelador. Llega y le dice: «La princesa quiere hablarte.» El hombre se sobresalta, temeroso allá en sus adentros de que la princesa haya visto al mancebo, y prorumpe: «¡Ay Dios mio, qué dia tan azaroso ha de ser este para mí!» Se despide llorando de su familia y acude al llamamiento de la princesa, todo macilento y tan trémulo que está á pique de ir al suelo. Lo advierte la anciana, le sale al encuentro y le dice: «O je-

que , besa la tierra y agradece al Señor Altísimo con tus plegarias por la princesa , para que Dios resguarde su inocencia , y le perdone sus faltas en



atencion á sus eminentes prendas. Ya he procurado informarle de tus empeños contraidos por la mejora del castillo , por lo cual te envia cien monedas ; tómalas de su esclava , ruega por ella y besa la tierra ante sus plantas.» El anciano , al oir estas palabras , besa la tierra , toma sus cien monedas y se vuelve á casa gozosísimo , y la familia entera se regocija con él , rogando fervorosamente al Hacedor de todo lo criado. Entretanto dice la anciana á la princesa : « Por Dios santo , que este sitio está amenísimo , y por tanto vamos á dar una vuelta y hacernos cargo de todo el castillo.» Entran juntas en el edificio , encarece la princesa sus pinturas , y las van registrando todas has-

ta llegar á la del sueño ; la están considerando despacio , y el aya entónces advirtiéndole su embeleso , se desvia con ambas esclavas para no distraerla ; mientras la princesa , empapada ya en todo el pormenor del sueño , se encara con la anciana y le dice : «Aya mia , búscame algo con que se pueda dibujar luego á la aguja el bosquejillo que vaya sacando. — ¿Qué es eso , » le pregunta la anciana , «señora mia ? » Y le contesta : «¿No te referí allá un cuento , causador de mi odio á los hombres ? — Sí por cierto , princesa mia. — Ven pues , míralo todo con ahinco , y luego dime lo que has visto. » La anciana va recorriendo el sueño , corre atónita hácia la princesa , y le dice : «Señora de mi alma , aquí está en el jardín aquel sueño , como me lo estuvisteis refiriendo , con el pajarero , su red y las aves. Pero extraño en gran manera , no el sueño , sino el pintor , quien no acertara á retratarlo con mas propiedad , aun cuando vos misma se lo refirierais. En verdad que esto es muy portentoso. El ángel custodio de los hombres y demás vivientes se enteró sin duda de la injusta queja que pronunciamos contra los hombres por no acudir á libertar á la hembra ; por tanto él mismo será el retratista , para desagraviar á los varones , y manifestar que el destino del pájaro al cabo fué inevitable.»

Calla Cheherazada tras estas palabras , y deja la narracion para la noche siguiente.

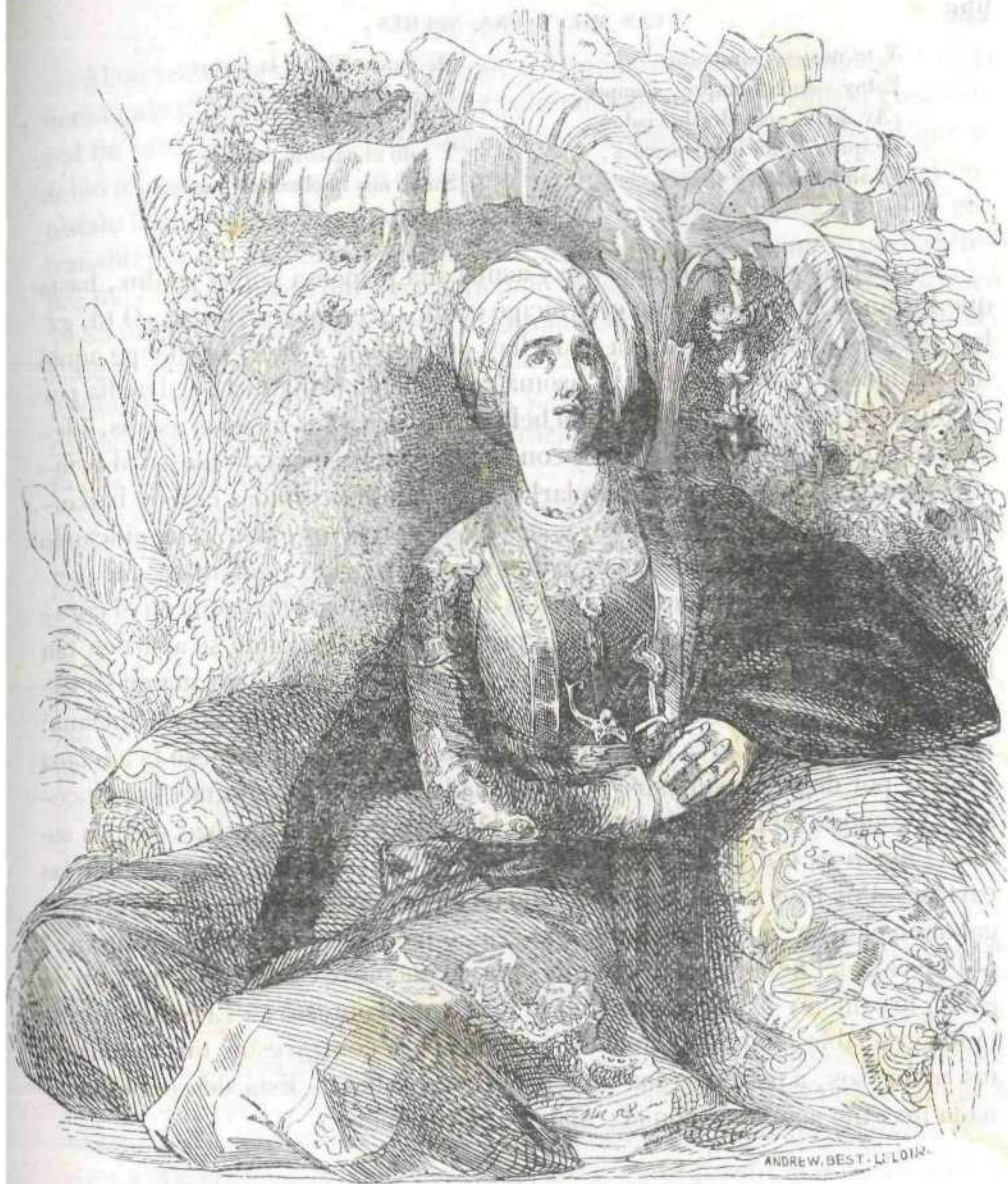




NOCHE CCCVI.

Dice la princesa : «Queda ya disculpado y no hay que interpretar siniestramente su conducta.» Contesta la anciana : «¡ Ay, señora de mi alma ! el afecto fino de un marido para con su esposa sobrepuja á cuanto hay en la especie humana. Suele hambrear el hombre por mantener á su consorte, y andar desnudo á trueque de vestirla, y aun se indispone con los padres á fin de aplacarla ; la esposa acude al regazo del marido y este la resguarda ; no les cabe ya separarse, estrechándose mas y mas su enlace en medio de la prole. Hubo un rey tan entrañablemente enamorado de su esposa que al verla morir se mandó enterrar con ella. Hubo allá otro que al espirar quiso acompañarla su consorte, diciendo á sus jentes «si no me lo permitis, me mato yo misma.» Al oír aquel arranque, la adornan con sus galas mas preciosas, y la entierran por esceso de cariño con su querido esposo.»

Va siguiendo la anciana en referir extremos de pasion por ambas partes, y logra ir disminuyendo el odio á los hombres en el interior de la princesa, la que esclama por fin : «Aya mia, injustísimos estuvimos con el infeliz pajarillo, y mas en odiar á los hombres por su causa, pero ya estamos presenciando su inocencia, y así sálveme Dios, ya no he de odiar mas á los hombres.» Al advertir la anciana tamaña novedad en el corazon de su princesa, le dice : «Harto tenemos ya visto por acá y podemos ya emboscarnos por esas arboledas. Se levanta la princesa, se mueve, y es un asombro el ver aquella beldad, garbo y soltura, la quinta esencia del primor y de la armonía, cuando la mira el príncipe y queda absorto. Ya está flechado, ya su pasion se enardece hasta lo sumo y cae desmayado. Vuelve en sí, la princesa ha desaparecido, suspira de lo íntimo de sus entrañas y está para espirar, cuando prorumpe en estos versos :



« No bien mi vista tu embeleso arrostra,
 Cuando mi ser ante el amor se postra;
 Yazgo aquí, cual cadáver, y mi dueño
 Ignora mi desman, en dulce sueño.

¡ Ay! desde ahora
 Mi pecho es fuego
 Que me devora
 Y abrasaría
 El bronce mismo.
 Hermosa mía,
 Oye mi ruego,
 Ven luego, luego

Que en parasismo
 Siento que acabo;
 Ven, que tu esclavo
 Con embeleso celestial seria.
 Mi cariño nunca, nunca
 Cesará mientras viviere;
 Y aun entónces condolido
 Al oír mi injusta suerte,
 Sabrá alzarme de la tumba...
 Ven pues antes y consiente
 Que mil veces al encuentro
 Te salga, y mi amor te muestre;

U.A.M.
 BIBLIOTECA
 DE EDUCACION

Y tu imájen entretanto
Estoy viendo siempre, siempre.
¡Ay de mí que, desahuciado
De que por fin me consueles,
El amor tirano y fiero

Me da el cáliz de la muerte.
Surca el llanto mis mejillas,
Mis ojos temo que cieguen,
Y solo el ansiado enlace
Sanar mis quebrantos puede.»

La anciana va conduciendo acá y acullá á la princesa por el jardin, hasta que llegan al sitio donde está el príncipe oculto, y entónces vocea: «O tú, galan precioso y encubierto, ya nada hay que temer.» Oye el príncipe aquel llamamiento, deja su acecho, y asoma con toda su brillantez y gallardía por medio de la arboleda, tanto que su belleza desaira á los mismos astros. Llega majestuosamente la princesa y con su bizarría traspasa de nuevo al príncipe; pero ella se para á contemplarlo, arqueando sus lindas cejas y bañando de carmin su mejillas, mientras sus ojos espresivos están ya significando el habla del cariño. Parecele tan primoroso, peregrino y gallardo, que pierde el entendimiento y siente las flechas de aquellos ojos clavados en el corazon. Vuélvese luego á la anciana y le pregunta: «¿De dónde se aparece tan lindo mancebo y de tan bizarro garbo, parecido en todo á la luna en su esplendor, ó á una antorcha en medio de las tinieblas?» Contéstale la anciana: «¿Y dónde está?—Cerca lo tenemos, ahí en la alameda.» Pónese la anciana á mirar por diestro y siniestro, como si nada supiera. Pregúntale la princesa: «¿Cómo se ha podido introducir en el jardin?—No lo alcanzo.—Y en suma, ¿quién es ese mozo?—¡Ay señora del alma! el mismo que escribia las cartas.—Por Dios santo, aya mia, que es un primoroso jóven, ni lo hay mas galan en el orbe; ¿y es el mismo que era, ó bien ha cambiado nuevamente?—Por vida del Señor, soberana mia, que lo encontré, hace tres dias en la calle, lo saludé y le pregunté cómo le iba, y me contestó: «El Señor va estando graciable conmigo y fortaleciéndome para contrarestar mis quebrantos amorosos, á pesar de sus ímpetus desesperados.» Está desconocido, y nada mas me aconteció con él; alabado sea el Señor.»



Al oír esto la princesa, inclina por un rato la cabeza encarándose con la tierra, avasallada ya por el amor, y palpitándole violentamente el corazón, y al fin prorumpe: «Aya mia, quizás es ya tardío el rumbo diverso que se debió tomar en el asunto, ó tal vez no te hiciste cargo de la realidad.» Contéstale la anciana: «Por Dios santo, que como lo tengo dicho, el amor entrañable se obstina siempre, aun sin mediar correspondencia, pero siempre me ha respondido que estaba ya todo olvidado, pues Dios Altísimo trocó ya su cariño en aborrecimiento.» Enmudece la princesa y se envalentona, aunque á medias, y como si clavase nueva mirada en el príncipe, estuvo allí cavilando en su jentileza y atractivo, y esclama: «¡Ay, abuela mia! señala con la mano que se acerque, para mirarle mejor.» Y le contesta: «No querá, ni me dará oídos.»

Inclina entónces la princesa, toda corrida, la cabeza hácia el suelo y enfrena el ruego que tiene ya dispuesto, mientras la llamarada de la pasión se está cebando en sus entrañas. Cobra sin embargo entereza para echarle una nueva mirada, pero el amor mas y mas la avasalla, los flechazos de sus ojos se tropiezan y se derroca su fortaleza. Ase luego la mano á su aya y prorumpe: «En todo el discurso de mi vida no necesité hasta ahora tu arrimo, y me lo estás negando...» Contéstale la anciana: «Por Dios, mi señora, que no media aquí algun antojo siniestro; ¿y cabe mayor logro para una esclava que el de sublimar las dichas de su dueña? estoy temiendo que me desaire desentendiéndose de mi súplica, y antes quisiera morir que volver acá con la nueva de un rechazo. Voy sin embargo allá para traerlo.»

Marcha en seguida al príncipe, quien habia visto muy risueña á la princesa y le dice: «Arde en vivo fuego la princesa, ven pues y retrátale tu situación. Voló el tiempo de tanta ida y venida de billetes, y llegó el de enlace y de mutuos cargos.» Levantóse el príncipe, loco de gozo con el mensaje; cree que está soñando, y quiere ir en busca de la princesa con la anciana; pero esta le dice: «Alto, que no has de venir conmigo, y ella es la que ha de venir para acá, pues á ella es á quien toca ahora el papel de aspirante al cariño.» Arrebatado el príncipe á impulsos de su pasión vehementísima, le dice: «Déjame acudir á su obediencia.» Mas la anciana le responde: «Nada de eso, estate quedito aquí mismo.» El príncipe se aviene mal de su grado, y la anciana se vuelve sola.

La princesa al verla llegar prorumpe: «¡Aya mia, os veo volver con el semblante apagado!» Y le contesta: «¿No os lo dije que me desairaría, no queriendo venir?—Si tú le hablaras con todo abinco, no se negara. —¡Ay, dueña del alma!» le replica, «eso no puede ser.» Contéstale la anciana: «Si desde luego lo deseara, se hallaría en sus glorias con el llamamiento, dándose por muy favorecido, mas ya voló aquel afán, y sois vos la deseosa; y así venid, pues tendremos que ir allá; quizá se avergüenze de que vayais vos en su busca.» Esclama entónces la princesa: «¡Ay abuela! ¿cómo cabe el que yo vaya? soy una niña y no conozco mas que á mi padre y á ti; ¿cómo

he de arrostrar la vergüenza de ir en busca de un mancebo advenedizo? ¿qué le diré? ¿cómo he de levantar los ojos para mirar á los suyos? ¿cómo desanudaré mi lengua para hablarle? Nada de esto cabe, y antes he de apurar el cáliz de la muerte. No alcanzo arbitrio, y me pongo absolutamente en tus manos.» Contéstale la anciana: «¡Ay soberana del alma! Vive Dios que no halló mas medio que el de ir allá, y nadie lo ha de vituperar. Vamos, vamos, que yo me adelanto y entablaré el coloquio. El mozo es finísimo, y no le cabe el sonrojaros.—Vamos, aya mia,» replica, «y ve delante. No hay mas arri-mo ni poderío que el de Dios; así lo dispuso él mismo.»

La anciana rompe la marcha, siguiéndole la princesa, en demanda del príncipe, que está sentado y hecho un sol. Háblale la anciana de este modo: «Jentil mancebo, ya estás viendo cuanto te acontece, pues toda una princesa Hayat Alnufa (Vida de las almas) viene en tu busca, y así levántate desde luego.» Alzase el príncipe á estas palabras, y la anciana los deja solos. Se arrostran, se tropiezan sus ojos, se empapan y embriagan en raptos de anhelos y de cariño, se abrazan y caen desmayados, quedando largo rato tendi-

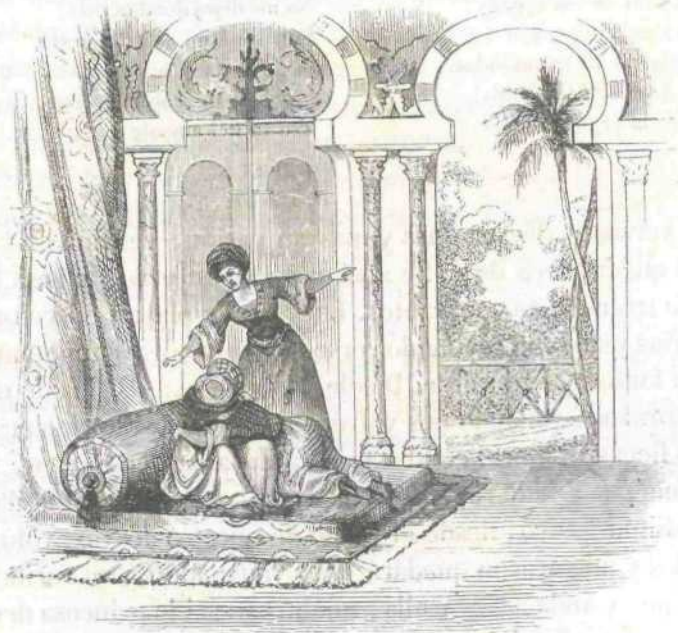


dos por el suelo. Entónces la anciana, temerosa de que los descubran, se los lleva al castillo y dice á las esclavas que andan por el jardín: «Aprovechad este rato de paseo mientras la princesa está durmiendo.» Y así lo hacen. Los amantes en esto se despiertan y se hallan en el castillo. El príncipe prorrumpe: «¿Estoy despierto ú soñando?» Se abrazan de nuevo y se demuestran mutuamente sus anhelos amorosos, y el príncipe pronuncia los siguientes versos:

« La luna y el sol se arrostran
Y se nubla el firmamento ,
Ante esa tez encarnada
La Aurora no tiene fuegos ,
Y la risa de esos labios
Es un lindo albor que en medio
De la noche centellea
E ilumina tierra y cielo.
Mil veces viva ese talle ,
Tan gentil que en su cotejo
El pimpollo mas gallardo
Se aja y espira de celos.
La luna se queda en zaga
De tu luz y tu embeleso ,
Y el sol con toda su gloria
Se oscurece en tu remedo ,

Y en vano lidiar quisiera
Con la reina de mi pecho ,
Que atesora tantas prendas
Cuantas pregonan su aspecto.
No hay amante que resista
A ese conjunto, ese cielo ,
Que enajena el alma mia
Con lazos dulces y eternos.
¿ Y habrá quien á su presencia
No se abraza en mil anhelos...?
Fuera ya penas amargas ,
Fuera bárbaros tormentos ,
Pues ya en paz , tan solo abriga
Venturas mi ardiente seno.»

Advierte Cheherazada los albores del nuevo día , y así suspende su narración hasta la noche siguiente.



NOCHE CCCVII.

Concluidos los versos , la estrecha contra su pecho y la besa en el entrecejo y la boca. Entónces se enardece y la reconviene por sus infinitos padecimientos en ímpetus amorosos , en desvelos y desesperacion , teniendo que vivir largo tiempo traspasado de quebranto por su crudeza y desvío. Al oír la

princesa estas palabras, se le arroja, le besa los piés y las manos y prorrumpe: «¡Ay amado de todas mis entrañas y sumo objeto de mis ardientes anhelos, cesó el desvío, ¡así Dios lo destierre y descargue sobre mí cuantos pesares pudieron caberte, y al contrario, dé oídos á todos tus anhelos! Me duele en el alma el haber malogrado tantísimo tiempo careciendo de nuestra mutua presencia. ¿En qué corazon cabe ya el sobrellevar tu lejanía? ¿Porqué no ha de colmar mis dichas el embeleso de tus abrazos? Has infundido en mi alma una pasion ardiente, y encendido en mi pecho una llama abrasadora.» Estréchale de nuevo al pecho tras estas palabras, y prorrumpe en estos versos:

«O tú que en raudal violento
Tanta abrasadora llama
De pasion, con tu presencia,
Infundiste en mis entrañas,
Deja, deja que un momento
Respire, pues me traspasas
El pecho de parte á parte
Con los filos de esa espada,
De ese agudísimo acero
Que encierras en tus miradas.
¡Cómo descuella tu rostro!
Al par de la erguida rama

Que se mece convidando
Con su fruta regalada.
No quieras, tardía suerte,
Ser siempre tan inhumana
Que de nuevo me separes
De quien para siempre esclava
Me tiene ya... no, mi dueño,
No me dejes desahuciada,
Pues será mi muerte cierta,
Si de mi lado te apartas...
¡Ay! en tu seno me acoje,
Y á tu fiel amante ampara.»

Con estos versos se dispara mas y mas su pasion, se baña en lágrimas, se trastorna y queda fuera de sí. Se abalanza á su querido, le besa los piés y se conduele de sus muchos quebrantos. Luego se esplayan en coloquios, se refieren historias y se están recitando versos hasta la hora competente en que se les hace ya forzoso el retirarse. Dícele la princesa: «O luz de mis ojos y centro de mi corazon, ¿cuándo nos volveremos á ver?» El príncipe, á quien estas palabras llegan al alma, contesta: «Malhaya la separacion, pues me siento ya sin fuerzas.» Y le replica la princesa: «Por toda esa jentileza y por tu hermosísimo rostro, desde el punto de nuestro desvío, voló el sueño de mis párpados y mi corazon quedará todo vinculado en mi cariño.» Márchase el príncipe, y anda acá y acullá, mientras está la princesa derramando lágrimas, y acompañándola en su amarguísimo llanto, prorrumpe el amante en el metro siguiente:

«Alto objeto de mis ansias,
 Mi llama cobra mas cuerpo ;
 Dí pues , alma de mi vida ,
 Dime tú misma , qué harémos.
 Si no estás en mi presencia ,
 Lo estarás siempre en mis sueños.
 Esa imájen se pasea
 Por el nocturno silencio
 Al par que la luna suele
 Iluminar el desierto.
 Están en la luz del día
 Tus ojos sobresaliendo ,
 De galanes y de damas

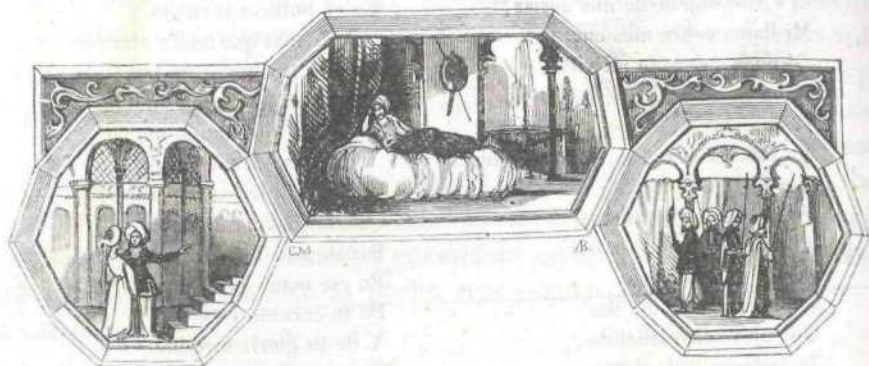
En el bullicio revuelto.
 Vale mas que miel y almizcle
 De esos tus labios un beso
 Que en su néctar atesora
 De placer un mundo nuevo.
 Princesa del alma mia ,
 Por blason de los requiebros
 Que mi fiel cariño brota,
 Báñate con fausto riego
 En ese maná celeste
 De tu corazon escelso ,
 Y de tu gloria inefable
 En ese piélago inmenso.»

Al oír estos versos , lo abraza de nuevo y prorúmpe : « Juro por quien te realzó con tantísimas perfecciones , que sin ti , ni aun en medio de mis sirvientes y esclavas no puedo ya vivir ; estoy absolutamente ajena de sufrimiento , y mi corazon se halla en ascuas , como si me arrojase al sepulcro. Suena sin embargo entre las jentes el adajo de que la paciencia es el conducto para la dicha. Tenemos que idear desde luego un arbitrio para nuestro enlace , con la voluntad del Señor.» Se despide de él en seguida , y se marcha sin saber donde sienta el pié de pasion y desconsuelo ; y al desaparecer de sus ojos el amante , siente los redobles de su pasion , y así se vuelve á su vivienda , siempre con el príncipe estampado en sus entrañas.

En cuanto á este , sus impulsos fueron igualmente en aumento , sin que asomase por sus párpados el halago del sueño. Cuenta luego al visir todo lo acaecido , y entretanto se va apasionando mas y mas por instantes. La princesa ni come ni duerme. Quiere Dios que la madrugada sea en extremo apacible , envia en busca de la anciana ; llega esta , y halla á la princesa sumamente demudada y le pregunta la causa. La princesa le responde : « Siendo todo el negocio obra tuya , toda mi desventura de ti , ¿ dónde está el adorado de mis entrañas , árbitro de todas mis potencias ? » Y la anciana le contesta : « ¿ Y cuándo lo desamparaste ? ya ha mediado despues una noche entera.»

En este punto advierte la sultana Cheherazada los asomos del día , y deja su narrativa para la noche siguiente , en que continúa de esta manera :





NOCHE CCCVIII.

Dice la princesa : « ¡ Aya mia ! bien haya su jentileza y su primor , mas ya no cabe en mí recato ni sufrimiento ; dia y noche , mañana y tarde lo traigo clavado en mis entrañas ; anda , ve , ajéncianos mas encuentros , pues me está martirizando este tormento que me arrebatá y me aboca sobre la misma muerte. » Contéstale la anciana : « Forzoso es armarse de sosiego para idear algun arbitrio , mientras todavía está encubierto el negocio , para que vuestra reputacion quede intacta. » Y le replica : « Nada queda ya que encubrir , pues la pasion está tiranizando mi pecho. »

Aun refiere la historia que la princesa se espresó luego en estos términos : « Si tú misma no te esmeras y logras juntarnos , voy en seguida á manifestar al padre que tú me has descarriado , y te manda degollar al momento , pues á no mediar tú , viviera yo sosegada y ajena de tales quebrantos. » La anciana le replica : « Pero por Dios santo , dueña de toda mi alma , aquietaos un tanto , porque el asunto es de suma entidad. » Encarece por fin sus ruegos é instancias , tanto que por fin logra el plazo de tres dias , y entónces añade la princesa : « Ten , aya mia , entendido que estos tres dias serán para mí tres años , y si se pasan sin que me lo traigas , acabo contigo. » Así queda el asunto.

A la madrugada la anciana dispone desde su vivienda que le ajencien colores y perfumes , abre un baul , saca ropas de mujer , y se va en busca del príncipe , quien , apenas llaman á su puerta , asoma en persona , gozosísimo de ver otra vez á la anciana , que le pregunta como se halla. « Hijo mio , » le dice , « ¿ quieres otro encuentro con la princesa ? » Y le responde : « ¿ Cómo no lo apetecería , cuando media mi vida en el asunto ? » Manda entónces sacar las ropas , luego baña y pinta piés y manos al príncipe , le alarga un manto rejio , y luego lo acicala como á una dama , con brazaletes de oro , y lo amaestra en los movimientos mujeriles. Anda un trecho delante de ella y se parece á una beldad del paraiso. La anciana se complace sobremanera y dice : « Todavía

falta cierto requisito, y es que tengas brio y despejo para llegar al palacio de un rey, donde hay una porcion de sirvientes y palaciegos á la puerta, y si andas con garbo, está logrado el intento. En suma, si no te sientes con desnudo para el desempeño de este papel, dilo sin rebozo para acudir á otra maraña.» Y le contesta el príncipe: «Sabe que mi padre es un mercader curtido y ducho en rozarse con toda clase de jentes, hasta con príncipes y reyes; con que así ten ánimo y no pases el menor cuidado.»

Hecho esto, marcha el disfrazado delante y le va siguiendo la anciana. Está el palacio hirviendo de jentío, y á los asomos del trance, lo mira la anciana y lo ve inalterable, hecho siempre una beldad anjélica, con lo cual se muestra muy gozosa. Al verla el portero, la conoce al punto y advierte con ella una dama que desluzce al sol y á los luceros, y prorrumpe: «En cuanto á la anciana, es el aya, pero en cuanto á la compañera, no le conozco semejante, sino la princesa que está allá custodiada en su vivienda, y así no alcanzo cómo se aparece en la calle, cuando nunca sale.» Se levanta para enterarse, y le siguen hasta treinta guardias con sus espadas desnudas. Al ver esto la anciana, esclama: «Vengo de parte del mismo Dios y vuelvo á él; así lo tiene dispuesto.» Sigue entretanto la anciana con el príncipe para dentro, saludando á cuantos encuentra con una cabezada.

Van pasando por una y otra puerta, hasta llegar á la séptima, por donde se entra en el salon, á cuyo centro asoma el solio del rey, y luego está su aposento. Al llegar á este sitio, cuenta la historia que la anciana hizo alto y dijo: «Ahora, hijo mio, pasamos á la vivienda del rey, en la que se atraviesan varios aposentos antes de llegar al de la princesa, y este tránsito es mas arriesgado que los anteriores, y no podemos internarnos hasta que vaya anocheciendo, para encubrirnos á los zeladores.» Y le contesta el príncipe: «Razon tienes, pero como ya estamos aquí, todo lo tendrás previsto.» Replica la anciana al punto: «Nada temas, pues yo sé detrás de esa puerta un agujero con su compuerta, y está todo oscurísimo; allí descansaremos, y luego al anochecer seguiremos adelante, pues quien ha tenido á bien resguardarnos hasta ahora nos protegerá en lo que falta;» y le contesta el príncipe: «Obra como te parezca.»

Permanecen ocultos hasta la tarde, y entónces salen para continuar su andanza; llegan por fin á la vivienda de la princesa; la anciana golpea á la puerta y sale una esclava; entran en el aposento, encuentran la sala preparada, tersísimos los muebles y jarrones, enarenados los gabinetes, y hachones de cera ardiendo en candeleros de oro y plata, frutas y dulces en mil bandejas, y toda la vivienda perfumada con ambar, almizcle, aloés, alcanfor y otros aromas. Está la princesa sentada en almohadones de pluma de avestruz, y en medio de tantísimo resplandor sobresale aun mas que la lumbré del mismo sol. Al ver á su aya, prorrumpe: «¿En dónde está el amado de mis entrañas, el soberano de toda mi alma?» Y contesta: «¡Ay señora mia!

nada puedo deciros sobre el particular, pero aquí os traigo á su propia hermana.» Y la princesa replica: «Eres una fatua, ¿qué tengo yo que ver con la hermana?» Y la anciana le dice: «Dueña de mi alma, miradla bien, y á ver si os gusta; y si no, me la llevo ahora mismo.»



Al decir esto le descubre el rostro; y ¡ay Dios, que es el príncipe mismo, el adorado de su alma! Al conocerle, se abalanza, lo estrecha apretadamente á su pecho y se desmaya. La anciana acude á salpicarla con agua de rosa y polvos de alcanfor hasta que vuelve en sí, lo besa en la boca y en el entrecejo, y prorumpe en este metro:

«Idolo de mis entrañas,
En tinieblas me visitas,
Yo en tu obsequio me levanto;
Siéntate aquí en mis rodillas;
Ven, objeto de mis ansias,
Ven, tesoro de mi vida.
Anduviste así de noche
Por verme, y di no temias
Al zelador, y me dice:
Ni de noche ni de día

Cabe miedo en un amante
Que va en pos de su querida.
Abrázame y dormiremos,
Y será el sueño un almibar
En que el alma allá se endiosa...
Fuera sospechas indignas;
Fuera, fuera y sacudamos
La ropa, y en sus orillas
A ver si asoma algun rastro
De impureza aborrecida.»

Tras los versos, fué además diciendo: «Lumbre de mis ojos y centro de mi corazon, por fin te estoy viendo en mi morada, y empapándome en tu

presencia; y entónces se le arrebató la pasión en términos, que prorumpió de nuevo en estos versos:

«De noche, de noche viene
El ídolo de mis ansias,
De unas ansias tan ardientes
Que mis entrañas abrasan.
Conocí su voz preciosa
A las primeras palabras,
Y al decir no mas querida
Con suavidad sobrehumana,
Le respondo: «bien venida.»
¡Ay mi Dios, con cuánta, cuánta
Impaciencia arrebatado
Mi corazón te esperaba!

La pasión allá me lleva
Al punto á besar tus plantas
Y tributar homenaje
Al dueño de mis entrañas.
Ningun riesgo me estremece

Con tu presencia adorada,
Gozando tan dulce noche
Tras mi vida solitaria.
¡Qué desvelo delicioso!
Bien haya quien me lo causa;
¡Así Dios con mil venturas
Quiera á mi dueño premiarla!
¡Y así mis ojos lo vean
Mientras las plácidas auras
Mezan el verde capullo
De las flores encarnadas!
Corone Dios al amante
Que tantas penas amargas
Por tan dilatado plazo
Sufrir quiso por mi causa.
Dios mil veces se lo premie
Y lo tenga aquí en su guarda.»

Tras este raptó de poesía, lo abraza y estrecha de nuevo; descansa las mejillas en sus piés; inclina el rostro á la tierra, llora de amor y derrama todavía mas versos:

«No viví mas que una noche,
Pero tan preciosa es esta
Que con ganancia colmada
En sí cifra mi existencia.
Tomo el cáliz y lo empino
Siempre con delicia nueva,
Y otro y otro y mil apuro,
Del amor la quinta esencia
En sus sorbos paladeando.

Ya mi vida le dedico,
Por dilatada que sea.
Ea, Dios mio,
No mas desvío,
Que harto quebranto
Y amargo llanto
Sufrieron antes
Estos amantes.»



Se desmaya, cae sobre él y vuelve á besarle los piés y manos, y siguen pasando así la noche con sus coplas, brándis, besos y abrazos..... pero nada mas... Al rayar, quitan la mesa, levantan la cama y asean la estancia. Siéntase la princesa en su sillón y manda abrir la puerta. Se presenta la servidumbre como siempre, las esclavas le hacen la corte y se retiran. Concluido este ceremonial, cierra la puerta, y se repone todo como estaba poco antes; beben y recitan versos de nuevo día y noche sin que haya novedad ni fracaso. Amanece, vuelve la servidumbre, preparan el ajuar, y siguen por el mismo rumbo.

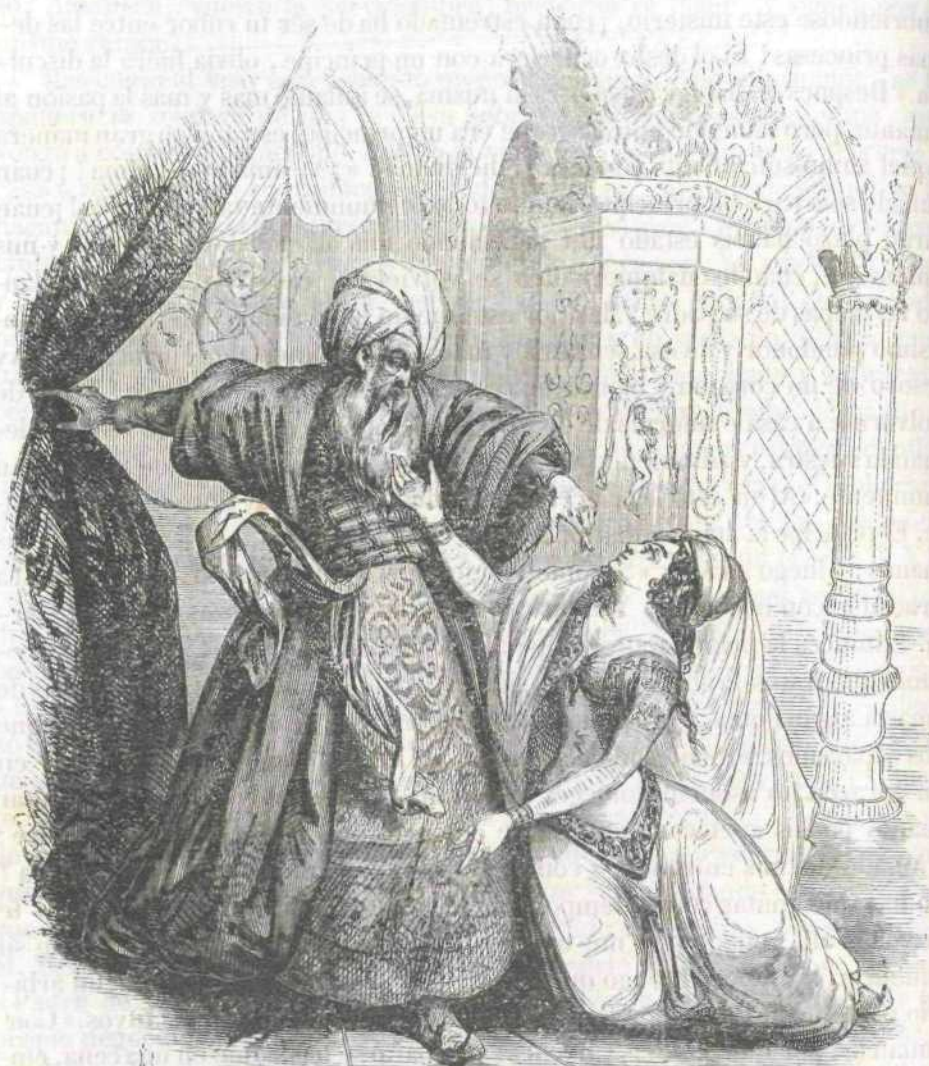
Mas como el visir está echando menos por tantos dias al príncipe, se le apodera la zozobra de que le haya sobrevenido algun contratiempo, que venga á costarle tambien á él mismo la vida. Está cavilando sobre volverse á casa y referir al rey su conflicto con todo lo demás, para que luego no se le hagan cargos, y por fin regresa efectivamente á su pais. Permanece entretanto el príncipe con la princesa sin la menor alteracion. Ya media un mes, y recapacita: «Por Dios santo, que me hallo en sumo peligro; en sonando por fuera cuanto pasa, me quitan de en medio, y en suma no alcanzo cuál ha de ser el paradero de todo. Lo mejor es que la desengañe y la precava contra mas liviandades; voy desde luego á saber su dictámen sobre el asunto.»

Tan sumo fué el aliciente del vino en una noche, que entrambos se inflamaron de pasion, y el príncipe, ya beodo, dice á la princesa: «O soberana del orbe, ó tú á quien soy osado á tributar mi cariño, ten por fin entendido que ya nada quiero encubrirte, pues somos dos almas en un cuerpo.» Y le contesta: «Así es con efecto;» y el príncipe sigue: «Sabe pues como mi padre ni es traficante, ni artesano, sino el gran rey, el señor de la tierra por largo y por ancho, siendo yo su hijo Ardchir; soy el que envié mi gran visir á tu padre, en demanda tuya; como volvió desairado, mi padre se encolerizó sobremanera prorumpiendo: «¿Uno como yo ha de enviar á donde quiera un mensaje para quedar así rechazado?» A impulsos de su ira manda al punto preparar tropas y tiendas para venir aquí á mano armada. Temeroso yo de que mi padre echando el resto de su poderío, entrase por el pais saqueando, talando, destruyendo la poblacion y atropellando mujeres, y de que pasándolo todo á cuchillo, quedase frustrado mi intento, me adelanté á él, besé la tierra ante sus plantas y para retraerle de sus ímpetus, le dije: «Padre de toda mi alma, trato de ir allá personalmente para manejar mi propio negocio;» y el padre me contesta: «Corriente, y llévate á mi visir contigo para que te sirva de consejero.» Tras esto me carga de dinero y de alhajas, orillamos uno y otro todo boato, me vestí de mercader y me manejé acá como ya te es notorio; estuvistes tan desabrida conmigo que me puse á punto de morir, y ahora por fin Dios ablanda ese pecho y me mostrastes inclinacion. Peligramos pues infinito; si, como Dios no quiera, se trasluce el asunto, nos sucederá lo que suele decirse, antes que llegue el específico es-

piró el mordido por la serpiente. En suma, mi padre ha de acudir tarde con su auxilio, y así todo queda dicho y entendido.»

Al entender la princesa que tiene allí á todo un príncipe encumbrado, se postra en el suelo para dar gracias al Señor, y luego prorumpe en reconocimientos contra sí misma, todas entrañables y descompasadas, hablándose así: «¡Ay Hayat Alnufa! ¿Con que á tanto te propasaste que viniste á ser de un mercader que va peregrinando por el orbe en busca del dinero? En descubriéndose este misterio, ¡cuán estremado ha de ser tu rubor entre las demás princesas! Si el desliz ocurriera con un príncipe, obvia fuera la disculpa.» Despues de hablar así contra sí misma, se inflamó mas y mas la pasión al amante, pero sabiendo entónces que era un príncipe, estrañó en gran manera aquel sumo sufrimiento y reserva, diciéndole: «¡Ay amado del alma! ¡cuán sufrido sois para un príncipe, siendo todos comunmente tan altaneros! ¡cuán largo plazo habeis estado ahí padeciendo mis billetes descomedidos y mis amenazas, cuando cualquiera otro se volviera á casa y viniera acaudillando las tropas de su padre! Mas por este medio he venido á enterarme de tantísimo pundonor y de esa sensatez y maestría.» Contéstale el príncipe: «¡Ay tesoro de mi corazon y blanco único de mis entrañables anhelos! Trato de volverme á casa é informarle de todo al padre, para que envíe al visir en demanda vuestra, y admitiendo vos la propuesta, nos libertamos de peligro tan inminente.» Al oír esto la princesa, se le anuda la lengua y llora desatadamente. El príncipe le ataja el llanto, desvanece sus zozobras, le besa los piés y las manos, y luego añade: «Si cometí algun yerro, disimuladlo, y el Señor sea graciable con nosotros.» Y al fin con sus espresivas ternezas logra sosegarla. Entónces la princesa prorumpe: «¡Ay amado del alma! aunque no presumo que trates de abandonarme, siempre malicio que allá en la lejanía has de amar á alguna otra, y así dímelo desde ahora para acabar conmigo antes que nos separemos.» Contéstale el príncipe: «Vive el Señor Supremo, que en mi corazon no asoman dobleces ni marañas, y así estoy pronto á ejecutar cuanto podais apetecer.» Serénase entónces mas y mas la princesa y dice: «Amado de mis entrañas, ¿cómo cabe el que yo me avenga á tu partida? No hay que contar con el tiempo, y la lejanía suele acarrear fracasos. Si te marchas allá, puede que me olvides, ó bien que tu padre te niegue su anuencia, y entónces tengo que morir. Mas acertado será idear algun arbitrio para que nos marchemos juntos y permanezca yo allí con los tuyos.» Continúan así por muchos dias y noches sin separarse hasta que en una cena, embriagados de vino y amor, se adormecen halagüenamente, y ni aun á la madrugada se despiertan. Cabalmente en aquella mañana envia un rey al padre unos regalos esquisitos, y entre ellos un collar de pedrería preciosísima, que llama en extremo la atención del favorecido, y recapacitando, dice entre sí: «Este collar á nadie cuadra mejor que á mi amada hija Hayat Alnufa.»

Llama á su palaciego Kafur, el desdentado por ella, y le dice: «Kafur, toma ese collar, llévaselo á mi querida hija, salúdala de mi parte y dile: «Esta alhaja es regalo de un rey, y se la envia paraque la guarde entre sus muchas preciosidades.» Dícele el palaciego: «Tu albedrío es mi ley.» Toma el collar, y se marcha hasta la puerta de la consabida estancia, la halla cerrada y ve á la anciana durmiendo á su inmediacion; la despierta y le dice: «¿Qué es esto? ¿aun



en la cama tan entrado el día?» y le contesta sobresaltada: «¿Qué buscas aquí á semejante hora?» Le responde: «Traigo de parte del rey un quehacer con la princesa.» La anciana se vuelve á diestro y siniestro, y por fin le

dice: «No tengo la llave; anda y espera un rato hasta que la traiga.» Vocó entonces Kafur: «Trae al punto la llave, pues corre priesa el asunto, y no me muevo de aquí entretanto.» Mientras ella tarda y él está temeroso del rey por estrecharle ya el tiempo, empuja la puerta con brio, quebranta la cerradura y abre. Llega luego á otra puerta que está patente, y así la tercera y la cuarta, hasta que llega al mismo aposento, en donde ve un lecho primoroso, velas de cera y vino, y se queda atónito. Se adelanta y ve, en su trono de marfil sobredorado y cubierto con tisú, á la princesa tendida con un mancebo, peregrino como el mismo sol, en sus brazos; y exclama: «¡Dios mío! ¡cuán ajena es la princesa de sí misma! ¿para esto odiaba á los hombres, y me arrancaba los dientes? Vive Dios que todo lo ha de saber el rey.» Tiende la cubierta de nuevo y se encamina á la puerta; en aquel trance despierta la princesa, se estremece al ver á Kafur y lo llama; no le contesta, y apeándose de su trono, corre tras él, lo alcanza en la puerta, le ase el extremo del albornoz y le dice: «Encubre, Kafur lo que Dios ha tenido encubierto;» mas le responde: «Ya no hay para ti resguardo ni amparo. Cortísimas han sido tus finezas, y luego me arrancaste los dientes y me hiciste el blanco indefenso de mis odiosos enemigos.»

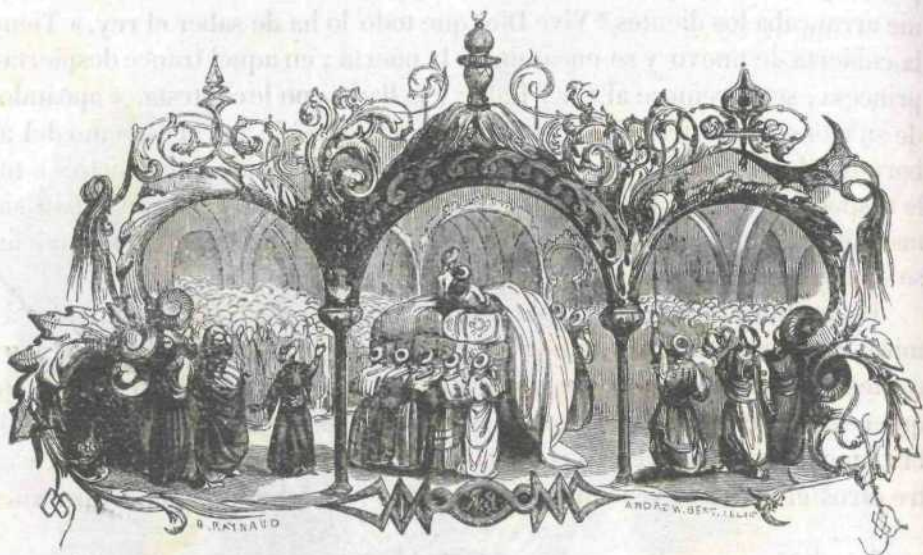
Despréndese tras estas palabras de sus manos, deja sus dependientes á la mira, y se marcha al rey, quien le pregunta: «¿Entregaste el collar?» y le contesta: «Por Dios santo que vuestra hija es acreedora á mucho mas.—¿Qué quieres dar á entender con eso?—Voy á referiroslo todo, pero á solas.—Habla, que no se requieren ya reservas.» Mas como habia varios visires, y entre otros el malvado visir mayor, presentes, dice Kafur: «Tendédme vues-



tra ropa en señal de resguardo.» El rey lo hace así, y entonces Kafur prorrumpió: «Al llegar, ó rey, á la estancia de Hayat Alnufa, me encontré con el estrado guarnecido de sofaés, hachas ardiendo y vasijas llenas de vino. Ví

á la señora tendida sobre uno de sus lechos con un mancebo en sus brazos mas rubio y lindo que el sol. Hasta este punto se ha propasado la princesa, odiando mas y mas siempre á los hombres. Cerré la puerta y me vine al punto á participaros la novedad.» El rey, al oir esto, se levanta, manda llamar al portero, y esforzándose le dice: «Toma tu jente, anda á los estrados de la princesa, y apeándola de su trono, tráemela con el que está en su compañía, y á quien se te oponga, cercénale la cabeza.»

Cerró aquí Cheherazada su narracion para continuarla en la noche venidera.

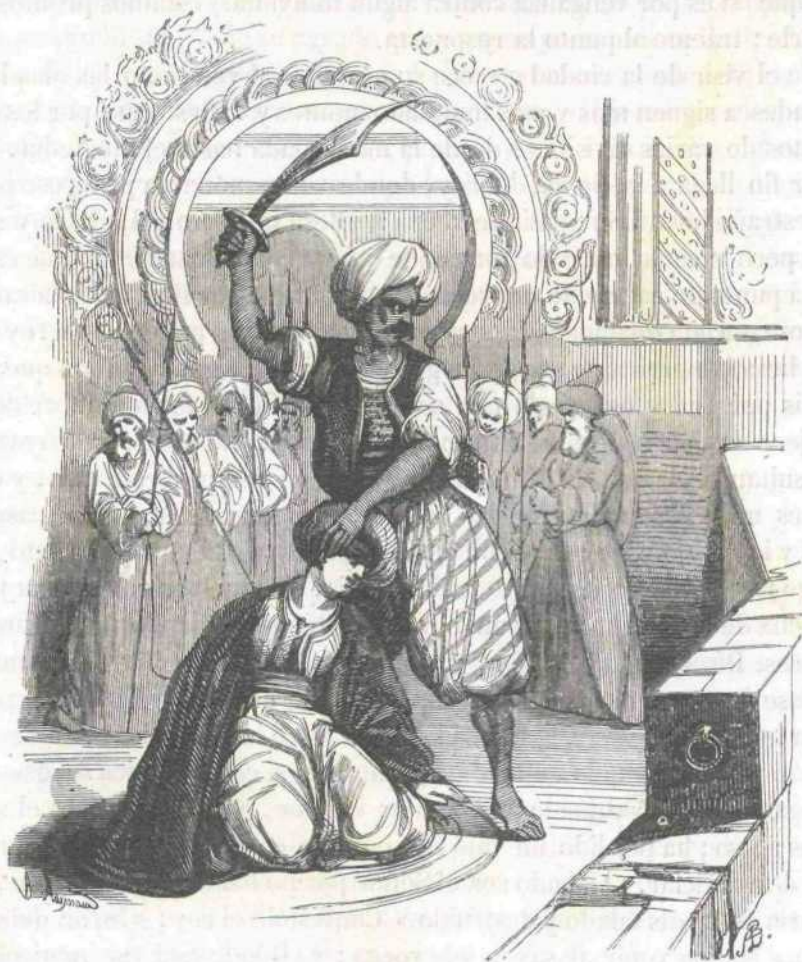


NOCHE CCCIX.

Cumple el portero el mandato, entra en el estrado de la princesa, donde la halla sentada, como tambien al mancebo. Prorumpo el portero: «Princesa, apeaos de ese lecho con el mancebo, en la idéntica forma en que os halló Kafur, pues me manda el rey que os lleve así á su presencia, y que arroje la cabeza á sus piés á quien se oponga.» Temerosa Hayat Alnufa, tanto por la vida del príncipe como por la propia, contesta: «No cabe jamás aquí desobediencia, y nos pondrémos como estábamos, dejando nuestra suerte en manos de Dios, á cuyo albedrío se rinde todo.» Así lo hacen, y tales los presentan al rey, quien los pone patentes, y al mirar ya levantada la hija, desenvaina su alfanje para degollarla. El príncipe, al ver aquel ademan, se interpone y le dice: «O gran monarca, ninguna culpa tiene; yo soy únicamente el reo, degolladme antes.» El rey vuelve sobre él su amago, pero se

adelanta la princesa y clama : « Padre y rey mio , acabad conmigo , y no lastimeis á este mancebo , que es hijo de un rey poderosísimo. » Al oír esto el rey , se encara con el gran visir y le dice : « ¿ Qué opinas en esto ? » y le contesta : « Me parece que quien se halla en tal situacion apela siempre por via de recurso á una mentira , y así se les debe cortar la cabeza , castigando antes y mas tremendamente á la princesa. » Manda el rey venir al verdugo , quien se aparece con dos mozos , sus ministros infernales , y el rey les dice : « Cargad con esa manceba y ese amante , cortadles la cabeza , y no se me hable mas del asunto. »

Al oír el sayon estas palabras , le echa la mano al hombro para llevársela , y el rey prorrumpe : « ¿ Cómo , perro , malvado ? ¿ te muestras ahí compasivo estando yo furioso ? agárrala por la cabellera , y acibara su agonía cuanto



sea dable.» Envaina su alfanje , y la princesa se va rezagando algunos pasos con el afán de su príncipe . El rey esgrime la espada hasta tres veces sobre sus

cabezas, mientras todos los presentes, á cual mas ansioso, se están condo-
liendo de entrambos, y rogando á Dios que envíe algun intercesor por ellos.
Alza el verdugo su alfanje hasta vérselo el vello de los sobacos, en ademán
de descargar, cuando suena grandísima gritería, y se aparece inmensa pol-
vareda por los aires. Todos tiemblan y el sayon encoje su brazo. Dice el rey
á sus inmediatos: «A ver qué novedad ocurre, y qué significa esa densísi-
ma polvareda, y ese alboroto descompasado.» Marcha el gran visir y ve un
juntio innumerable como un enjambre de langostas, que va voceando aso-
lacion y desdicha. Regresa el visir y clama en el salon: «¡Ay señores, que
tenemos aquí una hueste innumerable como langostas que viene cuajando
montes y valles!» El rey, consternado, prorumpe: «¿Cuál puede ser el mo-
tivo de semejante sorpresa? vuelve, visir, ve quien es el caudillo, salúdale
y dile que si es por venganza contra algun individuo, estamos prontos para
auxiliarle; tráeme al punto la respuesta.»

Sale el visir de la ciudad y crece su asombro al ver como las oleadas de
la soldadesca siguen mas y mas inundado montes y valles. Pasa por los cam-
pamentos de varias divisiones desde la madrugada hasta el mediodía, hasta
que por fin llega á la tienda del rey, donde ve un monarca poderoso osten-
tando extraño boato. Su adalid le voicea: «Besa la tierra.» Lo hace y se le-
vanta, pero le están gritando por donde quiera con tal estruendo que está de
miedo á punto de caerse de nuevo en el suelo. Dice por fin: «Ó soberano, el
Señor os conceda dilatada vida y engrandezca vuestro poderío; mi rey os sa-
luda y besa la tierra ante vos, y luego se arroja á preguntaros con qué moti-
vo venis por acá y os brinda con su auxilio.» Contesta en nombre del rey
extranjero su visir: «Vuelve á tu monarca y dile: «El poderoso y reveren-
ciado sultan reclama á su hijo que vino hace ya tiempo á este país, y desde
entonces nada absolutamente ha sabido de su paradero; participaselo al
punto, y lo recojo y me retiro con él. Pero si padeció algun quebranto, des-
de luego llevo á fuego y sangre vuestro país, sin que venga á quedar la me-
nor huella de vosotros, saqueando vuestro bienes y dando fin de vuestros
guerreros. Díselo así á tu señor, y tráenos la respuesta antes que nuestra
jente pase á poner en obra el intento.» Contesta el visir: «Obedezco;» y se
marcha, cuando le voicean: «Besa la tierra.» Lo hace hasta veinte veces, y
por fin se va sobresaltado en el alma, tanto por sí como por los suyos.

Llega ante su rey y dícele en seguida: «Señor, poderosísimo es el sultan
que nos acosa; ha perdido un hijo en vuestros estados, y es el mismo que
tratais de ajusticiar. ¡Alabado sea el Señor por no haberos atropellado, pues
ya estaria este país talado y destruido.» Contéstale el rey: «No se debe á tu
consejo.» Manda venir al sayon y le voicea: «¿Dónde está ese mancebo, el
príncipe? Le responde: «Señor, me mandasteis ejecutarlo.» Grítale el rey:
«¡Ha, perro verdugo; vas á seguirle!» Mas al punto le dice muy ufano: «Se-
ñor, vive todavía.» El rey se regocija y dice: «Traédmelo volando.» Se lo

presentan y le dice : «Hijo mio, estoy pidiendo perdon á Dios por tu causa , mas no manifiestes al padre tus padecimientos y tropelías.» Y le contesta el príncipe : «Con vuestra anuencia, no me aparto de aquí hasta que mi honor y el de vuestra hija queden acrisolados. Tened entendido que vuestra hija es doncella, y así os lo afianza bajo su palabra el hijo de un rey ; y en no siendo así, vengan los filos de ese alfanje á cercenar este cuello.» Replica el rey : «¿Decis la verdad ? decidla sin rebozo, y no sobrevivamos á tanto desdoro.» Insiste el príncipe : «Gran rey, vuestra hija es una doncella discreta y recatada, sin que el menor lunar empañe su pudor.»

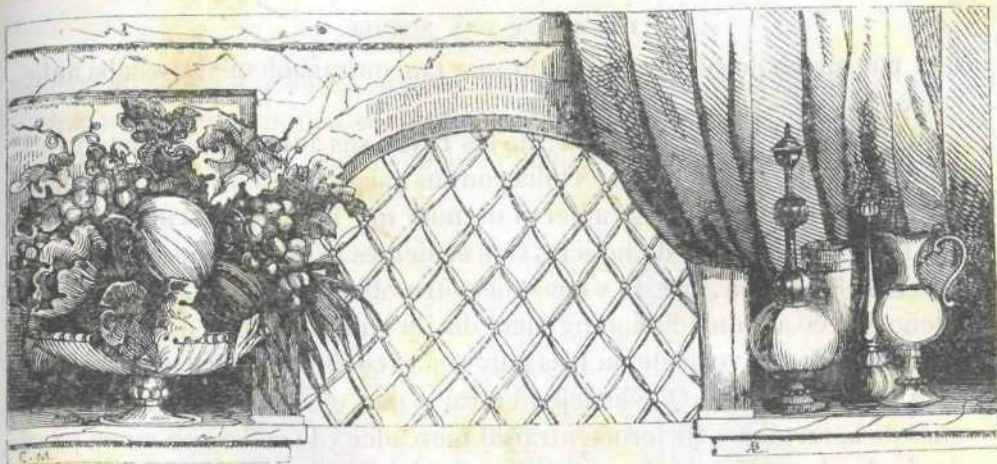
Gozosísimo ya el rey, palaciegos y esclavos, todos están en sus glorias ; abraza el monarca al príncipe y le manda preparar un baño costosísimo, lo engalana hasta lo sumo y luego le corona dignamente las sienes. Lo manda acompañar con todo boato y señorío á los brazos de su padre, suplicándole que le pregunte si será de su agrado que vaya en persona á visitarle. Contéstale el príncipe : «Corriente, todo quedará como corresponde.» El rey, agradecido, le encarga encarecidamente lo que sigue : «Hijo mio, no hay que revelar al padre nuestras ocurrencias, puesto que Dios se ha dignado traerlas á tan feliz desenlace.» Besa el príncipe la tierra, y luego cabalga en pos de su padre ; cuajando el vecindario entero su tránsito, embelesado con su presencia. Cunde su historia y todos se regocijan con su paradero, por cuanto les acarrea la paz entre ambos monarcas. Llega el príncipe con su comitiva á presencia del padre, y todo el ejército los vitorea, acaudillado por los visires, quienes tributan al rey mil parabienes gozosos por el salvamento felicísimo de su hijo. Dase á conocer el príncipe á la tropa, y todos se afanan por mirarle, pasmándose de que tan gran príncipe se allanase hasta aquel extremo.

Así cunde sin término aquella historia, y todos presencian el poderío sumo del gran sultan. También lo está mirando la princesa desde las almenas de su castillo, y al ver aquellas oleadas de tropas por montes y valles, exclama : «Tanta majestad es propia de un Dios.» Permanece sin embargo siempre acongojada en su encierro, ignorando todavía su destino y temerosa de que su príncipe la olvide, atormentada con tan amargo desconsuelo. Por fin se encara con una de sus doncellas, y le dice : «Anda en pos del dueño mio, el príncipe Ardchir, sin la menor zozobra, por cuanto tiene encargado que á nadie se desaire, y en llegándote á él, bésale las manos y dile que vas de mi parte, y recuérdale que tu dueña permanece todavía encerrada en el castillo del padre, ignorando lo que intenta disponer acerca de su persona, y así le suplica la tenga presente, pudiéndolo ya absolutamente todo. Dile también que si me ama todavía, no podrá menos de instar al padre en mi demanda ; que aun cuando se desentienda de su galanteo, corresponde que su padre implore del mio el indulto, hasta que le empeñe palabra de no causarme el menor quebranto. ¡ Así Dios entretanto se digne aliviar mi desconsuelo !

Llévale esta despedida, manifestándole como el cariño me está matando y luego yaceré en el sepulcro.» Marcha la mensajera y se da á conocer; el príncipe se arrebata y la abraza dándole la bien venida. Oído el recado, llora el príncipe amargamente y casi se desmaya, pero al fin contesta: «Di á la princesa como soy su prisionero y esclavo, la idolatro únicamente, y que nunca, vive Dios, se han de quebrantar los vínculos de nuestro amor; tengo enterado al padre sobre el particular, y trato de marcharme con él, y que el suyo en nada se nos ha de oponer.» Vuelve la mensajera con este recado á su dueña, y le relata todo lo acontecido. La princesa llora de alborozo y tributa gracias y alabanzas al Señor. Por la tarde va refiriendo el príncipe á su padre circunstanciadamente y á solas cuanto ha pasado desde el principio hasta el fin, y le pregunta luego el padre: «¿Con qué, hijo mio, qué harémos ahora? Si lo apetece, tala el pais, y atropella el haren.» Responde el príncipe: «Por Dios santo que nada se me ha hecho que merezca imponer semejante castigo; por lo demás, mi corazon está todo pendiente del corazon de Hayat Alnufa, dama discreta, á quien conozco hace ya tiempo, y sé que me corresponde. Tambien quisiera mereceros la fineza de que enviaseis al padre un regalo preciosísimo, haciendo que el mismo visir sea el portador, pidiéndole al mismo tiempo mi desposorio con Hayat Alnufa; con cuyo motivo, padre de toda mi alma, merece que se le encumbre á la jerarquía de gran visir que le tengo prometida.» Contéstale el padre: «Con mil amores.» Abre en seguida su tesoro, y saca sus preciosidades de almizcle, alcanfor, plata, oro y demás, en tanto número y valor que no cabe relatarlas, y se las entrega á su hijo. Queda este contentísimo, llama al visir y le encarga lo lleve todo á su destino, y que pida la mano de la princesa. Marcha el visir, cargado con su regalo, al rey, quien, desde la separacion del príncipe, está sumamente angustiado; besa la tierra y le dice: «Mi rey os saluda, y me encarga os manifieste que apetece vuestra hija para su hijo.» Y le contesta el rey: «Desde luego.» El visir le entrega el regalo, el rey lo toma y cabalga con su tropa hácia el sultan, quien le sale al encuentro, se saludan, entablan amistad estrecha, y se encaminan juntos á la ciudad, donde se celebran solemnísimos desposorios.

El poderoso sultan se detiene allí algun tiempo, y luego regresa con el hijo y Hayat Alnufa á su pais, donde viven felices y gozosos, hasta que la certeza (la muerte) les sobreviene. ¡Loado sea el Señor, dueño del universo!

Aquí concluyó Cheherazada el cuento del príncipe Ardchir y de la linda Hayat Alnufa; é iba á empezar el de Beder, cuando á la vista de los primeros albores del dia, tuvo que dejarlo para la noche siguiente:



NOCHE CCCX.

Cheherazada dió principio en estos términos á la

HISTORIA DE BEDER, PRINCIPE DE PERSIA, Y DE JIAUHARA, PRINCESA DEL
REINO DE SAMANDAL.

Es la Persia un pais tan dilatado que no sin motivo ostentaron sus antiguos monarcas el dictado de reyes de reyes. Habia tantos príncipes como provincias, sin contar todos los demás reinos que habian conquistado, y estos, no solo les pagaban crecidos tributos, sino que les estaban tan sumisos, como lo están los gobernadores á los soberanos de todos los demás reinos.

Uno de estos reyes, que habia empezado su reinado con atinadas y grandiosas conquistas, reinaba desde algunos años con tan suma dicha y sosiego que le hacian el mas venturoso de los monarcas. Un solo desconsuelo le aquejaba, y era que se hallaba anciano, y que entre todas sus mujeres no habia una que le diera un príncipe para sucederle despues de su muerte. Sin embargo estas eran mas de ciento, y estaban magníficamente hospedadas por separado, con esclavas que las sirviesen y eunucos que las guardasen. A pesar de todos estos afanes para que estuviesen contentas y anticipar sus deseos, ninguna correspondia á sus esperanzas. Traíanle esclavas de todos los paises mas remotos, y no se contentaba con pagarlas á precios crecidos, sino que colmaba de honores y beneficios á los mercaderes, para que le proporcionasen otras, con la esperanza de que al fin tendria un hijo de alguna. Hacia toda clase de obras buenas para que el cielo le fuera propicio. Daba inmensas limosnas á los pobres, grandes larguezas á los mas devotos de su religion y nuevas fundaciones verdaderamente rejas á su favor, para alcan-

zar, por medio de sus oraciones, lo que tan entrañablemente estaba anhelando.

Un día que, según costumbre de los reyes sus antecesores cuando residían en la capital, celebraba tertulia con sus palaciegos, en la que se hallaban todos los embajadores y extranjeros de nota que había en la corte, y en la que se conversaba, no de noticias concernientes al estado, sino de ciencias, historia, literatura, poesía y cualquier otro objeto capaz de servir de halagüeño recreo al entendimiento, aquel día un eunuco entró á noticiarle como un mercader que venia de un país muy lejano con una esclava pedia permiso para presentársela. «Que le dejen entrar,» dijo el rey, «ya le hablaré después de la tertulia.» Hicieron entrar al mercader y le colocaron en un paraje desde donde podía ver al rey á su gusto y oírle hablar familiarmente con los que estaban mas inmediatos á su persona.

El rey acostumbraba obrar así con todos los extranjeros que debían hablarle, y lo hacia de intento para que se acostumbrasen á verle, y para que, al oírle hablar á todos con desahogo y llaneza, tuviesen confianza al hablarle ellos, sin dejarse sobrecojer con el boato y grandiosidad que le rodeaban, capaces de enmudecer á los que no estaban acostumbrados á tratarle. Otro tanto hacia con los embajadores. Primero comia con ellos, y durante la comida se informaba de su salud, viaje y circunstancias de sus países. Esto les daba cierta entereza ante su persona, y luego les concedia audiencia.

Terminada la tertulia, todos se retiraron, y solo quedó el mercader, el cual se postró ante el trono del rey, el rostro contra el suelo, y le deseó que se cumplieran todos sus anhelos. Luego que se hubo levantado, el rey le preguntó si era cierto que le hubiese traído una esclava tal cual decían, y si era hermosa.

«Señor,» respondió el mercader, «no dudo que vuestra majestad las tendrá muy lindas, ya que se las anda buscando con tanto afán por toda la redondez de la tierra; pero os aseguro, sin temor de alabarla demasiado, que no ha visto ninguna que pueda compararse con ella, si se atiende á su belleza, cuerpo torneado, gracias y primores de que está dotada. — ¿En dónde está?» repuso el rey, «tráemela al punto. — Señor,» replicó el mercader, «la dejé en manos de un oficial de vuestros eunucos. Vuestra majestad puede mandar que la hagan entrar.»

Trajeron la esclava, y luego que el rey la vió, quedó prendado de ella, con solo considerar su gallardía linda y airosa. Entró al punto en un gabinete, á donde el mercader le siguió con algunos eunucos. La esclava llevaba un velo de raso encarnado con franjas de oro que le cubria el rostro. El mercader se lo quitó, y el rey de Persia vió una dama que aventajaba en hermosura á todas las que tenia y habia tenido. Al punto se enamoró de ella y le preguntó al mercader por cuanto queria venderla.

«Señor,» respondió este, «dí mil monedas de oro por ella al que me la

vendió, y calculo que habré gastado otro tanto en tres años que estoy viajando para llegar á vuestra corte. Me guardaré muy bien de tasársela á tan gran monarca; ruego á vuestra majestad que la admita como un presente,



si es de su agrado. — Te lo agradezco,» repuso el rey, «pero no acostumbro obrar así con mercaderes que vienen de tan lejos con el objeto de complacerme. Voy á mandar que te entreguen diez mil monedas de oro, y no dudo que quedarás contento.

— «Señor,» repuso el mercader, «me hubiera tenido por muy afortunado, si vuestra majestad hubiese querido aceptarla como un presente; pero tampoco me atreveria á rehusar tan gran liberalidad. No dejaré de publicarla en mi pais y en todos los lugares por donde pase.» Entregósele la cantidad, y antes que se marchara, mandó el rey que le vistieran en su presencia un traje de brocado.

El rey mandó que hospedasen á la hermosa esclava en el aposento mas magnífico despues del suyo, y le nombró, para que la sirvieran, varias matronas y esclavas, con orden de que le hicieran tomar baños, que le pusieran el vestido mas rico que pudiesen hallar y que trajesen los mas hermosos collares de perlas y los diamantes mas finos, para que ella misma escogiera lo que le cuadrase.

Las matronas, que no tenian otro afan que complacer al rey, quedaron pasmadas de la hermosura de la esclava, y como eran muy inteligentes, le dijeron: «Señor, si vuestra majestad tiene tan solo la paciencia de concedernos tres dias, nos comprometemos á presentarla tan superior á lo que

ahora es, que no la conocerá.» Mucho le costó al rey privarse tanto tiempo del placer de poseerla enteramente. «Me convengo,» les dijo, «pero á condicion de que me cumpliréis vuestra palabra.»

La capital del rey de Persia se hallaba situada en una isla, y su palacio, que era suntuosísimo, estaba construido á la orilla del mar. Como su aposento tenia vistas al mar, el de la hermosa esclava, que estaba inmediato al suyo, daba hácia la misma parte, siendo tanto mas agradable, en cuanto las olas se estrellaban al pié de las paredes.

Al cabo de tres dias, la hermosa esclava, magníficamente ataviada, se hallaba sola en su aposento, sentada en un sofá y apoyada contra una de las ventanas que caian al mar, cuando el rey, avisado de que podia verla, entró en el aposento. La esclava, que oyó pasos, volvió al punto la cabeza para ver quién era, y conoció al rey; pero sin manifestar la menor estrañeza ni siquiera levantarse para saludarle y recibirle, y como si fuera la persona mas indiferente del mundo, volvió á mirar por la ventana como antes.

El rey de Persia se quedó como atónito al ver que una esclava tan hermosa y gallarda tuviese tan poca crianza. Atribuyó aquel desacato á la mala educacion que le habian dado y al poco esmero que habian puesto en mostrarle los principios de la cortesania. Acercóse á ella hasta la ventana, en donde, á pesar de la frialdad con que acababa de recibirle, se dejó mirar y acariciar cuanto lo apeteció.

Entre aquellos halagos paróse el monarca á mirarla. «Mi hermosísima, mi encanto, mi embeleso,» exclamó, «decidme, os ruego, de dónde venis y quiénes son los venturosos padres que dieron á luz una obra maestra de la naturaleza tan asombrosa como vos sois. ¡Cuánto os amo y os amaré! No hubo mujer que me prendase en tantísimo grado como vos; sin embargo, muchas he visto y muchas veo aun diariamente; pero nunca hallé tantos primores hermanados, que me arrebatan y me rinden á vuestro albedrío. Alma mia,» añadió, «nada me respondeis, y ni siquiera me dais á conocer de algun modo que os conmuevan tan finas pruebas de mi acendrado amor. Ni tan solo volveis los ojos para dar á los míos el deleite de encontrar sus miradas y convenceros de que no cabe amaros mas de lo que os amo. ¿Porqué guardais ese silencio que me hiela? ¿De dónde proviene esa seriedad, ó mas bien ese desconsuelo que me traspasa? ¿Echais de menos patria, parientes y amigos? ¿no puede consolaros y suplir todas esas carencias del mundo un rey de Persia, que os ama y os adora?»

Pero, por muchas protestas de amor que el rey de Persia hizo á la esclava, ni por mucho que dijo para obligarla á que despegara los labios y hablara, la esclava permaneció muy tibia, cabizbaja y muda.

El rey de Persia, prendado de haber hecho tan buena adquisicion, no la instó mas, con la esperanza de que variaria á fuerza de finos procedimientos. Dió una palmada, y al punto entraron varias mujeres, á las que mandó que

sirvieran la cena. Luego que hubieron obedecido, «Corazon mio,» le dijo á la esclava, «acercaos y venid á cenar conmigo.» Levantóse la esclava del asiento que ocupaba, y cuando se hubo colocado en frente del rey, este la sirvió antes que empezara á comer, y lo mismo hizo á cada plato durante la cena. La esclava comió como él; pero siempre cabizbaja y sin contestar palabra cuando le preguntaba si le gustaban los manjares.

Para mudar de asunto, preguntó el rey cómo se llamaba, si estaba contenta con su traje, con las pedrerías que le habian puesto, qué le parecia de su aposento y de los muebles, y si la vista del mar la divertia. Pero á todas estas preguntas guardó el mismo silencio, de modo que no sabia el rey qué conceptuar. Se imaginó que acaso era muda. «¿Pero seria posible,» se decia para consigo, «que Dios hubiese formado una criatura tan hermosa, perfecta y cabal y que adoleciera de nulidad tan estremada? Fuera gran lástima; pero con todo no pudiera menos de amarla como la amo.»

Cuando el rey se levantó de la mesa, se lavó las manos á un lado, mientras que la esclava se las lavaba á otro, y entónces aprovechó aquel momento para preguntar á las mujeres que la servian, si la esclava les habia hablado. La que tomó la palabra le respondió: «Señor, tampoco la hemos oido, como acaba de sucederle á vuestra majestad; la hemos servido en el baño, peinado y vestido en su aposento, y ni siquiera ha despegado los labios para decirnos: «Está bien, estoy contenta.» Le preguntábamos: «¿Señora, necesitáis alguna cosa? ¿Deseáis algo? No teneis mas que pedir y mandarnos.» No sabemos si es menosprecio, desconsuelo, necedad ó que sea muda, lo cierto es que no hemos podido arrancarle una sola palabra: esto es cuanto podemos decir á vuestra majestad.»



El rey de Persia se quedó mas atónito que antes de lo que acababa de oír, é imaginándose que la esclava podía tener algun motivo de tristeza, quiso divertirla. Al intento mandó que se reuniesen todas las damas de su palacio, y cuando lo hubieron verificado, las que sabian tañer instrumentos se pusieron á tocar, y las demás cantaron ó bailaron ó hicieron uno y otro á un tiempo; finalmente, jugaron á varios juegos que divirtieron al rey solo. La esclava no tomó ninguna parte en todas estas diversiones; permaneció en su sitio, siempre cabizbaja y con un sosiego que estrañaron las damas no menos que el rey. Por fin, se retiraron cada una á su aposento, y el rey se quedó solo, y se acostó con la hermosa esclava.

A la madrugada, el rey de Persia se levantó mas satisfecho de lo que habia estado con todas las mujeres que habia visto y mas apasionado por la hermosa esclava que el dia anterior. Con efecto, bien lo dió á conocer, pues acordó no pensar ya sino en ella y ejecutó su determinacion. Desde aquel mismo dia despidió á todas sus mujeres, con los ricos trajes y joyas de su uso, y cada una con una crecida cantidad de dinero, dejándolas en libertad de casarse con quienes quisiesen, y solo se quedó con las matronas y ancianas necesarias para que estuviesen junto á la hermosa esclava. No le dió el consuelo de decirle una sola palabra durante un año entero: no obstante continuó muy fino con ella, procurando complacerla en todo y dándole pruebas señaladas de una pasion entrañable.

Habia pasado un año, y el rey, sentado un dia junto á su hermosa, le protestaba que su cariño, en vez de entibiarse, iba cada dia en aumento. «Reina mia,» le decia, «no puedo adivinar lo que estáis pensando; sin embargo no deja de ser ciertísimo, y os juro que nada mas estoy anhelando desde que tengo la dicha de poseeros. Hago menos caso de mi reino, cuan grande es, que de un átomo, cuando os veo y puedo repetiros mil veces que os amo. No quiero que mis palabras os precisen á creerlo; pero no podeis dudarle tras el sacrificio hecho á vuestra hermosura de todas las mujeres que atesoraba mi palacio. Ya os podeis acordar de que hace un año que las despedí á todas, y me arrepiento tan poco de haberlo hecho en el momento en que os hablo, como en aquel en que cesé de verlas, y nunca me arrepentiré. Mi satisfaccion, júbilo y regalo serian cabales, si me dijeseis una sola palabra, para probarme que me agradeceis algo lo que hago. ¿Pero cómo pudierais decírmelo, si sois muda? ¡Ay de mí! demasiado temo que sea cierto. Si no es posible que alcance este consuelo, á lo menos, quiera el cielo que me deis un hijo que me suceda despues de mi muerte. Siento que voy envejeciendo y ya necesito ahora alguno que me ayude á sostener el peso de mi corona. Vuelvo al intensísimo deseo que tengo de oiros hablar: cierto móvil me está diciendo aquí dentro que no sois muda. Por favor, señora, os lo ruego, romped ese obstinado silencio; decidme una sola palabra, y despues no me desazonará la apension de la muerte.»

A estas palabras, la hermosa esclava, que, segun costumbre, habia escuchado al rey cabizbaja, y que ni siquiera le habia dado motivo para que creyese que era muda, sino que tampoco habia reido en su vida, empezó á sonreirse. Advirtiolo el rey de Persia con un asombro que le hizo prorumpir en un ímpetu de alegría, y no dudando de que quisiese hablar, aguardó aquel momento con un ahinco é impaciencia indecible.

La hermosa esclava rompió al fin aquel largo silencio y habló así : « Señor, son tantas las especies que se me agolpan al querer contestar á vuestra majestad, que no sé por donde empiece. Con todo creo que es de mi obligacion darle primero gracias por todas las mercedes que me ha hecho y todos los honores con que me ha colmado, y pedir al cielo que le haga prosperar, que burle los dañados intentos de sus enemigos y no permita que muera sin haberme oido hablar, antes bien le conceda una larga vida. Hecho esto, señor, no puedo daros mayor satisfaccion que anunciándoos que estoy embarazada : deseo que sea de un hijo. Lo cierto, señor, » añadió, « es que á no ser por mi embarazo (y ruego á vuestra majestad que no lleve á mal mi sinceridad), estaba determinada á no amaros nunca y tambien á guardar un perpetuo silencio, pero ahora os amo tanto como antes os aborrecia. »



El rey de Persia, prendado de haber oido hablar á la hermosa esclava, anunciándole una noticia que tanto le interesaba, la abrazó entrañablemente. « Luz de mis ojos, » le dijo, « no podiais darme mayor complacencia de la que acabo de experimentar. Me habeis hablado y anunciado vuestro embarazo. No puedo contener mi complacencia con dos motivos tan plausibles para alegrarme que no esperaba. »

Nada mas dijo el rey de Persia á la hermosa esclava tras el rapto de su alborozo. Salió del aposento, pero de un modo que manifestó que pronto iba á volver. Como queria que fuese pública la causa de su alegría, la participó á sus oficiales y mandó llamar á su gran visir. Luego que este llegó, le dió órden para que distribuyese cien mil monedas de oro á los ministros de su religion que hacian voto de pobreza, á los hospitales y á los menesterosos, en accion de gracias á Dios; y su voluntad quedó cumplida por las disposiciones del ministro.

Dada esta órden, volvió el rey de Persia en busca de la linda esclava. «Señora,» le dijo, «escusadme si me he marchado tan repentinamente, habiendo sido vos misma la causa; pero no llevaréis á mal que guarde el hablaros sobre el particular para otra vez: deseo que me informeis sobre otros puntos de mayor entidad. Decidme, os ruego, alma mia, qué motivo habeis tenido para verme, oirme hablar, comer y dormir conmigo durante todo un año, y haber tenido ese teson, no solo de no abrir los labios para hablarme, sino de no dar siquiera á entender que comprendiais cuanto os estaba diciendolo. No entiendo cómo habeis podido violentaros hasta ese extremo; preciso es que la causa sea muy poderosa.»

Para satisfacer la curiosidad del rey de Persia, «Señor,» repuso aquella hermosura, «ser esclava, vivir lejos de su patria, haber perdido la esperanza de volver á ella, tener el corazon traspasado de dolor, viéndome separada para siempre de madre, hermano, parientes y conocidos, ¿no son estos motivos harto poderosos para haber guardado el silencio que tanta estrañeza causa á vuestra majestad? El amor á la patria no es menos natural que el amor paterno, y la pérdida de la libertad es intolerable para toda persona sensata y capaz de alcanzar toda su importancia. Puede el cuerpo sujetarse á la autoridad de un amo que tiene en su mano la potestad; pero el albedrío no se avasalla y es siempre independiente, como ejemplarmente ha estado viendo vuestra majestad en mi persona. Maravilla es que no haya imitado á los muchos desgraciados á quienes el amor á la libertad reduce á la fiera determinacion de acudir á la muerte por mil rumbos diversos, por medio de una libertad de que no puede privárseles.

—«Señora,» repuso el rey de Persia, «estoy persuadido de lo que me decis; pero hasta ahora me habia parecido que una persona tan linda y gallarda, y además aguda y ajuiciada, como vos sois, esclava por su infausta suerte, debia reputarse venturosa hallando á un rey por señor.

—«Señor,» replicó la beldad, «aunque en la esclavitud, un rey no puede avasallar la voluntad, como acabo de decirlo á vuestra majestad, no obstante, como habla de una esclava capaz de agradar á un monarca y de hacerse querer de él, si la esclava es de un estado inferior, sin que medie proporcion, ya creo que se tendrá por venturosa en su desgracia. Sin embargo, ¿cuál es su dicha? No dejará de mirarse como una esclava desencajada de

los brazos de sus padres y quizá de los de un amante, á quien amará toda su vida. Pero si la misma esclava en nada cede al rey que la compró, juzgue vuestra majestad del rigor de su estrella, de su quebranto, amargura, desamparo y del extremo á que puede arrebatarse.»

El rey de Persia, admirado de estas palabras, «¿Cómo, señora,» replicó, «sería posible, como lo dais á entender, que fueseis de sangre real? Explicaos por fineza, y no enardezcáis mi suma impaciencia. Decidme, ¿quiénes son los venturosos padres de ese portento tan peregrino de hermosura, quiénes son vuestros hermanos y parientes, y sobre todo cómo os llamais?»



—«Señor,» dijo entónces la linda esclava, «me llamo Gulnara de la Mar; mi difunto padre era uno de los reyes mas poderosos del Océano, y á su muerte nos dejó su reino á un hermano que tengo, llamado Saleh, á la reina, mi madre, y á mí. Mi madre es tambien princesa, hija de otro rey del mar, muy poderoso. Vivíamos sosegadamente en nuestro reino y en una profunda paz, cuando un enemigo, envidioso de nuestra dicha, se internó en nuestros estados con poderosa hueste, y se apoderó de nuestra capital, no dándonos tiempo sino para salvarnos en un sitio impenetrable, con algunos súbditos fieles que no quisieron desampararnos.

«En aquel retiro, mi hermano estuvo discurriendo cómo arrojar al injusto usurpador de nuestros estados; y en aquel intermedio, me llamó un día

á solas y me dijo : «Hermana , los acontecimientos de las mejores empresas son siempre inciertos; puedo estrellarme en la que estoy ideando para volver á nuestros estados , y no sentiria tanto mi desventura como la que pudiera acaecerte. Para evitarla y ponerte en salvo , quisiera antes que te casases ; pero hallándose nuestros negocios en tan ruin estado , no conceptúo probable que puedas dar tu mano á ninguno de los príncipes de la mar. Desea que te avinieses á mis deseos casándote con un príncipe de la tierra. Estoy pronto á entablar con todo abinco el intento ; tengo por seguro que no habrá uno , por poderoso que sea , que al verte tan hermosa , no se tenga por dichosísimo de participar contigo su corona.»

«Estas palabras de mi hermano me enojaron mucho contra él. «Hermano ,» le dije , «desciendo como tú por padre y madre de reyes de la mar , sin ningun enlace con los de la tierra. No trato de menosvaler con mi casamiento , y así lo he jurado luego que tuve bastante conocimiento para penetrarme de la nobleza y antigüedad de nuestra casa. No me hará mudar de intento el estado á que nos hallamos reducidos , y si feneces al ejecutar la empresa , pronta estoy á perecer contigo antes que seguir un consejo que de ti no aguardaba.»

«Mi hermano , encalabrinado con este enlace que debia cuadrarme , me apuntó que habia reyes en la tierra que nada desdirian de los de la mar. Esto me causó tal enfado contra él , y fueron tan destempladas las espresiones que salieron de su boca , que me llegaron á lo vivo. Marchóse tan desazonado conmigo como yo de él , y á impulsos de mis iras , salí del fondo del mar , y fui á tocar en la isla de la Luna.

«A pesar del desabrimiento que me habia precisado á pasar á aquella is-



la, no dejaba de vivir en ella á mis anchuras, y me retiraba á sitios solitarios en donde me hallaba cómodamente. Sin embargo, no pude evitar, con toda mi cautela, que un sujeto distinguido, acompañado de sus criados, me sorprendiera durmiendo y me llevara á su casa. Manifestóme gran cariño y se valió de mil medios para persuadirme que le correspondiera. Cuando vió que nada adelantaba con suavidad, creyó que saldría mas airoso con la violencia; pero le hice arrepentirse de su desacato, y así determinó venderme, y en efecto, así lo verificó luego con el mercader que me trajo y vendió á vuestra majestad. Este era un hombre cuerdo, halagüeño y humano, y en el largo viaje que hicimos, nunca me dió mas que motivos de estarle agradecida.

«Por lo que toca á vuestra majestad,» prosiguió la princesa Gulnara, «si no hubiera guardado conmigo todos los miramientos que debo agradecer en el alma, si no me hubiese dado tantas pruebas de cariño entrañable, despidiendo á todas sus mujeres, no puedo menos de manifestarle que no hubiera permanecido aquí. Me arrojara al mar por esta ventana, en donde me vió la primera vez que entró en mi aposento, y me fuera en busca de mi hermano, madre y parientes. Y aun hubiera perseverado en mi intento y lo hubiera llevado á cabo, si hubiera perdido algun tiempo despues la esperanza de estar embarazada. Pero me guardaria muy bien de hacerlo en el estado en que me hallo: con efecto, por mucho que dijera á mi madre y hermano, nunca querrian creer que habia sido esclava de un rey como vuestra majestad, y nunca me perdonarian el yerro que de propio consentimiento habria cometido contra mi honor. Así, señor, ya dé á luz un príncipe ó una princesa, será una prenda que me obligará á no separarme nunca de vuestra majestad: espero tambien que no me mirará en adelante como una esclava, sino como una princesa que no desdice de su jerarquía.»

Así acabó de darse á conocer la princesa Gulnara y de referir su historia al rey de Persia. «Idolatrada princesa,» exclamó entónces aquel monarca, «¡qué portentos acabo de oír! ¡Qué campo dais á mi curiosidad para hacer os preguntas sobre especies tan inauditas! Pero antes debo daros gracias por vuestra dignacion y sufrimiento en poner á prueba la realidad y tesón de mi cariño. No conceptuaba poderos amar con mayores veras, y sin embargo mi pasión es mil veces mas intensa desde que estoy enterado de vuestra esclarecida alcurnia, siendo toda una princesa. ¿Qué digo princesa? señora, ya no lo sois, sois mi reina y soberana de Persia como yo: este dictado sonará pronto en todo mi reino. Desde mañana, señora, va á sonar y resonar en mi capital con regocijos no vistos, que darán á conocer lo que sois, y tambien mi legítima esposa. Tiempo hace que esto se hubiera efectuado, si antes me desengañarais, porque desde el momento en que os ví, abrigué la resolucion inalterable de amaros en todo tiempo.

«Entretanto quedo plenamente satisfecho, y os devuelvo cuanto os es de-

bido; ruégoos, señora, que me informéis mas circunstanciadamente de esos estados y pueblos de la mar que me son desconocidos. Habia oido hablar de hombres marinos; pero siempre habia mirado como fábulas y consejas cuanto de ellos me habian dicho. Sin embargo, nada es mas cierto, segun lo que decís, y prueba patente estoy viendo en vuestra persona, pues habeis querido ser mi esposa por una ventaja de que solo puedo jactarme yo, entre todos los habitantes de la tierra. Un reparo hay que me molesta, y acerca del cual os ruego que me ilustreis; no acabo de comprender cómo podeis vivir, obrar ó moveros en el agua sin ahogaros. Entre nosotros hay algunos que tienen la habilidad de permanecer debajo del agua; con todo perecerian, si no saliesen de ella al cabo de cierto rato, cada uno segun su maestría y robustez.

—«Señor,» respondió la reina Gulnara, «con mucho gusto voy á complacer á vuestra majestad. Caminamos en el fondo del mar como se anda por la tierra, y respiramos en el agua como se respira en el aire. Así, en vez de sofocarnos, como á vosotros os sucede, contribuye á nuestra existencia. Tambien es de notar que no nos moja los vestidos, y cuando venimos á tierra, salimos sin necesidad de enjugarnos. Nuestro lenguaje comun es el mismo de la inscripcion grabada en el sello del gran poeta Salomon, hijo de David.

«No debo olvidar que el agua tampoco nos estorba el ver en el mar: tenemos los ojos abiertos, sin que suframos ninguna incomodidad. Como los tenemos esclentes, á pesar de la profundidad del piélago, no dejamos de ver tan claro como se está viendo en la tierra. Lo mismo sucede de noche: la luna nos alumbra, y no se nos ocultan las estrellas y planetas. Ya he hablado de nuestros reinos: como el mar es mucho mas espacioso que la tierra, tambien son en mayor número y mucho mas grandiosos. Están divididos en provincias, y en cada una de ellas hay muchas ciudades en extremo populosas. Finalmente hay muchísimas naciones, costumbres y usos diferentes como en la tierra.

«Los alcázares de los reyes y príncipes son magníficos: los hay de már-mol de varios matices, de cristal de roca, que abunda en el mar, de nácar perla, coral y otras materias mas preciosas. El oro, la plata y toda clase de pedrería abundan mas que en la tierra. No hablo de las perlas, pues de cualquier tamaño que sean, no se hace caso de ellas en nuestro pais, y solo sirven de adorno para la ínfima clase.

«Como estamos dotados de asombrosa agilidad para trasladarnos al punto á donde queremos, no necesitamos carros ni animales. Sin embargo, no hay rey que no tenga sus caballerizas y criaderos de caballos marinos; pero solo se sirven de ellos en las diversiones, fiestas y regocijos públicos. Unos, despues de haberlos ejercitado bien, se complacen en montarlos y manifestar su destreza en las corridas. Otros los enganchan para tirar carros de nácar perla, adornados con mil conchas de toda clase de vivísimos matices. Estos car-

ros están descubiertos, con un trono en que van sentados los reyes, cuando se dejan ver de sus súbditos. Son diestros en guiarlos ellos mismos, y no necesitan cocheros. Otras muchas estrañezas curiosísimas paso en silencio acer-



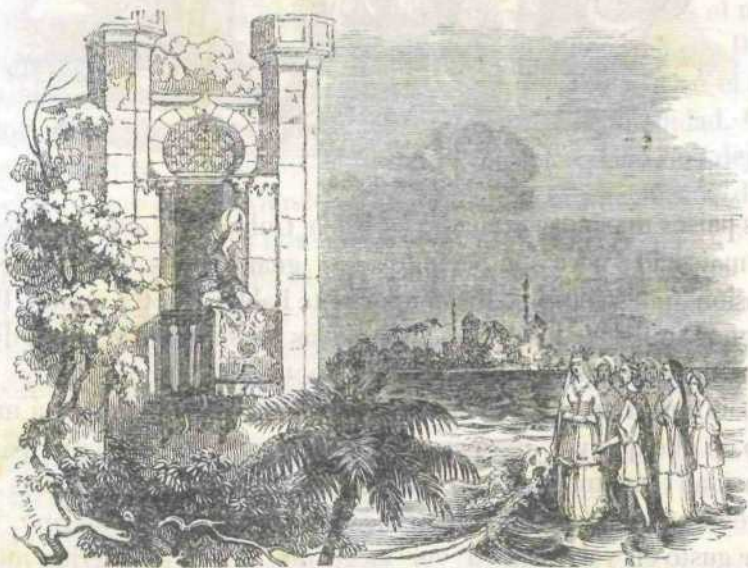
ca de los países marinos, » añadió la reina Gulnara, «que embelesarian á vuestra majestad; pero me permitirá que guarde el conversar de ellas para otra ocasion, pues ahora es mas importante hablar de otro punto. Debo decir, señor, que los alumbramientos de las mujeres del mar son diferentes de los que tienen las de la tierra, y tengo motivo para temer que las parteras de este país me parteen á tuertas. Como vuestra majestad no está menos interesado en ello que yo, me parece, salvo vuestro beneplácito, para obrar con seguridad, que mande venir á la reina mi madre, á mis primas, y tambien al rey mi hermano, con quien me alegraré de reconciliarme. Tendrán el mayor gusto en volverse á ver luego que les haya referido mi historia y sepan que soy esposa del poderoso rey de Persia. Suplico á vuestra majestad que me lo permita, pues se alegrarán tambien de tributarle sus acatamientos, y puedo asegurarle que tendrá satisfaccion en verlos.

—«Señora, » respondió el rey de Persia, «sois dueña de hacer cuanto gusteis; por mi parte, procuraré recibirlos con todos los honores que se merecen. Pero quisiera saber por qué medio les comunicaréis lo que de ellos apeteceis, y cuándo podrán llegar, para que yo disponga los preparativos para su recibimiento, y salirles yo mismo al encuentro. — Señor, » repuso la reina Gulnara, «no hay necesidad de esas ceremonias: estarán aquí dentro

de un momento; y vuestra majestad verá como llegan : basta que entre en ese gabinete y que mire por la celosía.»

Cuando el rey de Persia hubo entrado en el gabinete, la reina Gulnara mandó á una de sus mujeres que le trajera un braserillo con fuego, y luego la despidió diciéndole que cerrase la puerta. En estando sola, tomó un pedazo de madera de aloé que tenia guardado en una caja; lo echó en el braserillo, y cuando vió salir humo, pronunció palabras desconocidas al rey de Persia, quien estaba observando con sumo ahinco cuanto hacia; y aun no habia acabado, cuando hirvieron las aguas del mar. El gabinete donde se hallaba el rey estaba dispuesto de modo que lo advirtió al través de la celosía, mirando por las ventanas que caian al mar.

Por fin entreabrióse el mar á cierta distancia, y al punto se levantó de él un jóven bien formado y de gallarda estatura, con el bigote de verde-mar. Tambien se encumbró detrás de él una dama ya anciana, pero de continente majestuoso, con cinco doncellas, cuya hermosura en nada desmerecia de la que resplandecia en la reina Gulnara.



Esta se asomó al punto á una ventana y conoció al rey, su hermano, á la reina, su madre, y á sus primas, quienes tambien la conocieron. Adelantáronse como de resbalón por la superficie de las olas, sin caminar, y cuando estuvieron en la orilla, saltaron ágilmente uno tras otro á la ventana donde se habia asomado la reina Gulnara, la que se retiró para dejarles lugar. El rey Saleh, su madre y parientas la abrazaron con mucha ternura y arrasados los ojos de lágrimas, á medida que fueron entrando.

Cuando la reina Gulnara los hubo recibido con todos los honores posibles

y les hubo hecho tomar asiento en el sofá, la reina su madre le dijo : «Hija mia, grande es mi gozo al volverte á ver, despues de tan larga ausencia, y est, y segura de que no se alegran menos tu hermano y parientas. Tu ausencia, sin haber dicho nada á nadie, nos sumerjió en un desconsuelo inespliable, y no pudiéramos decirte cuantas lágrimas derramamos. No sabemos qué motivo puede haberte obligado á tomar un partido tan estraño, sino lo que nos refirió tu hermano de la conversacion que tuvo contigo. El consejo que te dió entónces le habia parecido ventajoso para tu colocacion en el estado en que nos hallábamós. No era del caso que te sobresaltases tanto, si no te gustaba, y me permitirás te diga que tomastes el asunto muy á pecho. Mas orillemos este punto, que no haria mas que renovar dolores y quejas que todos debemos olvidar, y dinos lo que te ha sucedido durante todo el tiempo que no te hemos visto, y cómo te hallas ahora : sobre todo espresanos si estás bienhallada.»

La reina Gulnara se echó á los piés de la reina su madre, y despues de haberle besado la mano, dijo al levantarse : «Confieso, señora, que cometí un gran yerro y que solo á vuestra bondad debo el perdon que teneis á bien concederme. Lo que voy á referiros en obediencia de vuestro mandato os dará á conocer que en vano sentimos muchas veces repugnancia con ciertos objetos. Yo misma tengo experimentado que aquello á que mas se oponia mi albedrío es cabalmente á lo que me ha conducido mi destino á pesar mio.» Refirióle entónces todo lo que le habia sucedido desde que á impulsos de su enfado habia salido del fondo del mar para venir á la tierra. Cuando hubo manifestado que al fin la habian vendido al rey de Persia, en cuyo palacio se hallaba, «Hermana mia,» le dijo el rey Saleh, «culpa tuya es, si has estado padeciendo tantísimos sonrojos, y solo á ti debes culpar de todos ellos. Ténias en tu mano medios para librarte, y estraño en gran manera tu aguante en permanecer tanto tiempo en la esclavitud. Levántate y vuelve con nosotros al reino que he vuelto á conquistar al fiero enemigo que lo habia usurpado.»

El rey de Persia, que oyó estas palabras desde el gabinete en que se hallaba, quedó sobrecojido de temor. «¡Ah!» se dijo interiormente, «estoy perdido, y mi muerte es cierta, si mi Gulnara escucha tan pernicioso consejo. ¡Ya no puedo vivir sin ella, y quieren arrebatármeme!» La reina Gulnara no le dejó largo rato batallando con sus zozobras.

«Hermano mio,» repuso sonriéndose, «lo que acabo de oir me da á conocer cuán entrañable es el cariño que me profesas. No pude sobrellevar el consejo que me dabas de que me casase con un príncipe de la tierra, y hoy poco falta para que me enoje contra ti por el que me das para que falte al compromiso que tengo con el mas poderoso y célebre de todos sus monarcas. No trato del compromiso de una esclava con su señor, pues fácil nos fuera restituírle diez mil monedas de oro que le he costado. Trato del de una mu-

jer con su marido, y de una mujer que no puede tener motivo alguno de queja. Es un monarca religioso, sensato y comedido, que me ha dado las mas terminantes pruebas de su amor. No podia darme una mas espresiva que despedir, á los primeros dias que estuve con él, á todas las mujeres que tenia, para pensar en mí sola. Soy su esposa, y acaba de declararme reina de Persia para que participe del mando. Además estoy embarazada, y si, con el favor del cielo, tengo la dicha de darle un hijo, será un vínculo mas que me enlaza con él de un modo indisoluble.

«Así, hermano mio,» prosiguió la reina Gulnara, «muy lejos de seguir tu consejo, todas estas consideraciones, como ya ves, no solo me precisan á amar al rey de Persia tanto cuanto me ama, sino á permanecer tambien y á pasar con él mi vida, mas por reconocimiento que por obligacion. Espero que ni mi madre, ni tú, ni mis buenas primas, desaprobaréis mi determinacion, ni tampoco el enlace que he contraido sin haberlo buscado y que honra al propio tiempo á los príncipes del mar y de la tierra. Escusadme si os he dado la molestia de venir del fondo de las olas, para comunicárosla y tener el gusto de veros despues de tan larga separacion.

—«Hermana mia,» repuso el rey Saleh, «la propuesta que te hice para que te volvieras con nosotros, al oir la narracion de tus aventuras, fué para manifestarte cuánto te amamos todos, lo mucho que yo particularmente te aprecio y que nada nos es tan grato como el contribuir á tu dicha. Por estos mismos motivos no puedo menos de aprobar tu determinacion, tan razonable y digna de ti, en vista de lo que acabas de decirnos del rey de Persia, tu esposo, y de las muchas finezas de que le eres deudora. En cuanto á la reina, nuestra madre, estoy persuadido de que será del mismo parecer.»

Aquella princesa confirmó lo que su hijo acababa de decir, y vuelta á la reina Gulnara, «Hija mia,» le dijo, «tengo sumo gozo de que estés contenta, y nada me queda que añadir á lo que tu hermano acaba de manifestarte. Seria yo la primera en vituperarte, si no abrigaras todo el reconocimiento que debes á un monarca que te ama con tanto extremo y que se desvive por ti.»

Así como el rey de Persia, que se hallaba en el gabinete, se habia acongojado con el temor de perder á la reina Gulnara, así rebotó de complacencia, viendo que estaba determinada á no separarse de él. Como ya no podia dudar de su cariño, tras una declaracion tan auténtica, le cobró mil veces mayor pasion y acordó manifestarle su reconocimiento por todos los medios que le fuera posible.

Mientras que el rey de Persia estaba embargado en halagüeño deleite, la reina Gulnara llamó á sus esclavas y les dió orden para que sirvieran al punto la colacion, y cuando lo hubieron hecho, convidó á la reina su madre, á su hermano y parientas á que se acercaran y comieran. Pero á todos les ocurrió el idéntico reparo, á saber, que sin pedir antes permiso, se hallaban en el palacio de un poderoso monarca que nunca los habia visto ni los cono-

cia, y que fuera grandísima desatención el sentarse á la mesa sin él. Encendióseles el rostro, y tal fué su conmoción que arrojaron llamas por narices y boca con ojos centellantes.



El rey de Persia experimentó una zozobra indecible á vista de aquel espectáculo que no esperaba, y cuya causa le era desconocida. La reina Gulnara, que presumió lo que era y comprendió la intención de sus parientes, no hizo mas que insinuarlo levantándose de su asiento y dijo que volvía al punto. Pasó al gabinete, y habiendo sosegado al rey con su presencia, «Señor,» le dijo, «no dudo que vuestra majestad estará satisfecho del testimonio que acabo de dar de los grandes servicios de que os soy deudora. En mi mano estuvo ceder á sus deseos y volver con ellos á nuestros estados; pero no soy capaz de una ingratitud que me echaria en cara yo misma.—¡Ah reina mia!» exclamó el rey de Persia, «no habéis de los servicios que me debéis, pues de ninguno me sois deudora. Yo, sí que os debo tantos, que nunca podré manifestaros debidamente mi reconocimiento. No creía que me amaseis con el extremo que acabo de presenciar con toda evidencia.—¡Ah señor!» repuso la reina Gulnara, «¿me cabía hacer menos de lo que habéis visto? Aun no correspondo debidamente á los honores que he recibido, después de tantos beneficios con que me habéis colmado y tantas pruebas de amor á las que no me cabe ser insensible.

«Pero, señor,» añadió la reina Gulnara, «dejemos esto para aseguraros

del entrañable cariño que os profesan mi madre y hermano. Están deseando veros y asegurároslo ellos mismos, y aun poco ha faltado para que se indispusiesen conmigo por haber querido darles la colacion antes de proporcionarles honor tan debido. Ruego pues á vuestra majestad que venga conmigo y los honre con su presencia.

—«Señora,» repuso el rey de Persia, «tendré el mayor gusto en saludar á unas personas que os son tan allegadas; pero me causan espanto esas llamas que he visto salir de sus narices y bocas.—Señor,» replicó la reina riéndose, «esas llamas en nada deben atemorizar á vuestra majestad: no significan sino su repugnancia en comer en su palacio, á menos que los honre con su presencia y coma con ellos.»

El rey de Persia, ya sosegado con estas palabras, se levantó de su asiento y entró en el aposento con la reina Gulnara, y esta lo presentó á su madre, hermano y parientas, que se postraron al punto, inclinando el rostro hasta el suelo. El rey de Persia corrió á ellos, los obligó á que se levantasen y los abrazó uno tras otro. Luego que se hubieron sentado, el rey Saleh tomó la palabra. «Señor,» le dijo al rey de Persia, «no podemos manifestaros bastante nuestro regocijo de que la reina Gulnara, mi hermana, haya tenido en su desgracia la dicha de hallarse bajo el amparo de tan poderoso monar-



ca. Podemos asegurarle que es acreedora al encumbramiento á que os complaceis en elevarla. Siempre le tuvimos tanto cariño, que no hemos podido determinarnos á concedérsela á ninguno de los poderosos príncipes del mar

que nos la habian pedido en matrimonio, aun antes que fuese de edad competente. El cielo os la destinaba, señor, y no podemos agradecerle el favor que le ha hecho, sino pidiéndole que conceda á vuestra majestad la merced de vivir largos años con ella, con toda clase de prosperidades y satisfacciones.

—«Preciso era que el cielo me la hubiera reservado, como espresais,» repuso el rey de Persia, «pues la ardiente pasion que le profeso me da á conocer que yo no habia amado antes de haberla visto. No puedo manifestaros debidamente mi gratitud, como tampoco á la reina vuestra madre y parientas, por la jenerosidad con que consentis en un enlace á todas luces para mi tan glorioso.» Al acabar estas palabras, los convidó á sentarse á la mesa, y otro tanto hizo con la reina Guluara. Terminada la colacion, el rey de Persia estuvo conversando con ellos hasta muy entrada la noche, y cuando fué hora de retirarse, los acompañó él mismo á los aposentos que les habia mandado disponer.

El rey de Persia obsequió á sus ilustres huéspedes con repetidos festejos, echando el resto en ostentar su grandeza y magnificencia, é imperceptiblemente los fué empeñando á que se quedaran en la corte hasta el alumbramiento de la reina. Cuando esta se sintió próxima, el rey dió orden para que nada le faltara de cuanto podia necesitar en aquella coyuntura. Al fin dió á luz un hijo, con grande alegría de la reina, su madre, que la parteó y fué á presentar el niño al rey, luego que le hubieron puesto los primeros pañales, que eran magníficos.

El rey de Persia recibió aquel presente con una alegría, mas fácil de imaginar que de espresarla con palabras. Como el rostro del niño resplandecia de hermosura, no creyó poderle dar un nombre mas adecuado que el de Beder (1). En accion de gracias al cielo, dió cuantiosas limosnas á los pobres, mandó poner á los presos en libertad, dióselas tambien á todos los esclavos de ambos sexos y mandó distribuir crecidas sumas á los ministros y devotos de su religion. Además hizo grandes liberalidades en la corte y en todo el vecindario, y luego de orden suya, se publicaron durante muchos dias sus mercedes por toda la ciudad.

Luego que la reina Guluara salió de su alumbramiento, un dia que el rey de Persia, la reina Guluara, su madre, su hermano y sus primas conversaban en el aposento de la reina, entró la nodriza con el príncipe Beder que traia en brazos. Al punto el rey Saleh se levantó de su asiento, cojió al niño entre sus brazos y empezó á besarle y acariciarle con grandísimas muestras de cariño. Dió algunas vueltas por el aposento jugando y levantándolo en brazos, y de repente, en el arrebató de su alegría, se arrojó por una ventana que estaba abierta, y se sumerjió en el mar con el príncipe.

(1) En árabe, luna llena.

No se esperaba el rey de Persia aquel espectáculo, y así dió lastimeros alaridos, creyendo que no volvería á ver á su querido hijo, ó que en tal caso,

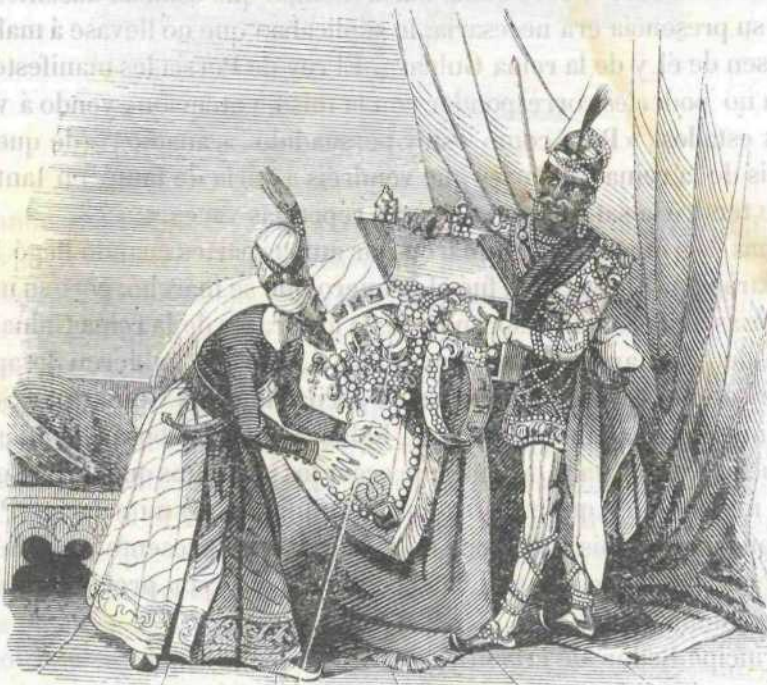


lo vería ahogado. Poco faltó para que exhalara el alma en medio de su apuro y congoja. «Señor,» le dijo la reina Gulnara con un semblante y un acento capaces de serenarle, «nada tema vuestra majestad. El príncipe es hijo mío, como lo es vuestro, y no le amo menos de lo que le amais: sin embargo ya veis que no estoy sobresaltada, ni tampoco debo estarlo. Con efecto, no corre ningún riesgo, y pronto volverá su tío, que lo traerá sano y salvo. Aunque nacido de vuestra sangre, tiene, por la parte que á mí me toca, la misma ventaja que nosotros, de poder vivir igualmente en mar y tierra.» Esto mismo le confirmaron la reina madre y las princesas; pero sus palabras no consiguieron desvanecer sus temores, que le tuvieron sobrecojido durante todo el tiempo que el príncipe Beder estuvo lejos de su vista.

Por fin se arremolinó el mar y asomó el rey Saleh con el niño en brazos, y sosteniéndose en el aire, entró por la misma ventana de donde había salido. Pasmado quedó el rey de Persia, viendo al príncipe Beder tan en su ser como cuando había desaparecido de su vista. El rey Saleh le preguntó: «Señor, sin duda vuestra majestad se habrá sobrecojido cuando me vió sumergirme en el mar con mi sobrino.—¡Ah príncipe!» repuso el rey de Persia, «no me cabe espresaros mi sobresalto; creíle desde entónces perdido, y me habeis vuelto á la vida restituyéndomelo.—Señor,» replicó el rey Saleh, «ya me lo presumia; pero no había nada que temer, pues antes de sumer-

jirme había pronunciado sobre él las palabras misteriosas que estaban grabadas en el sello del gran rey Salomón, hijo de David. Lo mismo practicamos respecto á los niños que nacen en las rejiones del fondo del mar, y con estas palabras reciben el mismo privilegio que tenemos sobre los hombres que habitan en la tierra. Por lo que vuestra majestad acaba de ver, puede juzgar de las ventajas que le han cabido al príncipe Beder por su nacimiento de la reina Gulnara, mi hermana. Mientras viva y siempre que quiera, será dueño de sumerjirse en el mar y recorrer los dilatados imperios que su seno encierra.»

Después de estas palabras, el rey Saleh, que había entregado el niño Beder á su nodriza, abrió una caja que había ido á buscar á su palacio en el corto tiempo que había estado fuera, y que había traído llena con trescientos diamantes, del tamaño de un huevo de paloma, igual número de rubíes de un grueso extraordinario, otras tantas esmeraldas de dimensiones no vistas, y treinta sartas ó collares de perlas con diez cada uno. «Señor,» le dijo al rey de Persia presentándole esta caja, «cuando nos llamó mi hermana, ignorábamos en qué paraje de la tierra se hallaba y que tuviera el honor de ser esposa de tan gran monarca; por eso llegamos sin tener nada que ofrecer. Como no podemos manifestar cumplidamente nuestro reconocimiento á vuestra majestad, le suplicamos que admita esta escasa prueba en atención á las finezas que se ha complacido en dispensarle, y en las que no tomamos menos parte que ella misma.»



No cabe espresar el asombro del rey de Persia, cuando vió tantas riquezas encerradas en tan estrecho espacio. «¡Cómo, príncipe!» exclamó: «¿llamais á esto demostracion escasa de vuestro reconocimiento, cuando nada me debeis? Sí, nada, os lo repito, ni tampoco vuestra madre; me tengo por muy venturoso del consentimiento que habeis dado al entronque con vos contraído. Señora,» dijo á la reina Gulnara, volviéndose hácia ella, «el rey vuestro hermano me está causando un rubor del que no acierto á desprenderme, y le rogaria que no llevase á mal que rehusase su presente, si no temiera que se ofendiese: rogadle que me dispense de aceptarlo.

—«Señor,» replicó el rey Saleh, «no extraño que vuestra majestad conceptúe el regalo como muy peregrino: ya sé que en la tierra no están acostumbrados á ver piedras preciosas de esta clase y en tanta cantidad. Pero si supiese que conozco las minas de donde las sacan y que tengo á mi disposicion el formar un tesoro mas rico que cuantos poseen los reyes de la tierra, su pásmo seria de que nos atrevamos á hacerle un presente de tan menguado valor. Así, os rogamos que no lo mireis bajo ese concepto, sino por el entrañable afecto que nos impulsa á ofrecéroslo, y que no nos deis el chasco de no admitirlo del mismo modo.» Tan atentas espresiones obligaron al rey de Persia á aceptarlo, y le dió espresivas gracias, como tambien á la reina, su madre.

De allí á algunos dias, el rey Saleh manifestó al rey de Persia que su madre, las princesas, sus parientas y él no tendrian mayor placer que pasar toda su vida en su corte; pero como hacia tiempo que estaban ausentes de su reino, y su presencia era necesaria, le suplicaban que no llevase á mal que se despidiesen de él y de la reina Gulnara. El rey de Persia les manifestó cuanto sentia no poderles corresponder con la misma atencion, yendo á visitarlos á sus estados. «Pero como estoy persuadido,» añadió, «de que no os olvidaréis de la reina Gulnara y que vendréis á verla de tanto en tanto, espero que tendré la satisfaccion de veros repetidas veces.»

Muchas lágrimas se derramaron por ambas partes cuando llegó la hora de la separacion. El rey Saleh fué el primero que se marchó; pero su madre y las princesas hubieron de desprenderse de los brazos de la reina Gulnara, que no podia determinarse á dejarlas marchar. Luego que hubieron desaparecido, el rey de Persia no pudo menos de decir á la reina Gulnara: «Señora, hubiera mirado como un hombre que hubiera querido abusar de mi credulidad al que hubiese tratado de hacerme creer los portentos que he presenciado desde el momento en que vuestra ilustre familia honró mi palacio. Pero no pueden engañarme mis ojos; toda mi vida lo tendré presente y nunca cesaré de bendecir al cielo porque os ha encaminado á mí con preferencia á cualquier otro monarca.»

El príncipe Beder fué criado y educado en palacio, á la vista de los reyes de Persia, quienes le vieron crecer y aumentar en hermosura con indecible

complacencia. Mayor fué la que les proporcionó cuando fué adulto, por su continua jovialidad, sus modales finísimos en cuanto hacia, y las pruebas de los alcances de su inteligencia en cuanto decia; y esta satisfaccion les era tanto mas grata, en cuanto la participaban con frecuencia el rey Saleh, su tio, á su abuela y á las princesas sus primas. Nada costó enseñarle á leer y escribir, y con la misma facilidad le impusieron en todas las ciencias que correspondian á un mancebo de su estirpe.



Quando el príncipe de Persia cumplió quince años, ya sobresalía en todos los ejercicios con mayor destreza y gracia que sus maestros. Además, poseía un tino y un despejo admirable. Su padre, que habia columbrado en él desde su nacimiento aquellas prendas tan necesarias á un monarca, que las habia visto arraigarse, y que por otra parte estaba advirtiendo cada dia los achaques de la vejez, no quiso aguardar á que su muerte le pusiera en posesion del reino. Costóle poco que el consejo consintiera en lo que sobre este punto deseaba; y los pueblos supieron su determinacion con tanta mas alegría, cuanto el príncipe Beder era digno de mandarlos. Con efecto, como ya hacia tiempo que se presentaba en público, habian tenido lugar de observar que no le acompañaba aquella traza desdeñosa, altanera y repugnante, tan comun en la mayor parte de los príncipes, que miran todo lo que es inferior á ellos con una altivez y un menosprecio insufribles. Al contrario, sabian que escuchaba á todos con un agrado que animaba á acercarse á él; que

atendia favorablemente á los que tenian que hablarle ; que les contestaba con una afabilidad que le era peculiar , y que nunca rehusaba á nadie , por poco justo que fuera lo que le pedian.

«Aplazado el dia de la ceremonia , el rey de Persia reunió su consejo , y despues de haberse sentado en el solio , bajó de él , se quitó la corona y la colocó en las sienes del príncipe Beder , y despues de haberle ayudado á subir en su lugar , le besó la mano para manifestar que le entregaba toda su autoridad y poder ; luego se sentó mas abajo , en el puesto de los visires y emires.

Estos y todos los principales oficiales se echaron á los piés del nuevo rey , y cada cual le prestó el juramento de fidelidad , segun su clase. El gran visir le informó despues sobre varios negocios importantes , acerca de los cuales opinó con una sabiduría que asombró á todo el consejo. Depuso á continuacion á varios gobernadores convencidos de malversaciones , y puso otros en su lugar , con un discernimiento tan cabal y equitativo , que resonaron mil aclamaciones , tanto mas lisonjeras , cuanto la lisonja ninguna parte habia tenido en ellas. Salió al fin del consejo , acompañado de su padre , y pasó al aposento de la reina Gulnara. Apenas esta le vió con la corona ceñida , cuando corrió á él y le abrazó con estremada ternura , deseándole un largo reinado.

Durante el primer año , desempeñó el rey Beder con sumo ahinco todas las funciones soberanas. Esmeróse antetodo en hacerse capaz de los negocios y de cuanto podia contribuir á la felicidad de sus súbditos. Al año siguiente , habiendo encargado la administracion de todos los ramos de gobierno á su consejo , con el beneplácito del rey , su padre , salió de la capital bajo pretesto de divertirse cazando ; pero fué para recorrer todas las provincias de su reino , zanjar en ellas los abusos , plantear por donde quiera el órden y la disciplina y retraer á los príncipes vecinos mal intencionados del intento de emprender alguna expedicion contra la seguridad de sus estados.

No necesitó menos de un año aquel jóven para ejecutar un proyecto tan digno de sus prendas. No hacia mucho tiempo que estaba de vuelta , cuando su padre cayó enfermo de peligro , y conociéndolo el doliente , aguardó su hora postrera con sumo sosiego , recomendando á su hijo á los ministros y señores de la corte , y pidiéndoles que mantuvieran la fidelidad que le habian jurado ; y todos le renovaron su juramento con tanto gusto como la vez primera. Murió al fin con gran sentimiento del rey Beder y de la reina Gulnara , quienes mandaron colocar su cuerpo en un suntuoso mausoleo , con una pompa proporcionada á su dignidad.

Terminadas las exequias , el rey Beder se avino sin repugnancia á la costumbre admitida en Persia de llorar á los muertos durante todo un mes y de no ver á nadie en todo aquel tiempo. Hubiera llorado á su padre toda su vida , si se hubiese dejado llevar de su estremado desconsuelo , y si fuese decoroso á un gran monarca el postrarse con ningun quebranto. En aquel in-

termedio llegaron la reina madre de Gulnara y el rey Saleh con las princesas sus primas y se condolieron en gran manera antes de hablarles de consuelos.

Cuando hubo mediado el mes, el rey no pudo escusarse de admitir á su



gran visir y á todos los señores de la corte, quienes le suplicaron que dejara el traje de luto y se presentara á sus súbditos, dedicándose, como antes, á la administracion del estado. Pero fué tanta la repugnancia que manifestó al escucharlos, que el gran visir tuvo que tomar la palabra y decirle: «Señor, escusado es representar á vuestra majestad que solo á mujeres conviene obstinarse en llevar luto perpetuo. No dudamos que esté muy persuadido de esto, y que no sea su ánimo seguir tal ejemplo. Nuestras lágrimas ni las vuestras no alcanzarán á devolver la existencia al rey vuestro padre, aun cuando llorásemos continuamente toda nuestra vida. Le ha cabido la ley comun á todos los hombres, que los avasalla con el indispensable tributo de la muerte. Sin embargo, no podemos decir que haya muerto, ya que le volvemos á ver en vuestra sagrada persona. Él mismo no dudó, al morir, que debiera revivir en vos. A vuestra majestad toca manifestar que no se equivocó.»

Cedió el rey Beder á tan encarecidas instancias; despojóse al punto de su vestido de luto, y habiendo tomado el traje y adornos soberanos, empezó á mirar por las necesidades de su reino y súbditos, con el mismo desvelo que antes de la muerte de su padre. Desempeñó sus altas funciones con jeneral

aprobacion, y como era puntual en el cumplimiento de los decretos de sus antecesores, no advirtieron los pueblos que habian mudado de soberano.

El rey Saleh, que habia regresado á sus estados marítimos con la reina su madre y las princesas, luego que el rey Beder habia vuelto á encargarse de las riendas del estado, volvió solo al cabo de un año, y así el rey Beder como su madre tuvieron el mayor gusto en abrazarle. Una noche al levantarse de la mesa, despues que la hubieron alzado y dejádoslos solos, se pusieron á conversar de diferentes asuntos.

Insensiblemente el rey Saleh empezó á alabar al rey, su sobrino, y manifestó á su hermana cuán satisfecho estaba de la sabiduría con que gobernaba, que le habia granjeado esclarecida nombradía, no solo entre los reyes sus vecinos, sino en los reinos mas remotos. El rey Beder, que no podia oir hablar tan aventajadamente de su persona, y que por miramiento, no queria imponer silencio al rey, su tio, se volvió hácia otro lado y aparentó dormirse, recostando la cabeza sobre el almohadon que tenia á la espalda.

De los elojios debidos á la conducta asombrosa y agudo ingenio del rey Beder, pasó el rey Saleh á los del cuerpo, y habló de él como de un por-



tento sin par ni en la tierra ni debajo de los mares. «Hermana,» exclamó de repente, «me quedo atónito de que siendo tan gallardo, no hayas pensado aun en casarlo. Sin embargo, ya debe haber cumplido veinte años, y á esa edad ya no corresponde que un príncipe como él esté sin mujer. Yo mismo cuidaré del asunto, ya que tú no lo haces, y le daré por esposa una princesa de nuestros reinos que sea digna de sus prendas.

— «Hermano mio,» repuso la reina Gulnara, «me recuerdas una especie que hasta ahora, te lo confieso, no me habia ocurrido. Como mi hijo no ha manifestado ninguna inclinacion al matrimonio, por mi parte ninguna atencion me habia merecido este punto, y me alegro de que se te haya ocurrido hablarme de su enlace. Como apruebo mucho el que se le dé una de nuestras princesas, te ruego que me cites alguna; pero tan hermosa y cabal, que el rey mi hijo tenga por precision que amarla.

— «Una conozco,» replicó el rey Saleh bajando de tono; «pero antes de decirte quién es, mira si duerme mi sobrino: ya te diré porqué conviene proceder con esta cautela.» Volvióse la reina Gulnara, y viendo á Beder en aquella postura, no puso duda en que dormia profundamente. Sin embargo, este, muy lejos de estar dormido, ahincó mas y mas su atencion para no perder palabra de lo que su tio iba á decir con tanta reserva. «No necesitas disimular,» dijo la reina á su hermano; «puedes hablar anchamente sin recelo de ser oido.

— «No conviene,» prosiguió el rey Saleh, «que mi sobrino sepa por ahora lo que voy á decirte; ya sabes que á veces se enamora uno de oídas, y no es del caso que ame de este modo á la princesa cuyo nombre vas á saber. Con efecto, muchas dificultades hay que vencer, no por parte de la princesa, á lo que espero, sino del rey, su padre. Este es el rey de Samandal, y la princesa su hija Jiauhara.

— ¡Qué dices, hermano!» repuso la reina Gulnara: «¿aun no está casada esa princesa? Me acuerdo de haberla visto poco antes que me separase de ti; entónces tenia diez y ocho meses, y ya era un prodijio de hermosura. Debe ser ahora un portentoso, si su belleza ha ido desde entónces en aumento. No debe servir de impedimento para que nos afanemos en proporcionar á mi hijo un partido tan ventajoso el que ella tenga algo mas de edad. Veamos qué dificultades encuentras, y procuremos vencerlas.

— «Hermana mia,» replicó el rey Saleh, «has de saber que el rey de Samandal adolece de una vanidad insufrible, y que se sobrepone á todos los demás reyes; pocas apariencias hay de que podamos entablar con él este enlace. No obstante iré en persona á pedirle su hija, y si nos desaira, acudirémos á otra parte en donde seamos mas favorablemente acogidos. Por eso ya ves,» añadió, «que conviene que mi sobrino ignore nuestro intento, hasta que estemos seguros de la anuencia del rey de Samandal, por temor de que se apasione de la princesa Jiauhara y que no podamos conseguírsela.» Siguiéron hablando largo rato sobre el mismo asunto, y antes de separarse, convinieron en que el rey Saleh regresaria inmediatamente á su reino y pediria la princesa Jiauhara (1) para el rey de Persia al rey de Samandal.

(1) Jiauhara, en árabe, significa piedra preciosa.

La reina Gulnara y su hermano, que creían que el rey Beder estaba dormido, le despertaron cuando quisieron retirarse, y él consiguió aparentar que se despertaba, como si yaciera en profundísimo sueño. Sin embargo, no se le había traspuesto un ápice de la conversacion, y el retrato que habian hecho de la princesa Jiauhara habia encendido en su pecho una pasion que se le hacia enteramente nueva. Formóse allá un concepto tan aventajado de su hermosura, que el deseo de poseerla le tuvo toda la noche en tan sumo desasosiego que no le dejó cerrar los ojos un momento.

A la madrugada, el rey Saleh quiso despedirse de su hermana y sobrino, y este, que sabia como su tio solo queria marcharse para labrarle su felicidad, no dejó de inmutarse. Su pasion era tan vehemente, que no le permitia carecer de la vista de aquel objeto que la causaba, por todo el tiempo que en su concepto emplearia en arreglar su casamiento. Acordó pues suplicarle que lo llevara consigo; mas no queriendo que su madre lo supiera, para tener una ocasion de hablarle á solas, le empeñó á que permaneciese aquel dia para ir con él á cazar, determinado á aprovechar esta ocasion para declarararle su intento.

Verificóse la cacería, y el rey Beder se halló muchas veces á solas con su tio; pero no se atrevió á decirle palabra sobre lo que tenia proyectado. En lo mas empeñado de la caza, como el rey Saleh se habia separado de él y no le acompañaba ninguno de su comitiva, se apeó junto á un arroyo, y habiendo atado el caballo á un árbol que proporcionaba grata sombra en la márjen del arroyo, se recostó sobre el césped y dió libre rienda á sus lágrimas, que corrieron con abundancia, acompañadas de suspiros y sollozos. Largo rato permaneció en esta situacion, embargado allá en sus pensamientos, sin pronunciar una sola palabra.

Sin embargo el rey Saleh, no viendo á su sobrino, quiso saber en dónde se hallaba, y nadie podia acertar ni decírselo. Desvióse de los demás cazadores, y buscándole, lo descubrió á lo lejos. Ya al dia anterior habia notado que le faltaba su jovialidad habitual, que estaba pensativo contra su costumbre, que no respondia prontamente á las preguntas que se le hacian, ó que sus respuestas no eran muy acordes; pero no habia ni por asomo maliciado la causa de aquella mudanza. Luego que le vió en tan estraña situacion, no dudó de que hubiese oido la conversacion que habia tenido con la reina Gulnara y que estuviese enamorado. Apeóse bastante lejos de él, y despues de haber atado el caballo á un árbol, dió un gran rodeo y se acercó muy quedito, de modo que le oyó pronunciar estas palabras:

«Mi preciosa princesa del reino de Samandal, sin duda no me han venido á hacer mas que un escaso bosquejo de vuestra sin par belleza. Creo que sobrepujais tanto en hermosura á todas las princesas del orbe, como el sol aventaja á la luna y á todos los demás astros. Desde ahora iria á ofreceros mi



corazon, si supiera donde hallaros: vuestro es sin embargo, y solo vos, princesa, seréis dueña de todo él.»

El rey Saleh no aguardó á oir mas; se adelantó, y presentándose al rey Beder, «A lo que veo, sobrino,» le dijo, «habeis oido lo que hablamos antes de ayer vuestra madre y yo acerca de la princesa Jiauhara. No era tal nuestro ánimo, y creíamos que estabais dormido.—Tío,» repuso el rey Beder, «no perdí la menor palabra y esperimenté el efecto que habiais previsto y no habeis podido evitar. Os detuve de intento para hablaros de mi amor antes de vuestra marcha; pero selló mis labios el empacho de confesaros mi flaqueza, si tal nombre merece el amar á una princesa tan digna de ser amada. Os ruego pues, por la amistad que me profesais, que os apiadeis de mí, y no aguardeis, para proporcionarme ver á la divina Jiauhara, que hayais conseguido el beneplácito del rey su padre para nuestro enlace, á menos que antepongais que fallezca de amor por ella antes de verla.»

Quedóse perplejo el rey Saleh al oir á su sobrino. Representóle cuan difícil era que le proporcionara la satisfaccion que pedia, que no podia hacerlo sin llevarle consigo; cuan necesaria era su presencia en su reino, y que habia que temerlo todo si se ausentaba; suplicóle que enfrenase su pasion, hasta que hubiese arreglado el negocio de modo que viniese á quedar contento, asegurándole que emplearia la mayor actividad y que volveria dentro de pocos dias á darle cuenta del resultado. El rey de Persia se desentendió de tales razones. «Tío cruel,» repuso, «ya veo que no me quereis tanto como estaba persuadido, y que anteponeis el que muera al concederme la primera súplica que he venido á haceros en mi vida. — Estoy pronto á manifestar á

vuestra majestad , » replicó el rey Saleh , « que siempre estoy dispuesto á ejecutar cuanto pueda complaceros ; pero no puedo llevaros conmigo , sin que lo hayais dicho á la reina vuestra madre : ¿ pues qué diria de nosotros ? Estamos corrientes , si lo permite , y juntaré mis ruegos con los vuestros. — No ignorais , » repuso el rey de Persia , « que mi madre nunca se avendrá á que yo la desampare , y esta excusa me da mas y mas á conocer vuestro empedernimiento para conmigo. Si me amais tanto como decis , es preciso que volvais al punto á vuestro reino y que lleveis á bien mi acompañamiento. »

Teniendo el rey Saleh que ceder al soberano albedrío del rey de Persia , se desencajó del dedo un anillo en que estaban grabadas las mismas palabras misteriosas de Dios que en el sello de Salomon y que tantísimos portentos han obrado por su virtud , y presentándoselo , le dijo : « Tomad ese anillo , y pasáoslo al dedo , y no temais las aguas del mar ni sus abismos. » El rey de Persia tomó el anillo , y habiéndoselo pasado al dedo , « Haced como yo , » le dijo entónces el rey Saleh , y al mismo tiempo se levantaron lijera-mente por los aires , encaminándose hácia el mar , que no estaba distante , y en él se sumerjieron.



No empleó el rey marino largo rato en llegar á su palacio con el de Persia , su sobrino , á quien llevó al punto al aposento de la reina , presentándoselo. El rey de Persia besó la mano de la reina , su abuela , y esta le abrazó con ímpetus de sumo alborozo. « No os pregunto si estais bueno , » le dijo , « pues lo estoy viendo con entrañable complacencia ; pero os ruego que me digais cómo se halla la reina Gulnara , mi hija. » Guardóse el rey de Persia de

decirle que se habia marchado sin despedirse de ella ; al contrario , le aseguró que la habia dejado en cabal salud , y encargándole que la saludase de su parte. La reina le presentó despues las princesas , y mientras estaba conversando con ellas , entró en un gabinete con el rey Saleh , quien le informó de la pasion del rey de Persia á la princesa Jiauhara , tan solo por el retrato de su hermosura ; que lo habia traido consigo , por no haberlo podido escusar , y que estaba ideando arbitrios para proporcionarle su desposorio.

Aunque el rey Saleh fuese en cierto modo inocente en la pasion del rey de Persia , con todo la reina se resintió de que hubiese hablado delante de él con tan poca reserva de la princesa Jiauhara. «No cabe disculpa en tu indiscrecion ,» le dijo , «¿conceptúas que el rey de Samandal ha de guardar mas miramientos contigo que con los reyes á quienes desairó por su hija con tanto menosprecio ? ¿Quieres que te despida con igual sonrojo ?

—«Señora ,» repuso el rey Saleh , «ya os dije que á pesar mio oyó mi sobrino lo que conté á mi hermana acerca de la hermosura de la princesa Jiauhara. Está cometido el yerro , y debemos suponer que ama apasionadamente y que va á fallecer por puro desconsuelo y quebranto , si no la conseguimos por algun arbitrio. Tengo que echar el resto , ya que fuí , si bien inculpablemente , la causa de tamaño desman , y me valdré de todos los medios imaginables para acudir al remedio. Confio , señora , en que aprobaréis mi determinacion de que vaya en persona á ver al rey de Samandal con un rico presente de piedras preciosas , y le pida su hija para el rey de Persia , vuestro nieto. Abrigo acá cierta confianza de que no me la ha de negar , y que llevará á bien el venir á enlazarse con uno de los monarcas mas poderosos de la tierra.

—«Fuera muy de apetecer ,» repuso la reina , «el no vernos en la precision de hacer esta peticion , que probablemente no ha de tener el feliz resultado que deseamos , pero consiento en ella , ya que se trata del sosiego y satisfaccion del rey , mi nieto. Sobre todo , ya que conoces el carácter del rey de Samandal , esmérate en hablarle con cuanto miramiento sea dable y en términos tan amistosos que no le quepa ofenderse.»

La reina misma preparó el presente , componiéndolo de diamantes , rubíes , esmeraldas y sargas de perlas , y lo colocó en una caja muy rica y lujosa. Al dia siguiente despidióse el rey de ella y de su sobrino y marchó con una escolta selecta , aunque no muy crecida. Pronto llegó á la capital del rey de Samandal , y este le dió audiencia luego que supo su llegada. Levantóse de su trono , cuando se presentó , y el rey Saleh , , aviniéndose á olvidar por un rato lo que era , se postró á sus piés , deseándole el cumplimiento de todo cuanto pudiera apetecer. El rey de Samandal se doblegó para levantarlo , y despues de haberle hecho tomar asiento á su lado y haberle dicho que era bien venido , le preguntó si podia servirle en algo.

— «Señor,» respondió el rey Saleh, «aun cuando no tuviera otro motivo que el de tributar mi respeto á uno de los príncipes mas poderosos del mundo y tan descollante por su sabiduría y valor, manifestaria muy escasamente



á vuestra majestad cuanto le honro. Si pudiera calar hasta lo íntimo de mi corazón, conoceria la suma veneración de que rebosa y el ardiente afán que me mueve á manifestarle mi aprecio.» Al decir estas palabras, cojió la caja, la abrió, y presentándosela, le suplicó que tuviera á bien aceptarla.

«Príncipe,» repuso el rey de Samandal, «un presente de tantísima entidad debe traer por objeto una petición proporcionada. Si estais deseando algun logro que dependa de mi poder, me cabrá suma complacencia en concedérselo. Hablad y decidme sin rebozo en qué puedo servirlos.

— «Es cierto, señor,» replicó el rey Saleh, «que tengo una fineza que pedir á vuestra majestad, y me guardara de hacerlo, si no estuviera en su poder el concedérmela. Lo que pido depende absolutamente de vuestro albedrío, y le ruego encarecidamente que no me lo niegue.—Siendo así,» dijo el rey de Samandal, «no teneis mas que decirme de que se trata, y ya veréis cómo gusto de servir cuando está en mi mano.

— «Señor,» le respondió entónces el rey Saleh, «en vista de la confianza que vuestra majestad me franquea de su buena voluntad, no disimularé por mas tiempo que vengo á suplicarle que nos honre con su parentesco, por el enlace de su hija, la princesa Jiauhara, estrechando de este modo la amistad que une á entrambos reinos.»

A estas palabras, el rey de Samandal prorumpió en grandes carcajadas,

y recostándose sobre los almohadones que tenía á la espalda, con extremos bochornosos para el rey Saleh, «Conceptuaba,» le dijo con acento de menosprecio, «que erais un príncipe sensato y entendido; pero vuestras palabras me dan á conocer cuanto me habia equivocado. Decidme, os ruego, ¿en dónde teniais el juicio cuando ideasteis un intento tan quimérico, cual es el que acabais de comunicarme? ¿Cómo habeis podido concebir ni siquiera el pensamiento de aspirar al enlace de una princesa, hija de un rey tan grande y poderoso como yo? Debiais haber considerado antes la suma distancia que media entre ambos, y no venir á perder en un momento el aprecio que me teniais merecido.»

Ofendióse en gran manera el rey Saleh con aquella contestacion y desacato, y costóle trabajo el enfrenar su fundadísima ira. «Quiera Dios, señor,» añadió con todo el comedimiento que le fué dable, «recompensar á vuestra majestad como merece: séame lícito decirle que no pido para mí la princesa, su hija. Aun cuando así fuera, muy lejos de que vuestra majestad ó la princesa misma debiesen ofenderse, creería honrar en gran manera á entrambos. Sabe vuestra majestad que soy, al par de vos, uno de los reyes del mar, que mis antepasados en nada desmerecen, por su antigüedad, de las demás familias soberanas, y que el reino que heredé de ellos no se halla menos floreciente ni es menos poderoso. Si vuestra majestad no me interrumpiera, se enterara desde luego de que la fineza apetecida no es para mí, sino para el rey de Persia, mi sobrino, cuyo poderío, grandeza y prendas personales no pueden menos de haber llegado á su conocimiento. Todos confiesan que la princesa Jiauhara es la señora mas dotada de perfecciones que hay debajo del firmamento; pero tambien es cierto que el jóven rey de Persia es el príncipe mas gallardo y cabal que pisa la tierra y señorea todos los reinos del mar. Así como el favor que pido no puede menos de proporcionarle resplandeciente gloria, como tambien á la princesa Jiauhara, no debe dudar de que merezca la aprobacion universal su anuencia á un enlace tan adecuado. La princesa es digna del rey de Persia, y este lo es de la princesa. No hay rey ni príncipe en el mundo que pueda disputárselo.»

El rey de Samandal no dejara que el rey Saleh le hablase tanto rato, á no haberle ahogado la voz su enojo. Aun estuvo largo rato sin habla, tal era su ira, y al fin prorumpió en baldones tremendos é indignos de un gran monarca. «¡Perro,» exclamó, «te atreves á hablarme así y á pronunciar delante de mí el nombre de mi hija! ¿Crees que pueda compararse con ella el hijo de tu hermana Gulnara? ¿Quién eres tú? ¿quién era tu padre? ¿y quiénes son tu hermana y tu sobrino? Su padre era un perro é hijo de otro como tú. Prended al insolente y cortadle la cabeza.»

Los palaciegos que estaban cercando al rey de Samandal se pusieron desde luego en ademan de obedecerle; pero como el rey Saleh estaba en la lozanía de su edad y era muy ágil y desembarazado, se salvó antes que hubie-

sen desenvainado los sables y llegó á la puerta del palacio, en donde halló mil hombres, parientes suyos y de su dependencia, bien armados y engreidos, que acababan de llegar. La reina su madre habia recapacitado que lleva-



ba escaso acompañamiento, y maliciándose el recibimiento desabrido que podia hallar en el rey de Samandal, los habia enviado encargándoles que se apresurasen. Los deudos se dieron el parabien de haber llegado tan á punto, cuando le vieron llegar con los suyos que le seguian desbaratadamente y que le iban siguiendo el alcance. «Señor,» le dijeron, tan pronto como se le incorporaron, «¿de qué se trata? Aquí nos teneis prontos á vengaros; no teneis mas que mandar.»

Refirióles el rey Saleh lo que le habia sucedido, y poniéndose al frente de una parte de la fuerza, mientras que la otra se apoderaba de la puerta, volvió atrás. Como habian desaparecido los pocos palaciegos y guardias, entró en el aposento del rey de Samandal, que, abandonado de todos, fácilmente fué preso. El rey Saleh dejó bastante jente para afianzar su persona y empezó á recorrer los aposentos buscando el de la princesa Jiauhara; pero al primer estruendo, esta se habia salido del mar con las mujeres que se hallaban junto á ella y se habia salvado en una isla desierta.

Mientras esto pasaba en el palacio del rey de Samandal, algunos oficiales del rey Saleh que se habian fugado á las primeras amenazas del airado rey,

sobresaltaron á la reina , su madre , anunciándole el peligro en que le habian dejado. El jóven rey Beder , que se hallaba presente á su llegada , se sobresaltó tambien , y con tanto mayor motivo , cuanto se conceptuaba como el primer motor de cuantos desmanes pudieran sobrevenir. No se sintió con suficiente entereza para contrarestar la presencia de la reina su abuela , tras el peligro en que se hallaba el rey Saleh por causa suya. Mientras que estaba afanada la abuela en providenciar lo conducente en aquel trance , Beder salió del mar , y no sabiendo qué camino seguir para volverse al reino de Persia , se salvó en la isla en que se habia refugiado la princesa Jiauhara.

El príncipe estaba fuera de sí y fué á sentarse á la sombra de un árbol frondoso , y cuando ya se iba rehaciendo , oyó hablar , aplicó el oído ; pero estaba demasiado distante para comprender lo que decian. Levantóse , y ade-



lantándose muy despacio hácia el paraje en donde se oía hablar , descubrió , al través de las ramas , una hermosura que le dejó deslumbrado. «Sin duda ,» dijo en su interior parándose y considerándola con asombro , «sin duda es la princesa Jiauhara quien de miedo ha tenido que abandonar el alcázar del rey , su padre ; si no es ella , no por eso merece menos que la ame con toda mi alma.» No se detuvo mas , dejóse ver , y acercándose á la princesa con

todo acatamiento, «Señora,» le dijo, «no me cabe agradecer, como es debido, al cielo el favor que hoy me concede, ofreciendo á mis ojos su hechura mas peregrina. No podia sucederme mayor dicha que la ocasion de ofreceros mis humildes rendimientos. Ruégoos, señora, que los acepteis, pues no cabe que una persona como vos pueda en semejante soledad prescindir de todo auxilio.

—«Es cierto, señor,» repuso la princesa Jiauhara con semblante desconsolado, «que es muy extraordinario el verse una dama de mi clase en situacion tan deplorable. Soy princesa, hija del rey de Samandal, y me llamo Jiauhara. Me hallaba tranquila en su palacio y en mi aposento, cuando oí de repente un estruendo horroroso; vinieron á decirme que el rey Saleh, no sé con qué motivo, habia allanado el alcázar, y habia preso al rey mi padre, despues de haber muerto á todos los de su guardia que se habian resistido. No he tenido lugar mas que para salvarme y buscar aquí un asilo contra su atropellamiento.»

Al oir á la princesa el rey Beder, se sintió sonrojadísimo por haber desamparado á la reina, su abuela, sin cerciorarse de la noticia que le habian traído; pero se alegró en el alma de que su tío se hubiese apoderado del rey de Samandal. Con efecto, no dudó de que este le concederia la princesa por alcanzar su libertad. «Adorable princesa,» repuso, «fundadísimo es vuestro quebranto; pero es obvio remediarlo, como tambien el cautiverio del rey, vuestro padre. Así lo conceptuaréis en sabiendo que me llamo Beder, que soy rey de Persia y sobrino del rey Saleh. Puedo aseguraros que no abriga el menor intento de apoderarse de los estados del rey, vuestro padre; su único objeto es alcanzar la dicha de que yo sea su yerno, recibiendoos por esposa de su mano. Ya os habia entregado mi corazon, al relato de vuestra hermosura y gracias, y lejos de arrepentirme, os ruego que lo admitáis y estéis persuadida de que nunca ha de idolatrar mas que á vos. Me atrevo á confiar que no lo desechareis, considerando que merece algun reconocimiento un rey que ha salido de sus estados con el único objeto de ofrecéroslo. Permitid pues, hermosa princesa, que logre la dicha de presentaros á mi tío. Tan pronto como vuestro padre haya dado su consentimiento á nuestro enlace, mi tío le dejará dueño de sus estados como antes.»

La manifestacion del rey Beder no surtió el efecto que esperaba. Apenas la princesa le habia visto, cuando juzgando por su linda presencia y modales, le habia mirado como una persona digna de aprecio; pero tan pronto como supo de su boca que era causa de la tropelia cometida á su padre, del quebranto que le acarreaba y la zozobra con que ella misma habia estado por sí misma, y de la necesidad en que se habia visto de fugarse, le miró como á enemigo mortal, con quien no debia tener ya relacion alguna. Además, por propensa que estuviese á consentir en el enlace que deseaba el rey Beder, como juzgó que uno de los motivos que tendria su padre para de-

sechar aquel enlace sería que era hijo de un rey de la tierra, determinó conformarse absolutamente con su albedrío en este punto. Sin embargo no quiso manifestar en nada su rencor, ideando solamente un medio para librarse del poder del rey Beder y aparentando satisfacción en verle. «Señor,» repuso con sumo ahinco, «¿luego sois el hijo de la reina Gulnara, tan afamada por su belleza? Mucho lo celebro y me alegro de ver en vos un príncipe tan digno de su madre. El rey mi padre hace mal en oponerse con tanto empeño á nuestra union; apenas os vea, cuando no tarde en hacernos á entrambos dichosos.» Al decir estas palabras, le alargó la mano en prenda de amistad.

El rey Beder se creyó en la suma bienaventuranza, y tomando la mano de la princesa, se bajó para besársela con acatamiento; pero la princesa, sin darle lugar, «Temerario,» le dijo rechazándole y escupiéndole en el rostro por falta de agua, «deja esa forma de hombre y toma la de un pájaro blanco, con el pico y las patas encarnadas.» Luego que hubo pronunciado estas palabras, el rey Beder quedó trasformado en un pájaro de aquella clase, con tanta pesadumbre como estrañeza. «Cojedlo,» dijo al punto á una de sus mujeres, «y llevadlo á la isla Seca.» Era esta isla un peñasco espantoso donde no habia una sola gota de agua.



La mujer cojió el pájaro, y al ejecutar la orden de la princesa Jiathara, se apiadó del rey Beder. «Lástima fuera,» se dijo en su interior, «que un príncipe tan digno de vivir se muriese de hambre y sed. Quizá la princesa, que es tan bondadosa y afable, se arrepentirá de una orden tan cruel, cuando haya vuelto de su enojo. Será mejor que lo lleve á paraje donde fallezca

de muerte natural.» Llevólo á una isla muy poblada, y lo dejó en una campiña amena plantada de toda clase de frutales y regada con infinitos arroyuelos.

Volvamos ahora al rey Saleh. Despues de haber ido él mismo en busca de la princesa Jiauhara y haber dispuesto que rejistrasen todo el palacio sin hallarla, mandó encerrar al rey en su propio alcázar, con guardia competente, y cuando hubo dado las órdenes necesarias para el réjimen del reino durante su ausencia, fué á dar cuenta á la reina su madre de lo que acababa de ejecutar. Preguntó á su llegada por el rey su sobrino, y con no menos estrañeza que pesar, supo que habia desaparecido. «Han venido á enterarnos,» le dijo la reina, «del gran peligro que corrias en el alcázar del rey de Samandal, y mientras daba disposiciones para enviarte mayores auxilios ó vengarte, ha desaparecido. Sin duda se asustó al saber que estabas en peligro, y no se creyó seguro con nosotros.»

Desconsolóse en gran manera el rey Saleh con esta noticia, y se arrepintió entónces de la facilidad con que habia condescendido á los deseos del rey Beder, sin hablar antes á la reina Gulnara. Envió emisarios en su busca; pero por mucha molestia que se tomó, no le trajeron noticia alguna, y en vez del gozo que se habia figurado por haber adelantado tanto un enlace que miraba como obra suya, tan solo le cupo el mortal quebranto de aquel suceso que no aguardaba. En tanto que adquiria noticias suyas buenas ó malas, dejó su reino bajo la administracion de su madre, y se marchó á gobernar el del rey de Samandal, á quien continuó guardando con mucha vijilancia, aunque con todas las atenciones debidas á su carácter.

El mismo dia que el rey Saleh se marchó en demanda de él al reino de Samandal, la reina Gulnara, madre del rey Beder, llegó á casa de la reina su madre. Aquella princesa no habia estrañado la ausencia del rey, su hijo, el dia de su partida, figurándose que el afán de la caza le habia llevado, como en otras ocasiones, mas allá de lo que tenia ideado. Pero cuando vió que no habia vuelto al dia siguiente ni al inmediato, se sobrecojió, como fácilmente se deja entender, por el cariño que le profesaba. Aumentóse su sobresalto, cuando llegó á saber por los palaciegos que lo habian acompañado, y que habian vuelto despues de haberle buscado mucho tiempo, que no habian hallado rastro de él ni de su tio Saleh, y que sin duda les habia acaecido algun desman, ó que estaban juntos en algun paraje que no podian adivinar. Al fin parecieron los caballos, pero ninguna noticia pudo adquirirse de sus personas, por mas diligencias que se practicaron. En vista de esto, habia tomado el partido de disimular y ocultar su desconsuelo, encargando que entablasen pesquisas nuevas, y entretanto con suma reserva, habiéndose quedado sola, se sumerjió en el mar, para cerciorarse de la sospecha que tenia, de que el rey Saleh se habia llevado consigo al rey de Persia.

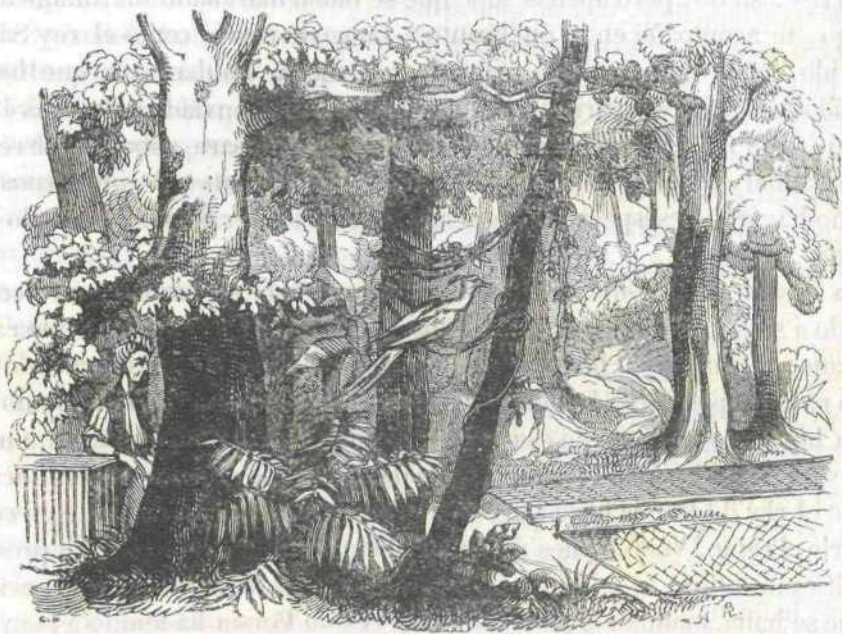
Aquella gran reina hubiera sido recibida por su madre con gran satisfacción, si al verla no se hubiese imaginado el motivo que allí la traía. «Hija mía,» le dijo, «ya conozco que no vienes aquí para verme, sino para preguntarme por tu hijo, y las noticias que puedo darte no servirán mas que para encrudecer tu amargura y la mía. Me cupo sumo gozo al verle llegar con el rey, su tío; pero apenas supe que se había marchado sin franquearse contigo, te acompañé en tu quebranto.» Luego le refirió como el rey Saleh había ido á pedir en persona la mano de la princesa Jiauhara y lo que había sucedido hasta la desaparición del rey Beder. «He enviado jente tras él,» añadió, «y el rey, mi hijo, que acaba de marcharse para gobernar el reino de Samandal, practicó también diligencias. Todas han sido infructuosas; pero no hay que desesperanzar, y acaso lo vamos á ver cuando menos lo esperamos.»

La desconsolada Gulnara no se satisfizo con esta esperanza: miró como perdido á su querido hijo y le lloró amargamente, echando toda la culpa á su hermano. Su madre le hizo cargos de la necesidad de sacar fuerzas de flaqueza para no postrarse á su desconsuelo. «Es cierto,» le dijo, «que no debía tu hermano hablarte de esa boda sin alguna cautela, ni consentir nunca en llevarse á mi nieto sin participártelo de antemano; pero como es incierto que el rey de Persia haya perecido, tienes ahora que esmerarte en conservar el reino. Vuelve pues á tu capital sin pérdida de tiempo; tu presencia allí es necesaria, y no te será difícil mantenerlo todo en el estado pacífico en que se halla, mandando publicar que el rey de Persia ha tenido á bien vernos á ver.»

Preciso era que mediase motivo tan poderoso como este para obligar á la reina Gulnara á marcharse; despidióse al fin de la reina su madre, y regresó al palacio de la capital de Persia, antes que hubieran advertido que se había ausentado. Al punto despachó emisarios tras los palaciegos enviados en busca de su hijo, y les anunció que sabía donde estaba y que pronto volvería. Hizo circular esta misma noticia por toda la ciudad y gobernó el estado, ayudada del primer ministro y del consejo, con el mismo sosiego que si el rey Beder hubiese estado presente.

Volviendo á este monarca, á quien la mujer de la princesa Jiauhara había llevado y dejado en la isla, como ya dijimos, su extrañeza fué suma cuando se vió solo y transformado en pájaro. Túvose por tanto mas desgraciado en esta situación, cuanto ignoraba en donde se hallaba ni en qué parte del mundo estaba situado el reino de Persia. Aun cuando lo hubiera sabido y conocido la fuerza de sus alas para aventurarse á cruzar tantos mares y trasladarse allá, ¿qué hubiera conseguido, sino hallarse en la misma pena y dificultad en que estaba de ser conocido, no por rey de Persia, pero ni siquiera por hombre? Tuvo que permanecer en donde estaba, viviendo con el mismo alimento que los pájaros de su especie, y pasando la noche en un árbol.

Al cabo de algunos dias, un aldeano muy diestro en cojer pájaros en la red, llegó al paraje en donde estaba y sintió suma alegría cuando vió un pájaro tan hermoso y de una especie que le era desconocida, aunque ya hacia



años que salia á cazar. Valióse de toda su habilidad y tomó tan bien sus medidas, que cojió el pájaro. Ufano con caza tan aventajada, que en su concepto debia valerle mucho mas que todos los pájaros juntos que solia cojer, con motivo de su rareza, lo metió en una jaula y lo llevó á la ciudad. Luego que llegó al mercado, paróle un paisano y le preguntó cuánto pedia por aquel pájaro.

En vez de responder á esta pregunta, dijole el aldeano, ¿qué era su ánimo hacer con él cuando lo hubiese comprado? «¿Qué quieres que haga con él,» repuso el paisano, «sino mandarlo asar y comérmelo? — Siendo así,» replicó el aldeano, «con una moneda de plata que me dierais lo creeriais muy pagado. Lo aprecio mucho mas, y no os lo daria aun cuando me pagaseis una moneda de oro. Soy viejo, pero en mi vida he visto preciosidad igual. Voy á regalárselo al rey, y estoy seguro que conocerá mejor lo que vale.»

En vez de detenerse en el mercado, el aldeano se encaminó á palacio y se paró delante del palacio del rey. Este se hallaba asomado á una ventana desde la cual veia cuanto pasaba en la plaza. Pronto advirtió aquel hermoso

pájaro y envió un oficial de los eunucos con orden para que se lo comprase. Acercóse el oficial al aldeano y le preguntó cuanto queria por él. «Si es para su majestad,» repuso el aldeano, «le suplico que lo admita en presente y os ruego que se lo lleveis.» El oficial llevó el pájaro al rey, y este lo halló tan extraño, que mandó al oficial que diera diez monedas de oro al aldeano, quien se retiró contentísimo; despues metió el pájaro en una jaula magnífica, y le dió grano y agua en comederos preciosos.

Como el rey estaba entónces á punto de montar á caballo para ir á la caza y no habia tenido tiempo de ver bien el pájaro, mandó que se lo trajeran cuando volvió. El oficial trajo la jaula, y el rey queriendo examinar mejor el pájaro, le abrió él mismo y lo tomó en la mano. Mientras le estaba mirando, preguntó al oficial si lo habia visto comer. «Señor,» repuso el oficial, «ya puede ver vuestra majestad que aun está lleno el comedero, y no he advertido que lo haya tocado.» Dijo el rey que era preciso darle de varias especies de grano para que escojiera la que mas le gustara.

Como ya habian puesto la mesa, sirvieron en el momento en que el rey daba esta orden. Apenas pusieron los platos, cuando el pájaro empezó á volar sobre la mesa y á picar el pan y los guisados, ya en una fuente, ya en otra, con gran estraneza del rey, quien mandó al oficial de los eunucos á avisar á la reina para que viniera á ver aquella estraneza. Refirió el oficial el hecho á la reina en pocas palabras, y esta acudió al punto; pero apenas vió el pájaro, cuando se cubrió el rostro con el velo y quiso retirarse. Admiróse el rey de su accion, con tanto mas motivo, en cuanto no habia en el aposento sino eunucos y las mujeres que la habian acompañado, y le preguntó qué motivo tenia para obrar de aquel modo.



«Señor,» respondió la reina, «vuestra majestad no se admirará, cuando sepa que este pájaro no es lo que se imagina, sino un hombre.—Señora,» repuso el rey, mas admirado que antes, «sin duda os quereis chancear conmigo; no me persuadiréis que un pájaro sea un hombre.—Señor, Dios me guarde de chancearme con vuestra majestad. Nada es mas cierto que lo que tengo el honor de decirle y le aseguro que es el rey de Persia, llamado Beder, hijo de la célebre Gulnara, princesa de uno de los mayores reinos del mar, sobrino de Saleh, soberano de aquel reino y nieto de la reina Farascha, madre de Gulnara y de Saleh, y la que así le trasformó es la princesa Jiauhara, hija del rey de Samandal.» Y para que el rey no pudiera dudarlo le refirió de qué modo y con qué motivo la princesa Jiauhara se habia vengado así del tratamiento que el rey Saleh habia dado al rey de Samandal, su padre.

El rey tuvo tanta menos dificultad en dar crédito á lo que la reina le refirió de esta historia, cuanto sabia que era una de las magas mas consumadas del mundo, y como no ignoraba nada de todo lo que pasaba en él, luego sabia por medio suyo los intentos aviesos de los reyes, sus vecinos, contra él y se los participaba. Tuvo compasion del rey de Persia y suplicó encarecidamente á la reina que rompiera el encanto que le mantenía bajo aquella forma.

Consintió en ello la reina con mucho gusto. «Señor,» le dijo al rey, «tómese vuestra majestad la molestia de entrar en su gabinete con el pájaro, y pronto le haré ver un rey digno de la consideracion que le dispensa.» El pájaro, que habia dejado de comer por clavar su atencion en lo que decian el rey y la reina, sin dar á aquel tiempo para cojerlo, entró al punto en el gabinete, siguiéndole luego la reina con un vaso lleno de agua. Pronunció sobre ella algunas palabras desconocidas, hasta que el agua empezó á hervir; entónces tomó una poca en la palma de la mano y tirándosela al pájaro, «Por la virtud de las santas y misteriosas palabras que acabo de proferir,» dijo, «y en nombre del Criador del cielo y de la tierra, que resucita á los muertos y mantiene en su equilibrio el universo, deja la forma de pájaro y recobra la que recibistes de tu Criador.»

Apenas la reina habia acabado estas palabras, cuando, en vez del pájaro, vió comparecer un príncipe jóven, de gallarda estatura, cuya hermosa presencia y agraciado semblante le cautivaron. El rey Beder se postró y dió gracias á Dios por el favor que acababa de hacerle. Al levantarse cojió la mano del rey y la besó para manifestarle su reconocimiento; pero el rey le abrazó con sumo alborozo, y le dió pruebas de la satisfaccion que tenia en verle. Tambien quiso dar gracias á la reina; pero ya se habia retirado á su aposento. El rey le hizo sentar á la mesa, y despues de la comida, le pidió que le refiriera cómo la princesa Jiauhara habia tenido la inhumanidad de trasformar en pájaro á un príncipe tan amable como él, y el rey de Persia satisfizo inmediatamente á sus deseos. Cuando hubo concluido, el rey, indignado del

proceder de la princesa, no pudo menos de vituperarla. «Muy laudable era en la princesa de Samandal,» prosiguió, «el no desentenderse del tratamiento dado á su padre; pero no se sincerará jamás de haber estremado



tanto la venganza contra un príncipe á quien no debia culparse del caso. Pero dejemos esto y decidme en lo que puedo serviros.

—«Señor,» replicó el rey de Persia, «es tan suma la fineza que debo á vuestra majestad, que hubiera de permanecer aquí toda mi vida para manifestarle mi reconocimiento. Pero ya que no pone limites á su jenerosidad, le ruego que me conceda un buque para restituirme á Persia, en donde temo que mi ausencia haya ocasionado trastornos, y aun que mi madre, á quien oculté mi partida, haya muerto de pesar, ignorando si era vivo ó muerto.»

Concedióle el rey lo que pedia gustosísimo y dió orden para el equipo del buque mas velero de su numerosa escuadra. La embarcacion estuvo pronto surtida de marineros, soldados, víveres y municiones, y cuando el viento fué favorable, el rey Beder se embarcó despues de haberse despedido del rey y haberle dado gracias por cuantas finezas le habia merecido.

El buque dió la vela con viento en popa, que le hizo adelantar mucho en su derrota durante los diez primeros dias; el undécimo se volvió algo contrario, arreció, y al fin llegó á ser tan violento, que ocasionó una furiosa tempestad. La embarcacion, no solo se desvió de su rumbo, sino que fué

tan fuertemente combatida, que los palos se rompieron, y llevada á la merced de las olas, dió en un bajío y se estrelló.

Casi toda la tripulacion quedó sumerjida; algunos confiaron en la fuerza de sus brazos para salvarse á nado, otros se asieron á algun madero ú tabla. Beder fué uno de estos, y llevado ya por las corrientes, ya por las olas, ajeno de todo acuerdo, advirtió sin embargo que estaba cerca de tierra y poco distante de una ciudad de bastante caserío. Echó el resto de las fuerzas que le quedaban para acercarse, y por fin llegó tan inmediato á la playa, en donde el mar estaba sosegado, que halló fondo. Abandonó el madero que le habia sido de tan grande auxilio; pero al adelantarse en el agua para llegar á tierra, se asombró mucho viendo acudir por todas partes caballos, camellos, machos, asnos, bueyes, vacas, toros y otros animales que cubrieron la playa, y se empeñaron en impedirle que tocara á tierra. Tuvo



el mayor trabajo en vencer su obstinacion y abrirse paso. Cuando lo hubo conseguido, se puso á cubierto de algunas rocas, hasta que hubo recobrado aliento y enjugado su ropa al sol.

Cuando quiso encaminarse á la ciudad, volvieron á oponérsele los mismos animales, como si hubieran querido distraerle de su intento y hacerle comprender que corría peligro.

El rey Beder entró en la ciudad, y vió muchas calles lindas y espaciosas; pero con gran estrañeza, porque á nadie encontraba. Esta gran soledad le hizo discurrir que no sin motivo habian hecho aquellos irracionales todo

cuanto habian podido para que se alejara. Sin embargo, mas adelante observó muchas tiendas abiertas, lo cual le dió á entender que la ciudad no estaba tan despoblada como se lo habia imaginado. Acercóse á una de ellas, en la que habia muchas clases de frutas de venta y colocadas con sumo aseo, y saludó á un anciano que estaba allí sentado.

El anciano estaba embargado en sus quehaceres, alzó la cabeza, y como vió un jóven cuyo exterior indicaba cierta grandeza, le preguntó, con tono que manifestaba mucha estrañeza, de dónde venia, y qué motivo le traia allí. El rey Beder satisfizo á sus preguntas con pocas palabras, y el anciano le preguntó otra vez si no habia encontrado á nadie en su paso. «Sois el primero á quien he visto,» repuso el rey, «y no puedo comprender que una ciudad tan hermosa y de tanto aparato esté tan desierta.—Entrad, y no os pareis á la puerta,» replicó el anciano, «quizá os sucederia algun daño. Ya satisfaré á vuestra curiosidad despacio, y os diré por qué motivo conviene que tomeis esa precaucion.»

El rey Beder no dejó que se lo repitiesen, y habiendo entrado, se sentó junto al anciano; pero como este habia comprendido, por la narracion de su desgracia, que el príncipe necesitaba alimento, le presentó al pronto algu-



nos manjares para que cobrara fuerzas, y aunque el rey Beder le suplicó que le explicara porqué habia tomado la precaucion de hacerle entrar, no quiso

sin embargo decirle nada hasta que hubo acabado de comer, temiendo que le impidiesen hacerlo sossegadamente las especies desagradables que iba á referirle. Con efecto, cuando vió que ya no comia, «Muchas gracias debeis dar al cielo,» le dijo, «por haberos traído á esta casa sin tropiezo. — ¿Y por qué motivo?» preguntó el rey Beder sobresaltado.

— «Habeis de saber,» repuso el anciano, «que esta poblacion se llama la ciudad de los Encantos, y que está gobernada, no por un rey, sino por una reina, que es la mas hermosa de su sexo; pero maga, y la mas insigne y azarosa que darse pueda. Os convenceréis de esta verdad cuando sepais que todos esos caballos, machos y otros animales que habeis visto, son otros tantos hombres como vos y yo, que ha trasformado así por su arte diabólico. Cuantos jóvenes de personal entran en la ciudad, otros tantos son detenidos y llevados ante ella. Les dispensa la mejor acogida, los acaricia, obsequia y hospeda magníficamente, y les da tantas pruebas para persuadirles que los ama, que lo consigue fácilmente; pero no deja que gocen mucho tiempo de esta supuesta dicha, pues no hay uno que no haya trasformado en cuadrúpedo ú pájaro al cabo de cuarenta dias, segun se le ocurre. Me habeis hablado de todos esos animales que se han presentado para impediros que desembarcaseis y entraseis en la ciudad; era porque no podian daros á entender de otro modo el peligro á que os esponiais, y hacian cuanto estaba en su alcance para distraeros de vuestro intento.»

Estas palabras desconsolaron en gran manera al joven rey de Persia. «¡Ay de mí!» exclamó, «¡á qué extremo me reduce mi aciaga suerte! Apenas estoy libre de un encanto, de que todavía me horrorizo, cuando me veo espuesto á otro mas terrible.» Con este motivo refirió circunstanciadamente su historia al anciano y le habló de su nacimiento y clase, de la pasion que habia cobrado á la princesa de Samandal, y la crueldad que esta habia tenido en trasformarle en pájaro, en el momento en que acababa de verla y declararle su cariño.

Cuando el príncipe hubo terminado, pintando la dicha que habia tenido de hallar una reina que habia roto aquel encanto y manifestando el miedo que le acosaba de volver á caer en mayor desgracia, el anciano, queriendo sòsegarle, le dijo: «Aunque es cierto cuanto os he dicho de la reina maga y de su maldad, no por eso debeis sobresaltaros tanto. Soy querido de toda la ciudad, no soy desconocido á la reina y me atrevo á decir que tiene muchos miramientos conmigo. Así habeis tenido gran suerte en que la casualidad os haya dirigido á mí; estais seguro en mi casa y os aconsejo que os quedeis en ella, si tal os parece; yo os respondo que, con tal que no os alejéis de ella, nada os sucederá por lo que podais quejaros de mi mala fe. Así no necesitais violentaros en nada.»

Agradeció el rey Beder al anciano la hospitalidad que ejercia con él y el amparo que le ofrecia con tan fina voluntad. Sentóse á la entrada de la tien-

Ja, y apenas lo hizo, cuando su juventud y buen personal llamaron la atención de los que pasaban, y aun muchos se pararon y congratularon al anciano por haber adquirido un esclavo tan bien formado, pues por tal le tenían. Manifestábanse tanto mas admirados cuanto no podian comprender cómo un jóven tan hermoso habia escapado á las pesquisas de la reina. «No creais que sea un esclavo,» les decia el anciano; «ya sabeis que no soy bastante rico, ni de una clase que pueda tenerlos tales. Es mi sobrino, hijo de un hermano



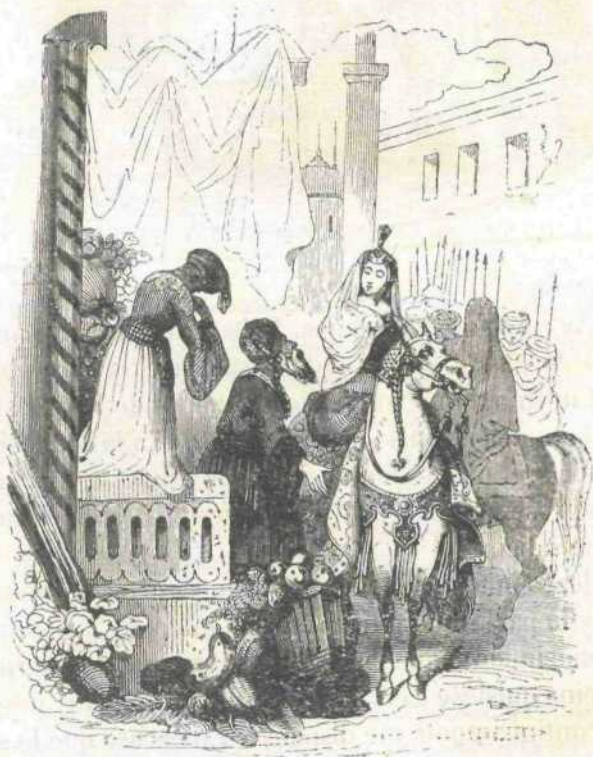
que ha muerto, y como no tengo hijos, le he enviado á buscar para que me haga compañía.» Alegráronse con él de la satisfaccion que debia causarle su llegada; pero al mismo tiempo no pudieron menos de manifestarle la zozobra que tenían de que la reina se lo arrebatare. «Ya la conoceis,» le decian, «y no debeis ignorar el peligro á que os habeis espuesto tras tantos ejemplares como habeis presenciado. ¡Cuál fuera vuestro pesar si lo tratase como á otros muchos que sabemos!

—«Os agradezco mucho,» replicaba el anciano, «la buena amistad que me manifestais y la parte que tomais en mis intereses, y os doy las gracias con todo el reconocimiento que en mí cabe. Pero me guardaré muy bien de pensar que la reina quisiese causarme el menor disgusto, despues de todas las finezas que continuamente me dispensa. En el caso que lo sepa y me ha-

ble de ello, espero que ni siquiera pensará en él cuando le haya indicado que es mi sobrino.

Embelesado estaba el anciano oyendo los elogios que hacían del rey de Persia. Halagábanle como si verdaderamente fuera hijo suyo, y le cobró un afecto que se fué aumentando al paso que tuvo motivo de conocerle mejor. Un mes hacía que vivían juntos, cuando un día que el rey Beder estaba sentado, como solía, á la entrada de la tienda, la reina Laba, que así se llamaba la maga, pasó con gran pompa delante de la casa del anciano. Apenas divisó el rey Beder los guardias que marchaban delante de ella, cuando se levantó, entró en la tienda y preguntó al anciano qué significaba aquello. «Es la reina que va á pasar,» respondió este; «pero asomaos y nada temais.»

Los guardias de la reina Laba, vestidos con trajes de color de púrpura y bien montados y galanos, pasaron en cuatro hileras, con el sable desenvainado, en número de mil, y no hubo un oficial que dejara de saludar al anciano al pasar por delante de su tienda. Siguiéronles otros tantos eunucos vestidos de brocado y mejor montados, cuyos oficiales le dispensaron el mismo obsequio. Tras ellos llegaron otras tantas jóvenes, á cual mas hermosa y lujosamente engalanada y cubierta de joyas preciosísimas, que iban á pie con paso lento y un venablo en la mano, y en medio de ellas asomaba la reina Laba, montada en un caballo rozagante y resplandeciente de pedrería con una silla



de oro y una gualdrapa de esquisita labor. Las jóvenes saludaron tambien al anciano al pasar, y la reina, pasmada del buen personal del rey Beder, se paró delante de su tienda. «Abdalá,» le dijo, así se llamaba el anciano, «decidme os ruego, ¿es vuestro ese esclavo tan agraciado? ¿Hace mucho tiempo que lo habeis adquirido?»

Antes de responder á la reina, Abdalá se postró hasta el suelo, y levantándose le dijo: «Señora, es mi sobrino, hijo de un hermano que murió hace poco tiempo. Como no tengo hijos, le considero como tal, y le he enviado á buscar para mi consuelo, y para que recoja despues de mi muerte los pocos bienes que poseo.»

La reina Laba, que no habia visto nunca hombre alguno que pudiera compararse con el rey Beder y que acababa de cobrarle una pasión entrañable, trató al punto de que el anciano se lo cediera, y así le dijo: «Buen padre, ¿no quereis hacerme el favor de regalármelo? Ruégoos que no me lo negueis: juro por el fuego y la luz que le haré tan grande y poderoso que nadie en el mundo habrá logrado fortuna tan esclarecida. Aun cuando estuviese en ánimo de dañar á todo el jénero humano, será el único á quien me guardaré de lastimar. Confio que me concederéis lo que os pido, mas por la amistad que sé me profesais, que por el aprecio en que siempre tuve vuestra persona.

—«Señora,» repuso el buen Abdalá, «agradezco infinitamente á vuestra majestad todas las finezas que me dispensa y el honor que quiere hacer á mi sobrino. No es digno de acercarse á tan gran reina y ruego á vuestra majestad que no lleve á mal que se escuse.

—«Abdalá,» replicó la reina, «me habia lisonjeado de que me amabais mas, y nunca hubiera creido que me dieseis una prueba tan evidente del poco aprecio que os merecen mis ruegos. Pero otra vez juro por el fuego y la luz, y aun por lo mas sagrado de mi relijion, que no pasaré adelante hasta que haya vencido vuestra pertinacia. Muy bien comprendo lo que os apesadumbra; pero os prometo que no tendréis motivo de arrepentiros por haberme complacido.»

El anciano Abdalá sintió sumo pesar respecto á sí y al rey Beder, teniendo que ceder á la voluntad de la reina. «Señora,» repuso, «no quiero que vuestra majestad tenga tan mala opinion del respeto que le profeso, ni de mi afán en contribuir á cuanto pueda complacerla. Tengo plena confianza en su palabra y no dudo que me la cumplirá. Ruégole solamente que dilate tan gran honor para mi sobrino hasta el primer dia que vuelva á pasar. —Será pues mañana,» repuso la reina, y al decir estas palabras, inclinó la cabeza para agradecerle aquel servicio, y volvió á encaminarse á su alcázar.

Cuando la reina Laba hubo acabado de pasar con todo el boato que la acompañaba, «Hijo mio,» dijo el buen Abdalá al rey Beder, á quien se habia acostumbrado á llamar así para no descubrir en público quien era, «no

he podido contrarestar á la reina , como ya habeis visto, sobre lo-que me ha pedido con tanto ahinco, por no darle motivo á que acudiera tal vez á violencias manifestas ó reservadas , por medio de su arte mágica , y á impulsos de su ira trataros con mas crueldad de la que ha usado con todos los que ha tenido á su disposicion , como ya os tengo referido. Tengo motivo para creer que obrará bien, segun me lo ha prometido , por la consideracion particular que me tiene. Habeis debido notarlo por la que me ha dispensado toda su corte y los honores que se me han tributado. Maldita fuera del cielo, si me engañara ; pero no seria á su salvo y yo sabria vengarme.»

Estas seguridades , que parecian muy aventuradas , no hicieron gran impresion en el ánimo del rey Beder. «Despues de lo que me habeis referido de las maldades de esa reina,» repuso , «no os oculto cuanto temo acercarme á ella. Acaso despreciara todo cuanto me habeis dicho y me dejara deslumbrar por el esplendor de su boato , si ya no supiera por experiencia lo que es estar á la discrecion de una maga. El estado en que me he hallado por el encanto de la princesa Jiauhara, y del que parece que solo he salido para caer al punto en otro , me tiene despavorido.» Nada mas le permitieron decir sus lágrimas , dando á conocer por ellas con que repugnancia se veia en la fatal necesidad de parar en manos de la reina Laba.

«Hijo mio,» añadió el anciano Abdalá, «no os desconsoléis. Confieso que no se puede contar mucho con las promesas y juramentos de una reina tan malvada. Habeis de saber que todo su poderío no alcanza hasta mí. No lo ignora, y por eso mas que por otro motivo me guarda tanto miramiento. Ya sabré imposibilitarla de haceros el mas mínimo daño , aun cuando fuera bastante alevosa para atreverse á hacéroslo. Podeis contar conmigo, y con tal que sigais puntualmente los consejos que yo os dé , antes de entregaros á ella , os respondo que no tendrá mas poder sobre vos que sobre mí.»

La reina maga no hizo falta en pasar el dia siguiente por delante de la tienda del anciano Abdalá , con la misma pompa que la víspera , y el anciano la estuvo aguardando con sumo acatamiento. «Buen padre,» le dijo parándose , «debeis conceptuar la impaciencia que tengo de ver á vuestro sobrino junto á mí por el esmero con que acudo á recordaros vuestra promesa. Sé que sois hombre de palabra , y no creo que hayais mudado de parecer.»

Abdalá , que se habia postrado tan pronto como habia visto que la reina se acercaba, se levantó cuando hubo dejado de hablar, y no queriendo que nadie oyera lo que iba á decirle , se acercó rendidamente á la cabeza de su caballo y le dijo muy quedo : «Poderosa reina , estoy persuadido de que vuestra majestad no lleva á mal la oposicion que manifesté ayer en confiarle mi sobrino , pero debe haber comprendido el motivo que tenia. Consiento en cedérselo hoy ; pero le ruego que olvide todos los secretos de aquella ciencia maravillosa que posee en tan alto grado. Miro á mi sobrino como á

hijo, y vuestra majestad me llenaría de desesperación, si obrase con él de un modo diferente del que me prometió.

— «Otra vez os lo prometo,» replicó la reina, «y os repito con el mismo juramento que ayer, que así vos como él no tendréis sino motivos de estar contentos de mí. Ya veo que aun no me conocéis bastante,» añadió, «hasta ahora no me habeis visto sino con el rostro cubierto; pero como conceptúo que vuestro sobrino es digno de mi amistad, quiero patentizaros que no soy indigna de la suya.» A estas palabras, dejó ver al rey Beder, que se había acercado con Abdalá, una hermosura sin igual. Pero el rey Beder se sintió levemente conmovido, y con efecto, «No basta ser hermosa,» decia entre sí mismo, «es forzoso que las acciones sean tan justificadas como cabal la belleza.»

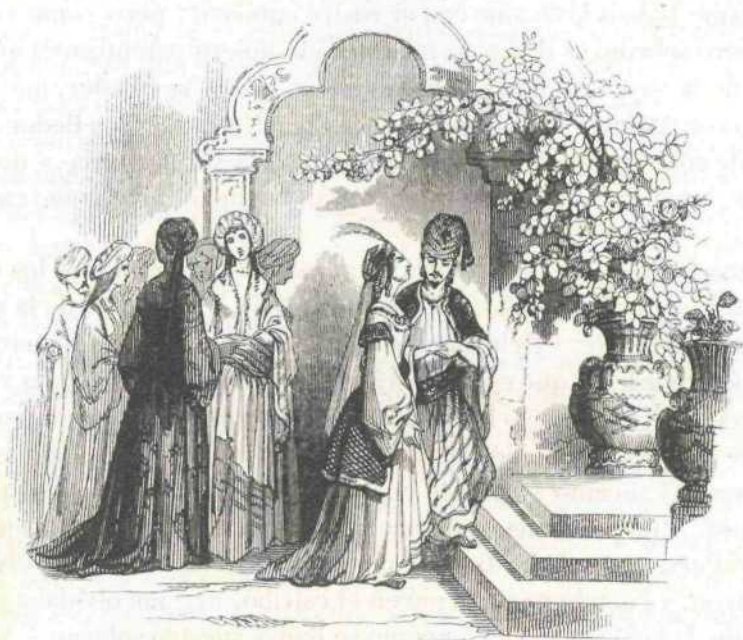
Mientras que el rey Beder hacia estas reflexiones, clavados los ojos en la reina Laba, el anciano Abdalá se volvió hácia él, y asiéndole de la mano, se lo presentó diciendo: «Hele aquí, señora, ruego otra vez á vuestra majestad que se acuerde de que es mi sobrino y le permita que venga á verme algunas veces.» Prometióselo la reina, y en prueba de su reconocimiento, mandó que le dieran un saquillo con mil monedas de oro que habian traído por orden suya. El anciano se escusó en admitirlo; pero la reina insistió en que lo aceptara, y no pudo menos de hacerlo. Habia mandado que trajeran para el rey de Persia un caballo tan galanamente enjaezado como el suyo; se lo presentaron, y cuando ponía el pié en el estribo, «Se me olvidaba preguntar,» dijo la reina á Abdalá, «cómo se llama vuestro sobrino.» Y respondiéndole el anciano que se llamaba Beder, «Se han equivocado,» repuso, «mas bien hubieran debido llamarle Schems.

Luego que el rey Beder montó á caballo, quiso colocarse detrás de la reina; pero esta le hizo adelantarse á su izquierda y quiso que marchara á su lado. Miró á Abdalá, y habiéndole rendido su cabezada, prosiguió hácia palacio.

En vez de notar en los semblantes del pueblo cierto alborozo acompañado de respeto á vista de su soberana, advirtió el rey Beder que la miraban con menosprecio, y aun que muchos prorumpían en imprecaciones contra ella. «La maga ha hallado,» decían algunos, «nuevo motivo de ejercitar su maldad: ¿cuándo librará el cielo al mundo de su tiranía? Pobre extranjero,» esclamaban otros, «mucho te engañas, si crees que tu dicha dure largo tiempo: solo te encumbran tanto para que tu vuelco sea mas tremendo.» Estas palabras le dieron á conocer que el anciano Abdalá le habia hecho un fiel retrato de la reina Laba. Pero como no estaba en su mano salir del peligro en que se hallaba, se puso en manos de la Providencia y se conformó con lo que pluguiera al cielo decidir sobre su suerte.

La reina maga llegó á palacio, y cuando hubo echado pié á tierra, hizo que Beder le diese la mano y entró con él acompañada de sus doncellas y los ofi-

ciales de sus eunucos. Enseñóle todos los aposentos, en los que no habia mas que oro macizo, pedrería y alhajas de una magnificencia extraordinaria. Cuando estuvieron en su gabinete, se encaminó con él al balcon, desde el



que le estuvo mostrando un pensil de portentoso primor. El rey Beder elogiaba cuanto veia con mucha intelijencia; pero de modo que no le hiciese dudar que fuese otro que el sobrino del anciano Abdalá. Conversaron de asuntos indiferentes, hasta que vinieron á avisar que la mesa estaba puesta.

La reina y el rey Beder se levantaron para irse á sentar á la mesa. Esta era de oro macizo, lo mismo que el servicio. Comieron y no bebieron casi hasta los postres; pero entónces la reina hizo que le llenasen, de escelente vino, su copa de oro, y despues de haber bebido á la salud del rey Beder, mandó que se la llenasen y se la presentó. Recibiólá Beder con sumo acatamiento, é inclinando rendidamente la cabeza, le dió á conocer que tambien lo hacia á su salud.

Diez doncellas de la reina Laba, que entraron en aquel momento con sus instrumentos, formaron con sus voces un agradable concierto, entretanto que continuaron bebiendo hasta muy entrada la noche. Al fin, á fuerza de beber, se enardecieron tanto uno y otro, que insensiblemente Beder olvidó que la reina era maga y ya no la miró sino como la reina mas hermosa del mundo. Así que la reina conoció que se hallaba en el estado que apetecia, hizo

una seña á los eunucos y á sus mujeres para que se retirasen. Obedecieron , y ella y el rey Beder se acostaron juntos.

Al día siguiente, la reina y Beder, así que se levantaron, se fueron al baño, las mujeres que servían al rey le presentaron ropa blanca y un traje de los mas lujosos. La reina, que tambien se habia engalanado mas que el día anterior , vino á buscarle y se marcharon juntos á su aposento , en el que les sirvieron la comida , despues de la cual pasaron el día paseándose por el jardín y en varias otras diversiones.

La reina Laba obsequió al rey Beder del mismo modo durante cuarenta días, segun su costumbre con todos sus amantes. En la noche del cuarenta que estaban acostados, creyendo que Beder dormia , se levantó sin meter ruido ; pero este, que estaba despierto y que conoció que estaba ideando alguna travesura , aparentó dormir y acechó todos sus movimientos. Abrió un co-



frecito y sacó una caja atestada de polvos amarillos. Formó con ellos un reguero en el aposento , y al instante se convirtió en un riachuelo de una agua cristalina , con gran pasmo de Beder. Tembló de susto y procuró aparentar al vivo que estaba durmiendo , para que la maga no llegase á conocer que estaba despierto.

Tomó la reina Laba agua del riachuelo con un vaso y la echó en un lebrillo en el que había harina, de la que hizo una pasta que estuvo amasando por un rato; puso al fin ciertas drogas que tomó de diferentes cajillas, é hizo una galleta que puso en una tartera cubierta. Como antetodo había encendido un buen fuego, separó la brasa y colocó encima la tartera; y en tanto que se cocía la galleta, volvió á colocar los vasos y cajas en su puesto, y pronunciando ciertas palabras, desapareció el riachuelo que corría en medio del aposento. Cocida que fué la galleta, separó el fuego y la llevó á un gabinete; luego se volvió á acostar con el rey Beder, quien disimuló tan bien, que no malició que hubiese visto nada de lo que acababa de hacer.

Beder, á quien las diversiones y placeres habían hecho olvidar al buen anciano Abdalá, su huésped, desde que se había separado de él, se acordó que podría darle algun consejo despues de lo que había visto hacer á la reina Laba durante la noche. Así que se levantó, manifestó á la reina el deseo que tenía de irlo á ver y le suplicó que se lo permitiese, «¡Y qué! mi querido Beder,» repuso la reina, «¿os cansais ya, no digo de permanecer en un palacio tan magnífico y en el que debeis encontrar tantas distracciones, sino de la compañía de una reina que os ama entrañablemente y que os lo está demostrando con tantísimas pruebas?

«Gran reina,» repuso Beder, «¿cómo puedo cansarme de recibir las finezas con que vuestra majestad me está favoreciendo? Muy lejos de eso, señora, pido este permiso, mas para informar á mi tío de lo mucho que debo á vuestra majestad, que para manifestarle como no lo echo en olvido. Confieso que tambien lo hago por esta razon, pues como me ama entrañablemente y hace cuarenta dias que no me ha visto, no quiero darle ocasion para que piense que no le correspondo.—Id,» repuso la reina, «estamos corrientes, pero no tardaréis en volver, si os acordais de que no puedo vivir sin vos.» Mandó que le diesen un caballo galanamente enjaezado y partió.

El anciano Abdalá se alegró en el alma con aquella visita de Beder; abrazólo tiernamente sin reparar en su alcurnia, y Beder le correspondió del propio modo, para que nadie dudase de que era su sobrino. Cuando se hubieron sentado, «¡Y bien!» preguntó Abdalá al rey, «¿cómo os ha ido y cómo os va con esa infiel, esa maga?

—«Hasta ahora,» repuso Beder, «ha tenido conmigo cuantas consideraciones caben, mostrando el mayor afán para persuadirme que me ama muy de corazon; pero he venido esta noche á observar una novedad que me hace maliciar como todo lo que ha hecho ha sido con la mira de embelesarme á su antojo. Cuando me conceptuó mas dormido, aunque estaba muy despierto, se desvió de mí con sumo tiento. Esta cautela estimuló mas y mas mi desvelo, y aparentando profundísimo sueño, estuve acechando todos sus movimientos.» Continuó refiriéndole cuanto había practicado para hacer la galleta, y al acabar, «Hasta entónces,» añadió, «confieso que os había ol-

vidado, y al par cuanto me teniais advertido de su maldad; pero con semejante diablura la veo dispuesta á quebrantar la palabra que os dió, con desprecio de sus solemnes juramentos. Pensé en vos al instante y me tengo por dichoso en que haya consentido, con mas facilidad de la que yo me prometia, en que viniese á veros.

— «No os habeis engañado,» respondió Abdalá sonriéndose de manera que indicaba que nunca habia creído que obrase de otro modo: «nada es capaz de corregir á la malvada. Pero no teniais los específicos adecuados para que recaiga sobre ella el daño que os tiene premeditado. Maliciasteis fundadamente, y lo mejor que habeis podido hacer es acudir á mí. Como nunca si- gue con sus amantes mas de cuarenta dias, y en vez de despedirlos, los convierte en irracionales, de que están llenos sus parques y el campo, tomé ayer mis precauciones para que no se portase con vos del mismo modo. Demasiado tiempo hace que la tierra sustenta á este monstruo; y así hay que tratarla como merece.»

Al pronunciar estas palabras, Abdalá entregó á Beder dos galletas, y le dijo que las guardase para valerse de ellas cuando fuese del caso. «Me dijisteis,» continuó, «que la maga hizo esta noche una galleta; no dudeis que es con el objeto de que la comais; mas ni por asomo la llegueis al paladar. No obstante cuando os la presente, no la rehuséis, y en lugar de llevarla á la boca, sustituidla con una de las dos que os he dado, sin que ella lo eche de ver. Cuando os la haya visto comer, no dejará de intentar trasformaros en algun animal; pero no lo conseguirá, y entónces dirá que ha sido una broma para asustaros un poco, al paso que se estará apesadumbrando sobremanera, suponiendo que faltaba algun requisito en la composicion de su galleta. Le regalaréis la otra galleta y la precisaréis á que la coma, lo que hará, aunque no sea mas que para haceros ver que no desconfia de vos tras lo que ha mediado. Una vez que la haya comido, tomad un poco de agua en la palma de la mano, y arrojándosela á la cara, decid: «Deja esa forma y toma la de tal ó cual viviente, el que apetezcais; luego traedme el animal aquí, y os diré lo que debais hacer con él.»

Manifestóle Beder al anciano Abdalá, con los términos mas espresivos, lo agradecido que estaba al interés que le manifestaba, dándole los medios de frustrar la malignidad que una azarosa maga pudiese ejercer contra él, y despues de permanecer algun tiempo con él, se volvió á palacio. Al llegar, le dijeron que la maga le esperaba en el jardin con ansia. Fué en su busca, y apenas lo descubrió la reina Laba, corrió á él con afán. «Mi querido Beder,» le dijo, «con razon afirman que nada suele dar á conocer mejor la ardencia del amor que la ausencia del objeto amado: no he tenido un momento de sosiego desde que os perdí de vista; me parece que hace años que no os he visto. A poco mas que tardarais, fuera yo misma á buscaros.



—«Señora,» repuso Beder, «puedo asegurar á vuestra majestad que no he estado menos ansioso por volver á vuestro lado; pero no he podido negar un rato de conversacion á un tío que me ama y que hacia tanto tiempo que no me habia visto. No queria dejarme venir, pero al fin lo conseguí para volar á donde me llamaba el cariño, y de la colacion que me dispuso me contenté con tomar esta galleta que he traído para vos.» Beder habia envuelto una de las galletas en un pañuelo muy limpio, la desenvolvió, y presentándosela, «Aquí está, señora,» añadió, «os ruego que la acepteis.

—«La admito gustosa,» respondió la reina tomándola, «y la comeré con satisfaccion por amor vuestro y el de vuestro tío, mi buen amigo; pero antes quiero que probeis esta que he hecho mientras habeis estado ausente. —Reina hermosa,» le dijo Beder recibéndola con respeto, «no puede menos de ser excelente manjar, como amasado por mano de vuestra majestad, y es una fineza á la que le estoy entrañablemente agradecido.»

Sustituyó mañosamente Beder la galleta del anciano Abdalá á la de la reina, y rompiendo un pedazo, lo llevó á la boca. «¡Ah! señora,» exclamó comiéndola, «nunca he probado golosina mejor.» Como estaba cerca de un surtidor, la maga, que vió que habia tragado el pedazo y que iba á comer otro, tomando agua de la concha en la palma de la mano y arrojándosela al rostro, «Desgraciado,» le dijo, «deja la forma de hombre y toma la de un caballo tuerto y cojo.»

Estas palabras no surtieron el menor efecto, y la maga se quedó atónita al ver á Beder en el mismo estado, y únicamente dar señales de grandísimo susto. Encendiósele el rostro, y como vió que habia errado el golpe, «Mi querido Beder, «le dijo, «no es nada, sosegaos, no he querido causaros daño alguno; lo hice para ver lo que diriais. Ya conocéis que seria la mas alevosa y despreciable de cuantas mujeres existen, si cometiese una accion tan villana, no solo despues de mis juramentos, sino tambien tras las pruebas de amor que os he dado.

— «Poderosa reina,» respondió Beder, «por persuadido que esté de que vuestra majestad no lo ha hecho mas que para divertirse, no he podido menos de asustarme. ¿Cómo cabe desentenderse de la natural conmocion que deben hacer unas palabras capaces de causar un trueque tan extraño? Pero dejemos esto, señora, ya que he comido de la galleta que me disteis, hacedme el favor de probar la mia.»

La reina Laba, que no podia sincerarse mejor que dando aquella prueba de confianza al rey de Persia, rompió un pedazo de la galleta y la comió. Así que la hubo tragado, quedó confusa é inmóvil. Beder no perdió un momento, y tomando agua de la concha, se la arrojó al rostro. «Abominable maga,» le dijo, «deja esa forma y toma la de yegua.»



Al instante se trasformó en una hermosa yegua, y fué tal su sentimiento en verse así, que derramó abundantes lágrimas. Bajó la cabeza hasta los piés

de Beder como para enternecerle. Pero aun cuando se hubiese apiadado de ella, no estaba en su mano remediar aquel estrago. Llevóla á la caballeriza de palacio y se la entregó á un palafrenero para que la ensillase y pusiese una brida; pero ninguna de las que le probó el palafrenero le estaba bien. Mandó Beder que ensillase dos caballos, uno para él y otro para sí, y se dirigió á casa de Abdalá con la yegua en pelo.

Abdalá vió de lejos á Beder con la yegua, y no dudó que hubiese hecho lo que le tenia encargado. «Maldita maga,» dijo en sus adentros, en extremo complacido, «al fin el cielo te castiga como mereces.» Al llegar Beder, echó pié á tierra y entró en la tienda de Abdalá, á quien abrazó y dió gracias por las muchas finezas que le debia. Contóle cuanto habia mediado, y le dijo que no habia encontrado brida á propósito para la yegua. Abdalá tenia una propia para todos los caballos, la embridó él mismo, y cuando el rey Beder hubo despedido al palafrenero con los dos caballos, «Señor,» le dijo, «no debeis permanecer por mas tiempo en esta ciudad, montad la yegua y volved á vuestro reino. Lo único que os encargo es, que en caso que la cedais, no le quiteis la brida.» Beder le prometió que así lo haria, y despues de despedirse de él, emprendió su viaje.

Alegróse en extremo el rey de Persia al hallarse fuera de la ciudad, libre del gran riesgo que habia corrido, y teniendo á su disposicion á aquella maga tan temible. Tres dias despues de su partida, llegó á una gran ciudad, y cuando estaba en los arrabales, encontró á un anciano de suposicion que iba á pié á una casa de campo. «Señor,» le dijo el anciano parándose, «¿me atreveré á preguntaros de qué parte venis?» Detúvose para satisfacerle, y en tanto que el anciano le hacia varias preguntas, acercóse una vieja, y mirando á la yegua, se puso á llorar, dando grandes suspiros.

El anciano y Beder interrumpieron su conversacion para mirar á la vieja, y preguntándole este la causa de su desconsuelo, «Señor,» respondió, «es que vuestra yegua se parece tanto á una que tenia mi hijo, y que aun echo de menos por él, que á no haber muerto, creeria que es la misma. Vendédmela, os ruego, os daré todo lo que vale, y además os quedaré muy agradecida.

— «Buena mujer,» respondió Beder, «siento infinito no poder complaceros, pues mi yegua no está de venta. — ¡Ah! señor,» insistió la vieja, «no me lo refuseis, os lo pido por el amor de Dios. Mi hijo y yo moriríamos de sentimiento, si no nos concedeis esta gracia. — Buena mujer,» respondió el rey Beder, «de buena gana os la concederia, si pensáse en vender tan buena yegua; pero aun cuando eso fuese, no creo que me quisiérais dar por ella mil monedas de oro: porque en tal caso no la daria por menos. — ¿Porqué no las habia de dar?» respondió la anciana; «no teneis mas que consentir en la venta y os las contaré.»

Viendo Beder que la vieja estaba mal vestida, no se figuró que poseyese tan gran suma, y para probar si mantendria su palabra, «Dadme el dinero,»

le dijo, «la yegua es vuestra.» Al instante la vieja desató una bolsa que llevaba al rededor de la cintura, y presentándosela, le dijo: «Tomaos la molestia de apearos y verémos si está toda la cantidad. Dado caso que falte algo, luego lo tendré porque mi casa no está lejos de aquí.»

Beder quedó pasmado al ver la bolsa. «Buena mujer,» le dijo, «¿no conocéis que lo que os acabo de decir era para divertirme? Os repito que mi yegua no está de venta.»

El anciano, que habia presenciado su contrato, tomó la palabra. «Hijo mio,» le dijo á Beder, «es preciso que sepais una cosa que por lo visto ignorais: está prohibido en esta ciudad el mentir de manera alguna, bajo pena de la vida. Así no podeis negaros á tomar el dinero de esta buena mujer y entregarle la yegua, ya que os da la suma que le pedisteis. Mas cuenta os tiene el arreglarlo así que esponeros á lo que podria sucederos.»

Inconsolable Beder con haberse empeñado en este mal negocio con tan poca consideracion, echó pié á tierra con sentimiento. La vieja tomó la yegua por la brida y con una prontitud increíble se la quitó, y tomando en la mano un poco de agua del arroyo que corria en medio de la calle, se la arrojó diciéndole: «Hija mia, deja esa forma estraña y toma la tuya.» En un momento se verificó el cambio; y Beder, que se desmayó al ver delante de sí á la reina Laba, cayera al suelo á no recibirlo en sus brazos el anciano.

La vieja, que era la madre de la reina, y que le habia enseñado los arcanos de la majia, despues de abrazarla para manifestarle su regocijo, dió un silvido, y apareció un jenio horroroso y de estatura ajigantada. Tomó á Beder, se lo echó sobre las espaldas, y sentando madre é hija sobre un brazo, los condujo en pocos instantes al palacio de la reina Laba en la ciudad de los Encantos.



De vuelta á su palacio, la reina maga reconvinó agriamente á Beder. «Ingrato,» le dijo, «¿son esas las muestras de agradecimiento que tu indigno tío y tú me habeis dado por todo lo que hice por ti? Ya os trataré á uno y á otro como mereceis.» Y cojiendo un poco de agua, se la arrojó al rostro diciendo: «Deja esa forma y toma la de una fiera lechuza.» Estas palabras surtieron su efecto, y mandó á una de sus mujeres que encerrase en una jaula la lechuza y que no le diese de comer ni beber.

La mujer se llevó la jaula, y sin cuidarse de la orden de la reina, le puso comida y agua. Como era amiga del anciano Abdalá, le hizo avisar reservadamente del modo con que la reina acababa de tratar á su sobrino, y de su intento de hacerlos perecer á entrambos, á fin de que tomase sus medidas y pensase en su propia conservacion.

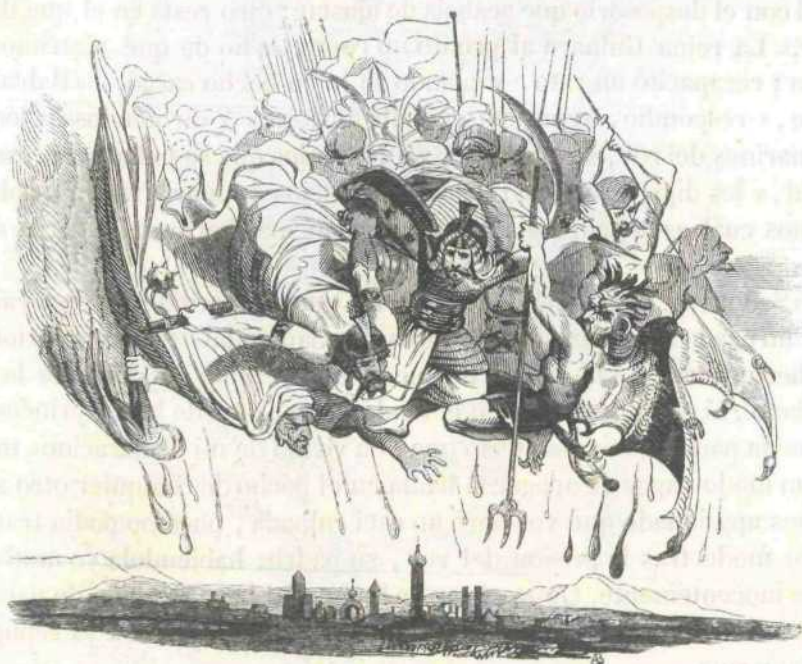
Abdalá vió que no habia tiempo que perder, y dando un gran silvido, se presentó un genio con cuatro alas, que le preguntó qué se le ofrecia. «Relámpago,» le dijo (así se llamaba el genio), «se trata de conservar la vida al rey Beder, hijo de la reina Gulnara. Vete al palacio de la maga y conduce al instante á la capital de Persia á la mujer compasiva á quien entregó la jaula, á fin de que informe á la reina Gulnara del riesgo en que se halla su hijo y lo necesario que es un auxilio ejecutivo; ten cuidado de no asustarla cuando te presentes, y dile de mi parte lo que debe hacer.»

Desapareció Relámpago y pasó al palacio de la maga. Informó á la mujer, y arrebatándola por los aires, la trasportó á la capital de Persia, en donde la dejó en la azotea que estaba sobre el cuarto de Gulnara. Bajó la mujer por la escalera y encontró á la reina Gulnara con la reina Farascha, su madre, que estaban hablando de la triste causa de su mutuo desconsuelo. Hízoles una profunda reverencia, y por su relacion conocieron que Beder necesitaba un auxilio ejecutivo.

Fué tal la alegría que cupo á la reina Gulnara, que levantándose de su asiento, abrazó á la mujer para darle á conocer lo agradecida que le estaba al servicio que acababa de hacerle. Salió del aposento para mandar que tocasen las trompetas, tambores y timbales de palacio, para anunciar á toda la ciudad el pronto regreso del rey Beder. Cuando volvió, encontró á su hermano, á quien la reina Farascha habia hecho comparecer por medio de una humareda. «Hermano mio,» le dijo, «tu sobrino y mi querido hijo se halla en la ciudad de los Encantos bajo el poder de la reina Loba. A ti y á mí nos corresponde el ir á librarlo, no hay tiempo que perder.»

Reunió el rey Saleh un cuerpo de tropas de su estados marinos, que se elevaron del fondo del mar. Llamó en su auxilio los genios, sus aliados, que se presentaron con un ejército aun mas numeroso que el suyo. Juntos estos dos ejércitos, se puso á su frente con la reina Farascha, Gulnara y las princesas que quisieron tomar parte en la accion. Eleváronse por los aires y se descolgaron sobre el palacio y la ciudad de los Encantos, destruyendo en un momento á la reina Loba, su madre y á todos los adoradores del fuego.

La reina Gulnara habia llevado consigo á la mujer de la reina Laba que le habia anunciado el encanto y prision de su hijo, y encargádole que durante la pelea se apoderase de la jaula y se la presentase. Ejecutóse esta orden segun



sus deseos; abrió ella misma la jaula, sacó de ella á la lechuza, y rociándola con agua que le habian traído, «Mi querido hijo,» le dijo, «deja esa forma extraña y toma la de hombre que es la tuya.»

En el mismo momento desapareció la lechuza, y la reina Gulnara vió á su hijo. A impulsos de su alborozo lo abrazó; mas no pudo pronunciar una sola palabra, y era tal su enajenamiento, que solamente lo acertó á espresar con abundantes lágrimas. Continuó largo rato estrechándolo en sus brazos, hasta que la reina Farascha se lo sacó para abrazarlo por su parte, y lo mismo hicieron su tío y las princesas sus parientas.

El primer afán que trajo la reina Gulnara fué el de que buscasen al anciano Abdalá, á quien debia la libertad del rey de Persia. Así que se presentó, le dijo: «El servicio que me habeis franqueado es tan sumo, que para probarnos mi reconocimiento estoy dispuesta á hacer todo por vos; decidme en qué puedo servirlos y quedaréis satisfecho.—Gran reina,» respondió, «si la dama que os envié consiente en enlazarse conmigo, y el rey de Persia me permite permanecer en su corte, de buena gana dedicaré el resto de mis dias á su servicio.» Volvióse la reina Gulnara del lado de la dama, que estaba pre-

sente, y como esta ruborizándose dió á conocer que no le repugnaba este matrimonio, hizo que se diesen las manos, y el rey de Persia y ella se encargaron de su suerte venidera.

Este desposorio dió lugar á que el rey de Persia se encarase con la reina su madre: «Señora,» le dijo sonriéndose, «muchísimo me complazco á la verdad con el desposorio que acabais de ajustar: otro resta en el que debiais pensar.» La reina Gulnara al pronto no comprendió de qué matrimonio le hablaba; recapacitó un rato, y cuando se hubo hecho cargo, «Hablais del vuestro,» respondió, «consiento en ello gustosa.» Y dirigiéndose á los súbditos marinos del rey, su hermano, y á los jenios que se hallaban presentes, «Partid,» les dijo, «recorred todos los palacios de mar y tierra y volved á avisarnos cuál es la princesa que hayais visto mas hermosa y digna de mi hijo.»

—«Señora,» respondió Beder, «seria tiempo perdido. No ignorais que tengo entregado mi corazon á la princesa de Samandal, por la relacion sola de su hermosura. La he visto y no me he arrepentido del don que la hice. Con efecto, ni en la tierra, ni en el fondo del mar puede haber princesa que se la pueda parangonar. Es cierto que, en virtud de mi declaracion, me trató de un modo capaz de apagar la llama en el pecho de cualquier otro amante menos apasionado que yo; pero no está culpada, pues no podia tratarme de otro modo tras la prision del rey, su padre, habiéndola yo motivado, aunque inocentemente. Quizá el rey de Samandal haya mudado de parecer y dé ahora su consentimiento, con lo cual la princesa no tendrá ya repugnancia en amarme.

—«Hijo mio,» respondió la reina Gulnara, «si la princesa Jiauhara es la única capaz de hacerte dichoso, no seré yo quien me oponga á vuestra union, si es posible que se lleve á cabo. No tiene tu tio mas que hacer venir aquí al rey de Samandal, y pronto sabrémos si es tan despegado como antes.»

Aunque el rey de Samandal se hallase desde su cautiverio incomunicado por orden del rey Saleh, sin embargo se le trataba con cuanto miramiento cabia, y habia llegado á familiarizarse con los oficiales que lo guardaban. Mandó el rey Saleh que le trajesen un brasero con fuego, y echando en él una composicion, pronunció algunas palabras misteriosas. Así que el humo empezó á elevarse, tembló el palacio y compareció el rey de Samandal con los oficiales que le custodiaban. Arrojóse el rey de Persia á sus piés, y en esta postura, «Señor,» le dijo, «no es ya el rey Saleh el que pide á vuestra majestad le conceda al rey de Persia la mano de su hija, sino este mismo rey el que se lo suplica. Estoy persuadido de que no querrá acarrear la muerte de un monarca que no puede existir sin la amable princesa Jiauhara.»

No consintió el rey de Samandal que Beder permaneciese arrodillado á sus piés. Lo abrazó, y obligándole á levantarse, «Señor,» respondió, «grande seria mi sentimiento en haber contribuido en lo mas mínimo á la muerte



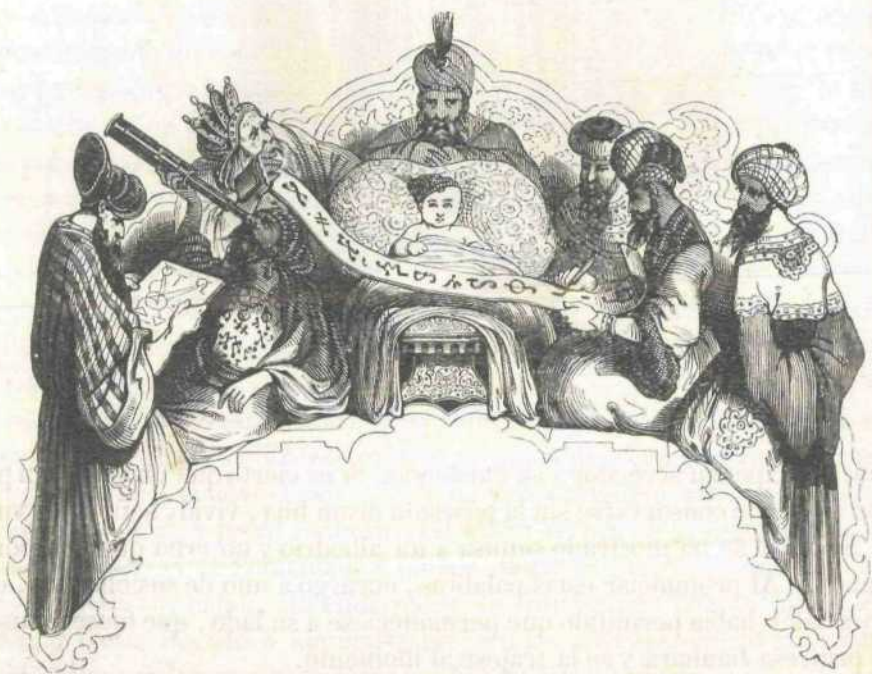
de un príncipe tan acreedor á su existencia. Si es cierto que una vida tan preciosa no puede conservarse sin la posesion de mi hija, vivid, señor, es vuestra. Siempre se ha mostrado sumisa á mi albedrío y no creo que se oponga en nada.» Al pronunciar estas palabras, encargó á uno de sus oficiales, que el rey Saleh habia permitido que permaneciese á su lado, que fuese á buscar á la princesa Jiauhara y se la trajese al momento.

La princesa Jiauhara vivia en el mismo sitio en que la habia hallado Beder; encontróla el oficial y luego estuvo de vuelta con ella y sus doncellas. El rey de Samandal abrazó á su hija. «Querida mia,» le dijo, «te he elegido un esposo; es el rey de Persia, que está presente, el monarca mas cabal de cuantos hay en el universo. Te ha preferido á todas las demás princesas y esto nos impone la obligacion de mostrarle nuestro reconocimiento.

—«Señor,» respondió la princesa Jiauhara, «ya sabe vuestra majestad que nunca he dejado de obedecer todo lo que ha exigido de mí. Estoy pronta á satisfacer sus deseos y vivo esperanzada de que el rey de Persia olvidará el despego con que le traté, y le conceptúo harto despejado para achacarlo todo únicamente á las circunstancias.»

Celebráronse los desposorios en el palacio de la ciudad de los Encantos, con tanta mayor solemnidad, cuanto habiendo recobrado su primitiva forma todos los amantes de la reina maga, desde el momento en que esta habia dejado de existir, habian venido á dar las gracias al rey de Persia, á la reina Gulnara y al rey Saleh, y asistieron tambien á la fiesta. Eran todos hijos de reyes ó de alta jerarquía.

Condujo el rey Saleh al de Samandal á su reino y lo repuso en posesion de sus estados. El rey de Persia, viendo cumplidos sus deseos, regresó á su capital con la reina Jiauhara, su madre, la reina Farascha y las princesas, y estas últimas permanecieron en su compañía hasta que vino á buscarlas el rey Saleh para conducir las á su reino en el fondo del mar.



HISTORIA DEL PRÍNCIPE ZEIN-ALASNAM Y DEL REY DE LOS JENIOS.

Hubo en otro tiempo un rey en Balsora que poseia inmensas riquezas, y estaba muy bien quisto con los súbditos; pero carecia de hijos, con lo cual adolecia de sumo desconsuelo. Hizo cuantiosos presentes á los devotos de sus dominios, á fin de que rogasen al cielo en demanda de su anhelado logro, y sus oraciones no quedaron desoidas, pues la reina se puso embarazada, y dió felizmente á luz un hijo, que se llamó Zeyn Alasnam, esto es, el adorno de las estatuas.

Juntó el rey á todos los astrólogos de su reino y les mandó que formasen el horóscopo del niño. El resultado de sus observaciones fué que viviría bastante, que sería animoso; pero que necesitaria valor para sobrellevar con entereza las desventuras que le estaban ya amenazando. Esta prediccion no desagradó al rey. «Mi hijo,» decia, «no es de compadecer, puesto que será animoso. Conviene que los príncipes se vayan fortaleciendo con tal cual contratiempo, pues la adversidad acrisola su virtud, y así aprenden mejor á reinar.»

Gratificó á los astrólogos y los despidió. Hizo que educasen á Zeyn con todo el esmero posible, y cuando se halló en edad de estudiar con provecho, le proporcionó maestros consumados que le instruyesen. En fin se desvelaba por que fuese un príncipe aventajado, cuando de repente cayó enfermo este buen rey, y los médicos no acertaron á curarlo. Viéndose asomado al sepulcro, llamó á su hijo, y entre otros encargos, le recomendó que procurase siempre que su pueblo mas bien le amase que le temiese, que no diese oídos á los aduladores, y que fuese muy mirado, tanto en los premios como en los castigos, pues á menudo sucedia que seducidos los reyes con vistosas apariencias, colmaban de beneficios á los malvados y atropellaban al inocente.

Así que murió el rey, Zeyn vistió el luto durante siete dias, y al octavo subió al trono, quitó del tesoro real el sello de su padre para poner el suyo, y empezó á disfrutar el embeleso del mando. La satisfaccion de ver á los palaciegos doblarle la rodilla y procurar por todos los medios demostrarle su obediencia y su afán, en una palabra, la potestad soberana, tuvo para él escesiva trascendencia. Se engolosinó con cuanto los súbditos le debian, desentendiéndose de lo mucho que por su parte les estaba debiendo. Así que, ajeno de esmerarse en su propio desempeño, se encenagó en toda clase de excesos con algunos jóvenes libertinos, á quienes revistió con los primeros cargos del estado. Ya no conoció límites. Como era naturalmente pródigo, dió rienda suelta á sus dádivas, y así agotó á ciegas sus tesoros en ramerías y privados.

Aun vivia su madre, la reina, que era de suyo atinada y sensata. Habia tratado varias veces, aunque sin fruto, de que su hijo diese de mano aquella vida desenfrenada, haciéndole ver que si no mudaba de conducta, no solo disiparia todas sus riquezas, sino que se acarrearía la aversion de los súbditos y promovería una revolucion que quizá le costase la corona y aun la vida. Poco faltó para que sucediese lo que habia predicho: el pueblo empezó á murmurar contra el gobierno, y á esto infaliblemente hubiera seguido una sublevacion jeneral, á no ser por la prevision de la reina; pues enterada del estado de los negocios, avisó al rey, quien al fin se dejó persuadir y confió el ministerio á ancianos prudentes que acertaron á conjurar la tormenta.

Viendo Zeyn apuradas todas sus riquezas, se arrepintió de no haberlas empleado mejor. Apoderósele una melancolía tan profunda, que nada alcanzaba á distraerle. Una noche en sueños, vió á un anciano venerable que se

adelantaba hácia él, y con semblante risueño le dijo : « ¡ Oh Zeyn ! sábeta que no hay pesar á que no siga la alegría , y tras la desventura asoma la felicidad. Si quieres poner término á tu desconsuelo , levántate , marcha al Egipto, llega hasta el Cairo, y allí te está esperando una fortuna imponderable.»



Despertóse el príncipe con la fantasía empapada en aquel sueño, y se lo refirió á su madre, quien se echó á reir al oírle hablar tan formalmente. « ¿ Quieres, hijo mio , » le dijo, « emprender el viaje á Egipto en virtud de esa ilusion halagüeña ? — ¿ Y por qué no, señora ? » respondió Zeyn. « ¿ Pensais que todos los sueños son quiméricos ? No , no , tambien los hay misteriosos. Mis maestros me han referido mil anécdotas sobre el particular. Además , aunque no estuviese convencido de su realidad, no podria menos de darle crédito. El anciano que se me apareció tenia allá visos de sobrenatural. No era una de aquellas personas á quienes la edad hace respetables , sino que todo él estaba como exhalando un ambiente de divinidad. En fin , era tal cual nos representan á nuestro gran profeta, y á deciros verdad , creo sea él mismo , que, condolido de mis padecimientos, quiere aliviarlos. Me fundo en la confianza que ha sabido infundirme. Abrigo acá grandiosas esperanzas, y he resuelto seguir su consejo. » En vano trató la reina de apearle de aquel intento desvariado. El príncipe le entregó el manejo del reino, salió de palacio reservadamente de noche y tomó el camino del Cairo sin querer que nadie le acompañase.

Tras muchos afanes y fatigas, llegó por fin á aquella decantada ciudad ,

que cuenta pocas competidoras en el mundo, ya por su estension como por su hermosura. Apeóse á la puerta de una mezquita, donde sintiéndose rendido de cansancio, se tendió á lo largo. A poco de haberse dormido, volvió á ver al anciano que le dijo: «Hijo mio, estoy satisfecho de ti, has dado crédito á mis palabras y has venido hasta aquí sin que te hayan arredrado ni la distancia ni el cansancio del viaje; pero solo te hice emprender esta peregrinacion con ánimo de experimentarte. Veo que tienes aliento, y mereces que te haga el príncipe mas rico y mas dichoso de la tierra. Vuelve á Balsora, encontrarás en tu palacio inmensas riquezas: jamás rey alguno las poseyó en tanto número.»

No quedó muy satisfecho el príncipe de este sueño. «¡Cuán grande era mi ceguedad!» susurró al despertarse. «Aquel anciano á quien conceptuaba yo el mismo gran profeta, no es mas que parto de mi acalorada fantasía. Tenia la imaginacion tan embargada, que no es estraño que haya vuelto á soñar por segunda vez. Volvamos á Balsora. ¿Qué haria aquí? Por dicha, nadie mas que mi madre sabe el objeto de mi viaje, si no, vendria á ser pábulo de la risa de mis súbditos, si llegasen á saberlo.»

Tomó el camino de vuelta á su reino, y á su llegada le preguntó la reina si volvía contento. Refirióle todo lo que le habia sucedido y dió tales muestras del sentimiento que tenia en haber sido tan sobradamente crédulo, que la reina, en vez de acibarar su pesadumbre chanceándose, trató de consolarle diciéndole: «Deja de abatirte, hijo mio; si Dios quiere que poseas riquezas, las adquierirás sin trabajo. No te atormentes; lo que te recomiendo es que seas virtuoso. Renuncia para siempre á las delicias del baile, á los escándalos y al vino purpurado. Huye de los deleites, que han estado á punto de perderte. Dedicatè á gobernar bien y á labrar la felicidad de tus súbditos, con lo cual afianzarás la tuya.»

El príncipe Zeyn juró que en lo sucesivo seguiria los consejos de su madre y los de los sabios visires que le habia elejido para ayudarle á sobrellevar el peso del gobierno; pero la primera noche, vió en sueños por tercera vez al anciano, que le dijo: «¡O animoso Zeyn! ha llegado por fin la época de tu prosperidad. Por la mañana cuando te levantes, toma un azadon y cava en el gabinete de tu difunto padre y hallarás un gran tesoro.»

No bien despierta el príncipe, cuando corre al aposento de su madre y le refiere con afan el nuevo sueño que habia tenido. «En verdad, hijo mio,» le dijo la reina sonriéndose, «he aquí un anciano bien porfiado, aun no se da por satisfecho con haberte engañado ya dos veces. ¿Y aun tratas de confiar en él?—No, señora,» respondió Zeyn, «no doy fe á lo que me ha dicho; mas quiero, por via de recreo, registrar el aposento de mi padre.—¡Oh! ya me lo figuraba,» dijo la reina soltando una carcajada, «vete, hijo mio, desengáñate. Me sirve de consuelo el ver que ese no es negocio tan arduo como el viaje á Egipto.

—«Pues bien, señora,» respondió el rey, «es preciso que os lo confie-

se, este tercer sueño me tiene muy esperanzado. Se da la mano con los otros dos; porque en fin examinemos las espresiones del anciano; me mandó que fuese á Egipto, allí me dijo que aquel viaje habia sido solo por via de experimento. Luego me dijo: vuelve á Balsora, allí es donde debes hallar inmensos tesoros. Esta noche me puntualiza el paraje en donde están, me parece que estos tres sueños van muy hermanados, que no encierran nada de equívoco, ni la menor circunstancia que pueda hacer titubear. A pesar de todo, pueden ser quiméricos; pero prefiero buscarlos en balde al tener que echarme en cara toda la vida el no haber poseído riquezas inmensas por no dar crédito á estas revelaciones. »



Al pronunciar estas palabras, salió del aposento de la reina, y tomando un azadon, se encaminó á solas al gabinete del difunto rey. Púsose á trabajar, y levantó mas de la mitad de las losas del piso sin ver la menor señal de tesoro. Descansó un rato y decia para consigo: «Me temo que mi madre no tenga motivo de burlarse de mí.» Sin embargo cobró ánimo y continuó su trabajo, del que no tuvo motivo de arrepentirse, pues á poco descubrió una pie-

dra blanca que levantó, y debajo una puerta con un candado de acero. Rompiólo con el azadon y abrió la puerta, que daba paso á una escalera de mármol blanco. Tomó una bujía encendida y bajó por la escalera á un aposento realzado con porcelana de la China y las paredes y techo de cristal ; pero lo que llamó mas su atencion fué el ver cuatro tarimas, sobre cada una de las cuales habia diez urnas de pórfido. Imaginóse que estaban llenas de vino. «Bien,» dijo para consigo, «este vino debe de ser muy añejo, y así no puede menos de ser escelente.» Se acercó á una de las urnas, le quitó la tapa y vió con tanta estrañeza como alegría que estaban llenas de monedas de oro. Visitó las cuarenta una tras otra, y halló que todas estaban llenas de zequés. Cojió un puñado y fué á enseñárselos á la reina.

Atónita aquella princesa al oir la relacion que le hizo el rey, «¡O hijo mio!» exclamó, «guárdate de disipar locamente esas riquezas como ya lo has hecho con el tesoro real. Que no tengan tus enemigos motivo para denigrarte.—No, señora,» respondió Zeyn, «de hoy en adelante viviré de modo que os cause contento.»

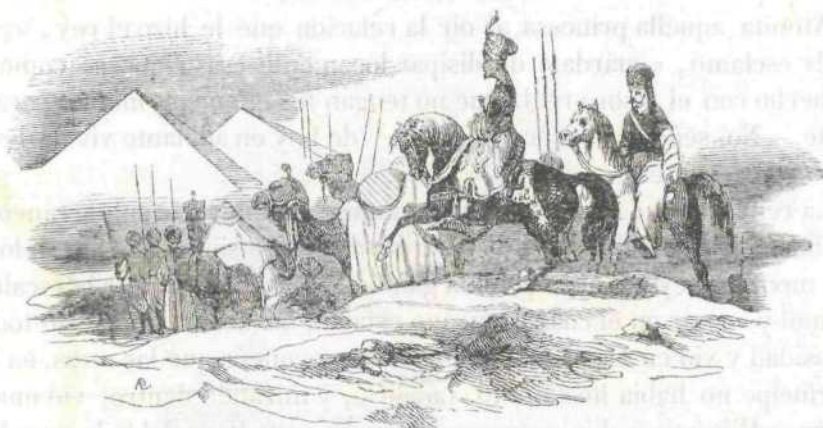
La reina pidió á su hijo que la condujese al admirable subterráneo, que su difunto esposo habia hecho construir con tanto sijilo, que nunca lo habia oido mentar. Zeyn la acompañó al gabinete, la ayudó á bajar la escalera de mármol y entrar en el cuarto en que estaban las urnas. Registrólo todo con curiosidad y vió en un rincon una urna mas pequeña que las otras, en la que el príncipe no habia hecho alto. La abrió, y mirando dentro, vió una llave de oro. «Hijo mio,» dijo entónces la reina, «esta llave debe de guardar algun nuevo tesoro. Busquemos por todas partes, á ver si encontramos la cerradura á que debe pertenecer.»

Escudriñaron el aposento con sumo ahinco, y al fin encontraron la cerradura en la pared. Habiendo el rey probado la llave, se abrió una puerta que daba paso á otro aposento, en medio del cual vieron nueve pedestales de oro macizo, y sobre ocho de ellos otras tantas estátuas de un solo diamante, que despedian tal claridad que el aposento estaba alumbrado.

«¡Oh cielos!» exclamó Zeyn asombrado, «¿de dónde ha sacado mi padre preciosidades tan peregrinas?» El noveno pedestal redobló su pasmo porque habia encima una pieza de raso blanco en que estaban escritas estas palabras: «Mi querido hijo, mucho trabajo me ha costado el adquirir estas ocho estátuas; pero á pesar de su hermosura y valor, hay una novena en el mundo que las aventaja. Ella sola vale mas que mil de las que estás viendo. Si deseas poseerla, vete á la ciudad del Cairo, en Egipto; allí vive uno de mis antiguos esclavos llamado Mobarec; no te costará trabajo el hallarle: la primera persona que encuentres te enseñará su casa. Vete á verlo, cuéntale todo lo que te ha sucedido; te reconocerá por hijo mio y te acompañará hasta el lugar en que está aquella maravillosa estátua, que conseguirás con la ayuda de Dios.»

El príncipe, despues de haber leído estas palabras, dijo á la reina: «Quie-

ro poseer esta novena estatua. Preciso es que sea una alhaja sobrehumana para que todas estas reunidas no la igualen. Voy á partir para el gran Cairo. ¿No creo, señora, que os opongais á mi resolucion?—No, hijo mio,» respondió la reina, «no intento contrarestar ese afan. Sin duda estás bajo la proteccion de nuestro gran profeta, quien no consentirá que te suceda ningun desman. Parte cuando gustes. Tus visires y yo gobernaremos tus estados durante tu ausencia.» Mandó el príncipe disponer su equipaje, pero no quiso llevar consigo mas que un corto número de esclavos.



Llegó al Cairo sin tropiezo alguno, y preguntó por Mobarec. Le dijeron que era uno de los ciudadanos mas acomodados de la ciudad, que vivia como un gran señor, y que su casa estaba siempre abierta, particularmente para los extranjeros. Zeyn hizo que le acompañasen y llamó á la puerta. Salió un esclavo á abrir y le dijo: «¿Qué deseais y quién sois?—Soy extranjero,» le respondió el príncipe, «he oido ponderar la jenerosidad del señor Mobarec, y vengo á hospedarme en su casa.» Rogó el esclavo á Zeyn que esperase un momento, y entró á ver á su amo, quien le mandó que hiciese pasar adelante al extranjero. Volvió el esclavo y le dijo que era bien venido.

Entónces Zeyn entró, atravesó un gran patio y se halló en una sala magníficamente adornada, en donde Mobarec le estaba ya esperando, y le recibió con sumo agrado, dándole las gracias por el honor que le hacia hospedándose en su albergue. Habiendo el príncipe correspondido á este cumplimiento, le dijo: «Soy el hijo del difunto rey de Balsora y me llamo Zeyn Alasman.—Ese rey,» respondió Mobarec, «fué en otro tiempo mi amo; pero señor, no le he conocido ningun hijo. ¿Qué edad teneis?—Tengo veinte años,» replicó el príncipe. ¿Cuántos hace que faltais del lado de mi padre?—

Hace ya veinte y dos. ¿Pero cómo me persuadiréis que sois su hijo.—Mi padre tenia debajo de su gabinete un subterráneo en el que he hallado cuarenta urnas de pórvido llenas de oro.—¿Y qué mas hay?—Nueve pedestales de oro macizo, sobre ocho de los cuales hay otras tantas estátuas de diamante, y en el noveno una pieza de raso blanco en la que mi padre escribió lo que debo hacer para adquirir una nueva estátua, mas preciosa que las otras juntas. Sabeis el lugar en que está esa estátua, porque en el raso dice que vos me acompañaréis.»



Apenas hubo pronunciado estas palabras cuando Mobarec se arrojó á sus piés y le besó repetidas veces una de sus manos. «Doy gracias al cielo,» exclamó, «de haberos traído aquí. Os reconozco por el hijo del rey de Balsora. Si quereis ir al lugar en que está la estátua maravillosa, yo os acompañaré; pero es preciso que antes descanséis aquí algunos días. Hoy doy un banquete á los prohombres del Cairo. Estábamos á la mesa cuando han venido á anunciarme vuestra llegada. ¿Os dignaréis, señor, acompañarnos?—Sí,» respondió Zeyn, «gran satisfaccion me cabrá en participar de vuestro banquete.» Entónces Mobarec le introdujo en un salon en que estaba la concurrencia. Sentóse á la mesa y empezó á servirle de rodillas. Los grandes del Cairo asombrados se decian unos á otros al oído: «¿Quién será ese extranjero á quien Mobarec sirve con tanto acatamiento?»

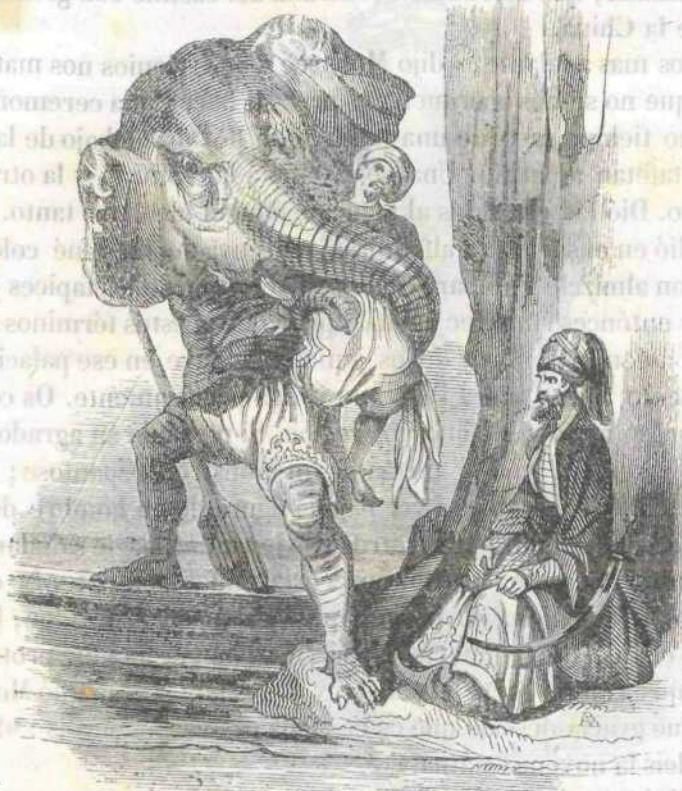
Cuando se hubo terminado la comida, Mobarec tomó la palabra. «Grandes del Cairo,» les dijo, «no estrañéis haberme visto servir de aquel modo á este jóven extranjero. Es el hijo del rey de Balsora, mi amo. Su padre me compró con su dinero, murió sin darme libertad; por consiguiente aun soy esclavo y todos mis bienes pertenecen de derecho á este jóven príncipe, su único heredero.» Zeyn le interrumpió en este punto: «¡Oh Mobarec!» le dijo, «declaro delante de todos estos señores que desde este instante sois libre, y que separo de mis bienes vuestra persona y todo lo que poseéis. Además, ved lo que deseáis que os conceda.» Mobarec besó la tierra en prueba de agradecimiento y le dió las gracias. Trajeron el vino y pasaron el resto del día brindando, y á la noche se distribuyeron á los convidados los regalos de costumbre y se retiraron.

A la mañana siguiente, Zeyn dijo á Mobarec: «Ya he descansado bastante. No he venido al Cairo para entregarme á los placeres. Mi ánimo es poseer la novena estatua; tiempo es ya que partamos para ir á conquistarla. —Señor,» respondió Mobarec, «estoy pronto á acompañaros; pero no conocéis todos los peligros que vais á correr en esta importantísima conquista. —Cualesquiera que sean,» replicó el príncipe, «estoy en ademan de arros-trarlos. La conseguiré ó pereceré en la empresa. Cuanto sucede es emanación del Altísimo; por consiguiente, acompañadme únicamente, y así vuestro ánimo se iguale con el mio.»

Viéndole Mobarec determinado á marchar, llamó á sus criados y les dijo que todo lo tuviesen corriente. Luego el príncipe y él hicieron la ablucion y la oracion de precepto llamada Farz, y se pusieron en camino. En el tránsito observaron una infinidad de estrañezas á cual mas maravillosa. Caminaron durante algunos días y al cabo llegaron á un sitio delicioso en donde echaron pié á tierra. Entónces Mobarec dijo á los criados que los acompañaban: «Permaneced en este sitio y cuidad con esmero el equipaje hasta nuestro regreso.» Y encarándose con Zeyn, «Vamos, Señor, adelantémonos solos. Ya estamos cerca del lugar terrible en que está guardada la novena estatua. Aquí necesitáis armaros de todo vuestro valor.

Pronto llegaron á la orilla de un lago; sentóse Mobarec en el suelo y le dijo al príncipe: «Es preciso que pasemos este mar. —¿Y cómo lo haremos,» respondió Zeyn, «si no tenemos bajel? —No tardaréis en ver comparecer uno,» respondió Mobarec. «El barquichuelo encantado del rey de los jenios vendrá á buscarnos; pero no os olvideis de lo que os voy á decir: es menester que guardéis un profundo silencio, y no digáis nada al barquero. Por estraña que os parezca su figura y por mas que noteis particularidades estraordinarias, no digáis nada, pues os advierto que si decis una sola palabra en tanto que estemos embarcados, la barca se sumérjirá en las aguas. —Os prometo que no despegaré los labios,» dijo el príncipe, «no teneis mas que decirme lo que debo hacer y lo cumpliré por ápices.»

Hablando así, vió en el lago un barquichuelo de sándalo encarnado, con un mástil de ámbar fino y una banderola de raso azul. Dentro no habia mas que un barquero, cuya cabeza se parecia á la de un elefante y su cuerpo tenia la forma de un tigre. Acercóse el barco al príncipe y á Mobarec, y tomán-



dolos el barquero con la trompa, uno tras otro los colocó á bordo. Atravesó el lago con indecible rapidez, y depositándolos en la otra orilla, desapareció.

«Ahora ya podemos hablar,» dijo Mobarec. «La isla en que nos hallamos es la del rey de los jenios. No hay otra que se le parezca en todo el orbe. Mirad á todas partes; ¿cabe por ventura sitio mas peregrino? Sin duda es la copia fiel de aquel que Dios destina á los observantes de nuestra ley. Ved los campos esmaltados de flores y de toda especie de yerbas olorosas; contemplad estos hermosos árboles cuyas ramas se doblagan hasta el suelo bajo el peso de sus frutas deliciosas; escuchad los armoniosos coros que van formando por los aires ese sinnúmero de pájaros de mil especies desconocidas en los demás países.» Zeyn no se hartaba de ensalzar la hermosura y novedad de tantísimos primores como le estaban cercando, con otros muchos que se le iban apareciendo al internarse por la isla.

Al fin llegaron ante un palacio de finas esmeraldas, rodeado de un foso, en cuya orilla de trecho en trecho habia plantados árboles tan altos, que daban sombra á todo el palacio. Al frente de la puerta, que era de oro macizo, habia un puente de una sola concha de pescado, que tenia seis toesas de largo y tres de ancho. A la cabeza del puente habia una guardia de jenios de estatura descompasada, que defendian la entrada del castillo con gruesas clavas de acero de la China.

«No vayamos mas adelante,» dijo Mobarec, «esos jenios nos matarian; y si queremos que no se nos acerquen, es preciso hacer una ceremonia mágica.» Al mismo tiempo sacó de una bolsa, que llevaba debajo de la ropa, cuatro tiras de tafetan amarillo. Una se la ciñó á la cintura, y la otra se la terció al hombro. Dió las otras dos al príncipe, quien hizo otro tanto. Luego Mobarec estendió en el suelo dos alfombras, en cuyas orillas fué colocando algunas joyas con almizcle y ámbar. Sentóse sobre uno de los tapices y Zeyn sobre el otro, y entónces Mobarec habló al príncipe en estos términos: «Señor, ahora voy á conjurar al rey de los jenios que vive en ese palacio, para que se presente aquí. Quiera Dios que venga pacíficamente. Os confieso que estoy zozobroso hasta ver cómo nos recibe. Si no es de su agrado nuestra venida, se presentará bajo la forma de un monstruo espantoso; pero si aprueba vuestro intento, se dejará ver bajo la figura de un hombre de buen aspecto. Así que esté delante de nosotros, os levantaréis y le saludaréis sin salir de la alfombra, pues de hacerlo, pereceriais infaliblemente. Le diréis: «Soberano amo de los jenios, mi padre, que era vuestro servidor, ha sido arrebatado por el ángel de la muerte. Ojalá vuestra majestad me proteja como lo hizo siempre con mi padre.» Y si el rey de los jenios,» añadió Mobarec, «os pregunta qué gracia deseais que os conceda, le responderéis: «Señor, os suplico me deis la novena estatua.»

Luego que Mobarec dejó enterado al príncipe, empezó á hacer sus conjuros. Al punto quedaron deslumbrados con un relámpago, que fué seguido de un trueno, la isla quedó en tinieblas, se levantó un viento furioso y oyeron un grito tremendo. La tierra se estremeció, del mismo modo que Asráfyel debe hacerla temblar el día del juicio final.

Zeyn se sintió conmovido y tuvo á malísimo agüero aquel estruendo; pero Mobarec, que sabia lo que significaba, se sonrió y le dijo: «No os asustéis, príncipe, todo va bien.» Efectivamente, presentóse el rey de los jenios bajo la figura de un galan mozo, aunque su ademan tenia visos de enojo.

Así que Zeyn lo vió, le hizo el cumplimiento que le habia encargado Mobarec. El rey de los jenios sonriéndose le contestó: «¡Oh hijo mio! amaba á tu padre, y cada vez que venia á visitarme, le regalaba una estatua. No te amo á ti menos. Yo fui el que induje á tu padre, algunos dias antes de su muerte, á que escribiese lo que has leído en la pieza de raso blanco. Prométele que te abrigaria con mi amparo, y que te daria la novena estatua que se

aventaja á las que has visto. Ya he empezado á cumplir mi palabra. Me presenté á ti en sueños bajo la forma de un anciano y te descubrí el subterráneo en que están las urnas y las estatuas. He tomado mucha parte en todo lo que te ha sucedido, ó mas bien soy el que lo ha causado todo. Sé lo que te trae aquí



y verás cumplidos tus deseos. Aun cuando no lo hubiese prometido á tu padre, te lo hubiera concedido gustoso. Pero antes es menester que me jures, por cuanto hay mas sagrado, que volverás á esta isla, y que me traerás una jóven de quince años, que no haya tenido trato alguno con ningun hombre ni deseado tenerlo. Es preciso que sea cabal en hermosura y que seas dueño de ti mismo para que al conducirla aquí no te incite el deseo de poseerla.»

Zeyn prestó el juramento temerario que se le requería. «Pero, señor,» dijo en seguida, «supongo que sea tan dichoso que halle una jóven que atesore todos esos atributos, ¿cómo conoceré que he dado con ella?—Confieso,» respondió el rey de los jenios sonriéndose, «que te engañarian las apariencias. Este conocimiento no está al alcance de los hijos de Adan. Tampoco trato de confiar en ti sobre este punto. Te daré un espejo que será mas infalible que tus conjeturas. Cuando veas una jóven de quince años, de hermosu-

ra sin peros, no tendrás mas que mirar el espejo; en él verás la imájen de la jóven. Si es casta, el espejo se mantendrá puro; pero si al contrario el espejo se empaña, prueba segura de que la jóven no es virtuosa ó al menos que ha deseado ocasion para dejar de serlo. No olvides pues el juramento que me has hecho. Cúmpelo como hombre de honor; pues de otro modo, te quitaria la vida, por mas amistad que te profese.» El príncipe Zeyn Alasnam protestó que cumpliría puntualísimamente su palabra.

Entónces el rey de los jenios le entregó el espejo, diciéndole: «Oh, hijo mio, puedes marcharte cuando gustes. Aquí tienes el espejo de que te has de valer.» Zeyn y Mobarec se despidieron del rey de los jenios y se encaminaron hácia el lago. El barquero con cabeza de elefante se presentó con su barca y los pasó del idéntico modo á la orilla opuesta. Juntáronse con la comitiva que los estaba esperando, y se volvieron al Cairo.

Descansó Zeyn en casa de Mobarec algunos dias y luego le dijo: «Partamos para Bagdad; vamos á buscar una jóven para el rey de los jenios.—¿Y no estamos en el gran Cairo?» respondió Mobarec «¿No encontraremos aquí tambien jóvenes hermosas?—Teneis razon,» respondió el príncipe; «¿pero de qué medio nos valdrémos para saber en dónde paran?—No os dé eso cuidado, señor,» respondió Mobarec. «Conozco á una anciana habili-



sima; le daré este encargo; creo que lo desempeñará satisfactoriamente.»

Efectivamente la vieja presentó al príncipe un gran número de lindas jóvenes de quince años; pero despues de haberlas contemplado, cuando miraba su espejo, la fatal piedra de toque de su virtud, el consabido espejo, se

empañaba siempre. Todas las jóvenes de la corte y del pueblo que se hallaban en sus quince fueron aguardando este exámen una tras otra, y jamás el espejo se conservó terso.

Cuando vieron que en el Cairo no podían encontrar muchachas virtuosas, partieron para Bagdad, en donde alquilaron un magnífico palacio en el mejor barrio de la ciudad. Desde luego empezaron á regalarse y tener siempre la mesa puesta, y cuando se habían satisfecho todos en el palacio, los restos los llevaban á los derviches, que de este modo vivían cual nunca gozosísimos.

Había en el barrio un imán llamado Bubekir Muezin. Era un hombre presumido y envidioso, que aborrecía á los ricos, solo porque él era pobre. Su escasez le indisponía contra la prosperidad de su prójimo. Oyó hablar de Zeyn Alasnam y de la abundancia en que vivía, y fué lo suficiente para que cobrase aversión al príncipe; tanto que un día en su mezquita, después del rezo de la tarde, dijo á sus oyentes: «¡Oh hermanos míos! he oído decir que en nuestro barrio vive un extranjero que todos los días gasta sumas inmensas. ¿Quién sabe? Quizá este desconocido es un pícaro que habrá robado en su país muchas riquezas y viene á disfrutarlas en esta ciudad. Cuidado, hermanos míos, si el califa llega á saber que en nuestro barrio hay un hombre de este jaez, quizá nos castigue por no haberle avisado. En cuanto á mí, me lavo las manos, y si llega á suceder algo, no será culpa mía.» El pueblo, que se deja seducir fácilmente, le contestó á voces: «Eso os atañe á vos, doctor. Ponedlo en conocimiento del consejo.» Entónces el imán, satisfecho, se retiró á su casa y se puso á componer una denuncia, con ánimo de presentarla al día siguiente al califa.

Mobarec, que había asistido al rezo y que había oído como los demás las espresiones del doctor, puso en un pañuelo quinientos zequines de oro é hizo un paquete de diferentes telas de seda y se dirigió á casa de Bubekir. Preguntóle el imán lo que quería con agrio desentono. «¡Oh doctor!» le respondió Mobarec con voz suave entregándole el oro y las telas, «soy vuestro vecino y servidor. Vengo de parte del príncipe Zeyn, que vive en este barrio. Ha oído hablar de vuestro mérito y me ha encargado que venga á deciros que desea contraer relaciones con vos. Entretanto os ruega que aceptéis esta corta espresión.» Bubekir, enajenado de gozo, le contestó: «Tened á bien, señor, discúlpame con el príncipe. Me avergüenzo de no haberle ido á ver todavía; pero mañana procuraré desagraviarle yendo personalmente á tributarle mi acatamiento.»

Con efecto, al día siguiente después del rezo de la mañana, dijo al pueblo: «Sabed, hermanos míos, que no hay ninguno que no tenga sus enemigos. La envidia se ceba principalmente en los que poseen grandes riquezas. El extranjero de que os hablé ayer no es ningún malvado como algunos mal intencionados me lo habían dado á entender. Es un jóven príncipe que ate-

sora esquisitas prendas. Por consiguiente no debemos dar ningun mal informe de él al califa.»

Estas espresiones de Bubekir fueron suficientes para borrar el concepto siniestro que el pueblo podia haber formado de Zeyn por las otras que el iman habia proferido la tarde anterior. Cuando llegó á casa, se puso su traje de ceremonia y fué á visitar al príncipe, que le recibió muy afablemente. Terminados los cumplimientos de costumbre por una y otra parte, Bubekir dijo al príncipe: « Señor, ¿pensais permanecer mucho tiempo en Bagdad? — Nada mas que el preciso, » respondió Zeyn, « para hallar una jóven de quince años que sea perfectamente hermosa, y tan casta que no haya tenido trato con ningun hombre ni deseado tenerlo. — Buscais una preciosidad muy escasa, » replicó el iman, « temeria que vuestras pesquisas fuesen infructuosas, si no conociese á una jóven de ese jaez. Su padre fué en otro tiempo visir, pero ha dejado la corte y hace tiempo que vive en una casa aislada, en donde se dedica vinculadamente á la educacion de su hija. Si quereis, voy á pe-



dírsela para vos. No dudo que se alegrará infinito de tener un yerno de tan encumbrada cuna. — No hay que atropellarnos, » repuso el príncipe. « No me casaré con esa jóven hasta saber si me cuadra. En cuanto á su hermosu-

ra, puedo fiarme de vos; pero en cuanto á su virtud, ¿qué resguardo podeis aprontarme? — ¿Y cuál es la fianza que apeteceis?» dijo Bublikir. — «Es preciso que la vea cara á cara,» dijo Zeyn, «no necesito mas para determinarme. — Sois pues gran deslindador de fisonomías,» respondió el iman sonriéndose. «Pues bien, venid conmigo á casa de su padre; le rogaré que os la deje ver en su presencia.»

Muezin condujo al príncipe á casa del visir, quien, apenas supo la alcurnia é intentos de Zeyn, mandó llamar á su hija y le dijo que se quitase el velo. Jamás el rey de Balsora habia visto hermosura mas cabal. Quedóse estático, y cuando pudo hacer la prueba de si era tan casta como hermosa, sacó su espejo, el que no se empañó en lo mas mínimo.

Cuando vió que al fin habia hallado la preciosa alhaja que andaba buscando, rogó al visir que se la concediese por esposa. Enviaron inmediatamente en busca de un cadí, y despues de estendido el contrato, rezaron la oracion del matrimonio. Terminada la ceremonia, Zeyn condujo á su casa al visir, y le obsequió espléndidamente y le hizo regalos de consideracion. Envió á la desposada gran porcion de joyas por Mobarec, quien la acompañó al palacio del príncipe, en el que se celebraron las bodas con toda la pompa que correspondia á la jerarquía de Zeyn. Cuando todos se hubieron retirado, Mobarec dijo á su amo: «Vamos, señor, no permanezcamos por mas tiempo en Bagdad. Volvamos á tomar el camino del Cairo. Acordaos de la palabra que disteis al rey de los jenios. — Partamos,» respondió el príncipe, «forzoso se hace el cumplirla fielmente. Con todo, os confieso, mi querido Mobarec, que se me hace muy cuesta arriba esta obediencia al rey de los jenios. Es tan hechicera esta jóven con quien acabo de desposarme, que tengo ganas de llevármela á Balsora para colocarla en el trono. — ¡Ah! señor,» replicó Mobarec, «no caigais en esa tentacion, enfrenad vuestros impulsos, y por mucho que os cueste, cumplid vuestro juramento. — Pues bien, Mobarec,» le dijo el príncipe, «haced de modo que no vuelva á ver á esa jóven tan amable. Quizá ya la he visto mas de lo que debiera.»

Mobarec mandó hacer los preparativos del viaje: llegaron al Cairo, y sin detenerse tomaron el rumbo de la isla del rey de los jenios. Cuando llegaron, la jóven, que habia hecho el viaje en litera y que el príncipe no habia vuelto á ver desde el dia de su casamiento, dijo á Mobarec: «¿En dónde nos hallamos? ¿Llegarémos pronto á los estados del príncipe, mi marido? — Señora,» respondió Mobarec, «ya es tiempo de desengañaros. El príncipe Zeyn no se ha casado con vos sino con el objeto de separaros de vuestro padre.

«No lo ha hecho con ánimo de haceros la soberana de Balsora, sino para entregaros al rey de los jenios que le pidió una jóven de vuestras circunstancias.» A estas palabras, se puso á llorar desconsoladamente, lo que conmovió al príncipe y á Mobarec. «Compadeceos de mí,» les decia. «Soy una estrangera. Responderéis ante Dios de este engaño.»

Sus lágrimas y lamentos fueron en balde. Presentáronla al rey de los jennios, quien, despues de mirarla atentamente, dijo á Zeyn: «Príncipe, estoy satisfecho de vos. La jóven que me habeis traído es hermosa y casta y sé los conatos que habeis estremado para cumplir vuestra palabra. Volved á vuestros estados, y cuando entreis en el cuarto subterráneo donde están las ocho estatuas, encontraréis la novena que os prometí. Voy á mandar á mis jennios que la lleven.» Zeyn dió gracias al rey, y tomó el camino del Cairo con Mobarec, en donde no se detuvo mucho. La impaciencia de ver la novena estatua le hizo atropellar su partida. No obstante, no se olvidaba de la jóven con quien se habia casado y se echaba en cara el haberla engañado, conceptuándose causador de su desgracia. «¡Ay de mí!» se decia interiormente, «la he arrebatado del lado de su padre para sacrificarla á un jenio. ¡Oh hermosura incomparable! mereciais mejor suerte.»

Embargado Zeyn en estas aprensiones, llegó á Balsora, y sus súbditos, gozosos con su regreso, se lo manifestaron por medio de regocijos. Se pre-



sentó al momento á la reina, su madre, para darle cuenta de su viaje, quien, ufana en extremo por haber logrado la novena estatua, le dijo: «Vamos, hijo mio, vamos á verla, pues sin duda alguna debe de estar en el subterrá-

neo, ya que el rey de los jénios te dijo que la encontrarías. «El rey y su madre, ansiosísimos de ver aquella estatua maravillosa, bajaron al subterráneo y entraron en el cuarto de las demás; pero ¡cuál fué su asombro cuando, en vez de una de diamante, vieron en el noveno pedestal una jóven sumamente hermosa y que el príncipe reconoció por ser la misma que habia entregado al rey de los jénios! «Príncipe,» le dijo la jóven, «estais estrañando sobremanera el verme aquí. Esperabais hallar alhaja de mas valor que yo; no dudo que en este momento os arrepintais de haber traído tantísimo afán en pos de galardón tan escaso. — No, señora,» respondió Zeyn, «el cielo me es testigo de que repetidas veces me vi al punto de quebrantar la palabra que habia dado al rey de los jénios para conservaros á mi lado. Por mucho que valga una estatua de diamante, no puede compararse con vuestra persona. Os amo mas que á todos los diamantes y riquezas del mundo.»

Al terminar estas palabras, se oyó un trueno que hizo temblar el subterráneo. La madre de Zeyn se estremeció; pero la presencia del rey de los jénios disipó su temor. «Señora,» le dijo, «protejo y amo á vuestro hijo. He querido experimentar si á su edad lograria enfrenar sus pasiones. Ya sé que el embeleso de esta jóven le tiene prendado y que no cumplió por puntos la palabra que habia dado de no desear su posesion; pero sobrado hecho cargo estoy de la fragilidad humana para ofenderme del intento, y alabo su continencia. He aquí la novena estatua que le tenia destinada; es mas escasa y preciosa que las demás. Vivid, Zeyn,» prosiguió encarándose con el príncipe, «vivid dichoso con esta jóven, que es vuestra esposa, y si quereis que se mantenga siempre pura y constante, amadla; pero amadla exclusivamente. Haced que no tenga competidora, y os respondo de su fidelidad.» El rey de los jénios desapareció, y Zeyn, gozosísimo de poseer la jóven, consumó su matrimonio aquel mismo dia y la hizo proclamar reina de Balsora; y entrambos esposos, siempre fieles y enamorados, pasaron juntos el resto de sus dias.

La sultana de las Indias, apenas hubo acabado la historia del príncipe Zeyn-Alasnam, pidió al sultan permiso para empezar otra. Concedióselo Chahriar; pero como empezaba á apuntar el dia, la princesa la dejó para la noche siguiente, en que dijo así:



HISTORIA DE CODADAC Y SUS HERMANOS.

Los que han escrito la historia del reino de Dyarbekir refieren que en la ciudad de Harran reinaba en otro tiempo un rey sabio y poderoso. Amaba á los súbditos, y estos le correspondian con igual cariño, pues era acreedor á ello por sus virtudes, y para ser colmadamente dichoso no le faltaba mas que tener un heredero. Aunque su serrallo estaba ya atesorando las beldades mas peregrinas del orbe, no habia podido tener en ellas hijo alguno. Rogaba continuamente al cielo que accediese á su peticion, y una noche, en tanto que estaba gozando de dulcísimo sosiego, un hombre de aspecto venerable, ó mas bien un profeta, se le apareció y le dijo: «Tus oraciones han sido atendidas; al fin has logrado lo que estabas ansiando. Tan pronto como te despiertes, levántate, ponte en oracion y haz dos jenuflexiones; luego ve-te á los jardines de tu palacio y manda al jardinero que te traiga una granada; come tantos granos como quieras y verás cumplidos tus deseos.»

Despertóse el rey y recordando aquel sueño, dió gracias al cielo. Se levantó, y despues de haber orado, hizo dos jenuflexiones, luego pasó á los jardines y comió cincuenta granos de granada. Tenia cincuenta mujeres que admitia alternativamente en su lecho, y todas ellas quedaron embarazadas; escepto una llamada Pirouze, cuyo embarazo no se manifestaba. Cobró el rey tanta aversion á esta dama que trató de quitarla de en medio. «Su esterilidad,» decia, «es prueba evidente de que el cielo no considera á Pirouze digna de ser madre de un príncipe. Preciso es que descargue al mundo de una persona odiosa al Señor.» Formó esta resolucíon cruel; pero su visir le

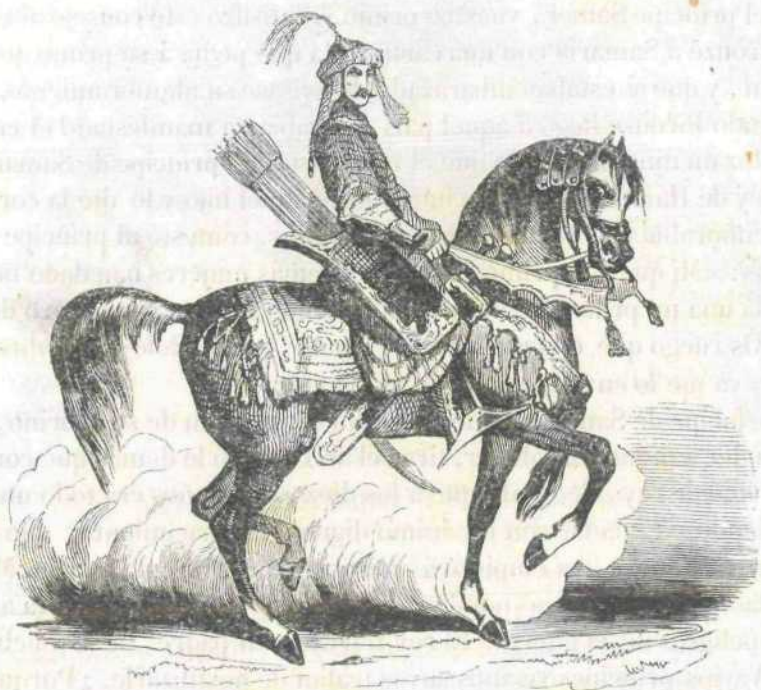
disuadió del intento, diciéndole que no todas las mujeres tenían un temperamento igual, y que no era del todo imposible que Pirouze estuviese embarazada, aunque no hubiese aun indicio alguno del caso. «Pues bien,» respondió el rey, «que viva; pero que salga inmediatamente de la capital, porque no la puedo ver.—Puede vuestra majestad enviarla,» replicó el visir, «á la corte del príncipe Samer, vuestro primo.» Satisfizo este consejo al rey y envió á Pirouze á Samaria con una carta en la que pedia á su primo que la tratase bien, y que si estaba embarazada, le avisase su alumbramiento.

Cuando Pirouze llegó á aquel país, se habia ya manifestado el embarazo y dió á luz un niño mas lindo que el mismo sol. El príncipe de Samaria notificó al rey de Harran el feliz nacimiento de aquel hijo y le dió la correspondiente enhorabuena. Alegre en extremo el rey, contestó al príncipe en estos términos: «Mi querido primo, todas mis demás mujeres han dado tambien á luz, cada una un príncipe, de modo que tengo aquí un sinnúmero de infantes. Os ruego que eduqueis al de Pirouze, poniéndole el nombre de Codadac, y ya me lo enviaréis cuando os lo avise.»

El príncipe de Samaria se desveló en la educacion de su sobrino, y le hizo aprender á montar á caballo, tirar el arco y todo lo demás que corresponde á un hijo de rey, de modo que á los diez y ocho años era todo un portento. Sintiéndose Codadac con un ánimo digno de su nacimiento, dijo un dia á su madre: «Señora, ya empiezo á cansarme de estar en Samaria. Me siento sumo afan por granjearme nombradía; así permitidme que vaya á ganarla con los peligros de la guerra. El rey Harran, mi padre, tiene muchos enemigos. Varios príncipes vecinos suyos tratan de hostilizarle. ¿Porqué no me llama á su lado? ¿Porqué me deja por mas tiempo en clase de niño? ¿No debería estar ya en su corte? Mientras que mis hermanos tienen la dicha de pelear á su lado, ¿debo yo permanecer aquí en la ociosidad?—Hijo mio,» le respondió Pirouze, «no deseo menos que tú el verte sobresalir. Quisiera que ya te hubieses señalado contra los enemigos de tu padre, pero hay que esperar á que te lo mande.—No, señora,» replicó Codadac, «harto lo tengo ya esperado. Me desvivo por conocer al rey y tengo ánimo de irle á ofrecer mis servicios como un jóven desconocido. Sin duda los aceptará y no me dará á conocer hasta haberme afamado con mi denuedo. Quiero merecer su aprecio antes que me conozca.» Aprobó Pirouze tan jenerosa determinacion, y temeroso de que el príncipe Samer se opusiese al intento, Codadac salió de Samaria, sin decirle nada, con pretesto de ir á caza.

Montaba un caballo blanquísimo con una brida y bocado de oro, una silla con una mantilla de raso azul salpicada de perlas. Llevaba un sable, cuyo puño era de un solo diamante, y la vaina era de madera de sándalo embutida de esmeraldas y rubíes, y á sus espaldas el arco y carcaj. Con aquel arreo, muy realzado por su gallarda jentileza, llegó á la ciudad de Harran. Pronto tuvo ocasion de presentarse al rey, quien, propenso desde luego á tan suma bizar-

ría, ó quizá por la fuerza de la sangre, lo acogió con agrado y le preguntó su nombre y jerarquía. «Señor,» respondió Codadac, «soy hijo de un emir del Cairo. Salí de mi patria con el afán de ver mundo, y como he sabido, al pa-



sar por vuestros estados, que estabais en guerra con algunos vecinos, vengo á vuestra corte á ofreceros mi persona.» El rey se desvivió en agasajos, y lo empleó en sus ejércitos.

No tardó aquel jóven príncipe en darse á conocer por su valor. Granjeóse el aprecio de los oficiales y fué el asombro de la soldadesca, y como su talento igualaba á su valor, el rey le cobró tal aprecio que no tardó en ser su privado. Todos los dias los ministros y demás cortesanos acudian á visitar á Codadac y ansiaban con tanto abinco su amistad como se desentendian de todos los demás hijos del rey. No pudieron estos verlo sin sentimiento y se enconaron contra el extranjero. No obstante el rey le amaba cada dia mas y mas, dándole repetidas pruebas de su afecto. Continuamente lo tenia á su lado; admiraba su talento y sensatez, y para probarle el grado de confianza que en él tenia, le encargó el mando sobre los demás príncipes, aunque él era de su misma edad; de modo que paró Codadac en ayo de sus hermanos.

Esto no hizo mas que fomentarles el rencor: «¡Cómo,» decian, «el rey no se contenta con preferir ese advenedizo, sino que nos pone bajo su tute-

la! Esto no debemos tolerarlo. Es menester quitar de en medio al extranjero. —No tenemos mas que cojerle entre todos,» decia uno, «y que fenezca bajo nuestros golpes.—No, no,» contestaba otro, «no nos tiene cuenta el asesinarlo nosotros mismos. Esto nos haria odiosos á los ojos del rey, quien en castigo nos declararia indignos de sucederle. Podemos perderle de otro modo. Pidámosle permiso para ir á cazar, y cuando nos hayamos alejado de casa, tomaremos el camino de alguna aldea, á donde iremos á pasar algunos dias. Estrañará el rey nuestra ausencia, quien no viéndonos volver, perderá la paciencia y quizá mande matar al extranjero. Al menos le desterrará de la corte por habernos dado permiso para alejarnos de palacio.»

Todos los príncipes aprobaron este ardid. Van á ver á Codadac y le piden permiso para ir de caza, prometiéndole que volverán el mismo dia. El hijo de Pironze dió en el lazo y les concedió el permiso que deseaban. Partieron, pero no regresaron. Habia ya tres dias que se habian ausentado cuando el rey dijo á Codadac: «¿En dónde están mis hijos, que hace tiempo que no los veo? —Señor,» respondió haciendo un rendido acatamiento, «hace ya tres dias que han ido de caza, con todo me habian prometido volver antes.» El rey se mostró impaciente, y su zozobra fué en aumento cuando al dia siguiente no comparecieron. No pudo contener su ira. «Imprudente extranjero,» dijo á Codadac, «¿acaso debias dejar marchar á mis hijos sin haberlos acompañado? ¿Así cumples con el encargo que te hice? Vete á buscarlos inmediatamente y tráemelos, de otro modo, cuenta por seguro tu esterinio.»

Estas palabras helaron de muerte al desgraciado hijo de Pirouze. Se ciñe sus armas, monta á caballo y sale de la ciudad como un pastor que ha perdido su rebaño. Busca á sus hermanos por todas partes, no queda aldea en que no se informe de si los han visto, y no pudiendo adquirir noticia alguna, se apesadumbra sin consuelo. «¡Ah! hermanos míos,» exclamó, «¿qué os habeis hecho? ¿Habréis caído en poder de los enemigos? ¿Mi venida á la corte de Harrañ no habrá sido mas que para causar tan gran sentimiento al rey?» Inconsolable estaba de haber permitido á los príncipes ir de caza ó no haberlos acompañado.

Despues de haber empleado algunos dias en pesquisas infructuosas, llegó á una llanura dilatada, en cuyo centro habia un palacio de mármol negro. Acercóse á él y vió en una ventana á una dama de peregrina hermosura, pero adornada únicamente con su propia persona, pues tenia los cabellos sueltos, los vestidos rasgados y en su rostro retratado su entrañable desconsuelo. Así que vió á Codadac y que juzgó que podia oirla, le encaminó estas palabras: «¡Oh jóven! aléjate de este palacio funesto; si no, te verás pronto en poder del monstruo que lo habita. Un negro sediento de carne humana planteó aquí su residencia. Detiene á todos los que su mala suerte conduce á esta llanura, y los encierra en lóbregas mazmorras de donde no los saca sino para devorarlos.



—«Señora,» respondió Codadac, «decidme quién sois, y lo demás no os dé cuidado. — Soy una jóven del Cairo de esclarecida alcurnia,» respondió la dama, «pasaba ayer cerca de este palacio para ir á Bagdad, cuando encontré al negro que mató á todos mis criados y me condujo aquí. Si no tuviera que temer mas que la muerte, esta no me seria muy sensible; pero por mi suma desventura este monstruo quiere que acceda á sus deseos, y si mañana no me avengo, debo temerlo todo de su brutalidad. Pero aun estás á tiempo,» añadió, «sálvate; el negro volverá luego. Salió en persecucion de algunos viajeros que vió á lo lejos de la llanura. No te queda momento que perder, y aun no sé si con una pronta fuga lograrás evitar sus manos.»

Apenas hubo acabado estas palabras cuando compareció el negro. Era un hombre de estatura ajigantada y de horroroso aspecto. Montaba un fogoso caballo tártaro y tenia una cimitarra tan larga y pesada, que tan solo él podia esgrimirla. El príncipe, cuando lo vió, quedó atónito con su figura monstruosa, y dirijiendo al cielo una corta plegaria para que le ayudase, desenvainó su alfanje y esperó al negro á pié firme; pero este menospreciando á un enemigo tan endeble, le intimó que se rindiese sin contraresto. Codadac dió á conocer con sus ademanes que iba á defender su vida, porque acercándose á él, le malhirió la rodilla. Sitiéndose el negro malparado, dió un grito horroroso que resonó en toda la llanura. Furioso y espumando de rabia, se levanta sobre sus estribos y trata de anonadar á Codadac con su terrible cimitarra. El golpe iba descargado con tal violencia, que el príncipe no hubiera necesitado un segundo, á no haberlo evitado con suma agilidad y maestría. Entónces, antes que el negro pudiese segundarlo, Codadac le descargó tan recia cuchillada, que le cortó el brazo derecho. La cimitarra vino al suelo con

la mano que la empuñaba, y el negro cediendo á la violencia del golpe, perdió los estribos é hizo temblar la tierra con su caída. El príncipe saltó de á caballo, y arrojándose sobre su enemigo, le cortó la cabeza. La dama, que habia presenciado aquella lid y que rogaba al cielo por el jóven héroe que le causa-



ba tanto asombro, prorumpió en un grito de alborozo y exclamó á Codadac: «Príncipe, pues la victoria que acabais de ganar y vuestro ademan aseñado me dan á entender que no sois de una clase vulgar, dad fin á la obra empezada: el negro tiene las llaves del castillo; tomadlas y sacadme de este encierro.» El príncipe rejistró los bolsillos de aquel desastrado, que estaba tendido en el suelo, y encontró varias llaves.

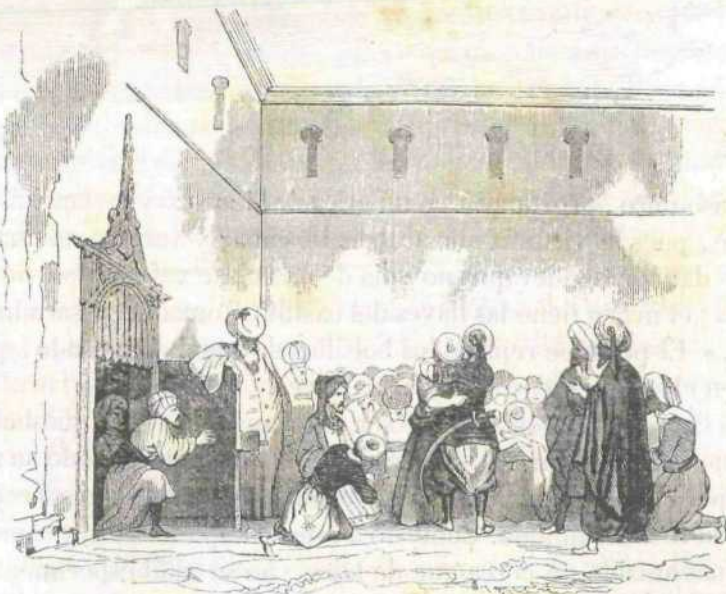
Abrió la primera puerta y entró en un gran patio, en el que balló ya á la dama, que quiso arrojarle á sus piés para demostrarle así todo su agradecimiento; pero él no lo consintió. Ponderó ella su denuedo y lo sobrepuso al de todos los héroes del mundo. Contestó á estos cumplimientos, y como le pareció aun mas amable de cerca que de lejos, no sé si él experimentaba mayor complacencia en verse libre del gran peligro á que habia estado espuesto, que en haber tributado un servicio tan importante á persona tan hermosa y peregrina.

Su conversacion fué interrumpida por lamentos y jemidos. «¿Qué oigo?» exclamó Codadac. «¿De dónde salen esas voces lastimeras que llegan hasta

nosotros?—Señor, » respondió la dama señalándole una puerta baja que daba al patio, «salen de este sitio. Hay no sé cuantos desventurados á quienes su estrella ha hecho caer en manos del negro. Están todos aherrojados, y cada día aquel monstruo sacaba uno para que le sirviese de alimento.

—«Me sirve de entrañable júbilo, » repuso el príncipe, «el saber que mi victoria rescata la vida de esos desgraciados. Venid, señora, venid á participar conmigo de la satisfaccion de darles la libertad. Por vos misma podeis juzgar del contento que van á recibir.» A estas palabras se adelantaron hácia la puerta del calabozo. Al paso que se iban acercando, distinguian mas y mas los lamentos de los prisioneros. Codadac se enterneció. Con el afan de poner término á sus penas, mete en la cerradura una llave; pero no es aquella, prueba otra, y el ruido que mete hace creer á aquellos desventurados que es el negro, que, segun costumbre, viene á traerles de comer y á entresacar á uno de ellos, por lo que redoblan sus gritos, disparados allá como del centro de la tierra.

Abrió el príncipe la puerta y halló una escalera bastante empinada, por la que bajó á una grande y profunda cueva que recibia escasa luz por un respiradero, y en el que habia mas de cien personas atadas á unos postes, con las manos ligadas. «Desgraciados viajeros, » les dijo, «desastradas víctimas, que no esperabais mas que una muerte cruel, dad gracias al cielo que os li-



bra hoy por medio de mi esfuerzo. He muerto al horrible negro por quien debiais ser devorados, y vengo á romper vuestras cadenas.» Apenas oyeron los prisioneros estas palabras, cuando todos juntos prurumpieron en un grito de

regocijo y estrañeza. Codadac y la dama empezaron á desatarlos, y al paso que iban quedando libres, ayudaban á sus compañeros: de modo que en poco rato se hallaron todos espeditos.

Pusiéronse de rodillas, y despues de dargracias á Codadac por lo que acababa de hacer por ellos, salieron de la cueva, y cuando estuvieron en el patio, ¡cuál fué el asombro del príncipe al ver entre los prisioneros á sus hermanos, á quienes andaba buscando desesperanzado ya de encontrarlos! «¡Ah! príncipes,» exclamó al verlos, «¿no me engaño? ¿sois vosotros los que veo? ¿Puedo esperar el conduciros otra vez á vuestro padre, que está inconsolable por vuestro descarrío? ¿Pero no tendrá que llorar á alguno? ¿Os hallais todos vivos? ¡Ay de mí! la muerte de uno solo seria bastante para venir á acibararme la dicha de vuestra salvacion.»

Los cuarenta y nueve príncipes se dieron á conocer á Codadac, quien los fué abrazando uno tras otro y les dijo la zozobra que estaba padeciendo el rey por su ausencia. Prorumpieron en miles de alabanzas, todas dignísimas, á su libertador, como tambien los demás prisioneros, que no hallaban expresiones para manifestarle su gratitud. Todos juntos visitaron el castillo, en el que habia riquezas inmensas, telas finas, brocados de oro, tapices de Persia, rasos de la China y una infinidad de otras alhajas que el negro habia robado á diferentes caravanas, y cuya mayor parte pertenecia á los prisioneros que Codadac acababa de librar. Cada cual reconoció lo que era suyo y lo fué recobrando. El príncipe se lo entregó y á mas repartió las restantes entre todos. Luego les dijo: «¿Cómo haréis para trasportar vuestras mercaderías? Estamos en un desierto en que no es fácil ajenciarse acémilas. — Señor,» respondió uno de los prisioneros, «el negro tambien nos habia robado nuestros camellos, quizá estén en las cuadras del castillo.—Eso es muy posible,» respondió Codadac, «sepámoslo de cierto.» Dirijiéronse á las caballerizas, en donde no solo vieron los camellos de los mercaderes, sino tambien los caballos de los hijos del rey de Harran, de lo que se alegraron infinito. Habia en las cuadras algunos esclavos, que viendo á los presos en libertad, conocieron que el negro habia muerto y echaron á huir por pasadizos que tenian sabidos y por los que nadie pensó en perseguirlos. Todos los mercaderes, satisfechos de haber recobrado su libertad y á mas sus mercancías y camellos, se dispusieron á partir; pero antes dieron de nuevo las gracias á su libertador.

Cuando se hubieron marchado, Codadac dijo á la dama: «¿A dónde queréis ir, señora? ¿A dónde os encaminabais cuando os sorprendió el negro? Quiero acompañaros hasta el sitio que hayais elegido para vuestra residencia, y no dudo que estos príncipes hagan otro tanto.» Los hijos del rey de Harran protestaron que no la dejarían hasta verla en medio de sus padres.

«Príncipe,» le dijo, «soy de un pais muy distante, y seria abusar de vuestra jenerosidad el distraeros de vuestros asuntos; á más os confieso que me he alejado de mi patria para siempre. Hace poco os dije que era del Cairo;

pero despues de vuestros ofrecimientos y el servicio de que os soy deudora,» añadió mirando á Codadac, «corresponderia muy mal no diciéndoos la verdad. Soy hija de rey, y un usurpador se apoderó del trono de mi padre, á quien asesinó: yo, para conservar mi vida, no tuve otro arbitrio que huir.» Esta declaracion avivó la curiosidad de Codadac y sus hermanos y rogaron á la princesa que les refiriese su historia, asegurándola que se interesaban en sus quebrantos y que procurarian hacérselos mas llevaderos. Dióles las gracias por sus nuevos ofrecimientos, y no pudiendo por mas tiempo dejar de satisfacer sus deseos, empezó así la relacion de sus aventuras:



HISTORIA DE LA PRINCESA DE DERYABAR.

«Hay en una isla una gran ciudad llamada Deryabar, que durante largo tiempo fué gobernada por un rey poderosísimo y virtuoso. Aquel príncipe no tenia hijos y era lo único que faltaba á su felicidad. Exhalaba plegarias al cielo con este objeto, y al fin no fueron satisfechos sus deseos mas que á medias, pues tras mucho tiempo su mujer no dió á luz mas que una hija.

«Soy esta desventurada princesa, y mi padre creo que tuvo mas pesar que alegría con mi nacimiento; pero se conformó con la voluntad de Dios. Educóme con todo el esmero posible, determinado, ya que no tenia ningun hijo, á que aprendiese el arte de gobernar, para sucederle en el trono.

«Un dia que se divertia cazando, vió un asno salvaje, y separándose de los

demás, lo persiguió con tal ahinco, que corrió hasta la noche sin echar de ver que se había estraviado. Entónces echó pié á tierra y se sentó á la entrada del bosque en que se había internado el asno. A poco anocheció, y por entre los árboles divisó una luz, por lo que juzgó que no se hallaba muy lejos de alguna aldea. Alegróse con la esperanza de pasar en ella la noche y enviar alguien á su comitiva para informarla del paraje en que se hallaba. Levantóse y se encaminó hácia la luz que le fué sirviendo de guia.

«Pronto echó de ver que se había equivocado; pues aquella claridad provenia de una hoguera encendida en una cabaña. Acercóse y vió con asombro un negro, ó mas bien un gigante espantoso que estaba sentado en un sofá. El monstruo tenia delante una gran vasija llena de vino y asaba á la hoguera un buey que acababa de degollar. De cuando en cuando arrancaba del buey



pedazos que engullia, y luego llevaba á la boca la vasija. Pero lo que llamó mas la atención del rey, fué una mujer hermosísima que estaba tendida en el fondo de la cabaña. Tenia las manos atadas y aparecía sumida en la mas lóbrega tristeza. A sus piés tenia un niño de dos ó tres años, que lloraba de continuo, como si estuviese ya discerniendo las desventuras de su madre.

«Conmovido mi padre con aquel objeto tan digno de lástima, quiso entrar en la cabaña y atacar al gigante; pero reflexionando que esta lid seria

desigual, se contuvo y se decidió, ya que no tenia bastantes fuerzas, á sorprenderlo. El gigante, despues de haber apurado la vasija y comido mas de la mitad del buey, se volvió hácia la mujer y le dijo: «Hermosa princesa, ¿porqué me obligais con vuestra obstinacion á trataros con rigor? En vuestra mano está el ser dichosa. Determinaos á amarme y serme fiel, y os trataré cariñosamente. — ¡Oh sátiro horroroso!» respondió la dama, «no esperes que el tiempo vaya minorando lo muchísimo que me horrorizas. Siempre serás un monstruo á mis ojos.» Díjole además tantas injurias que el gigante se encolerizó. «Es ya demasiado,» exclamó enfurecido, «mi amor despreciado se convierte en saña. Tu odio escita al fin el mio; siento que triunfa de mis deseos y que anhele tu muerte con mas afan que tu posesion.» Diciendo estas palabras, cojió á la mujer por el cabello, y con una mano la suspendió en el aire, mientras que con la otra desenvainó su sable y estaba á punto de cortarle la cabeza, cuando el rey mi padre, le disparó una flecha que trasasándole el pecho, le hizo titubear y caer al suelo sin vida.

«Mi padre entró en la cabaña, desató las manos á la mujer y le preguntó quién era y por qué casualidad se hallaba allí. «Señor,» le respondió, «hay á la orilla del mar algunas familias sarracenas, cuyo caudillo es mi marido. El gigante que acabais de matar era uno de sus principales oficiales. Ese desastrado abrigaba una pasion violenta para conmigo; pero disimuló hasta que se le rodeó la coyuntura que estaba ansiando de llevar á cabo el rapto que tenia premeditado. Suele la suerte favorecer mas bien las empresas malvadas que las encaminadas á fines honestos. Un dia el gigante me sorprendió en un sitio solitario con mi hijo; se apoderó de entrambos, y para que las pesquisas que suponía no podria menos de practicar mi marido se frustrasen, se alejó del pais en que viven los Sarracenos y nos condujo á este bosque, en el que hace dias nos tiene. Por aciaga que sea mi situacion, siento acá en mi interior un consuelo al recapacitar que este gigante, brutal como era, no se valió de la violencia para lograr lo que siempre negué á sus ruegos. No es porque mil veces no me haya amenazado que usaria de la fuerza, si no podia vencer de otro modo mi resistencia, y os confieso que hace poco cuando lo encolerizé con mis dieterios, tenía menos por mi vida que por mi honor.

«He aquí, señor, mi historia,» continuó la mujer del príncipe de los Sarracenos, «no dudo que os compadeceis bastante para no arrepentiros de haberme rescatado tan jenerosamente. — Sí, señora,» le dijo mi padre, «vuestras desgracias me han conmovido; pero no penderá de mí el que vuestra suerte no mejore. Mañana, así que amanezca, saldremos de este bosque y tomaremos el camino de la gran ciudad de Deryabar, de la que soy rey, y si es de vuestro agrado, os hospedareis en mi palacio hasta que el príncipe, vuestro esposo, venga á reclamaros.»

«La dama sarracena aceptó los ofrecimientos de mi padre, quien al dia siguiente salió del bosque y encontró á todos sus oficiales que habian pasado

la noche buscándole con ansia. Alegráronse tanto de dar con él, como estrañaron el verle en compañía de una dama de tan peregrina hermosura. Contóles de qué modo la habia encontrado y el peligro que habia corrido acercándose á la cabaña, pues si el gigante lo hubiese visto, quizá le quitara la vida. Uno de los oficiales tomó á la señora en grupa y otro llevó el niño.



«Llegaron de este modo al palacio del rey, mi padre, quien dió una habitacion á la hermosa Sarracena é hizo educar á su hijo con mucho esmero. La dama no fué desagradecida á las finezas del rey y le manifestó tanto reconocimiento como era debido. Al principio se mostraba impaciente porque su marido no la reclamaba; pero poco á poco se fué sosegando; los miramientos que mi padre guardaba con ella lograron aventar sus zozobras, y aun creo que al fin hubiera sentido mas el reincorporarse con los suyos que el haberse alejado de ellos.

«Entretanto el hijo de aquella dama crecía. Era muy gallardo, y como tenia talento, supo agradar al rey, quien le cobró entrañable cariño. Todos los palaciegos lo estuvieron observando, y juzgaron que aquel jóven podria ser mi esposo. Con este intento, y mirándole ya como el heredero de la corona, se le apasionaron esmerándose en granjear su confianza. Conociólo él, y olvidando la distancia que nos separaba, esperanzó que efectivamente mi padre le queria bastante para preferir su entronque al de cualquier otro príncipe del orbe. No paró aquí, pues pareciéndole que mi padre dilataba

demasiado el ofrecerle mi mano, tuvo el arrojo de pedírsela. Aunque su avilantez merecia castigo, mi padre se contentó con decirle que tenia otras miras con respecto á mí, y siguió tratándole del mismo modo. Enojado aquel jóven orgulloso por la negativa, como si su peticion se encaminase á una jóven de la plebe, ó fuese de igual jerarquía á la mía, resolvió vengarse del rey, y con una ingratitud desusada, conspiró contra él. Cuando se le presentó la ocasion, lo asesinó y se hizo proclamar rey de Deryabar por algunos descontentos que supo catequizar. Su primer afán, cuando se vió ya exento de mi padre, fué presentarse en mi estancia capitaneando una porcion de sus conjurados. Era su ánimo quitarme de en medio, si no me avenia á darle mi mano; pero tuve el tiempo necesario para huir. Mientras que se hallaba en el cuarto de mi padre, el gran visir, que habia permanecido siempre fiel á su amo, vino á sacarme de palacio y me puso en salvo en casa de un amigo suyo, en donde permanecí hasta que dimos la vela en un bajel que habia mandado disponer con toda reserva. Entónces salí de la isla, acompañada de una camarera y de este jeneroso ministro, que prefirió seguir á la hija de su amo y asociarse á sus desventuras, al obedecer á un tirano.

«Trataba el gran visir de conducirme á las cortes de los reyes circunvecinos, é implorar su auxilio á mi favor, estimulándoles á vengar la muerte de mi padre; pero el cielo no aprobó una disposicion al parecer tan decorosa. Trás algunos dias de navegacion, se levantó una furiosa tormenta que, á pesar de la destreza de los marineros, arrebató nuestro buque, presa de los vientos, y lo estrelló contra un peñasco. No me pararé á circunstanciar aquel naufragio. No podré pintaros de qué modo quedaron abismados en el mar mi camarera, el gran visir y todos los que me acompañaban. El espanto que se apoderó de mí no me permitió ver lo mas horroroso de nuestra situacion. Perdí el sentido, y sea que llevada sobre algun trozo del buque sobre la costa, sea que el cielo, que me reservaba para mayores infortunios, quiso hacer un milagro para salvarme, lo cierto es que cuando volví en mí, me hallé en la playa.

«Por lo regular nuestras desventuras nos estragan y hacen injustos. En vez de dar gracias á Dios por el especialísimo favor que acababa de recibir, no levanté los ojos al cielo sino para quejarme por haberme salvado. Muy lejos de compadecer la triste suerte de mi camarera y del gran visir, les tenia envidia, y mi imaginacion cediendo poco á poco á las horrorosas cavilaciones que la estaban atormentando, me determinó á arrojar me al mar. Iba ya á hacerlo, cuando oí detrás de mí un gran ruido de hombres y caballos. Volví la cabeza para ver lo que era, y distinguí varios caballeros armados, entre los cuales venia uno montado en un caballo árabe. Llevaba este un vestido bordado de plata con un tahalí cuajado de pedrería y en la cabeza una corona de oro. Aun cuando su vestido no me lo hubiera dado á conocer como amo de los demás, lo hubiera echado de ver por sus nobles ademanes. Era jóven,

gallardo y mas hermoso que la luz del dia. Pasmado de ver á una dama sola en aquel sitio, envió á algunos de sus oficiales á preguntarme quién era. Mi única respuesta fué derramar un torrente de lágrimas; pero como la playa



estaba cubierta de destrozos, supusieron que algun buque se habia estrellado en las peñas y que yo me habia salvado del naufragio. Este concepto y mi entrañable desconsuelo movieron la curiosidad de los oficiales, que empezaron á hacerme mil preguntas, asegurándome que su rey era muy jeneroso, y que en su corte hallaria alivio á mis penas.

«Ansioso el rey de saber quién yo era, se cansó de esperar el regreso de sus palaciegos y se acercó á mí. Me clavó la vista, y como no cesaba de llorar y de abatirme sin poder responder á los que me estaban preguntando, les vedó el que me molestasen con sus repetidas instancias, y encarándose conmigo, «Señora,» me dijo, «os aconsejo que vayais mitigando el extremo de vuestro quebranto. Si el cielo en sus iras os aqueja con desventuras, ¿debeis por eso arrebatarnos á la desesperacion? Os ruego que mostreis mas entereza. La suerte que os persigue es inconstante y puede fácilmente trocarse. Me atrevo á aseguraros que si en vuestro conflicto cabe algun alivio, no dejará de hallarse en mis estados. Os ofrezco mi palacio. Viviréis al lado de mi madre, quien con su afabilidad procurará suavizar vuestras penas. Aun no sé quién sois, pero no puedo menos de interesarme por vos.»

«Dí gracias al jóven rey por su fineza y acepté sus ofrecimientos, y para

darle á conocer que no era indigna de sus favores, le descubrí mi jerarquía. Le retraté el arrojó del Sarraceno, y la sencilla relacion de mis desdichas le movió á compasion, como á todos los palaciegos que me escuchaban. Cuando hube acabado de hablar, el príncipe tomó la voz y me aseguró de nuevo que tomaba mucha parte en mis desgracias. Condújome en seguida á su palacio y me presentó á la reina, su madre. Allí fué preciso volver á referir mi historia y derramar nuevas lágrimas. Mostróse la reina condolida á mis cuantas y me profesó un afecto entrañable. El rey por su parte se enamoró de mí y no tardó en ofrecirme su corona y su mano; pero embargada siempre en mis desventuras, por apreciable que fuese el príncipe, no produjo en mí la impresion que en cualesquiera otras circunstancias. No obstante, rebosando de reconocimiento, no rehusé el contribuir á su dicha, y nuestro enlace vino á verificarse con toda pompa.

«Mientras que el pueblo estaba absorto tras los regocijos de las bodas de su soberano, un príncipe vecino y enemigo vino á atacar la isla con gran número de guerreros. Aquel formidable contrario era el rey Zanguebar. Sorprendió la ciudad y pasó á cuchillo á todos sus habitantes. Poco faltó para que sufriésemos la misma suerte, porque ya estaba en palacio con una partida, cuando logramos escaparnos y llegar á la orilla del mar, en donde nos metimos en una barquilla de pescador que casualmente hallamos. Surcamos á merced de los vientos durante dos dias sin saber cuál seria nuestro paradero. Al tercero por fin divisamos un bajel que venia hácia nosotros á toda vela. Alegrámonos al pronto, creyendo que seria algun buque mercante que nos recibiria á su bordo; pero ¡cuál fué nuestro espanto cuando acercándose vimos á diez ó doce corsarios sobre cubierta! Vinieron al abordaje, cinco ó seis se echaron en nuestra barquilla, se apoderaron de entrambos, atando las manos á mi marido, y nos hicieron pasar á su bordo, en donde al instante me quitaron el velo. Mi mocedad y mis facciones llamaron su atencion, y dieron muestras de querer poseerme. En vez de sortearme, cada cual queria tener la preferencia y que yo fuese su presa. Se enardecen, llegan á las manos y pelean rabiosamente; en un momento la cubierta estuvo llena de cadáveres, quedando uno solo vencedor, y viéndose dueño de mi persona, me dijo: «Sois mia. Voy á llevaros al Cairo para entregaros á uno de mis amigos, á quien prometí una hermosa esclava. Pero,» añadió mirando á mi marido, «¿quién es ese hombre? ¿qué parentesco media entre ambos? ¿es el de la sangre ó el del amor?—Señor,» le respondí, «es mi marido.—Siendo así,» repuso el corsario, «es menester que lo quite de enmedio por compasion. Padeceria demasiado al veros en brazos de mi amigo.» A estas palabras, cojió al desgraciado príncipe que estaba atado, y lo arrojó al mar, á pesar de todos mis conatos para estorbárselo.

«Con este motivo di gritos espantosos, y no cabe duda en que me derrumbara al mar, á no atajarme el pirata, que, advirtiéndome mi intento, me ató al

palo mayor y dirigió el bajel á tierra en donde desembarcamos. Desatóme, y en una pequeña ciudad á donde me llevó, compró camellos, tiendas y esclavos.



vos y tomamos el camino del Cairo, con ánimo, según me decía, de presentarme á su amigo y cumplir su palabra.

Caminamos durante algunos días, y al pasar ayer por esta llanura, vimos al negro que habitaba este castillo. Tomámoslo de lejos por una torre, y cuando se acercó, apenas podíamos creer que fuese un hombre. Desenvainó su larga cimitarra é intimó al pirata que se rindiese con toda su comitiva y la dama que acompañaba. El corsario era valiente, y ayudado por sus esclavos que prometieron serle fieles, embistió al negro. La pelea duró largo rato; pero el pirata yació luego á los golpes de su enemigo, así como todos sus esclavos, que prefirieron el morir al desampararle. Luego el negro me condujo á este castillo á donde arrastró el cuerpo del pirata que le sirvió de cena. Terminado que fué aquel infernal banquete, viendo que no hacía mas que llorar, me dijo: «Jóven señora, disponte á satisfacer mis deseos, en vez de estarte ahí desconsolando. Confórmate de buena voluntad con las circunstancias. Te doy de término hasta mañana para que lo reflexiones. Espero verte consolada de tus desventuras y contenta de verte destinada á mi lecho.» Al terminar estas palabras, él mismo me condujo á un cuarto, y él se retiró al suyo, habiendo cerrado primero las puertas del castillo. Abriólas esta mañana; pero habiendo visto á lo lejos algunos viajeros, las volvió á cerrar pa-

ra ir en su alcance. Preciso es que se le hayan escapado, pues volvía solo y sin ningún despojo cuando le acometisteis.»

Apenas hubo acabado la princesa la relación de sus aventuras, cuando Codadac le manifestó el interés que le habían infundido. «Pero, señora,» añadió, «en vuestra mano está el vivir en adelante á vuestra satisfacción. Los hijos del rey de Harran os ofrecen un asilo en la corte de su padre; aceptadlo. Seréis querida de aquel príncipe y respetada de todos; y si me creéis digno de vos, permitid que os ofrezca mi mano y que os tome por esposa ante estos príncipes. Serán testigos de nuestros juramentos.» Consintió la princesa, y aquel mismo día se verificó el matrimonio en el castillo, en el que hallaron toda clase de provisiones. La cocina estaba llena de viandas y otros manjares de que el negro se alimentaba cuando estaba ahito de carne humana. Había también muchas frutas de excelente calidad, y para redondear el logro, una gran cantidad de vinos y licores exquisitos.

Pusieronse á la mesa, y después de haber comido y bebido sosegadamente, salieron del castillo, llevándose el resto de las provisiones, con ánimo de volver á la corte del rey de Harran. Caminaron durante algunos días, acampando en los parajes más amenos que iban encontrando, y cuando estaban á una jornada de la ciudad, se detuvieron para dar fin al vino, como jentes que no se curaban de lo sucesivo. Codadac tomó la palabra y les dijo: «Príncipes, es ya por demás el ocultaros quien soy; ved en mí á vuestro hermano Codadac. Debo, lo mismo que vosotros, mi nacimiento al rey de Harran. El príncipe de Samaria me ha educado y mi madre es la princesa Pirouze. Señora,» añadió encarándose con la princesa de Deryabar, «perdonadme si también os oculté mi nacimiento. Quizá, habiéndoslo descubierto antes, hubiera evitado que hicieseis algunas reflexiones desagradables sobre un casamiento que conceptualis desigual. — No señor,» respondió la princesa, «el afecto que me habéis infundido va en aumento de día en día, y para labrar mi dicha no necesitais de la jerarquía que acabais de descubrir.»

Parabienes á miles espresaron los príncipes á Codadac por su nacimiento y le demostraron sumo alborozo; pero allá en lo íntimo de sus pechos, en vez de mostrarse satisfechos con tener un hermano semejante, se encrudenció más y más el aborrecimiento que le estaban ya profesando. Reuniéronse á la noche en un sitio apartado, en tanto que Codadac y su mujer gozaban en su tienda de los halagos del sueño, y aquellos ingratos, aquellos hermanos envidiosos, olvidando que sin el valor del hijo de Pirouze hubieran sido víctimas de la voracidad del negro, resolvieron asesinarle. «Es el único partido que nos queda,» dijo uno de ellos, «pues así que nuestro padre sepa que este extranjero á quien ama tanto es su hijo, y que ha tenido valor para matar á un gigante á quien nosotros juntos no hemos podido vencer, se desalará en extremos cariñosos, dándole mil parabienes, y le nombrará su heredero, menospreciando á sus demás hijos, quienes tendrán que postrarse ante su

hermano y obedecerle.» A estas espresiones añadió otras que produjeron tal efecto en el ánimo zeloso de sus hermanos, que en el acto fueron en busca de Codadac que se hallaba durmiendo. Diéronle mil puñaladas, dejándole sin sentido en brazos de la princesa, y tomaron el camino de la ciudad á donde llegaron al dia siguiente.

Su llegada causó suma alegría al rey, que habia perdido la esperanza de volverlos á ver. Preguntóles el motivo de su tardanza; pero tuvieron buen cuidado de no decir la verdad, y no mentaron ni al negro, ni á Codadac, contentándose con decir que movidos por la curiosidad de ver el pais, se habian detenido en algunas ciudades circunvecinas.



Entretanto Codadac, anegado en su sangre y casi difunto, se hallaba en su tienda con la princesa, su mujer, que era tan digna de compasion como él mismo. Hacia resonar el aire con sus gritos, se arrancaba los cabellos y regaba con sus lágrimas el cuerpo exánime de su marido: «¡Ah Codadac!» exclamaba, «mi querido Codadac, ¿eres tú el que veo pronto á yacer con los muertos? ¿Qué manos crueles te han puesto en esa situacion? ¿Podré creer que sean tus propios hermanos, á quienes tu desnudo salvó la vida? No, antes bien son unos demonios, que bajo este dictado tan halagüeño han venido á quitarte de enmedio. ¡Bárbaros! quien quiera que seais, ¿cómo habeis podido pagar con tan atroz ingratitud el beneficio que acaba de haceros? Pero, ¿porqué culpar á tus hermanos, desgraciado Codadac? A mí sola es á quien

debo achacar tu muerte. Has querido unir tu suerte á la mia, y te alcanzó todo el peso de la desventura que me persigue desde que dejé el palacio de mi padre. ¡Oh cielos! que me habeis condenado á una vida errante y llena de fracasos, si no quereis que tenga esposo, ¿porqué consentis en que le encuentre? He aquí el segundo que me arrebatáis cuando empezaba á amarle.»

Con estas palabras y otras aun mas dolorosas soltaba rienda á su quebranto la desdichada princesa de Deryabar, mirando al pobre Codadac que no podia oirla. Sin embargo no estaba difunto, y su mujer, notando que respiraba aun, corrió á una aldea que aparecia por la llanura, en busca de un cirujano. Dirijéronla á uno, que marchó al punto con ella; pero cuando llegaron á la tienda, ya no encontraron á Codadac, lo que les hizo creer que alguna fiera se lo habia llevado para devorarlo. Redobló la princesa sus lamentos, y el cirujano, enternecido al ver el estado en que se hallaba, le propuso que volbiesen á la aldea y le ofreció su casa y sus servicios.

Dejóse conducir, y el cirujano la llevó á su albergue, y aunque no sabia quién era, la trató con mucha consideracion y guardó con ella todas las atenciones imaginables. Creia de este modo aliviar su dolor; pero no hacia mas que renovarlo. «Señora,» le dijo un dia, «os ruego que me refirais todas vuestras desventuras; decidme de qué pais sois y cuál es vuestra clase. Quizá pueda daros algunos consejos cuando me entere cabalmente de vuestro infortunio. No haceis mas que desconsolaros sin pensar en que caben remedios, aun para los males mas desesperados.»

Habló el cirujano con tanta elocuencia, que persuadió á la princesa. Refirióle sus aventuras, y cuando hubo terminado su relacion, el cirujano tomó la palabra: «Señora,» le dijo, «puesto que vuestra situacion es tan lastimosa, permitidme os diga que no debeis sumiros ahí en vuestro quebranto; antes bien armaros de valor y cumplir con lo que de vos requiere el nombre de esposa. Debeis vengar á vuestro marido. Si quereis, os serviré de escudero é iremos á la corte del rey Harran. Aquel príncipe es bondadoso y justiciero, no teneis mas que pintarle al vivo la conducta de sus hijos con Codadac, y no dudo que os hará justicia.—Cedo á esas reflexiones,» respondió la princesa. «Sí, debo vengar á Codadac, y ya que sois tan oficioso y espresivo que me quereis acompañar, estoy pronta á partir.» Apenas hubo tomado esta determinacion, el cirujano mandó disponer dos camellos, con los que se trasladaron á la ciudad de Harran.

Apeáronse en el primer parador que encontraron y preguntaron al dueño qué novedades habia en la corte. «Se halla muy sobresaltada,» les dijo. «El rey tenia un hijo, que permaneció con él de incógnito durante mucho tiempo, y no se sabe qué ha sido de él. La mujer del rey, llamada Pirouze, que es su madre, ha mandado practicar mil diligencias en su busca; pero todas han sido infructuosas. Todo el mundo siente la pérdida de aquel príncipe, pues atesoraba muchas prendas sobresalientes. Tiene el rey otros cuarenta

y nueve hijos de diferentes madres; pero ninguno bastante aventajado para consolar al rey de la muerte de Codadac; digo de su muerte, porque es imposible que viva no habiéndolo podido encontrar tras tantas pesquisas.»

En vista de la relacion del posadero, el cirujano juzgó que el único partido que había que tomar era que la princesa se presentase á Pirouze; pero este paso era arriesgado y requería tomar muchas precauciones. Era de temer que si los hijos del rey sabían la llegada é intentos de su cuñada, no tratasen de apoderarse de ella antes que pudiese hablar á la madre de Codadac. El cirujano reflexionó todo esto y no se le ocultó el peligro que corría su persona. Queriendo pues obrar con cautela, suplicó á la princesa que permaneciese en el parador mientras que iba á reconocer el palacio y buscaba algun arbitrio para comunicarse con Pirouze.



Dirigióse pues á la ciudad caminando hácia el palacio como un hombre llevado de la curiosidad de ver la corte, cuando observó una dama montada en una mula ricamente enjaezada. Formaban su séquito varias doncellas igualmente montadas y gran número de esclavos negros. Todo el vecindario se alineaba para dejarla pasar, y la saludaban postrándose hasta el suelo. Saludóla el cirujano con el mismo acatamiento y luego preguntó á un calendo que se hallaba á su lado, si aquella dama era una de las mujeres del rey. «Sí, es una de ellas,» le dijo el calendo, «y la mas honrada y querida del pueblo, porque es madre del príncipe Codadac, de quien sin duda habeis oido hablar.»

Bastóle esto al cirujano y siguió de cerca á Pirouze hasta una mezquita en la que entró para dar limosnas y asistir á las rogativas dispuestas por el rey para pedir á Dios que devolviese á Codadac. Agolpábase el pueblo, muy interesado en la suerte de aquel jóven príncipe, para unir sus ruegos á las oraciones de los sacerdotes, de modo que la mezquita estaba llena de jente. Atravesó el cirujano por medio de la muchedumbre y se acercó hasta los guardias de Pirouze. Oyó todas las oraciones, y cuando aquella princesa se marchaba, se acercó á uno de los esclavos del acompañamiento y le dijo al oído : « Hermano, tengo un secreto importante que descubrir á la princesa Pirouze ; ¿ podríais introducirme en su aposento ?—Si ese secreto , » respondió el esclavo, « tiene alguna relacion con el príncipe Codadac, desde ahora os prometo que lograréis la audiencia que estáis apeteciendo ; pero si se trata de algun otro asunto , en balde será que os presenteis á la princesa , porque está toda embargada en un pensamiento , esto es , en su hijo , y no quiere que le hablen de otro asunto.—De ese querido hijo , quiero hablarle , » repuso el cirujano. —Siendo así , » dijo el esclavo , « seguidme á palacio y pronto hablaréis con ella. »

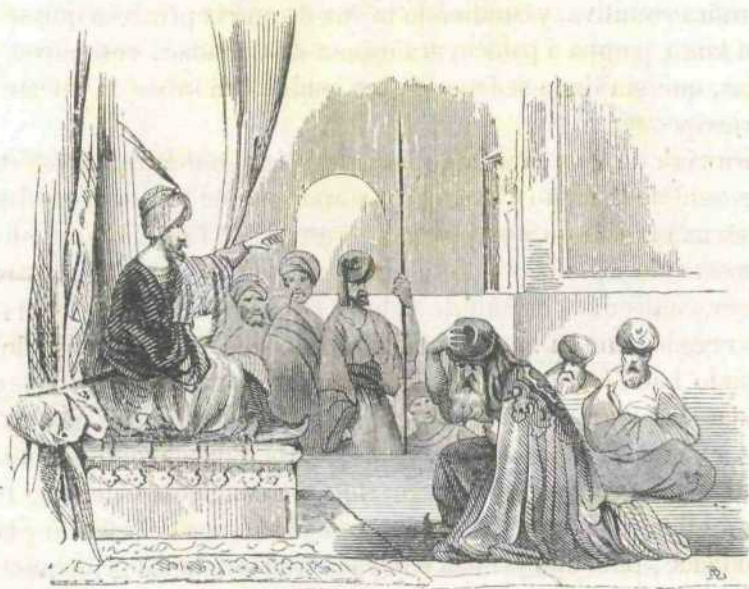
Con efecto , cuando Pirouze volvió á su aposento , este esclavo le dijo que un desconocido queria comunicarle una noticia importante y relativa al príncipe Codadac. Apenas hubo pronunciado estas palabras , cuando la princesa manifestó ardientísimo deseo de ver al desconocido , á quien llevó el esclavo al aposento de la princesa , quien despidió á todas sus esclavas , escepto dos que le merecian total confianza. Al entrar el cirujano , le preguntó arrebatadamente qué noticias le traia de Codadac. « Señora , » respondió el cirujano despues de haberse postrado hasta el suelo , « larga es la relacion que tengo que haceros y asombrosos los hechos que voy á referiros. » Contóle entónces muy circunstanciadamente cuanto habia ocurrido entre Codadac y sus hermanos , escuchando la princesa con suma atencion ; pero cuando llegó á hablar del asesinato , aquella tierna madre cayó desmayada sobre un sofá , como si se sintiera traspasada con los mismos puñales que habian atravesado á su hijo. Acudieron las dos esclavas y la hicieron volver en sí. El cirujano prosiguió su narracion , y cuando la hubo terminado , la princesa le dijo : « Volveos á la princesa de Deryabar y aseguralle , en mi nombre , que el rey la reconocerá por nuera , y estad persuadido de que sabrá agradecer vuestros servicios. »

Luego que el cirujano se marchó , Pirouze permaneció postrada de quebranto , clavado el pensamiento en su querido Codadac. « ¡ Oh hijo mio ! » decia , « ¡ con que he de verme para siempre privada de tu vista ! ¡ Ay de mí ! cuando te dejé marchar de Samaria para venir á esta corte y te despediste de mí , muy ajena estaba de que te aguardase una muerte funesta lejos de mi presencia. ¡ Oh ! desventurado Codadac , ¿ porqué te separaste de mi ? Verdad es que no te granjearas tantísima gloria ; pero aun estarias con vida y no ha-

rias derramar tantas lágrimas á tu madre.» Al decir estas palabras lloraba amargamente, y sus dos confidentas, conmovidas con su estremado desconsuelo, confundían sus lágrimas con las de la princesa.

Mientras que así estaban inconsolables, entró el rey en el aposento, y viendo sus angustias, preguntó á Pirouze si había adquirido alguna triste nueva de Codadac. «¡Ah! señor,» le dijo la princesa, «todo se acabó, mi hijo ha muerto, y para mayor quebranto, no puedo tributarle los honores debidos, porque, según toda apariencia, le han devorado las fieras.» Al mismo tiempo le refirió cuanto le había dicho el cirujano, y no dejó de manifestarle de qué modo cruel había perecido Codadac á manos de sus hermanos.

No le dió el rey tiempo á la princesa para que terminara su narración, y cediendo á su enojo, «Señora,» le dijo, «ya recibirán el debido castigo los pérfidos que os hacen derramar tantas lágrimas y traspasan de dolor el corazón de un tierno padre.» Dicho esto, el monarca pasó á la sala de audiencia rebotando de ira. Rodeáronle todos sus palaciegos y los súbditos que tenían alguna súplica que hacerle, y se quedaron atónitos con el furor que se leía en sus ojos. Suponen que está enojado contra su pueblo, y el temor se apodera de su corazón. El monarca se sienta en su trono, y llamando á su gran visir, «Hasan,» le dice, «tengo que darte una orden: toma inmediatamente mil soldados de mi guardia y prende á todos los príncipes, mis hijos. Enciér-



ralos en la torre destinada á servir de cárcel para los asesinos, y ejecútalo prontamente.» A esta orden, estremeciéronse todos los circunstantes, y el

gran visir sin replicar puso la mano sobre la cabeza para manifestar que estaba pronto á obedecer, y salió de la sala para cumplir el mandato que acababa de recibir. Entretanto el rey despidió á todos los que habian acudido á pedirle audiencia, declarando que en todo un mes no queria que le hablasen de negocios. Hallábase aun en la sala cuando volvió el visir. «¿Que tal?» le preguntó el rey, «¿se hallan ya en la torre los príncipes, mis hijos? — Sí, señor,» respondió el ministro, «vuestras órdenes quedan obedecidas. — Aun tengo otra que darte,» repuso el rey; y diciendo esto, salió de la sala de audiencia y volvió al aposento de Pirouze con el gran visir. Preguntó á esta princesa en donde estaba hospedada la viuda de Codadac, y respondiéndole las esclavas de Pirouze, porque el cirujano lo habia dicho en su narracion, volvióse el rey á su ministro. «Vete á ese parador,» le dijo, «y tráete á la jóven princesa que habita en él; pero trátala con todo el acatamiento debido á una persona de tan esclarecida alcurnia.»

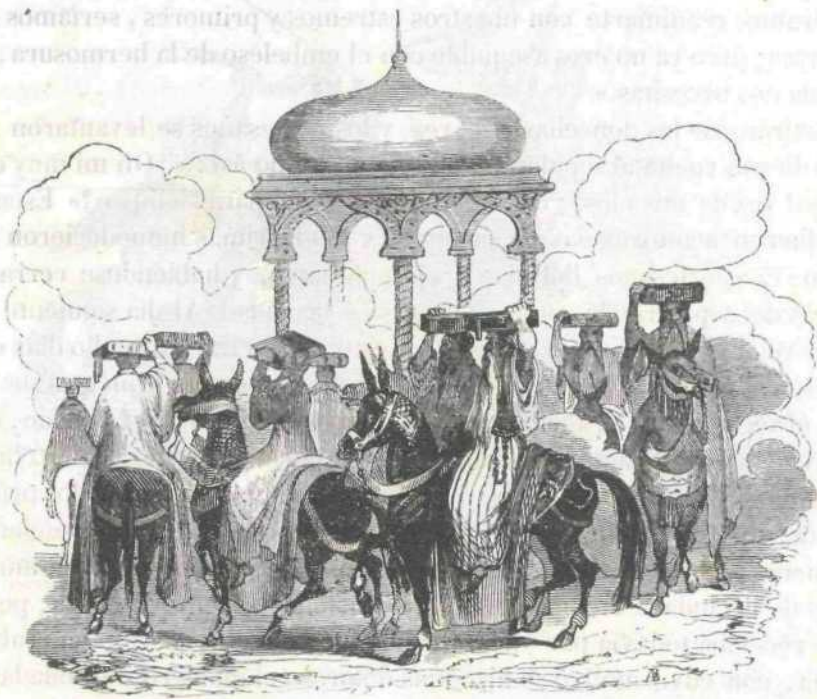
El visir no tardó en ejecutar lo que se le habia mandado. Montó á caballo con todos los emires y demás cortesanos y se encaminó al parador en que estaba hospedada la princesa de Deryabar, á la cual manifestó la orden que tenia, y le presentó de parte del rey una hermosa mula blanca, con una silla y arreos de oro bordados de rubíes y esmeraldas. Montóla la princesa y se encaminó á palacio con un séquito esplendoroso. Acompañábala tambien el cirujano en un hermoso caballo tártaro, que el visir le habia mandado presentar. Asomábanse todos á las ventanas ó salian á la calle para ver pasar tan magnífica comitiva, y cundiendo la voz de que la princesa que se encaminaba con tanta pompa á palacio era esposa de Codadac, resonaron mil alegrés vivas, que sin duda se trocaran en jemidos, á saber la suerte fatal de aquel príncipe.

La princesa de Deryabar halló al rey que la aguardaba á la puerta de palacio. Presentóle la mano y la condujo al aposento de Pirouze, en el que ocurrió una escena lastimosa y peregrina. La esposa de Codadac sintió nuevo pesar al aspecto de los padres de su marido, y estos no pudieron menos de enternecerse al ver á la esposa de su hijo. Echóse esta á los piés del rey, y habiéndolos regado con su llanto, quedó sobrecojida de tan intenso dolor, que apenas pudo hablar. No era menos doloroso el estado de Pirouze; parecia traspasada del quebranto, y el rey, conmovido de tan tiernos objetos, se dejó llevar de su amarga pesadumbre. Estas tres personas, confundiendo sus jemidos y lágrimas, guardaron largo rato un congojoso silencio. Por fin la princesa de Deryabar, volviendo en sí, refirió el lance del castillo y la desgracia de Codadac, pidiendo justicia contra la traicion de los príncipes. «Sí, señora,» le dijo el rey, «esos ingratos perecerán; pero antes debe publicarse la muerte de Codadac para que mis súbditos no se subleven al presenciar el suplicio de sus hermanos. Además, aunque no tenemos el cuerpo de mi hijo, no por eso dejemos de tributarle los honores debidos.» A estas palabras se

encaró con su visir y le mandó que se edificase un sepulcro de mármol blanco en la hermosa llanura donde descuella la ciudad de Harran, y que se diera un magnífico aposento en palacio á la princesa de Deryabar, á la que reconoció por nuera.

Hasan mandó trabajar con tanta actividad y empleó tantos operarios que al cabo de algunos dias quedó concluido el sepulcro, sobre el cual colocaron una estatua que representaba á Codadac. Terminados los trabajos, dispuso el rey que se hiciesen rogativas y señaló dia para las exequias de su hijo.

Llegado el dia aplazado, salió todo el vecindario para ver la ceremonia que se celebró en esta forma: El rey, acompañado de su visir y de los principales señores de la corte, se encaminó al sepulcro, y cuando estuvo cerca, se internó y sentó con ellos sobre alfombras de raso negro, bordadas de oro; luego se acercaron los guardias de á caballo cabizbajos, y dieron dos veces vuelta al sepulcro con el mayor silencio; pero á la tercera se pararon delan-



te de la entrada y dijeron todos uno tras otro estas palabras en alta voz: «¡Oh príncipe, hijo del rey! si algun alivio pudiéramos proporcionar á tus quebrantos con el filo de nuestros alfanjes y el esfuerzo humano, volverias á ver la luz del dia; pero el Rey de los reyes ha decretado y el ángel de la muerte ha obedecido.» Dicho esto, se retiraron para dejar libre paso á cien ancianos montados en mulas negras y con barbas cumplidas y blancas.

Eran estos unos solitarios que habian pasado toda su vida allá en covachas recónditas, y que nunca se presentaban públicamente sino para asistir á las exequias de los reyes de Harran ó príncipes de su estirpe. Estos venerables personajes llevaban cada uno sobre la cabeza un libro voluminoso que tenian asido con una mano. Dieron tres vueltas mudamente al sepulcro, y luego habiéndose detenido á la entrada, uno de ellos pronunció estas palabras : « ¡ Oh príncipe ! ¿ qué podemos hacer por ti ? Si nuestras plegarias ó el saber pudieran volverte á la vida, barreríamos con nuestras barbas el polvo de tus piés y recitaríamos oraciones ; pero el Señor del universo te arrebató para siempre. »

Luego que los ancianos hablaron así, se alejaron del sepulcro, acercándose en pos de ellos cincuenta doncellas, beldades todas sin par. Iban montadas en potritos blancos, iban sin velo, y llevaban unas cestillas de oro atestadas de piedras preciosas. Dieron tambien tres vueltas, y habiéndose parado en el mismo lugar que los demás, la mas jóven tomó la palabra y dijo : « ¡ Oh príncipe, antes tan hermoso ! ¿ qué auxilio te cabe esperar de nosotras ? Si pudiéramos reanimarte con nuestros estremos y primores, seríamos esclavas tuyas ; pero ya no eres asequible con el embeleso de la hermosura, y para nada nos necesitas. »

Retiráronse las doncellas, y el rey y los cortesanos se levantaron y tres veces dieron vuelta al sepulcro, y el monarca dijo así : « ¡ Oh mi muy querido hijo ! luz de mis ojos, ¿ con que te he perdido para siempre ? » Estas palabras fueron acompañadas de suspiros, y sus lágrimas humedecieron el sepulcro. Los cortesanos lloraban á ejemplo suyo, y habiéndose cerrado las puertas del sepulcro, la comitiva regresó á la ciudad. Al dia siguiente se hicieron rogativas en las mezquitas y se continuaron durante ocho dias consecutivos. El noveno dispuso el rey la degollacion de los príncipes sus hijos. Todo el vecindario, airadisimo por su comportamiento con Codadac, estaba al parecer ansiando aquella ejecucion. Levantáronse cadalsos ; pero hubo de suspenderse la justicia para otro tiempo, porque se supo que los príncipes vecinos, que habian guerreado ya contra el rey de Harran, se adelantaban con fuerzas mas respetables que la vez anterior, y que no estaban muy distantes de la ciudad. Tiempo habia que constaban sus preparativos ; pero nada se recelaba todavía por ellos. Grande fué la consternacion jeneral á esta noticia, con cuyo motivo se hizo mas doloroso el malogro de Codadac, que habia descollado en la guerra anterior contra aquellos mismos enemigos. « ¡ Ah ! » andaban diciendo, « si el jeneroso Codadac viviera todavía, poco nos sobresaltaríamos con esos príncipes que vienen á sorprendernos. » Sin embargo el rey, en vez de aterrarse, junta hueste poderosa, y ajeno de resguardarse con sus muros, sale al campo y marcha para el enemigo. Aquellos por su parte, sabedores por sus descubiertas de que el rey de Harran se adelantaba, se detienen en la llanura y forman su ejército en batalla.

Apenas el rey los divisa, cuando escuadrona su tropa en ademan de pe-

lea. Manda que toquen á ataque y acomete con tremendo denuedo. Los enemigos le contrarrestan con teson. Corren torrentes de sangre por ambas partes y la victoria permanece larguísimo rato indecisa; pero al fin iba á declararse á favor de los enemigos del rey de Harran, los cuales, siendo mas numerosos, iban á arrollarle, cuando asoma en la llanura crecido cuerpo de caballería que se acerca con sosiego á los combatientes. Estrañan unos y otros aquel nuevo ejército y no aciertan á enterarse del caso; pero no permanecen por mucho espacio en aquella incertidumbre, pues la nueva caballería flanquea á los enemigos del rey de Harran, acometiéndolos con tantísimo ímpetu, que los desbarata y aun derrota ejecutivamente, y no parando en esto, los acuchilla á casi todos.



DE MORA. 27.

El rey de Harran, que habia observado muy atentamente lo que habia sucedido, estaba atónito del arrojo de aquel cuerpo, cuyo auxilio inesperado habia decidido la victoria á favor suyo. Sobre todo estaba prendado de su caudillo, á quien habia visto pelear con extraordinario denuedo. Ansiaba saber el nombre de aquel héroe generoso, é impaciente por verle y darle las gracias, trata de reunirse con él y advierte que le sale al encuentro. Acércanse ambos príncipes, y el rey de Harran queda inmóvil de estrañeza y júbilo al reconocer á Codadac en el denodado guerrero que acababa de socor-

rerle derrotando á sus enemigos. «Señor,» le dijo Codadac, «sin duda debéis asombraros viendo de repente á un hombre quizá tenido por difunto. Y así fuera, si el cielo no me conservara para serviros contra vuestros enemigos. — ¡Ah hijo mio!» exclamó el rey, «¿es posible que te vuelva á ver? ¡Ay de mí! ya vivía y penaba desahuciado de alcanzar tantísima dicha.» Y diciendo así, alarga los brazos al jóven príncipe, quien le estrecha ansiosamente contra su pecho.

«Todo lo sé, hijo mio,» repuso el rey despues de haberle tenido largo rato abrazado, «sé la recompensa con que tus hermanos pagaron el servicio que les hicistes librándolos de las manos del negro; pero mañana quedarás vengado. Entretanto vamos á palacio; tu madre, á quien tantas lágrimas has costado, me aguarda para solemnizar conmigo la derrota de nuestros enemigos. ¿Cuánto será su regocijo al saber que mi victoria es obra tuya?—Señor,» dijo Codadac, «permitidme que os pregunte cómo habeis llegado á saber el suceso del castillo. ¿Os lo ha confesado alguno de mis hermanos, llevado de sus remordimientos?—No,» respondió el rey, «la princesa de Deryabar nos informó de todo, porque está en palacio, y sola ha venido á pedir justicia contra el atentado de tus hermanos.» Grande fué el gozo de Codadac al saber que la princesa su esposa se hallaba en la corte. «Vamos, señor,» exclamó enajenado, «vamos á ver á mi madre que nos aguarda, estoy ardiendo con el ansia de enjugar sus lágrimas y tambien las de la princesa de Deryabar.»

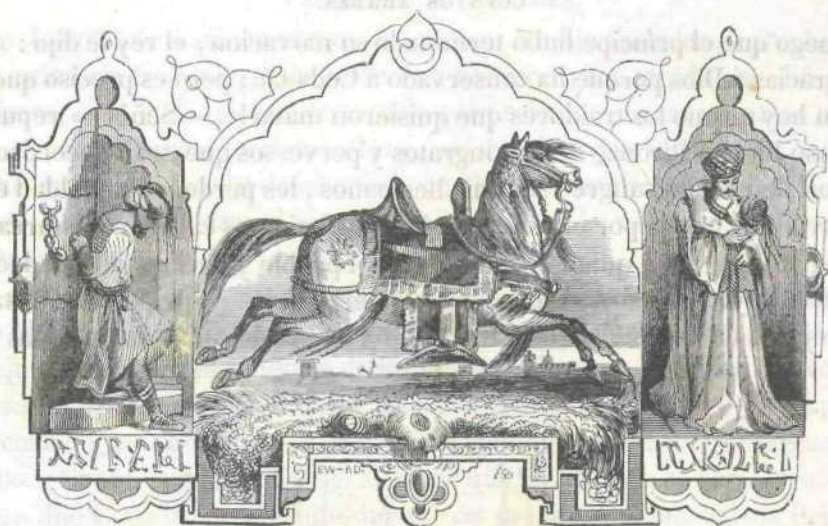
El rey tomó al punto el camino de la ciudad con su ejército, que despidió. Entró victorioso en su palacio en medio de las aclamaciones del pueblo que se le agolpaba en torno, pidiendo al cielo que prolongara sus dias y ensalzando el nombre de Codadac. Hallaron entrambos á Pirouze y á su nuera que estaban aguardando al rey para darle la enhorabuena. Pero fuera muy arduo el espresar el extremo de su alegría cuando vieron al príncipe que le acompañaba. Abrazáronse estrechísimamente derramando copiosas lágrimas, aunque muy diferentes de las que ya habian derramado por él. Luego que estas cuatro personas se hubieron desahogado, preguntaron al hijo de Pirouze por qué milagro estaba todavía vivo.

Respondió que un labrador montado en una mula, habiendo entrado casualmente en la tienda en que estaba desmayado, y viéndole solo y traspasado de puñaladas, le habia puesto sobre la mula y llevado á su casa, en donde le habia aplicado á las heridas ciertas yerbas mascadas que en poco tiempo le habian curado. «Luego que me hallé bueno,» añadió, «dí gracias al labrador y le regalé los diamantes que llevaba. Acerquéme luego á la ciudad de Harran; pero habiendo sabido en el camino que algunos príncipes vecinos habian reunido tropas y acometian á los súbditos del rey, me dí á conocer en las aldeas y estimulé el entusiasmo de sus pueblos para que tomaran su defensa. Armé gran número de jóvenes, y poniéndome á su frente, llegué en el trance de estar batallando entrambas huestes.»

Luego que el príncipe hubo terminado su narracion, el rey le dijo : « Demos gracias á Dios porque ha conservado á Codadac ; pero es preciso que perezcan hoy mismo los traidores que quisieron matarle. — Señor , » repuso el jeneroso hijo de Pirouze , « por ingratos y perversos que sean , acordaos de que son de vuestra sangre , son mis hermanos , les perdono su maldad é imploro vuestra gracia por ellos. » Aquellos sentimientos caballerosos arrancaron lágrimas al rey , quien mandó juntar el pueblo y declaró á Codadac por heredero suyo. Despues dispuso que trajeran á los príncipes que estaban aherrojados en un calabozo. El hijo de Pirouze les quitó las cadenas y los



abrazó uno tras otro , con tan entrañable afan como lo habia hecho en el patio del castillo del negro. El pueblo , prendado del carácter de Codadac , le aplaudió con entusiasmo. El rey colmó de beneficios al cirujano en agradecimiento de los servicios que habia franqueado á la princesa de Deryabar.



HISTORIA DEL CABALLO ENCANTADO.

Al referir al sultan de las Indias tantas historias entretenidas que escuchaba con suma complacencia, Cheherazada le contó tambien la del caballo encantado. Señor, le dijo, «no ignora vuestra majestad que el Nevzur, esto es, el nuevo día, que es el primero del año y de la primavera, así llamado por escelencia, es una festividad tan solemne y antigua en todo el ámbito de la Persia, aun desde los tiempos mas remotos de la idolatría, que la religion de nuestro profeta, por mas acertada y cierta que sea, no ha podido anonadarla, aun en nuestros dias, aun tildándola de pagana, demostrando que sus ceremonias son en extremo supersticiosas. No solo en las ciudades populosas, sino en todos los lugares y aldeas, se celebra con regocijos extraordinarios.

Pero los que se ejecutan en la corte descuellan sobre todos por la variedad de las diversiones peregrinas, ya nuevas, ya de los extranjeros de los estados vecinos, y aun de los distantes, atraidos por los premios y la liberalidad de los reyes con los que sobresalen por sus inventos é industria, de modo que nada puede parangonarse con la magnificencia que allí se ostenta.

En una de aquellas festividades, despues que los mas hábiles é ingeniosos del pais, con los extranjeros que habian concurrido á Chiraz en donde se hallaba á la sazón la corte, hubieron dado al rey y á sus palaciegos un recreo extraordinario, y el rey les hizo á cada uno presentes segun su mérito y primor; cuando se iba á retirar despidiendo aquel gran concurso, se presentó al pié del trono un Indio con un caballo galanamente enjaezado, y con tanta maestría concludido, que al verle se le hubiera tenido al pronto por un caballo verdadero.

Postróse el Indio delante del trono, y luego que se hubo levantado, señalando el caballo al rey, «Señor,» le dijo, «aunque me presento el último



ante vuestra majestad, con todo puedo asegurarla que no ha visto en este día nada tan portentoso y peregrino como el caballo sobre el cual suplico que eche una mirada.—No veo en ese caballo,» le dijo el rey, «sino el arte y el desempeño del artífice en asemejarlo al natural tanto como le ha sido asequible; pero cualquiera otro maestro pudiera hacer uno igual, y aun acaso superior.

—«Señor,» repuso el Indio, «tampoco es mi intento que considere vuestra majestad este caballo como un portento por su ejecucion exterior, sino por el uso que se hace de él, y al par de mí, cualquiera otro en comunicándole mi secreto. Montando en él, si quiero trasladarme por la rejion del aire á cualquier paraje de la tierra por distante que esté, lo ejecuto en poquísimo rato. En esto consiste, señor, el mérito de mi caballo, de que nunca se oyó hablar y de lo cual ofrezco hacer la esperiencia delante de vuestra majestad, si así lo dispone.»

El rey de Persia, que era amigo de lo portentoso, y que despues de tantos primores de esta clase que habia visto y deseado ver, nada habia oido que le fuese comparable, le dijo al Indio que solo la esperiencia que acababa de proponerle, podia venir á convencerle de la preeminencia de su caballo, y que estaba dispuesto á presenciirlo.

El Indio puso al punto el pié en el estribo, saltó con suma agilidad sobre el caballo, y cuando hubo colocado el pié en el otro estribo y se hubo afianzado en la silla, le preguntó al rey de Persia á dónde se dignaba enviarle.

A unas tres leguas de Chiraz habia un monte encumbrado que se descubria desde la plaza en que el rey de Persia se hallaba delante de su palacio , cuajada toda de jentío. « Ves aquel monte , » dijo el rey al Indio señalándose-lo con la mano ; « allí deseo que vayas : la distancia no es grande ; pero basta para que pueda formar concepto de la diligencia en ir y volver. Y como es imposible que la vista te siga hasta allá , en prueba de que has ido , te mando que me traigas una palma cortada de una palmera , que está en la falda del monte. »

Apenas el rey de Persia hubo acabado de manifestar su voluntad , cuando el Indio no hizo mas que dar vuelta á una clavija que sobresalia un poco en el cuello del animal , cerca del arzon de la silla. Al punto el caballo se remontó por los aires con el jinete como un relámpago , de modo que muy pronto le perdieron de vista , aun los que la tenian muy perspicaz , quedando el rey y sus palaciegos con todos los concurrentes atónitos al presenciar aquel portentoso.



Aun no habia pasado un cuarto de hora desde que el Indio habia partido , cuando le divisaron por los aires que volvía con una palma en la mano. Vié-

ronle por fin llegar encima de la plaza, y despues de haber dado muchas vueltas en medio de las aclamaciones de júbilo del pueblo, vino á posarse delante del trono del rey, en el mismo sitio desde donde habia partido, sin el menor vaiven del caballo que pudiera incomodarle. Echó pié á tierra, y acercándose al trono, se postró y depuso la palma á los piés del monarca.

El rey de Persia, no menos admirado que satisfecho del inaudito espectáculo que acababa de ofrecérle el Indio, entró en deseos de poseer el caballo, y como se persuadía que fácilmente se arreglaría con el Indio, por grande que fuese la suma que le pidiera, pues estaba en ánimo de concedérsela, lo miraba ya como la joya mas preciosa para su tesoro. «A juzgar de tu caballo por su exterior,» le dijo al Indio, «no podia imaginarme que debiese ser admirado en tanto grado como acabas de hacérmelo ver. Te agradezco el haberme desengañado, y para probarte el gran aprecio que de él hago, estoy pronto á comprártelo, si lo vendes.

«Señor,» respondió el Indio, «no dudé que vuestra majestad, reputado entre todos los reyes que en la actualidad ocupan los tronos de la tierra por el que mejor sabe juzgar los objetos y apreciarlos en su justo valor, haria la debida justicia á mi caballo, en el momento en que le diese á conocer cuan digno era de su atencion. Ya habia yo previsto que no se contentaria con celebrarlo colmadamente, sino que desearia al punto poseerlo, como acaba de manifestármelo. Por mi parte, señor, aunque conozco en cuanto cabe su valor, y que su posesion me proporciona medios de inmortalizarme en el mundo, con todo no es tan sumo el apego que le tengo, que no esté pronto á privarme de él por satisfacer la noble pasion de vuestra majestad. Pero al hacerle esta declaracion, tengo otra que comunicarle respecto á la condicion sin la cual no puedo determinarme á que pase á manos ajenas, y que acaso no le será tan agradable.

«Permítame vuestra majestad que le diga,» prosiguió el Indio, «que no compre este caballo. Cediómelo el inventor y fabricante al darle mi hija única en matrimonio, y al mismo tiempo exijió de mí que no lo vendiese, y que dado caso lo cediera á otro, fuera por medio de un cambio ventajoso.»

El Indio queria proseguir; pero al oir hablar de cambio, el rey de Persia le interrumpió. «Estoy pronto,» repuso, «á concederte el cambio que apetezcas. Ya sabes que mi reino es dilatado y que está lleno de ciudades poderosas, ricas y muy pobladas. A tu eleccion dejo la que te plazca elegir en pleno poder y soberanía para el resto de tu vida.»

Este cambio pareció verdaderamente rejio á toda la corte de Persia; pero era sumamente inferior á lo que el Indio se tenia ideado. Sus deseos se remontaban mucho mas, y así le respondió al rey: «Señor, doy sinceras gracias á vuestra majestad por el ofrecimiento que me hace y no me cabe agradecerle debidamente su jenerosidad. Con todo la ruego que no se ofenda si me atrevo á manifestarle que no puedo poner mi caballo en su posesion,

sino recibiendo de su mano por esposa la princesa su hija; pues tan sólo á este precio me avendré á cederle su absoluta propiedad.»

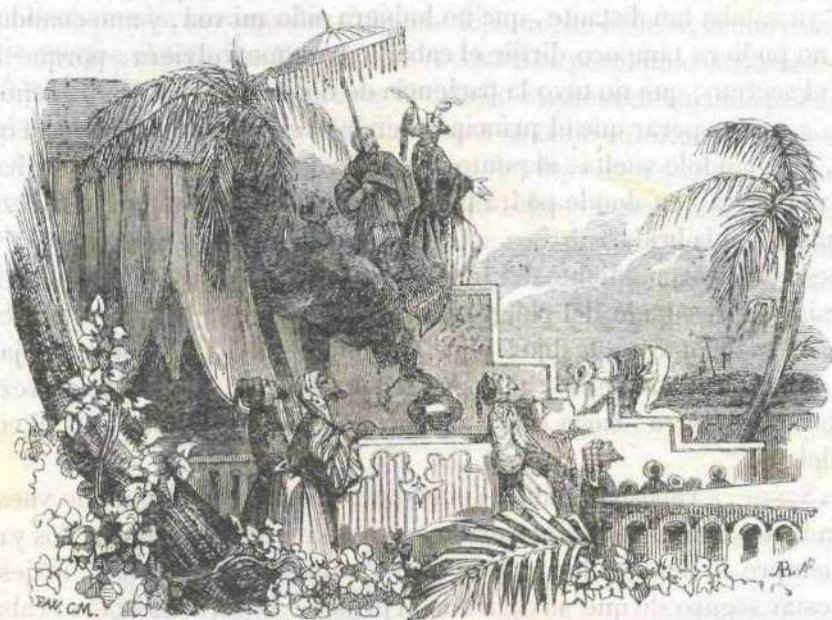
Los palacios que rodeaban al rey de Persia no pudieron menos de prorumpir en repetidas carcajadas á la extravagante peticion del Indio; pero el príncipe Firuz Chah, hijo mayor del rey y heredero presunto del reino, no pudo oirla sin prorumpir en raptos de ira. El monarca pensó de muy diferente modo y creyó que podia sacrificar la princesa de Persia al Indio por satisfacer su curiosidad. Sin embargo titubeó en tomar ó no aquel partido.

Visto por el príncipe Firuz Chah que el rey su padre estaba indeciso sobre lo que debia responder al Indio, temió que accediera á lo que pedia, lo cual hubiera mirado como igualmente injurioso á la dignidad real, á la princesa su hermana y á sí propio. Tomó la palabra, y anticipándose, «Señor,» le dijo, «perdóneme vuestra majestad si me atrevo á preguntarle si es posible que titubee ni un momento acerca de la negativa que debe dar á la insolente peticion de un desastrado, de un infame truhan, ni que aun le dé lugar á vanagloriarse por un instante de que va á contraer entronque con uno de los mas poderosos monarcas de la tierra. Ruégole que considere, no solo lo que se debe á sí mismo, sino tambien á su sangre y á la elevada alcurnia de sus antepasados.

—«Hijo mio,» respondió el rey de Persia, «recibo vuestro reparo como debo, y me alegro del afan que manifestais para conservar el esplendor de vuestra familia; pero no tomáis en consideracion lo esquisito de este caballo, ni que el Indio, que me propone este medio para adquirirlo, puede, si lo desecho, ir á otra parte á hacer la misma propuesta, en donde no se pararán en este puntillo, y me fuera muy sensible que otro monarca se vanagloriara de haberme aventajado en jenerosidad y privado de poseer el caballo, que conceptúo como lo mas singular y digno de admiracion que hay en el mundo. No por eso quiero dar á entender que consienta en concederle lo que pide. Quizá no está hecho cargo de la suma exorbitancia de su pretension, y cabe muy bien que orillando á la princesa, mi hija, tal sea el convenio que haga con él, que se dé por satisfecho. Pero antes que cerremos el ajuste, me alegraré de que examineis el caballo y lo probeis, para que podais fundar vuestro dictámen. No dudo que os lo quiera permitir.»

Como naturalmente uno se lisonjea con lo que apetece, el Indio, que creyó allá columbrar por las razones que acababa de oir que el rey de Persia no estaba muy ajeno de admitirle en su parentela, aceptando el caballo con aquella concesion, y que el príncipe, en vez de serle contrario como acababa de manifestarlo, podria serle favorable, muy lejos de oponerse á los deseos del rey, manifestó alegrarse; y en prueba de que consentia gustoso, apuntó al príncipe, acercándose al caballo, que estaba pronto para ayudarle á montar, y luego enterarle de lo que era preciso que hiciera para dirigirlo bien. El príncipe Firuz Chah con despejado garbo montó el caballo sin ayuda del

Indio, y apenas aseguró los pies en los estribos, cuando sin aguardar las advertencias del Indio, dió vuelta á la clavija que le habia visto tocar poco antes cuando se habia remontado. Tan pronto como le dió vuelta, el caballo le arrebató con la misma velocidad que una saeta disparada por algun robusto flechero, de modo que al cabo de algunos instantes el rey, toda su corte y el numeroso concurso lo perdieron de vista.



Ya no se divisaban el caballo ni el príncipe Firuz Chah, y el rey de Persia ahincaba en vano su vista para distinguirlo, cuando el Indio, sobresaltado de lo que acababa de suceder, se postró ante el trono y obligó al rey á echar la vista sobre él y escuchar atentamente el razonamiento que le dirigió en estos términos: «Señor,» le dijo, «vuestra majestad misma ha visto que el príncipe no me dió tiempo con su arrebató para que le hiciera las advertencias imprescindibles al manejo de mi caballo. Con presencia de lo que me vió hacer, ha querido manifestar que no necesitaba de mis consejos para marcharse y subir por los aires; pero ignora el encargo que iba á decirle para retroceder el caballo y volver al lugar de donde salió. Así, señor, la gracia que pido á vuestra majestad, es que no me haga responsable de lo que pueda sobrevenirle. Es vuestra majestad harto justiciero para imputarme las desgracias que pueden acontecerle.»

Las palabras del Indio desconsolaron en gran manera al rey de Persia, quien comprendió que el peligro en que se hallaba el príncipe su hijo era inevitable, siendo cierto, como el Indio lo decía, que hubiese un secreto para que cesase el caballo, diferente del que le hacía marchar y remontarse por los aires. Preguntóle enojado porqué no lo había llamado cuando lo había visto marcharse.

«Señor,» respondió el Indio, «vuestra majestad misma ha presenciado con que rapidez el caballo y el príncipe fueron arrebatados; la estrañeza que esperimenté y la que aun siento me privó al pronto del habla, y cuando me volvió, ya estaba tan distante, que no hubiera oído mi voz, y aun cuando la oyera, no pudiera tampoco dirigir el caballo para que volviera, porque ignoraba el secreto, que no tuvo la paciencia de oír de mi boca. Pero, señor,» añadió, «es de esperar que el príncipe viéndose en tal aprieto advierta otra clavija, que dándole vuelta, al punto el caballo dejará de remontarse y bajará hácia la tierra, en donde podrá posarse en el lugar que mejor le parezca, dirijiéndolo con la brida.»

A pesar del razonamiento del Indio, en apariencia muy fundado, el rey de Persia, sobresaltado del peligro inminente en que se hallaba el príncipe su hijo, «Supongamos,» le dijo, «que el príncipe advierta la otra clavija, y que la emplee atinadamente: ¿no puede suceder que el caballo, en vez de bajar hasta la tierra, caiga sobre algunas peñas ó se precipite con él en el fondo del mar?

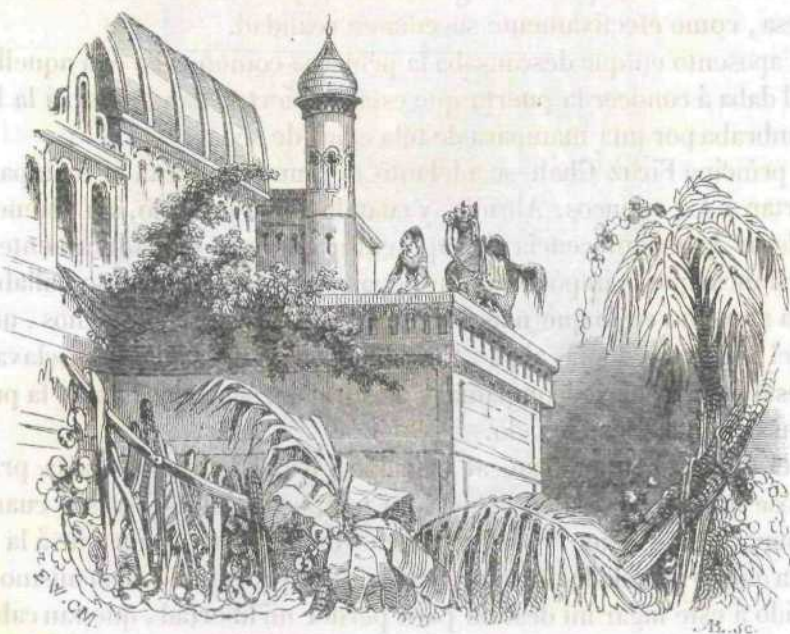
—«Señor,» repuso el Indio, «puedo desvanecer la zozobra de vuestra majestad, asegurándole que el caballo cruza los mares sin caer en ellos y que lleva siempre al jinete adonde este tiene ánimo de ir. Y vuestra majestad puede estar seguro de que advirtiéndole el príncipe la otra clavija, el caballo no lo llevará sino adonde quiera ir, y no es creíble que se dirija á paraje en que no halle auxilio ni pueda darse á conocer.»

A estas palabras del Indio, «Como quiera que sea,» replicó el rey de Persia, «ya que no puedo confiar en las seguridades que me das, me responderás con tu cabeza de la vida de mi hijo, si dentro de tres meses no le veo volver sano y salvo, ó adquiero noticias positivas de que esté vivo.» Al mismo tiempo, mandó que se apoderasen de su persona, y lo metiesen en una estrecha prision; y despues se retiró á su palacio, sumamente apesadumbrado de que la festividad de Nevruz, tan solemne en toda la Persia, se hubiese terminado de un modo tan aciago para él y su corte.

Entretanto el príncipe Firuz Chah fué arrebatado con la rapidez que ya dijimos, y en menos de una hora se vió tan elevado que ya nada distinguía sobre la tierra, en donde los montes y los valles le parecían confundidos con las llanuras. Entónces fué cuando trató de volver al lugar de donde había salido, y al intento empezó á dar vuelta á la misma clavija en sentido opuesto y á tirar por la brida; pero su admiracion fué estraordinaria, cuando vió que

el caballo le arrebatava con la misma rapidez. Volvióla en todos sentidos, pero sin que consiguiese su intento. Entónces conoció el grandísimo yerro que habia cometido en no informarse bien del Indio sobre el modo de dirigir el caballo antes de montarlo. Al punto comprendió el peligro en que se hallaba, mas no por eso perdió el tino, al contrario, se puso á examinar abincadamente la cabeza y cuello del caballo, y entónces descubrió otra clavija, menor y menos aparente que la primera, al lado de la oreja derecha. Dió vuelta á la clavija, y al punto observó que bajaba hácia la tierra por una línea semejante á la que habia seguido al subir; pero con menos rapidez.

Hacia media hora que las tinieblas de la noche cubrian la tierra en el paraje en que el príncipe Firuz Chah se hallaba perpendicularmente cuando dió vuelta á la clavija; pero como el caballo continuaba bajando, el sol se puso tambien muy pronto para él, hasta que se halló enteramente engolfado en la oscuridad. En aquel estado, en vez de elejir á su gusto un lugar en que apearse, se vió precisado á soltar la brida sobre el cuello del caballo, aguardando sufridamente que acabara de bajar, no sin zozobra acerca del lugar en que se posaria, esto es, si seria un lugar habitado, un desierto, un río ó el mar.



El caballo se detuvo y tocó á tierra cuando ya habian pasado las doce de la noche, y el príncipe Firuz Chah se apeó sumamente débil, porque no habia tomado alimento desde por la mudrugada del dia en que salió de palacio

con el rey, su padre, para asistir á las diversiones de la fiesta. Lo primero que hizo en medio de la oscuridad, fué reconocer el lugar en que estaba, y se halló en la azotea de un magnífico palacio, guarnecido con una balaustrada de mármol. Al ir examinando la azotea, encontró la escalera por donde se bajaba al palacio, cuya puerta no estaba cerrada, sino entreabierta.

Cualquiera otro, en la situacion del príncipe Firuz Chah, no se hubiera aventurado á bajar en medio de la gran oscuridad que reinaba á la sazón en la escalera, á la que se añadía la dificultad de tropezar con amigos ó enemigos; pero ninguna consideracion pudo detenerle. «No vengo á hacer daño á nadie,» dijo para consigo, «y probablemente los primeros que me vean sin armas en la mano tendrán la humanidad de escucharme, antes que se propasen contra mi vida.» Abrió mas la puerta con sumo tiento, y fué bajando con la misma cautela para no dar un paso en falso, lo cual hubiera podido despertar á alguien. Consiguió lo que deseaba, y en un descanso de la escalera, halló abierta la puerta de una gran sala, en la que había luz.

Detúvose el príncipe á la puerta para escuchar, y solo oyó el ruido de gente que dormía profundamente y roncaba de diferentes modos. Adelantóse un poco en la sala, y á la luz de un farol, vió que los que dormían eran eunucos negros, cada cual con su sable desenvainado junto á sí, por lo cual vino en conocimiento de que era la guardia del aposento de una reina ó de una princesa, como efectivamente sucedía en realidad.

El aposento en que descansaba la princesa comunicaba con aquella sala, lo cual daba á conocer la puerta que estaba abierta, dando paso á la luz que lo alumbraba por una mampara de tela clara de seda.

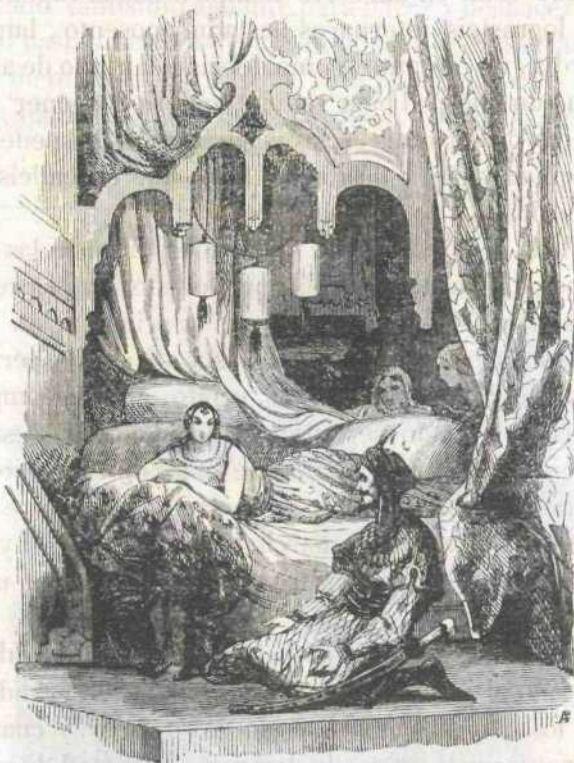
El príncipe Firuz Chah se adelantó de puntillas hasta la mampara, sin despertar á los eunucos. Abrióla, y cuando hubo entrado, sin detenerse en considerar la magnificencia del aposento, que era verdaderamente rejío, circunstancia que le importaba muy poco en el estado en que se hallaba, solo paró la atencion en lo que mas le interesaba. Vió muchos lechos, uno solo sobre el sofá, y los demás al pié. En estos estaban acostadas las esclavas de la princesa para hacerle compañía y asistirle en sus urgencias, y la princesa descansaba en el mas elevado.

Esta distincion manifestó al príncipe Firuz Chah cual era la princesa. Acercóse á su lecho sin despertarla, ni tampoco á sus esclavas, y cuando estuvo muy cerca, vió una beldad tan extraordinaria y peregrina que á la primera vista quedó prendado de amor. «¡Cielos!» prorumpió en sí mismo, «¿me ha traído á este lugar mi destino para perder mi libertad, que tan cabal preservé hasta este punto? ¿No debo esperar una esclavitud segura luego que haya abierto los ojos, si, como no pueden menos, acaban de comunicar brillantez y perfeccion á un conjunto de primores y de portentosos alicientes? Preciso es que me resuelva á ello, ya que no puedo retroceder sin ser homicida de mí mismo y que así lo decreta la necesidad.»

Terminadas estas reflexiones respecto al estado en que se hallaba y á la hermosura de la princesa, el príncipe Firuz Chah se puso de rodillas, y asiendo el extremo de la manga de la camisa de la princesa, que colgaba, y de la cual salía un brazo blanquísimo como la nieve y torneado á los mil primores, lo tiró levemente.

Abrió la princesa los ojos, y en medio de la estrañeza que le causó ver delante de sí á un mozo tan bien formado, ricamente vestido y de halagüeño semblante, permaneció sobrecojida sin dar ninguna señal de asombro ú de terror.

Avaloró el príncipe aquel trance tan propicio; inclinó la cabeza hasta la alfombra, y luego levantándola, «Respetable princesa,» le dijo; «por una aventura, la mas estraordinaria y portentosa que cabé en la imaginacion, veis á vuestros piés á un príncipe suplicante, hijo del rey de Persia, que se hallaba ayer mañana junto á su padre, en medio de los regocijos de una festi-



vidad solemne, y ahora se encuentra en un pais desconocido, espuesto á fenecer, si no teneis la jenerosidad de asistirle con vuestro amparo y dispensarle vuestra dignacion. Esta imploro, ó adorable princesa, confiado en que

no me la negaréis. Me lo persuado con tanto mayor motivo, por cuanto no cabe que la inhumanidad se cobije tras tanta hermosura, atractivo y majestad.»

La princesa á quien Firuz Chah afortunadamente se habia encaminado era la hija primojénita del rey de Bengala, quien le habia mandado edificar aquel alcázar á corta distancia de la capital, en donde solia disfrutar las delicias del campo. Luego que le hubo escuchado con toda el agrado imaginable, le respondió de esta manera: «Príncipe, sosegaos, no os hallais en mi pais bárbaro. El hospedaje, la humanidad y la política reinan en los estados de Bengala, como en el reino de Persia. No soy yo la que os concedo la proteccion que me pedis; teneis derecho á ella, no solo en mi palacio, sino tambien en todo el reino. Podeis creerme y fiaros en mi palabra.»

El príncipe de Persia queria dar gracias á la princesa de Bengala por su atencion y la fineza que tan jenerosamente acababa de concederle, y ya habia bajado la cabeza con esta intencion; pero la princesa no le dió tiempo á que hablara. «Por vehemente que sea,» añadió, «el deseo de saber de qué modo habeis podido venir en tan corto tiempo desde la capital de Persia, y por qué ensalmo lograsteis internaros hasta mi aposento, burlando la vijilancia de mi guardia, no obstante, como debeis estar falto de alimento y que os considero como un huésped bien venido, quiero posponer mi curiosidad para otra hora y dar orden á mis esclavas para que os hospeden en mis aposentos y os obsequien y dejen descansar hasta que os halleis en estado de satisfacer mi curiosidad, y yo de escucharos.»

Las esclavas de la princesa, que se habian despertado á las primeras palabras que el príncipe Firuz Chah habia encaminado á la princesa su señora, tanto mas atónitas viéndole junto al lecho de la princesa, en cuanto no les cabia alcanzar cómo habia podido llegar hasta allí sin despertarlas, como tampoco á los eunucos; aquellas esclavas, repito, apenas comprendieron el ánimo de la princesa, cuando se vistieron prontamente y estuvieron dispuestas á ejecutar sus órdenes al punto que se las dió. Cojieron cada una su bujía de las que alumbraban el aposento, y cuando el príncipe se hubo despedido retirándose rendidamente, marcharon delante de él y le llevaron á un hermosísimo aposento en que unas le prepararon su lecho, mientras otras se fueron á la cocina

Aunque tan á deshora, las esclavas de la princesa de Bengala no hicieron aguardar mucho rato al príncipe Firuz Chah. Trajeron grande abundancia de manjares, de los que escojió lo que fué de su gusto, y cuando hubo comido bastante, levantaron la mesa y le dejaron en libertad de acostarse, despues de haberle enseñado muchos armarios en los que hallaria cuanto pudiera necesitar.

La princesa de Bengala, embargada tras la jentileza, persuasiva y demás prendas sobresalientes del príncipe de Persia, que habia podido notar en la breve conversacion que acababa de tener con él, no habia podido cojer el

sueño, cuando sus mujeres volvieron á su aposento. Preguntóles si se habian esmerado en agasajarle, si le habian dejado satisfecho, si tenia cuanto podia necesitar, y sobre todo qué les parecia de aquel príncipe.

Sus mujeres, despues de haber satisfecho á sus primeras preguntas, contestaron á la última : « Princesa, no sabemos cómo pensais sobre este punto ; pero en cuanto á nosotras, os tendríamos por muy dichosa, si el rey, vuestro padre, os diese por esposo á un príncipe tan precioso. En la corte de Bengala no hay uno que pueda comparársele, y tampoco sabemos que lo haya en los estados circunvecinos. »

Este razonamiento lisonjero no disgustó á la princesa de Bengala ; pero como no queria desentrañar sus impulsos, las hizo callar diciendo : « Sois unas habladoras, acostaos y dejadme descansar. »

Al dia siguiente, lo primero que hizo la princesa cuando se levantó, fué pensar en su tocado ; hasta entónces no se habia molestado tanto en peinarse y engalanarse consultando con su espejo. En ninguna ocasion, sus esclavas habian necesitado tantísimo aguante para hacer y deshacer varias veces un mismo adorno hasta que estuviese contenta. « No desagradé al príncipe de Persia á pesar de mi desaliño, » decia para consigo ; « otro será su concepto cuando me vea ataviada. » Adornóse la cabeza con los diamantes mas grue-



sos y resplandecientes, un collar, brazaletes y un cinturón bordado de pedrería de un valor imponderable; y el traje que se vistió era de una tela riquísima de las Indias, que solo se fabricaba para los monarcas y príncipes, y de un color que daba sumo realce á su persona. Despues de haber consultado con su espejo repetidas veces y haber preguntado á sus esclavas una tras otra si faltaba algo á su adorno, envió á preguntar si el príncipe de Persia estaba despierto; y en el caso que lo estuviese y aun vestido, no dudando que pediría presentarse ante ella, encargó que le dijese que ella misma iba á visitarle, y que tenia motivos para proceder así.



El príncipe de Persia, que habia recobrado de día los atrasos de la noche, y descansado completamente de su molesto viaje, acababa de vestirse, cuando recibió el saludo de la princesa de Bengala por una de sus esclavas.

El príncipe, sin dar tiempo á que esta le comunicara lo que tenia que decirle, le preguntó si la princesa se hallaba en estado de que le tributase su rendido acatamiento. Pero cuando la esclava hubo cumplido la orden que tenia, « La princesa, » dijo, « es dueña de hacer lo que guste, y yo solo estoy en su palacio para ejecutar sus mandatos. »

Apenas la princesa de Bengala supo que el príncipe de Persia la aguardaba, cuando se fué en su busca. Despues de los cumplimientos recíprocos, por parte del príncipe de haber despertado á la princesa en lo mejor del sueño, por lo cual le pidió mil perdones, y por parte de la princesa, que le preguntó cómo habia pasado la noche y en qué estado se hallaba, la princesa se sentó en el sofá, y otro tanto hizo el príncipe, colocándose á cierta distancia por respeto.

Entonces la princesa tomando la voz le dijo : «Príncipe , hubiera podido recibiros en el aposento en que me hallasteis acostada ; pero como el primer eunuco tiene la libertad de entrar en él y nunca se interna hasta aquí sin mi permiso , ansiosa como estoy de saber la aventura estrañísima que me proporciona la dicha de veros , he preferido venir aquí , como paraje en que nadie ha de venir á interrumpirnos : hacedme pues la fineza de complacerme con la relacion que os pido.»

Con el afan de agradar á la princesa de Bengala , el príncipe Firuz Chah empezó su narracion con la festividad solemne y anual de Nevruz en todo el reino de Persia , refiriéndole todas las diversiones dignas de su curiosidad que habian sido el entretenimiento de la corte persa y casi jeneralmente de la ciudad de Chiraz. Habló despues del caballo encantado , cuya descripcion , unida al pormenor de las maravillas que el Indio montado en él habia mostrado á tan esclarecida concurrencia , convenció á la princesa de que no podia imaginarse en el mundo maravilla mas peregrina. «Princesa , » prosiguió el príncipe , «ya os podeis imaginar que el rey mi padre , que no perdona gasto alguno para aumentar sus tesoros con las preciosidades mas raras y curiosas que pueden llegar á su conocimiento , debe haber tenido un vehemente deseo de poseer un caballo de esta clase , y así no titubeó en preguntar al Indio en cuanto lo justipreciaba.

«Su contestacion fué verdaderamente estrañísima , pues dijo que no habia comprado el caballo , sino que lo habia adquirido en cambio de una hija única que tenia , y como no podia privarse de él sino á iguales condiciones , solo se lo cederia , casándose , bajo su consentimiento , con la princesa , mi hermana.

«Los muchos palaciegos que rodeaban el trono del rey , mi padre , al oir aquella propuesta desatinada , se burlaron de ella en alta voz , y por mi parte , cobré tal enojo que no me fué dable disimularlo , con tanto mas motivo por cuanto advertí que el rey , mi padre , titubeaba acerca de lo que debia contestarle. Con efecto , creí presenciar el trance en que iba á concederle su demanda , á no haberle yo advertido resueltamente el borron que iba á echar sobre su gloria. Sin embargo , mis reparos no alcanzaron á retraerle enteramente de su intento en sacrificar á la princesa mi hermana á un hombre tan despreciable , quien conceptuó que accederia á sus deseos , si llegaba á comprender cuan apreciable era aquel caballo por su artificio. Con esta mira quiso que lo examinase y montase , haciendo yo mismo la prueba.

«Monté el caballo por complacer á mi padre , y cuando me hube afianzado en la silla , como habia visto al Indio dar vuelta á una clavija para poner en movimiento al caballo , sin esperar á que me diese la menor instruccion , hice otro tanto ; al momento el caballo se remontó conmigo por los aires con mucha mas velocidad que la de una saeta disparada por el flechero mas robusto y experimentado.

«En poco tiempo me hallé tan distante de la tierra, que no distinguia los objetos; me parecia que estaba tan cerca de la bóveda celeste, que temí estrellarme contra ella. Con el rápido movimiento en que iba arrebatado, perdí el sentido, y por largo rato no pude conocer el riesgo que corria. Di vuelta á la clavija en sentido opuesto; pero no esperimenté los efectos que esperaba. El caballo continuaba remontándose hasta el cielo y alejándose cada vez mas de la tierra. Al fin vi otra clavija, y dándole vuelta, empecé á descender; pero pronto me hallé en la oscuridad por haber anochecido, y no siéndome posible dirigir el caballo para que posase en un paraje en que no corriese peligro, mantuve las riendas del mismo modo, y me entregué en manos de la divina Providencia.

«El caballo tocó á tierra, me apeé, y registrando el sitio en que me hallaba, vi que era la azotea de este palacio. Hallé la puerta de la escalera abierta, bajé sin meter ruido y encontré una puerta abierta por la que se veia el resplandor de una luz. Adelanté la cabeza, y como vi eunucos dormidos y un gran resplandor al través de una mampara, la situacion en que me hallaba, no obstante el inevitable riesgo que me amenazaba, si alguno de los eunucos se hubiese despertado, me infundió el arrojo, por no decir temeridad, de adelantarme con tiento y abrir la mampara.



«No hay, señora,» añadió el príncipe, «que deciros mas, pues ya lo sabeis. Réstame tan solo el daros gracias por vuestra dignacion y jenerosidad, suplicándoos me manifesteis de qué modo puedo mejor mostraros mi reco-

nocimiento por tan sumo beneficio, de modo que vengais á quedar colindamente satisfecha. Como, segun el derecho de jentes, ya soy vuestro esclavo, y no puedo ofreceros mi persona, no me queda mas que mi corazon. ¡Qué digo, señora! ya no me pertenece; vuestros primores me lo han arrebatado, y de una manera tal, que lejos de pedíroslo, allá va; vuestro es. Así, permitidme que os declare cómo, no solo sois dueña de mi corazon, sino tambien de mi albedrío.»

Estas últimas palabras del príncipe Firuz Chah sonaron pronunciadas con acento tan entrañable que ya no le quedó duda á la princesa de Bengala del efecto que esperaba surtiese su atractivo. No extrañó la arrebatada declaracion del príncipe de Persia. El rubor que sonrosó su rostro la hizo parecer mas peregrina y encantadora á los ojos del príncipe.

Cuando Firuz Chah calló, «Príncipe,» le respondió la princesa, «si la satisfaccion que me han causado los portentos que acabo de oir ha sido grande, por otra parte he temido mucho al consideraros en la elevada rejion del aire, y á pesar de teneros delante sano y salvo, siempre he estado zozobrosa hasta que me habeis dicho que el caballo del Indio se habia posado en la azotea de este palacio. Lo mismo podia haberos sucedido en otros muchos parajes; pero estoy satisfecha de que la casualidad me haya dado la preferencia y á vos la ocasion de conocer que podriais haberos posado en otra parte, pero en ninguna donde fueseis recibido mas graciamente y de mejor voluntad.

«Así, príncipe, me tendria por ofendida, si creyese que vuestro intento de ser mi esclavo fuese formal y no lo atribuyese á vuestra honradez mas bien que á un impulso entrañable; y el recibimiento que os hice ayer no puede menos de daros á conocer que tan libre sois aquí como en la corte de Persia.

«En cuanto á vuestro corazon,» añadió la princesa en acento graciable, «como estoy persuadida de que no habeis estado hasta ahora sin disponer de él, y habréis escogido princesa muy digna, sentiria daros motivo á que le fueseis infiel.»

Quiso Firuz Chah protestar á la princesa que habia salido de Persia siendo dueño de su corazon; pero al ir á tomar la palabra, una de las damas de la princesa á quien competia el encargo vino á avisar que la comida estaba en la mesa.

Esta interrupcion atajó á entrambos una explicacion trabajosa por ambas partes, sin ser conducente para intento alguno. La princesa de Bengala estaba plenamente convencida de la sinceridad del príncipe; y en cuanto á él, aunque la princesa no se habia explicado, con todo juzgó por sus palabras y el modo favorable con que habia sido escuchado, que tenia motivos para estar satisfecho de su suerte.

Como la esclava tenia la mampara abierta, la princesa, levantándose, di-

jo al príncipe, que hizo otro tanto, que no solia comer tan temprano; pero como suponía que le habían dado escasa cena, había mandado servir la comida mas temprano de lo acostumbrado. Al terminar estas palabras, le condujo á un magnífico estrado en el que estaba la mesa dispuesta y cubierta toda de excelentes viandas. Sentáronse á la mesa, y entónces las esclavas de la princesa empezaron un concierto vocal é instrumental que duró toda la comida.



Como el concierto era suave y no estorbaba al príncipe el conversar, pasaron gran parte de la comida, la princesa sirviendo al príncipe y brin-



dándole á que comiese, y este por su parte sirviéndola con lo que le parecia mas delicado, con modales y palabras tiernas, correspondido todo con iguales cumplidos por parte de la princesa. En esta mutua alternativa de agasajos, hizo mas progresos el amor por una y otra parte que en un avistamiento premeditado.

Levantáronse por fin de la mesa, y pasaron á un espacioso gabinete, cuya magnificencia era extraordinaria, ya por los ricos muebles que lo adornaban como por la simetría de las pinturas. Sentáronse en el sofá, desde el cual se estendia la vista por el jardin del palacio, que llamó la atencion del príncipe Firuz Chah por la variedad de las flores, arbustos y árboles muy diferentes de los de Persia, y que en nada les eran inferiores por la hermosura. Aprovechando la coyuntura de entablar con aquel motivo conversacion con la princesa, « Habia creído, » dijo, « que solo en Persia se hallaban magníficos palacios y portentosos jardines dignos de la majestad soberana; pero ya veo que do quiera hay grandes reyes que saben construir moradas correspondientes á su señorío, y si hay diferencia en el modo de edificarlas y en los adornos, se asemejan en la grandiosidad y riqueza.

—«Príncipe, » repuso la princesa de Bengala, « como no tengo la menor especie acerca de los palacios de Persia, no puedo daros mi dictámen en ese parangon que estáis haciendo con el mio. Pero por sincero que os conceptúe, á duras penas me vendré á enterar sobre ese punto. Permitidme que os manifieste como tengo esas espresiones por partos de vuestra atencion, y aunque no trato de menospreciar mi palacio ante vos, pues teneis muy buenos ojos y delicado gusto para juzgar de él con acierto, os aseguro que lo conceptúo muy inferior, cuando lo comparo con el del rey mi padre, que le aven-



taja mucho en estension, hermosura y magnificencia. Vos mismo me diréis vuestro parecer cuando lo hayais visto. Ya que la casualidad os ha traído á la capital de este reino, yo no dudo de que estaréis deseoso de verla y saludar al rey mi padre, para que os trate con los honores debidos á un príncipe de vuestra clase y méritos.»

Al mover la curiosidad del príncipe de Persia de ver el palacio de Bengala y saludar al rey su padre, se lisonjeaba la princesa de que si podia conseguirlo, quizá su padre, viendo á un príncipe tan aventajado, se determinaría á proponerle un enlace, ofreciendo dársela por esposa. Y estando bien persuadida de que no la miraba el príncipe con tibieza, y que este no rehusaría contraer aquel matrimonio, esperaba llegar al cumplimiento de sus deseos, aunque con el decoro adecuado á una princesa que trataba de mostrarse sumisa á la voluntad del rey su padre. Pero el príncipe de Persia no le dió sobre este punto la contestacion halagüena que estaba ansiando.

«Princesa,» repuso el príncipe, «lo que acabais de decirme sobre la preferencia que dais al palacio del rey de Bengala basta para que no tenga reparo en creer que es sincera vuestra narracion. En cuanto á la propuesta que me haceis de tributar mis atenciones al rey vuestro padre, ese logro me redundaría en suma complacencia y aun realce. Pero juzgadlo vos misma, princesa,» añadió; «¿me aconsejariais que me presentase ante la majestad de tan gran monarca, como un aventurero sin el séquito correspondiente á mi jerarquía?

—«Príncipe,» repuso la princesa, «no os acongojeis sobre ese particular, pues con tal que lo apetezcáis, no os ha de faltar caudal para ajenciaros



el séquito que necesitais ; yo os lo proporcionaré. Hay aquí comerciantes de vuestra nacion ; y así podeis tomar lo que creais conveniente para presentaros con esplendor.»

El príncipe Firuz Chah penetró desde luego el ánimo de la princesa de Bengala ; y la prueba palpable que le estaba dando de su amor aumentó la pasión que habia cobrado para con ella ; mas por vehemente que fuese, no le descarrió de su decoro. Replicóle sin titubear : «Princesa , con gran gusto admitiera la jenerosa oferta que me haceis , por la cual no hallo palabras para manifestaros mi reconocimiento, si no me retrajese la zozobra que estará padeciendo el rey mi padre con mi ausencia. Fuera indigno del cariño entrañable con que siempre me ha tratado, si no volviera pronto á su lado para desvanecerla. Le conozco y estoy persuadido que mientras tengo ya la dicha de disfrutar la conversacion de una princesa tan digna , está batallando con su mortal desconsuelo y está ya desahuciado de mi existencia. Espero que me haréis la justicia de comprender que no puedo sin ingratitud , y aun sin delito, desentenderme de ir á volverle la vida, que pudiera hacerle perder dilatando mi regreso.

«En vista de esto , princesa ,» añadió Firuz Chah , «si me lo permitis y me juzgais digno de pretender á la dicha de ser vuestro esposo , como el rey, mi padre, me ha manifestado siempre que no queria violentarme en la eleccion de una esposa , creo que no tendrá reparo en dejarme volver , no cual un desconocido , sino como príncipe , pidiendo de su parte al rey de Bengala vuestra mano. Estoy persuadido que él mismo se mostrará dispuesto al intento , cuando le haya informado de la jenerosidad con que me acogisteis en mi desgracia.»

Tras el modo con que acababa de explicarse el príncipe , la princesa era harto discreta para insistir en que se presentase al rey de Bengala , ó exigir de él que obrase contra una obligacion tan sagrada. Pero se sobresaltó al oírle mentar su próxima partida , temiendo que si se ausentaba tan pronto de su lado , muy lejos de cumplir la palabra que le daba , la habia de olvidar en dejando de verla. Para hacerle variar de intento , le dijo : «Príncipe , al proponeros contribuir á ponerlos en estado de presentaros al rey mi padre, no era mi ánimo oponerme á una excusa tan lejitima como la que me habeis dado , y que no habia previsto. Me haria cómplice de vuestro yerro, si insistiese en tal empeño. Pero no puedo aprobar que penseis en partir tan pronto. Concededme la fineza que os pido , y ya que he sido tan venturosa en que llegaseis á Bengala mas bien que á un desierto ó á la cumbre de un risco de donde no os pudieseis apear , permaneced aquí el tiempo suficiente para poder llevar á la corte de Persia noticias mas circunstanciadas.»

Estas palabras de la princesa no tenían otro objeto mas que retener al príncipe á su lado para que con el tiempo se fuese prendando mas y mas de su atractivo, esperanzada de que por aquel medio amainaria su ansia de volver á

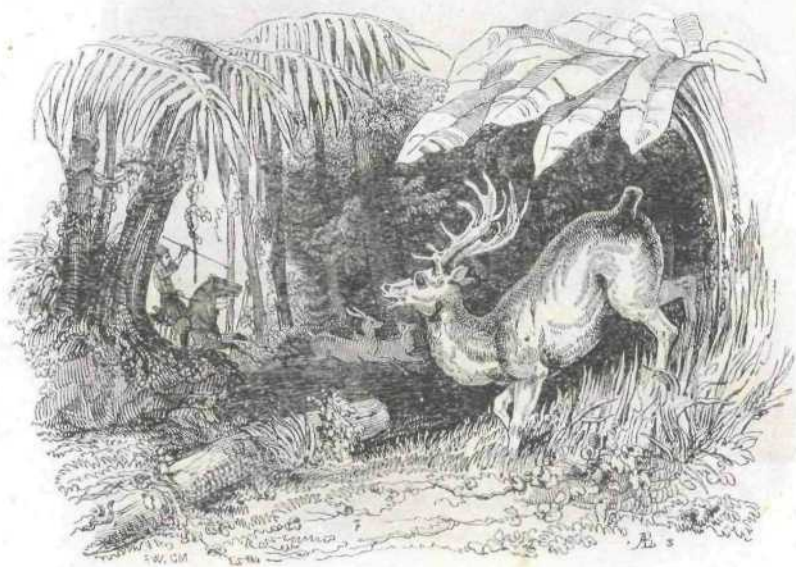
Persia y se determinaria á comparecer en público y presentarse al rey de Bengala. No pudo el príncipe negarse á sus deseos, tras la favorable acogida que le habia hecho. Avínose á condescender, y la princesa ya no trató mas que de amenizarle su permanencia con todos los recreos imaginables.



Durante muchos dias, todo se volvió funciones, saraos, conciertos, banquetes ó cenas magníficas, paseos por el jardin de palacio y cacerías en el parque, donde habia toda clase de animales, venados, ciervos, corzos, gamos, cabras monteses y otros peculiares al reino de Bengala, cuya caza sin demasiado riesgo cuadraba á la princesa.

Terminadas las cacerías, reuníanse en algun paraje agradable del parque, donde les tendian una alfombra con almohadones, á fin de que estuviesen con toda comodidad. Allí, cobrando aliento y descansando del ejercicio violento que acababan de hacer, conversaban de diferentes asuntos. La princesa jeneralmente hacia recaer la conversacion sobre la magnificencia, poderío, riquezas y gobierno de Persia, á fin de que de la relacion de Firuz Chah, pudiese ella tomar pié para hablarle del reino de Bengala y de sus escelencias, y por este medio inclinarle á quedarse. Pero sucedió todo lo contrario de cuanto habia ideado.

Con efecto, el príncipe, sin abultar la realidad, fué circunstanciando tan ventajosamente las grandezas y alicientes del reino de Persia, el opulento señorío que habia, las fuerzas militares, su comercio por mar y tierra hasta



con los países mas lejanos, algunos de los cuales le eran enteramente desconocidos, y el sinnúmero de ciudades populosas al par de la capital, en las que habia palacios alhajados en disposicion de habitarse, segun las diferentes estaciones, de modo que solo pendia de su voluntad el gozar de una perpetua primavera, que antes que hubiese acabado su relacion, la princesa conceptuó el reino de Bengala por sumamente inferior al de Persia por muchos respectos. Sucedió que cuando hubo terminado su narracion y le rogó que le refiriese por su parte las particularidades del reino de Bengala, solo tras repetidas instancias del príncipe se avino á relatarlas.

La princesa trató de complacer al príncipe Firuz Chah; mas pasando por alto varias particularidades que sobreponen el reino de Bengala al de Persia, le dió tambien á conocer lo dispuesta que estaba á acompañarle; pero el príncipe no creyó conveniente apuntarle aquella especie hasta haberla complacido permaneciendo á su lado bastante tiempo para que no le cupiesen fundadas razones, dado caso de que quisiese retenerle é impedirle de cumplir el deber indispensable de partir junto al rey su padre.

Durante dos meses, Firuz Chah se rindió por entero al absoluto albedrío de la princesa, aviniéndose á cuantos deportes pudo idear y en que quiso engolfarse, como si hubiese de pasar toda su vida con ella por aquel rumbo. Pero cumplido aquel término, le manifestó formalmente que hacia ya dema-

siado tiempo que estaba quebrantando su obligacion, y la rogó que le concediese al fin la libertad para acudir á cumplirla, repitiéndole la promesa que



le habia hecho de volver inmediatamente, con un tren digno de entrambos, á pedirla en casamiento, con arreglo á los usos mas solemnes, al rey de Bengala.

«Princesa,» añadió el príncipe, «quizá maliciais de mis palabras, y por el permiso que os pido me habeis colocado ya en la línea de los amantes fermentidos que olvidan el objeto de su cariño en desviándose de su presencia. Mas para probaros mi verdadera pasion y que la vida no me puede ser apreciable sino con una princesa tan sobresaliente como vos, que me amais, como no me cabe dudarlo, me atreveria á pedir os la fineza de veniros conmigo, si no temiese que lo tuvieseis por agravio.»

Notó Firuz Chah que la princesa se habia sonrojado, y que sin dar muestra del menor desabrimiento, titubeaba sobre el partido que debía tomar. «Princesa,» continuó, «puedo afianzaros la anuencia del rey mi padre, y el fino recibimiento que os ha de hacer. En cuanto al rey de Bengala, tras las muestras de cariño entrañable y miramiento decoroso que siempre ha tenido y está todavía abrigando para con vos, seria preciso que fuese otro muy diverso del que me habeis retratado, esto es, enemigo de vuestra dicha y sosiego, si no recibiese favorablemente la embajada que el rey mi padre le enviará para obtener su beneplácito.»

Nada contestó la princesa á las palabras del príncipe; pero su silencio y su mirar hácia el suelo le dieron á entender mejor que cualquiera otra declaración que no le cabia repugnancia en acompañarle y que consentia en la propuesta. La única objecion que ponía era que el príncipe no estuviese aun



ducho en dirigir el caballo, y que temía que se hallase en los mismos apuros que cuando hizo el ensayo. Pero el príncipe Firuz Chah desvaneció aquella zozobra, asegurándole que podía fiarse de él, y que tras lo que le habia sucedido, podía retar al mismísimo Indio, que no pensase mas que en providenciar todo lo oportuno para partir sijilosamente de su palacio, sin que nadie llegase á maliciar su intento.

Arreglado todo á medida de su deseo, á la madrugada siguiente, y antes de amanecer, mientras que todos en palacio yacían entregados al sueño, salieron entrambos á la azotea, volvió el príncipe el caballo hácia el rumbo de Persia, y lo arrimó á un sitio en que la princesa podía subir para sentarse con toda comodidad. Montó él primero, y cuando la princesa se hubo acomodado, pasándole los brazos en derredor del cuerpo para mas afianzarse, y le avisó que ya podían partir, dió vuelta á la clavija como lo habia hecho en la capital de Persia, y el caballo los arrebató por los aires.

Iba el potro hendiendo el ambiente con su velocidad acostumbrada, y el príncipe Firuz Chah lo gobernó de modo que en dos horas y media descubrieron la capital de Persia. No fué á posarse en la plaza de que habia partido, ni al mismo alcázar del sultan, sino á un palacio de recreo cerca de la

ciudad. Condujo á la princesa al mejor aposento , en el que la dejó, diciéndole que para tributarle los honores que le correspondian , iba á avisar al sul-



tan de su llegada , y volveria á verla al momento ; que entre tanto daba órden al mayordomo de palacio , que estaba presente , que le proporcionase cuanto podia necesitar.

Acomodada la princesa en el aposento , Firuz Chah dijo al mayordomo que le hiciese ensillar un caballo. Trajéronselo , y cuando lo hubo montado , reencargó al sirviente que sobre todo aprontase el desayuno á la princesa , y partió en seguida. En el camino y por las calles que atravesó para llegar á palacio , fué recibido por el vecindario con repetidos vivas que demostraban su júbilo inesperado , tras el quebranto de darlo por perdido para siempre. El sultan estaba dando audiencia cuando se presentó ante él en medio de su consejo , que estaba en traje de luto , como el sultan , desde que habia desaparecido con el caballo. Abrazólo derramando lágrimas de ternura , y le preguntó con afán qué habia sido del caballo del Indio.

Esta pregunta dió campo al príncipe para referir á su padre el apuro en que se habia hallado cuando el caballo le hubo elevado por los aires , de que modo habia salido del paso , y en seguida como habia llegado al palacio de la princesa de Bengala , la fina acojida que le habia merecido , el motivo que le obligara á permanecer con ella mas de lo que debiera y su condescendencia como una prueba de reconocimiento , hasta conseguir al fin que le acompañase á Persia , tras de comprometerse en ser su esposo.

«Señor,» añadió el príncipe al terminar, «habiéndole también prometido que no me rehusaríais vuestro beneplácito, acabo de traerla conmigo en el caballo del Indio; la he dejado en uno de los palacios de recreo de vuestra majestad, en donde espera que vaya á participarle que no en vano me apalabré solemnemente, aunque á solas con ella.»

Al terminar el príncipe su relación, se postró ante el sultán como para pedirle su consentimiento; pero el sultán se lo estorbó, deteniéndolo y abrazándole por segunda vez. «Hijo mío,» le dijo, «no solo consiento en tu casamiento con la princesa de Bengala, sino que quiero ir á ver para darle las gracias por la fineza que le merezco, traerla á mi palacio, y hoy mismo celebrar el desposorio.»



El sultán, después de haber dado órdenes para el recibimiento de la princesa de Bengala, mandó que dejasen el traje de luto y que empezasen los regocijos con el toque de trompetas, tambores, atabales, y demás instrumentos guerreros, é hizo que fuesen á buscar al Indio á la cárcel y se lo trajesen.

Presentóse el Indio y el sultán le dijo: «Te habia encarcelado á fin de que tu vida, que no obstante no hubiera sido una víctima suficiente ni á mis iras ni á mi quebranto, me respondiese de la del príncipe mi hijo. Da gracias á Dios de que lo he vuelto á hallar. Vete, recobra tu caballo y no vuelvas á presentarte ante mi vista.»

Cuando el Indio se vió libre, como los que habian ido á buscarle á la cárcel le habian contado la vuelta del príncipe con la princesa que habia condu-

cido en el caballo encantado, el lugar en que habian echado pié á tierra y en el que la habia dejado, y que el sultan se aprontaba para ir en su busca y conducirla á palacio, no titubeó en adelantarse, y sin pérdida de tiempo llegó al palacio de recreo, y dirigiéndose al mayordomo, le dijo que venia de parte del sultan de Persia para conducir á la princesa de Bengala en grupa del caballo por los aires, diciendo que la estaba esperando en la plaza de palacio para recibirla y ostentar aquel espectáculo en su corte y á la ciudad de Chiraz.»



El mayordomo conocia al Indio y sabia que el sultan le habia hecho prender, pero tuvo menos dificultad en darle crédito, pues le veia en libertad. Presentóse á la princesa, y tan pronto como se enteró de que venia de parte del príncipe de Persia, consintió en lo que suponía estaba deseando el príncipe.

Viendo el Indio la facilidad con que podia llevar á cabo su alevosía, montó á caballo, colocó á la princesa en la grupa con ayuda del mayordomo, y dando vuelta á la clavija, al momento el caballo le encumbró por los aires con su presa.

En aquel mismo instante, el sultan de Persia, seguido de su corte, salia de palacio para ir al de recreo, y el príncipe se habia adelantado para imponer á la princesa en el ceremonial de su recibimiento, cuando el Indio con dañada intencion pasaba por encima de la ciudad, para burlarse del sultan y del príncipe y vengarse de la tropelía cometida con él, segun decia.

Cuando el sultan divisó al robador, no lo desconoció, y paróse con tanta mayor pesadumbre por cuanto no le cabia vengarse del gran bochorno que le causaba con tamaña publicidad. Prorumpió en amarguísimos denuestos contra él, y otro tanto hicieron sus propios palaciegos y demás que presenciaron tan alevoso desacato.

El Indio, desentendiéndose de aquel cúmulo de baldones que estaba oyendo, continuó su rumbo, en tanto que el sultan de Persia se volvía á palacio, desesperado con la imposibilidad de su desagravio.

¡Pero cuál fué el pesar del príncipe Firuz Chah cuando vió por sus propios ojos, sin poderlo estorbar, que el Indio le robaba la princesa de Bengala, á quien amaba tan entrañablemente, y sin la que ya no podía vivir! A este golpe, que no esperaba, quedó inmóvil, y entre prorumpir en baldones tambien contra el Indio y deplorar la suerte fatal de la princesa, al ir á pedirle perdon de la ninguna cautela que habia guardado por la conservacion de aquel tesoro, ella que se le habia entregado de un modo que probaba terminantemente su estremado cariño, el caballo que llevaba al robador y su presa con una rapidez increíble habia ya desaparecido: ¿qué partido tomar? ¿Volverá al palacio de su padre y se encerrará en su aposento para sumirse en su desconsuelo, sin pensar en perseguir al robador, para libertar á la princesa de sus manos y castigarle como merecia? Su jenerosidad, su amor y su arrojo no se lo permiten. Prosigue su camino hasta el palacio de recreo.

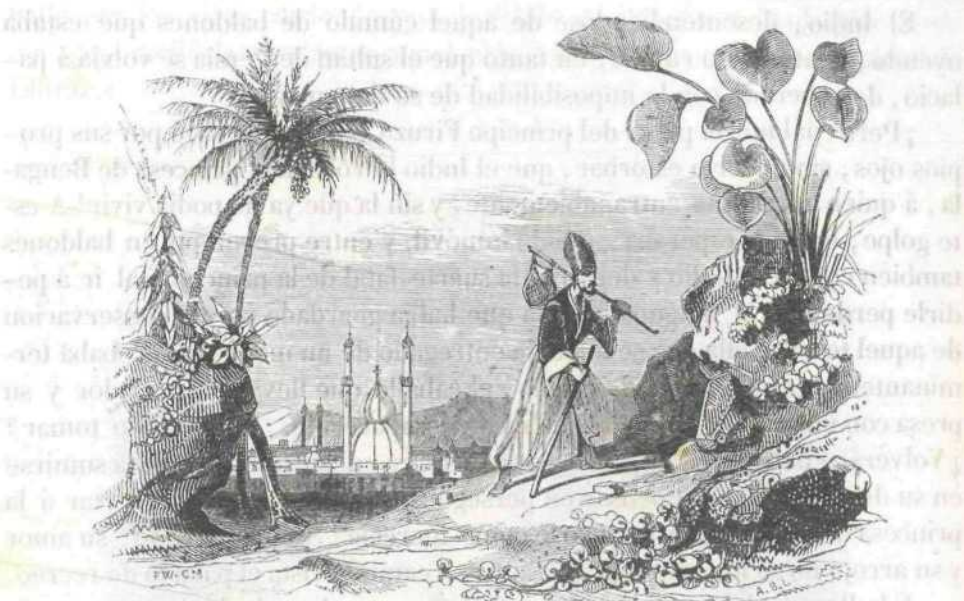
A la llegada del príncipe, el mayordomo, que ha echado de ver su necia credulidad y se ha dejado engañar por el Indio, se presenta ante él con los ojos bañados en lágrimas, se arroja á sus piés, se acusa á sí mismo del crimen que cree haber cometido, y se condena á muerte, que espera de su mano.

«Levántate,» le dijo el príncipe; «no es á ti á quien achaco el rapto de mi princesa, á mí solo es á quien debo echar la culpa por mi insensatez. Vete sin perder tiempo á buscarme un traje de dervis, y guárdate de decir que es para mí.»

No lejos del palacio habia un convento de dervises, cuyo superior era amigo del mayordomo. Va este en su busca, y haciéndole una relacion arbitraria de lo que ha sucedido á un oficial principal de la corte; al que debe sumas finezas, y al que se alegra de poder servir, para que se resguarde contra las iras del sultan, consigue sin mucha dificultad lo que desea. Tráele al príncipe el vestido completo, y despojándose este del suyo, se lo viste. Disfrazado de este modo, y provisto de una caja de perlas y diamantes para atender á las urjencias del viaje que iba á emprender, sale del palacio de recreo á la entrada de la noche; y titubeando sobre el rumbo que ha de seguir, pero resuelto á no volver que no encuentre á la princesa y la traiga consigo, se pone en camino.

Volvamos al Indio. Gobernó el caballo encantado de modo que aquel

mismo día llegó temprano á un bosque cercano á la capital del reino de Cachemira. Como necesitaba alimento, y suponía que la princesa se hallaría en el mismo caso, echó pié á tierra en aquel bosque, en un sitio en donde



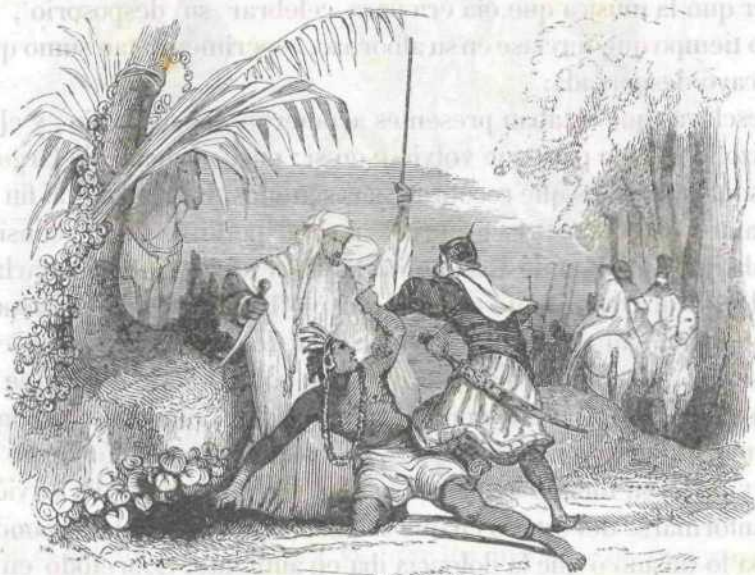
dejó á la princesa sobre el césped, cerca de un arroyo de agua fresca y cristalina.

Durante la ausencia del Indio, la princesa, que se veía en poder del indigno robador, de quien temía todo género de violencias, habia pensado huir y buscar algun asilo; pero como por la mañana habia almorzado tan ligeramente, á su llegada al palacio de recreo, se hallaba tan débil cuando quiso poner por obra su intento, que se vió precisada á orillararlo y permanecer sin otro recurso que su entereza, con la firme resolución de arrostrar antes la muerte que ser infiel al príncipe de Persia. Así no esperó á que el Indio le brindase por segunda vez con algun sustento. Comió y cobró bastante ánimo para contrarestar con teson las desmandadas espresiones con que se le encaró al terminar la comida. Tras algunas amenazas, como vió que el Indio intentaba violentarla, se levantó para resistirle, dando agudos alaridos. Atrajeron estos al momento á una partida de jinetes que los rodearon á entrambos.

Era el sultan del reino de Cachemira, que volvía de caza con su séquito, y á gran dicha para la princesa, pasaba por aquel paraje; acudiendo al instante á sus gritos, se encaró con el Indio y le preguntó quién era y qué pretendía con aquella dama. Respondió el Indio con descoco que era su mujer, y que nadie debía terciar en sus desavenencias.

La princesa, que no conocía ni la jerarquía, ni la índole del que se presentaba tan á tiempo para librarla, desmintió al Indio. «Señor, quien quiera que seáis,» dijo, «que el cielo envía en mi ayuda, tened compasión de una princesa, y no deis crédito á un impostor. ¡Dios me libre de ser mujer de un Indio tan vil y despreciable! Es un abominable mago que me ha robado hoy mismo al príncipe de Persia con quien debía casarme, y me ha traído aquí en aquel caballo encantado.»

No tuvo necesidad de decir mas la princesa de Bengala para persuadir al sultan de Cachemira que decia la verdad. Su hermosura, sus galas de princesa y sus lágrimas abogaron por ella. Quiso proseguir; pero en lugar de escucharla, el sultan, justamente airado con la insolencia del Indio, mandó que lo afianzasen y le cortasen la cabeza. Ejecutóse esta orden con tanta mayor facilidad, por cuanto el Indio, que habia cometido el rapto á su salida de la cárcel, se hallaba sin armas para defenderse.



Libre la princesa de Bengala de la persecucion del Indio, cayó en otra que se le hizo todavía mas dolorosa. El sultan mandó que le diesen un caballo y la condujo á su palacio, donde la hospedó en el aposento mas magnífico despues del suyo, y le dió crecida servidumbre de mujeres para estar á su lado y servirla, con eunucos para su guarda. Condújola él mismo hasta aquel aposento, y sin darle tiempo de mostrarle su reconocimiento por lo que acababa de hacer por ella, segun pensaba, «Princesa,» le dijo, «no dudó que necesitaréis descansar, por eso os dejo sola. Mañana os hallaréis en estado de referirme las particularidades de la estraña aventura que os ha sucedido.» Al terminar estas palabras se retiró.

La princesa de Bengala, rebosando de júbilo al verse en tan breve rato libre de la persecucion de un hombre que no podia menos de horrorizarla, se lisonjeó de que el sultan de Cachemira estremaria su jenerosidad hasta el punto de enviarla al príncipe de Persia, tan pronto como le hubiese referido por qué títulos le pertenecia y que le hubiese pedido aquella gracia. Pero estaba muy distante de ver cumplidas sus esperanzas.

Con efecto, el rey de Cachemira habia resuelto casarse con ella al dia siguiente, y desde el amanecer habia mandado que empezasen los regocijos con el toque de trompetas, tambores, atabales y demás instrumentos propios de todo festejo, que resonaban, no sólo en palacio, sino en toda la ciudad. Despertóse la princesa de Bengala al estruendo de aquellos tumultuosos conciertos, que atribuyó á bien diferente causa de la que realmente los estaba causando. Pero cuando el sultan de Cachemira, que habia dado orden de que le avisasen al instante en que estuviese en disposicion de recibir, vino á visitarla y despues de informarse de su salud, y de haberle dado á conocer que la música que oia era para celebrar su desposorio, la rogó al mismo tiempo que terciase en su alborozo, experimentó tan sumo quebranto, que cayó desmayada.

Las esclavas que estaban presentes acudieron en su auxilio, y el mismo sultan hizo lo posible para que volviese en sí; pero permaneció largo rato en aquella situacion antes que recobrase sus sentidos. Recobrólos al fin, y entónces, antes que faltar á la fe jurada al príncipe Firuz Chah, consintiendo en la boda que el sultan de Cachemira habia resuelto sin consultarla, tomó el partido de aparentar que con el desmayo habia perdido la racionalidad. Desde aquel momento prorumpió en un raudal de insensateces á presencia del sultan, se levantó como si quisiese arrojarle sobre él, de modo que el sultan se quedó atónito y en extremo apesadumbrado. Como vió que continuaba desvariando, la dejó con sus mujeres, á las que recomendó que no la dejaran sola y tuviesen mucho cuidado con ella. Durante aquel dia envió varias veces á informarse del estado en que se hallaba, y siempre le respondian que se hallaba lo mismo ó que la dolencia iba en aumento. Sobre todo en la noche apareció aun mas violenta que de dia, y así el sultan de Cachemira no fué por entónces tan venturoso como habia esperanzado.

La princesa de Bengala no solo continuó al dia siguiente en sus dichos estrambóticos con muestras de locura, sino lo mismo los demás dias hasta que el sultan de Cachemira tuvo que juntar los médicos de la corte para consultar si conocian algun remedio para curarla.

Los médicos, despues de una consulta, respondieron de comun acuerdo que habia varios grados de aquella enfermedad, y segun en el que se hallase, podia ser ó no curable, lo que no cabia decidirse sin ver á la princesa. El sultan mandó á los eunucos que los introdujesen en el aposento de la jóven uno á uno, segun su clase.

La princesa, que habia previsto lo que sucederia, temió que si dejaba á los médicos que se acercasen á ella y le tomasen el pulso, el menos consumado conoceria que estaba en su cabal salud, y que era supuesta su enfermedad, y así al paso que iban entrando, la acometian tales raptos, que los arañara de muerte, si se le acercaran, pero ninguno de ellos se atrevió á tanto.

Algunos que se conceptuaban mas aventajados que los demás y que se vanagloriaban de juzgar de las enfermedades meramente á la vista, le recetaron algunos específicos, que tomaba sin reparo, pues estaba segura de que su dolencia duraria tanto como quisiese y lo juzgase conveniente, y que tales pócimas no podian hacerle daño.



Cuando el sultan de Cachemira vió que los médicos de su corte no habian aliviado á la princesa, llamó á los de su capital, los que, á pesar de toda su ciencia y conocimientos, no alcanzaron mas que los primeros. Mandó á buscar á los de las demás ciudades de su reino, particularmente á los mas afamados en su profesion; pero la princesa no les hizo mejor acogida que á los otros, y todo lo que ordenaron no surtió el menor efecto. Despachó en fin espresos á los reinos y cortes de los príncipes vecinos, con consultas en forma para que las presentasen á los médicos de mas nombradía, con la oferta de pagar el viaje á los que quisiesen ir á la capital de Cachemira y grandioso galardón al que la curase.

Varios emprendieron el viaje, pero ni uno solo pudo blasonar de haber sido mas feliz que los de la corte y del reino en volverle el juicio, logro que

ni dependia de ellos ni de su ciencia, si solo de la voluntad de la misma princesa.

En este intervalo, el príncipe Firuz Chah, disfrazado con el traje de derivis, habia recorrido varias provincias y sus principales ciudades, con tanto mayor quebranto, sin contar las fatigas del viaje, por cuanto ignoraba si llevaba rumbo contrario al que debia tomar para adquirir noticias del objeto que andaba buscando.

Desalado tras las nuevas que sonaban por su tránsito, llegó al fin á una gran ciudad de la India, en la que hablaban mucho de una princesa de Bengala que habia enloquecido el mismo dia en que el sultan tenia señalado para desposarse con ella. Al oir hablar de una princesa de Bengala, suponiendo que era la idéntica que motivaba su viaje, con tanta mayor verosimilitud, por cuanto no sabia que morase en la corte de Bengala otra princesa que la suya, ateniéndose á la voz pública, tomó el camino de la capital de Cachemira. A su llegada á aquella ciudad, se hospedó en un khan, en el que el mismo dia supo la historia de la princesa de Bengala y el desastrado fin del Indio, segun lo merecia, que la habia traído en el caballo encantado; circunstancia que le dió á conocer, sin quedarle duda, que la princesa era la misma por que iba indagando; y en fin el inservible desembolso que el sultan habia hecho, sin que los médicos la hubiesen curado.

Enterado el príncipe de todas estas particularidades, al dia siguiente se mandó hacer un vestido de médico, y con este traje y la barba larga, que habia dejado crecer por el camino, se dió á conocer por facultativo, paseándose por las calles. Ansiosísimo de ver á la princesa, se encaminó al palacio del sultan, y dijo que deseaba hablar con algun palaciego. Dirijieronle al primer ujier, á quien manifestó que quizá mirarian como una temeridad el que se presentase con ínfulas de médico para intentar la curacion de la princesa, tras haberlo ensayado tantísimos y siempre sin fruto; pero que esperaba, por la virtud de ciertos específicos muy peregrinos que tenia bien experimentados, proporcionarle la sanidad que los demás no habian sabido darle. El palaciego le contestó que el sultan le veria muy gustoso, y que si satisfacía sus deseos de ver á la princesa en su cabal salud, podia esperar del sultan una recompensa digna de su liberalidad. «Esperadme,» añadió, «soy con vos al momento.»

Tiempo habia que ningun médico se presentaba, y el sultan de Cachemira, muy á su pesar, estaba ya desahuciado de ver á la princesa en su primitivo estado de salud, y al mismo tiempo de poderle demostrar su cariño desposándose con ella. Por esto mandó al ujier que le presentase al momento el médico que acababa de anunciarle.

El príncipe de Persia fué presentado al rey de Cachemira bajo el traje y disfraz de médico, y el sultan, sin desperdiciar el tiempo en conversacion superflua, tras haberle enterado de que la princesa no podia sobrellevar la

presencia de un médico sin entregarse á violentos arrebatos que no hacian



mas que agravarle la dolencia, le hizo subir al gabinete de un entresuelo, desde el que podia verla por una celosía sin ser visto.

Subió el príncipe Firuz Chah, y vió á su idolatrada princesa sentada al desden y cantando, con los ojos arrasados de lágrimas, una cancion en la que lamentaba su amarga suerte, pues la privaba, quizá para siempre, del objeto que estaba amando tan entrañablemente.

Conmovido el príncipe de la dolorosa situacion en que estaba viendo á su ídolo, no tuvo necesidad de mas pruebas para conocer que su enfermedad era aparente y encaminada á conservar acendrado su cariño. Bajó del gabinete, despues de haber dicho al sultan que acababa de conocer de que jénero era su locura y que no era incurable, que para conseguir su restablecimiento tenia que hablarle privadamente, y que en cuanto á sus arrebatos á la vista de un médico, esperaba que le recibiria y escucharia favorablemente.

Mandó el sultan abrir la puerta del aposento de la princesa, y entró en él Firuz Chah. Así que la princesa le vió, teniéndolo por un médico, cuyo vestido llevaba, se levantó como una furia amenazándole y llenándole de improprios. Esto no le retrajo de acercársele, y cuando estuvo ya tan inmediato que ella sola pudiera oirle, le dijo con voz baja y con ademan rendido: «Prince-

sa, no soy médico; os suplico que reconozcais al príncipe de Persia, que viene á ponerlos en libertad. »



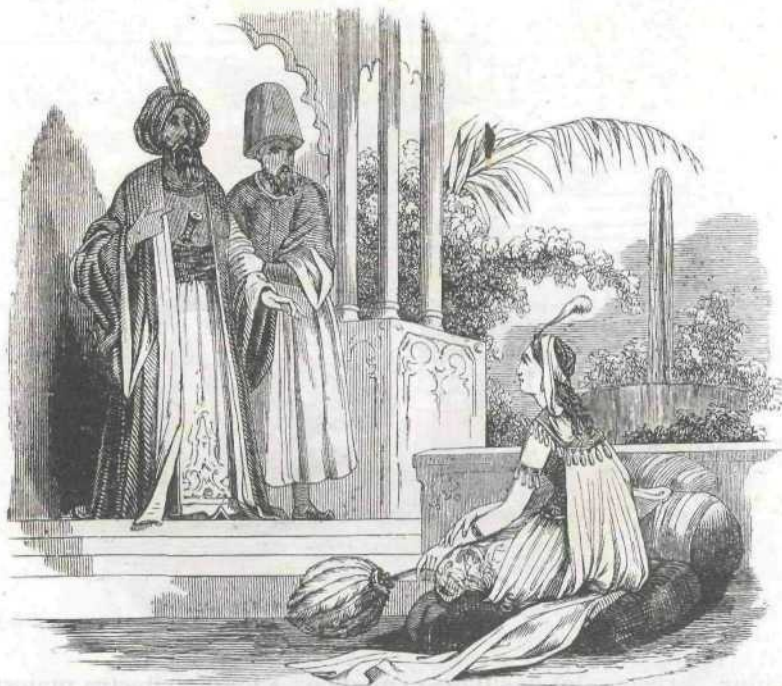
La voz y las facciones, que reconoció al momento en medio de su rostro barbudo, aquietaron á la princesa, y al punto resplandeció su semblante con el júbilo que trae consigo la presencia inesperada del objeto ansiado. Enmudeció sobrecojida, y dió lugar á Firuz Chah para retratarle al vivo su desesperacion al ver al Indio que la robaba á su propia vista; la resolucion que habia tomado de abandonarlo todo para buscarla por lo mas recóndito de la tierra y no cesar hasta haberlo conseguido y arrancádola de las manos del pérfido; y enfín, por que casualidad, tras un viaje penosísimo, tenia la dicha de hallarla en el palacio del sultan de Cachemira. Cuando hubo terminado su relacion, rogó á la princesa que le enterase de cuanto le habia sucedido desde su rapto hasta el momento en que tenia la dicha de hablarle, pues le importaba saberlo para entablar el plan mas adecuado al intento de libertarla de la tiranía del sultan de Cachemira.

La relacion de la princesa de Bengala no fué larga, pues no tenia que referirle mas que como el sultan de Cachemira la habia salvado del atropella-

miento del Indio al volver de caza; su violencia ejecutiva á la madrugada siguiente declarándole su resolucion de casarse con ella aquel mismo dia, prescindiendo de su beneplácito, conducta feroz y tiránica que le habia causado un desmayo, tras el cual habia tomado el partido de finjirse loca, como el mejor medio para conservarse á un príncipe á quien habia dado su corazon y su fe; pronta siempre á morir antes que entregarse á un sultan á quien no amaba ni podia amar.

Con esta manifestacion terminante le preguntó el príncipe si sabia qué habian hecho del caballo encantado tras la muerte del Indio. « Ignoro, » respondió, « lo que el sultan habrá dispuesto de él; pero en vista de lo que le dije, supongo que lo tendrá guardado. »

Como Firuz Chah no dudaba que el sultan conservase esmeradamente el caballo, comunicó á la princesa su intento de valerse del mismo instrumento para volverse á Persia, y entrambos convinieron en las disposiciones que debian tomarse para el éxito de su empresa, precaviendo antes cuantos obstáculos se pudieran atravesar, y particularmente que en vez de estar desaliñada, se ataviaria al siguiente dia para recibir al sultan con suma cortesanía, cuando se le presentase, sin precisarla á que le hablase,



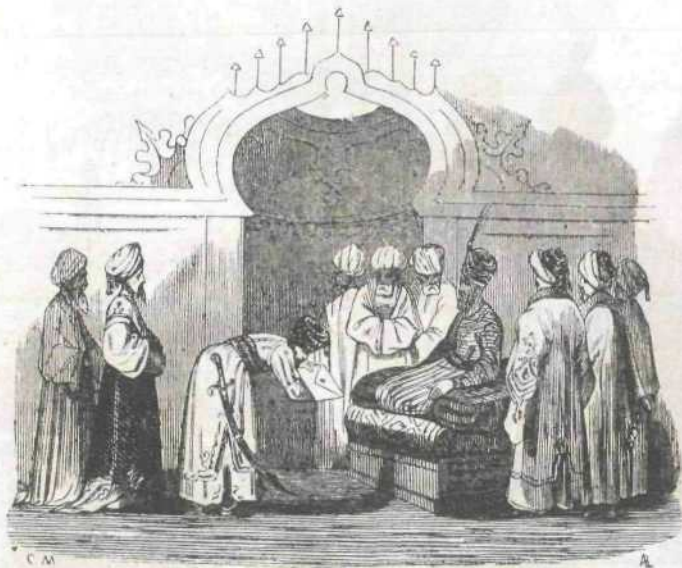
Alegróse en extremo el sultan de Cachemira cuando el príncipe de Persia le hubo referido los efectos de su primera visita, para el cabal restablecimien-

to de la princesa; y lo miró como el primer médico del mundo al ver que la princesa le recibia en términos que le demostraron como estaba muy adelantada su curacion, segun se lo habia manifestado.

Viéndola en aquel estado, se contentó con decirle el sumo gozo que le cabia al verla en disposicion de recobrar su cabal salud, y despues de exhortarla á recibir placenteramente á un médico tan consumado para que acabase lo que habia empezado con tanto éxito, concediéndole su confianza, se retiró sin esperar á que le contestase.

El príncipe de Persia, que habia acompañado al sultan, salió con él del aposento de la princesa, y le dijo si podia sin desacato preguntarle por qué aventura una princesa de Bengala se hallaba sola en el reino de Cachemira, tan lejos de su pais (como si lo ignorase y la princesa nada le hubiese dicho); pero lo hizo con el objeto de saber el paradero del caballo encantado.

El sultan, que no podia penetrar el intento del príncipe, no trató de aparentar misterio en el asunto; refirióle sustancialmente lo mismo que le habia dicho la princesa, y en cuanto al caballo encantado, lo habia hecho guardar en su tesoro como una preciosidad, aunque ignoraba el modo de manejarlo.



« Señor, » respondió el supuesto médico, « lo que vuestra majestad me acaba de referir me proporciona los medios de completar la curacion de la princesa. Como ha sido trasportada en un caballo que está encantado, ha contraido parte del encantamento, que solo puede disiparse por medio de

ciertos perfumes que conozco. Si vuestra majestad quiere lograr esta satisfacción, y dar un espectáculo de los mas asombrosos á su corte y á los habitantes de su capital, mañana mande poner el caballo en medio de la plaza delante de palacio, y en cuanto á lo demás, descanse en mí: prometo mostrar á vuestra majestad y á toda la concurrencia en pocos instantes la princesa de Bengala tan sana de cuerpo y alma cual nunca lo ha estado en toda su vida. Y á fin de que todo se haga con la pompa que merece, conviene que la princesa se presente ataviada lo mas suntuosamente que sea dable con las joyas mas preciosas que tenga vuestra majestad. »

El sultan de Cachemira hubiera accedido á mayores condiciones de las que le proponia el príncipe de Persia para conseguir el cumplimiento de sus deseos, que miraba como muy cercano.

Al dia siguiente, por orden suya, sacaron del tesoro el caballo encantado, y lo colocaron en la plaza de palacio. Pronto corrió por la ciudad la noticia de que se hacian preparativos para una gran funcion peregrina, y el vecindario acudió atropelladamente de todos los barrios de la ciudad. Los guardias del sultan se fueron colocando para precaver todo desórden y formar un gran círculo en derredor del caballo.

Presentóse el sultan, y cuando se hubo sentado en una especie de solio



rodeado de sus principales palaciegos, la princesa de Bengala, acompañada de todas las mujeres que le había señalado el sultan, se acercó al caballo encantado, y estas le ayudaron á montar. Cuando estuvo bien colocada en la silla con el pié en el estribo y la brida en la mano, el supuesto médico hizo poner en rededor varios tarrillos con fuego, en los que echó cierto perfume compuesto de toda clase de drogas del olor mas esquisito. En seguida, recojido en sí mismo, los ojos bajos y las manos contra el pecho, dió tres veces vuelta al rededor del caballo, haciendo como que pronunciaba ciertas palabras; y en el momento en que los tarros despedían una humareda densa y una deliciosa aroma y la princesa estaba envuelta de modo que apenas se la veía, así como el caballo, aprovechó este momento, y saltando á la grupa detrás de la princesa, dió vuelta á la clavija de partida, y cuando el caballo se remontaba por los aires, pronunció estas palabras, que el sultan oyó muy claramente: «Sultan de Cachemira, cuando quieras casarte con alguna princesa que implore tu amparo, procura antes lograr su consentimiento.»

De este modo el príncipe de Persia recobró á la princesa de Bengala y la condujo aquel mismo dia y en poco rato á la ciudad de Chiraz, en donde fué á posarse, no al palacio de recreo, sino en medio del de su padre; y el rey no dilató la solemnidad de su casamiento mas que el tiempo preciso para los preparativos, á fin de que el desposorio se celebrase con mas pompa, para dar á conocer la satisfaccion que le cabía con tan fausto acontecimiento.

Pasados los dias ocupados en los regocijos, el primer afán del rey de Persia fué nombrar y enviar una célebre embajada al rey de Bengala para darle cuenta de todo lo sucedido, pidiéndole la aprobacion y ratificacion del parentesco que acababa de contraer con él por medio de aquel desposorio, y dicho monarca, enterado de todo, dió gozosísimo su anhelado beneplácito.



INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

PÁGINAS.

CCXXXV	Noche.	Historia del príncipe Seif Almuluk y de la hija del rey de los jenios.	67
CCXXXVI	Noche.		
CCXXXVII	Noche.		
CCXXXVIII	Noche.		
CCXXXIX	Noche.		
CCXL	Noche.		
CCXLI	Noche.		
CCXLII	Noche.		
CCXLIII	Noche.		
CCXLIV	Noche.		
CCXLV	Noche.		
CCXLVI	Noche.		
CCXLVII	Noche.		
CCXLVIII	Noche.		
CCXLIX	Noche.		
CCL	Noche.		
CCLI	Noche.		
CCLII	Noche.		
CCLIII	Noche.		
CCLIV	Noche.		
CCLV	Noche.		
CCLVI	Noche.		
CCLVII	Noche.		
CCLVIII	Noche.		
CCLIX	Noche.		
CCLX	Noche.		
CCLXI	Noche.		
CCLXII	Noche.		
CCLXIII	Noche.		
CCLXIV	Noche.		
CCLXV	Noche.		
CCLXVI	Noche.		
CCLXVII	Noche.		
CCLXVIII	Noche.		
CCLXIX	Noche.		
CCLXX	Noche.		
CCLXXI	Noche.		
CCLXXII	Noche.		
CCLXXIII	Noche.		
CCLXXIV	Noche.		
CCLXXV	Noche.		
CCLXXVI	Noche.		
CCLXXVII	Noche.		
CCLXXVIII	Noche.		
CCLXXIX	Noche.		
CCLXXX	Noche.		
CCLXXXI	Noche.		
CCLXXXII	Noche.		
CCLXXXIII	Noche.		
CCLXXXIV	Noche.		
CCLXXXV	Noche.		
CCLXXXVI	Noche.		
CCLXXXVII	Noche.		
CCLXXXVIII	Noche.		
CCLXXXIX	Noche.		
CCXC	Noche.		
CCLXV	Noche.		67
CCLXVI	Noche.	El euitado pescador y el caudillo de los creyentes.	70
CCLXVII	Noche.		72
CCLXVIII	Noche.		74
CCLXIX	Noche.		76
CCLXX	Noche.		78
CCLXXI	Noche.		80
CCLXXII	Noche.		82
CCLXXIII	Noche.		84
CCLXXIV	Noche.		87
CCLXXV	Noche.		89
CCLXXVI	Noche.		92
CCLXXVII	Noche.		94
CCLXXVIII	Noche.	Historia de Ganem, hijo de Abu-Ayub, apellidado el Esclavo de amor.	95
CCLXXIX	Noche.		99
CCLXXX	Noche.		104
CCLXXXI	Noche.		114
CCLXXXII	Noche.	Carta del Califa Harun Alraschid á Mohamed Zinebi, rey de Siria.	121
CCLXXXIII	Noche.		154
CCLXXXIV	Noche.		144
CCLXXXV	Noche.		147
CCLXXXVI	Noche.		149
CCLXXXVII	Noche.		151
CCLXXXVIII	Noche.		155
CCLXXXIX	Noche.		157
CCXC	Noche.		159
	Noche.		161

INDICE

CCXCI	NOCHE.	163	CCCIV	NOCHE.	214
CCXCII	NOCHE.	168	CCCV	NOCHE.	217
CCXCIII	NOCHE. Abul Hasan.	172	CCCVI	NOCHE.	224
CCXCIV	NOCHE.	174	CCCVII	NOCHE.	229
CCXCV	NOCHE.	176	CCCVIII	NOCHE.	232
CCXCVI	NOCHE.	185	CCCIX	NOCHE.	240
CCXCVII	NOCHE.	185	CCCX	NOCHE. Historia de Beder,	
CCXCVIII	NOCHE.	187		principe de Persia, y de Jiauhara,	
CCIC	NOCHE.	189		princesa del reino de Samandal.	245
Historia de	Hayat Alnufa con Ardchir.	190	Historia del principe Zein Alasnam y del		
CCC	NOCHE.	199	rey de los jenios.		508
CCCI	NOCHE.	204	Historia de Codadac y sus hermanos.		525
CCCII	NOCHE.	207	Historia del Caballo encantado.		555
CCCIII	NOCHE.	210			

FIN DEL TOMO III.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID



5406328346